

DOM PROSPERO GUERANGER

ABAD DE SOLESMES

EL AÑO LITURGICO

PRIMERA EDICION ESPAÑOLA
TRADUCIDA Y ADAPTADA PARA LOS PAISES HISPANO-AMERICANOS POR LOS MONJES DE SANTO DOMINGO DE SILOS

I

ADVIENTO Y NAVIDAD

1954

EDITORIAL ALDECOA

DIEGO DE SILOE, 18

BURGOS

Nihil obstat:

FR. FRANCISCUS SÁNCHEZ. O. S. B.
Censor ordinis

Imprimi potest:

✠ P. ISAAC M.ª TORIBIOS
Abbas Silensis

1856

Ex Monasterio Scti. Dominici de Silos,
die 7.ª Januarii 1952.

Nihil Obstat:

DR. JOSÉ BRAVO
Censor

Imprímase:

✠ LUCIANO, ARZOBISPO DE BURGOS

Burgos, 12 de junio de 1953

Por mandado
de Su Excia. Rvdma. el Arzobispo, mi Señor,
DR. MARIANO BARRIOCANAL
Canc. - Secr.

PRINTED IN SPAIN

Imprenta de Aldecoa - Burgos 17343

PROLOGO DE LA EDICION ESPAÑOLA

"Al pueblo español, está visto, le cuesta entrar por la Liturgia." Así se nos lamentaban no ha mucho, con cierto desengaño pesimista, algunas personas que habían visto lo poco concurrida, que, no obstante el pregón que se había hecho la víspera, había estado una de las fiestas más piadosas y características del año cristiano, y señalada con una de las más emocionantes y significativas ceremonias litúrgicas.

Reflexionando sobre este dicho, tal vez conviniera distinguir entre pueblo y pueblo. La masa de las ciudades, compuesta en su mayoría por empleados de oficina, dependientes de comercio y obreros, obligados a acudir a horas fijas al lugar donde han de ganarse el sustento, y aumentada por muchos que, siendo cristianos en el fondo, pero que, libres por entero en sus ocupaciones, viven dados a trabajos profanos de su gusto o enfrascados en sus negocios y como divorciados de todo culto público solemne, contentándose con

el mínimo de una asistencia a la misa rezada los días de precepto..., claro que este pueblo no entra, en general, por la Liturgia. Pero el pueblo verdaderamente cristiano e instruído, y aun el pueblo menos culto de las poblaciones campesinas, donde todavía perdura la tradición de las fiestas antiguas, incluso de las suprimidas como de precepto hace casi medio siglo, no cabe duda que ya está dentro de la Liturgia, si bien hayamos de lamentar que no siempre la entienda y la sepa practicar con la dignidad debida y sin mezcla de manifestaciones no del todo puras y legítimas.

Causa de la indiferencia de los unos y de la que podríamos llamar rutina y especie de superstición y vulgarismo de los otros, no es, a nuestro entender, sino la ignorancia y la falta de cultura religiosa y la consiguiente decadencia del culto.

Es cierto que también en España se ha hecho mucho en materia de Liturgia, y que los libros puestos al alcance de los fieles, se han multiplicado y no hay apenas persona que sepa leer, que no acude con su manual a la iglesia. Pero aun falta mucho por hacer, ya que no es suficiente, para una verdadera y fructífera renovación litúrgica, contentarse sólo con seguir, con un libro en la mano, la santa Misa y las demás ceremonias del culto sagrado. Para penetrar en toda la sustancia y para poder alcanzar todo el significado que encierran tanto los textos como los ritos litúrgicos, es menester prepararse antes es-

tudiándolos más a fondo con la asidua lectura de un libro adecuado.

Ahora bien: el libro clásico en esta materia es, sin género de duda, El Año Litúrgico *que hace años compuso el Abad benedictino de Solesmes Dom Próspero Guéranger, y que hoy ofrecemos a los católicos de lengua española.*

No vamos a entretenernos aquí en trazar la historia del sabio y santo restaurador de los estudios litúrgicos, pues su figura es harto conocida, y sobre él pueden consultarse otras publicaciones; y en cuanto a su semblanza como liturgista verdadero y completo, el lector mismo se la formará cabal cuando haya saboreado las páginas de este libro insuperable, sobre el que sólo añadiremos algunas apreciaciones.

La aparición de El Año Litúrgico *de Dom Guéranger hizo realmente época, y a esta obra se debe el resurgir posterior de los estudios litúrgicos y de la práctica consciente y estética de la Liturgia. En este sentido, esta obra ha causado una verdadera revolución religiosa y espiritual enteramente sana y bienhechora. Al emprender su trabajo, el Abad de Solesmes se proponía poner a los fieles en disposición de aprovecharse de los inmensos recursos que a la piedad cristiana ofrece la comprensión de los Misterios de la Liturgia. Y lo consiguió maravillosamente. En efecto,* El Año Litúrgico, *a diferencia de otros trabajos simplemente eruditos y de mera cultura, es una exposición doctrinal y piadosa del culto católico y*

de sus ritos sagrados, escrita con sumo entusiasmo y con entrañable amor a Dios, a Jesucristo, a su Iglesia y a sus Santos. El Año Litúrgico *es el mejor comentario de la Misa y del Oficio divino por su solidez y piedad, por la abundancia de ideas, por la claridad de la exposición, por el fervor y la unción de sus páginas. Por eso tuvo tanta aceptación y logró hacer tanto bien a las almas, hasta el punto de que un enemigo de la Iglesia llegó a escribir esta frase: "He aquí una obra que hará tanto mal (a la impiedad, se entiende) como bien han hecho los cuentos de Voltaire." El valor doctrinal de sus páginas es inmenso. Todos los misterios y Fiestas litúrgicas se exponen conforme a las enseñanzas de los Santos Padres y de la Teología, y con frecuencia los textos litúrgicos vienen a ser la ilustración de la exposición dogmática del Misterio. Pero además, cada día, cada tiempo litúrgico, esta obra ofrece al cristiano los elementos de su oración de la mañana y de la noche, para prepararse a la Comunión, para la acción de gracias y para la meditación. De esta manera este libro encierra una suma de enseñanzas que poco a poco van penetrando en el alma del lector en los diversos tiempos y festividades litúrgicas y la van despegando y libertando de todo naturalismo y laicismo individual e independiente, hasta dejarla empapada de una doctrina y piedad netamente católicas que operan en ella el saludable* sentire cum Ecclesia.

El Año Litúrgico *de Dom Guéranger es y será por excelencia el manual imprescindible y como la Biblia y Suma de la piedad litúrgica, y nunca será excesivamente recomendado. Muchas son las almas a quienes su lectura ya ha santificado, y entre otras plácenos recordar a Santa Teresita del Niño Jesús.*

Obra verdaderamente universal, católica, como ésta, ya desde su primera aparición fué traducida a buen número de lenguas europeas, y no acertamos a explicarnos cómo hasta el presente no se ha vertido al español. Cuando de jóvenes soñábamos en esto, se nos solía decir que tal traducción no tendría éxito en nuestra Patria por lo extenso de la obra original, y porque, se añadía, las personas, que pudieran entonces adquirirla, la obtendrían más fácilmente en su lengua original. Pero hoy han cambiado las circunstancias: la obra ha podido concretarse, y para asuntos culturales España ha extendido de nuevo sus fronteras hasta abarcar la América Española. Es, pues, hora de ofrecerla a todos los que hablan nuestra lengua, pues ellos merecen también que les proporcionemos la beneficiosa influencia de este libro inmortal.

Hay además otra consideración que siempre nos conmovía al leer El Año Litúrgico *y nos animaba a trabajar en la empresa de traducirlo: el afecto singular y sumo respeto con que su venerable autor habla de nuestra Patria siempre que se le ofrece ocasión al tratar de nuestros Santos,*

de nuestras tradiciones litúrgicas o de nuestra veneranda liturgia mozárabe, a cuyos tesoros recurre con frecuencia para ilustrar y amenizar las páginas de su obra. Es que Dom Guéranger era hijo total de la Iglesia, y sabía muy bien que la católica España *era y es una de sus hijas más fieles y uno de sus florones más bellos:* la perla del Catolicismo, *como suele llamarla. Este mismo justo y elevado sentir de nuestra catolicidad, lo heredaron de Dom Guéranger todos sus hijos, y en particular los que le sucedieron en la silla abacial de Solesmes, a quienes, mediante la Abadía de San Martín de Ligugé, debe la de Santo Domingo de Silos el haber surgido de sus ruinas, haber salvado gran parte de sus tesoros artísticos, y haber llegado a ser un foco de cultura litúrgica en España. Así, pues, la publicación de* El Año Litúrgico *en español, preparada precisamente por monjes que fueron formados en la vida monástica y en la vida litúrgica por discípulos del mismo autor, como Dom Guépin, será un homenaje de gratitud a su memoria y a la vez un enaltecimiento de nuestra propia Patria.*

La edición presente, dispuesta del todo conforme a la edición novísima de los monjes de Solesmes, la hemos completado para Hispano-América con la adición de las fiestas de los Santos españoles y americanos más notables, habiendo tenido la precaución de servirnos siempre que ha sido posible, de las mismas páginas que sobre ellos dejó escritas el primer Abad de Solesmes.

Quiera Dios que también en España y en los demás países de habla española la publicación de esta preciosa obra, tesoro de piedad maciza e ilustrada, produzca mediante la cultura y conocimiento sólido y la práctica sabia de la Liturgia de nuestra santa Madre la Iglesia Católica, la saludable renovación, no sólo religiosa, sino también artística, que ha producido en otros países, y sirva para mayor gloria de Dios y dignidad y gusto de su culto, triunfo de su Iglesia y bien de las almas.

En nuestra Abadía de Santo Domingo de Silos, a 21 de abril, de 1953, en la Fiesta de San Anselmo, benedictino, Arzobispo y Doctor de la Iglesia.

✠ FR. ISAAC M.ª TORIBIOS RAMOS
Abad de Silos

PROLOGO DE LA EDICION FRANCESA

Más de medio siglo fué necesario para llevar a cabo esta obra maestra, emprendida por Dom Guéranger bajo los auspicios del Arzobispo de París, y terminada por Dom Luciano Fromage; obra que ha podido ser imitada posteriormente, pero que jamás será igualada.

Constituye, en realidad, el origen de esa corriente de vida espiritual que caracteriza a nuestra época y que se ha dado en llamar piedad litúrgica, con todas las consecuencias que de ella se desprenden para la vida pública y privada y que lleva consigo una comprensión más perfecta de la Misa y una unión más íntima con la oración y la vida de la Iglesia.

El biógrafo de Dom Guéranger ha hecho notar que, cuando examinamos ahora la obra silenciosa de paz, de fortaleza y de luz que ha lle-

vado a las almas la lectura de un libro, traducido a la mayor parte de las lenguas europeas, cabe preguntarse si no ha sido realmente el Año Litúrgico la más bella y eficaz de todas las inspiraciones del abad de Solesmes. ¿Quién sería capaz de imaginar la suave y tranquila influencia de este magisterio universal, que una vez gustado por las almas, se diría que no aciertan a apartarse de él como si reconociesen el acento de la Iglesia y gustasen el sabor de su bautismo?

En esta edición se encontrará el mismo texto de Dom Guéranger. Pero la obra ha tenido que sufrir ciertos cambios, al añadir algunos nuevos capítulos y suprimir otros, teniendo presentes las diversas fiestas suprimidas o introducidas por la Iglesia durante los últimos cincuenta años. Por otra parte, los últimos progresos de la ciencia histórica nos han dado luz sobre el origen de algunos ritos; generalmente hemos preferido poner en nota las aclaraciones que nos parecían necesarias, en lugar de modificar el texto de Dom Guéranger. Finalmente hemos juzgado oportuno abreviar la obra suprimiendo textos sacados de las distintas liturgias y limitándonos a una antología de los mismos, más condensada.

Con la presentación en un formato más cómodo hemos podido reducir la obra a seis volúmenes de los quince que eran antes, haciéndola por

tanto más asequible al público. Esperamos que en esta nueva forma, el Año litúrgico ha de tener favorable acogida y que los fieles le demostrarán una confianza no desmentida desde hace un siglo.

San Pedro de Solesmes, 15 de agosto de 1948.

INTRODUCCION GENERAL

El mayor bien. — La oración es para el hombre el mayor de sus bienes. Es su luz, su alimento, su misma vida, ya que ella le pone en comunicación con Dios, que es *luz*[1], *alimento*[2] y *vida*[3]. Ahora bien nosotros, por nuestra parte, *somos incapaces de orar como conviene*[4]; es necesario que nos dirijamos a Jesucristo para decirle como los Apóstoles: *Señor, enséñanos a orar*[5]. Sólo El es capaz de desatar la lengua de los mudos, y de hacer elocuentes los labios de los niños, obrando este prodigio por medio de su Espíritu *de gracia y de oración*[6], que tiene sus delicias en *ayudar nuestra flaqueza, suplicando dentro de nosotros con gemidos inenarrables*[7].

El Espíritu Santo, espíritu de Dios. — La Santa Iglesia es en la tierra la morada del Es-

---

[1] *Juan*, VIII, 12.
[2] *Id.*, VI, 35.
[3] *Ibíd.*, XIV, 6.
[4] *Rom.*, VIII, 26.
[5] *Luc.*, XI, 1.
[6] *Zac.*, XII, 10.
[7] *Rom.*, VIII, 26.

píritu Santo. Como un soplo impetuoso descendió sobre ella, apareciendo bajo el expresivo símbolo de flameantes lenguas. Desde entonces convive con esta feliz Esposa; es el principio de todos sus movimientos; le impone sus plegarias, sus deseos, sus cánticos de alabanza, su entusiasmo y sus anhelos. De ahí que no se haya callado ni de día ni de noche, desde hace dieciocho siglos; su voz es siempre melodiosa, su palabra se dirige siempre al corazón del Esposo.

A veces, bajo la moción de este Espíritu, que animó al Salmista y a los Profetas, toma el tema de sus cantos de los Libros del antiguo pueblo escogido; a veces, como hija y hermana de los santos Apóstoles, entona cánticos inspirados en los Libros de la Nueva Alianza; otras, finalmente, acordándose de que también Ella posee la trompeta y el arpa, deja la voz al Espíritu que la anima y canta a su vez *un cántico nuevo* [1]. De esta triple fuente nace ese sagrado órgano que se llama Liturgia.

La oración de la Iglesia. — La oración de la Iglesia es, por tanto, la más agradable al oído y al corazón de Dios y, por lo mismo, la más eficaz. Feliz, pues, quien ora con la Iglesia, quien asocia sus deseos particulares a los de esta Esposa, tan querida por el Esposo y siempre aten-

[1] *Sal.*, CXLIII.

dida. Por eso Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó a decir *Padre nuestro* y no *Padre mío; danos, perdónanos, líbranos,* y *no dame, perdóname, líbrame.* Vemos también que la Iglesia no ha orado sola al orar en sus templos durante más de mil años, siete veces al día y otras tantas durante la noche. Los pueblos la acompañaban y se alimentaban con las delicias del maná oculto en las palabras y en los misterios de la sagrada Liturgia. Así iniciados en el ciclo santo de los misterios del Año cristiano, los fieles, atentos al Espíritu, conocían los secretos de la vida eterna y de este modo acontecía que, sin más preparación, cualquier creyente era con frecuencia escogido por los Pontífices para ser Sacerdote u Obispo y derramar sobre el pueblo cristiano los tesoros de doctrina y de amor que había adquirido en aquella fuente de la Liturgia.

Por tanto, si la oración hecha en unión con la Iglesia es luz para la inteligencia, para el corazón es así mismo una hoguera de amor divino. El alma cristiana no se retira a la soledad para conversar con Dios y ensalzar sus grandezas y misericordias, pues sabe muy bien que la unión con la Esposa de Cristo no la disipa. Porque ¿no es también Ella parte de la Iglesia que es la Esposa, y no ha dicho Jesucristo: *Padre mío, que sean una sola cosa como nosotros so-*

mos uno?[1] Y ¿no nos asegura el mismo Salvador que cuando varios se hallan reunidos en su nombre, *está El en medio de ellos?*[2] El alma podrá, pues, conversar fácilmente con su Dios que dice estar tan próximo; podrá *salmodiar* como David, *en presencia de los Angeles,* pues la oración eterna de éstos se une en el tiempo a la oración de la Iglesia.

HISTORIA. — Han pasado ya muchos siglos desde que los pueblos, absorbidos por los intereses terrenos, dejaron de celebrar las santas *Vigilias* del Señor y las místicas *Horas* del día. Cuando el racionalismo del siglo XVI las diezmó en beneficio del error, hacía ya mucho tiempo que los fieles sólo se unían exteriormente a la oración de la Iglesia los Domingos y días festivos. El resto del año, las pompas litúrgicas se venían realizando sin la participación del pueblo, que de generación en generación iba lamentablemente olvidando lo que había sido el sustento nutritivo de sus padres. La oración privada sustituía a la oración social: el canto, que es la expresión natural de los anhelos y aun de las quejas de la Esposa, se reservaba para los días más solemnes. He ahí la primera y fatal revolución de las costumbres cristianas.

---

1 *Juan,* XVII, 11.
2 *Mat.,* XVIII, 20.

Pero, al menos, el suelo de la Cristiandad estaba todavía cubierto de iglesias y monasterios, en los que de día y de noche resonaban como en los tiempos antiguos los acentos de la oración. Tantas manos elevadas al cielo hacían descender el rocío celestial, alejaban las tempestades, aseguraban la victoria. Los siervos y siervas del Señor que alternaban en la alabanza eterna eran solemnemente delegados por las sociedades de entonces todavía católicas, para presentar de una manera íntegra a Dios, a la gloriosa Virgen María y a los Santos, el tributo de su homenaje y agradecimiento. Estos votos y oraciones constituían el bien de todos; los fieles se unían con gusto a ellas; y cuando algún dolor o esperanza los llevaba al templo, se complacían oyendo, a cualquier hora, aquella voz incansable, que sin cesar subía hacia el cielo en favor de la cristiandad. Más aún, el cristiano fervoroso se unía a aquella voz, dejando a un lado sus quehaceres y negocios, es que poseían todos el sentido de los misterios litúrgicos.

Consecuencias de la reforma.— Llegó la Reforma, y lo primero que hizo fué herir el órgano vital de las sociedades cristianas: hizo cesar el sacrificio de la alabanza. Cubrió la cristiandad con la ruina de nuestras iglesias; los clérigos, vírgenes y monjes fueron expulsados o martirizados y los templos que lograron salvarse, fueron

condenados al mutismo en gran parte de Europa. En el resto, y sobre todo en Francia, la voz de la oración se hizo más débil, porque muchos de los santuarios devastados no se levantaron ya de sus ruinas. De esta suerte la fe disminuyó, el racionalismo tomó proporciones alarmantes, de forma que, en nuestros días, la sociedad humana parece bambolearse sobre sus bases.

No fueron los últimos, los violentos destrozos que llevaron a cabo los Calvinistas. Francia y otros países católicos se vieron invadidos por el espíritu del orgullo que es enemigo de la oración porque, según él, *la oración no es acción;* como si toda obra buena del hombre no fuese un don de Dios, un don que supone una petición previa y una acción de gracias consiguiente. Hubo, pues, hombres que dijeron: *Hagamos cesar las fiestas de Dios sobre la tierra*[1]; y entonces cayó sobre nosotros aquella desgracia universal que el piadoso Mardoqueo suplicaba al Señor apartase de su pueblo, cuando decía: *Señor, no cierres las bocas de los que te alaban*[2].

RESTAURACIÓN. — Pero, gracias a Dios, *no hemos sido completamente consumidos*[3]; *los restos de Israel se han salvado*[4]; *y he aquí que el nú-*

1 *Salm.*, LXXIII, 8.
2 *Ester*, XIII, 17.
3 *Jerem.*, *Lament.*, III, 22.
4 *Is.*, X, 21.

mero de los creyentes ha aumentado en el Señor[1]. Y ¿qué es lo que ha ocurrido en el corazón del Señor Dios nuestro para que se obre este retorno misericordioso? Sencillamente que se ha reanudado la oración. Numerosos coros de vírgenes sagradas, a los que se unen, aunque en número inferior todavía, el canto más varonil de los hijos del claustro, *se deja oír en nuestra tierra, como la voz de la tórtola*[2]. Esta voz se hace más potente cada día: quiera el Señor aceptarla y que el arco iris aparezca por fin sobre las nubes. ¡Ojalá los acentos de esta oración solemne hallen su eco en nuestras catedrales, que tantas veces los repitieron a través de los siglos! ¡Ojalá la fe y esplendidez de los fieles hagan revivir los prodigios de aquellos siglos pasados, que fueron tan gloriosos porque sus instituciones públicas rendían pleito homenaje a la omnipotencia de la oración!

En la escuela de la Iglesia. — Pero esta oración litúrgica llegaría a ser bien pronto infructuosa, si los fieles no se uniesen a ella al menos de corazón, cuando no pueden participar externamente. Ciertamente no puede contribuir a la salvación de los pueblos sino en la medida que es comprendida. Abrid, pues, vuestros corazones,

1 *Act.*, V, 14.
2 *Cant.*, II, 12.

hijos de la Iglesia católica y venid a orar con la oración de vuestra madre. Venid a completar con vuestro asentimiento esa armonía que encanta al oído divino. Vuelva el espíritu de oración a revivir en su fuente primitiva. Os recordaremos la exhortación del Apóstol a los primeros fieles: *La paz de Cristo salte de gozo en vuestros corazones: El Verbo de Cristo habite en vosotros en plena sabiduría; y vosotros mismos instruíos y exhortaos mutuamente con salmos, himnos, y cánticos espirituales, cantando a Dios en vuestros corazones con su gracia* [1].

Durante mucho tiempo, y para remediar una inquietud lacerante se buscó el espíritu de oración y aun la misma oración en métodos y libros que, ciertamente, encierran pensamientos buenos, hasta piadosos, pero al fin pensamientos humanos. Es un alimento desnutrido porque no inicia en la oración de la Iglesia: más bien que unir distancia. A este tipo pertenecen tantas colecciones de fórmulas y consideraciones, publicadas desde hace dos siglos bajo distintos títulos, en las cuales se trata de edificar a los fieles y de sugerirles algunos afectos más o menos triviales, sacados siempre del campo de ideas y sentimientos que eran más familiares al autor del libro, ya se trate de la asistencia a la santa Misa, ya de la recepción de los Sacramentos o de la

[1] *Col.*, III, 15, 16.

celebración de las fiestas de la Iglesia. De ahí también el matiz tan diverso de todos esos escritos, que, sin duda y a falta de otra cosa, ayudan a las personas ya piadosas, pero que son plenamente insuficientes cuando se trata de infundir el gusto y el espíritu de oración a los que aún no lo poseen.

UN PELIGRO. — Tal vez se diga que, al reducir todos los libros prácticos de la piedad cristiana a un simple comentario de la Liturgia, nos exponemos a debilitar y quizás a destruir con formas demasiado positivas, el espíritu de Oración y Contemplación, que es un don tan precioso del Espíritu Santo en la Iglesia de Dios. En primer lugar, a esto respondemos que, al proclamar la superioridad incontestable de la oración litúrgica sobre la oración individual, no pretendemos decir que haya que suprimir todos los métodos privados: sólo tratamos de colocarlos en su lugar. Afirmamos también que, si se dan varios grados en la divina salmodia, de manera que los más ínfimos apoyándose en la tierra, son accesibles a las almas que están todavía en los trabajos de la *Vía purgativa*, a medida que el alma se eleva por esta mística escala, se siente *iluminada* por un rayo celestial y una vez llegada a la cumbre encuentra la *unión* y el reposo en el soberano bien. Porque efectivamente, ¿de dónde sacaban la luz y el ardor que poseían y que tan

vivamente han dejado impresos en sus obras, aquellos santos doctores de los primeros siglos, aquellos divinos Patriarcas de la soledad, sino de las largas horas de salmodia, durante las cuales la verdad sencilla y multiforme pasaba continuamente por delante de los ojos de su alma transfigurándola con inmensas oleadas de luz y de amor? ¿Quién dió al seráfico Bernardo aquella maravillosa unción que como un río de miel corre por todos sus escritos; quién comunicó al autor de la *Imitación,* aquella suavidad, aquel oculto maná que, después de tanto tiempo, no se torna insípido; a Ludovico Blosio aquella dulzura y delicadeza inenarrables que conmueve a todo el que quiera poner en él su corazón; quién si no el regusto habitual de la Liturgia en cuyo ambiente se deslizaba su vida, en una feliz combinación de cantos y suspiros?

No tema, pues, el alma esposa de Cristo, solicitada por anhelos de oración, no tema, decimos, sufrir de aridez al borde de esas aguas maravillosas de la Liturgia, susurrantes a veces como el riachuelo, rugientes otras como el torrente y desbordadoras en ocasiones como el mar; acérquese y beba en ese regato cristalino y puro, *que salta hasta la vida eterna*[1]; porque ese agua mana *en las fuentes mismas del Salvador*[2] y el Espíritu divino la fecunda con su virtud para que sirva

[1] *Juan,* IV, 14.
[2] *Is.,* XII, 3.

de dulzura y alivio al *ciervo sediento*[1]. Tampoco se asuste el alma, absorta en los encantos de la contemplación, del resplandor y armonía de la oración litúrgica. ¿No es ella también un instrumento melodioso bajo la pulsación del Espíritu Santo que la anima? ¿Y por qué no ha de percibir también el habla divina, lo mismo que el Salmista que es el órgano de toda verdadera oración, aceptado por Dios y por la Iglesia? Pues ¿por ventura no recurre a su arpa cuando quiere despertar en su corazón la llama sagrada, y exclama: *Mi corazón está presto, oh Señor, mi corazón está presto; cantaré, pues, y entonaré salmos. ¡Despiértate, gloria mía, despiértate, arpa mía! De madrugada me levantaré; te cantaré. Señor, ante los pueblos; entonaré salmos en presencia de las naciones, porque tu misericordia es más grande que los cielos y tu verdad está más alta que las nubes?*[2] Otras veces, transportado sobre el mundo sensible, *entra en los dominios del Señor*[3] y se abandona a una santa embriaguez. Y para calmar el ardor que le devora, prorrumpe en el sagrado Epitalamio: *Mi corazón, dice, ha soñado un poema sublime; al Rey mismo quiero dedicar mis cantos*[4]; complaciéndose en expresar la belleza del Esposo vencedor y la gra-

---

[1] *Salm.*, XLI, 2.
[2] *Salm.*, CVII.
[3] *Salm.*, LXX, 15.
[4] *Ib.*, XLIV.

cia de la Esposa. De esta suerte, la oración litúrgica es para el hombre contemplativo tanto principio, como resultado de las visitas del Señor.

El pan de todos. — Pero es ante todo divina, por ser al mismo tiempo la leche de los niños y el pan de los fuertes; semejante al maná milagroso del desierto, sabe a cada cual según su propio paladar. Aun los que no se cuentan entre los hijos de Dios, admiran a veces esa propiedad particular suya, y confiesan que sólo la Iglesia católica conoce los misterios de la oración; pues, si los protestantes carecen de escritores ascéticos, es precisamente porque no tienen oración litúrgica. No hay duda que, siendo el Sacramento de la Eucaristía el centro de la religión, la carencia del mismo bastaría para explicar la falta absoluta de unción en todas las producciones de la Reforma; porque la Liturgia está de tal manera unida a la Eucaristía, de la que es gloriosa aureola, que si las Horas canónicas cesaron y era lógico que cesasen al suprimirse el dogma de la presencia real.

La manifestación de Cristo. — Así pues, Jesucristo es, no sólo el medio sino el objeto de la Liturgia, y por esta razón, el Año litúrgico, que nos proponemos explicar en esta obra, no es más que la manifestación de Jesucristo y de sus mis-

terios en la Iglesia y en el alma fiel. Es el Ciclo sagrado donde las obras divinas brillan como en su propio centro: los siete días de la Creación; la Pascua y Pentecostés del antiguo pueblo escogido; la inefable Encarnación del Verbo, su Sacrificio, su Victoria; la bajada del Espíritu Santo; la sagrada Eucaristía; las glorias inenarrables de la Madre de Dios, siempre Virgen; el esplendor de los Angeles; los méritos y triunfos de los Santos: se puede decir, por tanto, que tiene su punto de partida en la Ley de los Patriarcas, su progreso en la Ley escrita, su consumación siempre en aumento bajo la Ley de Amor, hasta que ya del todo perfecto, se pierde en la eternidad, del mismo modo que la Ley escrita cesó por sí misma el día en que la potencia invencible de la Sangre del Cordero desgarró en dos partes el velo del templo.

¡Ojalá nos fuera dado poder expresar dignamente las santas maravillas de este místico calendario, del cual no es el otro sino un símbolo y humilde marco! ¡Qué felices nos sentiríamos en poder hacer comprender la inmensa gloria que con la conmemoración anual de todas estas maravillas, se le tributa a la Santísima Trinidad, al Salvador, a María, a los Espíritus bienaventurados y a los santos! Si la Iglesia renueva todos los años su juventud *como el águila* [1], es porque mediante el Año litúrgico, recibe la visita de su

[1] *Salm.*, CII, 5.

Esposo en la medida de sus necesidades. Todos los años le vuelve a ver niño en el establo, ayunando en la montaña, sacrificándose en la Cruz, resucitando del sepulcro, fundando su Iglesia e instituyendo los Sacramentos, subiendo a la diestra de su Padre, enviando a los hombres el Espíritu Santo; y las gracias de estos sagrados misterios se renuevan también en ella, de manera que el jardín de la Iglesia, fecundado según sus necesidades, envía continuamente al Esposo el *delicioso aroma de sus perfumes, bajo el soplo del Aquilón y del austro* [1]. Todos los años el Espíritu divino toma posesión de su Amada y la comunica luz y amor; todos los años saca un aumento de vida, del influjo maternal que la Virgen Santísima ejerce sobre ella en los días de *sus gozos*, de *sus dolores* y de *sus glorias;* finalmente, las brillantes constelaciones formadas en radiante variedad por los Espíritus de los nueve coros y por los Santos en sus diversos órdenes de Apóstoles, Mártires, Confesores y Vírgenes, derraman anualmente sobre ella socorros poderosos e inenarrables consuelos.

Ahora bien, lo que el Año litúrgico obra en la Iglesia en general, lo realiza también en el alma de todo fiel atento a recoger en sí el don divino. Esta sucesión de místicas estaciones proporciona al cristiano los medios de esa vida sobrenatural,

---

[1] *Cant.*, IV, 16.

sin la cual toda otra vida no es sino una muerte más o menos disfrazada; y hay almas de tal manera enamoradas de esta corriente divina que circula por el ciclo católico, que hasta llegan a sentir físicamente sus cambios, de suerte que la vida sobrenatural parece absorver a la natural y al calendario de los astrónomos.

¡Ojalá, pues, los lectores católicos de esta obra se vean libres de esa tibieza de la fe, de ese letargo del amor, que casi han borrado las huellas del Año litúrgico, que en otros tiempos fué y siempre debe ser alegría de los pueblos, luz de los sabios y libro de los humildes!

OBJETO DE LA OBRA. — Esperamos que de todo lo dicho el lector sacará en consecuencia que no es nuestro propósito hacer aquí gala de recursos para trazar un sistema, hacer oratoria, filosofía o cualquier otra cosa bella a propósito de los misterios del Año eclesiástico. Una sola finalidad es la nuestra y por su consecución rogamos a Dios humildemente: la de servir de intérpretes a la Santa Iglesia, la de poner a los fieles en condición de poder seguirla en su oración durante cada estación mística, y aun cada día y cada hora. No quiera Dios que por un sólo momento nos atrevamos a equiparar nuestros pensamientos pasajeros a los que Nuestro Señor Jesucristo, que es la divina Sabiduría, inspira por medio de su Espíritu a la que es su amada Esposa: Procu-

raremos con el mayor cuidado captar las intenciones del Espíritu Santo en las diversas fases del Año litúrgico, moviéndonos a ello con el estudio atento de los más venerables monumentos de la oración pública y con las inspiraciones de los Santos Padres y de los intérpretes antiguos y aprobados; de suerte, que con ayuda de estos auxilios, podamos ofrecer a los fieles la medula de la oración de la Iglesia y, a ser posible, unir a la utilidad práctica esa dulce variedad que consuela y recrea al mismo tiempo.

No descuidaremos en esta obra el culto de los Santos, porque es una de las grandes necesidades de todos los tiempos, pero sobre todo de los modernos. La devoción a la adorable persona del Salvador ha surgido entre nosotros con nuevo vigor; el culto de la Santísima Virgen crece y se propaga; si vuelve a renacer también la confianza en los Santos, entonces desaparecerán las huellas de esa desviación de la piedad, que por el influjo sordo del Jansenismo, inficionaba la vida espiritual de los franceses. Mas como en esto hay que procurar no extralimitarse, pocas veces trataremos de Santos que no traiga el Calendario romano.

A pesar de todo, no extraeremos nuestras fórmulas únicamente de la Liturgia romana, aunque ésta constituya la base del Año litúrgico; en nuestro tesoro de oraciones recogeremos también el eco de las liturgias Ambrosiana, Galicana,

Gótica o Mozárabe, Griega, Armenia, Siria, etc; porque contribuirán sin duda a que la voz de la Iglesia se perciba más plena y armoniosamente. La Edad Media produjo en las Iglesias occidentales dentro del género litúrgico, secuencias de una belleza extraordinaria; uno de nuestros primeros cuidados consistirá en iniciar a los fieles que nos lean, en la inteligencia de esas purísimas fuentes de ternura y de vida.

En cuanto al sistema que hemos de seguir en cada uno de los volúmenes de este *Año litúrgico,* dependerá del género especial de las materias que en él se traten. Dejaremos para nuestras INSTITUCIONES todo lo concerniente a la parte puramente científica de la Liturgia, limitándonos aquí a los detalles necesarios para iniciar a los fieles en las miras de la Santa Iglesia, dentro de cada una de las estaciones místicas del año. Presentaremos las sagradas fórmulas, explicadas y adaptadas al uso de los fieles por medio de una glosa, en la que trataremos de evitar los inconvenientes de una fría traducción, y también la pesadez de una paráfrasis sobrecargada e insípida.

Como, según hemos dicho, nuestra finalidad es ofrecer a los fieles la parte más substanciosa y nutritiva de la Liturgia, en la elección de las piezas nos hemos dejado guiar por este criterio, dejando a un lado todo lo que no lleva directamente a ese fin. Sobre todo hay que tener en

cuenta esta observación tratándose de los trozos sacados de los libros litúrgicos de la Iglesia griega. Es admirable la riqueza y piedad que encierra esta Liturgia cuando se la saborea sólo en extractos; pero no se hace atractiva cuando se la lee en sus propias fuentes. Abunda en repeticiones que producen hastío, desvirtuándose su unción en repeticiones interminables. Así pues, en esta mies demasiado abundosa solamente hemos procurado espigar y recoger la flor.

Nos referimos sobre todo a las *Menees* y a la *Antología* de la Iglesia griega. Las piezas litúrgicas de las demás Iglesias orientales están generalmente compuestas con más gusto y sobriedad.

División del ciclo. — La primera parte del *Año Litúrgico* ha de contener la explicación del culto divino, *desde el Adviento hasta la Purificación.* En la segunda se tratará de la Liturgia *desde la Purificación hasta la Semana Santa.* La tercera tendrá por objeto *el Tiempo Pascual.* La cuarta contendrá en primer lugar las fiestas de la *Santísima Trinidad, Corpus Christi* y *Sagrado Corazón de Jesús* y además irá dedicada al *Tiempo después de Pentecostés.* Este conjunto, cuyo plan está trazado por la misma Santa Iglesia, desarrolla el drama más sublime que puede ofrecerse a la contemplación de los hombres. La intervención de Dios en la salvación y santificación de los hombres, la conciliación de la justicia

con la misericordia, las humillaciones, dolores y glorias del Hombre-Dios, la venida y las operaciones del Espíritu Santo en la humanidad y en el alma fiel, la misión y la acción de la Iglesia; todo se desarrolla aquí de la manera más emocionante y viva; todo llega a su debido tiempo por la sublime sucesión de los aniversarios. Han transcurrido dieciocho siglos desde que se realizó *un hecho divino;* en la Liturgia se renueva su aniversario y el sentimiento de lo que Dios obró hace ya tantos siglos vuelve a renacer en el pueblo cristiano. ¿Qué inteligencia humana habría podido concebir un plan semejante?

¡Cuán endebles aparecen al lado de nuestras realidades imperecederas, esos hombres temerarios y superficiales que creen en el fracaso del cristianismo, que se atreven a considerarlo como una antigualla y ni siquiera sospechan hasta qué punto permanece vivo e inmortal entre los cristianos por medio de su Año litúrgico! Porque ¿qué otra cosa es la Liturgia, sino una contínua afirmación, una solemne adhesión a los hechos que ya se realizaron en otro tiempo, y cuya eficacia es indestructible, porque desde entonces se renueva su memoria todos los años? ¿Es que no poseemos nuestros escritos apostólicos, nuestras Actas de los Mártires, nuestros antiguos decretos de los Concilios, nuestros escritos de los Santos Padres y nuestros monumentos, cuya serie llega

hasta el origen y nos proporcionan el más explícito testimonio sobre la tradición de nuestras fiestas? El Año litúrgico sólo tiene su plena vida y desarrollo dentro de la Iglesia católica, pero las sectas separadas ya sea por el cisma ya por la herejía le acreditan también por los vestigios que conservan y gracias a los cuales subsisten todavía aunque con vida precaria.

Actualidad de los misterios. — Pero, si la Liturgia nos conmueve todos los años, presentando ante nuestros ojos la renovación altamente dramática de todo cuanto se operó en favor de la redención humana y del contacto del hombre con Dios, hay algo más admirable, y es que esta renovación anual no quita nada al vigor y espontaneidad de nuestras emociones cuando se trata de comenzar de nuevo el Año litúrgico, cuyas etapas acabamos de señalar. El Adviento se halla siempre impregnado de cierta ansiedad dulce y misteriosa; Navidad nos subyuga siempre por las incomparables alegrías del Nacimiento del Niño Dios; con idéntica emoción penetramos en la melancólica Septuagésima; en Cuaresma caemos de hinojos ante la justicia divina y nuestro corazón se siente entonces invadido por una saludable compunción que se diría no habíamos percibido el año anterior. ¿No es verdad que la Pasión del Señor, seguida día por día y hora por hora, nos parece siempre nueva? ¿Los resplan-

dores de la Resurrección no traen a nuestro corazón un gozo que hasta entonces nunca habíamos experimentado? La Ascensión triunfante ¿no despliega ante nuestra vista panoramas de la economía de la Redención que ni siquiera habíamos soñado? Y cuando en Pentecostés desciende el Espíritu Santo ¿no es cierto que sentimos renovada su presencia y que en ese día y en ese momento son superadas las emociones del año anterior? ¿Por ventura la fiesta del Santísimo Sacramento, que tan radiante y evocadora se nos acerca todos los años, encuentra nuestros corazones insensibles al don inefable que Jesús nos hizo la víspera de su Pasión? ¿Más bien no nos sentimos como nuevamente posesores de este inagotable misterio? Cuantas veces conmemoramos las fiestas de María, se nos revelan aspectos inesperados de sus grandezas, y cuando nuestros santos preferidos nos vuelven a visitar durante el Año, nos parecen más hermosos, atrayentes o aleccionadores: los comprendemos mejor y sentimos más vivamente los lazos que nos unen a ellos.

PODER SANTIFICADOR DE LOS MISTERIOS. — Este poder vivificante del Año litúrgico sobre el que, finalmente, queremos insistir, es un misterio del Espíritu Santo, que fecunda sin cesar la obra que El inspiró a la Santa Iglesia, con el fin de santificar el tiempo asignado a los hombres para

hacernos dignos de Dios. Admiremos también esa sublime economía, ese tacto con que va poniendo las verdades de la fe al alcance de nuestra inteligencia y desarrollando en nosotros la vida de la gracia. Todos los artículos de la doctrina cristiana quedan, no solamente enunciados en el curso del Año litúrgico, sino también inculcados con la autoridad y la unción que Ella ha sabido poner en su lenguaje y en sus ritos tan expresivos. De esta manera la fe de los fieles se esclarece año tras año, se forma en ellos el sentido teológico y la oración los lleva al conocimiento. Los misterios continúan siendo misterios; pero sus destellos se hacen tan deslumbrantes, que el alma y el corazón quedan extasiados llegando a concebir tal conocimiento de las alegrías que nos proporcionará la vista eterna de estas divinas bellezas, que aun a través de la nube, nos producen un encanto semejante.

Y ¿qué fuente de progreso no será para el alma cristiana el ver aparecer, cada vez más luminoso, el objeto de su fe y la esperanza de la salvación, como algo impuesto por el espectáculo de tantas maravillas como la bondad de Dios obra en favor del hombre, cuando el amor se inflame en él bajo el soplo del Espíritu divino, que ha hecho de la Liturgia algo así como el centro de sus operaciones en las almas? La formación de Cristo en nosotros, ¿no es sencillamente el resultado de la comunión con sus distintos misterios, gozosos,

dolorosos y gloriosos? Ahora bien, estos misterios llegan a nosotros, se nos incorporan anualmente, por medio de la gracia especial que lleva consigo su celebración en la Liturgia, formándose insensiblemente el hombre nuevo sobre las ruinas del viejo. Y si tenemos la obligación de estimular la imitación del divino modelo por un acercamiento a aquellos miembros de la familia humana que mejor lo han realizado en sí, ¿no es cierto que encontramos entonces la enseñanza práctica y el estímulo en el ejemplo de nuestros queridos santos que esmaltan el Año litúrgico? Mirándoles, llegamos a conocer el camino que conduce a Cristo, a sí como el mismo Cristo nos muestra en sí mismo, el camino que conduce al Padre. Pero María es quien resplandece sobre todos los Santos, ofreciéndonos en sí misma como *Espejo de justicia,* en el que se refleja toda la santidad de que es capaz una criatura humana.

La poesía sagrada. — Finalmente, el *Año litúrgico,* cuyo plan acabamos de esbozar, nos iniciará en la poesía más sublime que se puede dar aquí abajo. Por su medio conseguiremos no sólo entender los cánticos divinos de David y de los Profetas que constituyen el fondo de la alabanza litúrgica, sino que el Año, a través de su curso, no cesará de sugerir a la Santa Iglesia los cantos más bellos, más profundos y más dignos de su objeto. De cuando en cuando oiremos a las diver-

sas razas humanas, reunidas por la fe en una sola, volcar toda su admiración y amor con acentos en que la más perfecta armonía de ideas y sentimientos va unida a la más rica variedad en el genio y la expresión. De nuestra colección apartamos, como es natural, ciertas composiciones modernas, imitadoras con frecuencia de una literatura profana y que por no haber recibido la bendición de la Iglesia no están destinadas a sobrevivir; recogemos, sí, las producciones del genio litúrgico de todos los tiempos: en la Iglesia latina, desde Sedulio y Prudencio hasta Adán de San Víctor y sus imitadores: en la Iglesia oriental, desde S. Efrén hasta los últimos himnógrafos católicos de la Iglesia bizantina. No faltará poesía ni en las oraciones compuestas en simple prosa con cadencia, ni en las que presentan un ritmo regular. Se la encuentra por todas partes, lo mismo en la Liturgia que en las Escrituras inspiradas, ya que sólo ella sabe estar a la altura de lo que se trata de expresar; de esta suerte la colección de monumentos de la oración pública es también el más rico depósito de la poesía cristiana, que canta en la tierra los misterios del cielo y nos prepara para los cánticos de la eternidad. Permítasenos, para terminar esta introducción general, recordar a nuestros lectores que, en un trabajo de esta naturaleza, la obra del autor se halla supeditada completamente al influjo del Espíritu divino, *que sopla donde El*

quiere [1], y no al hombre a quien toca a lo sumo *el plantar y regar* [2]. Por eso nos atrevemos a suplicar a los hijos de la Santa Iglesia que se interesan por la vuelta a las tradiciones antiguas de oración, que nos ayuden con sus oraciones ante Dios, para que nuestra indignidad no sea un obstáculo a la obra que tomamos entre manos, y cuyo peso sentimos tan superior a nuestras fuerzas.

Sólo nos queda declarar que sometemos nuestra obra, tanto en su fondo como en su forma, al juicio soberano e infalible de la Santa Iglesia Romana, la única que guarda con los secretos de la Oración, las palabras de vida eterna.

---

[1] *Juan*, III, 8.
[2] *I Cor.*, III, 6.

EL ADVIENTO

CAPITULO I

HISTORIA DEL ADVIENTO

Su nombre. — En la Iglesia latina, se da el nombre de Adviento [1] al tiempo destinado por la Iglesia para preparar a los fieles a la celebración de la fiesta de Navidad, aniversario del Nacimiento de Jesucristo. El misterio de este gran día merecía sin duda el honor de un preludio de oración y penitencia: pero es imposible determinar de una manera cierta la época en que fué instituído este tiempo de preparación, que sólo más tarde recibió el nombre de *Adviento* [2].

El *Adviento* se puede considerar bajo dos puntos de vista diferentes: como un tiempo de

[1] Del nombre latino *Adventus*, que significa advenimiento, venida.

[2] La proclamación del dogma de la divina Maternidad en Efeso (431) dió un fuerte impulso al culto mariano y una gran celebridad a la conmemoración del Nacimiento del Señor. Efectivamente, poco tiempo después del Concilio de Nicea (325) la Iglesia romana instituía la fiesta de Navidad y la fijaba para el 25 de diciembre: pero los primeros elementos del Adviento los tomó del Oriente.

preparación propiamente dicha al Nacimiento del Salvador, por medio de prácticas de penitencia, o como un conjunto de oficios eclesiásticos, organizado con el mismo fin. Ya desde el siglo v nos hallamos con la costumbre de hacer exhortaciones al pueblo para prepararle a la fiesta de Navidad; hasta nos quedan dos sermones de San Máximo de Turín sobre este objeto, sin mencionar otros muchos atribuídos antiguamente a San Ambrosio y a San Agustín, y que parecen ser de San Cesáreo de Arlés. Aunque estos monumentos no nos precisan todavía la duración y los ejercicios que se practicaban en este santo tiempo, al menos nos es dado ver en ellos la antigüedad de una práctica que señala con predicaciones especiales el tiempo de *Adviento*. San Ivo de Chartres, San Bernardo y algunos otros doctores de los siglos XI y XII nos han dejado sermones especiales de *Adventu Domini*, completamente distintos de las Homilías dominicales sobre los Evangelios de este tiempo. En las Capitulares de Carlos el Calvo, del año 846, los Obispos advierten a este príncipe que no debe alejarlos de sus Iglesias durante la Cuaresma, ni durante el *Adviento* so pretexto de asuntos de Estado o de alguna expedición militar, porque ellos tienen deberes particulares que cumplir durante ese tiempo, sobre todo el de la predicación.

Un antiguo documento donde se encuentran precisados ya el tiempo y las prácticas del Ad-

viento, aunque de manera poco clara todavía, es un pasaje de San Gregorio de Tours, en el segundo libro de su *Historia de los Francos* en el que cuenta que San Perpetuo, uno de sus predecesores que ejercía su cargo hacia el año 480, había determinado que los fieles debían ayunar tres veces a la semana, desde la fiesta de San Martín hasta Navidad [1]. ¿Establecía San Perpetuo, por esta ordenación, una nueva observancia o sencillamente sancionaba una ley ya establecida? Imposible determinarlo hoy día con exactitud. Notemos solamente que existe un período de cuarenta días o más bien de cuarenta y tres

---

[1] Según los últimos trabajos de los Liturgistas, se pueden señalar testimonios todavía más antiguos que éste. Por ejemplo, un fragmento de un texto de San Hilario, por consiguiente anterior a 366, dice que "la Iglesia se prepara a la vuelta anual del Advenimiento del Señor por un misterioso tiempo de tres semanas". El Concilio de Zaragoza, a su vez, en 380, obliga a los fieles a asistir a los oficios divinos desde el 17 de diciembre al 6 de enero. Dentro de este período de 21 días, los días que preceden a Navidad formaban un marco adecuado para prepararse a esta fiesta, constituyendo una especie de Adviento. Pero como en el siglo IV se había introducido la costumbre de considerar la Epifanía y aun la Natividad como fiestas bautismales, podríase tratar aquí sólamente de una preparación para el bautismo y no de una liturgia de Adviento.

Durante el siglo V, en Oriente, en Ravena, en las Galias y en España se celebraba una fiesta de Nuestra Señora el domingo anterior a Navidad y a veces también una fiesta del Precursor el domingo precedente. Acaso se diera también allí una breve preparación a Navidad, un primitivo Adviento, a no ser que se trate de una simple ampliación de la fiesta de Navidad. Finalmente, el "*Rollo de Ravena*" cuyo autor pudiera ser San Pedro Crisólogo (433-450) contiene 40 oraciones que muy bien podrían servir de preparación a la fiesta de Navidad.

días expresamente señalado y consagrado a la penitencia como otra Cuaresma, aunque menos rigurosa [1].

Poco después nos hallamos con el canon nueve del primer concilio de Macón, celebrado en 583, el cual ordena que durante el mismo intervalo de San Martín hasta Navidad, deberá ayunarse los lunes, miércoles y viernes y que *se celebrará el sacrificio según el rito de la Cuaresma.* Algunos años antes, el segundo Concilio de Tours, celebrado en 567, obligaba a los monjes a ayunar desde principios del mes de diciembre hasta Navidad. Esta práctica penitencial se extendió pronto a toda la cuarentena, obligatoria también para los fieles, dándosele vulgarmente el nombre de *Cuaresma de San Martín.* Las Capitulares de Carlomagno, en el libro sexto, no dejan lugar a duda; y Rabano Mauro asegura lo mismo en el libro segundo de su *Institución de los Clerigos.* Hasta se hacían regocijos particulares en la fiesta de San Martín, la mismo que ahora al acercarse la Cuaresma y en la fiesta de Pascua.

CAMBIOS EN LA OBSERVANCIA. — La obligatoriedad de esta Cuaresma, que naciendo de una ma-

---

[1] Hay que notar también que este ayuno no era exclusivo del tiempo de Adviento, pues, entre Pentecostés y mitad de febrero, los fieles ayunaban dos veces a la semana y tres los monjes. El carácter penitencial del Adviento no le fué viniendo sino poco a poco, a causa de la analogía que ofrecía este período con el de la Cuaresma.

nera casi inperceptible había llegado a crecer en lo sucesivo hasta llegar a ser una ley sagrada, se fué relajando poco a poco; los cuarenta días desde San Martín a Navidad quedaron convertidos en cuatro semanas. Ya hemos visto que la práctica de este ayuno había nacido en Francia; de allí se había extendido por Inglaterra, según sabemos por la Historia del Venerable Beda; por Italia, como consta por un diploma de Astolfo rey de los Lombardos († 753); por Alemania y España [1], etcétera, como se puede ver por las pruebas que aporta la gran obra de Don Martène *sobre los antiguos Ritos de la Iglesia.* La primera noticia que encontramos sobre la reducción del Adviento a cuatro semanas parece ser la carta del Papa San Nicolás I a los Búlgaros que data del siglo IX. El testimonio de Ratiero de Verona y de Abdón de Fleury, autores del mismo siglo, sirve también para probar que el acortamiento del ayuno del Adviento era en aquellos días cuestión candente. Es cierto que San Pedro Damiano, en el siglo XI, supone todavía que el ayuno del Adviento duraba cuarenta días, y San Luis, dos siglos más tarde,

[1] Tal vez existía ya el ayuno en España en esta época. Una carta de hacia el 400, nos habla de tres semanas que concluyen el año, hasta comenzar el nuevo, comprendiendo las fiestas de Navidad y Epifanía, durante las cuales conviene darse al retiro y a las prácticas ascéticas: la oración y la abstinencia (Rev. Ben. 1928, p. 289). Las Iglesias orientales que recibieron de Occidente la fiesta de la Natividad de N. S. Jesucristo, adoptaron también en el siglo VIII el ayuno de Adviento.

también lo observaba; pero tal vez este Santo lo practicaba así por una devoción particular.

La disciplina de las Iglesias occidentales, después de haber reducido la duración del ayuno de Adviento, acabó por trasformarlo en una simple abstinencia; y aun se dan Concilios desde el siglo XII, como el de Selingstadt en 1122, que parecen no obligar con la abstinencia más que a los clérigos[1]. El Concilio de Salisbury, en 1281 parece que no lo preceptúa sino para los monjes. Por otra parte es tal la confusión sobre esta materia, sin duda debido a que las Iglesias de Occidente no lo hicieron objeto de una disciplina uniforme, que Inocencio III, en su carta al Obispo de Braga, afirma que la práctica del ayuno durante todo el Adviento, se conservaba todavía en Roma en su tiempo, y Durando, en el mismo siglo XIII y en su "Rationale" asegura de la misma manera que el ayuno era continuo en Francia durante todo el curso de este santo tiempo.

Sea lo que fuere, esta costumbre fué cayendo en desuso poco a poco, de suerte que todo lo que le fué dado hacer al Papa Urbano V en 1362 para detener su desaparición completa, fué obligar a todos los clérigos de su corte a guardar la abstinencia del Adviento, sin hacer mención alguna del ayuno y sin constreñir de ningún modo con

[1] El Concilio de Avranches (1172) prescribe el ayuno y la abstinencia para todos los que puedan observarles, y en particular para los clérigos y soldados.

esta ley a los demás clérigos y mucho menos a los laicos. San Carlos Borromeo trató también de resucitar en su pueblo milanés, el espíritu, si no la práctica de los antiguos tiempos. En su cuarto Concilio obligó a los sacerdotes a que exhortasen a los fieles a comulgar al menos todos los domingos de Cuaresma y del *Adviento,* y dirigió también a sus diocesanos una carta pastoral, en la que, después de recordar las disposiciones con que se debe celebrar este santo tiempo, trataba de animarles a ayunar por lo menos los lunes, miércoles y viernes de cada semana de Adviento. Finalmente Benedicto XIV, siendo todavía Arzobispo de Bolonia, y queriendo seguir tan gloriosas huellas, dedicó su undécima *Institución Eclesiástica* a despertar en el espíritu de sus fieles la elevada idea que los cristianos de otros tiempos tenían del santo tiempo de Adviento, y a combatir un prejuicio existente en aquella región y que consistía en creer que el Adviento concernía sólo a los religiosos y no a los simples fieles. Demuestra que esta afirmación, a menos que se refiera solamente al ayuno y a la abstinencia, es verdaderamente *temeraria y escandalosa,* puesto que no se puede dudar de que existe, dentro de las leyes y usos de la Iglesia universal, un conjunto de prácticas destinadas a preparar a los fieles a la gran fiesta del Nacimiento de Jesucristo.

La Iglesia griega observa todavía el ayuno del Adviento, pero un ayuno mucho más suave

días expresamente señalado y consagrado a la penitencia como otra Cuaresma, aunque menos rigurosa[1].

Poco después nos hallamos con el canon nueve del primer concilio de Macón, celebrado en 583, el cual ordena que durante el mismo intervalo de San Martín hasta Navidad, deberá ayunarse los lunes, miércoles y viernes y que *se celebrará el sacrificio según el rito de la Cuaresma.* Algunos años antes, el segundo Concilio de Tours, celebrado en 567, obligaba a los monjes a ayunar desde principios del mes de diciembre hasta Navidad. Esta práctica penitencial se extendió pronto a toda la cuarentena, obligatoria también para los fieles, dándosele vulgarmente el nombre de *Cuaresma de San Martín.* Las Capitulares de Carlomagno, en el libro sexto, no dejan lugar a duda; y Rabano Mauro asegura lo mismo en el libro segundo de su *Institución de los Clerigos.* Hasta se hacían regocijos particulares en la fiesta de San Martín, la mismo que ahora al acercarse la Cuaresma y en la fiesta de Pascua.

CAMBIOS EN LA OBSERVANCIA. — La obligatoriedad de esta Cuaresma, que naciendo de una ma-

[1] Hay que notar también que este ayuno no era exclusivo del tiempo de Adviento, pues, entre Pentecostés y mitad de febrero, los fieles ayunaban dos veces a la semana y tres los monjes. El carácter penitencial del Adviento no le fué viniendo sino poco a poco, a causa de la analogía que ofrecía este período con el de la Cuaresma.

nera casi inperceptible había llegado a crecer en lo sucesivo hasta llegar a ser una ley sagrada, se fué relajando poco a poco; los cuarenta días desde San Martín a Navidad quedaron convertidos en cuatro semanas. Ya hemos visto que la práctica de este ayuno había nacido en Francia; de allí se había extendido por Inglaterra, según sabemos por la Historia del Venerable Beda; por Italia, como consta por un diploma de Astolfo rey de los Lombardos († 753); por Alemania y España [1], etcétera, como se puede ver por las pruebas que aporta la gran obra de Don Martène *sobre los antiguos Ritos de la Iglesia*. La primera noticia que encontramos sobre la reducción del Adviento a cuatro semanas parece ser la carta del Papa San Nicolás I a los Búlgaros que data del siglo IX. El testimonio de Ratiero de Verona y de Abdón de Fleury, autores del mismo siglo, sirve también para probar que el acortamiento del ayuno del Adviento era en aquellos días cuestión candente. Es cierto que San Pedro Damiano, en el siglo XI, supone todavía que el ayuno del Adviento duraba cuarenta días, y San Luis, dos siglos más tarde,

[1] Tal vez existía ya el ayuno en España en esta época. Una carta de hacia el 400, nos habla de tres semanas que concluyen el año, hasta comenzar el nuevo, comprendiendo las fiestas de Navidad y Epifanía, durante las cuales conviene darse al retiro y a las prácticas ascéticas: la oración y la abstinencia (Rev. Ben. 1928, p. 289). Las Iglesias orientales que recibieron de Occidente la fiesta de la Natividad de N. S. Jesucristo, adoptaron también en el siglo VIII el ayuno de Adviento.

también lo observaba; pero tal vez este Santo lo practicaba así por una devoción particular.

La disciplina de las Iglesias occidentales, después de haber reducido la duración del ayuno de Adviento, acabó por trasformarlo en una simple abstinencia; y aun se dan Concilios desde el siglo XII, como el de Selingstadt en 1122, que parecen no obligar con la abstinencia más que a los clérigos[1]. El Concilio de Salisbury, en 1281 parece que no lo preceptúa sino para los monjes. Por otra parte es tal la confusión sobre esta materia, sin duda debido a que las Iglesias de Occidente no lo hicieron objeto de una disciplina uniforme, que Inocencio III, en su carta al Obispo de Braga, afirma que la práctica del ayuno durante todo el Adviento, se conservaba todavía en Roma en su tiempo, y Durando, en el mismo siglo XIII y en su "Rationale" asegura de la misma manera que el ayuno era continuo en Francia durante todo el curso de este santo tiempo.

Sea lo que fuere, esta costumbre fué cayendo en desuso poco a poco, de suerte que todo lo que le fué dado hacer al Papa Urbano V en 1362 para detener su desaparición completa, fué obligar a todos los clérigos de su corte a guardar la abstinencia del Adviento, sin hacer mención alguna del ayuno y sin constreñir de ningún modo con

[1] El Concilio de Avranches (1172) prescribe el ayuno y la abstinencia para todos los que puedan observarles, y en particular para los clérigos y soldados.

esta ley a los demás clérigos y mucho menos a los laicos. San Carlos Borromeo trató también de resucitar en su pueblo milanés, el espíritu, si no la práctica de los antiguos tiempos. En su cuarto Concilio obligó a los sacerdotes a que exhortasen a los fieles a comulgar al menos todos los domingos de Cuaresma y del *Adviento,* y dirigió también a sus diocesanos una carta pastoral, en la que, después de recordar las disposiciones con que se debe celebrar este santo tiempo, trataba de animarles a ayunar por lo menos los lunes, miércoles y viernes de cada semana de Adviento. Finalmente Benedicto XIV, siendo todavía Arzobispo de Bolonia, y queriendo seguir tan gloriosas huellas, dedicó su undécima *Institución Eclesiástica* a despertar en el espíritu de sus fieles la elevada idea que los cristianos de otros tiempos tenían del santo tiempo de Adviento, y a combatir un prejuicio existente en aquella región y que consistía en creer que el Adviento concernía sólo a los religiosos y no a los simples fieles. Demuestra que esta afirmación, a menos que se refiera solamente al ayuno y a la abstinencia, es verdaderamente *temeraria y escandalosa,* puesto que no se puede dudar de que existe, dentro de las leyes y usos de la Iglesia universal, un conjunto de prácticas destinadas a preparar a los fieles a la gran fiesta del Nacimiento de Jesucristo.

La Iglesia griega observa todavía el ayuno del Adviento, pero un ayuno mucho más suave

que el de la Cuaresma. Se compone de cuarenta días, contando desde el 14 de noviembre, día en que la Iglesia celebra la fiesta del Apóstol San Felipe. Durante este tiempo se guarda abstinencia de carne, manteca, leche y huevos; pero se puede usar el aceite, vino y peces, cosas prohibidas en Cuaresma. El ayuno propiamente dicho no obliga más que siete días de los cuarenta; a todo el conjunto se le da el nombre de *Cuaresma de San Felipe*. Los griegos justifican estas mitigaciones diciendo que la Cuaresma de Navidad es institución monacal, mientras que la de Pascua es de institución apostólica.

Pero, aunque las prácticas externas de penitencia que consagraban antiguamente el tiempo de Adviento entre los Occidentales, hayan ido mitigándose poco a poco, de manera que apenas queda vestigio alguno de ellas fuera de los monasterios, el conjunto de la Liturgia de Adviento no ha cambiado, y los fieles deben procurar una verdadera preparación a la fiesta de Navidad, apropiándose su espíritu con esmero.

Cambios de la Liturgia. — La forma litúrgica del Adviento tal cual hoy se conserva en la Iglesia Romana, ha experimentado algunos cambios. San Gregorio (590-604) parece haber sido el primero que compuso este Oficio, que comprendía primeramente cinco domingos, tal como se puede ver en los Sacramentarios más antiguos

de este gran Papa. A este propósito se puede también afirmar, siguiendo a Amalario de Metz y a Bernón de Reichenau, los cuales a su vez son seguidos en esto por Don Martène y Benedicto XIV, que el autor del precepto eclesiástico del Adviento pudiera ser San Gregorio, aunque el uso de dedicar un tiempo más o menos largo a la preparación de la fiesta de Navidad sea de uso inmemorial y la abstinencia y el ayuno de este santo tiempo hayan tenido su origen en Francia. Según eso, San Gregorio habría determinado para las Iglesias de rito romano la forma de los Oficios durante esta especie de Cuaresma y sancionado el ayuno que le acompañaba, dejando a pesar de todo cierta libertad a las diversas Iglesias para el modo de practicarlo. Como se ve por Amalario, San Nicolás I, Bernón de Reichenau, Ratiero de Verna etc., a partir del siglo IX y X los domingos habían quedado reducidos a cuatro; es el número que trae también el Sacramentario gregoriano trasmitido por Pamelius y que parece haber sido copiado en esa época. Desde entonces no ha variado la duración del Adviento en la Iglesia Romana, habiéndose fijado en cuatro semanas, y cayendo en la cuarta la fiesta de Navidad, a no ser que esta coincida con el Domingo. Por consiguiente a la práctica actual se le puede calcular una antigüedad de mil años, al menos por lo que se refiere a la Iglesia romana; ya que existen pruebas de que algunas Iglesias de

Francia guardaron la costumbre de las cinco semanas hasta el siglo XIII [1].

Todavía la Iglesia ambrosiana cuenta seis semanas en su Liturgia de Adviento; y el Misal gótico o mozárabe guarda la misma costumbre. En cuanto a la Iglesia galicana, los fragmentos que Dom Mabillon nos ha conservado de su liturgia, nada nos dicen a este propósito, pero es lógico opinar con este sabio, cuya autoridad está corroborada por la de Dom Martène, que la Iglesia de las Galias seguía en este punto, como en otros muchos, las costumbres de la Iglesia gótica, es decir que la Liturgia de su Adviento se componía también de seis domingos y seis semanas [2].

Por lo que se refiere a los Griegos, sus *Rúbricas* para el tiempo de Adviento se pueden ver en

---

[1] Hoy día se puede fijar de una manera más detallada el desarrollo de la Liturgia del Adviento. Mientras que el sacramentario leoniano (fin del siglo VI) no trae ninguna misa, lo que parece indicar que en ese tiempo Roma no conocía todavía el Adviento, el sacramentario gelasiano antiguo (fin del siglo VI-VII) contiene cinco misas "*De Adventu Domini*". El sacramentario gelasiano de Angulema y los demás sacramentarios del siglo VIII contienen también cinco misas, y además las tres misas de las Témporas de Diciembre. Finalmente, en el sacramentario gregoriano encontramos misas para las cuatro dominicas y para las tres ferias de Témporas. Tal vez, la misa del último domingo después de Pentecostés era considerada también como misa "de Adventu". Añadamos también que San Benito († después del 546) escribió en su Regla un Capítulo sobre la Cuaresma, que habla del tiempo Pascual, pero para nada menciona el Adviento.

[2] Notemos que el sacramentario mozárabe: "Liber mozarabicus sacramentorum" (del siglo IX, pero que representa la liturgia del VII), contiene cinco dominicas, y finalmente que los Leccionarios galicanos llevan seis semanas para el Adviento.

las Menees, a continuación del Oficio del 14 de noviembre. No tienen Oficio propio para el Adviento y durante este tiempo tampoco celebran la Misa de *Presantificados,* como en Cuaresma. Pero, en los Oficios de los Santos que se celebran entre el 15 de noviembre y la dominica más próxima a Navidad, se hacen frecuentes alusiones a la Natividad del Señor, a la divina Maternidad de María, a la gruta de Belén, etc. El domingo que precede a Navidad, celebran la fiesta que llaman de los *Santos abuelos,* es decir la conmemoración de los Santos del Antiguo Testamento, con el fin de rememorar el ansia del Mesías. A los días 20, 21, 22 y 23 de diciembre los honran con el título de *Ante-Fiesta de Navidad;* dominando la idea del misterio del Nacimiento del Salvador toda la Liturgia, a pesar de que celebren en esos días el Oficio de varios Santos.

CAPITULO II

MISTICA DEL ADVIENTO

El triple Advenimiento. — Si, después de haber detallado las características que distinguen al tiempo del Adviento de cualquier otro tiempo, queremos penetrar ahora en las profundidades del misterio que ocupa a la Iglesia durante este período, hallaremos que el misterio del *Advenimiento* de Jesucristo es a la vez simple y triple. *Simple,* porque es el mismo Hijo de Dios el que viene; *triple,* porque viene en tres ocasiones y de tres maneras.

"*En el primer Advenimiento,* dice San Bernardo en el Sermón quinto sobre el Adviento, viene en carne y debilidad; *en el segundo* viene en espíritu y poderío; *en el tercero* viene en gloria y majestad; el segundo Advenimiento es el medio por el que se pasa del primero al tercero."

Este es el misterio del Adviento. Oigamos ahora la explicación que Pedro de Blosio nos da de esta triple visita de Cristo, en su sermón tercero *de Adventu*: "Hay tres Advenimientos del Señor, el primero en carne, el segundo al alma, el ter-

cero en el día del juicio. El primero ocurrió en medio de la noche, según la frase del Evangelio: *Se oyó un clamor en medio de la noche: He aquí el Esposo*. Este primer Advenimiento ya pasó: porque Cristo apareció en la tierra y convivió con los hombres. Ahora estamos en el segundo Advenimiento: pero con tal de que seamos dignos de que venga a nosotros; porque El ha dicho que *si le amamos, vendrá a nosotros y hará en nosotros su morada*. Por consiguiente, este Advenimiento no es para nosotros algo completamente seguro, porque ¿quién, sino solamente el Espíritu divino, conoce los que son suyos? Aquellos a quienes el ansia de las cosas celestiales saca fuera de sí mismos saben cuándo viene, *pero no de dónde viene y a dónde va*. En cuanto al tercer advenimiento, es seguro que ha de ocurrir; pero muy incierto cuándo ocurrirá: puesto que no hay nada tan cierto como la muerte pero tampoco tan incierto como el día de la muerte. *En el preciso momento en que se hable de paz y seguridad,* dice el Sabio, *aparecerá repentinamente la muerte, como aparecen en el seno de la mujer los dolores del parto, y nadie podrá huir*. La primera venida fué, pues, humilde y oculta, la segunda misteriosa y llena de amor, la tercera será resplandeciente y terrible. En su primer Advenimiento Cristo fué injustamente juzgado por los hombres; en el segundo nos hace justos por la gracia; en el tercero juzgará en justicia a todo

lo criado: en el primer Advenimiento fué Cordero, en el último será León, en el segundo Amigo rebosante de ternura"[1].

El primer Advenimiento.—La Santa Iglesia aguarda, pues, durante el Adviento con lágrimas e impaciencia la venida de Cristo en su primer Advenimiento. Y así, se hace eco de las ardientes expresiones de los Profetas, a las que añade sus propias súplicas. Las ansias del Mesías no son, en boca de la Iglesia, un simple recuerdo de los anhelos del antiguo pueblo: tienen un valor real, una eficaz influencia sobre el gran acto de la generosidad del Padre celestial, que nos dió a su Hijo. Desde toda la eternidad, las oraciones reunidas del antiguo pueblo y las de la Iglesia cristiana estuvieron presentes ante el divino acatamiento; y fué después de haberlas oído y escuchado todas, cuando se decidió a enviar en su debido tiempo a la tierra este celestial rocío que hizo germinar al Salvador.

El segundo Advenimiento.—La Iglesia ansía también el segundo Advenimiento, consecuencia del primero, y que consiste como acabamos de verlo, en la visita que el Esposo hace a la Esposa. Este Advenimiento ocurre todos los años en la fiesta de Navidad; *un nuevo nacimiento del Hijo de Dios* liberta a la sociedad de los Fieles,

[1] *De Adventu*, Sermo III.

del yugo de la esclavitud que el enemigo quisiera imponerle [1]. Durante el Adviento la Iglesia pide, pues, ser visitada por el que es su Jefe y Esposo, visitada en su Jerarquía, en sus miembros, vivos unos y otros ya difuntos pero que pueden volver a la vida; y por fin en todos los que no están en comunión con ella, en los mismos infieles para que se conviertan a la luz verdadera, que también para ellos luce. Las expresiones de la Liturgia, que emplea la Iglesia para pedir este amoroso e invisible Advenimiento, son las mismas que aquellas por las cuales solicita la venida del Redentor en la carne; porque proporcionalmente la situación es idéntica. En vano hubiera venido el Hijo de Dios, hace diecinueve siglos, si no volviera a venir para cada uno de nosotros y en cada momento de nuestra existencia, para procurarnos y fomentar en nosotros esa vida sobrenatural cuyo principio es El y el Espíritu Santo.

El tercer Advenimiento. — Pero esta visita anual del Esposo no colma los deseos de la Iglesia: suspira todavía por el tercer Advenimiento que será la consumación de todo y la abrirá las puertas de la eternidad. Conserva en su memoria la última frase del Esposo: *He aquí que vengo a su tiempo* [2]; y dice con fervor: *¡Ven, Señor Jesús!* [3]

---

[1] Colecta del día de Navidad.
[2] *Apoc.*, XXII.
[3] *Ibid.*

Tiene prisa por verse libre de la sujeción del tiempo; suspira por ver completo el número de los elegidos y por ver aparecer la señal de su Libertador y Esposo sobre las nubes del cielo. Hasta allí, pues, se extiende el sentido de los deseos que expresa en su Liturgia de Adviento; esa es la explicación de la frase del discípulo amado en su profecía: *He aquí las bodas del Cordero, y la Esposa está preparada*[1].

Mas, el día de la llegada del Esposo será también un día terrible. La Santa Iglesia tiembla con frecuencia con el solo pensamiento del tremendo tribunal ante el que comparecerá todo el mundo. Califica a este día de "día de ira, del cual dijeron David y la Sibila que reduciría al mundo a cenizas; día de lágrimas y de espanto." Y no es que tema por sí misma, habiéndose de colocar sobre su frente en ese día la corona de Esposa de un modo definitivo; pero su corazón maternal tiembla ante la idea de que muchos de sus hijos estarán a la izquierda del Juez, y que privados de toda sociedad con los elegidos, serán arrojados para siempre, atados de pies y manos, en las tinieblas donde no habrá más que llanto y crujir de dientes. He ahí la razón por la que se detiene la Iglesia con tanta frecuencia, en la Liturgia de Adviento, a considerar el Advenimiento de Cristo como un Advenimiento terrible y,

---

[1] *Apoc.*, XIX, 7.

en las Escrituras, elige los trozos más a propósito para despertar un saludable terror en el alma de aquellos de sus hijos que tal vez duerman en el sueño del pecado.

FORMAS LITÚRGICAS. — Este es, pues, el triple misterio del Adviento. Ahora bien, las formas litúrgicas de que se halla revestido son de dos clases: consisten las unas en oraciones, lecturas y otras fórmulas en que se emplean las palabras para traducir los sentimientos que acabamos de exponer; las otras consisten en ritos externos característicos de este santo tiempo y destinados a completar la expresión de los cantos y de las palabras.

Por el color de duelo de que se cubre, la Santa Iglesia quiere hacer sensible a los ojos del pueblo la tristeza que embarga su corazón. Exceptuando las fiestas de los Santos, no usa más que el color violeta; el Diácono deja la Dalmática, y el Subdiácono la Túnica. Antiguamente se llegó a usar el color negro en varios lugares, como Tours, Mans, etc. Este duelo de la Iglesia indica claramente con cuánta verdad se asocia a los verdaderos Israelitas que esperaban al Mesías en la ceniza y el cilicio, y lloraban la gloria eclipsada de Sión, y el "cetro arrebatado a Judá, hasta que venga el que ha de ser enviado, el que es el ansia de las naciones"[1]. Significa también las

[1] *Gen.*, XLIX, 10.

obras de penitencia por las que se prepara al segundo Advenimiento lleno de dulzura y misterio, que se realiza en los corazones en la medida que aquellos se muestran sensibles a la ternura que les manifiesta este divino Huésped que dijo: *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres*[1].

Finalmente traduce el desconsuelo de esta viuda, en espera del Esposo que tarda en llegar. Cual la tórtola, gime sobre la montaña, hasta sentir la voz que la ha de decir: "Ven del Líbano, Esposa mía; ven y serás coronada, porque has herido mi corazón"[2].

La Iglesia suspende también durante el Adviento, fuera de las fiestas de los Santos, el empleo del Himno angélico: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis.* Efectivamente, este maravilloso cántico se oyó por vez primera en Belén en la gruta del Niño Dios; la lengua de los Angeles permanece todavía muda; la Virgen no ha depositado aún su divina carga; no es tiempo todavía de cantar, aún no es propio entonar: "*¡Gloria a Dios en las alturas! ¡en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!*"

Tampoco deja oír el Diácono al fin de la Misa aquellas solemnes palabras con que despide a la asamblea de los fieles en tiempo ordinario: *Ite, missa est.* En su lugar exclama: *Benedicamus*

---

[1] *Prov.*, VIII, 31.
[2] *Cant.*, IV, 8.

Domino! como si la Iglesia tuviese miedo de interrumpir la oración de los fieles, que no debería ser nunca demasiado larga en estos días de espera.

En el Oficio Nocturno, la Santa Iglesia suspende también, durante estos días, el cántico jubiloso del *Te Deum laudamus*. Espera en la humildad el don divino y por eso durante esta expectación no sabe hacer otra cosa que pedir, suplicar y esperar. Ya llegará la hora solemne en que el Sol de justicia aparezca de repente en medio de las más oscuras tinieblas: entonces recobrará ella su voz de acción de gracias; y el silencio de la noche hará eco, en toda la tierra, a este grito de entusiasmo: "Te alabamos, oh Dios; te ensalzamos, oh Señor. ¡Oh Cristo, Rey de la gloria, Hijo eterno del Padre! para libertar al hombre no tuviste horror al seno de una pobre Virgen."

Los días de feria, antes de terminar cada hora del Oficio, las Rúbricas del Adviento prescriben oraciones especiales que se deben hacer de rodillas; en esos mismos días el Coro debe permanecer también en esa postura durante una buena parte de la Misa. Bajo este aspecto, las prácticas del Adviento son idénticas a las de la Cuaresma.

No obstante eso, existe un rasgo característico que distingue a estos dos tiempos: el canto de la alegría, *el jubiloso Alleluia* no queda suspendido

durante el Adviento, a no ser en los días de feria. Continúa cantándose en la Misa de los cuatro domingos, formando contraste con el sombrío color de los ornamentos. Incluso hay una dominica, la tercera, en que el órgano recupera su amplia y melodiosa voz y el triste color violeta es reemplazado unas horas por el color de rosa.

Este recuerdo de las alegrías pasadas, que es bastante frecuente en las santas tristezas de la Iglesia, es también suficientemente elocuente para significar que, aunque se una al pueblo antiguo para implorar la venida del Mesías y pagar de esta manera la gran deuda que la humanidad ha contraído con la justicia y bondad divinas, no olvida a pesar de todo, que el Emmanuel ha venido ya para ella, que está a su lado y que antes de que mueva los labios pidiendo redención, se encuentra ya rescatada y señalada para la unión eterna con su Esposo. He ahí por qué el Alleluia se mezcla con sus suspiros y las alegrías con las tristezas, en espera de que el gozo venza al dolor en aquella sagrada noche, que será más radiante que el más esplendoroso día.

CAPITULO III

PRACTICA DEL ADVIENTO

VIGILANCIA. — Si nuestra Madre, la Santa Iglesia, pasa el tiempo del Adviento ocupada en esta solemne preparación al triple Advenimiento de Jesucristo; si, como las vírgenes prudentes, permanece con la lámpara encendida para la llegada del Esposo; nosotros, que somos sus miembros e hijos, debemos participar de los sentimientos que la animan y hacer nuestra esta advertencia del Salvador: "Cíñase vuestra cintura como la de los peregrinos; brillen en vuestras manos antorchas encendidas; y vosotros sed semejantes a los criados que están en espera de su amo"[1]. En efecto, la suerte de la Iglesia es también la nuestra; cada una de nuestras almas es objeto, por parte de Dios, de una misericordia y de una providencia semejantes a las que emplea con la misma Iglesia. Si ella es el templo de Dios, es porque se compone de piedras vivas; si es la Esposa, es porque está formada por todas las

---

[1] *Luc.*, XII, 35.

almas invitadas a la unión eterna con El. Si es cierto que está escrito que el Salvador *conquistó a la Iglesia con su sangre* [1], cada uno de nosotros hablando de sí mismo puede decir como San Pablo: Cristo me amó y se entregó por mí [2]. Siendo, pues, idéntica nuestra suerte, debemos esforzarnos, durante el Adviento, en asimilar los sentimientos de preparación que vemos embargan a la Iglesia.

ORACIÓN. — En primer lugar, es un deber nuestro el unirnos a los Santos del Antiguo Testamento para pedir la venida del Mesías y pagar así la deuda que toda la humanidad tiene contraída con la misericordia divina. Para animarnos a cumplir con este deber, transportémonos con el pensamiento al curso de estos miles de años, representados por las cuatro semanas del Adviento y pensemos en aquellas tinieblas, en aquellos crímenes de toda clase en medio de los cuales se movía el mundo antiguo. Nuestro corazón debe sentir con la mayor viveza el agradecimiento que debe a Aquel que salvó a su criatura de la muerte y que bajó hasta nosotros para ver más de cerca y compartir todas nuestras miserias, fuera del pecado. Debe clamar con acentos de angustia y de confianza, hacia Aquel que se dignó salvar la obra de sus manos, pero

[1] *Hechos*, XX, 28.
[2] *Gal.*, II, 20.

que quiere también que el hombre pida e implore por su salvación. Que nuestros deseos y nuestra esperanza se dilaten, pues, con estas ardientes súplicas de los antiguos Profetas que la Iglesia pone en nuestros labios en estos días de espera; abramos nuestros corazones hasta en sus últimos repliegues a los sentimientos que ellos expresan.

CONVERSIÓN. — Cumplido este primer deber, pensaremos en el Advenimiento que el Salvador quiere hacer en nuestro corazón: Advenimiento, como hemos visto, lleno de dulzura y de misterio, y que es consecuencia del primero, puesto que el Buen Pastor no viene solamente a visitar a su rebaño en general, sino que extiende sus cuidados a cada una de sus ovejas, aun a la centésima que se había extraviado. Ahora bien, para captar todo este inefable misterio, es necesario tener presente que así como no podemos ser agradables a nuestro Padre celestial sino en la medida que ve en nosotros a Jesucristo, su Hijo, este divino Salvador tan bondadoso se digna venir a cada uno de nosotros para transformarnos en El, si lo consentimos, de suerte que no vivamos ya nuestra vida sino la suya. Este es el objetivo del Cristianismo, la divinización del hombre por Jesucristo: tal es la tarea sublime impuesta a la Iglesia. Con S. Pablo dice Ella a los fieles: "Vosotros sois mis hijitos; pues os doy un nuevo na-

cimiento para que Jesucristo se forme en vosotros"[1].

Pero, lo mismo que al aparecer en este mundo, el divino Salvador se mostró primeramente bajo la forma de un débil niño, antes de llegar a la plenitud de la edad perfecta necesaria para que nada faltase a su sacrificio, del mismo modo tratará de desarrollarse en nosotros. Ahora bien, es precisamente en la fiesta de Navidad cuando quiere nacer en las almas y cuando derrama sobre su Iglesia una gracia de Nacimiento, a la cual todos no son ciertamente fieles. Porque mirad la situación de las almas a la llegada de esta inefable fiesta. Las unas, el número más reducido, viven plenamente de la vida de Jesucristo que está en ellas y aspiran continuamente a crecer en esta vida. Las otras, en mayor número, están vivas ciertamente, por la presencia de Cristo, pero enfermas y endebles por no desear el aumento de esta vida divina; porque su amor se ha resfriado[2]. Los demás hombres no gozan de esta vida, están muertos; porque Cristo dijo: *Yo soy la vida*[3].

Ahora bien, durante los días de Adviento pasa llamando a la puerta de todas estas almas, bien sea de una manera sensible, o bien de una manera velada. Les pregunta si tienen sitio para

---

1 *Gal.*, IV, 19.
2 *Apoc.*, II, 4.
3 *Juan*, XIV, 6.

El, para que pueda nacer en ellas. Y, aunque la posada que reclama sea suya, porque El la construyó y la conserva, se queja de que *los suyos no le quisieron recibir* [1], al menos la mayoría de ellos.

"Por lo que toca a aquellos que le recibieron, les dió poder para hacerse hijos de Dios y no hijos de la carne o de la sangre"[2].

Preparaos, por tanto, vosotras, almas fieles, que le guardáis dentro de vosotras como un preciado tesoro y que desde tiempo atrás no tenéis otra vida que su vida, otro corazón que su corazón, otras obras que sus obras, preparaos a verle nacer en vosotras más hermoso, más radiante y más poderoso que hasta ahora lo habíais conocido. Tratad de descubrir en las frases de la santa Liturgia esas palabras misteriosas que hablan a vuestro corazón y encantan al del Esposo.

Ensanchad vuestras puertas para recibirle nuevamente, vosotras que le tenéis ya dentro pero sin conocerle; que le poseéis pero sin gozarle. Ahora vuelve a venir con renovada ternura; ha olvidado vuestros desdenes; *quiere renovarlo todo* [3]. Haced sitio al divino Infante; porque querrá crecer en vosotras. Se aproxima el momento: despiértese, pues, vuestro corazón;

---

[1] *Juan*, I, 11.
[2] *Ibid.*, 12-13.
[3] *Apoc.*, XXI, 5.

cantad y estad alerta, no os vaya a encontrar dormidas a su paso. Las palabras de la Liturgia son también para vosotras; hablan de tinieblas que sólo Dios puede deshacer, de heridas que sólo su bondad puede curar, de enfermedades que únicamente pueden sanar por su virtud.

Y vosotros, cristianos, para quienes la buena nueva es como si no existiera, porque vuestros corazones están muertos por el pecado, bien se trate de una muerte que os aprisiona en sus cadenas desde hace mucho tiempo, o bien de heridas recientes: he aquí que se acerca el que es la vida. "¿Por qué habréis de preferir la muerte? El no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva"[1]. La gran fiesta de su Nacimiento será un día de universal misericordia para todos los que quieran recibirle. Estos volverán con El a la vida; desaparecerá toda su vida anterior, *y la gracia superabundará allí donde la iniquidad había abundado*[2].

Y si la ternura y suavidad de este misterioso Advenimiento no te seduce, porque tu recargado corazón no es capaz todavía de experimentar confianza, porque, después de haber sorbido la iniquidad como el agua, no sabes lo que es aspirar por amor a la caricias de un Padre cuyas llamadas has despreciado: entonces debes pensar en ese otro Advenimiento terrorífico que ha

---

[1] *Eceq.*, XVIII, 31, 32.
[2] *Rom.*, V, 20.

de seguir al que se realiza silenciosamente en las almas. Escucha los crujidos del Universo ante la proximidad del Juez terrible; contempla los cielos huyendo ante tu vista, *desplegándose como un libro*[1]; aguanta, si puedes, su aspecto, su mirada deslumbrante; mira sin estremecerte la espada de dos filos que sale de su boca[2]; escucha, por fin, esos gritos lastimeros: *¡Oh montes, caed sobre nosotros, oh rocas, cubridnos,* apartadnos de su vista amenazadora![3] Estos gritos son los que lanzarán en vano aquellas desgraciadas almas que no quisieron *conocer el tiempo de su visita*[4]. Por haber cerrado su corazón al Hombre-Dios que lloró sobre ellas, ¡tanto las amaba! bajarán ahora vivas al fuego eterno, cuyas llamas son tan ardientes que devoran *los frutos de la tierra y los más ocultos fundamentos de las montañas*[5].

Allí es donde roe el gusano eterno de un pesar que no muere nunca[6].

Aquellos, pues, que no se conmueven ante la dulce noticia de la próxima venida del celestial Médico, del Pastor que generosamente da la vida por sus ovejas, mediten durante el Adviento en el tremendo pero innegable misterio de la

---

[1] *Apoc.*, VI, 14.
[2] *Ibid.*, I, 16.
[3] *Luc.*, XXIII, 30.
[4] *Ibid.*, XIX, 44.
[5] *Deut.*, XXXII, 22.
[6] *Marcos*, IX, 43.

Redención humana, inutilizada por la repulsa que de ella hace con frecuencia el hombre. Calculen sus fuerzas y, si desprecian al *Infante* que va a nacer [1], consideren si serán capaces de luchar con el *Dios fuerte* el día que venga, no a *salvar,* sino a *juzgar.* Y para conocer mejor a este Juez, ante cuya presencia temblará todo el mundo, pregunten a la Santa Liturgia; allí aprenderán a temerle.

Por lo demás, este temor no es sólo propio de los pecadores, es un sentimiento que debe experimentar todo cristiano. El temor, si va solo, hace esclavos; si le acompaña el amor, dice bien del hijo culpable que busca el perdón de su irritado padre; aun cuando el *amor lo arroje fuera* [2], a veces reaparece como un rayo pasajero, para conmover felizmente el corazón del alma fiel hasta sus más íntimos fundamentos. Entonces siente revivir en sí el recuerdo de su miseria y de la gratuita misericordia del Esposo. Nadie, por tanto, debe dispensarse, en este santo tiempo de Adviento, de asociarse a estos santos temores de la Iglesia, quien por muy amada que sea, exclama con frecuencia en su Liturgia: *¡Atraviesa, Señor, mi carne con el aguijón de tu temor!* Pero sobre todo será útil esta parte de la Liturgia, a los que comienzan a darse al servicio divino.

---

[1] *Is.,* IX, 6.
[2] *I Juan,* IV, 18.

De todo esto se puede sacar en consecuencia, que el Adviento es un tiempo dedicado principalmente a los ejercicios de la *Vía purgativa;* esto significa bien aquella frase de San Juan Bautista, que la Iglesia repite con tanta frecuencia durante este santo tiempo: *¡Preparad los caminos del Señor!* Que cada uno de nosotros trabaje, pues, seriamente en allanar el camino por donde ha de entrar Cristo en su alma. Los justos, siguiendo la doctrina del Apóstol, *olviden lo que han hecho en el pasado* [1], y trabajen con nuevos ánimos. Apresúrense los pecadores a romper los lazos que los cautivan, las costumbres que los dominan; mortifiquen la carne, comenzando el duro trabajo de sujeción al espíritu; oren sobre todo con la Iglesia; de esta manera, cuando venga el Señor, tendrán derecho a esperar que no pase de largo por su puerta, sino que entre; puesto que ha dicho, dirigiéndose a todos: "He aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abriere, entraré en su casa [2]."

---

[1] *Filip.*, III, 13.
[2] *Apoc.*, III, 20.

PROPIO DE TIEMPO

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

Este domingo, primero del Año eclesiástico, lleva en los documentos y crónicas de la Edad Media el nombre de *Dominica Ad te levavi,* por las primeras palabras del Introito, o también el de Domingo *Aspiciens a longe,* por las primeras palabras de uno de los Responsorios del Oficio de Maitines.

La Estación[1] se celebra en Santa María la Mayor; la Iglesia quiere comenzar anualmente la vuelta del Año litúrgico bajo el amparo de María, en la augusta Basílica que venera la gruta de Belén, y que por esta razón se llama en los antiguos monumentos Santa María *ad Praesepe*. Imposible escoger un lugar más a

[1] Las Estaciones, señaladas en el Misal romano para algunos días del Año, designaban antiguamente las iglesias a donde el Papa, acompañado del clero y de todo el pueblo, acudían procesionalmente para celebrar la misa solemne. Esta costumbre se remonta tal vez al siglo IV: todavía existe hoy hasta cierto punto, haciéndose algunas Estaciones, aunque con menos pompa y asistencia en los días señalados en el Misal.

propósito para saludar ya el próximo y divino alumbramiento que ha de alegrar al cielo y a la tierra, mostrando el sublime prodigio de la fecundidad de una Virgen.

Transportémonos con el pensamiento a este sagrado templo y unámonos a las oraciones que allí se oyen; son las mismas que vamos a exponer aquí.

En el Oficio nocturno, la Iglesia comienza hoy la lectura del Profeta Isaías (siglo VIII antes de J. C.), el que con mayor claridad predijo las características del Mesías; continuando esta lectura hasta el día de Navidad inclusive. Tratemos de saborear las enseñanzas del santo Profeta y que el ojo de nuestra fe logre descubrir amorosamente al Salvador prometido, bajo los rasgos ya graciosos, ya terribles, con que nos le pinta Isaías.

Las primeras palabras de la Iglesia en medio de la noche son éstas:

Al Rey que ha de venir, venid, adorémosle.

Después de haber cumplido con este deber supremo de adoración, escuchemos el oráculo de Isaías, transmitido por la Iglesia.

Empieza el libro del Profeta Isaías.

Visión de Isaías, hijo de Amós, que tuvo sobre las cosas de Judá y Jerusalén en tiempo de Ozías, Joatán, Acaz y Ecequías, reyes de Judá.

Oíd, cielos, y tú, oh tierra, escucha, porque el Señor habla: Crié hijos y los engrandecí; pero ellos me

despreciaron. El buey conoció a su amo y el asno el pesebre de su dueño[1]: mas Israel no me reconoció y mi pueblo no me entendió.

¡Ay de la nación pecadora, del pueblo cargado de pecados, raza maligna, hijos malvados!: han abandonado al Señor, han blasfemado del Santo de Israel, le han vuelto las espaldas.

¿Para qué os heriré de nuevo a vosotros, que añadís pecados a pecados? Toda cabeza está enferma y todo corazón triste. Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, no hay en él parte sana[2]. Ni la herida, ni los cardenales, ni la llaga infectada ha sido vendada ni suavizada con aceite. (*Is.*, I, 1-6.)

Estas palabras del santo Profeta, o más bien de Dios, que habla por su boca deben impresionar vivamente a los hijos de la Iglesia, a la entrada de santo tiempo del Adviento. ¿Quién no temblaría oyendo este grito del Señor despreciado, el mismo día de su visita a su pueblo? Por temor a asustar a los hombres, se despojó de su resplandor; y lejos de sentir la potencia divina de Aquel que así se anonada por amor, no le reconocieron; y la gruta que escogió para descansar después de su nacimiento, no se vió visitada más que por dos brutos animales. ¿Comprendéis, cristianos, cuán amargas son las que-

[1] Israel tiene menos inteligencia que los brutos animales. Estos conocen a su señor; Israel no reconoce a su Dios y Bienhechor. Con frecuencia se emplea este versículo para pintar la ceguera de los Judíos que rechazaron al Mesías.

Por otra parte, ha contribuído a crear la antigua tradición del nacimiento de Jesús en medio de dos animales: el asno y el buey. (*V. Tobac,* Los Profetas de Israel, II, 16.)

[2] El Profeta describe el estado de Judá castigado: se halla semejante a un herido cubierto de llagas. La Iglesia aplica este verso al Mesías, "destrozado a causa de nuestros pecados". (*Tobac,* id. 17.)

jas de vuestro Dios?, ¿cuánto sufre con vuestra indiferencia su amor menospreciado?

Pone por testigos al cielo y a la tierra, lanza el anatema contra la nación perversa, contra los hijos desagradecidos. Reconozcamos sinceramente que, hasta la fecha, no hemos sabido apreciar en todo su valor la visita del Señor, que hemos imitado demasiado la insensibilidad de los judíos, los cuales no se conmovieron cuando apareció en medio de sus tinieblas. En vano cantaron los Angeles a medianoche y le adoraron y reconocieron los pastores; en vano vinieron los Magos de Oriente, preguntando dónde estaba su cuna. Es verdad que Jerusalén se turbó durante un momento a la nueva de un Rey nacido; pero volvió a caer en la inconsciencia y no se preocupó más de la gran noticia.

Así es como visitáis, oh Salvador, a *las tinieblas, y las tinieblas no os comprenden*. Haced que las tinieblas comprendan a la luz y la deseen. Un día vendrá en que habréis de desgarrar esas tinieblas insensibles y voluntarias con el rayo deslumbrador de vuestra justicia. ¡Gloria a Ti en ese día, oh soberano Juez!, mas líbranos de tu ira en los días de esta vida mortal. —*¿En dónde os heriré todavía?*, dices. *Mi pueblo no es ya más que una llaga*—. Sé, pues, Salvador, oh Jesús, en esta venida que esperamos. La *cabeza está muy enferma y el corazón desfallecido:* ven a levantar estas frentes que la humillación y a veces viles apegos inclinan ha-

cia la tierra. Ven a consolar y aliviar estos corazones tímidos y ajados. Y si nuestras heridas son graves y antiguas, ven, tú que eres el buen Samaritano, y derrama sobre ellas el bálsamo que ahuyenta el dolor y procura la salud. El mundo entero te aguarda, ¡oh Redentor! Revélate a él, salvándole. La Iglesia tu Esposa, comienza ahora un nuevo año; su primer clamor es un grito de angustia hacia Ti; su primera palabra es ésta: *¡Ven!* Nuestras almas, oh Jesús, no quieren continuar caminando sin Ti por el desierto de esta vida. Estamos en el atardecer: el día va declinando y las sombras se echan encima: levántate, ¡oh Sol divino!, ven a guiar nuestros pasos y a salvarnos de la muerte.

MISA

Al acercarse el Sacerdote al altar para celebrar el santo sacrificio, la Iglesia entona un cántico que revela bien su confianza de Esposa; repitámosle con ella, desde lo más íntimo de nuestro corazón: porque, sin duda, el Salvador vendrá a nosotros en la medida que le hayamos deseado y esperado fielmente.

INTROITO [1]

A ti elevo mi alma: en ti confío, Dios mío: no sea yo avergonzado, ni se burlen de mí mis enemigos: porque todos los que esperan en ti, no serán confundidos.

---

[1] Previa autorización de sus autores, utilizamos aquí la versión de los RR. PP. Justo Pérez de Urbel y Enrique Díez en su Misal-Devocionario.

Salmo. Muéstrame, Señor, tus caminos: y enséñame tus veredas. Gloria al Padre... *Se repite:* A ti elevo...

Después del *Kyrie eleison,* el Sacerdote recoge los votos de toda la Iglesia en las oraciones llamadas por esta razón *Colectas.*

ORACION

Oremos. Excita, Señor, tu potencia y ven, te lo suplicamos: para que con tu protección, merezcamos vernos libres de los inminentes peligros de nuestros pecados y con tu gracia, podamos salvarnos. Tú que vives y reinas con Dios Padre, en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Ap. S. Pablo a los Romanos (XIII, 11-14).

Hermanos: Sabed que ya es hora de que surjamos del sueño, pues nuestra salud está ahora más cerca que cuando comenzamos a creer. Ha pasado la noche, ha llegado el día. Dejemos, pues, las obras de las tinieblas y empuñemos las armas de la luz. Marchemos honradamente, como de día: no en glotonerías y embriagueces, no en liviandades e impudicicias, no en contiendas y envidias: antes revestíos del Señor Jesucristo.

El vestido que ha de cubrir nuestra desnudez es, pues, el Salvador que esperamos.

Admiremos aquí la bondad de nuestro Dios, que al acordarse de que el hombre después del pecado se había ocultado sintiéndose desnudo, quiere El mismo servirle de velo cubriendo tan gran miseria con el manto de su divinidad. Es-

temos, pues, atentos al día y a la hora de su venida y cuidemos de no dejarnos invadir por el sueño de la costumbre y de la pereza. La luz brillará bien pronto; iluminen, pues, sus primeros rayos nuestra justicia o al menos nuestro arrepentimiento. Ya que el Salvador viene a cubrir nuestros pecados para que de nuevo no aparezcan, destruyamos nosotros, al menos, en nuestros corazones toda suerte de afecto a esos pecados; y que no se diga que hemos rehusado la salvación. Las últimas palabras de esta Epístola son las que, al abrir el libro, encontró San Agustín, cuando, instado desde hacía tiempo por la gracia divina para darse a Dios, quiso obedecer finalmente la voz que le decía: *Tolle et lege; toma y lee*. Fueron las que decidieron su conversión; entonces resolvió de repente romper con la vida de los sentidos y revestirse de Jesucristo. Imitemos su ejemplo en este día; suspiremos con vehemencia por esta gloriosa y amada túnica que, por la misericordia de Dios, será colocada dentro de poco sobre nuestras espaldas, y repitamos con la Iglesia esas emocionantes palabras, con las cuales no debemos temer cansar el oído de nuestro Dios:

GRADUAL

Señor, todos los que esperan en ti no serán confundidos. Hazme conocer, Señor, tus caminos y enséñame tus veredas.

Aleluya, aleluya.

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salud. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Lucas. (XXI, 25-33.)

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Habrá señales en el sol y en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de gentes por la confusión del sonido del mar y de las olas, secándose los hombres por el temor y la expectación de lo que sucederá en todo el orbe, pues las virtudes de los cielos se conmoverán. Y entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube con gran poder y majestad. Cuando comiencen a realizarse estas cosas, mirad y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención. Y les dijo esta semejanza: Ved la higuera y todos los árboles: cuando ya producen de sí fruto, sabéis que está cerca el verano. Así también, cuando veáis que se realizan estas cosas, sabed que el reino de Dios está cerca. De cierto os digo que no pasará esta generación hasta que suceda todo esto. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Debemos, por tanto, oh buen Jesús, esperar la repentina aparición de tu terrible Advenimiento. Pronto vas a venir en tu misericordia a cubrir nuestra desnudez con un vestido de gloria e inmortalidad; pero un día llegará en que vuelvas con una majestad tan deslumbradora, que los hombres quedarán secos de espanto. ¡Oh Cristo!, no quieras perderme en ese día de incendio universal. Visítame antes amorosamente: yo quiero prepararte mi alma. Quiero que en ella nazcas, para que el día en que las convulsiones de la naturaleza anuncien tu próxima llegada, pueda yo *levantar la cabeza,* como

tus fieles discípulos, que, llevándote ya en sus corazones, no temerán tus iras.

Durante la ofrenda del Pan y del Vino, la Iglesia tiene fijos los ojos en el que ha de venir, y entona con perseverancia el mismo cántico:

OFERTORIO

A ti elevo mi alma, en ti confío, Dios mío: no seré avergonzado, ni se burlarán de mí mis enemigos; porque todos los que esperan en ti, no serán confundidos.

Después del ofertorio, recoge en silencio los votos de todos sus miembros en la siguiente Oración:

SECRETA

Purificados con la poderosa virtud de estos Sacramentos, haz, Señor, que lleguemos más puros a su principio. Por nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Después de la Comunión del Sacerdote y del pueblo, el Coro canta estas hermosas palabras de David para celebrar la dulzura del *Fruto* divino que *nuestra tierra* va a producir y que anticipadamente se acaba de dar a los suyos. Esta *Tierra nuestra* no es otra que la Virgen María fecundada por el celeste rocío, y que se entreabre, como nos dice Isaías, para darnos al Salvador.

COMUNION

El Señor mostrará su benignidad y la tierra dará su fruto.

A continuación la Oración final y de acción de gracias.

POSCOMUNION

Recibamos, Señor, tu misericordia en medio de tu templo; para que nos preparemos con los debidos honores a las futuras fiestas de nuestra redención. Por Nuestro Señor.

LUNES

DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Lavaos, purificaos, apartad de mis ojos vuestros malos pensamientos; dejad de hacer el mal, aprended a practicar el bien, buscad lo que es justo, ayudad al oprimido; haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Y entonces venid y argüidme, dice el Señor: aunque vuestros pecados os hayan puesto como la escarlata, quedaréis blancos como la nieve; y aunque estuviéreis rojos como la púrpura, os volveréis blancos como la lana [1]. (*Is.*, I, 16-18.)

El Señor, que bajará enseguida para salvarnos, nos invita no sólo a prepararnos para aparecer en su presencia, sino también a purificar

[1] Como el color rojo es el color de la sangre, representa al crimen; mientras que la blancura de la nieve y de la lana es símbolo de la inocencia. En el Apocalipsis, la mujer pecadora está vestida de púrpura y escarlata (XVII, 4); en cambio, los santos resplandecen con sus blancas vestiduras (III, 4-5; VII, 14). Aquí podemos ver la misericordia de Dios, dispuesta a perdonar los mayores crímenes y la eficacia de su justificación que purifica al alma de sus impurezas devolviéndola el brillo y esplendor de su inocencia. (*Tobac,* "Les Prophètes d'Israel", II, 17.)

nuestras almas. "En justo, dice S. Bernardo en su Sermón VI del Adviento, que el alma que había caído la primera, sea también restaurada la primera. Dejemos, pues, el cuidado del cuerpo hasta el día en que venga Jesucristo a reformarlo por la Resurrección; y así en el primer Advenimiento nos dice el Precursor: *He ahí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.* No dice *las enfermedades del cuerpo,* ni las *flaquezas de la carne,* sino *los pecados,* que son las enfermedades del alma y la corrupción del espíritu. ¡Oh cuerpo!, guárdate, por tanto, de anticipar el tiempo. Puedes estorbar la salvación del alma, pero no puedes lograr la tuya propia. Consiente, pues, que trabaje el alma para sí, y aun procura cooperar con ella; porque si participas de sus sufrimientos, también participarás de su gloria. Cuanto más retrases su renovación, tanto más retrasas la tuya; pues hasta que Dios no vea su imagen reformada en el alma, tampoco tú serás regenerado." Purifiquémonos, pues, cristianos; practiquemos las obras del espíritu y no las de la carne. La promesa del Señor es bien explícita: El reemplazará los vivos colores de nuestros pecados por la más deslumbrante blancura. Sólo una cosa nos pide: que cesemos de cometer el pecado. *Dejad de hacer el mal,* dice, y después, *venid y hablaremos.* ¡Oh Salvador!, queremos aprovecharnos de tus consejos, desde el comienzo de este santo tiempo. Queremos comenzar en paz contigo, sometiendo

la carne al espíritu, reparando nuestras injusticias para con nuestros hermanos y haciéndote oír la voz de nuestro arrepentimiento, en lugar del tumulto de nuestros pecados que desde hace tiempo molesta tus oídos.

MARTES

DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Lo que vió Isaías, hijo de Amós, referente a Jerusalén y a Judá. He aquí que en los últimos tiempos el monte de la Casa del Señor apoyará su cimientos en la cumbre de todas las montañas y se elevará sobre todos los collados. Y se juntarán allí todas las naciones y vendrán muchos pueblos diciendo: Venid, subamos al Monte del Señor y a la Casa del Dios de Jacob y El nos mostrará sus caminos y andaremos por sus sendas, porque de Sión saldrá la Ley y de Jerusalén la palabra del Señor. (*Is.*, II, 1-3.)

¡Con qué complacencia escucha y repite la santa Iglesia estas bellas palabras del Profeta: *Venid, subamos al Monte del Señor!* Todos los días de Feria, en el Adviento, las repite en el Oficio de Laudes; y todos sus hijos alaban al Señor que se ha hecho semejante a una alta montaña, accesible a todos, para atraer más nuestras miradas. Cierto que este Monte, como dice otro Profeta, es al principio insignificante como una piedrecita, queriendo indicar la humildad del Mesías en su nacimiento; pero pronto crecerá a vista de todos los pueblos que serán

invitados a poblar sus fértiles laderas y hasta su misma cumbre iluminada por los rayos del Sol de Justicia. Así es, ¡oh Jesús! A todos nos llamas y a todos eres accesible; la grandeza y sublimidad de tus misterios no tienen nada de incompatible con nuestra miseria. Desde ahora queremos unirnos a esta oleada de pueblos que hacia Ti se dirigen: ya empezamos a caminar; en tus flancos, oh Montaña bendita, queremos colocar nuestra tienda. Dígnate recibirnos; y que no escuchemos más el estrépito mundano que sube desde la llanura. Colócanos tan arriba, que nuestros ojos no puedan ver más las vanidades de la tierra. Ojalá no olvidemos ya nunca las sendas por las cuales se sube a esta santa cima, en que la montaña, que es la figura, se esfuma, y donde el alma se encuentra para siempre cara a cara con Aquel cuyo rostro contemplan los Angeles en un éxtasis eterno y *cuyas delicias son el estar con los hijos de los hombres.* (Pro. VIII, 31.)

MIERCOLES

DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

De Isaías Profeta.

He aquí que el Señor de los Ejércitos quitará a Jerusalén y a Judá todo sostén y ayuda: el guerrero, el hombre armado, el juez, el profeta, el adivino y el anciano, el capitán de cincuenta hombres, el grande, el consejero, el mago y el hombre de conjuros. Y les daré niños por capitanes y serán dominados por hom-

bres afeminados. En efecto, Jerusalén amenaza ruina y Judá se pierde; porque tanto sus palabras como sus obras están contra el Señor y desafían la mirada de su majestad. Su frente da testimonio contra ellos: en lugar de ocultarlos, publican sus pecados. ¡Ay de ellos!: que se les dará el castigo que merecen... Feliz el justo, porque el bien es para él: comerá del fruto de sus obras. ¡Ay del impío!: para él, todo lo malo. Será tratado según lo que merece. (*Is.*, III, 1-4, 8-11.)

Por cuanto Jerusalén camina hacia su ruina, la lucidez de su entendimiento se extingue en ella como todas las demás potencias. No sabe a donde va e ignora el abismo que la va a devorar. Así son los hombres que no consideran el Advenimiento del Soberano Juez, esos de los cuales Moisés ha dicho en su Cántico: *Gente sin consejo y sin prudencia; si al menos tuviesen inteligencia y sabiduría para prever el fin de las cosas*. El Hijo de Dios viene ahora envuelto en humildes pañales, pobre como un esclavo y para emplear palabras de los Profetas, como el rocío que cae sin ruido y gota a gota; mas no siempre será de la misma manera. Esta tierra, que soporta ahora nuestros pecados y nuestra insensibilidad, crujirá también en presencia del Juez terrible. ¿Cuál será nuestro apoyo si sólo en ella hemos confiado? "Una muerte repentina, ocurrida a vuestra vista, dice San Juan Crisóstomo, un terremoto, la amenaza de un súbita calamidad os aterra y abate: ¿qué será cuando os falle la tierra bajo los pies; cuando veáis la destrucción de la naturaleza, y oigáis el sonido de la

fatal trompeta; cuando el Soberano Señor del Universo se muestre a vuestras miradas en toda su majestad? Habéis visto condenados conducidos al suplicio: antes de llegar al lugar de la ejecución ¡cuántas muertes no tienen que sufrir! Anonadados por el terror, muchos no han ofrecido al verdugo más que un cadáver. ¡Oh angustias de este momento final! ¡Cómo se atreverá nadie a desafiaros, cuando es tan fácil evitaros, que basta sólo con abrir hoy el alma al que viene suave y desarmado pidiendo asilo en nuestros corazones, prometiendo salvarlos de aquellas iras, si ahora quieren recibirle! ¡Oh Jesús!, no queremos ni podemos luchar contigo en el último día; ahora eres nuestro hermano, nuestro amigo, un Infante que va a nacer en nosotros; queremos hacer alianza contigo, y así amándote en tu primer Advenimiento no te temeremos en el postrero. ¡Ojalá podamos oír las palabras que tus Angeles dirigirán a los justos: *Todo está bien!*"

JUEVES

DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

De Isaías Profeta.

Voy a cantar a mi amigo la canción de su amor para con su viña. Mi amado tenía una viña sobre una fértil ladera. Cercóla de un seto y la limpió de piedras, plantándola con cepas escogidas. En medio de ella levantó una torre y construyó un lagar. Esperó a que

diera uvas, pero las dió silvestres. Ahora pues, habitantes de Jerusalén, y vosotros gente de Judá, yo os ruego que seáis jueces entre mí y mi viña. ¿Qué se podía hacer a mi viña que yo no hiciese? ¿Y por qué me ha dado agraces, cuando yo esperaba uvas buenas? Pues bien, ahora voy a deciros lo que pienso hacer con mi viña: le quitaré su valla y será talada; derribaré su cerca y será pisada. ¡Sí, la destruiré y la desolaré! No volverá a ser podada ni cavada, nacerán en ella las espinas y los abrojos; prohibiré a las nubes que la rocíen con sus aguas.

La viña del Señor de los Ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de la casa de Judá son su plantel querido. ¡Creyó encontrar un pueblo inocente y helo aquí cubierto de sangre!, ¡esperó justicia y no oye sino clamores revoltosos! (*Is.*, V, 1-7.)

Esperamos el nacimiento de un Niño que ha de aparecer siete siglos después de Isaías; este Niño será el Salvador del mundo. Ahora bien, los hombres le perseguirán, le colmarán de injurias y calumnias; la víspera del día de su Crucifixión, les propondrá la Parábola siguiente: *Era un hombre, padre de familia, que plantó una viña, la rodeó de una cerca, la construyó un lagar, edificó una torre y la dió en arriendo a sus obreros: después marchó a un país extranjero. Pues bien, cuando llegó el tiempo de la vendimia envió a sus criados a la viña para recoger el fruto. Pero los obreros se apoderaron de los criados, hirieron a uno, mataron a otro y a otro le apedrearon. De nuevo envió el Señor otros criados, en mayor número que la vez primera; pero hicieron lo mismo con ellos. Finalmente les envió a su propio hijo, diciendo:*

respetarán al menos a mi hijo. Cristianos, he ahí ese Hijo que viene a nosotros. ¿Le respetaréis? ¿Le trataréis como Hijo de Dios, a quien se debe amor y respeto? Considerad ¡qué progreso en la malicia de los hombres! En tiempo de Isaías, los Judíos despreciaron a los Profetas; mas los Profetas eran simples hombres, aunque enviados de Dios. Vino el mismo Hijo de Dios y le reconocieron; fué un crimen mucho mayor que apedrear a los Profetas. ¿Cuál sería, pues, el crimen de los cristianos que saben Quién es el que viene; más aún, que son sus miembros por el Bautismo, cuál sería su pecado al no abrirle las puertas de su corazón cuando viene enviado por su Padre? ¿Qué castigo merecería la viña ingrata con tanto amor plantada, si persistiese en no dar sino agraces? ¡Oh Salvador!, date prisa en fertilizarnos: corónanos de flores y de frutos para el día cercano de tu venida.

VIERNES

DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

En el año que murió el rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un trono sublime y elevado, y las franjas de su manto llenaban el templo. Delante de El estaban los Serafines. Cada uno de ellos tenían seis alas, con dos de ellas se cubrían el rostro, y con otras dos los pies, y con las dos restantes volaban. Sus voces se oían a coro, diciendo:

¡Santo, Santo, Santo es el Señor de los Ejércitos: toda la tierra está llena de su gloria! (*Is.*, VI, 1-3.)

Así es la gloria del Señor en lo más alto de los cielos; ¿quién será capaz de contemplarle sin morir? Mirad ahora al Señor sobre la tierra en los días en que nos encontramos. A quien el cielo no podía contener, el seno de una Virgen le contiene. Su resplandor, lejos de deslumbrar a los Angeles, apenas es perceptible por los mortales. Ninguna voz deja oír aquellas palabras celestiales: ¡Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los *Ejércitos!* Los Angeles no exclaman: *Toda la tierra está llena de su gloria,* porque la tierra más bien es el escenario de sus humillaciones, de un anonadamiento tan profundo, que aun los mismos hombres lo ignoran. En un principio, sólo la Virgen conoció el secreto divino: después Isabel supo que María era la Madre del Señor; a José se le comunicó por la voz del Angel, después de crueles y humillantes angustias. Tres personas, por consiguiente, son las únicas que en la tierra conocen la bajada de Dios sobre ella; por esta oscura vereda entra El en su obra, de la que le había desterrado un pecado de orgullo. ¡Oh Dios de la antigua alianza, cuán grande eres!, y ¿cómo no temblaría en tu presencia? ¡Oh Dios de la nueva alianza, cuán pequeño te has hecho!, ¿cómo no amarte? Cura mi orgullo, principio de todas mis rebeliones; enséñame a estimar lo que tú estimas. Por

tu Encarnación vuelves a crear el mundo; y en esta Creación, más excelente que la primera, obras por medio de tu silencio, triunfas por medio de la humillación. También yo quiero humillarme como Tú, y aprovecharme de las lecciones que un Dios ha venido a darme de tan lejos. Abate, pues, oh Jesús, *todas mis alturas;* ése es uno de los fines de tu venida. Me someto a ti como a mi soberano Señor; haz de mí lo que te plazca.

SABADO

DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Isaías habló al rey Acaz, diciéndole: Pide una señal al Señor tu Dios en lo profundo del infierno o arriba en lo más alto. Y Acaz respondió: "No la pediré por no tentar al Señor."

Entonces dijo Isaías: "Escucha, pues, casa de David, ¿os parece poco hacer agravio a los hombres y queréis hacerlo también a mi Dios? Por eso el mismo Señor os dará una señal: He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo y se ha de llamar Emmanuel (Dios con nosotros). (*Is.*, VII, 10-14.)

Llénese nuestro corazón de esperanza y alegría al oír esta bella y dulce Profecía: *Una Virgen concebirá y dará a luz un hijo.* Estas palabras encierran la salvación del mundo, como estas otras explican su ruina: *La mujer tomó*

el fruto y comió y dió de él a su marido. Ha llegado, pues, la Virgen prometida; el fruto divino está en sus entrañas. La prevaricación de Eva queda reparada por su medio, el mundo se levanta de su ruina y es aplastada la cabeza de la serpiente. El mismo Dios es más glorificado con la fidelidad de esta Virgen que había sido deshonrado por la infidelidad de la primera. El consentimiento de María tiene enorme importancia en la salvación del mundo. Sin duda, es el mismo Verbo quien viene; "pero María es el camino por el que viene, dice S. Bernardo en su II Sermón de Adviento; de su seno virginal sale, como el esposo de la cámara nupcial. Esforcémonos, pues, en subir a Jesús por María, puesto que por ella ha bajado El hasta nosotros. Concédenos, pues, entrada ante tu divino Hijo, tú, Bendita, que has hallado gracia, Madre de la Vida y Madre de la salud; y por ti nos reciba, quien por ti nos ha sido dado. Sea causa de perdón tu integridad para nuestras torpezas; obtenga tu humildad, tan agradable a Dios, la remisión de nuestras vanidades, cubra tu copiosa caridad la multitud de nuestros pecados y procúrenos tu gloriosa fecundidad toda clase de merecimientos. ¡Oh Señora nuestra, Abogada nuestra, Mediadora nuestra! Reconcílianos con tu Hijo, recomiéndanos a tu Hijo, preséntanos a tu Hijo. Haz, oh Virgen benditísima, por la gracia que hallaste, por la prerrogativa que mereciste, por

la misericordia de que eres Madre, haz que Aquel que por medio de ti se dignó hacerse partícipe de nuestra flaqueza y miseria, nos haga también, por tu intercesión, participantes de su gloria y de su bienaventuranza."

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

En el Oficio de este Domingo dominan completamente los sentimientos de esperanza y alegría que comunica al alma fiel la feliz noticia de la próxima llegada de Aquel que es su Salvador y Esposo. El Advenimiento interno, el que se opera en las almas, es el objeto casi exclusivo de las oraciones de la Iglesia en este día: abramos, pues, nuestros corazones, preparemos nuestras lámparas y esperemos alegres la voz que se oirá en medio de la noche: *¡Gloria a Dios! ¡Paz a los hombres!*

La Iglesia Romana celebra hoy la Estación en la Basílica de Sta. Cruz de Jerusalén. El Emperador Constantino depositó en esta venerable Iglesia una parte notable de la Vera Cruz, con el Rótulo que mandó fijar en ella Pilatos y que proclamaba la Realeza del Salvador de los hombres. Todavía se conservan allí estas preciosas reliquias; enriquecida con tan glorioso tesoro, la Liturgia Romana considera a esta Basílica de

Sta. Cruz de Jerusalén como si fuera Jerusalén misma, como se puede observar por la alusiones que hace en las distintas Misas estacionales que allí celebra. En el lenguaje de la Sagrada Escritura y de la Iglesia, Jerusalén es el tipo del alma fiel; ésta es también la idea fundamental que ha presidido la composición del Oficio y de la Misa de este Domingo. Sentimos no poder desarrollar aquí todo este magnífico conjunto, contentándonos con abrir cuanto antes el libro del Profeta Isaías, para leer allí con la Iglesia el paso de donde saca hoy el motivo de sus esperanzas en el reino suave y pacífico del Mesías.

LECCION DEL PROFETA ISAIAS

APARECE EL MESÍAS, ANIMADO DEL ESPÍRITU DE DIOS. SU JUSTICIA

Saldrá un tallo del tronco de Jesé y de su raíz se se elevará una flor. Sobre él reposará el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, espíritu de temor de Dios.

No juzgará por las apariencias, ni condenará sólo por lo que oye decir, sino que juzgará a los débiles en justicia, y defenderá con rectitud a los pobres de la tierra. Con la vara de su boca herirá al tirano y con el aliento de sus labios matará al malvado. El cíngulo de sus caderas será la justicia, y la fidelidad como un ceñidor sobre las mismas.

Habitará entonces el lobo junto al cordero y el leopardo se acostará junto al cabrito; juntos comerán

el león y el toro y un niño pequeño los conducirá. El becerro y el oso pacerán juntos y sus crías estarán echadas en el mismo sitio. El león y el buey comerán paja; el niño que mama todavía, jugará junto a la cueva del áspid, y el recién destetado meterá su mano en la madriguera del basilisco. ¡Basta ya de males y destrucción en el santo Monte! Porque la tierra está llena del conocimiento del Señor, como el mar rebosante de agua.

En aquel día el tallo de la raíz de Jesé, que está puesto como estandarte para los pueblos, será buscado por las naciones y su sepulcro será glorioso. (*Is.*, XI, 1-10.)

¡Cuánto que considerar en estas magníficas frases del Profeta! El Tallo, la Flor que sale de él; el Espíritu que reposa sobre esta flor; la paz y la seguridad restablecidas sobre la tierra; una fraternidad universal bajo el mando del Mesías. San Jerónimo, de quien la Iglesia toma hoy las palabras en las lecciones del segundo Nocturno, nos dice "que este tallo sin nudo alguno que sale de la rama de Jesé, es la Virgen María, y que la Flor es el Salvador mismo, quien dijo en el Cántico: *Yo soy la flor de los campos y el lirio de los valles*. Todos los siglos cristianos han celebrado con entusiasmo la gloria del Tallo maravilloso y de su Flor divina. Durante la Edad Media, el Arbol de Jesé extendía sus proféticas ramas por las portadas de nuestras catedrales, brillaba sobre sus vidrieras, y aparecía bordado en los tapices del santuario; la voz melodiosa

de los sacerdotes entonaba a su vez el suave Responso compuesto por Fulberto de Chartres y puesto en canto gregoriano por el rey Roberto el Piadoso:

℟. La rama de Jesé produjo un tallo y el tallo una flor; * y sobre esta flor reposó el Espíritu divino. — ℣. La Virgen, Madre de Dios, es el tallo y su hijo la flor: * y sobre esta flor reposó el Espíritu divino.

El piadoso S. Bernardo, al comentar este Responsorio, en su segunda Homilía sobre el Adviento, decía "El Hijo de la Virgen es la flor, flor blanca y escarlata, única entre millares, flor cuya vista regocija a los Angeles y cuyo aroma devuelve la vida a los muertos; *Flor de los campos*, como ella lo dice de sí misma, y no flor de jardín, porque la flor del campo vive por sí misma, sin ayuda del hombre, sin procedimientos de agricultura. De este modo el seno purísimo de la Virgen, como un campo de verdor eterno, produjo esta flor divina cuya belleza no se marchita y cuyo brillo no palidecerá nunca. ¡Oh Virgen, tallo sublime, cuán grande es tu altura! Llegas hasta el que está sentado sobre el Trono, hasta el Señor de la majestad. Y esto no me llama la atención; es que te apoyas en las profundas raíces de la humildad. ¡Oh planta celestial, la más hermosa y santa de todas! ¡Oh árbol verdadero de la vida, el único que ha sido digno de llevar el fruto de la salvación!"

¿Hablaremos también del Espíritu Santo y de sus dones, que si se derraman sobre el Mesías, es sólo para después venir sobre nosotros, que tenemos más necesidad de Sabiduría e Inteligencia, de Consejo y de Fortaleza, de Ciencia, de Piedad y de Temor de Dios? Roguemos con insistencia a este Espíritu divino, por cuya obra fué concebido y formado Jesús en el seno de María, y pidámosle que lo forme también en nuestros corazones. Oigamos también con alegría estos admirables relatos que nos hace el Profeta, de la felicidad, de la armonía, de la dulzura que reinan en la *santa Montaña*. Después de tanto tiempo el mundo ansiaba la paz: por fin llegó. El pecado había creado la división en todo, la gracia va a unirlo todo. Un tierno niño va a ser la garantía de la alianza universal. Los Profetas, lo anunciaron, lo declaró la Sibila, y aun en Roma, sepultada todavía en las sombras del Paganismo, el príncipe de los poetas latinos, haciéndose eco de las antiguas tradiciones, entonó el célebre canto en el que dice: "Va a abrirse la última era, la era predicha por la Sibila de Cumas; una nueva raza de hombres baja del cielo. Los rebaños no tendrán que temer del furor de los leones. Perecerá la serpiente y será destruída toda hierba venenosa."

Ven, pues, oh Mesías, a restaurar la armonía primitiva; pero dígnate recordar que, sobre todo, esta armonía quedó destruída en el corazón del

hombre; ven a curar este corazón, a tomar posesión de esta Jerusalén, objeto indigno de tu predilección. Durante mucho tiempo ha estado cautiva en Babilonia; sácala ya de la tierra extranjera. Reconstruye su templo; y que la gloria de este segundo templo sea mayor que la del primero, por el honor que tú le harás habitándole, no en imagen sino en persona. El Angel se lo dijo a María: *El Señor Dios dará a tu hijo el trono de su padre David; y reinará por siempre en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin.* ¿Qué podemos hacer nosotros, oh Jesús, si no es decir como el discípulo amado al fin de su Profecía: ¡Amén! ¡Así sea! ¡Ven, Señor Jesús!?

MISA

Comienza el Santo Sacrificio con un canto de triunfo dirigido a Jerusalén. Este canto expresa la alegría que se apoderará del corazón del hombre, cuando oiga la voz de su Dios. Ensalza la bondad del divino Pastor, para quien cada una de nuestras almas es una oveja querida, que El está dispuesto a alimentar con su misma carne.

INTROITO

Pueblo de Sión; he aquí que el Señor vendrá a salvar las gentes, y el Señor hará oír la gloria de su voz en la alegría de vuestro corazón. *Salmo:* Tú, que riges a Israel, atiende: tú que conduces a José como una oveja. — ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, el Sacerdote insiste en la pureza que debe reinar en nuestro corazón a la venida del Salvador.

ORACION

Oremos. Excita, Señor nuestros corazones a preparar los caminos de tu Unigénito: para que podamos servirte con nuestras almas purificadas con la venida de Aquel que contigo vive y reina...

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Ap. S. Pablo a los Romanos: (XV, 4-13.)

Hermanos: Todo lo que se ha escrito, ha sido escrito para nuestra enseñanza: para que, por la paciencia y el consuelo de las escrituras, tengamos esperanza. Mas el Dios de la paciencia y de la consolación os conceda la gracia de sentir todos lo mismo, según Jesucristo, para que, unánimes, glorifiquéis con una sola boca al Dios y al Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, sobrellevaos los unos a los otros, como también Cristo os sobrellevó, para gloria de Dios. Digo, pues, que Cristo Jesús fué hecho ministro de la Circuncisión por la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los Patriarcas, y para que los gentiles glorifiquen también a Dios por su misericordia, como está escrito: Por ello, Señor, te confesaré entre los gentiles y cantaré a tu nombre. Y otra vez dice: Alegraos, gentiles, con su pueblo. Y otra vez: Gentes todas, alabad al Señor; magnificadle, pueblos todos. Y de nuevo dice Isaías: Estará la raíz de Jesé y el que surgirá para regir las gentes: las gentes esperarán en El. El Dios de la esperanza os llene de todo gozo y paz creyendo, para que abundéis en la esperanza por la virtud del Espíritu Santo.

Tened, pues, paciencia, Cristianos; aumentad vuestra esperanza y gustaréis al Dios de paz, que va a venir a vosotros. Pero permaneced unidos de corazón los unos con los otros; porque ésa es la señal de los hijos de Dios. Nos dice el Profeta que el Mesías hará habitar juntos al lobo y al cordero; pues ahora el Apóstol nos lo muestra reuniendo en una sola familia al Gentil y al Judío. ¡Gloria sea a este Rey soberano, renuevo floreciente de la vara de Jesé y que nos ordena esperar en El! Otra vez la Iglesia nos advierte que va a aparecer en Jerusalén:

GRADUAL

De Sión, perfección de hermosura, vendrá manifiestamente Dios.—.℣. Reunid en torno de El a sus santos, los que hicieron con El pacto con sacrificios.

Aleluya, aleluya.—℣. Me alegré con los que me decían: Iremos a la casa del Señor. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del Evangelio según S. Mateo. (XI, 2-10.)

En aquel tiempo, habiendo oído Juan en la prisión las obras de Cristo, le envió dos de sus discípulos para decirle: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? Y, respondiendo Jesús, les dijo: Id y contad a Juan lo que habéis oído y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados. Y bienaventurado el que no se escandalizare de mí. E, idos ellos, comenzó Jesús a decir a las gentes acerca de Juan: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña

agitada por el viento? Pero, ¿qué salisteis a ver? ¿Un hombre muellemente vestido? He aquí, que los que visten muellemente, habitan en las casas de los reyes. Mas, ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta? También os digo, y más que un profeta. Porque éste es de quien se ha escrito: He aquí que yo envío mi heraldo delante de tu faz, el cual preparará tu vía delante de ti.

Eres tú, oh Señor, el que debe venir, y no debemos esperar a otro. Estábamos ciegos, tú nos has iluminado; nuestros pasos eran vacilantes, tú los has asegurado; nos cubría la lepra del pecado, tú nos has curado; éramos sordos a tu voz, tú nos has devuelto el oído; estábamos muertos por el pecado, tú nos has levantado del sepulcro; finalmente, éramos pobres y abandonados, tú has venido a consolarnos. Tales han sido y tales serán los frutos de tu visita a nuestras almas, oh Jesús, visita silenciosa pero eficaz; visita de la que nada sabe la carne ni la sangre, pero que se realiza en un corazón movido por la gracia. Ven, pues, a mí, ¡oh Salvador! Ni tu humillación ni tu intimidad me han de servir de escándalo; porque tus operaciones en las almas demuestran palpablemente que son de un Dios. Si no las hubieses creado, tampoco podrías sanarlas.

Después del canto del Credo, cuando el Sacerdote ofrezca el Pan y el Vino, uníos a la Iglesia que pide ser vivificada por el Huesped divino, a quien espera.

OFERTORIO

Vuelve a darnos vida, oh Dios, y tu pueblo se alegrará de ti: muéstranos tu misericordia, oh Señor, y danos tu salud.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, aceptes propicio los ruegos y las hostias de nuestra humildad: y, puesto que no podemos alegar ningún mérito propio, socórrenos con tu auxilio divino. Por Nuestro Señor.

Durante la Comunión, la Iglesia proclama todavía la dicha de Jerusalén. Su Dios viene a ella, y quiere tratarla como Esposa: prepárese, pues, al honor de esta visita, elevándose sobre todo lo que es inferior a este divino Esposo, que se digna bajar a ella.

COMUNION

Jerusalén, levántate, sube a lo alto, y contempla la alegría que te vendrá de tu Dios.

En la oración siguiente, la Iglesia explica en qué consiste esta elevación que debe procurar Jerusalén; en amar las cosas celestiales, de donde procede el Salvador y despreciar las terrenas, cuyo amor aparta de Dios.

POSCOMUNION

Saciados con este espiritual alimento, suplicámoste humildemente, Señor, nos enseñes, por la participación de este Sacramento, a despreciar las cosas terrenas y a amar las celestiales. Por Nuestro Señor Jesucristo.

LUNES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Anuncio sobre Babilonia revelado a Isaías, hijo de Amós. Levantad un estandarte sobre un monte pelado, dad un grito hacia ellos, tendedle la mano, para que entren por las puertas los caudillos. Yo he ordenado a mis tropas y he mandado a mis guerreros, a mis valientes triunfadores para que sirvan a mi indignación. Oíd ese ruido confuso en las montañas, como si fuera un pueblo numeroso. Oíd el tumulto de los reinos, de las naciones reunidas. El Señor de los Ejércitos pasa revista a las tropas combatientes. Viene de una lejana tierra, del otro extremo de los cielos; el Señor y los instrumentos de su ira para desolar la tierra.

¡Lamentáos, porque el día del Señor está cercano! Viene como azote del Omnipotente. Por eso, todos los brazos caerán y todos los corazones desfallecerán, agitados de espasmos convulsivos; se retorcerán temblando como la mujer de parto; se mirarán atónitos el uno al otro; y sus rostros serán como llamas.

He aquí que se acerca el día del Señor, cruel, ardiente de furor e ira para convertir la tierra en un desierto y exterminar de ella a los pecadores. Los astros de los cielos no brillarán con sus luces; el sol se obscurecerá a su salida y la luna no alumbrará con su luz.

Castigaré al mundo por sus pecados y a los malos por sus maldades; terminaré con el orgullo de los necios y abatiré la arrogancia de los tiranos. (*Is.*, XIII, 1-13.)

La Iglesia nos presenta hoy otra vez ante la vista el cuadro escalofriante de la última venida de Jesucristo. Esta pecadora Babilonia de que habla Isaías, es el mundo envejecido en sus pecados; el día cruel, lleno de furor e ira, es aquel en que volverá el Mesías haciendo brillar su estandarte sobre las nubes. Las palabras que emplea el Profeta para pintar la consternación de los habitantes de Babilonia son tan expresivas, que hielan de espanto a quienes seriamente las meditan. Tú, pues, que en esta segunda Semana de preparación al Nacimiento del Salvador dudas tal vez todavía de lo que debes hacer en el día de su venida, reflexiona ahora sobre la íntima relación de estos dos Advenimientos. Si en el primero das acogida al Salvador, podrás estar tranquilo en el segundo; si por el contrario desprecias el primero, el segundo caerá fulminante sobre ti, sin que sirvan a salvarte tus gritos desesperados. Cuando menos lo pienses vendrá el Juez, en medio de la noche, en el preciso momento en que te ilusiones con que está lejos todavía. Y no digas que el mundo no toca aún a su fin, que el género humano no ha realizado todavía sus destinos. No se trata aquí del género humano sino de ti. No hay duda que el día del Señor será espantoso, cuando el mundo sea hecho añicos como un frágil vaso y los restos de la creación sean presa de un pavoroso incendio; pero, antes de este día de univer-

sal terror llegará para ti en particular, la venida del Juez inexorable. Delante de él te has de encontrar sin defensa alguna, y la sentencia que entonces dictaré, quedará en firme para siempre. Advenimiento terrible, aunque sus efectos sean secretos hasta el último y más solemne. Considera, pues, que si el terror de este último día es tan grande, es porque en ese día se confirmará con toda solemnidad la sentencia que ya se dió irrevocablemente, aunque sin aparato; del mismo modo que la voz amistosa que convidará a los amigos de Dios al convite eterno, no hará más que repetir en presencia de los Angeles y de los hombres el fallo que ya fué dado en la feliz entrevista del Señor con sus amigos en el momento de su salida de este mundo. Así pues, ¡oh Cristianos no contéis con siglos por delante! *Esta noche se os exigirá vuestra alma.* (*Luc.*, XII, 20.) El Señor viene: apresuráos a ir delante de El con semblante humilde, con el corazón arrepentido y renovación de vuestras obras.

MARTES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Su tiempo está próximo a llegar, sus días no se retardarán. Porque el Señor se compadecerá del Jacob, y escogerá todavía a Israel y les devolverá a su

propia tierra: los extranjeros se juntarán a ellos y se unirán a la Casa de Jacob. Los pueblos los hospedarán y los llevarán hasta su país; y la Casa de Israel los poseerá como siervos y siervas en la tierra del Señor. Harán cautivos a los que los habían cautivado, y mandarán en sus opresores. Entonces, cuando el Señor te conceda el descanso de tus trabajos, de tus penas y de la dura esclavitud a que habías sido sometido, entonarás este cántico contra el rey de Babilonia, y dirás: ¿Cómo es que desapareció el tirano y terminó la tormenta? ¡El Señor ha hecho añicos el cetro de los malvados, la vara de los opresores! Al que azotaba a los pueblos sin descanso con azotes iracundos, al que oprimía colérico a las naciones, bajo un yugo sin entrañas [1].

¡Cómo caíste del cielo, oh lucero, hijo de la Aurora! ¡Fuiste arrojado por tierra, tú que en tu corazón decías: "Escalaré los cielos: sobre las estrellas de Dios colocaré mi trono!

Me sentaré sobre el santo Monte al lado del Septentrión. Sobrepujaré la altura de las nubes, seré igual al Altísimo" ¡Pues bien, ahora bajas al infierno, a lo más profundo del abismo! *(Is.*, XXII, 12-16) [2].

---

[1] Para entender esta Profecía, hay que recordar que los Israelitas estuvieron cautivos en Babilonia durante cerca de 70 años, en el siglo VI antes de Cristo. El Profeta anuncia aquí a los prisioneros el fin de su destierro: "Su hora está próxima", es decir, Babilonia está a punto de caer en poder de los Medo-Persas. Esto sucedió en 538 antes de J. C.

[2] Estos versículos, que describen el orgullo y la caída del rey de Babilonia, son aplicados con frecuencia (como efectivamente lo hace aquí D. Guéranger) a la rebelión y castigo de Satanás. Observemos, con todo, que en su sentido literal e histórico, se refieren al rey de Babilonia. Por adaptación se ha aplicado a Lucifer lo que se dijo del tirano caldeo. Esta aplicación a Satanás puede ser sostenida y justificada, y parece legítima.

Babilonia sin dejar de ser la capital del imperio caldeo, representa también, a los ojos del Profeta, a las naciones pa-

Tu ruina está efectivamente consumada; ¡oh Lucífer! Al rehusar humillarte delante de Dios, fuiste arrojado a los infiernos. Luego, tratando en tu soberbia de hallar compensación a una caída tan profunda, procuraste la ruina del género humano, en odio a Dios y a su obra. Lograste infundir al hijo del polvo la misma soberbia que causó tu degradación. Por tu medio entró el pecado en el mundo y con el pecado la muerte; el género humano parecía una presa abandonada a tu rabia eterna. Obligado a renunciar a tu esperanza de reinar en el cielo, pensabas dominar al menos en el infierno y devorar la creación en cuanto salía de las manos de Dios. Pero hoy has sido vencido. Tu reino estaba en el orgullo; sólo a él habrías debido tu corte y tus súbditos; mas he aquí que viene el soberano Señor de todo, a socavar tu imperio en sus mismos fundamentos, dando El mismo ejemplo de humildad a sus criaturas; viene a enseñarla, y no por medio de leyes promulga-

---

ganas enemigas del pueblo de Dios; se trata de la lucha del mundo contra la teocracia. Por consiguiente, nada más natural que ver en este paso, que describe la ambición y la ruina del soberano de Babilonia, la imagen de la lucha entre el Príncipe de este *mundo y el jefe supremo de la teocracia*... dando al diablo el nombre de Lucifer—que aquí traducimos por lucero—y que para el Profeta representaba al monarca caldeo. Aquel era un simple instrumento de Satanás, y el orgullo que le precipitó a su ruina, un mero efecto del que perdió al príncipe de los ángeles. "El rey de Babilonia, dice Teodoreto, no estaba sólo al formar tales propósitos, detrás de sí tenía a su amo". (*Tobac,* Les Prophètes II, 82-83.)

das con el aparato deslumbrante del Sinaí, sino practicando El mismo en el silencio, esa divina humildad que parece el único medio de levantar a los caídos por la soberbia. Tiembla ¡Lucifer! Tu cetro va a quebrarse entre tus manos.

En tu altanería desprecias a esta dulce y humilde Virgen de Nazaret, que guarda en silencio el secreto de tu ruina y de nuestra salvación. Desprecias de antemano al Niño que lleva en su seno y que dará a luz dentro de poco. Ten en cuenta que Dios no le desprecia; porque también es Dios, ése Niño que no ha nacido todavía; un solo acto de adoración y de entrega que El haga a su Padre en el seno de María da más gloria a la Divinidad que la que podría arrebatarle todo tu orgullo creciendo eternamente. Aleccionados desde ahora por un Dios sobre el poder del gran remedio de la humildad, los hombres sabrán recurrir a él. En vez de alzarse como tú en loco y criminal orgullo, se humillarán con amor y alegría; y cuanto más humildes sean, más se complacerá, Dios en ensalzarlos; cuanto más necesitados se proclamen, tanto más querrá Dios colmarles sus deseos. Nos lo dice la Virgen Santísima en su bello Cántico. ¡Gloria sea a Ella, madre tan dulce para sus hijos, y tan terrible para ti, Lucifer, que te retuerces inútilmente bajo su planta victoriosa!

MIERCOLES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Envía, a la hija del país de las rocas del desierto, a la montaña de Sión [1]. Como aves espantadas y hechas saltar del nido, así se verán las hijas de Moab en el paso del Arnón [2].

---

[1] El paso de Isaías aquí citado, invita a los Israelitas a dar hospitalidad a los fugitivos de Moab (país vecino de Israel al Sureste del mar Muerto) a protegerles contra el devastador de su tierra; esta obra de misericordia consolidará el trono de David. Ahora bien, en estas guerras, las princesas estaban principalmente expuestas a ser llevadas en cautiverio para servir al harem del conquistador. Así pues, "enviad a la *hija* del príncipe a Sión, donde estará segura" (Condamin). La traducción de este autor está hecha mediante una pequeña corrección del hebreo que en vez de "hija" dice "cordero".

Generalmente se entiende que este "cordero" (o corderos) representa el tributo anual que Moab debe pagar a Israel. Hay que reconocer con el P. Condamin que "la idea de tributo no está de acuerdo con lo que precede ni con lo que sigue".

Sea lo que fuere de la traducción adoptada, "hija" o "cordero", ninguna de las dos tiene sentido mesiánico.

Ahora bien, San Jerónimo creyó ver en este paso una profecía mesiánica. Su traducción es tan clara en este sentido, que la Liturgia del tiempo de Adviento la ha hecho suya. También es de los libros litúrgicos la palabra "*Domine*" que no se halla ni en el texto ni en la traducción de S. Jerónimo y de ellos ha pasado a la Vulgata para precisar más aún el significado. Este es el origen del verso: "Emitte agnum, Domine, dominatorem terrae, de petra deserti ad montem filiae Sion". "Enviad, oh Señor, el Cordero dominador de la tierra, desde la roca del desierto al monte de la hija de Sión". (R. P. Durand, S. J. Études, 1898.) Dom Guéranger sigue a San Jerónimo en su comentario.

[2] El Arnón es un riachuelo que separa el territorio de Moab del de Judá. Aquí se representa a las hijas de Moab huyendo ante el invasor hacia la Judea por los vados del Arnón.

Decídete, da una orden; extiende tu sombra para que sea como una noche en pleno día; oculta a los desterrados, no descubras a los fugitivos.

Da albergue a los desterrados de Moab, ampárales contra el devastador, hasta que haya terminado la invasión y cesado la devastación, y el opresor haya abandonado la tierra.

El trono se consolidará por la misericordia, y sobre este trono se asentará para siempre en la tienda de David, un juez celoso de la justicia y conocedor de lo recto. (*Is.*, XVI, 1-5.)

Oh Señor, *envíanos al Cordero;* "necesitamos el Cordero y no el león, exclama Pedro de Celles en su III Sermón de Adviento, el Cordero que no se enfurece y cuya mansedumbre jamás se altera; el Cordero que nos preste su lana blanca como la nieve, para calentar nuestra frialdad y cubrir nuestra desnudez; el Cordero que nos dé su carne en alimento, para que no desfallezcamos de debilidad en el camino. Envíale lleno de sabiduría, porque en su divina prudencia ha de vencer al espíritu de la soberbia; envíale lleno de fortaleza, porque está dicho que el Señor es fuerte y poderoso en el combate; envíale lleno de dulzura, porque ha de bajar como el rocío sobre el vellón; envíale como una víctima, porque ha de ser vendido e inmolado por nuestro rescate; envíale, no para exterminio de los pecadores, pues a ellos vendrá a buscar más que a los justos; envíale, finalmente, digno de reci-

bir el poder y la divinidad, digno de desatar los siete sellos del libro cerrado, es decir del inefable misterio de la Encarnación." Eres, pues Rey, ¡oh divino Cordero! Eres el soberano Dominador, desde el seno de tu Madre. Ese virginal seno es un trono de misericordia sobre el que te asientas humildemente, dispuesto a hacer justicia y a confundir a nuestro cruel enemigo. ¡Oh amado Rey! Aunque todavía no te contemplen nuestros ojos, nuestro corazón te ha sentido. Sabe él que sólo por su causa te revistes de una tan extraña realeza. Déjale que se acerque a ti para prestarte fidelidad y homenaje ahora que estás oculto todavía bajo el velo. Pronto los brazos de María serán un segundo trono para tu Majestad, y toda la tierra verá al Salvador que se le envía.

JUEVES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Anuncio contra Egipto.

He ahí al Señor cabalgando sobre una ligera nube y llegando a Egipto. Los dioses del Egipto tiemblan en su presencia y el corazón del Egipto está petrificado de terror. Haré pelear a Egipcios contra Egipcios y se batirán hermano contra hermano y amigo contra amigo, ciudad contra ciudad y reino contra reino. (*Is.*, XIX, 1-2.)

El Egipto, que el Señor va a visitar, cuyos ídolos e imperio va a derrocar es la ciudad de Satanás que debe sucumbir para dejar sitio a la ciudad de Dios. Admiremos la pacífica entrada del triunfador que viene sobre *una nube* y *una nube tenue,* a manera de carroza. ¡Cuántos misterios en tan pocas palabras! "Existen tres clases de nubes, dice Pedro de Blois en su segundo Sermón de Adviento: la obscuridad de las Profecías, la profundidad de los divinos Designios, y la maravillosa fecundidad de la Virgen". Efectivamente, es propio de toda profecía el ir envuelta en cierta obscuridad, que deja intacta la libertad humana; pero el Señor llega bajo la nube, y en el momento de su realización, todo queda aclarado. Así ocurrió en su primera venida; y así ha de ocurrir en la segunda. Ordinariamente los designios de Dios no se manifiestan más que en las causas segundas, y así, sucede casi siempre y sucedió de una manera especial en el gran hecho de la Encarnación, que la extremada sencillez de los medios empleados por la Sabiduría divina, vino a engañar a los cálculos de los hombres. Habrían éstos creído, que para levantar al mundo de su ruina, sería necesario desplegar una potencia, equivalente por lo menos a la de la creación primitiva: y he aquí que solamente se les dice: *Hallaréis un niño envuelto en pañales y recos-*

tado en un pesebre. ¡Oh Omnipotencia divina, cuán admirable es tu resplandor a través de esta nube! ¡cuán poderosa tu aparente flaqueza!

Pero, la tercera nube es la Virgen María; nube tenue; "porque, dice San Jerónimo, ni la concupiscencia, ni la carga del matrimonio terreno, la hacen pesada"; nube fecunda en refrigerante rocío, pues contiene al Justo que destilará sobre nosotros para apagar nuestros ardores sensuales y fertilizar el campo de nuestra vida. ¡Cuán dulce es el brillo de la majestad de nuestro Rey divino cuando le contemplamos a través de la nube de María! ¡Oh Virgen sin igual! La Iglesia entera te reconoce en esa nube misteriosa, que el Profeta Elías contempló desde la cumbre del Carmelo, elevándose sobre el mar, pequeña al principio como la huella humana, pero crecía en seguida sobre el horizonte hasta enviar a la tierra una tan copiosa lluvia, que bastó a apagar la sed de todo el pueblo de Israel. Dános pronto ese divino rocío que llevas dentro de ti; nuestros pecados nos han merecido un cielo de bronce sobre nuestras cabezas: Tú sola eres santa y pura, ¡oh María! Ruega al Señor, cuyo trono misericordioso eres, que venga cuanto antes a derribar a nuestros enemigos y traernos la paz.

VIERNES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

La tierra es devastada y todos sus habitantes castigados por sus pecados

He aquí que el Señor devastará la tierra y la despojará, cambiará su cara y esparcirá sus moradores. La misma suerte correrá el pueblo y el sacerdote, el señor como el esclavo, la señora y la sierva; el que vende y el que compra, el que presta y el que recibe, el deudor y el acreedor.

En efecto, la tierra será devastada y entregada al pillaje; porque el Señor lo ha sentenciado. La tierra está desolada y languidece; el mundo se consume poco a poco y el cielo se consume con la tierra. La tierra se halla profanada por sus habitantes; porque han violado la ley, traspasado los preceptos y quebrantado la alianza eterna.

Por eso, la tierra es devorada por la maldición y sus habitantes pagan la pena de sus delitos. Por eso, los moradores de la tierra son consumidos; y los sobrevivientes son tan pocos.

Toda suerte de alegría desterrada de la tierra

La viña está quejumbrosa, sus pámpanos languidecen; y los que paladeaban el placer, lloran. Cesó el alegre sonido de los panderos; no se oye la bulliciosa algazara, ni el festivo son de la cítara.

No se bebe el vino en medio de los cantos; todo licor resulta al bebedor amargo. La ciudad del caos está en ruinas, la puerta de las casas cerrada.

Se oyen gemidos en las calles: ¡no hay vino! Terminó toda alegría, el gozo está desterrado de la tierra.

La ciudad está desolada, las puertas derribadas y destruídas.

En efecto, todo esto sucederá en esta tierra, en medio de los pueblos, como cuando se varean los olivos y se viene a la rebusca después de la vendimia.

Los justos salvados

Estos elevan la voz y cantan; aclaman al Señor majestuosamente en el ocaso.

También en las islas, en las islas del mar, se glorifica al Señor, al nombre del Señor, al Dios de Israel. Desde las extremidades de la tierra oímos este cántico: "¡Gloria al justo!" (*Is.*, XXIV, 1-16.)

De esta suerte estaba desolada la tierra cuando el Mesías vino a libertarla y a salvarla. Las verdades habían disminuído de tal forma entre los hijos de los hombres, que el género humano amenazaba ruina. Cada vez se iba oscureciendo más el conocimiento del Dios verdadero: la idolatría profanaba toda la creación con los objetos de su adúltero culto; una moral sin freno era la consecuencia de una religión tan grosera; el hombre estaba siempre en armas contra el hombre; el orden social no tenía más garantía que la esclavitud y el exterminio. Era difícil hallar hombres que buscasen a Dios en medio de tantos pueblos; eran tan raros sobre la tierra, como las olivas olvidadas en el árbol después de la recolección, como los racimos que el vendimiador abandona en la cepa; éstos fueron, en el Judaísmo los verdaderos Israelitas que el Señor tomó por discípulos, y en la Gen-

tilidad los Magos que vinieron de Oriente preguntando por el Rey recién nacido, y más tarde el Centurión Cornelio, enviado por el Angel del Señor a San Pedro. Pero ¡con cuánta fidelidad y alegría reconocieron al Dios encarnado! ¡Qué gritos de gozo salieron de sus labios cuando supieron que habían sido escogidos para ver con sus propios ojos al Salvador prometido!

Pues bien, todo esto se repetirá cuando aparezca de nuevo el Mesías en los últimos tiempos. La tierra será nuevamente devastada, la raza humana estará degradada. Los hombres corromperán todavía sus caminos, y con una malicia tanto mayor, cuanto que el Verbo divino habrá brillado ante su vista. No obstante eso, invadirá a los pueblos una gran tristeza, un gran desfallecimiento de la vida; sentiránse envejecer como la tierra que los sustenta; y no se les pasará por las mientes que el destino del mundo toque ya a su fin. Habrá entonces grandes escándalos: las Estrellas del cielo, es decir, muchos de los que eran Doctores en Israel, caerán, y su luz se convertirá en tinieblas. Serán días de prueba, y disminuirá la fe, de manera que será difícil hallarla todavía en la tierra, cuando el Hijo del hombre haga su aparición en ella.

Líbranos, Señor, de ver estos días de prueba, o bien fortifica nuestros corazones, con la docilidad a la Santa Iglesia, que será el único faro de tus fieles en medio de una tan espantosa de-

fección. Concédenos, oh Salvador, ser del número de estas olivas escogidas, de estos racimos de predilección, con los que has de completar la exuberante recolección que ha de llenar para siempre tus eternos graneros. Conserva en nosotros el tesoro de la fe, con que nos has regalado, para que no le afecten las innovaciones y nuestra vista permanezca siempre atenta hacia ese Oriente que nos muestra la Santa Iglesia, donde tú aparecerás de repente en tu gloria. Cánticos de alegría saldrán de nuestros labios en presencia de tu triunfo, y luego, cual águilas reunidas alrededor de la presa, *volaremos delante de ti por los aires,* como dice tu Apóstol; y *estaremos ya siempre a tu lado. (I Tes.,* IV, 16.) Entonces, *resonará la gloria del Justo hasta las extremidades de esta tierra* que habrás de conservar hasta que los decretos de tu misericordia y de tu justicia se hayan cumplido en sus más mínimos detalles. ¡Oh Jesús, salva la obra de tus manos, y sénos propicio en ese gran día!

SABADO

DE LA SEGUNDA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

¡Oh Señor!, tú eres mi Dios, yo te ensalzaré y alabaré tu nombre; porque has realizado proyectos maravillosos, realmente verdaderos desde antiguo.

Has hecho de la ciudad un montón de escombros, y una ruina de la ciudad fuerte. La ciudadela de los malvados no es ya una ciudad; jamás será reconstruída. Por eso un pueblo fuerte te ensalzará. Porque eres un asilo para el débil, un refugio para el pobre en sus apuros, un abrigo contra la tempestad y una sombra contra el calor.

El Señor de los ejércitos dispondrá para todos los pueblos sobre este monte un festín de ricas viandas, un festín de buenos vinos, de carnes grasas y de claros vinos. Sobre este monte hará descorrer el velo que oculta a todos los pueblos, el telón que cubre a las naciones; ahuyentará a la muerte para siempre. El Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los semblantes. Hará desaparecer el oprobio de su pueblo hasta los confines de la tierra; porque el Señor lo ha dicho. Y se dirá aquel día: He ahí nuestro Dios, el que esperábamos para ser salvados; ¡he ahí el Señor que aguardábamos, saltemos de gozo, alegrémonos por su ayuda! (*Is.*, XXV, 1-4, 6-9.)

Dentro de poco va a aparecer el triunfador de la muerte. Preparemos, pues, el camino del Señor para darle digna acogida; y en esta labor de preparación, acudamos al auxilio de María. A ella está dedicado este día del sábado; por consiguiente, en él nos ha de prestar más complaciente su ayuda. Contemplémosla *llena de gracia,* llevando dentro de sí al que también deseamos llevar nosotros. Si la preguntamos cómo se ha hecho digna de una distinción tan alta, nos dirá que en Ella se ha cumplido sencillamente la Profecía que la Iglesia repite con frecuencia en el Adviento: *Todo valle será llenado.*

La humildad de María fué el valle bendito del Señor; valle húmedo y fértil, donde Dios puso la semilla del trigo divino, Jesús Salvador nuestro, porque está escrito en el Salmo que los *valles serán abundantes en trigo* (LXIV, 14). ¡Oh María, con tu humildad has atraído las miradas de tu Creador! Si, desde el cielo donde mora, hubiese visto una virgen más humilde en su amor, la habría escogido con preferencia a ti: pero fuiste tú quien conquistaste su corazón, ¡oh divino valle siempre verde y esmaltado con la flor de las virtudes! ¿Qué haremos nosotros, pecadores, colinas altaneras? Necesario es que nos humillemos, por amor y agradecimiento, delante del Dios que se humilla a sí mismo. Alcánzanos ¡oh María! esta gracia. Haz que en adelante digamos siempre a la voluntad de Dios nuestro Señor lo que tú dijiste: *He aquí los esclavos del Señor; hágase en nosotros según tu palabra.*

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

En este domingo se aumenta todavía la alegría de la Iglesia. Contínuamente suspira ella por el Señor; pero ahora siente que se aproxima y cree poder mitigar un poco la austeridad de este tiempo de penitencia, con la inocente alegría de las pompas litúrgicas. En primer lugar,

este Domingo ha recibido el nombre de *Gaudete* por la primera palabra de su Introito; pero, además en él se observan también las prácticas características del cuarto Domingo de Cuaresma llamado *Laetare*. Se toca el Organo en la Misa; los ornamentos son de color rosa; el Diácono vuelve a tomar la dalmática, y el Subdiácono la túnica; en las Catedrales asiste el Obispo con la mitra preciosa. ¡Admirable condescendencia de la Iglesia que tan armónicamente sabe unir la seriedad de su doctrina con la graciosa poesía de las formas litúrgicas! Entremos en su espíritu y regocijémonos hoy a causa de la proximidad del Señor. Mañana, nuestros gemidos tomarán otra vez su vuelo; porque aunque no ha de tardar, no ha llegado todavía.

La Estación se celebra en San Pedro del Vaticano. Este sagrado templo que contiene el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, es el asilo universal del pueblo cristiano; es natural que sea testigo de las tristezas y de las alegrías de la Iglesia.

El Oficio nocturno comienza por un nuevo Invitatorio: el grito de la Iglesia es un grito de alegría; todos los días, hasta la Vigilia de Navidad, comienza sus Maitines por estas magníficas palabras:

El Señor está ya próximo: venid, adorémosle.

Tomemos ahora el libro del Profeta y leamos con la Santa Iglesia:

Del Profeta Isaías.

Confianza en Dios: El humilla a los soberbios

En aquel día, se cantará este cántico en la tierra de Judá:

Tenemos una ciudad fuerte, nos dará el Señor su ayuda por muralla y fortaleza. Abrid las puertas para que entre un pueblo justo que guarde fidelidad. Esperanza inquebrantable, tú nos conservarás la paz, porque en ti reina la confianza. Tened siempre confianza en el Señor; porque el Señor es un refugio eterno. El ha destruído a los moradores de las alturas, ha echado por tierra la ciudad soberbia; la humilló hasta el suelo, la arrojó en el polvo, y fué pisoteada por los pies del pobre y del mendigo.

El justo espera el reinado de la justicia y permanece fiel a Dios

El sendero del justo está en línea recta; no se desvía de ella la senda que Tu abres al justo. En efecto, en la senda de tus juicios, hemos puesto, oh Señor, nuestra confianza; tu nombre y tu recuerdo son el deseo del alma.

Mi alma te deseó en la noche y te buscarán mis más íntimos suspiros. (*Is.*, XXVI, 1-9.)

¡Oh santa Iglesia Romana, nuestra ciudad fuerte!, hénos aquí reunidos en tus muros, alrededor del sepulcro de este pescador cuyas cenizas te amparan en la tierra, mientras que, con su doctrina inconmovible, te ilustra desde el cielo. Mas, si eres fuerte, lo eres por el Salvador que va a llegar. El es tu muralla; porque El es quien rodea a todos tus hijos con su mi-

sericordia; El es la fortaleza invencible; gracias a El, jamás los poderes infernales prevalecerán contra ti. Ensancha tus puertas, para que puedas acoger dentro de ti a todos los pueblos; pues eres maestra de la santidad y guardiana de la verdad. ¡Termine cuanto antes *el antiguo error* que se opone a la fe y difúndase la paz sobre todo tu rebaño! ¡Oh Santa Iglesia Romana! Tú has puesto para siempre la esperanza en el Señor; y El a su vez, fiel a su promesa, ha humillado delante de ti a las alturas de la soberbia y a las ciudades del orgullo. ¿Dónde están los Césares que creyeron haberte ahogado en tu propia sangre? ¿dónde los Emperadores que quisieron violentar la inviolable virginidad de tu fe? ¿dónde los sectarios que en cada siglo, por decirlo así, combatieron sucesivamente todos los artículos de tu doctrina? ¿dónde aquellos desagradecidos príncipes que se empeñaron en avasallarte, cuando fuiste tú quien los ensalzó? ¿dónde está el Imperio de la Media Luna que tantas veces se enfureció contra ti, y cuyas orgullosas conquistas, tú desarmada, rechazaste tan lejos? ¿dónde están los Reformadores que trataron de fundar un Cristianismo sin ti? ¿dónde estos modernos sofistas, a cuyos ojos no eras tú más que un impotente y apolillado fantasma? ¿dónde estarán, dentro de un siglo, esos reyes perseguidores de la Iglesia, esos pueblos que buscan la libertad fuera de la Iglesia? Ha-

brán pasado, como un torrente, en su fracaso; y tú, tú estarás siempre tranquila, siempre joven, siempre sin arrugas, ¡oh Santa Iglesia Romana! sentada sobre la roca inconmovible. Tu camino a través de los siglos habrá sido recto como el del justo; y siempre te volverás a hallar semejante a ti misma, como lo has sido durante diecinueve siglos, bajo el sol que, fuera de ti, sólo ilumina las vicisitudes humanas. ¿De dónde a ti esa solidez sino de Aquel que es la misma Verdad y la justicia? ¡Gloria sea a El en ti! Todos los años te hace su visita; todos los años te renueva sus dones, para ayudarte a terminar tu peregrinación; hasta el fin de los siglos vendrá igualmente a visitarte, a renovarte, no sólo por la virtud de aquella mirada con la que renovó a Pedro, sino llenándote de sí mismo, como llenó a la Virgen gloriosa, objeto de tus más dulces amores después del de tu Esposo. Contigo suplicamos, oh Madre nuestra, diciendo: ¡Ven, Señor Jesús! "*Tu nombre y tu recuerdo son el ansia de nuestras almas; en la noche te desean ellas* y te buscan nuestros más íntimos suspiros."

MISA

Mientras todo el pueblo está atento, la voz de los cantores entona la melodía gregoriana, y se oye el eco de estas consoladoras palabras del Apóstol:

INTROITO

Alegraos siempre en el Señor. Otra vez os lo digo: alegraos. Que vuestra dicha sea conocida de todos los hombres; porque el Señor está cerca. No os preocupéis por nada. Al contrario, en todas vuestras oraciones presentad a Dios vuestras peticiones. *Salmo.* Bendijiste, Señor, tu tierra; destruiste el cautiverio de Jacob. — ℣. Gloria al Padre.

La Iglesia pide, en la Colecta, la gracia de la visita que trae consigo la luz y disipa las tinieblas. Las tinieblas hacen temblar al alma; por el contrario, la luz asegura y regocija al corazón.

ORACION

Oremos. Dígnate, Señor, escuchar nuestras súplicas, y disipa las tinieblas de nuestro espíritu con la gracia de tu visita. Tú, que vives y reinas.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Ap. S. Pablo a los Filipenses. (IV, 4-7.)

Hermanos: Alegraos siempre en el Señor. Otra vez os lo digo: alegraos. Que vuestra dicha sea conocida de todos los hombres: el Señor está cerca. No os preocupéis por nada. Al contrario, en todas vuestras oraciones y ruegos, presentad a Dios vuestras peticiones, acompañadas de hacimiento de gracias. Y la paz de Dios, que supera todo sentido, custodie vuestros corazones y vuestras inteligencias en Nuestro Señor Jesucristo.

En efecto, debemos alegrarnos en el Señor; el Profeta y el Apóstol están de acuerdo en avi-

var nuestras ansias del Salvador: uno y otro nos anuncian la paz. Estemos, pues, tranquilos: *El Señor está cerca;* está *cerca* de su Iglesia; está *cerca* de cada una de nuestras almas. ¿Será posible que estemos junto a un fuego tan ardiente y permanezcamos helados? ¿Es que no sentimos ya su venida, a través de todos los obstáculos que le oponían su excelsa dignidad, nuestra profunda miseria y nuestros numerosos pecados?

Mas El todo lo arrolla. Unos pasos más y estará entre nosotros. Salgámosle al encuentro, por medio de estas *oraciones, súplicas* y *acción de gracias* de que nos habla el Apóstol. Dupliquemos nuestro fervor y celo, para unirnos a la Santa Iglesia, cuyos deseos van a dirigirse cada día más encendidos hacia Aquel que es su luz y su amor. Repitamos ahora con ella:

GRADUAL

Señor, tú, que te sientas sobre los querubines, excita tu potencia y ven. — ℣. Tú, que riges a Israel, atiende: tú, que conduces a José como una oveja.

Aleluya, aleluya. — ℣. Señor, excita tu potencia y ven, para hacernos salvos.

Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Juan. (I, 19-28.)

En aquel tiempo los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan, para que le preguntasen: Tú, ¿quien eres? Y confesó y no negó, antes declaró:

Yo no soy el Cristo. Y le preguntaron: ¿Qué, pues? ¿Eres Elías? y dijo: No soy. ¿Eres el Profeta? Y respondió: No. Dijéronle: ¿Quién eres, pues? Para que demos respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo? Dijo: Soy la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor como dijo el Profeta Isaías. Y los que habían sido enviados eran de los Fariseos. Y preguntáronle y dijéronle: ¿Por qué bautizas, pues, si no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta? Juan les respondió diciendo: Yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros está el que vosotros no conocéis. Este es el que vendrá detrás de mí, el que ha existido antes que yo y del cual no soy digno de desatar la correa del zapato.

Estas cosas acontecieron en Betania, al otro lado del Jordán, donde bautizaba Juan.

En medio de vosotros está el que vosotros no conocéis, dice San Juan Bautista a los enviados de los Judíos. Puede, por consiguiente, estar el Señor cerca; puede incluso haber venido, y no obstante eso, permanecer desconocido para muchos. Este Cordero divino es el consuelo del santo Precursor, quien considera un gran honor ser simplemente la Voz que invita a los hombres a preparar los caminos del Redentor. En esto es San Juan el símbolo de la Iglesia y de todas las almas que buscan a Jesucristo. Su gozo por la llegada del Esposo es completo; pero a su alrededor existen hombres para quienes este divino Salvador no significa nada. Pues bien, estamos ya en la tercera semana de este santo tiempo de Adviento; ¿están todos los corazones

conmovidos por la gran noticia de la llegada del Mesías? Los que no quieren amarle como a Salvador, ¿le temen al menos como a Juez? ¿Han sido enderezados los caminos tortuosos? ¿piensan humillarse las colinas? ¿han sido atacadas seriamente la sensualidad y la concupiscencia en el corazón de los cristianos? El tiempo apremia: *¡El Señor está cerca!* Si estas líneas cayeran bajo los ojos de quienes duermen, en vez de vigilar esperando al divino Infante, les conjuraríamos para que abriesen los ojos y no retardasen por más tiempo el hacerse dignos de una visita, que será para ellos un gran consuelo en el tiempo, y un refugio seguro contra los terrores del último día. ¡Oh Jesús! envíales tu gracia con mayor abundancia todavía; *oblígales a entrar,* para que no se diga del pueblo cristiano, lo que San Juan decía de la Sinagoga: *En medio de vosotros está el que vosotros no conocéis.*

Durante el ofertorio, podemos unirnos al deseo de la Iglesia, pidiendo con ella al fin de la cautividad en la que nos retienen nuestros pecados, y la llegada del Salvador.

OFERTORIO

Bendijiste, Señor, tu tierra, destruiste el cautiverio de Jacob, perdonaste la iniquidad de tu pueblo.

SECRETA

Haz, Señor, que te inmolemos siempre el sacrificio de nuestra devoción, el cual realice el fin sagrado para

que fué instituído y obre a la vez maravillosamente en nosotros tu salud. Por Nuestro Señor.

Las palabras que canta la Iglesia durante la comunión están tomadas del Profeta Isaías; tratan de infundir confianza en el corazón del hombre débil y pecador. No temáis, pues ¡oh cristianos! es Dios quien viene; pero viene a salvar, a darse a su criatura.

COMUNION

Decid: Pusilánimes, confortaos y no temáis; he aquí que vuestro Dios vendrá y nos salvará.

En la Oración siguiente, la santa Iglesia pide que la visita privada que le acaba de hacer su Esposo, la prepare para la otra más solemne que ha de realizarse en la fiesta de Navidad.

POSCOMUNION

Imploramos, Señor, tu clemencia, para que estos divinos alimentos, nos purguen de los vicios y nos preparen para las futuras fiestas. Por Nuestro Señor.

LUNES

DE LA TERCERA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Esto dice el Señor Dios: He puesto por cimiento de Sión una piedra, una piedra labrada, angular, preciosa, sólidamente asentada; quien en ella descansare, no vacilará. He aquí que tomo el derecho por cordel y por

nivel la justicia. El pedrisco se llevará la esperanza de la mentira; las aguas azotarán su refugio. Será destruída vuestra alianza con la muerte; vuestro pacto con el infierno será anulado. (*Is.*, XXVIII, 16-18.)

¡Oh Padre celestial! te dispones a colocar en los cimientos de Sión una Piedra sólida y angular; esa Piedra que dará su consistencia a Sión, que es la Iglesia, esa Piedra es tu Hijo encarnado. Ya había sido figurada, según el comentario de tu Apóstol, por aquella Roca del desierto que encerraba en su seno las aguas saludables y abundantes que apagaron la sed de tu pueblo. He aquí que en seguida nos la vas a dar en realidad; ya ha bajado del cielo; se acerca la hora en que va a ser colocada en el cimiento. ¡Oh Piedra de unión y solidez! ¡Gracias a ti, no habrá en adelante ni Judío, ni Gentil, sino una sola familia; gracias a ti no construirán más los hombres sobre la arena esos caducos edificios que las lluvias y los vientos se llevaban a su primer empuje! Sobre esa Piedra se elevará la Iglesia y su cúspide podrá tocar el cielo, sin que por ello sufra su base; y a pesar de lo débil y tornadizo que es el hombre en sus pensamientos, participará de tu inmutabilidad, con tal que se apoye en Ti; ¡oh Piedra divina! ¡Ay de quien te desprecie! porque Tú has dicho, ¡oh eterna Verdad!: "Quien sobre esta Piedra cayere, será deshecho; y aquel sobre el cual ella cayere será aplastado". Líbranos de esta doble desgracia,

¡Oh sagrada Piedra! Tú, que estás destinada a *ocupar el lugar más importante del ángulo* y que, a pesar de eso, has sido rechazada por ciegos arquitectos. No permitas que tengamos la desdicha de ser del número de los que no te han sabido apreciar. Haz que te honremos siempre como a principio de nuestra fortaleza, y causa única de nuestra solidez; y puesto que has comunicado esta virtud de Piedra inconmovible a uno de tus Apóstoles, y por medio de él a sus sucesores hasta la consumación de los siglos, concédenos la gracia de mantenernos siempre firmes sobre la roca de la Santa Iglesia Romana, con la cual todas las Iglesias de la tierra se preparan a celebrar tu divina aparición; *¡oh Piedra preciosa, Piedra tallada!* que vienes a destruir el imperio de la mentira y a quebrantar el pacto que el género humano había hecho con la Muerte y el Infierno.

MARTES

DE LA TERCERA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Dios quiere perdonar

El Señor os espera para perdonaros; se levanta para tener misericordia de vosotros. Porque el Señor es un Dios de justicia; felices los que confían en El. ¡Oh pueblo de Sión, que habitas en Jerusalén, ya no

has de tener más llanto! ¡El te perdonará al oír tus gemidos; inmediatamente te escuchará!

Después del castigo, Israel seguirá el recto camino

Cuando el Señor te haya servido el pan de la angustia y el agua de la tribulación, no se ocultarán los que te instruyen. Tus oídos escucharán la palabra de tus directores: He ahí el camino, seguidle cuando os desviéis a derecha o izquierda.

Israel disfrutará de los frutos de la tierra

El te ha de dar la lluvia para la semilla que siembres en la tierra; y el pan que produzca la tierra será suculento y nutritivo. En aquel día pacerán tus ganados en pingües praderas; y los bueyes y los asnos que labran la tierra, comerán el pienso limpio aventado en la era..

Hermosura y luz en el día de la salvación

Entonces, habrá arroyos y corrientes de agua sobre toda alta montaña y sobre toda colina elevada, en el día de la gran mortandad, cuando las torres se derrumben. Entonces la luna brillará como el sol, y la luz del sol será siete veces mayor, el día en que el Señor ponga un vendaje sobre la herida de su pueblo, y cure las llagas de sus cardenales.

El día del Señor para las naciones

He aquí el nombre del Señor que viene de lejos, montado en cólera sobre cargada nube: sus labios arrojan ira, su lengua un fuego abrasador. Su aliento es como un torrente desbordado que sube hasta la garganta; para cribar a las naciones en la criba destructora y poner un freno de error en las quijadas de los pueblos. (*Is.*, XXX, 18-21, 23-28.)

Así pues, no lloraremos más, oh Jesús; he aquí que vas a atender nuestros gemidos, y van a verte nuestros ojos, a Ti, nuestro Señor, nuestro Maestro. Si todavía tardas, es para tener misericordia de nosotros pues has puesto tu gloria en perdonarnos. ¡Oh dichoso Reino el tuyo! ¡oh qué fertilidad la de nuestros campos, es decir de nuestras almas, en cuanto tu rocío descienda sobre ellas! ¡oh dulzura y suavidad de nuestro Pan, que serás Tú mismo, oh pan de vida bajado del cielo! ¡oh resplandor luminoso con que has de alegrar nuestros ojos mortales!, el día en que restañes nuestras heridas; venga, pues, cuanto antes este dichoso día: aproxímese esa radiante noche en que María ha de aligerarse de su divina carga. Es tan grande la confianza de nuestros corazones en esa misericordiosa venida, que nos causa menos espanto el pavoroso anuncio de tu Profeta, que, saltando por encima del tiempo con la rapidez de tu palabra, nos anuncia ya la proximidad del día temible en que llegarás de repente, vomitando ira, con los labios indignados, y la lengua semejante a una llama devoradora. Hoy nos contentamos con esperar, aguardando un Advenimiento completamente pacífico; sénos propicio en el último día; mas ahora, deja que te digamos con uno de tus piadosos siervos, el venerable Pedro de Celles, en su primer Sermón de Adviento: "¡Ven, sí, oh Jesús! pero envuelto en pañales, no en armas; en

humildad, no en grandeza; en la cueva, no sobre las nubes del cielo; en los brazos de tu Madre, no sobre el trono de tu Majestad; sobre el pollino, y no sobre los querubines; a nosotros y no contra nosotros; a salvar y no a juzgar; a visitar en paz, y no a condenar en ira. ¡Oh Jesús, si así vinieres, iremos hacia Ti en vez de huirte!"

MIERCOLES

DE LAS CUATRO TEMPORAS DE ADVIENTO

En este día, la Iglesia comienza a practicar el ayuno llamado de las *Cuatro Témporas,* que comprende también el Viernes y Sábado siguientes. Esta práctica no pertenece propiamente a la economía litúrgica del Adviento: es más bien una de las instituciones generales del Año eclesiástico.

Se la puede catalogar en el número de los usos que la Iglesia ha tomado de la Sinagoga; porque el profeta Zacarías habla del ayuno del *cuarto, quinto, séptimo y décimo mes.* La introducción de esta costumbre en la Iglesia cristiana parece remontarse a los tiempos apostólicos; tal es, al menos, el parecer de San León, de San Isidoro de Sevilla, de Rabano Mauro y de otros muchos escritores de la antigüedad cristiana: no obstante eso, hay que notar que los orientales no observan este ayuno.

En la Iglesia Romana, las Cuatro Témporas quedaron fijas en los tiempos que se celebran ahora, desde los primeros siglos; y si se hallan numerosos testimonios de los tiempos antiguos en los que se mencionan *Tres Témporas* en vez de *Cuatro*, es porque las Témporas de primavera, como caen siempre dentro de la primera semana de Cuaresma, no añaden nada a las prácticas de los cuarenta días, dedicados ya a un ayuno más riguroso que los practicados en el resto del año. La finalidad del ayuno de las Cuatro Témporas es en la Iglesia la misma que lo fué en la Sinagoga; es a saber, santificar por medio de la penitencia cada una de las estaciones del año. Las Témporas de Adviento son conocidas en la antigüedad eclesiástica con el nombre de *Ayuno del décimo mes;* y San León, en uno de los sermones que nos ha dejado sobre este ayuno, y del que la Iglesia ha puesto un fragmento en el segundo Nocturno del tercer domingo de Adviento, nos enseña que fué elegido este tiempo para una demostración especial de penitencia cristiana, porque estando entonces terminada la recolección de los frutos de la tierra, es conveniente que los cristianos demuestren al Señor su agradecimiento por medio de un sacrificio de abstinencia, haciéndose tanto más dignos de acercarse a Dios, cuanto mejor saben vencer el atractivo de las criaturas; "porque, añade el santo Doctor, el ayuno ha sido siempre alimento de

la virtud. Es la fuente de los castos pensamientos, de las resoluciones prudentes, de los saludables consejos. Por la mortificación voluntaria, muere la carne a los deseos de la concupiscencia, el espíritu se renueva en la virtud. Mas, como el ayuno no es suficiente para lograr la salud de nuestras almas, suplamos lo que falte, con obras de misericordia hacia los pobres. Concedamos a la virtud lo que quitamos al placer; para que la abstinencia del que ayuna, sirva al pobre de alimento."

Tomemos nota de estos avisos, puesto que somos hijos de la Santa Iglesia, y ya que vivimos en una época en que el ayuno del Adviento no existe, observemos el precepto de las Cuatro Témporas con tanto más fervor, cuanto que estos tres días, con la Vigilia de Navidad, son los únicos en que la Iglesia nos obliga actualmente, de una manera precisa, a guardar el ayuno. Avivemos en nosotros, con ayuda de estas prácticas, el celo de los tiempos antiguos, teniendo siempre presente que, si la preparación interior es ante todo necesaria para el Advenimiento de Jesucristo a nuestras almas, esta preparación no sería en nosotros verdadera, si no se manifestase externamente en prácticas de religión y penitencia.

El ayuno de las Cuatro Témporas tiene otra finalidad además de la de santificar, por un acto de piedad, las diversas estaciones del año; tiene

íntima relación con la Ordenación de los Ministros de la Iglesia, que son consagrados el sábado y cuya proclamación ante el pueblo tenía lugar antiguamente en la Misa del Miércoles. Las Ordenaciones del mes de Diciembre fueron durante mucho tiempo célebres en la Iglesia Romana; el *décimo mes* fué, según aparece por las antiguas Crónicas de los Papas, el único tiempo en que se conferían Ordenes sagradas en Roma, salvo raras excepciones. Los fieles debían unirse a las intenciones de la Iglesia y presentar a Dios la ofrenda de sus ayunos y abstinencias, con el fin de obtener dignos Ministros de la Palabra divina y de los Sacramentos, y verdaderos Pastores del pueblo cristiano.

La Iglesia no lee hoy en el Oficio de Maitines nada del Profeta Isaías; conténtase con recordar el paso del Evangelio de San Lucas, en que se cuenta la Anunciación de la Santísima Virgen, leyendo luego un trozo del comentario de San Ambrosio sobre ese mismo paso. La elección de este Evangelio, que según costumbre de todo el año, es el mismo que el de la misa, ha dado una especial celebridad a este Miércoles de la tercera semana de Adviento. Antiguamente se trasladaban las fiestas que caían en este Miércoles, como se puede ver por antiguos Ordinarios usados en varias insignes Iglesias, tanto Catedrales como Abaciales; tampoco se decían de rodillas en este día las oraciones feriales; en Maitines, el cele-

brante revestido de capa blanca, con la cruz, ciriales e incienso, y al son de la gran espadaña cantaba el Evangelio *Missus est,* o sea el de Anunciación; en las Abadías, el Abad debía hacer a los monjes una homilía como en las fiestas solemnes. Gracias a esta práctica gozamos ahora de los cuatro magníficos Sermones de San Bernardo en loor de la Santísima Virgen, titulados: *Super Missus est.*

La Estación es en Santa María la Mayor, por motivo del Evangelio de la Anunciación, que como acabamos de ver ha hecho de este día una verdadera fiesta de la Santísima Virgen.

JUEVES

DE LA TERCERA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Llamada a Dios

¡Señor, ten piedad de nosotros! Contigo hemos contado. ¡Sé nuestra ayuda en la mañana, nuestro socorro en el tiempo de la tribulación!

Al estrépito del trueno los pueblos huyen, cuando tú te levantas, las naciones se dispersan; se recogen los despojos como se recogen las langostas, se corre hacia él como las langostas hacia el campo.

El Señor es grande y se asienta en las alturas; llena a Sión de rectitud y de justicia. La seguridad de estos tiempos será para Sión un tesoro de felicidad; sabiduría, ciencia y temor de Dios serán su riqueza,

Terror de los impíos; confianza de los justos

En Sión los pecadores quedarán aterrados, el temblor se apoderará de los impíos: "¿Quién de nosotros puede habitar en un fuego devorador? ¿Quién de nosotros puede morar en un eterno brasero?"

El hombre justo en sus caminos y recto en sus palabras, el que aborrece las riquezas adquiridas por violencia, y cuya mano rechaza las dádivas corruptoras; el que obtura sus oídos a propuestas sanguinarias y cierra los ojos para no ver lo malo; este hombre tendrá su morada en las alturas, y firmes rocas serán su fortaleza; se le dará pan en abundancia y no le faltará el agua. Tus ojos contemplarán al rey en su hermosura y verán una tierra que se extiende hasta lo lejos. (*Is.*, XXXIII, 2-5, 14-17.)

¡Dichoso quien contemple con sus ojos al Rey recién nacido, en los suaves destellos de su amor y de su humildad! De tal manera quedará prendado de su hermosura, que la tierra con todas sus magnificencias será para él como si no existiese. Sus ojos no podrán ya descansar sino en aquel que apareció recostado en un pesebre y envuelto en pañales. Mas, para tener la dicha de contemplar de cerca al poderoso Rey que viene a nosotros, para merecer ser de su corte, es necesario que sigamos el consejo del Profeta: *ser justo en los caminos y recto en las palabras;* es lo mismo que declara con unción el piadoso Rabano Mauro, en su primer sermón de preparación a la fiesta de Navidad. "Si en todo tiempo, dice, es conveniente que aparezcamos con el

adorno y brillo de las buenas obras, con mucha más razón el día del Nacimiento del Salvador. Considerad, hermanos míos: Si un rey terreno o un hombre poderoso os invitase a celebrar el día de su natalicio; ¡cuán nuevas, escogidas y aún espléndidas serían las ropas que llevaríais a su presencia! No consentiríais que nada viejo, vil o impropio ofendiese la vista de quien os había invitado. Haced lo mismo en el caso presente; disponed vuestras almas con los distintos adornos de las virtudes, hermoseadlas con las perlas de la sencillez y las flores de la sobriedad. Presentad unas conciencias tranquilas, cuando se acerque el Nacimiento del Salvador. Aparezcan brillantes por la castidad, resplandecientes por el amor, blancas con el mérito de la limosna, con destellos de justicia y humildad, y sobre todo, iluminadas por el amor de Dios. Y, si Cristo Nuestro Señor os ve acercaros en estas disposiciones a la fiesta de su Nacimiento, tened la seguridad de que no se contentará con visitar vuestras almas; llevará su condescendencia hasta venir a descansar y morar en ellas, conforme a lo que está escrito: "He aquí que vendré y moraré en ellos y serán mi pueblo, y yo seré su Dios."

Daos prisa, pues, oh cristianos; convertíos los pecadores y haceos santos; y los santos santificaos más todavía; porque el Señor es quien viene y no otro cualquiera.

VIERNES

DE LAS CUATRO TEMPORAS

En este día la Iglesia no lee nada del Profeta Isaías, conténtase con recordar en el Oficio de Maitines el paso del Evangelio de San Lucas, donde se nos cuenta el misterio de la Visitación de la Santísima Virgen. Luego se lee un trozo del Comentario de San Ambrosio sobre ese mismo paso. Dejamos para el Propio de los Santos puesto en su lugar, las consideraciones y afectos que este importante episodio de la vida de la Madre de Dios debe sugerir a los fieles.

La Estación de este día se celebra en la Iglesia de los Santos Apóstoles. Los Papas Pelagio I y Juan III dedicaron esta Iglesia a los Apóstoles San Felipe y Santiago. Allí bajo el altar, están sepultados sus cuerpos, esperando el segundo Advenimiento de quien los escogió para cooperadores de la obra del primero, y al lado del cual se han de sentar sobre tronos en el último día, para juzgar a las doce tribus de Israel. (*S. Mateo,* XIX.)

SABADO

DE LAS CUATRO TEMPORAS

Tampoco hoy se lee en Maitines el Profeta Isaías, sino una Homilía sobre el Evangelio de la

Misa. Como este Evangelio se encuentra repetido en la Misa del cuarto Domingo, que es mañana, tampoco nos ocuparemos hoy de él. Sólamente explicaremos la razón por la que el Misal señala un sólo Evangelio para estas dos Misas.

Fué costumbre primitiva de la Iglesia Romana, celebrar las Ordenes en la noche del sábado al domingo, del mismo modo que se administraba el Bautismo a los catecúmenos en la noche del Sábado Santo al día de Pascua. La ceremonia se desarrollaba a media noche, prolongándose hasta la mañana del domingo, de manera que la Misa de Ordenes servía también para el Domingo. Más tarde se mitigó la disciplina y fueron suprimidas estas penosas vigilias, se adelantó la Misa de Ordenes, como se adelantó también la del Sábado Santo; de suerte que, como el cuarto Domingo de Adviento y el segundo de Cuaresma no habían tenido hasta entonces Evangelio propio, por no tener tampoco Misa propia, se determinó, hacia el siglo x u xi, que se repitiese el Evangelio de la Misa de Ordenes en la Misa especial de estos dos Domingos.

La Estación es el sábado en San Pedro, por razón de las Ordenes.

Esta Basílica era la más a propósito para reunir al pueblo pues siempre fué una de las más capaces de la ciudad de Roma.

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO

(Este domingo se suprime cuando cae en fecha 24 de Diciembre, celebrándose en este caso la Vigilia de Navidad, puesta a continuación.)

Hénos ya en la Semana que precede inmediatamente al Nacimiento del Mesías: dentro de siete días lo más tarde le tendremos entre nosotros; tal vez, este Advenimiento tan deseado ocurra dentro de seis, de tres días, o mañana mismo según la extensión del Adviento que varía cada año. La Iglesia cuenta ya las horas de espera; día y noche está vigilante y sus Oficios toman una extraordinaria solemnidad a partir del 17 de diciembre. En Laudes varía diariamente las antífonas; en Vísperas exterioriza con majestad y ternura al mismo tiempo sus ansias de Esposa por medio de ardientes exclamaciones al Mesías, en las que le da todos los días un título magnífico tomado de los Profetas.

Hoy [1] va a dar el último golpe para conmover a sus hijos. Con ese fin los transporta al desierto; les muestra a Juan Bautista, de cuya misión les ha hablado ya en el domingo tercero. La voz de este austero Precusor traspasa el desierto y se

[1] El cuarto domingo de Adviento es llamado también *Rorate* a causa del Introito; pero con más frecuencia se le da el nombre de *Canite tuba*, por las primeras palabras del primer Responsorio de Maitines y de la primera antífona de Laudes y Vísperas.

ha hecho oír en las ciudades. Predica la penitencia, la necesidad de purificarse en espera del que va a venir. Hagamos unos días de retiro; y si, por nuestras ocupaciones externas, no lo podemos hacer, apartémonos a lo más recóndito de nuestro corazón y confesemos nuestros pecados, como aquellos verdaderos Israelitas, que llenos de compunción y fe en el Mesías, acudían a los pies de Juan Bautista para concluir su obra de preparación a un digno recibimiento del Mesías.

Pues bien, he ahí a la santa Iglesia que, antes de abrir el libro del Profeta, nos dice como de ordinario, pero con una mayor solemnidad:

El Señor está ya cerca: venid, adorémosle.

Del Profeta Isaías.

Liberación y triunfo de Israel

El desierto y la tierra árida se alegrarán, saltará de gozo la soledad y florecerá como el lirio; florecerá y saltará de gozo entre júbilos y cantos de triunfo. Les serán dadas las galas del Líbano, la magnificencia del Carmelo y del Sarón.

Verán la gloria del Señor, la magnificencia de nuestro Dios. Fortificad las manos débiles, robusteced las rodillas flojas.

Decid a todos los que tienen el corazón turbado: ¡ánimo, valor, he ahí a vuestro Dios! Se acerca la venganza, el castigo de Dios; ¡El mismo viene para salvaros!

Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y las orejas de los sordos; entonces el cojo saltará como el

ciervo, y la lengua de los mudos entonará cánticos de triunfo.

Santo camino, abierto ante los desterrados libres

Porque en el desierto brotarán fuentes de agua viva, y los arroyos correrán por la soledad; la tierra árida se trocará en estanque, y el suelo seco en manantiales; las cuevas que eran guarida de chacales será un jardín de cañas y de juncos.

Habrá allí un camino expedito que se llamará el Camino santo; ningún impuro transitará por él. El Señor mismo conducirá al viajero; y ni los lerdos se perderán. No habrá allí leones, ni pondrá allí el pie bestia alguna feroz; por allí caminarán los que hayan sido libertados, los rescatados por el Señor.

Vendrán a Sión entre cánticos de triunfo; una eterna alegría coronará sus cabezas. Les invadirá el gozo y la alegría; y huirán la tristeza y el llanto para siempre [1]. (*Is.*, XXXV, 1-10.)

Muy grande será, pues, oh Jesús el gozo de tu venida, si ha de resplandecer en nuestra frente por siempre como una corona. ¿Y cómo no ha de ser así? Hasta el desierto, al acercarte, florece como un lirio, y del seno de la tierra más estéril saltan arroyos de aguas vivas. ¡Oh Salvador, ven

[1] "Las grandiosas promesas de este capítulo se realizaron parcialmente a la vuelta del destierro (siglo VI antes de J. C.) y la restauración política de Israel; pero la idea del profeta sube más alto y llega más lejos; esta restauración nacional no es más que el punto de partida y el símbolo de la conversión del mundo al Dios verdadero y del reino del Mesías sobre la tierra, sobre todo al fin de los tiempos. Muchos rasgos de esta descripción se han realizado al pie de la letra en Jesucristo (*S. Mat.*, XI, 5); todos se ralizarán completamente en la nueva creación que reemplazará a la antigua, al fin de los tiempos" (Crampon. *Tobac*, Les Prophètes, II, 121).

cuanto antes a darnos este Agua que mana de tu Corazón y que es la que con tanta insistencia te pedía la Samaritana, imagen de nosotros pecadores. Este Agua es tu gracia: rocíe nuestra sequedad y también nosotros floreceremos; apague nuestra sed y correremos con fidelidad tras tus huellas por el camino de tus mandamientos y de tus ejemplos ¡oh Jesús! Tú eres nuestro *Camino,* nuestro sendero hacia Dios; y Tú mismo eres Dios; eres por tanto, también el término de nuestro camino. Habíamos perdido el camino, nos habíamos alejado como ovejas errantes: ¡cuán grande es tu amor en venir a buscarnos! Para enseñarnos el camino del cielo, te dignas bajar desde allá arriba y quieres también acompañarnos. En adelante no desfallecerán nuestros brazos, ni temblarán nuestras rodillas; nos consta que es el amor quien le ha movido. Sólo una cosa nos apena: el ver que nuestra preparación no es perfecta. Tenemos todavía ataduras que romper; ayúdanos ¡oh Salvador de los hombres! Queremos escuchar la voz de tu Precursor y enderezar todo lo que te podría hacer tropezar en el camino de nuestro corazón ¡oh divino Infante! bauticémonos nosotros en el Bautismo de la penitencia, y luego vendrás Tú a bautizarnos en el amor y en el Espíritu Santo.

MISA

El Profeta ha despertado nuestra sed, hablándonos de la nitidez y frescura de los manantiales que brotarán a la venida del Mesías; pidamos, con la Santa Iglesia, el rocío que será refrigerio de nuestro corazón y la lluvia que lo hará fértil.

INTROITO

Rociad, cielos de arriba; nubes, lloved al Justo; ábrase la tierra y germine al Salvador. *Salmo.* Los cielos cuentan la gloria de Dios; y el firmamento pregona las obras de sus manos. — ℣. Gloria.

En la Colecta, la Iglesia pide con insistencia ser libertada cuanto antes; teme que sean sus pecados la causa de la tardanza del Esposo; se ampara en su bondad para poder evitar este obstáculo.

ORACION

Oremos. Excita, Señor, tu potencia y ven, te lo suplicamos; y socórrenos con tu poderosa virtud; para que, con el auxilio de tu gracia, acelere tu indulgente misericordia lo que retardan nuestros pecados. Tú, que vives y reinas.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Corintios. (I Cor., IV, 1-5.)

Hermanos:Téngannos los hombres por Ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. Por lo demás, lo que en los dispensadores se busca es que cada uno sea fiel. A mí no me importa nada el ser juzgado de vosotros o con juicio humano: ni siquiera yo

mismo me juzgo. Porque, aunque la conciencia no me remuerde de nada, no por eso estoy justificado: el único que me juzga es el Señor. Así pues: no juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual iluminará lo oculto de las tinieblas y manifestará los intentos de los corazones: y entonces cada cual recibirá de Dios la alabanza.

En esta Epístola, la Iglesia pone ante la vista de los pueblos, la dignidad del sacerdocio cristiano, con ocasión de las Ordenes que se han conferido la Víspera, recordando al mismo tiempo a los Ministros sagrados la obligación que han contraído de permanecer fieles al cargo que les ha sido impuesto. Por lo demás, no es cosa de las ovejas el juzgar al pastor: todos, sacerdotes y fieles deben vivir en espera del día del Advenimiento del Salvador, de aquel último Advenimiento cuyo terror será tan grande cuando fué atractiva la dulzura del primero y del segundo para el que preparamos nuestras almas. Después de haber hecho oír al auditorio estas severas palabras, la Iglesia vuelve a tomar el hilo de sus esperanzas, cantando todavía la próxima llegada del Esposo.

GRADUAL

El Señor está cerca de todos los que le invocan: de todos los que le invocan de veras. ℣. Mi boca cantará las alabanzas del Señor; y bendiga su santo nombre toda carne. Aleluya, Aleluya. Ven, Señor, y no tardes; perdona los pecados de tu pueblo Israel. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas. (III, 1-6.)

En el año décimo-quinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide, y Lisanias tetrarca de Abilinia, siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, descendió la palabra del Señor sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y pasó (Juan) por toda la región del Jordán predicando el bautismo del arrepentimiento para el perdón de los pecados, según está escrito en el libro de la palabras de Isaías: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor: haced rectas sus sendas. Todo valle será rellenado, y todo monte y todo collado serán allanados. Las cosas torcidas serán enderezadas y los caminos ásperos serán suavizados; y toda carne verá la salud de Dios.

Próximo estás, oh Señor, pues la herencia de tu pueblo ha pasado ya a poder de los Gentiles y la tierra que habías prometido a Abraham no es hoy día mas que una provincia de ese dilatado imperio que debe preceder al vuestro. Día tras día se van cumpliendo los vaticinios de los Profetas; la profecía de Jacob también se ha realizado: *Será quitado el cetro a Judá.* ¡Oh Jesús! todo se halla dispuesto para tu llegada. De tal modo has renovado el aspecto de la tierra; dígnate renovar también mi corazón y alentar mi ánimo en estos últimos días que preceden a tu venida. Sentimos la necesidad de retirarnos al

desierto, solicitar el bautismo de la penitencia y enderezar nuestros caminos: obra todo esto en nosotros, oh divino Salvador, para que el día que bajes a nosotros, nuestra alegría sea completa.

En el Ofertorio, la Iglesia saluda a la Virgen gloriosa que oculta dentro de su seno la salvación del mundo. ¡Oh María! Danos pronto al que te llena con su presencia y su gracia. El Señor es contigo, oh Virgen sin igual; pero se acerca el momento, en que va a ser también con nosotros; porque su nombre es EMMANUEL.

OFERTORIO

Dios te salve, María; llena eres de gracia: el señor es contigo: Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, mires propicio estos sacrificios, para que aprovechen a nuestra devoción y a nuestra salud. Por nuestro Señor.

En la Comunión, la Iglesia, rebosante de Dios, que acaba de bajar a ella, canta a la Virgen madre con palabras de Isaías, cuadrándole perfectamente también a ella este canto, pues acaba de recibir la misteriosa visita del Hijo de Dios, cuyo tabernáculo es el seno de María.

COMUNION

He aquí que una virgen concebirá y parirá un hijo: y su nombre será Emmanuel.

POSCOMUNION

Consumidos estos dones, suplicámoste, Señor, hagas que, con la frecuentación del Misterio, crezca la eficacia de nuestra salud. Por Nuestro Señor.

LUNES

DE LA CUARTA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

El pueblo escogido, sostenido por Dios, nada tiene que temer

Y tú, Israel, siervo mío, y tú, oh Jacob, a quien escogí, raza de Abraham, amigo mío... Tú, a quien traje de las extremidades de la tierra y llamé de lejanas regiones; a quien dije: Siervo mío eres tú, te he escogido y no te desecharé; no temas porque estoy contigo; nada de inquietas miradas, porque soy tu Dios. Yo te fortalezco, sí, yo vengo en tu ayuda; mi justa diestra te sostiene.

Los enemigos de Israel serán aniquilados

He aquí que serán confundidos, cubiertos de vergüenza los que se ensañan contigo; serán reducidos a la nada, aniquilados todos sus adversarios. En vano buscarás sin encontrarlos, a los que te odian. Serán reducidos a la nada los que te combaten.

Confianza en Dios

Porque yo, el Señor tu Dios, fortalezco tu diestra; Y yo te digo: No temas nada, porque yo vengo en tu ayuda. ¡No temas nada, gusanillo de Jacob, gusanillo de Israel! Yo vengo en tu ayuda, dice el Señor: ¡Tu Redentor es el Santo de Israel!

Israel aplastará a los enemigos

He aquí que yo haré de ti como un rastrillo agudo, nuevo y armado de dientes, y tú trillarás y desmenuzarás los montes y triturarás las montañas como menuda paja. Los aventarás y se los llevará el viento y los esparcirá la tormenta. Y tú te alegrarás en el Señor y te gloriarás en el Santo de Israel. (*Is.*, XLI, 8-16.)

Así nos levanta de nuestra bajeza ¡oh eterno Hijo del Padre! Así nos animas contra el temor natural que suscitan nuestros pecados. "Israel, siervo mío, nos dices, Jacob, mi elegido, hijo de mi amigo Abraham, desde lejos te he buscado: no temas, porque estoy contigo". ¡Oh Verbo divino! ¡De qué alturas has tenido que descender: para estar así con nosotros! Nosotros no podíamos llegar hasta Ti; un abismo nos separaba. Es más, ningún deseo teníamos de verte; de tal manera nos habían adormecido el corazón nuestros pecados... además, nuestros ojos no hubieran podido resistir tus destellos. Puestos en este extremo, has tenido a bien bajar personalmente y oculto en tu humanidad como en una nube, te has dejado contemplar por nuestros débiles ojos. "¿Quién dudará, exclama San Bernardo en su primer Sermón de Adviento, quién dudará que es algo grande, el que una tan sublime Majestad se haya dignado bajar desde tan alto hasta un lugar tan indigno? Ciertamente, es algo grande; es realmente una inmensa misericordia, una excesiva piedad, una caridad infi-

nita. En efecto ¿para qué viene? A buscar su centésima oveja perdida. ¡Oh condescendencia admirable de un Dios! ¡oh sublime dignidad del hombre, objeto de tal solicitud! En verdad, si el hombre se gloría de ella, no será sin motivo; no porque deba pensar que es algo por sí mismo, sino porque es objeto de tan solícito cuidado por parte de su Dios. Todas las riquezas, la gloria toda del mundo, todo lo que el mundo ansía, es menor que esta gloria; digo más, en su comparación no es nada. ¡Oh Señor! *¿qué es, pues, el hombre para que con tanto honor le trates, para que te apegues a él con tal cariño?*" Manifiéstate, pues, pronto a tus ovejas ¡oh divino Pastor! Tú las conoces, las has visto desde lo alto del cielo, las contemplas con amor desde el seno de María, donde aún descansas; ellas también te conocen; tienen prisa por contemplar tus rasgos queridos, por oír tu voz y entrar en los pastos de felicidad que les has prometido.

MARTES

DE LA CUARTA SEMANA DE ADVIENTO

Del profeta Isaías.

El siervo de Dios, dulce, paciente, Doctor de las naciones

He ahí mi siervo a quien yo amparo, mi Elegido en quien mi alma se complace. Sobre El he derramado mi

Espíritu. El explicará la ley a las naciones. No voceará ni hablará alto, ni elevará su voz sobre las plazas públicas. No quebrará la caña hendida, ni apagará la mecha humeante. Expondrá fielmente la Ley; no perdonará descanso ni fatiga hasta restablecer la Ley sobre la tierra; las islas esperan su doctrina.

Mediador, lumbrera, libertador

Así habla el Señor Dios, que crea los cielos y los extiende, que produce tierra con sus frutos, que da el aire al pueblo que la habita, y el aliento a los que caminan por ella:

Soy yo el Señor quien te llamó en mi justicia, quien te tomó por la mano. Yo te formé y establecí la alianza con tu pueblo, te puse como luz de las naciones para que abras los ojos de los ciegos, y saques de la prisión a los cautivos, y del fondo de la mazmorra a los que habitan las tinieblas. (*Is.*, XLII, 1-7.)

¡Oh Jesús! ¡Cuán dulce y tranquila es tu llegada a este mundo! Tu voz no se deja oír imperiosa; y tus manos, inmóviles todavía en el seno maternal, no tratan de romper la débil caña que un soplo quebraría fácilmente. ¿Qué vienes a hacer, pues, en esta primera venida? Tu Padre celestial nos lo enseña por medio del Profeta. Vienes para ser prenda de la alianza entre el cielo y la tierra. ¡Oh divino Infante, Hijo a la vez de Dios e hijo del hombre, bendita sea tu llegada a los hombres! Tu cuna será nuestra Arca de salvación; tu paso por la tierra será la luz que nos ilumine y nos liberte de la cárcel tenebrosa. Justo es, pues, que salgamos a tu encuentro, pues que haces Sólo la mayor parte del

camino. "No es mucho, dice San Bernardo en su primer Sermón de Adviento, que, cuando el enfermo no tiene fuerza para salir al encuentro de su Médico, trate al menos de levantar la cabeza y hacer algunos movimientos de saludo. No se trata, oh hombre, de atravesar los mares, de penetrar las nubes o franquear las montañas, no, el camino no es pesado. Sal sólo hasta ti mismo, y encontrarás a tu Dios, porque en tu boca está y en tu corazón. Sal a su encuentro en la compunción de tu corazón y en la confesión de tu boca; sal simplemente del lodazal de tu desdichada conciencia; porque el autor de la pureza no podría descansar en ella, tal como ahora se encuentra". ¡Gloria, pues, a ti, oh Jesús! que evitas el rompimiento de la caña para que pueda reverdecer y dar flores al borde de las aguas que de ti manan. ¡Gloria a ti que contienes tu soplo poderoso para no apagar la última chispita de esa mecha que se consume, pero que, no estando del todo fría, puede todavía animarse y lucir en el convite del Esposo!

MIERCOLES

DE LA CUARTA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Dios es fiel a la promesa hecha a Abraham

Escuchadme vosotros los que seguís la justicia, y buscáis al Señor: mirad a la roca de donde habéis sido

cortados, a la cantera de donde habéis sido extraídos. Mirad a Abraham vuestro Padre y a Sara que os dió a luz en el dolor. Porque a él sólo le llamé, le bendije y multipliqué; porque el Señor consuela a Sión y repara todas sus ruinas. El hará de su desierto un paraíso, y de su suelo seco un jardín del Señor; allí habrá gozo y alegría y cantos de acción de gracias.

Luz y salvación de las naciones

Prestad atención a mi voz, ¡oh pueblos! poned oído a mis palabras, ¡oh naciones! Porque de mí ha de salir la doctrina; mi Ley será luz de los pueblos. Mi justicia está próxima, mi salud llega; mi brazo hará justicia a los pueblos. Es a mí a quien las islas esperan, y mi brazo a quien aguardan. Elevad vuestros ojos al cielo, contemplad la tierra a vuestras plantas: pasarán los cielos como humareda y la tierra se consumirá como un vestido; sus habitantes morirán como las moscas. Pero mi salvación durará eternamente y mi justicia no tendrá fin. (*Is.*, LI, 1-6.)

¡Tu que eres *Flor de los campos y Lirio de los valles*, ven a convertir nuestra ingrata y árida tierra en un jardín de delicias! Por nuestro pecado perdimos el Edén con todas sus magnificencias; mas, he aquí que se nos devuelve ese Edén; he aquí que quieres restaurarlo en nuestro corazón. ¡Oh planta celestial, árbol de la vida, transplantado del cielo a la tierra, echas primeramente raíz en María, en esa tierra fidelísima, y luego viénes a buscar en nosotros un suelo agradecido que te guarde y te haga dar fruto. Prepara ese terreno ¡oh divino agricultor!, a quien la pecadora arrepentida vió un día bajo la figura de hor-

telano. ¡Tú sabes bien lo que falta todavía a nuestros corazones para servir a tus planes! ¡Cava y riega esta tierra; ha llegado la estación adecuada: quisiera no ser estéril ni verse privada de poseer esa Flor galana que es la gloria del cielo y que se digna venir aquí abajo a ocultar por un momento sus resplandores! ¡Oh Jesús! haz que nuestras almas sean fértiles, que se vean coronadas con la flor de las virtudes y que ellas mismas se conviertan en flores; que sean del número de aquellas que, creciendo a tu lado, ofrezcan a los ojos del Padre celestial un jardín digno de ser unido al que El tiene plantado desde toda la eternidad. ¡Oh Flor celestial! Tú eres también rocío, líbranos de las sequías; eres sol, guárdanos de las heladas; eres aromático perfume, comunícanos tu suavidad; eres la soberana belleza, Flor blanca y purpurada, haz que brillemos a tu lado en la eternidad, como corona que Tú has merecido.

JUEVES

DE LA CUARTA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

¿Renovarás, Señor, los antiguos prodigios?

Si rasgando los cielos, descendieses haciendo estremecer los montes en tu presencia, como un fuego que devora un bosque seco, como un fuego que hace hervir

el agua. Para que tu nombre se revelase a tus enemigos y temblasen las naciones a tu vista, obrando maravillas nunca oídas y jamás habladas. Nunca oído oyó, ni ojo vió obrar a un Dios de tal manera, para que de El se fíen. Tú sales al encuentro de los que obran el bien y se acuerdan de tus caminos.

Nuestros pecados te alejan de nosotros [1]

He aquí que te irritabas y nosotros éramos los culpables, todos nosotros éramos como inmundos, y toda nuestra justicia como sucio paño. Habíamos caído como hojas secas y nuestras maldades nos llevaban como el viento. Nadie invocaba tu nombre, nadie se levantaba para apoyarse en ti. Porque has vuelto tu rostro lejos de nosotros, y nos has entregado a nuestros pecados. Y, a pesar de todo, tú eres, oh Señor, nuestro Padre; nosotros somos de arcilla y tú eres el alfarero; obra de tus manos somos todos.

El castigo es muy duro

Señor, no te irrites en demasía, no tengas siempre presentes nuestros pecados mira y considera que somos tu pueblo. Tus ciudades santas han quedado desiertas, Sión es un yermo, Jerusalén un lugar desolado. Nuestro santo y glorioso templo, donde te alabaron nuestros padres, ha sido hecho presa de las llamas. Todas nuestras glorias están por el suelo; ¡oh, Señor! ¿Hasta cuándo permanecerás insensible, y te callarás humillándonos hasta el extremo? (*Is.*, 64, 1-11.)

¡Oh Dios de nuestros padres! ven cuanto antes. ¡Tu ciudad querida está desolada! Ven a levantar a Jerusalén y vengar la gloria de su tem-

[1] La Iglesia ha explotado copiosamente el paso que se lee en este día, para componer el bello cántico del Adviento: *Rorate caeli desuper*.

plo. Este es el grito del Profeta: lo has oído y has venido a libertar a Sión del cautiverio y a inaugurar para ella una era de gloria y santidad. Has venido, no a destruir la ley, sino a completarla; gracias a tu visita, Sión ha sido transformada y es ahora la Iglesia tu Esposa. Pero ¡oh Salvador, oh Esposo! ¿por qué has apartado tu rostro? ¿Por qué, esta Iglesia, para Ti tan querida, está sentada en el desierto, llorando como Jeremías sobre las ruinas del Santuario, como Raquel por sus hijos, porque ya no existen? ¿Por qué ha sido entregada su herencia a las naciones? Madre fecunda gracias a Ti, había criado numerosos hijos; les había enseñado en nombre tuyo la ciencia de la vida presente y de la futura; y estos hijos ingratos la han abandonado. Arrojada de nación en nación, se ha visto en el trance de trasladar de un lugar a otro la antorcha divina de la Fe; sus Misterios no se celebran ya en los lugares donde antes gustaban los pueblos celebrarlos; y desde lo alto del cielo puedes ver por doquier, altares destruídos y templos profanados. ¡Oh, ven a reanimar una Fe que se apaga!

Acuérdate de tus Apóstoles y de tus Mártires; acuérdate de tus Santos, fundadores de Iglesias que honraron con sus virtudes y milagros; acuérdate finalmente de tu Esposa, y sostenla en la peregrinación que realiza aquí abajo, hasta que el número de tus elegidos se complete. Sin duda, aspira esta Esposa a contemplarte eternamente

en los esplendores del día sin fín; pero el corazón de madre que la has dado, no sabe decidirse a dejar a sus hijos en medio de tantos peligros, mientras no suene la hora en que cese la Iglesia militante, para dar paso a la Iglesia triunfante, embriagada, con tu presencia y con tus eternas caricias. Mas ¡oh Salvador! esta hora no ha sonado todavía; mientras sea tiempo, deja los cielos, baja y llégate a nosotros. Conserva en las ramas del árbol esas hojas que el viento de la maldad había desprendido. Haz que eche nuevas ramas este tu árbol querido; y que las desgajadas por su culpa y que estaban ya preparadas para el fuego, sean nuevamente unidas por tu poder, a este tronco materno, que se sintió cruelmente desgarrado el día de la escisión. ¡Oh Jesús! ven a tu Iglesia, que te es más querida aún que la antigua Jerusalén.

VIERNES

DE LA CUARTA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Escuchad la palabra del Señor, vosotros, que tembláis al oírla: Vuestros hermanos que os odian y os desechan por razón de mi nombre, han dicho: "Muestre el Señor su gloria y seremos testigos de vuestra alegría." Pero serán confundidos.

¡Voces, tumulto que sube de la ciudad, voces que salen del templo! Es la voz del Señor: va a dar a sus enemigos según sus merecimientos.

Antes del tiempo del parto ha dado a luz; antes de experimentar dolores ha dado a luz un hijo. ¿Quién ha oído cosa parecida? ¿quién ha visto cosa semejante?

¿Nace un país en un solo día, o una nación, de una vez engendrada? Pues Sión dió a luz a sus hijos al sentir los primeros dolores. ¿Abriré yo el seno materno para que no nozcan, dice el Señor; o bien le cerraré, yo que les hago nacer? dice tu Dios.

Alégrate, Jerusalén, y todos los que la amáis, sea para todos vuestra alegría [1].

Llenáos de gozo con ella, quienes por ella llorábais, para mamar hasta saciaros la leche de sus consuelos; para beber con delicia en los pechos de su gloria.

Porque así habla el Señor: Sobre ella voy a derramar la paz como un río y la gloria de las naciones como las olas de un torrente. Sus hijuelos serán llevados en el regazo y acariciados en las rodillas. Como una madre que acaricia a su hijito, así os consolaré yo, y seréis consolados por Jerusalén.

Cuando viéreis todo esto, vuestros corazones saltarán de gozo, y vuestros huesos reverdecerán como la hierba. Y la mano del Señor se hará sentir a sus siervos, y su ira a sus enemigos.

Porque he aquí que viene el Señor en medio del fuego; su carroza es como un torbellino; para saldar su cólera entre brasas y sus amenazas en llamas de fuego. Porque el Señor juzgará a todos los mortales por el fuego y por la espada; y serán muchos los que caigan bajo el golpe del Señor. (*Is.*, LXVI, 5-16.)

¡Oh Jesús! tu presencia va a hacer fecunda a la que era estéril, y la pequeñita Sión va de

[1] Este verso ha dado pie para el Introito del Domingo IV de Cuaresma.

pronto a dar a luz un pueblo, para quien la tierra no ha de ser suficientemente extensa. Pero la gloria de esta fecundidad te pertenece exclusivamente ¡oh Verbo divino! Lo había predicho el Salmista. "Oh Jerusalén, oh Reina, había dicho, en vez de tus padres te nacerán hijos; los harás príncipes sobre la tierra: se acordarán de tu nombre en el correr de los tiempos, y los pueblos, sabiendo que han salido de ti, te alabarán por los siglos de los siglos." (*Salmo* XLIV.) Mas, para esto, era necesario que el Señor bajase en persona. Sólo El pudo hacer fecunda a una Virgen; sól El podrá hacer, de piedras, hijos de Abraham. "Dentro de poco, dice El por un Profeta, conmoveré el cielo y la tierra y removeré todas las naciones." (*Ageo,* II, 8.) Y por otro: "Desde la aurora hasta el poniente, mi nombre es grande entre las naciones; y, he aquí que en todo lugar se va a ofrecer y sacrificar a mi nombre una víctima pura." (*Malaquías,* I, 11.) Pronto, pues, no habrá sino un sólo sacrificio; porque el Cordero de este Sacrificio va a nacer dentro de poco. Ahora bien, el sacrificio es el lazo de unión entre los pueblos: cuando el Sacrificio sea único, no habrá más que un solo pueblo.

¡Oh Iglesia que vas a unirnos a todos, date prisa en nacer! Y puesto que, para nosotros, salidos de ti, has nacido ya, ruega para que el Cordero, tu Esposo, derrame sobre ti ese río de paz anunciado por el Profeta; para que llene

tus pechos con abundante leche, y los pueblos vuelvan a la Madre, que los apretará contra su corazón y los acariciará sobre sus rodillas. ¡Oh Jesucristo! Tú eres el inspirador de tal ternura en nuestra Madre; Tú eres quien nos consuelas e iluminas por su medio, ven a visitarla, ven a renovar en ella la vida con ese nuevo Nacimiento. Concédela este año, como siempre, la constancia en la Fe, la Gracia de los Sacramentos, la eficacia de la Oración, el don de los milagros, la sucesión en la Jerarquía, la firmeza en el gobierno, la fortaleza frente a los Príncipes de este mundo, el amor a la Cruz, la victoria contra Satanás y la corona del martirio. En este nuevo año que va a comenzar, consérvese bella como Esposa tuya que es; permanezca fiel a tu amor, y cada vez con mayor éxito en la gran obra que la has encomendado; porque, de año en año se aproxima el día de tu última venida, cuando aparezcas, no envuelto en pañales sino sobre un carro de fuego, para aniquilar a los enemigos de tu Iglesia y trasladarla a tu Reino eterno.

24 DE DICIEMBRE

LA VIGILIA DE NAVIDAD

Por fin, dice San Pedro Damiano en su Sermón para este día, "hénos ya llegados de la alta mar al puerto, de la promesa a la realidad, de

la desesperación a la confianza, del trabajo al descanso, del destierro a la patria. Se habían venido sucediendo los mensajeros de la divina promesa, pero sólo traían consigo la renovación de esa misma promesa. Por esta razón el Salmista se había ya dejado dominar del sueño, de suerte que los últimos acentos de su lira patentizan la tardanza del Señor. *Nos has rechazado,* decía, *nos has abandonado; y has aplazado la venida de tu Ungido. (Salmo* LXXXVIII.) Después, pasando de la queja a la audacia, había exclamado con voz imperiosa: *¡Manifiéstate, pues, Tú, que te sientas sobre los Querubines! (Salmo* LXXIX.) Sentado sobre el trono de tu poderío, rodeado de batallones de Angeles voladores, ¿desdeñarás posar tu mirada sobre los hijos de los hombres, víctimas, es cierto del pecado cometido por Adán, pero por Ti permitido? Acuérdate de nuestra naturaleza creada a tu semejanza; porque aunque es cierto que todo mortal es vanidad, pero no en cuanto es tu imagen. *Deja, pues, las alturas y baja;* inclina los cielos de tu piedad sobre los desgraciados que te suplican y no los olvides eternamente."

"Isaías a su vez, en el ímpetu de sus deseos, exclamaba: *Por Sión no me callaré, y por Jerusalén no descansaré hasta que se levante en su esplendor el Justo esperado. Rasga, pues, los cielos y baja."* Finalmente, todos los Profetas, cansados de tanto esperar, continuaron lanzando sus

súplicas, gemidos, y hasta a veces, sus gritos de impaciencia. Ya hemos oído y repetido bastante tiempo sus palabras; es hora de que se retiren; para nosotros no hay alegría ni consuelo hasta que el Salvador, honrándonos con el beso de su boca, nos diga él mismo en persona: *Habéis sido escuchados.*

Mas ¿qué es lo que acabamos de oír? *Santificaos, oh hijos de Israel, y estad preparados; porque mañana descenderá el Señor.* Sólo lo que queda de este día, y a penas media noche, nos separan ya de la gloriosa visita, y nos ocultan todavía al Hijo de Dios y su admirable Nacimiento. Dáos prisa, horas veloces; terminad pronto vuestra carrera, para que podamos ver cuanto antes al Hijo de Dios en la cuna, y honrar esa Natividad, que es la salvación del mundo. Yo supongo, hermanos míos, que sois verdaderos hijos de Israel, y estáis purificados de todas las impurezas de la carne y del espíritu, bien preparados para los misterios de mañana, impacientes por dar muestras de vuestra devoción. Al menos así lo puedo esperar, dado como habéis pasado los días dedicados a la preparación del Advenimiento del Hijo de Dios. Pero si, a pesar de todo, hubiesen caído en vuestro corazón algunas gotas del vaho de la corrupción, apresuráos hoy a secarlas y cubrirlas con el blanco lienzo de la confesión. Yo os lo garantizo de la bondad del Niño que va a nacer; quien confesare contrito su pe-

cado, merecerá que la Luz del mundo nazca en él; se desvanecerán las falaces tinieblas y le será comunicado el verdadero esplendor. Porque ¿cómo se había de negar misericordia a los desgraciados, la noche en que nace el Señor misericordioso? Abatid, pues, el orgullo de vuestras miradas, la osadía de vuestra lengua, la crueldad de vuestras manos, la sensualidad de vuestros deseos; apartad vuestros pies de la veredas tortuosas, y luego venid y ved si el Señor no rasga esta noche los cielos y desciende hasta vosotros y arroja todos vuestros pecados al fondo del mar.

Este santo día es, en efecto, un día de gracia y de esperanza, y debemos pasarlo en santa alegría. La Iglesia, haciendo caso omiso de sus costumbres habituales, quiere que, si la Vigilia de Navidad cae en domingo, el Oficio y la Misa de la Vigilia prevalezcan contra el Oficio y la Misa del cuarto domingo de Adviento; tan solemnes la parecen estas últimas horas que preceden inmediatamente al Nacimiento del Señor. En las demás fiestas, por importantes que sean, sólo comienza la solemnidad en las primeras Vísperas; hasta ellas la Iglesia guarda silencio, celebrando los Oficios divinos y la Misa según el rito cuaresmal. Hoy, por el contrario, comienza ya la gran fiesta desde el amanecer, en el Oficio de Laudes. La entonación solemne de este Oficio nos anuncia un rito doble, cantándose las antífonas

antes y después de cada salmo o cántico. En la Misa, aunque se conserva el color morado, no hay que estar de rodillas como en las demás ferias de Adviento, ni tampoco hay más que una sola Colecta en vez de tres que se suelen decir en una Misa menos solemne.

Participemos del espíritu de la santa Iglesia y preparémonos con el corazón rebosante de alegría a salir al encuentro del Salvador, que viene a nosotros. Practiquemos con fidelidad el ayuno que aligerará nuestros cuerpos y facilitará nuestra marcha; pensemos ya desde la madrugada que no volveremos a acostarnos sin haber visto nacer, en una hora sagrada, al que viene a iluminar a todas las criaturas; porque es obligación de todo fiel hijo de la Iglesia Católica, celebrar con ella esta feliz noche en la que todo el mundo, a pesar del enfriamiento de la piedad, honra todavía la venida de su Salvador, como último rescoldo de la piedad antigua, que no se habría de apagar sin gran perjuicio para la tierra.

Repasemos en espíritu de oración las partes principales del Oficio de esta Vigilia. Primeramente, la santa Iglesia comienza por una llamada de atención que sirve de Invitatorio en Maitines, y de Introito y Gradual en la Misa. Son las palabras de Moisés al anunciar al pueblo el celestial Maná que Dios le ha de enviar al día siguiente. También nosotros esperamos nuestro

Maná, Jesucristo, Pan de vida, que va a nacer en Belén, la *Casa del Pan*.

INVITATORIO

Hoy sabréis que vendrá el Señor; y desde mañana veréis su gloria.

Los Responsorios rebosan majestad y dulzura. Nada más lírico y emocionante que su melodía, en esta noche que precede a la noche misma en que el Señor ha de venir personalmente.

℟. Santificaos hoy, y estad preparados: porque mañana veréis la majestad de Dios en medio de vosotros. ℣. Hoy sabréis que vendrá el Señor; y mañana veréis * la majestad de Dios en medio de vosotros.

℟. Permaneced constantes: veréis venir sobre vosotros la ayuda del Señor. ¡Oh Judea y Jerusalén, no temáis!: * Mañana seréis liberadas y el Señor estará con vosotras. ℣. Santificaos, hijos de Israel, y estad preparados. * Mañana seréis liberados y el Señor estará con vosotros.

℟. Santificáos, hijos de Israel, dice el Señor; porque mañana bajará el Señor. * Y quitará de vosotros toda languidez. ℣. Mañana será borrada la iniquidad de la tierra; y reinará sobre nosotros el Salvador del mundo. * Y quitará de vosotros toda languidez.

En los Cabildos y Monasterios se hace este día durante el Oficio de Prima y con una solemnidad extraordinaria el anuncio de la fiesta de Navidad. El Lector, que deberá ser una de las dignidades del coro, canta en un tono majestuoso el siguiente trozo del Martirologio, oído en

pie por los asistentes, hasta el momento en que la voz del Lector deja oír el nombre de Belén. Entonces se arrojan todos por tierra hasta que ha terminado completamente el pregón de la buena nueva.

EL OCHO DE LAS CALENDAS DE ENERO

El año de la creación del mundo, cuando al principio creó Dios el cielo y la tierra, cinco mil ciento noventa y nueve: del diluvio, año dos mil novecientos cincuenta y siete: del nacimiento de Abraham, el año dos mil quince: de Moisés y de la salida del pueblo de Israel de Egipto, el año mil quinientos diez: de la unción del rey David, el año mil treinta y dos: en la semana sesenta y cinco, según la profecía de Daniel: en la Olimpíada ciento noventa y cuatro: de la fundación de Roma, el año setecientos cincuenta y dos: de Octavio Augusto, el año cuarenta y dos: estando en paz todo el universo: en la sexta edad del mundo: Jesucristo, Dios eterno e Hijo del Padre eterno, queriendo consagrar al mundo con su misericordiosísima venida, habiendo sido concebido del Espíritu Santo, y habiendo transcurrido nueve meses después de la concepción. EN BELÉN DE JUDEA NACE HECHO HOMBRE, DE LA VIRGEN MARÍA:

¡LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SEGÚN LA CARNE!

Delante de nosotros han ido desfilando sucesivamente todas las generaciones [1]. Se han ca-

[1] En este solo día y en esta sola circunstancia adopta la Iglesia la cronología de los Setenta, que coloca el Nacimiento

llado cuando las hemos preguntado si habían visto pasar al que nosotros esperamos, hasta que habiéndose oído el nombre de María, ha sido proclamada la Natividad de Jesucristo, Hijo de Dios, hecho hombre.

"Una voz de alegría ha resonado en nuestra tierra, dice a este propósito San Bernardo en su primer Sermón sobre la Vigilia de Navidad; una voz de triunfo y de salvación en las tiendas de los pecadores. Acabamos de oír una dulce palabra, una palabra de consuelo, una frase llena de encanto, digna de ser recogida con el más solícito cuidado. Montañas, haced resonar las alabanzas; aplaudid, árboles del bosque, a la vista del Señor; porque he aquí que viene. Escuchad, oh cielos; atiende, oh tierra; pasmáos y cantad loores, oh criaturas; pero sobre todo tú, oh hombre: ¡JESUCRISTO, HIJO DE DIOS, NACE EN BELÉN DE JUDEA! ¿Qué corazón, por muy de piedra que fuere, qué alma no se derrite al oír estas palabras? ¿Hay noticia más dulce? ¿Hay pregón más deleitoso? ¿se oyó nunca cosa semejante? ¿recibió jamás el mundo algún don parecido? JESUCRISTO, HIJO DE DIOS, NACE EN BELÉN DE JUDEA. ¡Oh breve frase que nos anuncia al Verbo

---

del Salvador después del año cinco mil, en tanto que la Vulgata no señala más que cuatro mil años hasta este gran acontecimiento; en lo cual está de acuerdo con el texto hebreo. No es éste lugar a propósito para explicar tal divergencia en la cronología; baste reconocer el hecho, como una prueba de la libertad que, en esta materia, nos deja la Iglesia.

anonadado! ¡Cuán cargada estás de dulzura! El encanto de una suavidad tan melíflua nos invita a comentarla; pero faltan las palabras. Es, en efecto, de tal condición la gracia de esta frase, que, si trato de cambiar una iota, disminuyo su sabor: JESUCRISTO, HIJO DE DIOS, NACE EN BELÉN DE JUDEA."

MISA

INTROITO

Hoy sabréis que viene el Señor, y nos salvará; y mañana veréis su gloria. *Salmo*: Del Señor es la tierra y su plenitud: el orbe de las tierras y todos cuantos habitan en él. — ℣. Gloria.

En la Colecta, parece todavía preocupada la Iglesia de la venida de Cristo Juez: pero es la última vez que hará alusión a este postrer Advenimiento. En adelante se entregará completamente a este Rey pacífico, a este Esposo, que viene a ella; sus hijos deben imitar su confianza.

ORACION

Oremos. ¡Oh Dios! que nos alegras con la anual expectación de la fiesta de nuestra redención; haz que, así como recibimos ahora gozosos a tu Unigénito como Redentor, así veamos después sin temor volver como Juez a Nuestro Señor Jesucristo. El cual vive contigo.

En la Epístola, el Apóstol San Pablo, dirigiéndose a los Romanos, les anuncia la grandeza y

santidad del *Evangelio*, es decir, de la *buena Nueva* que los Angeles harán resonar en la noche próxima. Ahora bien, el protagonista del *Evangelio* no es otro sino el Hijo de Dios, de la raza de David según la carne, y que viene para ser en la Iglesia el principio de la gracia y del Apostolado, medios por los que somos también nosotros asociados a las alegrías de tan excelso Misterio después de tantos siglos pasados.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Romanos (I, 1-4.)

Pablo, siervo de Jesucristo, llamado Apóstol, separado para el Evangelio de Dios, que antes había prometido por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, hecho de la simiente de David, según la carne, y predestinado para Hijo de Dios en poder, según el espíritu de santificación, por su resurrección de entre los muertos. Por El hemos recibido la gracia y el apostolado, para poder predicar la fe, en virtud de su nombre, a todos los pueblos, entre los cuales estáis también vosotros, los llamados de Nuestro Señor Jesucristo.

GRADUAL

Hoy sabréis que viene el Señor, y nos salvará: y mañana veréis su gloria. — ℣. Tú, que riges a Israel, atiende: tú, que conduces a José como una oveja; tú, que te sientas sobre los Querubines, muéstrate ante Efraín, Benjamín y Manasés.

Si la Vigilia cae en Domingo, se dice también el siguiente.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Mañana será borrada la iniquidad de la tierra: y reinará sobre nosotros el Salvador del mundo. Aleluya.

En el Evangelio de esta Misa nos cuenta San Mateo la inquietud de San José y la visión del Angel. Era conveniente que no pasase desapercibida en la Liturgia esta historia, uno de los preludios del Nacimiento del Salvador. Hasta ahora no se había ofrecido momento oportuno para presentarla. Por otra parte, esta lectura es muy propia de la Vigilia de Navidad a causa de las palabras del Angel, señalando el nombre de *Jesús* que se ha de imponer al Hijo de la Virgen, y anunciando que este maravilloso *niño salvará* a su pueblo del pecado.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Mateo. (I, 18-20.)

Estando desposada con José María, la Madre de Jesús, antes de que se juntasen, se halló haber concebido del Espíritu Santo. Mas José, su marido, como fuese justo y no quisiese infamarla, pensó abandonarla secretamente. Y pensando él en esto, he aquí que el Angel del Señor se le apareció en sueños, diciéndole: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella ha nacido, del Espíritu Santo es. Y parirá un hijo y le llamarás Jesús, pues El salvará a su pueblo de sus pecados.

OFERTORIO

Príncipes, abrid vuestras puertas; y elevaos, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria.

SECRETA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, así como anticipamos la adorable Natividad de tu Hijo, así recibamos gozosos sus eternos dones. El cual vive y reina contigo.

Durante la Comunión, la Iglesia se alegra de poder saborear ya en el Sacramento de la Eucaristía a Aquel cuya carne purifica y alimenta nuestra propia carne, sacando del consuelo que este divino manjar la procura, la fortaleza para esperar hasta el momento supremo, en que los Angeles la llamarán a la Cueva del Mesías.

COMUNION

Se revelará la gloria del Señor: y toda carne verá la salud de nuestro Dios.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que respiremos con la anunciada Natividad de tu Hijo, cuyo celestial Sacramento hemos comido y bebido. Por el mismo Señor.

EL TIEMPO DE NAVIDAD

CAPITULO I

HISTORIA DEL TIEMPO DE NAVIDAD

Damos el nombre de *Tiempo de Navidad* al período de cuarenta días que va desde la *Natividad de nuestro Señor,* el 25 de Diciembre, hasta la *Purificación de la Santísima Virgen,* el 2 de febrero. Este período forma, en el Año litúrgico, un conjunto especial, como el Adviento, la Cuaresma, el Tiempo Pascual, etc.; por todo este tiempo campea la idea del mismo misterio, de suerte, que ni las fiestas de los Santos que ocurren durante esta temporada, ni la llegada bastante frecuente de la Septuagésima con sus tonos sombríos, son capaces de distraer a la Iglesia del *inmenso gozo* que *la anunciaron* los Angeles en esa noche radiante, durante tanto tiempo esperada por el género humano, y cuya conmemoración litúrgica ha sido precedida de las cuatro semanas que forman el Adviento.

La costumbre de celebrar con cuarenta días festivos o de especial memoria la solemnidad

del Nacimiento del Salvador, se halla enraizada en el mismo santo Evangelio, el cual nos dice que la virginal María, pasados cuarenta días en la contemplación del suavísimo fruto de su gloriosa maternidad, se dirigió al templo para cumplir, con perfectísima humildad, todo lo que la ley ordenaba a las mujeres de Israel después de haber sido madres.

Por consiguiente, la conmemoración de la Purificación de María está íntimamente unida a la del Nacimiento del Salvador; y la costumbre de celebrar esta santa y festiva cuarentena parece ser de una remota antigüedad en la Iglesia. En primer lugar, por lo que se refiere a la celebración de la Natividad del Salvador en el 25 de diciembre, San Juan Crisóstomo, en su Homilía sobre esta fiesta, opina que los Occidentales la habían celebrado en esa fecha desde el principio. Incluso se detiene a justificar esta tradición, haciendo notar que la Iglesia romana había tenido todos los medios de conocer el día verdadero del nacimiento del Salvador, ya que las actas del censo ordenado por Augusto de Judea se conservaban en los archivos públicos de Roma. El santo Doctor propone un segundo argumento, sacado del Evangelio de San Lucas, haciendo notar que, según el sagrado escritor, debió ser en *el ayuno del mes de setiembre*, cuando el sacerdote Zacarías tuvo en el templo la visión a raíz de la cual su esposa Isabel concibió a San

Juan Bautista: de donde se sigue que, habiendo la Santísima Virgen, según el relato de San Lucas, recibido la visita del Arcángel Gabriel, y concebido al Salvador del mundo en el *sexto mes* después del embarazo de Isabel, o sea, en Marzo, debía dar a luz en el mes de diciembre [1].

No obstante eso, las Iglesias orientales no comenzaron a celebrar la Natividad de Nuestro Señor en el mes de diciembre hasta el siglo cuarto. Hasta entonces la habían celebrado, bien el 6 de enero, mezclándola bajo el nombre genérico de *Epifanía* con la *Manifestación* del Salvador a los Gentiles; bien el 25 del mes *Pachón* (15 de mayo) o el 25 del mes *Pharmuth* (20 de abril), si hemos de creer a Clemente de Alejandría. San Juan Crisóstomo afirma, en la Homilía que acabamos de citar y que pronunció en 386, que la costumbre de celebrar con la Iglesia romana el Nacimiento del Salvador el 25 de diciembre, databa solamente de diez años atrás en la Iglesia de Antioquía. Parece que este cambio fué ordenado por la autoridad de la Santa Sede, a la que vino a añadirse al final del siglo cuarto un edicto

[1] El documento más antiguo que nos permite afirmar que la fiesta de Navidad era celebrada desde el año 336 en el día 25 de diciembre, es el calendario filocaliano compuesto en 354. Efectivamente, fué poco después del concilio de Nicea (325) cuando la Iglesia romana instituyó una fiesta en conmemoración del Nacimiento del Salvador. Aunque los historiadores modernos están de acuerdo en decir que las fechas del 25 de diciembre y del 6 de enero no se apoyan en una tradición histórica, es muy legítimo creer que la Iglesia las ha escogido por algún motivo serio.

de los emperadores Teodosio y Valentianiano, prescribiendo la separación de las dos fiestas de la Natividad y de la Epifanía. La práctica de celebrar el 6 de enero este doble misterio solamente se ha conservado en la Iglesia cismática de Armenia; sin duda porque este país era independiente de la autoridad imperial y además el cisma y la herejía le sustrajeron a la influencia de Roma [1].

La fiesta de la Purificación de la Santísima Virgen, que cierra el ciclo de Navidad, es una de las cuatro fiestas de María más antiguas: es posible que, por tener su origen en el mismo relato evangélico, fuese ya celebrada en los primeros siglos del Cristianismo. De todos modos, en la Iglesia oriental, no la vemos establecida definitivamente el 2 de febrero hasta el siglo sexto, bajo el emperador Justiniano [2].

---

[1] Tampoco Jerusalén conoció más fiesta que la del 6 de enero hasta fines del siglo IV.

[2] Los últimos trabajos de los Liturgistas han demostrado que esta fiesta comenzó a celebrarse en Jerusalén, no el 2 de febrero, como lo fué más tarde en Roma, sino el 14 de febrero, cuarenta días después de la fiesta de Navidad que los Orientales celebraban el 6 de enero. La *Peregrinatio Sylviae* (hacia el año 400) hace notar que esta fiesta era celebrada en 380 en Belén y Jerusalén, en la basílica de la Anástasis, y con la misma solemnidad que la de Pascua. *La Crónica* de Teófanes nos dice que fué introducida en Constantinopla entre 534 y 542 y celebrada el 2 de febrero. De allí pasó a Roma. El *Liber Pontificalis* señala que Sergio (687-701) instituyó una letanía para las cuatro fiestas de Nuestra Señora (Purificación, Dormición, Natividad y Anunciación), de donde se deduce que ya existían, sin que se pueda saber desde cuándo.

Si pasamos ahora a examinar el carácter del Tiempo de Navidad en la Liturgia latina, tenemos que reconocer que es un tiempo dedicado de una manera especial al júbilo que procura a la Iglesia la venida del Verbo divino en carne, y consagrado particularmente a felicitar a la Santísima Virgen por la gloria de su maternidad.

Esta doble idea de un Dios niño y de una Madre virgen se halla expresada de un modo continuo en las oraciones y ritos litúrgicos.

Así, por ejemplo, los Domingos y todas las fiestas que no son de rito *doble* durante todo el curso de esta festiva cuarentena, la Iglesia hace memoria de la *fecunda virginidad* de la Madre de Dios, por medio de tres *Oraciones* especiales que dice en la celebración del santo Sacrificio. Estos mismos días, en los Oficios de Laudes y Vísperas, solicita *el sufragio* de María, poniendo de relieve su calidad de *Madre de Dios* y la *inviolable* pureza que permaneció en ella, aún después de su alumbramiento. Finalmente, hasta el mismo día de la Purificación continúa con la costumbre de terminar todos sus Oficios con la solemne antífona del monje Hernán Contracto, en loor de la *Madre del Redentor.*

Tales son las demostraciones de amor y veneración con las que la Iglesia, honrando al Hijo en la Madre, exterioriza su religiosa alegría durante este período del Año litúrgico que conocemos con el nombre de *Tiempo de Navidad.*

Ya saben todos que el Calendario eclesiástico llega a contar seis semanas después de Epifanía, para los años en que la fiesta de Pascua se retrasa hasta el mes de abril. La cuarentena de Navidad a la Purificación cuenta a veces con cuatro de estos domingos. Otras veces solamente dos, y algunas uno sólo, cuando en ciertos años se anticipa de tal modo la Pascua, que obliga a celebrar en enero el domingo de Septuagésima, y aun el de Sexagésima. A pesar de todo, y como hemos dicho, nada se cambia en los ritos de esta alegre cuarentena, fuera del color morado y la omisión del Himno angélico en los domingos que preceden a la Cuaresma.

Aunque la Santa Iglesia venera con particular devoción, durante todo el curso del Tiempo de Navidad, el misterio de la Infancia del Salvador, el curso del Calendario, que aun en los años en que la fiesta de Pascua viene más atrasada, ofrece menos de seis meses para la celebración de toda la obra redentora, o sea desde Navidad a Pentecostés obliga a la Iglesia a anticipar en las lecturas del Evangelio, acontecimientos de la vida pública de Cristo; pero la Iglesia continúa recordándonos los encantos del divino Infante y la gloria única de su Madre, hasta el día en que vaya a presentarse en el Templo.

Los Griegos hacen también frecuentes *Memorias* de la maternidad de María en sus Oficios de todo este tiempo; pero sobre todo guardan

una veneración particular a los doce días que trascurren entre la fiesta de Navidad y la de Epifanía, período designado en su Liturgia con el nombre de *Dodecameron*. Durante este tiempo no observan ninguna abstinencia de carnes; incluso los Emperadores de Oriente habían establecido que, por respeto a tan excelso misterio, estuviesen prohibidos los trabajos serviles y aun el ejercicio de los Tribunales hasta después del día 6 de enero.

Estas son las características históricas y los hechos positivos que contribuyen a crear el distintivo de esta segunda parte del Año litúrgico que conocemos con el nombre de *Tiempo de Navidad*. El capítulo siguiente tratará de desarrollar las ideas místicas de la Iglesia en este período tan querido a la piedad de sus hijos.

CAPITULO II

MISTICA DEL TIEMPO DE NAVIDAD

Todo es misterioso en los días que nos ocupan. El Verbo divino, cuya generación es *anterior a la aurora*, nace en el tiempo; un Niño es Dios; una Virgen es Madre quedando Virgen; se entremezcla lo divino con lo humano y la sublime e inefable antítesis expresada por el discípulo amado en aquella frase de su Evangelio: EL VERBO SE HIZO CARNE, se repite en todas las formas y tonos en las oraciones de la Iglesia; resumiendo admirablemente el gran prodigio que acaba de verificarse en la unión de la naturaleza divina con la humana. Misterio desconcertador para la inteligencia, pero dulce al corazón de los fieles; es la consumación de los designios divinos en el tiempo, motivo de admiración y pasmo para los Angeles y Santos en la eternidad, y al mismo tiempo principio y motivo de su felicidad. Veamos cómo se lo propone la Iglesia a sus hijos en la Liturgia.

EL DÍA DE NAVIDAD. — Hénos ya llegados, como a un término deseado, al día veinticinco de diciembre, después de cuatro semanas de preparación, símbolo de los miles de años del antiguo mundo; lo primero que sentimos es un movimiento natural de extrañeza al ver que este día es el único que posee la inmutable prerrogativa de celebrar el Nacimiento del Salvador; todo el ciclo litúrgico parece fatigarse en cambio, todos los años al tratar de dar a luz ese otro día variable, al que está ligada la memoria del misterio de la Resurrección.

Ya en el siglo cuarto, San Agustín se creyó obligado a explicar esta diferencia en su famosa epístola *ad Ianuarium;* en ella dice que, únicamente celebramos el día del Nacimiento del Salvador para conmemorar el Nacimiento efectuado por nuestra salvación, sin que el día mismo en que ocurrió tenga en sí significado misterioso alguno; en tanto que el día de la semana en que se realizó la Resurrección, fué escogido en los decretos eternos, para expresar un misterio del que se debía hacer expresa conmemoración hasta el fin de los siglos. San Isidoro de Sevilla y el antiguo comentador de los ritos sagrados que durante mucho tiempo se creyó sería Alcuino, se adhieren en esta materia al parecer del Obispo de Hipona; Durando, en su *Rationale,* no hace más que explicar sus palabras,

Estos autores hacen notar que, conforme a la tradición eclesiástica, habiendo ocurrido la creación del hombre en viernes y muerto el Salvador en ese mismo día para expiar el pecado de los hombres; y habiéndose por otra parte, realizado la Resurrección de Jesucristo al tercer día, es decir el Domingo, día en que señala el Génesis la creación de la luz, "las solemnidades de la Pasión y Resurrección, como dice San Agustín, no tienen por objeto solamente el conmemorar los hechos, sino que además tienen un sentido sagrado y misterioso" [1].

Pero no creamos que, por no estar ligada a ningún día de la semana en particular la celebración de la fiesta de Navidad el 25 de diciembre, haya quedado completamente exenta de un significado místico. En primer lugar, podríamos afirmar con los antiguos liturgistas, que la fiesta de Navidad recorre sucesivamente todos los días de la semana, para santificarlos y absolverlos de la maldición que el pecado de Adán había hecho recaer sobre cada uno de ellos. Pero existe otro mucho más sublime misterio que declarar en la elección de este día; misterio que, si no se refiere a la división del tiempo que Dios mismo trazó y que llamamos Semana, se relaciona del modo más significativo con el curso del gran astro por cuyo medio renacen y se conservan so-

[1] *Epist., ad Ianuarium.*

bre la tierra el calor y la luz, es decir, la vida. Jesucristo, nuestro Salvador, *la luz del mundo*[1], nació en el momento en que la noche de la idolatría y del pecado tenía sumergido al mundo en las más espesas tinieblas. Y he aquí que el día de ese nacimiento, el 25 de diciembre, es precisamente cuando este sol material, en lucha con las tinieblas y ya próximo a extinguirse, se reanima de repente y se dispone al triunfo.

En el Adviento, hemos advertido ya con los Santos Padres, la disminución de la luz física como un triste símbolo de estos días de universal espera; con la Iglesia hemos suspirado por el divino *Oriente*, por el *Sol de Justicia* el único que nos podrá librar de los horrores de la muerte del cuerpo y del alma. Dios nos ha oído, y en el mismo día del solsticio de invierno, célebre en el mundo antiguo por sus terrores y regocijos, nos concede juntamente la luz material y la antorcha de las inteligencias.

San Gregorio Niseno, San Ambrosio, San Máximo de Turín, San León, San Bernardo y los más celebrados liturgistas se complacen en señalar el profundo misterio impreso en su obra, a la vez natural y sobrenatural, por el Creador del universo; veremos que también hacen alusión a él las oraciones de la Iglesia en el *Tiempo de Navidad*, como lo hicieron en el *Adviento*.

1 *S. Juan*, VIII, 12.

"En este día que hizo el Señor, dice San Gregorio de Nisa en su Homilía sobre Navidad, las tinieblas comienzan a disminuir y crece la luz, siendo arrojada la noche más allá de sus fronteras. En verdad, hermanos míos, esto no sucede al azar, ni al capricho de una extraña voluntad, el día en que resplandece El que es la vida divina de los hombres. Es la naturaleza quien bajo este símbolo revela un secreto a los que tienen la mirada penetrante, y son capaces de comprender esta circunstancia de la venida del Señor. Paréceme oír decir: ¡Oh hombre! piensa que, bajo las cosas que contemplas, te son revelados escondidos misterios. La noche, ya lo sabes, había llegado a su más larga duración y de repente se detiene. Considera la funesta noche del pecado, que había llegado a su colmo reuniendo en sí toda clase de culpables artificios; en el día de hoy ha sido detenida su carrera. Desde hoy será más pequeña y pronto quedará reducida a la nada. Contempla ahora los rayos del sol más vivos, el astro mismo más elevado en el cielo, y al mismo tiempo considera la verdadera luz del Evangelio que aparece ante todo el mundo."

Alegrémonos, hermanos míos, exclama a su vez San Agustín, porque este día es sagrado, no por razón del sol visible, sino por el nacimiento del invisible Creador del sol. El Hijo de Dios eligió este día para nacer, como eligió también

una Madre, El, creador al mismo tiempo del día y de la Madre. Este día, efectivamente, en el que la luz comienza a crecer, era a propósito para simbolizar la obra de Cristo, quien, por medio de su gracia, renueva continuamente nuestro hombre interior. Habiendo resuelto el Creador eterno nacer en el tiempo, convenía que el día de su nacimiento estuviese de acuerdo con la creación temporal[1].

En otro Sermón sobre la misma fiesta, el obispo de Hipona nos da la clave de una misteriosa frase de San Juan Bautista, que confirma maravillosamente el pensamiento tradicional de la Iglesia. Este admirable Precursor había dicho hablando de Cristo: *Es necesario que El crezca, y que yo disminuya*[2]. Profética frase, que, en su sentido literal, significaba que la misión de San Juan Bautista iba a concluir, mientras que la del Salvador estaba comenzando; pero, podemos ver también en ella, con San Agustín, un segundo misterio: "Juan vino al mundo cuando los días empiezan a disminuir, Cristo nació en el momento en que comienzan a crecer[3]." De este modo, todo es misterioso: la salida del Astro Precursor en el solsticio del verano, y la aparición del Sol celestial en el tiempo de las tinieblas.

---

[1] Sermón, III *in Natali Domini.*
[2] *S. Juan,* III, 30.
[3] Sermón, XI *in Natali Domini.*

La ciencia miope y ya anticuada de los Dupuis y de los Volney creía haber derrumbado los fundamentos de la *superstición religiosa,* por haber descubierto, entre los pueblos antiguos, la existencia de una fiesta del sol en el solsticio de invierno; les parecía que una religión no podía considerarse como divina, desde el momento en que su culto ofrecía analogías con fenómenos de un mundo, que si hemos de creer a la Revelación, no fué creado por Dios sino en vista de Cristo y de su Iglesia. Nosotros, en cambio, los católicos, hallamos la confirmación de nuestra fe donde estos hombres creyeron momentáneamente hallar su ruina [1].

Ya hemos, pues, explicado el misterio fundamental de esta festiva cuarentena, al descorrer el velo que ocultaba en la predestinación eterna, el misterio de ese día veinticinco de diciembre, que iba a ser el día del Nacimiento de Dios sobre la tierra. Tratemos de descubrir ahora con todo respeto un segundo misterio, el del lugar donde se realizó el Nacimiento.

---

[1] Ya hemos visto anteriormente que la fiesta de Navidad no ocupó en un principio un lugar uniforme en los distintos calendarios de la Iglesia. Piensan hoy muchos autores que esta fiesta fué fijada definitivamente en el 25 de diciembre para alejar a los fieles de una fiesta pagana muy popular, la fiesta del solsticio, que celebraba el triunfo del sol sobre las tinieblas la noche del 24 al 25 de diciembre. Este sistema de oponer una fiesta cristiana a otra pagana muy en boga, lo empleó la Iglesia con frecuencia en los siglos primeros y siempre con feliz resultado.

El lugar del nacimiento. — Se trata de Belén. *De Belén saldrá el caudillo de Israel.* Lo había dicho el Profeta[1]: lo saben los Pontífices judíos y dentro de unos días se lo declararán a Herodes[2]. Pero ¿por qué razón fué escogida esta obscura ciudad con preferencia a otra, para ser el escenario de tan sublime suceso? Estad atentos, ¡oh cristianos! El nombre de la ciudad de David significa *casa del Pan:* he ahí por qué la escogió para manifestarse en ella, el que es *Pan vivo bajado del cielo*[3]. Nuestros padres *comieron el maná en el desierto y murieron*[4]; pues, he ahí al Salvador del mundo, que viene a alimentar la vida del género humano por medio de su carne, *que es verdadero manjar*[5]. Hasta ahora Dios permanecía alejado del hombre: en adelante, ambos no serán más que una sola cosa. El Arca de la Alianza, que contenía sólo el maná corporal, es reemplazada por el Arca de la nueva Alianza; Arca más pura e incorruptible que la antigua: la incomparable Virgen María, la cual nos presenta al *Pan de los Angeles,* alimento que transforma al hombre en Dios; pues, según dijo Jesucristo: *El que come mi carne, vive en mí y yo en él*[6].

---

1 *Miq.*, V, 2.
2 *S. Mat.*, II, 5.
3 *S. Juan*, VI, 41.
4 *Ibid.*, VI, 49.
5 *Ibid.*, VI, 56.
6 *Ibid.*, 57.

JESÚS, PAN NUESTRO. — Esa es la divina transformación que el mundo esperaba desde hace tanto tiempo y por la que ha suspirado la Iglesia durante las cuatro semanas del Tiempo de Adviento. Por fin ha llegado la hora y Cristo va a entrar en nosotros, *si queremos recibirle*[1]. Su deseo es unirse a nosotros como ya se unió a la naturaleza humana en general, y para eso quiere hacerse nuestro *Pan,* nuestro alimento espiritual. No tiene otra finalidad su venida a las almas en este místico período. *No viene a juzgar al mundo sino a salvarle, para que todos tengan vida, y una vida más abundante*[2]. No descansará, pues, el divino amigo de nuestras almas hasta que se haya adentrado en nosotros de forma, que no seamos nosotros los que vivamos, sino El en nosotros; y para que con más suavidad se realice el misterio, el dulce fruto de Belén se dispone a entrar en nosotros bajo la forma de niño, para ir luego *creciendo en edad y sabiduría delante de Dios y de los hombres*[3].

Y cuando nos haya transformado en sí, después de habernos visitado por su gracia y por el alimento de su amor, aún realizará en nosotros un nuevo prodigio. Hechos una misma carne y un mismo corazón con Jesús, Hijo del Padre

---

[1] S. *Juan,* I, 12.
[2] *Ibid.,* X, 10.
[3] S. *Lucas,* II, 40.

celestial, seremos también, por el hecho mismo, hijos de su Padre, de manera que el Discípulo amado pueda exclamar: *Hijitos míos, mirad qué caridad nos ha hecho el Padre, ser hijos de Dios no sólo de nombre sino en realidad*[1]. Mas, de esta suprema felicidad del alma cristiana y de los medios que se la ofrecen para mantenerla y acrecentarla, hablaremos en otro lugar más desahogadamente.

Liturgia de Navidad. — Nos queda por decir unas palabras sobre los colores simbólicos usados por la Iglesia en este tiempo. El adoptado durante los veinte primeros días, que van hasta la Octava de Epifanía, es el blanco. Solamente lo abandona para honrar la púrpura de los mártires Esteban y Tomás de Cantorbery y para asociarse al duelo de Raquél que llora por sus hijos, en la fiesta de los Santos Inocentes; fuera de estos tres casos, la blancura de los ornamentos sagrados manifiesta la alegría que los Angeles comunicaron a los pastores, el brillo del naciente Sol divino, la pureza de la Virgen Madre y el candor de las almas fieles que se apiñan alrededor de la cuna del Niño Dios.

Durante los veinte últimos días, las frecuentes fiestas de los Santos exigen que los ornamentos de la Iglesia estén en armonía, bien con las rosas de los Mártires, bien con las inmortales

[1] *I S. Juan,* III, 1.

que forman la corona de los Pontífices y Confesores, bien con los lirios que adornan a las Vírgenes. Los domingos, cuando con ellos no coincide ninguna fiesta de rito *doble de segunda clase* que imponga el color rojo o blanco, y cuando la Septuagésima no ha comenzado aún esa serie de semanas que preceden a la Pasión de Cristo, los ornamentos de la Iglesia son de color verde. La elección de este color quiere indicar, según los liturgistas, que con el Nacimiento del Salvador, que es *la flor de los campos* [1], ha nacido también la esperanza de nuestra salvación y que, pasado el invierno de la gentilidad y del judaísmo, comienza a reverdecer la primavera de la gracia.

Terminamos aquí la explicación mística de las prácticas generales del tiempo de Navidad. Sin duda nos quedan todavía numerosos símbolos que aclarar; pero, como los misterios a que se refieren son propios de ciertos días en particular, más bien que del conjunto de esta parte del Año Litúrgico, de ellos hemos de tratar detalladamente y día por día, sin omitir ninguno.

---

[1] *Cant.*, II, 1.

CAPITULO III

PRACTICA DEL TIEMPO DE NAVIDAD

IMITAR A LA IGLESIA. — Ha llegado el momento en que el alma fiel va a recoger el fruto de los esfuerzos realizados en la carrera penosa del Adviento, para preparar una morada al Hijo de Dios, que quiere nacer en ella. *Ha llegado el día de las bodas del Cordero, y la Esposa está preparada*[1]. Ahora bien, esta Esposa es la Santa Iglesia; toda alma fiel es esposa. Dios infinito se da enteramente y con una especial ternura a todo el rebaño y a cada una de sus ovejas. ¿Cuál será nuestro ornato para salir al encuentro del Esposo? ¿Cuáles las perlas y joyas con que decoraremos nuestras almas para tan afortunada entrevista? La Santa Iglesia nos da instrucciones sobre este punto en su Liturgia; y sin duda, lo mejor que podemos hacer es imitarla en todo, ya que ella es siempre bien atendida y, por ser nuestra Madre, debemos siempre escucharla.

---

[1] *Apoc.*, XIX, 7.

Pero antes de hablar de la venida mística del Verbo a las almas, antes de publicar los secretos de esta sublime intimidad entre el Criador y su criatura, señalemos primeramente con la Iglesia los deberes que la naturaleza humana y cada una de nuestras almas tienen que cumplir con el divino Infante, que nos han otorgado por fin los cielos como un benéfico rocío. Durante el Adviento, nos hemos unido a los santos del Antiguo Testamento para implorar la venida del Mesías Redentor; ahora que ya ha nacido, consideremos los honores que debemos tributarle.

ADORACIÓN. —Pues bien, en este santo tiempo, la Iglesia ofrece al Niño Dios el tributo de sus profundas adoraciones, los transportes de sus inefables alegrías, el homenaje de su agradecimiento infinito, la ternura de su amor incomparable. Estos sentimientos, *adoración, alegría, agradecimiento, amor,* expresan el conjunto de actos que toda alma fiel debe también tributar al Emmanuel en su cuna. Las oraciones de la Liturgia la prestarán su voz pura y perfecta; mas penetremos en la naturaleza de esos sentimientos para sentirlos mejor y hacer totalmente nuestra la forma con la que los expresa la Santa Iglesia.

Nuestro primer deber ante la cuna del Salvador es *la adoración.* La adoración es el pri-

mero de los actos de religión; pero se puede decir que, en el misterio de Navidad, todo parece contribuir a hacer ese deber más sagrado todavía. En el cielo, los Angeles se cubren el rostro y se postran ante el trono de Dios; los veinticuatro ancianos deponen continuamente sus diademas ante la Majestad del Cordero; ¿qué hemos de hacer nosotros, pecadores, miembros indignos del pueblo redimido, cuando el mismo Dios se humilla y anonada por nosotros; cuando, por el más sublime de los cambios, los deberes de la criatura para con su Creador son por El mismo realizados, cuando Dios eterno no sólo se inclina ante la Majestad infinita, sino ante el hombre pecador?

Es, pues, justo que, a la vista de un espectáculo semejante, procuremos con nuestras profundas adoraciones devolver al Dios que se humilla por nosotros una partecita de lo que le sustrae su inmenso amor al hombre y su fidelidad a los mandatos de su Padre. Debemos, en cuanto nos sea posible, imitar en la tierra los sentimientos de los Angeles del cielo, y no acercarnos nunca al divino Niño sin ofrecerle el incienso de una sincera adoración, las protestas de nuestro vasallaje y la pleitesía del acatamiento debido a su infinita Majestad, tanto más digna de nuestro respeto cuanto más se rebaja por nosotros. ¡Ay de nosotros si, demasiado familiarizados con la aparente flaqueza del divino Infante, y con sus tier-

nas caricias, creyéramos poder prescindir de esa primera obligación y olvidarnos de lo que El es y lo que somos nosotros!

El ejemplo de la Purísima Virgen María nos ayudará mucho a conservar en nosotros esa humildad. María era humilde delante de Dios antes de ser Madre; después de serlo, es más humilde todavía ante su Dios y su Hijo. Pues nosotros, despreciables criaturas, pecadores mil veces perdonados, adoremos con todas nuestras potencias a Aquel que desde tan elevadas alturas baja hasta nuestra miseria, y tratemos de compensar con nuestros actos de humildad, ese eclipse de su gloria que se realiza en la cueva y en los pañales.

Mas en vano intentaríamos colocarnos al nivel de su humildad; sería preciso ser Dios para llegar a las humillaciones de un Dios.

ALEGRÍA. — Pero la Santa Iglesia no ofrece solamente al Niño Dios el tributo de sus profundas *adoraciones*; el misterio del Emmanuel, del *Dios con nosotros*, es también para ella fuente de inefable *alegría*. El respeto debido a Dios se conjuga de un modo admirable, en sus cánticos sublimes, con la alegría que los Angeles la recomendaron. Tiene a gala imitar el regocijo de los pastores, que a toda prisa y rebosantes de contento acudieron a Belén [1] y tam-

[1] *S. Luc.*, II, 16.

bién la alegría de los Magos, cuando a su salida de Jerusalén volvieron a ver la estrella [1]. Es el motivo de que toda la cristiandad consciente celebre el divino Natalicio con cantos alegres y populares, conocidos con el nombre de *Villancicos*.

Unámonos, oh cristianos, a esa jubilosa alegría; no es tiempo de lágrimas ni suspiros: *Un Niño nos ha nacido* [2]. Ha llegado el que esperábamos y ha llegado para *morar con nosotros*. Como ha sido larga la espera, deberá ser embriagador el gozo de poseerle. Día llegará, y muy pronto, en que este niño que hoy nace, hecho ya hombre, será el *varón de dolores*. Entonces nos lamentaremos con El; ahora debemos alegrarnos de su venida y cantar con los Angeles junto a su cuna. Estos cuarenta días pasarán veloces; recibamos con el corazón dilatado la dicha que nos viene de arriba como un don celestial. La Sabiduría divina nos enseña que *el corazón del justo es una continua fiesta* [3], porque en él reside la *paz:* ahora bien, estos días ha venido la Paz *a la tierra, la Paz a los hombres de buena voluntad.*

∴

Agradecimiento. — A esta mística y deliciosa alegría viene como por sí mismo a unirse el sen-

[1] *S. Mateo*, II, 10.
[2] *Isaías*, IX, 6.
[3] *Prov.*, XV, 15.

timiento de gratitud para con Aquel que, sin detenerse ante nuestra indignidad ni ante las consideraciones debidas a su infinita Majestad, quiso escoger una Madre entre las hijas de los hombres, y una cuna en un establo: tan empeñado estaba en la obra de nuestra salvación, en apartar de sí todo lo que pudiera inspirarnos miedo o timidez y en animarnos con su divino ejemplo a seguir el camino de la humildad, por donde debemos marchar para llegar al cielo, perdido por nuestro orgullo.

Recibamos, pues, con el corazón emocionado el precioso regalo de un Niño libertador. Es el Hijo único del Padre, de ese Padre que *amó al mundo hasta el extremo de entregarle su propio Hijo*[1]; y es el mismo Hijo único quien confirma plenamente la voluntad de su Padre, viniendo a ofrecerse por nosotros *porque El lo quiso*[2]. En verdad, al entregárnosle el Padre ¿no nos lo ha dado todo con El, como dice el Apóstol?[3] ¡Oh inestimable dádiva! ¿Podríamos ofrecer un agradecimiento equivalente al regalo, cuando, en el fondo de nuestra miseria, somos incapaces de estimar su valor? En este misterio, sólo Dios y el divino Infante, que guarda el secreto en el fondo de su cuna, saben perfectamente lo que nos dan.

[1] *S. Juan*, III, 16.
[2] *Isaías*, LIII, 7.
[3] *Rom.*, VIII, 32.

AMOR.—Pero, si la gratitud no puede ser proporcionada a la dádiva ¿quién habrá de pagar la deuda? Sólo el *amor* será capaz de hacerlo, porque, por muy limitado que sea, no tiene medida, y siempre puede ir en aumento. Por eso la santa Iglesia se siente invadida de una inefable ternura en la cueva, después de haber adorado, bendecido y dado gracias, y exclama: *¡Cuán hermoso eres, oh amado mío!*[1] ¡Oh divino Sol de justicia, cuán suave es a mi vista, tu despertar! ¡Cuán vivificantes tus rayos para mi corazón! ¡Cómo se afianza tu triunfo en mi alma cuando la vences con las armas de la pobreza, de la humildad y de la infancia! Y todas sus palabras son palabras de amor; la *adoración*, la *alabanza*, la *acción de gracias* no son en sus Cánticos más que expresión variada e íntima del amor que transforma todos sus sentimientos.

Sigamos también nosotros, oh cristianos, a nuestra Madre la Iglesia y llevemos nuestros corazones al Emmanuel. Los Pastores le ofrendan su sencillez, los Magos le llevan ricos presentes; unos y otros nos enseñan que nadie debe presentarse ante el divino Infante sin ofrecerle un donativo digno. Ahora bien, es preciso que lo sepamos: ningún tesoro estima tanto como el que ha venido a buscar. El amor le hizo

---

[1] *Cant.*, I, 15.

bajar del cielo; ¡compadezcamos al corazón que no le entrega su amor!

Estos son los deberes que nuestras almas deben tributar a Jesucristo en la primera venida, que hizo en *carne y flaqueza,* como dice San Bernardo, no para juzgar al mundo sino para salvarle.

Sobre el Advenimiento del último día envuelto en gloria y terrible majestad, ya hemos meditado bastante en las semanas del Adviento. El temor de la *futura ira* ha debido despertar de su somnolencia a nuestros corazones, disponiéndolos a recibir humildemente la visita del Salvador en esta venida intermedia, que se realiza secretamente en el fondo de las almas, y cuyo inefable misterio vamos a tratar de esclarecer.

La vía iluminativa.—Ya hemos demostrado que el Tiempo de *Adviento* pertenece a esa fase de la vida espiritual que la Teología Mística designa con el nombre de *Vía purgativa,* durante la cual el alma se desprende del pecado y de las ataduras del mismo, por temor del juicio de Dios, por la mortificación y por la lucha cuerpo a cuerpo contra la concupiscencia. Suponemos, por tanto, que toda alma fiel ha pasado ya por este valle de amargura antes de ser admitida al banquete al que convidaba la Iglesia en nombre del Señor y por boca del Profeta Isaías a todos los pueblos, cuando nos invitaba a cantar:

He aquí nuestro Dios: le hemos estado esperando; por fin viene a salvarnos; hemos soportado su tardanza; saltemos de gozo por la salvación que nos trae[1]. Se puede también decir con verdad que, así *como hay muchas moradas en la casa del Padre celestial*[2], de la misma manera la Iglesia admite en esta solemne fiesta una gran variedad de sentimientos y disposiciones entre los numerosos hijos suyos que en estos días se agolpan alrededor de la mesa en que se distribuye el Pan divino. Los unos estaban muertos a la gracia y el auxilio del santo tiempo de Adviento los ha hecho revivir; otros que gozaban ya de vida, han reanimado su amor con sus anhelos, y la entrada en Belén ha sido para ellos un acrecentamiento de vida divina.

Así pues, el alma que ha entrado en Belén, o sea en la *Casa del Pan,* unida al que es la *Luz del mundo*[3] no camina en tinieblas. El misterio de Navidad es un misterio de luz, y la gracia que comunica a nuestra alma, la sitúa, si permanece fiel, en ese segundo estado de la vida mística conocido con el nombre de *Vía iluminativa.* En adelante no tenemos que afligirnos esperando al Señor, ha venido ya y ha hecho luz en nosotros, y su luz no se extinguirá. Más bien crecerá a medida que el Año litúrgico se vaya

---

1 El Sábado de la segunda semana de Adviento.
2 *S. Juan,* XIV, 2.
3 *S. Juan,* VIII, 12.

envolviendo. ¡Ojalá no perdamos de vista en nuestras almas el crecimiento de esa luz, y lleguemos con su ayuda al don de la *unión* divina que corona al mismo tiempo al Año litúrgico y al alma por él santificada!

Mas, en el misterio de Navidad y de sus cuarenta días, la luz se nos da todavía proporcionada a nuestra flaqueza. Sin duda es el Verbo divino, la Sabiduría del Padre, el que se nos propone a nuestro conocimiento e imitación; pero este Verbo, esta Sabiduría, aparecen bajo formas infantiles. Nada hay, por consiguiente, que nos impida acercarnos. No se da aquí un trono sino una cuna; no un palacio sino un establo; no se trata todavía de penas, de sudores, de cruz o de sepultura; pero tampoco de gloria y triunfo; sólo aparecen la dulzura, la sencillez y el silencio. *Acercáos, pues,* nos dice el Salmista, *y seréis iluminados* [1].

¿Quién sería capaz de declarar dignamente el misterio de la infancia de Cristo en las almas, y de la infancia de las almas en Cristo? Este doble misterio, que se realiza en este santo tiempo, ha sido explicado maravillosamente por San León en su sexto Sermón sobre la Natividad del Salvador, cuando dice: "Aunque esta infancia, que la majestad del Hijo de Dios no desdeñó, haya dado paso sucesivamente a la edad del hombre perfecto, y aunque, después del

[1] Salmo XXXIII, 6.

triunfo de la Pasión y de la Resurrección, toda la serie de actos de humildad de que había hecho gala el Verbo haya terminado para nosotros, la festividad del día viene a renovarnos el Nacimiento de Jesús por medio de la Virgen María; al adorar el Nacimiento de nuestro Salvador, no hacemos más que celebrar nuestro propio nacimiento. Efectivamente, esta generación temporal de Cristo es el origen del pueblo cristiano y el nacimiento de la Cabeza lo es también del cuerpo. Sin duda, cada uno de los llamados tiene su rango propio y los hijos de la Iglesia se distinguen unos de otros en la sucesión de los tiempos; pero el conjunto de los fieles, salido de la fuente bautismal, así como fué crucificado con Cristo en su Pasión, resucitado en su Resurrección, colocado a la diestra del Padre en su Ascensión, así también es dado a luz con El en este Nacimiento. Todo hombre, en cualquier parte del mundo creyente que habite, es regenerado en Cristo; se le borra la antigüedad de su primera generación; renace a un nuevo hombre, y en adelante no se hallará en la filiación de su padre carnal, sino más bien en la naturaleza de ese Salvador que se ha hecho Hijo del hombre para que nosotros podamos llegar a ser hijos de Dios."

EL NUEVO NACIMIENTO. — ¡He ahí el misterio de Navidad! Aquí cuadra perfectamente lo que

nos dice el Discípulo amado en la lectura del Santo Evangelio que la Iglesia nos propone en la tercera Misa de esta gran fiesta. *A los que quisieron recibirle, les dió poder para hacerse hijos de Dios, a los que creen en su Nombre, que no han nacido de la carne ni de la sangre, ni de la voluntad del hombre, sino de la voluntad de Dios.* Por consiguiente, todos los que, después de haber purificado su alma y de haber sido liberados de la esclavitud *de la carne y de la sangre,* después de haber renunciado a cuanto del hombre pecador tenían, quieren abrir su corazón al Verbo divino, a esa Luz que *brilla en las tinieblas y que las tinieblas no comprenden,* todos esos nacen con Jesucristo, *nacen de Dios;* comienzan una nueva vida en este misterio lo mismo que el Hijo de Dios.

¡Qué hermosos son estos preludios de la vida cristiana! ¡Cuán grande la gloria de Belén, es decir de la Santa Iglesia, la verdadera *Casa del Pan,* en cuyo seno nace estos días tanta multitud de *hijos de Dios* en todo el mundo! ¡Oh perpetua lozanía de nuestros Misterios que nada es capaz de agostar! *El Cordero inmolado desde el comienzo del mundo* se sacrifica contínuamente después de su inmolación histórica; y ved cómo, nacido una vez de la Virgen María, pone su gloria en renacer de nuevo en las almas. Y no creamos disminuir el honor de la divina Maternidad, pensando que cada uno de nosotros puede llegar

a la dignidad de María. "Lejos de eso, nos dice el Venerable Beda en su Comentario sobre San Lucas, es necesario que en medio de la muchedumbre, levantemos la voz como la mujer del Evangelio, que representaba a la Iglesia católica, para decir al Salvador: *¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron"!* Prerrogativa incomunicable, en efecto, y que consagra para siempre a María como Madre de Dios y Madre de los hombres. Esto no quiere decir que vayamos a olvidar la respuesta que dió el Salvador a la mujer de que habla San Lucas: *Más dichosos* aún, dice, *los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica* [1]. "Por medio de esta frase, continúa el Venerable Beda, Cristo declara feliz no sólo a la que tuvo el privilegio de engendrar corporalmente al Verbo divino, sino también a todos aquellos que tratan de concebir espiritualmente a ese mismo Verbo por la obediencia de la fe y que, por la práctica de las buenas obras, le dan a luz en su propio corazón y en el de sus hermanos, cuidándole allí con maternal solicitud. Si la Madre de Dios, fué por tanto, llamada con justicia dichosa, porque fué ministro de la Encarnación del Verbo en el tiempo, ¡cuánto más dichosa fué permaneciendo siempre en su amor"!

¿No es acaso idéntica doctrina la que nos declara el Salvador en otra circustancia, cuando

---

[1] *S. Lucas*, XI, 28.

dice: *El que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre*[1]. Y, ¿por qué fué enviado el Angel a María con preferencia a otra cualquiera de las hijas de Israel, sino porque había ya concebido al Verbo divino en su corazón, por la entereza de su amor, lo profundo de su humildad y el mérito incomparable de su virginidad? Del mismo modo, ¿cuál es la causa de ese brillo de santidad que resplandece en la Madre de Dios hasta la eternidad, sino el que esta mujer *bendita entre todas las mujeres,* después de haber concebido y dado a luz según la carne al Hijo de Dios, le concibe y engendra contínuamente según el espíritu, por su fidelidad a la voluntad del Padre celestial, por su amor a la luz increada del Verbo divino, por su unión con el Espíritu Santo que habita en ella?

Mas ningún humano debe creerse desheredado del honor de poder seguir a María, aunque de lejos, en este privilegio de la maternidad espiritual, cuando esta soberana Virgen ha realizado ya la gloriosa misión de abrirnos el camino por medio del alumbramiento temporal que ahora celebramos, y que ha sido para el mundo la iniciación en los misterios divinos. En las semanas de Adviento hemos debido *preparar los caminos del Señor,* y hemos debido concebirle

---

1 *S. Mateo,* XII, 50.

en nuestras almas; apresurémonos a darle a luz con nuestras obras, para que el Padre celestial, no viéndonos ya a nosotros dentro de nosotros mismos, sino sólo a su Verbo desarrollándose en nosotros, pueda decirnos, en su misericordia, lo que en otra ocasión dijo con plena verdad: *Ese es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias* [1].

Para conseguirlo, fijémonos en la doctrina del seráfico San Buenaventura, quien elocuentemente nos declara cómo se opera el Nacimiento de Cristo en las almas. "Este feliz nacimiento se realiza, dice el santo Doctor en una Exhortación de la fiesta de Navidad, cuando el alma preparada por una larga meditación pasa por fin a la acción; cuando estando la carne sometida al espíritu, se ejecuta también la obra buena; entonces la paz y la alegría interiores renacen en el alma. En este nacimiento no hay quejas, dolores ni lágrimas; todo es admiración, emoción y gloria. Mas, si este nacimiento te agrada ¡oh alma devota!, piensa en ser María. Ahora bien, este nombre significa *amargura:* llora amargamente tus pecados; significa *estrella:* sé resplandeciente en virtudes; significa, finalmente, *señora:* aprende a sojuzgar las pasiones de la carne. Entonces nacerá en ti Cristo, sin dolor y sin trabajo. Entonces el alma conoce y gusta cuán dulce es el Señor Jesús. Experimenta

[1] *S. Mateo,* III, 17.

esta dulzura cuando con santas meditaciones alimenta a este divino Niño, cuando le baña en sus lágrimas, cuando le envuelve en sus castos deseos, cuando le aprieta con abrazos de santa ternura, cuando le da calor en lo más íntimo de su corazón. ¡Oh feliz cueva de Belén! en ti me es dado encontrar al Rey de la gloria; pero más feliz todavía que tú es el corazón devoto, que posee espiritualmente al que tú sólo pudiste poseer corporalmente."

Ahora bien, para pasar de la concepción del Verbo a su nacimiento en nuestras almas, es decir, para pasar del Adviento al Tiempo de Navidad, es necesario que tengamos continuamente fijos los ojos de nuestro corazón en Aquel que quiere nacer en nosotros, y en el cual vuelve a nacer la naturaleza humana. Debemos mostrarnos celosos de reproducir sus rasgos con nuestra débil y lejana imitación, y con tanto más interés, cuanto que nos dice el Apóstol que lo que buscará en nosotros el Padre celestial cuando se trate de declararnos capaces de la divina predestinación, no será otra cosa que la *imagen de su Hijo* [1].

Escuchemos, pues, la voz de los Angeles y pasemos hasta Belén. *He ahí la señal, se nos dice: encontraréis un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre* [2]. Por tanto, cristia-

---

[1] *Rom.*, VIII, 29.
[2] *S. Lucas*, II, 12.

nos, debéis haceros *niños;* debéis conocer nuevamente los *pañales* de la infancia; debéis bajar de vuestras alturas y acercaros al Salvador descendido del cielo, para ocultaros también en la humildad de la *cueva.* De esta manera comenzaréis con El una nueva vida; y la luz, *que continúa siempre creciendo hasta el día perfecto,* os iluminará sin abandonaros ya nunca; de suerte, que, empezando por ver a Dios en su naciente esplendor, el cual da lugar todavía a la fe, mereceréis contemplarle en la gloria de su Transfiguración divina, y os prepararéis para la dicha de aquella UNIÓN que no es sólo la *luz* sino la *plenitud* y el *descanso* del amor.

LA CONVERSIÓN. — Hasta ahora hemos hablado a los miembros vivos de la Iglesia; hemos tenido en vista a los que se llegaron al Señor durante el santo tiempo de *Adviento,* y a los que, viviendo de la gracia del Espíritu Santo al terminar el Año litúrgico, comenzaron el nuevo esperando, preparándose y disponiéndose a renacer con el Sol divino; pero no debemos olvidar a aquellos de nuestros hermanos que voluntariamente han estado muertos, a los cuales ni la proximidad del Emmanuel, ni la expectación universal han logrado despertar de sus sepulcros. A ellos también debemos anunciarles, en el seno de esa muerte, voluntaria, sí, pero capaz de resurrección, que *la benignidad y la mi-*

sericordia de nuestro Dios Salvador han aparecido en el mundo[1]. Así pues, si por casualidad cayera nuestro libro en manos de algunos de esos que invitados a darse al Niño Todopoderoso no lo hubiesen hecho todavía, y que, en vez de suspirar por El durante las semanas pasadas, hubiesen seguido en el pecado y en la indiferencia, a todos esos podríamos recordarles la antigua costumbre de la Iglesia, confirmada por el canon décimoquinto del Concilio de Agda (506), en el que se ordena que todos los fieles se acerquen a la sagrada Eucaristía en la fiesta de Navidad, así como en la de Pascua y Pentecostés, *bajo pena de no ser considerados como católicos*. Nos agradaría poder describirles la alegría de la Iglèsia que, en el mundo entero y a pesar del enfriamiento de la caridad, contempla estos días a innumerables fieles celebrando el Nacimiento del Cordero que quita los pecados del mundo y comulgando en el sacramento de su cuerpo y de su sangre.

Entendedlo, bien, pecadores: la fiesta de Navidad es una fiesta de perdón y misericordia, en la que el justo y el pecador se reúnen en torno a la misma mesa. El Padre celestial ha determinado conceder amnistía a muchos culpables, en gracia al Nacimiento de su Hijo; es más, no excluye del perdón sino a los que vo-

---

[1] *Tito*, III, 4.

luntariamente se obstinan en rechazarlo. Así y no de otro modo se debe celebrar la venida del Emmanuel.

Por lo demás, estas frases de invitación no las lanzamos nosotros por cuenta propia e imprudentemente; lo hacemos en nombre de la Iglesia que os invita a comenzar el edificio de vuestra nueva vida, el día en que el Hijo de Dios comienza la carrera de su vida humana. Las tomamos de un ilustre y santo Obispo de la Edad media, el piadoso Rabano Mauro, que, en una Homilía sobre el Nacimiento del Salvador, no temía invitar a los pecadores a venir a sentarse al lado de los justos, en aquel dichoso establo donde los brutos animales supieron reconocer a su Señor.

"Os ruego, mis queridos hermanos, decía, recibáis en buena disposición las palabras que el Señor me va a dictar para vosotros en este dulcísimo día, que trae la compunción a los mismos infieles y pecadores, en este día que ve al pecador implorando perdón con lágrimas de arrepentimiento, al cautivo no desesperando ya de volver a su patria, al herido deseando su salud. En este día nace el Cordero que quita los pecados del mundo, Cristo nuestro Salvador: nacimiento que es fuente de deliciosa alegría para aquel cuya conciencia está tranquila; que despierta la intranquilidad en aquel cuyo corazón está enfermo; día verdaderamente dulce

y lleno de perdón para las almas arrepentidas. Os lo prometo pues, hijitos míos, y os lo digo con seguridad: todos los que en este día se arrepientan y no quieran volver más al vómito de sus pecados, recibirán cuanto pidieren. Sólo una condición se les impone: que tengan una fe ciega y que no busquen más sus vanos placeres.

Verdaderamente, ¿cómo podría desesperar el pecador el día mismo en que es destruído el pecado del mundo entero? En este día en que nace el Señor, hagamos promesas, mis queridos hermanos, hagamos promesas a este Redentor y guardémoslas, conforme a lo que está escrito: *Venid al Señor Dios vuestro y presentadle vuestros votos*. Prometamos en paz y confianza; que El nos dará medios para que podamos cumplir nuestras promesas. Pero entended que no se trata aquí de ofrecer cosas caducas y terrenas. Debemos ofrecerle lo que el Señor ha redimido en nosotros, es decir, el alma. Y si me decís: *¿Cómo ofrecer mi alma al Salvador si ya la tiene en su poder?* os responderé: Le ofreceréis el alma por medio de vuestras piadosas costumbres, por vuestros castos pensamientos, por vuestras obras vivas, apartándoos del mal y practicando el bien, amando a Dios y al prójimo, obrando misericordia, porque también nosotros fuimos desgraciados antes de recibir misericordia; perdonando a los que nos ofenden, porque también le hemos ofendido; arrojando a nues-

tros pies la soberbia, porque ella fué la que perdió al primer hombre."

Así se expresa la piedad de la Santa Iglesia, que convida a los pecadores al banquete del Cordero *hasta que el salón esté repleto*[1]. La Esposa de Jesucristo vive en alegría, como efecto de la gracia regeneradora que el Sol divino la presta. Comienza un nuevo año para ella, que, como los anteriores, deberá ser fecundo en flores y frutos. La Iglesia renueva su juventud como el águila; una vez más va a dirigir en la tierra el desarrollo del sagrado ciclo, derramando a su vez sobre el pueblo fiel las gracias de que es portador. En este momento nos ofrece el conocimiento y el amor del Niño Dios: seamos dóciles a esta primera iniciación para que merezcamos crecer con Cristo *en edad y en sabiduría, delante de Dios y de los hombres*[2]. El misterio de Navidad es la puerta de todos los demás; pero puerta de la tierra y no del cielo. "No podemos todavía, dice San Agustín (Sermón XI sobre el Nacimiento del Señor), no podemos todavía contemplar el resplandor de Aquel que es engendrado por el Padre antes que la aurora[3]; visitemos al que ha nacido de una Virgen a media noche. Imposible comprender cómo su

[1] *San Lucas*, XIV, 23.
[2] *Ibíd.*, II, 52.
[3] Salmo, CIX, 3.

Nombre es antes que el sol[1]; confesemos que *ha puesto su tienda en* la que es pura como *el sol*[2]. No nos es dado ver aún al Hijo que habita en el seno del Padre; acordémonos del *Esposo que sale de la cámara nupcial*[3]. No estamos todavía maduros para el banquete de nuestro Padre; *reconozcamos el pesebre* de Jesucristo *nuestro Señor*"[4].

[1] Salmo, LXXI, 17.
[2] *Ibid.*, XVIII, 6.
[3] *Ibid.*
[4] *Isaías*, I, 3.

EL SANTO DIA DE NAVIDAD

FIN DE LA VIGILIA. — El día feliz de la Vigilia de Navidad toca a su fin. La Iglesia ha clausurado ya los Oficios divinos propios del Adviento con la celebración del gran Sacrificio. Con maternal clemencia ha permitido a sus hijos quebrantar desde medio día el ayuno preparativo; los fieles se han sentado a la frugal mesa con una alegría espiritual que los hace sentir de antemano la que invadirá sus corazones en la noche que les va a traer al divino Emmanuel.

Mas, una fiesta tan solemne como la de mañana debe comenzar desde el día anterior, como acostumbra hacerlo la Iglesia en sus festividades. Dentro de unos momentos va a llamar la Iglesia a los cristianos al templo para el Oficio de las *Primeras Vísperas*, en el que se ofrece a Dios el incienso de la tarde. El esplendor de las ceremonias y la magnificencia de los cantos van a preparar a las almas para las emociones de amor y gratitud que las dispondrán a recibir las gracias en el momento supremo.

En espera de la llamada que nos ha de invitar a la casa de Dios, aprovechemos los instantes que nos quedan para ahondar en el misterio de tan gran día y, en los sentimientos que embargan a la Santa Iglesia en esta fiesta, y en las tradiciones católicas que tanto ayudaron a que la celebraran dignamente nuestros antepasados.

SERMÓN DE SAN GREGORIO NACIANCENO. — Primeramente, escuchemos la voz de los santos Padres que resuena con un énfasis y una elocuencia capaces de despertar a toda alma que no esté muerta. He aquí en primer lugar a San Gregorio el Teólogo, Obispo de Nacianzo, en su discurso treinta y ocho dedicado a la *Teofanía* o Nacimiento del Salvador: ¿quién será capaz de permanecer frío oyendo sus palabras?

"Cristo nace; ensalzadle. Cristo baja del cielo; salidle al encuentro. Cristo está ya en la tierra; oh hombres, elevaos. *Cante al Señor toda la tierra* y para decirlo todo en una sola palabra: *Alégrense los cielos y salte de gozo la tierra* por causa de Aquel que es al mismo tiempo del cielo y de la tierra. Cristo se viste con nuestra carne, estremeced de temor y alegría: de temor por razón de vuestros pecados, de alegría por la esperanza. Cristo nace de una Virgen; mujeres, honrad la virginidad para que lleguéis a ser Madres de Cristo.

¿Quién no adorará al que existió eternamente? ¿quién no alabará y ensalzará al que acaba de nacer? He aquí que se deshacen las tinieblas; es creada la luz; Egipto permanece en las sombras, e Israel es alumbrado por la columna luminosa. El pueblo que estaba sentado en las tinieblas de la ignorancia ve el resplandor de una profunda ciencia. Ha terminado lo antiguo; todo es ya nuevo. Le letra huye, triunfa el espíritu; las sombras han pasado; la verdad ha hecho su aparición. La naturaleza ve sus leyes violadas; ha llegado el momento de poblar el mundo celestial: Cristo manda; guardémonos de oponer resistencia.

Aplaudid, naciones todas: porque *un Niño nos ha sido dado, un Hijo nos ha nacido.* La señal de su *principado está sobre sus espaldas:* porque la cruz ha de ser el instrumento de su exaltación; *su nombre es Angel del gran consejo,* es decir, del consejo paterno.

Ya puede San Juan exclamar: *¡Preparad el camino del Señor!* En cuanto a mí, quiero publicar la magnificencia de tan gran día: El incorpóreo se encarna; el Verbo toma carne; el Invisible se deja ver de nuestros ojos, el Impalpable se deja tocar: el que no conoce el tiempo, toma principio en él; el Hijo de Dios se hace hijo del hombre. *Jesucristo fué ayer; es hoy, y será siempre.* Escandalícese el Judío; mófese el Griego, muévase la lengua del hereje en

su boca impura. También ellos creerán por fin en el Hijo de Dios, cuando le vean subir al cielo; y, si aún entonces se niegan hacerlo, creerán cuando baje del cielo para juzgarlos en su tribunal justiciero".

SERMÓN DE SAN BERNARDO. — Oigamos ahora, en la Iglesia latina, al piadoso San Bernardo, que, en el Sermón VI de la Vigilia de Navidad derrama una dulce alegría en sus melodiosas palabras.

"Acabamos de oír una noticia llena de gracia y a propósito para ser recibida con transportes de alegría: *Jesucristo, Hijo de Dios, nace en Belén de Judea*. Mi alma se ha derretido al oír esta frase; mi espíritu se agita dentro de mí, obligándome a comunicaros esta felicidad. *Jesús* quiere decir *Salvador*. ¿Hay algo más necesario que un Salvador para los que estaban perdidos, más deseable para los desgraciados, más conveniente para los que carecían de esperanza? ¿Dónde estaba la salvación, dónde ni siquiera la esperanza de salvación por ligera que fuese, bajo esa ley de pecado, en ese cuerpo de muerte, en medio de esa maldad, en esa mansión de llanto, si la salvación no hubiese nacido de repente y contra toda esperanza? ¡Oh hombre, deseas ciertamente la salud; pero conociendo tu debilidad y tu flaqueza, temes la dureza del tratamiento! No temas: Cristo es dulce y suave; in-

mensa su misericordia; por ser Cristo, ha recibido la unción para derramarla sobre tus heridas. Mas, al decirte que es dulce, no vayas a creer que carece de poder; porque se añade que es *Hijo de Dios*. Saltemos, pues, de gozo repasando dentro de nosotros mismos y pronunciando esa dulce frase, esa suave palabra: *¡Jesucristo, Hijo de Dios, nace en Belén de Judea!*"

SERMÓN DE SAN EFRÉN. — Es, pues, un gran día el del Nacimiento del Salvador: día esperado por el género humano durante miles de años; esperado por la Iglesia en esas cuatro semanas de Adviento, de tan grato recuerdo; esperado por la naturaleza entera, que, a su llegada, vuelve a ver todos los años el triunfo del sol material sobre las tinieblas siempre crecientes. El gran Doctor de la Iglesia Siria, San Efrén, celebra con entusiasmo el encanto y la fecundidad de este misterioso día; tomemos sólo una muestra de esa divina poesía y digamos con él:

"Dignáos, Señor, permitirnos celebrar hoy el día propio de tu natalicio, que la fiesta de hoy nos trae a la memoria. Este día es semejante a Ti; es amigo de los hombres. Vuelve anualmente a través de los siglos; envejece con los viejos y se rejuvenece con el niño que acaba de nacer. Todos los años nos visita y pasa, para volver con nuevos atractivos. Sabe que la naturaleza humana no podría prescindir de él; lo

mismo que Tú, trata de ayudar a nuestra raza en peligro. Todo el mundo, Señor, ansía el día de tu nacimiento; este feliz día lleva en sí todos los siglos venideros; es uno y se multiplica. Sea, pues, semejante a Ti también este año, y tráiganos la paz entre el cielo y la tierra. Si todos los días son testigos de tu magnanimidad, ¿cuánto más deberá serlo éste?

Los demás días del año toman de él su belleza, y las fiestas que van a seguir le deben la dignidad y el esplendor con que brillan. El día de tu nacimiento es un tesoro, Señor, un tesoro destinado a pagar la deuda común. Bendito sea el día que nos ha hecho ver el sol a los que andábamos errantes en la noche oscura; que nos ha traído la mies divina con la que nadaremos en la abundancia; que nos ha dado la rama de la viña, abundante en el líquido de salvación que nos comunicará a su debido tiempo. En medio del invierno que priva a los árboles de sus frutos, la viña se ha revestido de una exuberante vegetación; en la estación del hielo, el tallo ha brotado de la raíz de Jesé. En diciembre, en este mes que guarda todavía en sus entrañas la semilla que se le confió, es cuando la espiga de nuestra salvación se yergue del seno de la Virgen, a donde había bajado en los días de la primavera, cuando los corderuelos triscan por las praderas."

No es, pues, de extrañar que este día haya sido privilegiado en la economía del tiempo, y hasta vemos con satisfacción que las mismas naciones paganas presienten en sus calendarios la gloria que le estaba reservada en el curso de los siglos. Hemos visto también que no fueron los Gentiles los únicos en prever misteriosamente las relaciones del divino Sol de justicia con el astro caduco que ilumina y da calor al mundo; los santos Doctores y la Liturgia entera hablan continuamente de esta inefable armonía.

Bautismo de Clodoveo. — Con el fin de grabar más hondamente la importancia de tan sagrado día en la memoria de los pueblos cristianos de Europa, pueblos de elección en los designios misericordiosos de Dios, el soberano Señor de los acontecimientos quiso que el reino de los Francos naciera el día de Navidad (496), cuando en el Batisterio de Reims, en medio de las pompas de esta solemnidad, Clodoveo, el fiero Sicambro, convertido en dulce cordero, fué sumergido por San Remigio en la fuente de salvación, de la que salió para fundar la primera monarquía católica entre las nuevas naciones, ese reino de Francia, el más bello, se ha dicho, después del cielo.

La conversión de Inglaterra. — Un siglo después (597) sucedía algo parecido al pueblo anglosajón. El Apóstol de la isla de los Bretones,

el monje San Agustín, después de haber convertido a la religión verdadera al rey Etelredo, seguía conquistando almas. Dirigiéndose hacia York, predicaba la palabra de vida, y un pueblo entero se reunía pidiendo el Bautismo. Fué fijado el día de Navidad para la regeneración de los nuevos discípulos de Cristo; y el río que corre bajo las murallas de la ciudad fué elegido para servir de fuente bautismal a aquel ejército de catecúmenos. Diez mil hombres, sin contar mujeres y niños, bajan a las aguas cuya corriente debe llevarse la impureza de sus almas. La crudeza del tiempo no es capaz de detener a aquellos nuevos pero fervientes discípulos del Niño de Belén, los cuales desconocían hasta su nombre pocos días antes. Un ejército completo de neófitos sale radiante de alegría e inocencia del seno de las olas heladas, y el día de su Nacimiento cuenta Cristo una nación más bajo su imperio.

Mas no bastará esto todavía al Señor, empeñado en la tarea de honrar el día del Nacimiento de su Hijo.

La coronación de Carlomagno. — Otro ilustre nacimiento debía aún embellecer este feliz aniversario. En Roma, en la Basílica de San Pedro, y en la fiesta de Navidad del año 800, nacía el Sacro Imperio Romano, al que estaba reservada la misión de propagar el reino de Cristo en las regiones bárbaras del Norte, y mantener la uni-

dad europea, bajo la dirección del Romano Pontífice. San León III colocaba en este día la corona imperial sobre la cabeza de Carlomagno; y la tierra, admirada, volvía a contemplar a un César, un Augusto, no un César o un Augusto sucesor de los Césares y Augustos de la Roma pagana, sino investido de esos gloriosos títulos por el Vicario de Aquel que en las profecías se llama *Rey de reyes y Señor de los señores.*

LA GLORIA DEL DÍA DE NAVIDAD. — De este modo ha querido Dios hacer brillar a los ojos de los hombres la gloria del real Niño que ha nacido hoy; así ha dispuesto de cuando en cuando, a través de los siglos, esos ilustres aniversarios de la Natividad que da *gloria a Dios y paz a los hombres.*

Los siglos venideros podrán decir cómo se reserva aún el Altísimo el derecho de glorificar en este día su nombre y el de su Emmanuel.

Entretanto, las naciones de Occidente, conocedoras de la dignidad de esta fiesta y considerándola con razón como el principio universal de todo, en la era de la renovación del mundo, contaron durante mucho tiempo sus años partiendo de Navidad, como se puede apreciar por los antiguos calendarios, por los Martirologios de Usuardo y de Adón y por un gran número de Bulas, de Cartas y Diplomas. En 1313 un concilio de Colonia nos muestra subsistente todavía

en esa época esta costumbre. Varios pueblos de la Europa católica, han guardado hasta el día de hoy la costumbre de celebrar el nuevo año en la fiesta de Navidad. Se desea *feliz Navidad* como entre nosotros el día primero de enero *feliz año nuevo*. Se cambian cumplidos y regalos; se escribe a los amigos ausentes: ¡restos preciosos de las antiguas costumbres que tenían la fe como fundamento y muralla inexpugnable!

Es tal la alegría que a los ojos de la Santa Iglesia debe llenar a los fieles en la Natividad del Salvador, que, asociándose a ella misericordiosamente, dispensa el día de mañana el precepto de la abstinencia cuando Navidad cae en viernes o sábado. Esta dispensa se remonta al Papa Honorio III, que gobernaba en 1216; pero ya desde el siglo IX San Nicolás I, en su respuesta a consultas de los Búlgaros, había manifestado una condescendencia parecida, con objeto de animar la alegría de los fieles en la celebración no sólo de la fiesta de Navidad, sino también en las de San Esteban, de San Juan Evangelista, de la Epifanía, de la Asunción de Nuestra Señora, de San Juan Bautista y de San Pedro y San Pablo. Pero esta dispensa no fué universal y sólo se ha mantenido para la fiesta de Navidad, contribuyendo así a aumentar la alegría popular. La legislación civil de la Edad Media, en su deseo de confirmar a su modo la importancia que daba a una fiesta tan querida de

toda la cristiandad, concedía a los deudores la facultad de supender el pago a los acreedores durante toda la semana de Navidad, que por esta razón era apellidada *semana de remisión,* lo mismo que las de Pascua y Pentecostés.

Pero dejemos un momento estos datos familiares que nos hemos complacido en reunir a propósito de la gloriosa festividad que conmueve tan dulcemente nuestros corazones; es hora de que acudamos a la casa de Dios, a donde nos llama el Oficio solemne de las Primeras Vísperas. Por el camino, vayamos pensando en Belén, a donde han llegado ya José y María. El sol material camina rápidamente al ocaso; y el divino Sol de justicia permanece todavía oculto por algunos momentos bajo la nube, en el seno de la más pura de las vírgenes. Se acerca la noche; José y María recorren las calles de la ciudad de David, buscando un asilo para albergarse. Atención, pues, corazones fieles, ¡uníos a los dos incomparables peregrinos! Ha llegado la hora de que salga de toda lengua humana un canto de gloria y agradecimiento. Para expresarnos, aceptemos con diligencia la voz de la Santa Iglesia, que estará a la altura de tan noble tarea.

ANTES DE LOS OFICIOS NOCTURNOS

MAITINES. — Deben saber los fieles que, en los primeros siglos de la Iglesia, no se celebraba nunca una fiesta solemne sin hacer su preparación por medio de una Vigilia, en la que el pueblo cristiano, renunciando al sueño, llenaba la Iglesia y seguía fervorosamente la salmodia y las lecturas; este conjunto constituía lo que hoy llamamos Oficio de *Maitines*. Se dividía la noche en tres partes, conocidas con el nombre de *Nocturnos;* al apuntar el alba comenzaban otros cánticos más solemnes que formaban el Oficio de las alabanzas, que de ahí ha quedado con el nombre de *Laudes*. Este Oficio divino, que ocupaba gran parte de la noche, se celebra aún diariamente aunque a horas menos penosas, en los Capítulos y Monasterios, y es recitado en privado por todos los clérigos obligados al rezo, del que forma la parte más notable. Con la pérdida de las prácticas litúrgicas desapareció también la costumbre de que los fieles tomasen parte en la celebración de los *Maitines;* y, en la mayoría de las iglesias parroquiales y aun de las catedrales de Francia, se terminó por no cantarlos más que cuatro veces al año: a saber, los tres últimos días de la Semana Santa, siendo todavía hoy anticipados a la tarde anterior, con el nombre de *Tinieblas;* y finalmente el día de Navidad, que

se celebran a la misma hora, poco más o menos que antiguamente.

El Oficio de la noche de Navidad fué siempre objeto de una especial devoción y solemnidad entre todos los del año: primero por razón de ser la hora en que la Santísima Virgen dió a luz al Salvador, y por eso debemos esperarla en oración y ardientes deseos; además, porque esta noche la Iglesia no se contenta con celebrar el Oficio de Maitines de un modo ordinario, sino que, por excepción única y para mejor honrar el divino Nacimiento, añade la ofrenda del santo Sacrificio de la Misa, precisamente a media noche, que es cuando María dió su augusto fruto a la tierra. De ahí que en muchos lugares, sobre todo en las Galias, según testimonio de San Cesáreo de Arlés, los fieles pasaban toda la noche en la Iglesia.

En Roma, durante varios siglos, por lo menos del séptimo al undécimo, se decían dos Maitines en la noche de Navidad. Los primeros se cantaban en la Basílica de Santa María la Mayor; se comenzaban en cuanto se ponía el sol; no se decía Invitatorio en ellos, y a continuación de este primer Oficio nocturno el Papa celebraba a media noche la primera Misa de Navidad. Inmediatamente después, se trasladaba con el pueblo a la Iglesia de Santa Anastasia, donde celebraba la Misa de la Aurora. Luego, la piadosa comitiva se dirigía con el Pontífice, a la Basílica de San Pe-

dro, donde comenzaban inmediatamente los segundos Maitines. Estos tenían su Invitatorio y eran seguidos de Laudes: terminados éstos y los Oficios siguientes a sus horas correspondientes, el Papa celebraba la tercera y última Misa a la hora de Tercia. Amalario y el antiguo liturgista del siglo XII que se ha dado a conocer con el nombre de Alcuino nos han transmitido estos detalles, que están de acuerdo con el texto de los antiguos Antifonarios de la Iglesia Romana publicados por el Beato José María Tomasi y por Gallicioli.

Eran tiempos de fe viva; para ellos las horas pasaban veloces en la casa de Dios, porque la oración servía de poderoso lazo de unión a los pueblos abrevados continuamente en los divinos misterios. Entonces se gustaba la oración de la Iglesia; las ceremonias de la Liturgia, que son su necesario complemento, no eran como hoy un espectáculo mudo, o a lo más impregnado de una vaga poesía; las masas sentían y creían lo mismo que los individuos. ¿Quién nos devolverá esta comprensión de lo sobrenatural, sin la cual tantas personas de hoy día se jactan de ser cristianas y católicas?

La noche de Navidad. — A pesar de todo, todavía no se ha extinguido gracias a Dios por completo entre nosotros esa fe práctica; esperemos que volverá aún algún día a revivir con

su antigua vida. ¡Cuántas veces nos hemos complacido en buscar y observar sus huellas en el seno de esas familias patriarcales, numerosas todavía en nuestras pequeñas ciudades y aldeas! Allí fué donde vimos, y ningún recuerdo de infancia nos es tan grato, a toda una familia, que, después de la frugal colación de la noche, se reunía en torno a un gran hogar, en espera de que sonara la señal para acudir a la Misa de la media noche. Allí estaban preparados de antemano los platos que habían de ser servidos a la vuelta, apetitosos, sin ser rebuscados y que habían también de contribuir a la alegría de tan santa noche: en medio del hogar ardía un grueso tronco, llamado "leño de Navidad", que calentaba toda la sala. Había de consumirse lentamente durante los Oficios para que a su vuelta encontraran un reconfortante brasero los miembros de los ancianos y de los niños ateridos por el frío.

Allí se hablaba animadamente del misterio de la solemne noche; se compadecía a María y a su dulce Hijo expuesto a los rigores del invierno en un establo abandonado; luego se entonaban algunos de aquellos villancicos que habían servido para entretenerlos durante las largas vigilias del Adviento.

Las voces y los corazones estaban de acuerdo al ejecutar aquellas populares melodías compuestas en días mejores. Aquellos ingénuos can-

tos referían la visita del Angel Gabriel a María y el anuncio de la maternidad divina hecho a la digna doncella; la pena de María y de José al recorrer las calles de Belén en busca de un albergue en las posadas de aquella ingrata ciudad; el milagroso alumbramiento de la Reina del cielo; los encantos del Recién Nacido en su humilde cuna; la llegada de los pastores con sus rústicos regalos, su música un tanto ruda y la sencilla fe de sus corazones.

Animábanse pasando de un villancico a otro; olvidaban sus preocupaciones; consolaban sus penas y ensanchábase el alma; mas de pronto la voz de las campanas, que resonaban en la noche, terminaban con tan ruidosos como amables conciertos. Comenzaban a salir hacia la Iglesia; ¡qué felices entonces los niños a quienes su edad permitía ya asociarse por vez primera a las alegrías inefables de esta solemne noche; tan santas y fuertes impresiones debían quedar grabadas en su alma durante el resto de su vida!

Pero ¿a dónde nos llevan estos encantadores recuerdos? Con objeto de ocupar útilmente los últimos momentos que preceden a la entrada en la Iglesia, quisiéramos sugerir a nuestros lectores algunas consideraciones que les unan al espíritu de la Iglesia, fijando su corazón y su fantasía sobre objetos reales y consagrados por los misterios que se celebran en esta augusta noche.

LA GRUTA DE BELÉN. — Así pues, en esta hora nuestro pensamiento debiera volar con preferencia hacia tres lugares que existen en el mundo. El primero es Belén, y en Belén, la gruta del Nacimiento quien nos reclama. Acerquémonos con santo respeto y contemplemos el humilde asilo que el Hijo del Eterno bajado del cielo ha escogido para su primera morada. Este establo, cavado en la roca, se halla situado fuera de la ciudad; tiene unos cuarenta pies de largo por doce de ancho. El asno y el buey anunciados por el Profeta están junto a la cueva, testigos mudos del divino misterio que el hombre se ha negado a recibir en su casa.

José y María se encuentran también en el humilde retiro; los rodea el silencio de la noche; mas su corazón se dilata en alabanzas y adoraciones dirigidas al Dios que se digna satisfacer de manera tan perfecta por el orgullo humano. La purísima María prepara los pañales que han de envolver los miembros del celeste Infante, y espera con inefable paciencia el momento en que sus ojos verán por fin el fruto bendito de sus castas entrañas, y podrá cubrirle con sus besos y caricias y amamantarle con su leche virginal.

Mas, antes de salir del seno materno y de hacer su entrada visible en este mundo pecador, el divino Salvador se inclina ante su Padre celestial y, conforme a la revelación del Salmista explicada por el gran Apóstol San Pablo en la

Epístola a los Hebreos, dice: ¡Oh Padre mío! ya estás harto de los groseros sacrificios de la Ley; esas vacías ofrendas no han aplacado tu justicia; pero me has dado un cuerpo; héme aquí pronto a sacrificarme; vengo a cumplir tu voluntad." *(Herbr.*, X, 7.)

Todo esto ocurría, a estas horas, en el establo de Belén; los Angeles del Señor estaban maravillados ante tan gran misericordia de un Dios para con sus rebeldes criaturas, contemplando al mismo tiempo con gran placer el gracioso semblante de la Virgen sin mancha, y esperando el momento en que la Rosa mística iba por fin a abrirse para derramar su divino perfume.

¡Feliz gruta de Belén, testigo de semejantes maravillas ! ¿Quién no dejará allí ahora su corazón? ¿Quién no la preferiría a los más suntuosos palacios de los reyes? Ya, desde los primeros días del cristianismo, la piedad de los fieles la rodeó de la más tierna devoción, hasta que la gran Santa Elena, elegida por Dios para reconocer y honrar en la tierra las huellas del Hombre-Dios, hizo construir en Belén la magnífica Basílica que debía guardar en su recinto el trofeo del amor de Dios hacia su criatura.

Transportémonos con el pensamiento a esta Iglesia que todavía subsiste; contemplemos allí, en medio de infieles y herejes, a los religiosos que sirven aquel santuario, y que se disponen a cantar en nuestra lengua latina los mismos cán-

ticos que bien pronto vamos a oír nosotros. Son hijos de San Francisco, héroes de la pobreza, discípulos del Niño de Belén; precisamente por ser pequeños y débiles son los únicos que hoy día desde hace cinco siglos, sostienen las batallas del Señor en aquellos lugares de la Tierra Santa, que la espada de los Cruzados se cansó de defender. Esta noche oremos en unión con ellos; besemos con ellos la tierra en aquel lugar de la gruta, en que se lee con palabras de oro: HIC DE VIRGINE MARIA IESUS CHRISTUS NATUS EST.

Pero en vano buscaríamos hoy en Belén la feliz cueva que acogió al divino Infante. Hace ya doce siglos que huyó de aquellas tierras maldecidas por Dios, viniendo a buscar refugio en el centro de la catolicidad en Roma, la Esposa favorecida por el Redentor.

LA BASÍLICA DEL PESEBRE. — Roma es por tanto, el segundo lugar del mundo que debe visitar nuestro corazón en esta noche afortunada. Pero dentro de la ciudad santa, hay un santuario que en este momento reclama toda nuestra devoción y nuestro amor. Es la Basílica del Pesebre, la magnífica y radiante Iglesia de Santa María la Mayor. Reina de las numerosas Iglesias que la devoción de los romanos dedicó a la Madre de Dios, levanta su magnificencia sobre el Esquilino, resplandeciente de oro y mármol, pero afortunada sobre todo por poseer en su interior, jun-

to con el retrato de la Virgen Madre atribuído a San Lucas, el humilde y glorioso Pesebre que los impenetrables designios del Señor hicieron que saliese de Belén para confiarlo a su guarda. Un pueblo innumerable se agolpa en la Basílica en espera del feliz instante en que el evocador monumento del amor y de las humillaciones de un Dios, aparezca llevado sobre los hombros de los ministros sagrados, como arca de la nueva alianza cuya ansiada visión tranquiliza al pecador y hace palpitar de emoción el corazón del justo. Quiso Dios que Roma, que debía ser la nueva Jerusalén, fuese también la nueva Belén, y que los hijos de su Iglesia hallasen en este centro inconmovible de su fe, el alimento abundante e inagotable de su amor.

Nuestro corazón. — Visitemos finalmente el tercer santuario donde se va a realizar esta noche el misterio del Nacimiento del Hijo divino de María. Este tercer templo está a nuestro lado; está dentro de nosotros: es nuestro propio corazón. Nuestro corazón es el Belén que Jesús quiere visitar, en el que desea nacer para morar allí y crecer hasta llegar *al hombre perfecto,* como dice el Apóstol *(Ef.,* IV, 13). Si desciende hasta el establo de la ciudad de David, es sólo para poder llegar con mayor seguridad hasta nuestro corazón, al que amó con amor eterno hasta el extremo de descender del cielo para venir a habi-

tar en él. El seno de María le llevó nueve meses; en nuestro corazón quiere vivir eternamente.

¡Oh corazón del Cristiano, Belén viviente, prepárate y alégrate!; por la confesión de tus pecados, por la contrición de tus faltas, por la penitencia de tus delitos estás ya dispuesto para esa alianza que el Niño Dios desea hacer contigo. Está ahora atento; vendrá en medio de la noche. Hállete preparado como halló el establo, el pesebre y los pañales. Tú no puedes ofrecerle las puras y maternales caricias de María, ni los cariñosos cuidados de José; preséntale las adoraciones y el amor sencillo de los pastores. Como la Belén de los actuales tiempos, tu vives en medio de los infieles, de los que no conocen el divino misterio del amor; sean tus votos secretos y sinceros como los que esta noche subirán hacia el cielo desde el fondo de la gloriosa y santa gruta que reúne a los fieles en torno a los hijos de San Francisco. En el gozo de esta santa noche sé semejante a la radiante Basílica que guarda en Roma el tesoro del Santo Pesebre y el dulce retrato de la Virgen Madre. Sean tus afectos puros como el blanco mármol de sus columnas; tu caridad resplandeciente como el oro que brilla en sus artesonados; tus obras luminosas como los mil cirios que, en su feliz recinto, iluminan la noche con los esplendores del día. Finalmente, oh soldado de Cristo, piensa que es necesario luchar para merecer acercarse al di-

vino Infante; luchar para conservar dentro de uno mismo su amorosa presencia; luchar para llegar a la feliz consumación que te hará una sola cosa con El, en la eternidad. Conserva, pues, con cariño estas impresiones, que te nutran, consuelen y santifiquen hasta que descienda a ti el Emmanuel. ¡Oh Belén viviente! repite sin cesar esa dulce frase de la Esposa: *Ven, Señor Jesús, ven.*

MISA DEL GALLO

Es hora ya de ofrecer el gran Sacrificio y de llamar al Emmanuel: sólo El puede pagar dignamente a su Padre la deuda de agradecimiento que el género humano le debe. En el altar, como en el pesebre, intercederá por nosotros; nos acercaremos a él con amor y se nos entregará.

Pero es tal la grandeza del Misterio de este día, que la Iglesia no se limita a ofrecer un solo Sacrificio. La llegada de tan precioso don por tanto tiempo aguardado merece el reconocimiento de homenajes extraordinarios. Dios Padre envía su Hijo a la tierra; es el Espíritu Santo quien obra este prodigio: es muy natural que la tierra dirija a la Trinidad augusta el homenaje de ese Sacrificio [1].

[1] Los sacramentarios gelasiano y gregoriano mencionan las tres misas de Navidad. Pero al principio del siglo v, no había más que una sola misa, la del día, que se celebraba en S. Pedro. La institución de la misa de media noche data desde fines del siglo v.

Además, el que nace hoy ¿no se ha manifestado en *tres Nacimientos?* Nace esta noche de la Virgen bendita; va a nacer, por su gracia, en el corazón de los pastores que son las primicias de toda la cristiandad; y nace eternamente en el seno del Padre, en los esplendores de los Santos: este triple nacimiento debe ser venerado con un triple homenaje.

La primera Misa celebra el Nacimiento según la carne. Los tres Nacimientos son otras tantas efusiones de la luz divina; ahora bien, ha llegado la hora en que *el pueblo que caminaba en las tinieblas vió una gran luz y en que amaneció el día sobre los que moraban en la región de las sombras de la muerte.* La noche es oscura fuera del santo templo donde nos hallamos: noche material por ausencia del sol; noche espiritual a causa de los pecados de los hombres que duermen en el olvido de Dios o vigilan para el crimen. En Belén, en torno al establo y en la ciudad, hay tinieblas; y los hombres que no han querido hacer sitio al divino Huésped descansan en una grosera paz; por eso no les despertará el concierto de los Angeles.

Hacia la mitad de la noche la Virgen ha sentido llegar el momento supremo. Su corazón de madre se halla completamente inundado de maravillosas delicias y derretido en un éxtasis de amor. De pronto, saliendo con su omnipotencia del seno materno, como saldrá un día a tra-

vés de la piedra del sepulcro, aparece el Hijo de Dios e Hijo de María tendido en el suelo, a la vista de su Madre, y dirigiendo sus brazos hacia ella. El rayo del sol no atraviesa con mayor rapidez el límpido cristal incapaz de detenerle. La Virgen Madre adora al Niño divino que la sonríe, y se atreve a estrecharle contra su corazón; le envuelve en los pañales que le ha preparado y le acuesta en el pesebre. El fiel José le adora con ella; los santos Angeles, cumpliendo la profecía de David, rinden su más profundo homenaje a su Creador en el momento de su entrada en el mundo. Encima del establo está el cielo abierto y suben hacia el Padre de los siglos, los primeros votos del Dios recién-nacido; a los oídos del Dios ofendido comienzan a llegar ya sus primeros gritos y los dulces vagidos que preparan la salvación del mundo.

La belleza del Sacrificio atrae al mismo tiempo hacia el altar las miradas de los fieles. El coro entona el cántico de entrada, el Introito. Es el mismo Dios quien habla; habla a su Hijo al que *hoy* ha engendrado. En vano las naciones intentarán sacudir su yugo; este niño las sabrá sujetar y reinará sobre ellas, porque es el Hijo de Dios.

INTROITO

El Señor me dijo: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy.

El canto del *Kyrie eleison* precede al Himno Angélico que se deja oír en seguida con estas sublimes palabras: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis!* Unamos nuestras voces y corazones a este sublime concierto de la milicia celestial. *¡Gloria a Dios, paz a los hombres!* Son nuestros hermanos los Angeles los que han entonado este cántico; allí junto al altar, como antaño junto al pesebre, están proclamando nuestra dicha. Allí adoran a la divina justicia que dejó sin redentor a sus hermanos caídos, y en cambio nos envía a nosotros a su propio Hijo. Glorifican la amorosa humillación de quien hizo al ángel y al hombre, y que ahora se inclina hacia el más débil. Ellos nos prestan sus celestes voces para dar gracias a quien por medio de un misterio tan dulce y poderoso nos llama a nosotros sus humildes criaturas humanas a llenar un día entre los coros angélicos las sillas que quedaron vacías por la caída de los espíritus rebeldes. ¡Angeles y hombres, Iglesia del cielo e Iglesia de la tierra!, cantemos la gloria de Dios y la paz dada a los hombres; cuanto más se humilla el Hijo del Eterno para traernos tan grandes bienes, con tanto mayor fervor debemos entonar unánimemente:—*Solus sanctus, solus Dominus, solus Altissimus, Iesu Christe! ¡Tú solo Santo, Tú sólo Señor, Tú sólo Altísimo, Jesucristo!*

A continuación, la Colecta reúne los votos de los fieles:

OREMOS

¡Oh Dios! que hiciste brillar esta sacratísima noche con el resplandor de la verdadera luz: suplicámoste hagas que disfrutemos en el cielo, de los gozos de esta luz, cuyos misterios hemos conocido en la tierra. Por el que vive y reina contigo...

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a Tito (II, 11-15.)

Carísimo: La gracia de Dios, nuestro Salvador, se ha aparecido a todos los hombres, para enseñarnos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, debemos vivir sobria y justa y piadosamente en este siglo, aguardando la bienaventurada esperanza y el glorioso advenimiento del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, el cual se dió a sí mismo por nosotros, para redimirnos de todo pecado y purificar para sí un pueblo grato, seguidor de las buenas obras. Predica y aconseja estas cosas en Nuestro Señor Jesucristo.

Por fin ha aparecido, en su gracia y misericordia, ese Dios Salvador que era el único que podía librarnos de las obras de la muerte, devolviéndonos a la vida. En este mismo momento se muestra a todos los hombres en el angosto reducto de un pesebre, envuelto en los pañales de la infancia. Ahí tenéis la dicha de la visita de un Dios a la tierra, visita que tanto anhelábamos; purifiquemos nuestros corazones, hagámonos gratos a sus ojos: pues, aunque sea niño,

es también *Dios poderoso,* como nos acaba de decir el Apóstol, el Señor cuyo nacimiento eterno es anterior al tiempo. Cantemos su gloria con los santos Angeles y con la Iglesia.

GRADUAL

Contigo está el imperio desde el día de tu poder, entre los esplendores de los Santos; yo te engendré de mi seno antes de la aurora. — ℣. Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas (II, 1-14.)

En aquel tiempo salió un edicto de César Augusto ordenando que se inscribiera todo el orbe. Esta primera inscripción fué hecha siendo Cirino gobernador de Siria. Y fueron todos a inscribirse, cada cual en su ciudad. Y subió José de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, llamada Belén, porque era de la casa y familia de David, para inscribirse con María, su mujer, desposada con él, la cual estaba encinta. Y sucedió que, estando ellos allí, se cumplieron los días de dar a luz. Y parió a su Hijo primogénito, y le envolvió en pañales, y le acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada. Y había unos pastores en la misma tierra, que guardaban y velaban las vigilias de la noche sobre su ganado. Y he aquí que el Angel del Señor vino a ellos

y la claridad de Dios los cercó de resplandor, y tuvieron gran temor. Mas el Angel les dijo: No temáis porque os voy a dar una gran noticia, que será de gran gozo para todo el pueblo: es que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor. Y ésta será la señal para vosotros: hallaréis al Niño envuelto en pañales y echado en un pesebre. Y súbitamente apareció con el Angel una gran multitud del ejército celeste, alabando a Dios y diciendo: Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

También nostros, divino Niño, unimos nuestras voces a las de los Angeles y cantamos: *¡Gloria a Dios, paz a los hombres!* El inefable relato de tu nacimiento nos enternece los corazones y hace correr nuestras lágrimas. Te hemos acompañado en tu viaje de Nazaret a Belén, hemos seguido todos los pasos de María y de José a través de su largo camino; hemos velado durante esta santa noche en espera del feliz momento que te mostrará a nuestros ojos. Sé bendito, oh Jesús, por tanta misericordia; sé amado por tanto amor. Imposible apartar nuestras miradas de ese pesebre afortunado, que contiene nuestra salvación. Te reconocemos ahí tal como te han pintado a nuestras esperanzas los santos Profetas cuyos divinos vaticinios nos ha pasado la Iglesia esta noche ante la vista. Eres el Dios Grande, el Rey pacífico, el Esposo celestial de nuestras almas; eres nuestra Paz, nuestro Salvador, nuestro Pan de vida. ¿Qué te podemos

ofrecer en este momento, si no es esa *buena voluntad* que los Angeles nos recomiendan? Créala en nosotros; cultívala para que lleguemos a ser hermanos tuyos por la gracia, como lo somos ya por la naturaleza humana. Pero aún haces más en este misterio ¡oh Verbo encarnado! En él nos haces, como dice el Apóstol, *partícipes de la divina naturaleza,* de esa naturaleza que en tu humillación no has perdido. En el orden de la creación nos colocaste debajo de los Angeles; en tu encarnación nos has hecho *herederos de Dios,* y coherederos tuyos. ¡Ojalá nuestros pecados y flaquezas no nos hagan descender de estas alturas a las que hoy nos has elevado!

Después del Evangelio, la Iglesia canta en son de triunfo el Símbolo de la fe, en el que se nos detallan los misterios del Hombre Dios. A las palabras: *Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine,* ET HOMO FACTUS EST, adorad desde lo más profundo de vuestro corazón al Dios grande que ha tomado la forma de su criatura, y devolverle con vuestro humilde acatamiento, la gloria de que se ha despojado por vuestra causa. En las tres Misas de hoy, cuando el coro llega a esas palabras en el canto del Credo, se levanta el sacerdote de su silla y va a postrarse de rodillas al pie del altar. Uníos en ese momento con vuestras adoraciones a las de toda la Iglesia representada por el Sacerdote.

Durante la ofrenda del pan y del vino, la Iglesia celebra el gozo del cielo y de la tierra por la llegada del Señor. Unos momentos más, y en este altar donde todavía no hay más que pan y vino, tendremos el cuerpo y la sangre de nuestro Emmanuel.

OFERTORIO

Alégrense los cielos y salte de júbilo la tierra ante la faz del Señor: porque viene.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, te sea grata la ofrenda de la fiesta de hoy: para que, con tu gracia, reproduzcamos en nosotros, mediante este santo comercio, la imagen de Aquel que unió contigo nuestra naturaleza. El cual vive y reina contigo.

A continuación el Prefacio reúne las acciones de gracias de todos los fieles, terminando por la aclamación general al Señor tres veces Santo. En el momento de la elevación de los sagrados Misterios, en medio de ese religioso silencio que acoge la venida del Verbo divino al altar, no veáis allí sino el pesebre del Niño que tiende sus brazos hacia su Padre y os ofrece sus caricias; a María que le adora con amor de madre, a José que derrama lágrimas de ternura, y a los santos Angeles que no aciertan a salir de su asombro. Entregad al recién nacido vuestro corazón para que infunda en él todos estos sen-

timientos; pedidle que venga a vosotros y dadle un puesto de honor entre todos vuestros afectos.

Después de la Comunión, la Iglesia, que acaba de unirse al Niño Dios en la participación de sus Misterios, canta una vez más la gloria de la generación eterna del Verbo divino, que existe en el seno del Padre antes que toda criatura, y que esta noche se ha revelado al mundo antes de aparecer la estrella de la mañana.

COMUNION

Entre los esplendores de los Santos, te engendré de mi seno antes de la aurora.

Termina la Santa Iglesia las oraciones de este primer sacrificio, pidiendo la gracia de una unión indisoluble con el Salvador que se ha dignado aparecer en este día.

POSCOMUNION

Suplicámoste Señor, Dios nuestro, hagas que, los que nos alegramos de celebrar frecuentemente el misterio de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, merezcamos alcanzar, con actos dignos, la compañía de Aquel que vive y reina contigo.

MISA DE LA AURORA

Terminado el Oficio de Laudes, concluyen los cantos de regocijo, por medio de los cuales la Iglesia da gracias al Padre de los siglos, por ha-

Durante la ofrenda del pan y del vino, la Iglesia celebra el gozo del cielo y de la tierra por la llegada del Señor. Unos momentos más, y en este altar donde todavía no hay más que pan y vino, tendremos el cuerpo y la sangre de nuestro Emmanuel.

OFERTORIO

Alégrense los cielos y salte de júbilo la tierra ante la faz del Señor: porque viene.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, te sea grata la ofrenda de la fiesta de hoy: para que, con tu gracia, reproduzcamos en nosotros, mediante este santo comercio, la imagen de Aquel que unió contigo nuestra naturaleza. El cual vive y reina contigo.

A continuación el Prefacio reúne las acciones de gracias de todos los fieles, terminando por la aclamación general al Señor tres veces Santo. En el momento de la elevación de los sagrados Misterios, en medio de ese religioso silencio que acoge la venida del Verbo divino al altar, no veáis allí sino el pesebre del Niño que tiende sus brazos hacia su Padre y os ofrece sus caricias; a María que le adora con amor de madre, a José que derrama lágrimas de ternura, y a los santos Angeles que no aciertan a salir de su asombro. Entregad al recién nacido vuestro corazón para que infunda en él todos estos sen-

timientos; pedidle que venga a vosotros y dadle un puesto de honor entre todos vuestros afectos.

Después de la Comunión, la Iglesia, que acaba de unirse al Niño Dios en la participación de sus Misterios, canta una vez más la gloria de la generación eterna del Verbo divino, que existe en el seno del Padre antes que toda criatura, y que esta noche se ha revelado al mundo antes de aparecer la estrella de la mañana.

COMUNION

Entre los esplendores de los Santos, te engendré de mi seno antes de la aurora.

Termina la Santa Iglesia las oraciones de este primer sacrificio, pidiendo la gracia de una unión indisoluble con el Salvador que se ha dignado aparecer en este día.

POSCOMUNION

Suplicámoste Señor, Dios nuestro, hagas que, los que nos alegramos de celebrar frecuentemente el misterio de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, merezcamos alcanzar, con actos dignos, la compañía de Aquel que vive y reina contigo.

MISA DE LA AURORA

Terminado el Oficio de Laudes, concluyen los cantos de regocijo, por medio de los cuales la Iglesia da gracias al Padre de los siglos, por ha-

ber hecho nacer al Sol de justicia: es hora ya de celebrar el segundo Sacrificio, el Sacrificio de la aurora. En la primera Misa la Santa Iglesia ha honrado el nacimiento temporal del Verbo según la carne; ahora va a celebrar un segundo nacimiento del mismo Hijo de Dios, nacimiento de *gracia y de misericordia,* que se realiza en el corazón del fiel cristiano.

He aquí que en este mismo momento, unos pastores advertidos por los santos Angeles llegan de prisa a Belén; se aglomeran en el establo, demasiado estrecho para su número. Dóciles al aviso del cielo, han venido a reconocer al Salvador que ha nacido para ellos, según se les ha dicho. Y lo hallan todo tal como los Angeles se lo han anunciado. ¿Quién es capaz de describir la alegría de su corazón, la sencillez de su fe? No se maravillan de encontrar a Aquel cuyo nacimiento conmueve a los mismos Angeles, envuelto en la capa de una pobreza semejante a la suya. Sus corazones lo han comprendido todo, y adoran y aman a aquel Niño. Son ya cristianos. La Iglesia cristiana comienza en ellos; sus humildes corazones aceptan el misterio de un Dios humillado. Herodes tratará de hacer perecer al Niño; la Sinagoga rugirá; sus doctores se levantarán contra Dios y contra su Cristo; condenarán a muerte al Libertador de Israel; pero la fe permanecerá firme e inquebrantable en el alma de los pastores, en espera de que los

sabios y poderosos se humillen a su vez ante la cruz y el pesebre. ¿Qué ha ocurrido en el corazón de estos sencillos hombres? Cristo ha nacido en ellos y en adelante morará allí por la fe y el amor. Son nuestros padres en la Iglesia; a nosotros nos toca el hacernos semejantes a ellos. Llamemos, pues, también nosotros a Jesucristo a nuestras almas; hagámosle sitio y nada le obstruya la entrada de nuestros corazones. También a nosotros nos hablan los Angeles, también nos comunican la buena nueva; el beneficio no debe limitarse solamente a las moradas de la campiña de Belén. Ahora bien, para honrar el misterio de la silenciosa venida del Salvador a las almas, el Sacerdote se dispone a subir ahora al altar y presentar por segunda vez el Cordero inmaculado a las miradas del Padre celestial que nos le envía.

Permanezcan nuestros ojos fijos en el altar como los de los pastores en el pesebre; busquemos allí como ellos al Niño recién nacido, envuelto en pañales. Al entrar en el establo, no sabían todavía a quién iban a ver; pero sus corazones estaban preparados. De pronto le ven, y sus ojos se posan en este Sol divino. Jesús desde el fondo del pesebre les dirige una amorosa mirada; quedan iluminados y se hace de día en sus corazones. Seamos dignos de que se realice en nosotros aquella frase del príncipe de los Apóstoles: "La luz brilla en un lugar oscuro, hasta

el momento en que resplandezca el día y se levante en vuestros corazones el lucero de la mañana." *(II, S. Pedro,* I, 19.)

Ha llegado ya esta aurora bendita para nosotros; el divino Oriente que aguardábamos ha aparecido ya y, no se ocultará más en nuestra vida: en adelante hemos de temer más que nada a la noche del pecado de la que El nos libra. *Somos los hijos de la luz y los hijos del día (I, Tes.,* V, 5); ya no hemos de conocer el sueño de la muerte; pero deberemos estar siempre en vela, acordándonos de que los pastores velaban cuando el Angel los habló y se abrieron los cielos sobre sus cabezas. Los cantos todos de esta Misa de la Aurora nos van a anunciar de nuevo el esplendor de este Sol de justicia; saboreémoslos como prisioneros aherrojados durante mucho tiempo en una cárcel tenebrosa, a cuyos ojos aparece de repente una luz apacible. En el fondo de la gruta, resplandece ese Dios luminoso; sus divinos rayos realzan y embellecen más todavía las graciosas facciones de la Virgen Madre, que con tanto amor le contempla; también el rostro venerable de José resplandece de un modo especial; mas estos destellos no se detienen en el angosto recinto de la gruta. Aunque dejan en sus merecidas tinieblas a la ingrata Belén, se esparcen por el mundo entero, encendiendo en millones de corazones un amor inefable hacia esa Luz de lo alto que arranca al

hombre de sus errores y pasiones, y le eleva hacia el fin sublime para el que ha sido creado.

Pero en este momento nos presenta la Santa Iglesia otro objeto de admiración y alegría, en medio de todos estos misterios del Dios encarnado y en el seno mismo de la humanidad. Al recuerdo tan glorioso y amable del Nacimiento del Emmanuel une, en este Sacrificio de la Aurora, la solemne memoria de una de esas almas valerosas que supieron conservar la Luz de Cristo a pesar de los ataques de las tinieblas. En esta misma hora, honra a Santa Anastasia, que, por la cruz y el martirio, nació a la vida celestial en el mismo día del Nacimiento del Redentor [1].

Mas ya es hora de que pongamos los ojos en en el altar donde va a comenzar el santo Sacrificio. El Introito canta la salida del Sol divino. El resplandor de su aurora anuncia ya el

---

[1] Fué en el siglo V cuando se introdujo una Misa que tenía por objeto celebrar el *dies natalis* de Santa Anastasia, virgen y mártir, de Sirmium, cuyo cuerpo había sido trasladado a Constantinopla bajo el patriarca Genadio, (458-471) y depositado en la iglesia llamada Anástasis. La semejanza del nombre hizo que en Roma se escogiera para la celebración de esta Misa el *titulus Anastasiae*, llamada así por el nombre de la fundadora de esta iglesia, que era la iglesia parroquial de la Corte.

A fines del siglo V o principios del VI, Santa Anastasia ocupó un lugar en el Canon de la Misa. Al mismo tiempo se formó la leyenda de una Santa Anastasia romana, que fué a padecer martirio a Sirmium. Cuando la fiesta de Navidad recibió una mayor solemnidad, disminuyó la devoción a la Santa; en vez de una misa en su honor no se hacía más que una memoria de la mártir, y la misa fué dedicada a honrar el nacimiento espiritual del Salvador en las almas.

brillo que habrá de tener a medio día. Fuerza y belleza son sus cualidades; está armado para vencer y su nombre es *Príncipe de la Paz.*

INTROITO

La luz brillará hoy sobre nosotros: porque nos ha nacido el Señor: y será llamado Admirable, Dios, Príncipe de la paz. Padre del siglo venidero: cuyo reino no tendrá fin. *Salmo:* El Señor reinó, se vistió de belleza: el Señor se vistió y ciñó de fortaleza. — ℣. Gloria al Padre.

En esta Misa de la Aurora, la oración de la Iglesia solicita la efusión en las almas de los rayos del Sol de justicia para que sean fecundas en obras de luz, y no vuelvan a aparecer las antiguas tinieblas.

ORACION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, concedas a los que somos inundados de la nueva luz de tu Verbo encarnado, la gracia de que resplandezca en nuestras obras lo que por la fe brilla en nuestras mentes. Por el mismo Señor.

CONMEMORACIÓN DE SANTA ANASTASIA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que celebramos la solemnidad de tu bienaventurada mártir Anastasia, sintamos su protección delante de ti. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a Tito (III, 4-7.)

Carísimo: Ha aparecido la benignidad y la humanidad de Dios, nuestro Salvador; nos ha salvado, no

por las obras justas que hemos hecho nosotros, sino por su misericordia, mediante el baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que derramó en nosotros con abundancia por Jesucristo, nuestro Salvador: para que, justificados con su gracia, seamos hechos herederos según la esperanza de la vida eterna: en Nuestro Señor Jesucristo.

El Sol que ha salido para nosotros es un Dios Salvador, lleno de misericordia. Vivíamos lejos de él, en las sombras de la muerte; ha sido necesario que los rayos divinos bajasen hasta el fondo del abismo en que el pecado nos había sumergido; y he aquí que salimos regenerados, santificados, hechos herederos de la vida eterna. ¿Quién nos separará ya del amor de este Niño? ¿Seríamos capaces de hacer inútiles los prodigios de un amor tan generoso, y volver a declararnos esclavos de las sombras de la muerte? Quedémonos más bien con la esperanza de la vida eterna, en la que ya nos han puesto estos sublimes misterios.

GRADUAL

Bendito el que viene en nombre del Señor: el Señor es Dios, y nos ha iluminado. — ℣. Esto ha sido hecho por el Señor: y es maravilloso a nuestros ojos.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. El Señor reinó, se vistió de belleza: el Señor se vistió de fortaleza, y se ciñó de poder. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Lucas. (II, 15-20.)

En aquel tiempo los pastores decían entre sí: Vayamos hasta Belén, y veamos eso que ha sucedido, que el Señor nos ha manifestado. Y se fueron presurosos: y encontraron a María y a José, y al Niño acostado en un pesebre. Y al verle, conocieron ser verdad lo que se les había dicho acerca de aquel Niño. Y todos los que lo oyeron, se maravillaron: y de lo que los pastores les decían. Y María guardaba todas estas palabras, meditándolas en su corazón. Y se volvieron los pastores, glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, según se les había dicho.

Imitemos la diligencia, de los pastores en ir en busca del recién nacido. Apenas han oído las palabras del Angel cuando inmediatamente se ponen en marcha hacia el establo. Llegados a presencia del Niño, sus corazones ya preparados de antemano, le reconocen; y Jesús nace en ellos por su gracia. Están contentos de ser pequeños y pobres como El; en adelante se consideran unidos a El, y su conducta entera va a dar testimonio del cambio operado en su vida. Efectivamente, no se callan, sino que hablan del Niño y se hacen Apóstoles suyos; su palabra cautiva a los que los oyen.

Ensalcemos con ellos al Dios grande que, no satisfecho con llamarnos a su admirable luz, ha colocado la hoguera en nuestro propio corazón instalándose en él. Guardemos en nosotros con

cariño el recuerdo de los misterios de esta inefable noche, imitando el ejemplo de María que medita continuamente en su sacratísimo Corazón los sencillos y sublimes sucesos que por ella y en ella se han realizado.

Durante la ofrenda de los sagrados dones, la Iglesia pone de relieve el poderío del Emmanuel que, para restaurar al mundo caído, se ha humillado hasta el extremo de no tener por cortesanos más que a unos humildes pastores, a pesar de que se asienta sobre un trono de gloria y de divinidad, antes de que existiera el tiempo y por toda la eternidad.

OFERTORIO

El Señor afirmó el orbe de la tierra, que no se conmoverá: tu asiento, oh Dios, está preparado desde entonces; tú existes desde siempre.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que nuestros dones sean apropiados a los misterios de la Natividad de hoy, y nos infundan siempre la paz: para que, así como resplandeció como Dios el mismo que hoy se hizo hombre, así también este alimento terreno nos confiera lo que es divino. Por el mismo Jesucristo, Nuestro Señor.

CONMEMORACIÓN DE SANTA ANASTASIA

Suplicámoste, Señor, aceptes propicio estos dones ofrecidos; y por intercesión de los méritos de tu bienaventurada mártir Anastasia, haz que aprovechen a nuestra salud. Por el Señor.

Después de la comunión del Sacerdote y del pueblo, la Santa Iglesia, iluminada por la suave luz de su Esposo al que acaba de unirse, se aplica a sí misma las palabras del Profeta Zacarías, que anuncia la venida del Rey Salvador:

COMUNION

Alégrate, hija de Sión, canta, hija de Jerusalén: he aquí que viene tu santo Rey, el Salvador del mundo.

POSCOMUNION

Haz, Señor, que la natalicia novedad de este Sacramento nos renueve siempre, en virtud de Aquel cuya única Natividad destruyó la humana vejez. Por el mismo Señor.

CONMEMORACIÓN DE SANTA ANASTASIA

Has saciado, Señor, a tu familia con dones sagrados: suplicámoste nos protejas siempre con la intercesión de aquella cuya fiesta celebramos hoy. Por el Señor.

Terminado el segundo Sacrificio y celebrado ya el Nacimiento de *gracia* por medio de la nueva ofrenda de la víctima inmortal, los fieles se retiran de la Iglesia y se van a descansar hasta que se celebre el tercer Sacrificio.

La Virgen Madre. — En el establo de Belén María y José velan junto al pesebre. La Virgen Madre toma con todo respeto al recién nacido en sus brazos y le ofrece el pecho. Como un simple mortal, el Hijo del Eterno acerca sus labios a aquella fuente de vida. San Efrén trata de

introducirnos en los sentimientos que embargan en ese momento el corazón de María y nos traduce así su pensamiento: "¿Cómo he merecido yo dar a luz al que siendo simplicísimo se encuentra en todas partes, al que tengo pequeñito entre mis brazos siendo tan poderoso, al que está aquí todo entero, estando también en todo el mundo? El día en que Gabriel se dignó bajar hasta mi pobreza, de criada que era, me volví princesa. De pronto, Tú el Hijo del Rey hiciste de mí la Hija del Rey eterno. De humilde esclava de tu divinidad, llegué a ser madre de tu humanidad, ¡oh Señor e Hijo mío! Te has dignado escoger a esta pobre doncella entre toda la descendencia de David y la has sublimado hasta las alturas del cielo donde reinas. ¡Oh espectáculo! Un niño más antiguo que el mundo, su mirada busca el cielo; sus labios están cerrados; mas en su silencio se entretiene con Dios. Esa vista tan serena, ¿no delata al que con su Providencia gobierna al mundo? Y, ¿cómo me atrevo yo a darle mi leche al que es la fuente de todo ser? ¿Cómo daré yo alimento a quien sustenta al mundo entero? ¿Cómo podré envolver en pañales al que está rodeado de luz?"[1]

SAN JOSÉ. — El mismo santo Doctor del siglo IV nos muestra a San José cumpliendo sus sagrados deberes de padre para con el divino

[1] *In Natalem Domini*, V, 14.

Infante. Abraza, dice, al recién nacido, le acaricia, y sabe que ese Niño es Dios. Extasiado exclama: "¿De dónde a mí este honor de que me sea dado por hijo el Hijo del Altísimo? ¡Oh Niño!, es verdad que tuve dudas sobre tu madre: pensé incluso en alejarme de ella. La ignorancia del misterio era para mí una tentación. Y no obstante eso, en tu madre estaba ya el tesoro escondido que debía hacer de mí el más afortunado de los hombres. Mi abuelo David ciñó la corona real; yo no era ya más que un humilde artesano; pero ahora ha vuelto a mí la corona que había perdido, ahora que Tú, Señor de los reyes, te dignas descansar en mi seno"[1].

En medio de estos sublimes coloquios, la luz del recién nacido continúa alumbrando la gruta y sus alrededores; pero, al marchar los pastores y cesar el canto de los Angeles, ha vuelto a reinar el silencio en este misterioso refugio. Al descansar en nuestros lechos, pensemos en este divino Infante y en esa primera noche que pasa en su humilde cuna. Para conformarse en todo con las necesidades de la naturaleza que ha adoptado, cierra sus tiernas pupilas y el sueño voluntario viene a adormecer sus sentidos; mas en medio de ese sueño, su corazón vela y se ofrece constantemente por nosotros. A veces sonríe también a María, que tiene sus ojos fijos en El con inefable amor; ruega a su Padre, im-

[1] *Ibid.*, I, 3.

plora el perdón para los hombres; con sus actos de humildad expía su soberbia; y se nos muestra como un modelo de infancia que debemos imitar. Pidámosle que nos haga participantes de las gracias de su divino sueño para que, después de haber descansado en paz, nos despertemos en su gracia y podamos continuar generosamente el camino que nos queda por andar.

MISA DEL DIA [1]

El misterio que honra la Iglesia en esta Misa tercera es el Nacimiento eterno del Hijo de Dios en el seno del Padre. Ha celebrado ya a media noche al Hijo del Hombre saliendo del seno de la Virgen en el establo; al divino Niño naciendo en el corazón de los pastores al apuntar la aurora; en este momento va a asistir a un nacimiento más prodigioso aún, si cabe, que los dos anteriores, un nacimiento cuya luz deslumbra las miradas angélicas, y que es por sí mismo el testimonio eterno de la sublime fecundidad de nuestro Dios. El Hijo de María es también el Hijo de Dios; es obligación nuestra proclamar hoy la gloria de esta inefable generación, que le hace consubstancial a su Padre, Dios de Dios,

---

[1] Los documentos antiguos ponen como lugar de la Estación la Basílica de San Pedro, pero desde el siglo XII se eligió a Santa María la Mayor "por la brevedad del día y luz y las dificultades del camino", dice el Ordo. Romanus.

Luz de la Luz. Elevemos nuestra vista hasta ese Verbo eterno que estaba al principio con Dios y sin el que Dios no estuvo nunca; porque es la forma de su sustancia y el esplendor de su verdad eterna.

La Santa Iglesia comienza los cantos del tercer Sacrificio con un aclamación al Rey recién nacido. Ensalza el poderío real que como Dios posee antes de que el tiempo exista, y que recibirá como hombre el día en que cargue con la Cruz sobre sus espaldas. Es *el Angel del gran Consejo,* o sea, el enviado por el cielo para llevar a cabo el plan sublime ideado por la Santísima Trinidad para salvar al hombre por medio de la Encarnación y de la Redención. En ese Altísimo Consejo tuvo su parte el Verbo; su celo por la gloria de su Padre, junto con su amor a los hombres, hacen que tome ahora esta tarea sobre sus hombros.

INTROITO

Un Niño nos ha nacido, y nos ha sido dado un Hijo: cuyo imperio descansa en su hombro: y se llamará su nombre: Angel del gran Consejo. *Salmo:* Cantad al Señor un cántico nuevo: porque ha hecho maravillas. — ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta la Iglesia pide que el nuevo Nacimiento que acaba de realizar el Hijo de Dios en el tiempo, no carezca de efecto, sino que obtenga nuestra libertad.

ORACION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que la nueva Natividad según la carne de tu Unigénito, nos libre a los que la vieja servidumbre retiene bajo el yugo del pecado. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a los Hebreos (I, 1-12.)

Habiendo hablado Dios en otro tiempo muchas veces y de muchos modos a los Padres por los Profetas: en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo, al cual constituyó heredero de todo, y por el cual hizo también los siglos: el cual, siendo el resplandor de su gloria y el retrato de su substancia, y sustentando todas las cosas con la palabra de su poder, obrada la expiación de los pecados, está sentado a la diestra de la Majestad en las alturas: hecho tanto más excelente que los Angeles, cuanto más alto es el nombre que heredó. Porque ¿a cuál de los Angeles dijo jamás: *Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy?* Y otra vez: *¿Yo seré para él Padre, y él será para mí Hijo?* Y de nuevo, cuando introduce al Primogénito en la tierra, dice: *Y adórenle todos los Angeles de Dios.* Y, ciertamente, de los Angeles dice: *El que hace a sus Angeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego.* Mas al hijo le dice: *Tu trono, oh Dios, por los siglos de los siglos: el cetro de tu reino es cetro de equidad. Amaste la justicia y odiaste la iniquidad: Por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros.* Y: *Tú, Señor, fundaste en el principio la tierra: y obra de tus manos son los cielos. Estos perecerán, mas tu permanecerás; y todos envejecerán como un vestido: y los mudarás como una vestimenta, y serán mudados: tú, en cambio, siempre eres el mismo, y tus años no acabarán.*

El gran Apóstol, en este magnífico encabezamiento de su Epístola a sus antiguos hermanos de la Sinagoga, pone de relieve el Nacimiento eterno del Emmanuel. Mientras que nuestros ojos se posan con ternura en el dulce Niño del pesebre, él nos invita a elevarlos hasta aquella Luz soberana, en cuyo seno el mismo Verbo que se digna habitar en el establo de Belén, oye al Padre eterno que le dice: *Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado;* este *hoy* es el día de la eternidad, día sin mañana ni tarde, sin amanecer y sin ocaso. Si bien es cierto que la naturaleza humana, que se digna tomar en el tiempo le coloca debajo de los Angeles, el título y la cualidad de Hijo de Dios que le pertenece por esencia, le elevan infinitamente por encima de ellos. Es Dios, es el Señor, y los cambios no le afectan. Envuelto en pañales, clavado en la cruz, muriendo de dolor en su humanidad, permanece impasible e inmortal en su divinidad; para eso goza de un Nacimiento eterno...

GRADUAL

Todos los confines de la tierra vieron la salud de nuestro Dios; tierra toda, canta jubilosa a Dios. — ℣. El Señor manifestó su salud; reveló su justicia ante la faz de las gentes.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Nos ha iluminado un día santo: venid, gentes, y adorad al Señor: porque hoy ha descendido una gran luz sobre la tierra. Aleluya.

EVANGELIO

Comienzo del Santo Evangelio según San Juan. (I, 1-14.)

En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba al principio en Dios. Todo fué hecho por El; y sin El no ha sido hecho nada de lo que ha sido hecho: en El estaba la vida y la vida era la luz de los hombres: y la luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no se percataron de ella. Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan. Este vino para ser testigo, para dar testimonio de la luz a fin de que todos creyeran por él. No era él la luz, sino (que vino) para dar testimonio de la luz. Era la luz verdadera, la que alumbra a todo hombre que viene a este mundo. El estaba en el mundo, y el mundo fué creado por El, y el mundo no le conoció. Vino a los suyos y los suyos no le recibieron. Mas, a los que le recibieron, les dió el poder de hacerse hijos de Dios. Esto (concede también) a los que creen en su nombre, a los que no han nacido de la sangre, ni del deseo de la carne, ni de la voluntad de un varón, sino que han nacido de Dios. *(Aquí se arrodilla.) Y el Verbo se hizo carne,* y habitó entre nosotros; y hemos visto su gloria, la gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

¡Oh Hijo eterno de Dios!, al lado del pesebre donde en el día de hoy te dignas aparecer por amor nuestro, confesamos nosotros con la más humilde reverencia, tu eternidad, tu omnipotencia, tu divinidad. Existías ya en el principio; y estabas en Dios y eras Dios. Todo ha sido hecho por ti y nosotros somos obra de tus manos. ¡Oh Luz infinita! ¡Oh Sol de justicia! Nosotros

no somos más que tinieblas; ilumínanos. Durante mucho tiempo hemos amado las tinieblas y no te hemos comprendido; perdona nuestros errores. Durante mucho tiempo has estado llamando a la puerta de nuestro corazón y no te hemos abierto. Hoy al menos, gracias a los admirables recursos de tu amor, te hemos recibido; porque, ¿quién sería capaz de no recibirte, oh divino Niño, tan dulce y tan rebosante de ternura? Quédate, pues, con nosotros; lleva a feliz término este nuevo Nacimiento que has efectuado en nosotros. No queremos ser ya *de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre,* sino de Dios, por Ti y en Ti. Te has *hecho carne,* oh Verbo eterno, para que nosotros nos divinicemos. Sostén nuestra débil naturaleza, que desfallece ante una dignidad tan grande. Tú naces del Padre, naces de María, naces en nuestros corazones: ¡Gloria tres veces a Ti, por este triple nacimiento, oh Hijo de Dios, tan misericordioso en tu divinidad, tan divino en tus humillaciones!

En el Ofertorio, la Santa Iglesia recuerda al Emmanuel que el universo es obra suya, pues El ha creado todas las cosas. Son ofrecidos los dones entre nubes de incienso. El pensamiento de la Iglesia está siempre puesto en el Niño del pesebre; y sus cantos vuelven a insistir en el poder y grandeza de Dios encarnado.

OFERTORIO

Tuyos son los cielos, y tuya es la tierra: tú fundaste el orbe de las tierras y su redondez; justicia y juicio son la base de tu trono.

SECRETA

Santifica, Señor, con la nueva Natividad de tu Unigénito, estos dones ofrecidos: y límpianos a nosotros de nuestros pecados. Por el mismo Señor.

Durante la Comunión, el Coro celebra la dicha de la tierra, que ha visto hoy a su Salvador gracias a la misericordia del Verbo, hecho visible en carne, sin perder nada del brillo de su gloria. A continuación, la Iglesia, por boca del Sacerdote, pide para sus hijos alimentados con la carne del Cordero inmaculado, la participación en la inmortalidad de Cristo, el cual se ha dignado darles en este día las primicias de una vida completamente divina al tomar en Belén una existencia humana.

COMUNION

Todos los confines de la tierra vieron la salud de nuestro Dios.

POSCOMUNION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, así como el Salvador del mundo nacido hoy, es el autor de nuestra generación divina, así sea también el que nos dé la inmortalidad. El cual vive y reina contigo.

Ha terminado el gran día y se acerca la noche para descansar con un sueño reparador, de

las fatigas pasadas en la vigilia de la gloriosa Natividad. Antes de irnos a acostar, dediquemos un piadoso recuerdo a los santos Mártires de quienes la Santa Iglesia ha hecho memoria en el día de hoy en su Martirologio. Diocleciano y sus colegas en el imperio acababan de publicar el célebre edicto de persecución que declaraba a la Iglesia la guerra más sangrienta que jamás padeció. El edicto, clavado en las plazas de Nicomedia, residencia del Emperador, había sido rasgado por un cristiano, que pagó con un glorioso martirio aquel acto de santa audacia. Dispuestos a la lucha, los fieles se atrevieron a desafiar el poder imperial y continuaron frecuentando su iglesia condenada a ser demolida. Llegó el día de Navidad. En número de varios miles se reunieron en el santo templo para celebrar por última vez el Nacimiento del Redentor. Al saberlo Diocleciano, envió uno de sus oficiales con la orden de cerrar las puertas de la Iglesia y prender fuego por los cuatro costados del edificio. Tomadas estas medidas, por las ventanas de la basílica se dejaron oír sonidos de trompeta, y los fieles escucharon la voz de un pregón que, de parte del Emperador, brindaba la salida a quienes quisieran salvar la vida, con la condición de que ofreciesen incienso a Júpiter en un altar que a este fin se había levantado a la puerta de la iglesia; de lo contrario, serían presa de las llamas. En nombre de la pia-

dosa reunión respondió un cristiano: "Somos todos cristianos; adoramos a Cristo como a Dios único y único Rey; y estamos dispuestos a sacrificarle hoy nuestras vidas." Al oír esta respuesta, los soldados recibieron orden de encender el fuego; en un momento la iglesia se convirtió en una horrible hoguera cuyas llamas subían hacia el cielo, enviando en holocausto al Hijo de Dios, que en este día se dignó dar principio a su existencia humana, la ofrenda generosa de aquellos miles de vidas que daban testimonio de su venida a este mundo. De este modo fué honrado en Nicomedia, en el año 303, el Emmanuel bajado de los cielos para morar entre los hombres. Unamos con la Santa Iglesia el homenaje de nuestros votos al de estos heroicos cristianos cuya memoria se conservará hasta el fin de los siglos, gracias a la santa Liturgia.

Traslademos una vez más nuestro pensamiento y nuestro corazón al feliz establo donde María y José hacen compañía al divino Niño. Volvamos a adorar al recién nacido y pidámosle su bendición. San Buenaventura, en sus *Meditaciones sobre la vida de Jesucristo*, expresa con una ternura digna de su seráfica alma los sentimientos de que debe estar poseído el cristiano ante la cuna del Niño Jesús: "Tú también, que tanto lo has diferido, dobla la rodilla, adora al Señor tu Dios; venera a su Madre y

saluda con reverencia al santo viejo José; luego besa los pies del Niño Jesús, que yace en su cunita, y ruega a Nuestra Señora que te lo entregue y te permita cogerle. Tómale en tus brazos, guárdale y contempla bien su amable rostro; bésale con respeto y deléitate en él con confianza. Puedes hacer todo eso, porque ha venido precisamente para salvar a los pecadores, ha hablado con mansedumbre y por fin se ha dado a ellos en alimento. Por eso en su dulzura se dejará tocar pacientemente cuanto tú quieras, y no lo atribuirá a presunción sino a cariño."

26 DE DICIEMBRE

SAN ESTEBAN PROTOMARTIR

JESÚS Y SAN ESTEBAN. — San Pedro Damiano comienza su sermón de este día por las siguientes palabras: "Tenemos aún en nuestros brazos al Hijo de la Virgen, y honramos con nuestras caricias al Hijo de Dios. Es María quien nos ha llevado a la excelsa cuna; hermosa entre las hijas de los hombres, bendita entre las mujeres, nos ha presentado a Aquel que es hermoso entre los hijos de los hombres y más lleno de bendiciones que todos ellos. Descorre para nosotros el velo de las profecías y nos muestra la realización de los designios divinos. ¿Quién de nostros podría apartar su mirada de ese alumbra-

miento? Con todo, mientras el recién nacido nos regala con sus tiernos besos y nos tiene suspensos con tanto prodigio, de pronto, *Esteban, lleno de gracia y fortaleza, obra maravillas en medio del pueblo. (Actos,* VI, 8.) ¿Abandonaremos, pues, al Rey para volver nuestros ojos a uno de sus soldados? Ciertamente que no, a no ser que el mismo Rey nos lo ordene. Ahora bien, he aquí que el Rey, se levanta y va a presenciar el combate de su siervo. Corramos, pues, a ver ese espectáculo, al cual también él acude, y contemplemos al abanderado de los Mártires."

La Santa Iglesia, en el Oficio de hoy, quiere que leamos el principio de un Sermón de San Fulgencio en la fiesta de San Esteban: "Celebrábamos ayer el Nacimiento temporal de nuestro Rey eterno; hoy celebramos la Pasión triunfante de su soldado. Ayer, nuestro Rey revestido de carne, salió del seno de la Virgen y se dignó visitar el mundo; hoy, el luchador ha salido de la tienda de su cuerpo, y ha subido vencedor al cielo. El primero, conservando la grandeza de su eterna divinidad, se puso el humilde ceñidor de la carne, y penetró en el campo de este mundo dispuesto para la lucha; el segundo, despojándose de la envoltura corruptible del cuerpo, ha subido al palacio del cielo para reinar allí por siempre. El uno ha descendido bajo el velo de la carne, el otro ha subido entre los laureles púrpureos de su sangre. El uno ha bajado de la

compañía alegre de los Angeles, el otro ha subido de entre los judíos que le apedreaban. Ayer cantaban con gozo los santos Angeles: *¡Gloria a Dios en lo más alto de los cielos!* Hoy han recibido a Esteban alegremente en su compañía. Ayer Cristo fué envuelto en pañales por nosotros: hoy Esteban ha sido revestido por El con la túnica de la inmortalidad. Ayer, una estrecha cueva recibía a Cristo Niño: hoy, la inmensidad del cielo recibe a Esteban triunfante."

De esta manera la Liturgia une la alegría de la Natividad del Señor a la que le produce el triunfo del primer Mártir; mas no será Esteban el único en venir a gozar de sus honores en esta gloriosa octava. Después de él celebraremos a Juan, el discípulo amado; a los santos Inocentes de Belén; a Tomás, el mártir de la libertad de la Iglesia; a Silvestre, el Pontífice de la Paz. Pero el puesto de honor en esta brillante escolta del Rey recién nacido le corresponde a Esteban, el Protomártir, que, como canta la Iglesia, "fué el primero en devolver al Señor la muerte que el Salvador sufrió por él". Tales honores merecía el Martirio, ese sublime testimonio que paga plenamente a Dios los dones otorgados a nuestra raza y sella con la sangre del hombre la verdad que el Señor confió a la tierra.

El mártir: testigo de Cristo. — Para comprender bien esto, es necesario considerar el

plan divino en la salvación del mundo. El Verbo de Dios fué enviado para enseñar a los hombres; siembra su divina palabra y sus obras dan testimonio de El. Mas, después de su Sacrificio, sube a la diestra de su Padre, y su testimonio necesita otros de testigos para ser creído de los hombres. Ahora bien, estos nuevos testigos serán los Mártires, y su testimonio lo darán no sólo con sus palabras sino también con el derramamiento de su propia sangre. La Iglesia, por consiguiente, nacerá por la Palabra y la Sangre de Jesucristo, pero su sostenimiento, su paso por los siglos, y su triunfo de todos los obstáculos, será debido a la sangre de los Mártires, miembros de Cristo; y esa sangre se juntará en un mismo Sacrificio con la de su divino Jefe.

Los Mártires serán un perfecto trasunto de su Rey supremo. Serán, cmo El mismo lo dijo, "semejantes a corderos en medio de los lobos" (*S. Mateo,* X, 16.) El mundo desplegará contra ellos sus poderes, y ellos se presentarán ante él débiles y desarmados; pero, en esta desigual lucha, la victoria de los Mártires será de este modo más resonante y divina. Nos dice el Apóstol que Cristo crucificado es *la fortaleza y sabiduría de Dios (I Cor.,* I, 24); los Mártires inmolados y a pesar de todo conquistadores del mundo darán testimonio, de una manera comprensible para el mismo mundo, de que el Cristo que ellos confesaron y que les dió la constan-

cia y la victoria, es realmente *la fortaleza y la sabiduría de Dios*. Es, pues, justo que se vean asociados a todos los triunfos del Hombre-Dios, y que los honre el ciclo litúrgico como los honra la Iglesia colocando sus sagradas reliquias en el ara del altar, de manera que no se celebre nunca el Sacrificio de su triunfante Jefe, sin que ellos también sean ofrecidos en la unidad de su Cuerpo místico.

EL TESTIMONIO DE SAN ESTEBAN. — Así pues, la lista gloriosa de los Mártires del Hijo de Dios, comienza con San Esteban, quien destaca en ella por su mismo nombre, que significa *Coronado,* como presagio divino de su victoria. Es el Capitán, a las órdenes de Cristo, de ese *cándido ejército* que canta la Iglesia, por haber sido llamado el primero y haber respondido generosamente al honor de la llamada. Esteban dió enérgico y valeroso testimonio de la divinidad del Emmanuel ante la Sinagoga de los Judíos; al proclamar la verdad irritó los oídos de los incrédulos; y en seguida los enemigos de Dios, hechos también sus enemigos, lanzaron contra él una lluvia de piedras mortíferas. De pie y con valentía sufrió esta afrenta; hubiérase dicho, conforme bellamente se expresa San Gregorio de Nisa, que una suave y silenciosa nieve caía sobre él en ligeros copos, o también que una lluvia de rosas descendía dulcemente sobre su

cabeza. Pero, a través de aquellas piedras que chocaban entre sí, portadoras de la muerte, llegaba hasta él un resplandor divino: Jesús, por quien moría, se presentaba a sus miradas, y de la boca del Mártir salía un enérgico y postrer testimonio de la divinidad del Emmanuel. Y luego, imitando al divino Maestro y para hacer completo su sacrificio, el Mártir eleva su última oración por sus verdugos; dobla las rodillas y pide que no se les impute ese pecado. Así todo está consumado; ya se puede mostrar a toda la tierra el tipo del Mártir, para ser imitado y seguido en todos los tiempos, hasta la consumación de los siglos, hasta que se complete el número de los Mártires. Esteban se duerme en el Señor y es sepultado en la paz, *in pace*, hasta que se vuelva a encontrar su tumba y de nuevo se esparza su gloria por toda la Iglesia, con la milagrosa Invención de sus reliquias, que es como una resurrección anticipada.

Esteban fué digno de hacer guardia junto a la cuna de su Rey, como Capitán de los esforzados defensores de la divinidad del Niño celestial que nosotros adoramos. Pidámosle con la Iglesia que nos facilite el acceso al humilde lecho en que descansa nuestro soberano Señor. Supliquémosle nos adoctrine en los misterios de esta divina Infancia que todos debemos conocer e imitar en Cristo. En la sencillez del pesebre, no contó el número de sus enemigos ni tembló

en presencia de su ira, no eludió sus golpes, ni impuso a sus labios el silencio; les perdonó su ira; y su última oración fué por ellos. ¡Oh fiel imitador del Niño de Belén! Jesús, en efecto, no fulminó sus rayos contra los habitantes de aquella ciudad que negó un asilo a la Virgen Madre en el momento en que iba a dar a luz al Hijo de David. Tampoco tratará de detener la ira de Herodes, que en seguida le va a buscar para matarle; preferirá huír a Egipto, como un proscrito, ante la presencia del vulgar tirano; y así precisamente, a través de todas esas debilidades aparentes demostrará su divinidad y probará que el Dios Niño es también el Dios Fuerte. Pasará Herodes y su tiranía; y Cristo permanecerá mucho más grande en el pesebre, donde ha hecho temblar a un rey, que ese príncipe bajo su púrpura tributaria de los Romanos; mayor que el mismo César Augusto, cuyo colosal imperio tuvo por misión servir de escabel a la Iglesia que va a fundar ese Niño, tan humildemente inscrito en el padrón de la ciudad de Belén.

MISA [1]

Comienza la Santa Iglesia por las palabras del santo Mártir, quien, con frases de David,

[1] La Estación es en la basílica de S. Esteban, en el monte Celio comenzada por el Papa Simplicio (468-483) y terminada por Félix III (526-530). El culto de S. Esteban fué muy popu-

nos trae a la memoria las maquinaciones de los malvados, y la humilde confianza que le hizo triunfar de sus persecuciones. Desde la muerte de Abel hasta los futuros Mártires que inmolará el Anticristo, la Iglesia será siempre perseguida; su sangre no cesa de correr en una u otra región; pero su confianza reside en la fidelidad a su Esposo, en la sencillez que vino a enseñarle con su ejemplo el Niño del pesebre.

INTROITO

Sentáronse los príncipes, y hablaron contra mí; y los malvados me persiguieron: ayúdame, Señor, Dios mío, porque tu siervo practica tus mandamientos. *Salmo:* Bienaventurados los puros en su camino, los que andan en la Ley de Dios. — ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, la Iglesia pide para sí y para sus hijos la fortaleza divina que llegó en los Mártires hasta el perdón de las injurias, ratificando así su testimonio y su semejanza con el Salvador. Ensalza a San Esteban, que fué el primero en dar el ejemplo en la nueva ley.

ORACION

Suplicámoste, Señor, nos concedas la gracia de imitar lo que veneramos, para que aprendamos a amar a nuestros enemigos; pues celebramos el natalicio de

---

lar, y Roma contó, en la Edad Media, hasta treinta y cinco iglesias que le estaban dedicadas. En este día, el Papa acudía a la Basílica con los Cardenales de su corte y celebraba él mismo la Misa estacional.

aquel que supo rogar por sus mismos perseguidores a tu Hijo Nuestro Señor Jesucristo. El cual vive y reina contigo.

EPISTOLA

Lección de los Actos de los Apóstoles (Cap. VI y VII.)

En aquellos días, Esteban, lleno de gracia y fortaleza, hacía prodigios y grandes milagros en el pueblo. Levantáronse entonces unos de la Sinagoga, llamada de los Libertinos, y Cirineos, y Alejandrinos y de los de Cilicia y de Asia, disputando con Esteban: y no podían resistir la sabiduría y el Espíritu con que hablaba. Y, oyendo estas cosas, se secaban de rabia en su interior, y rechinaban los dientes contra él. Mas él, estando lleno del Espíritu Santo, mirando al cielo, vió la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios. Y dijo: He aquí que veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está a la diestra de Dios. Entonces ellos, dando grandes gritos, se taparon los oídos y se lanzaron a una contra él. Y, arrojándole fuera de la ciudad, le apedrearon: y los testigos depositaron sus vestidos a los pies de un joven que se llamaba Saulo. Y apedrearon a Esteban, que oraba y decía: Señor, Jesús, recibe mi espíritu. Y, puesto de rodillas, clamó con grande voz: Señor, no les imputes este pecado. Y habiendo dicho esto, se durmió en el Señor.

De esta manera, oh glorioso Príncipe de los Mártires, fuistes llevado fuera de las puertas de la ciudad para ser sacrificado, y muerto con el suplicio de los blasfemos. El discípulo debía ser semejante en todo a su Maestro. Pero ni la ignominia de esta muerte, ni la crueldad del suplicio amilanaron tu esforzado espíritu: lleva-

bas a Cristo en tu corazón, y con él eras más fuerte que todos tus enemigos. Mas, ¿cuál fué tu gozo, cuando se abrieron los cielos sobre tu cabeza y apareció en su carne glorificada ese Dios Salvador, de pie y a la diestra de Dios, cuando se encontraron tus miradas con las del divino Emmanuel? Esa mirada de un Dios a su criatura que se dispone a sufrir por El, y de la criatura a Dios por quien se inmola, te puso en arrobamiento. En vano llovían las duras piedras sobre tu inocente cabeza: nada era capaz de distraerte de la vista de aquel Rey eterno que por ti se levantaba de su trono y venía a colocarte la *Corona* que te había tejido desde toda la eternidad y que ahora conquistabas. Ruega, en la gloria donde hoy reinas, para que también nosotros seamos fieles, y fieles hasta la muerte, a ese Cristo que no sólo se ha levantado, sino que ha descendido hasta nosotros en la figura de niño.

GRADUAL

Sentáronse los príncipes y hablaron contra mí: y los malvados me persiguieron. — ℣. Ayúdame, Señor Dios mío: sálvame por tu misericordia.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Veo los cielos abiertos, y a Jesús, que está a la diestra del poder de Dios. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Mateo. (XXIII, 34-39.)

En aquel tiempo decía Jesús a los Escribas y Fariseos: He aquí que yo envío a vosotros profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos los mataréis y crucificaréis, y a otros los azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad: para que venga sobre vosotros toda la sangre justa, que ha sido derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar. En verdad os digo: Todo esto vendrá sobre esta generación. Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados: ¿cuántas veces he querido congregar a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y tú no has querido? He aquí que vuestra casa se os quedará desierta. Porque os digo que, desde ahora, ya no me veréis más hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor.

Los Mártires continúan en el mundo el ministerio de Cristo, dando testimonio de su doctrina y sellándola con su sangre. El mundo no los ha reconocido; han brillado en las tinieblas como su Maestro, y las tinieblas no los han comprendido. Con todo, muchos han aceptado su testimonio y gracias a esta fecunda semilla han germinado para la fe. La Sinagoga fué rechazada por haber derramado la sangre de Esteban después de la de Cristo; ¡desgraciado, pues, quien no reconozca el mérito de los Mártires!

Recojamos, nosotros las grandes lecciones que nos da su sacrificio, y demostremos con nuestra devoción hacia ellos la gratitud que les debemos por la sublime misión que han desempeñado y siguen desempeñando en la Iglesia. La Iglesia, efectivamente, no está nunca sin Mártires, como no está nunca sin milagros; es el doble testimonio que dará hasta el fin de los siglos, por cuyo medio manifiesta la vida divina que su fundador la ha comunicado.

Durante el Ofertorio, la Santa Iglesia recuerda los méritos y la sublime muerte de Esteban, para manifestar que el sacrificio del santo Diácono se une al del mismo Jesucristo.

OFERTORIO

Eligieron los Apóstoles al Levita Esteban, lleno de fe y del Espíritu Santo: al que apedrearon los judíos mientras oraba y decía: Señor, Jesús, recibe mi espíritu, aleluya.

SECRETA

Recibe, Señor, estos dones en memoria de tus Santos: para que, así como el martirio los hizo a ellos gloriosos, así la piedad nos haga puros a nosotros. Por el Señor.

Unida a su divino Esposo por la santa Comunión, la Iglesia ve también los cielos abiertos y a Jesús de pie a la diestra de Dios. Transmítele al Verbo encarnado todos sus sentimientos amorosos, y de este celestial alimento saca esa man-

sedumbre que le ayuda a soportar las injurias de sus enemigos, para ganarlos a todos a la fe y al amor de Jesucristo. También Esteban se había alimentado con este manjar divino, para lograr la fortaleza sobrehumana que le mereció la victoria y la corona.

COMUNION

Veo los cielos abiertos, y a Jesús, que está a la diestra del poder de Dios: Señor Jesús, recibe mi espíritu, y no les imputes este pecado.

POSCOMUNION

Ayúdennos, Señor, los misterios recibidos: y, por intercesión de tu bienaventurado mártir Esteban, haz que nos defiendan con eterna protección. Por el Señor.

¡Oh primicia y Capitán de los Mártires! nos unimos a las alabanzas que te han tributado todos los siglos cristianos. Te felicitamos por haber sido elegido por la Santa Iglesia, para estar en un puesto de honor junto a la cuna del soberano Señor de todo lo criado. ¡Cuán gloriosa aparece tu confesión en medio de los mortíferos guijarros que destrozaron tus miembros valerosos! ¡Qué deslumbrante la púrpura que te envuelve como a un héroe! ¡Qué resplandecientes las cicatrices de esas heridas que recibiste por Cristo! ¡Cuán numeroso y brillante el ejército de los Mártires que te sigue como a su Capitán y que continúa engrosando hasta la consumación de los siglos!

En estos días del Nacimiento de nuestro común Salvador, te suplicamos, oh Esteban, nos introduzcas en las profundidades de los misterios del Verbo encarnado. A ti te corresponde, como fiel guardián de su Pesebre, presentarnos al Niño celestial que allí descansa. Tú diste testimonio de su divinidad y de su humanidad; confesaste al Hombre Dios en medio de los gritos furiosos de la Sinagoga. En vano los Judíos se taparon los oídos; tuvieron que oír tu potente voz denunciándoles el deicidio que habían cometido entregando a la muerte al que es al mismo tiempo Hijo de Dios e Hijo de María. Muéstranos también a nosotros al Redentor del mundo, pero no como triunfador a la diestra del Padre, sino dulce y humilde, como en las primeras horas de su aparición, envuelto en pañales y recostado en el pesebre. También nosotros queremos ser sus testigos, queremos anunciar su Nacimiento lleno de amor y misericordia y hacer ver con nuestras obras que también en nuestros corazones ha nacido. Obtén para nosotros esa devoción al Niño divino, que a ti te hizo fuerte en el día de la prueba. La tendremos si somos sencillos y valientes como tú lo fuiste, y si amamos de corazón a ese Niño; pues el amor es más fuerte que la muerte. Haz que no olvidemos nunca que todo cristiano debe estar dispuesto al martirio por el solo hecho de ser cristiano. Haz que la vida de Cristo iniciada en nos-

otros se vea desarrollada por nuestra fidelidad y nuestras obras de manera, que lleguemos, como dice el Apóstol, a la *plenitud de Cristo. (Ef.*, IV, 13.)

Mas, acuérdate, oh glorioso Mártir, acuérdate de la Santa Iglesia en esas regiones en que los decretos divinos exigen que resista hasta la sangre. Logra que el número de tus hermanos se complete con todos los que se ven expuestos a la prueba, para que ni uno sólo desfallezca en el combate; que no aflojen ni la edad ni el sexo, para que el testimonio sea completo, y para que la Iglesia recoja también en su vejez, las palmas y coronas inmortales que honraron aquellos primeros años de que tú fuiste ornato Ruega, pues, oh Esteban, para que sea fecunda la sangre de los Mártires como en los antiguos tiempos; para que la tierra desagradecida no la sofoque sino que la haga producir buenas cosechas. Reduce cada día más las fronteras de la infidelidad; haz que se extinga la herejía y cese ya de devorar, como una lepra, los miembros de la Iglesia cuyo vigor sería la gloria y el consuelo de la misma. Conceda el Señor, por tu intercesión, a nuestros últimos Mártires, la realización de las esperanzas que hicieron vibrar su corazón, cuando ofrecían su cabeza a la espada del verdugo o entregaban su alma en medio de los tormentos.

* * *

No hemos de terminar el segundo día de la Octava de Navidad sin detenernos junto a la cuna del Emmanuel para contemplar al Hijo divino de María. Han pasado ya dos días desde que su Madre le acostó en el humilde pesebre; estos dos días significan más para la salvación del mundo que los miles de años que precedieron al nacimiento de este Niño. La obra de nuestra Redención sigue adelante, y los vagidos del recién nacido y sus lloros comienzan a expiar nuestros pecados. Consideremos pues hoy, en esta fiesta del primero de los Mártires, las lágrimas que humedecen las mejillas infantiles de Jesús y que son los primeros indicios de "sus dolores". "Llora este Niño, dice San Bernardo; pero no como los demás niños, ni por la misma razón. Los hijos de los hombres lloran de necesidad y flaqueza; Jesús llora de compasión y por amor nuestro." Recojamos con cariño las lágrimas de un Dios que se ha hecho hermano nuestro, y que sólo por nuestros males llora. Aprendamos a lamentar el mal del pecado, que viene a nublar, con los sufrimientos anticipados del tierno Niño que el cielo nos envía, el dulce gozo que nos había causado su venida.

También María contempla esas lágrimas, y su corazón se estremece. Presiente ya que ha traído al mundo un varón de dolores; pronto lo habrá de saber más claramente. Unámonos a ella, consolando al recién nacido con el amor

de nuestros corazones. Es el único galardón que ha venido a buscar a través de tantas humillaciones; por ese amor ha bajado del cielo y ha realizado todos los prodigios que nos rodean. Amémosle con toda nuestra alma, y supliquemos a María le haga aceptar el don de nuestro corazón. El Salmista dijo en su cántico: *El Señor es grande y digno de todo loor;* añadamos con San Bernardo: *¡El Señor es pequeño, y digno de todo amor!*

El piadoso al par que elocuente Padre Faber, que fué también un gran poeta, ha cantado en el más gracioso villancico el misterio del Niño Jesús bajo el aspecto que ahora lo estamos contemplando. "¡Niño pequeñito, exclama, cuán dulce eres! ¡Cómo brillan tus ojos! Parece que hablan cuando la mirada de María se encuentra con la tuya. — ¡Cuán débiles son tus vagidos! Semejantes al gemido de la inocente paloma, son tus quejas de sufrimiento y amor. — Cuando María te dice que duermas, duermes; cuando te llama, te despiertas; alegre en sus rodillas y contento también en el rústico pesebre. — ¡Oh el más sencillo de los niños! ¡con qué gracia obedeces a la voluntad de tu madre! Tus gestos infantiles delatan la ciencia de un Dios oculto. Cuando José te toma en sus brazos y acaricia tus mejillas, tú le miras a los ojos con inocencia y dulzura. — Sí, eres efectivamente, lo que aparentas ser; una criaturita sonriente

y llorosa; a pesar de eso eres Dios, y el cielo y la tierra te adoran temblando. — Sí, querido Niño, tus manecitas, que juegan con el cabello de María, sostienen al mismo tiempo el peso del universo. — Mientras aprietas con tierno y tímido abrazo el cuello de María, los más elevados Serafines velan su rostro ante el tuyo, ¡oh divino Niño! — Cuando María ha calmado tu sed y acallado tus débiles gemidos, aún quedan los corazones de los hombres abiertos a tus ojos dormidos. Débil Niño ¿es que eres tú mi Dios? Oh, entonces yo debo amarte; sí, debo amarte y aspirar a propagar tu amor entre los olvidadizos mortales. Duerme, dulce Niño, con el corazón alerta; duerme, Jesús amado: algún día habrás de velar por mí para sufrir y llorar. — Azotes, una cruz, una cruel corona, eso es lo que guardo para ti. Y esto no obstante, oh Señor, una lagrimita tuya sería suficiente para el rescate. — Mas no; tu corazón ha escogido la muerte; ése es el precio decretado allá arriba. Quieres hacer algo más que salvar nuestras almas; quieres morir por amor.

27 DE DICIEMBRE

SAN JUAN, APOSTOL Y EVANGELISTA

El Apóstol Virgen. — Después de Esteban el primero de los Mártires, el más próximo junto

al pesebre del Señor es Juan, el Apóstol y Evangelista. Era justo que fuese reservado el primer puesto al que amó al Emmanuel hasta el punto de derramar su sangre en su servicio, porque, como dice el mismo Salvador, *no hay mayor caridad que la de dar su vida por aquellos a quienes se ama (S. Juan,* XV, 13); la Iglesia ha considerado siempre el martirio como la última prueba del amor, que tiene incluso virtud para perdonar los pecados como un segundo bautismo. Pero, después del sacrificio sangriento, el más noble y valeroso, el que mejor conquista el corazón del Esposo de las almas, es el sacrificio de la virginidad. Ahora bien, así como San Esteban es reconocido como prototipo de los Mártires, San Juan aparece ante nosotros como el Príncipe de los Vírgenes. El martirio le valió a San Esteban la palma y la corona: la virginidad mereció a Juan sublimes privilegios que, al mismo tiempo que prueban el valor de la castidad, colocan a este Discípulo entre los miembros más destacados de la humanidad. Juan tuvo la honra de nacer de la estirpe de David, en la misma familia de la purísima María; fué por lo mismo, pariente de Nuestro Señor según la carne. Compartió ese honor con su hermano Santiago el Mayor, hijo como él del Zebedeo y con Santiago el Menor y San Judas hijos de Alfeo; Juan siguió a Cristo en la flor de la juventud sin volver la vista atrás; fué objeto de

una ternura particular por parte del corazón de Jesús, y en tanto que los demás fueron simplemente Discípulos y Apóstoles, él fué el Amigo del Hijo de Dios. El sacrificio de la virginidad que Juan ofreció al Hombre-Dios fué según lo proclama la Iglesia, el motivo por el que el Hijo de Dios le amó singularmente. Convienes pues, destacar aquí en el día de su fiesta, las gracias y privilegios que se derivaron para él de esta celestial predilección.

El Discípulo amado. — Sólo ésta palabra del santo Evangelio: *El Discípulo a quien Jesús amaba,* dice más en su admirable concisión, que todos los comentarios. Sin duda, Pedro fué elegido para ser Jefe de los demás Apóstoles y fundamento de la Iglesia; fué más honrado; pero Juan fué más amado. A Pedro se le mandó que amase más que los demás; por tres veces pudo responder a Cristo que así lo hacía; pero Juan fué más amado por Cristo que el mismo Pedro, porque convenía honrar la virginidad.

La castidad de los sentidos y del corazón tiene la virtud de acercar a Dios a quien la guarda, y la de atraer a Dios hacia nosotros; por eso, en el solemne momento de la última Cena, de aquella fecunda Cena que se iba a renovar en el altar hasta el fin de los siglos para reanimar la vida en las almas y curar sus heridas, Juan se colocó junto a Jesús, y no sólo disfrutó

de este honor insigne, sino que, en las últimas expansiones del amor del Redentor, este hijo de su ternura mereció apoyar su cabeza sobre el pecho del Hombre-Dios. Entonces bebió la luz y el amor en su fuente divina, y este favor que era ya una recompensa, fué también el origen de dos particulares gracias que recomiendan de un modo especial a San Juan a la veneración de toda la Iglesia.

El doctor. — Efectivamente, queriendo la divina Sabiduría revelar el misterio del Verbo y confiar a la palabra escrita secretos que hasta entonces ninguna pluma humana había sido llamada a publicar, fué Juan escogido para ésta gran obra. Pedro había muerto en la Cruz, Pablo había entregado su cerviz a la espada, los demás Apóstoles habían sellado sucesivamente su doctrina con su sangre; sólo San Juan quedaba en pie, en medio de la Iglesia; y la herejía, renegando de las enseñanzas apostólicas, trataba ya de destruir al Verbo divino, no queriendo reconocerle como Hijo de Dios, consubstancial al Padre. Las Iglesias invitaron a hablar a Juan; y él lo hizo con lenguaje celestial. Su divino Maestro había reservado para él, limpio de toda impureza, la gloria de escribir de su puño mortal los misterios que sus hermanos sólo tenían misión de enseñar: El Verbo, Dios eterno, y el mismo Verbo hecho carne por la

salvación del hombre. De ahí se elevó como el Aguila hasta el Sol divino; le contempló sin deslumbrarse, porque la pureza de su alma y de sus sentidos le habían hecho digno de ponerse en contacto con la Luz increada. Si Moisés, después de haber hablado con el Señor en la nube, se retiró del divino coloquio con la frente radiante de maravillosos destellos, ¡cuánto más refulgente debía de ser el venerable rostro de Juan, que se había apoyado en el mismo Corazón de Jesús, *donde,* como dice el Apóstol, *¡se ocultan todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia!*[1] ¡qué luminosos sus escritos! ¡qué divina su enseñanza! A él le ha aplicado la Iglesia ese símbolo sublime del Aguila mostrada por Ecequiel, símbolo confirmado por el mismo San Juan en su Revelación, al que se añade el de *Teólogo* que le ha dado toda la tradición.

El Apóstol del amor. — Como la castidad, apartando al hombre de los afectos groseros y egoístas le eleva a un amor más puro y generoso, el Salvador concedió a su discípulo amado, además de esa primera recompensa que consiste en la penetración de los misterios, una efusión de amor extraordinaria. Juan había guardado en su corazón los discursos de Jesús: de ellos hizo partícipe a la Iglesia, y sobre todo le reveló el Sermón divino de la Cena, en el que

---

[1] *Col.,* II, 3.

se expansiona el alma del Redentor, que, *habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin*[1] Escribió Epístolas para decir a los hombres que *Dios es amor*[2]; *que el que no ama no conoce a Dios*[3]; que, *la caridad aleja el temor*[4]. Hasta el fin de su vida, hasta en los días de su extrema vejez, no dejó de inculcar el amor que los hombres se deben unos a otros, siguiendo el ejemplo de Dios, que los ha amado; y así como había anunciado de una manera más clara que los demás la divinidad y los esplendores del Verbo, así también se mostró un particular Apóstol del infinito Amor que el Emmanuel vino a encender en la tierra.

El hijo de María. —Pero el Señor le reservaba todavía un don verdaderamente digno del Discípulo virgen y predilecto. Al morir en la Cruz, Jesús dejaba en la tierra a María; José había entregado su alma al Señor hacía ya muchos años. ¿Quién, pues, velaría por tan sagrado tesoro? ¿quién sería digno de recibirle? ¿Enviaría Jesús a sus Angeles para proteger y consolar a su Madre, no mereciendo nadie en la tierra semejante honor? Desde lo alto de la cruz, Jesús ve al discípulo virgen: todo está determinado. Juan será un hijo para María, María será

[1] *S. Juan;* XIII, 1.
[2] *I S. Juan,* IV, 16.
[3] *Ibíd.,* 7.
[4] *Ibíd.,* 18.

una Madre para Juan; la castidad del discípulo le ha hecho digno de recibir tan glorioso legado.

Así, siguiendo la bella observación de San Pedro Damiano, a Pedro se le confía la guarda de la Iglesia, Madre de los hombres; mas a Juan le será confiada María, la Madre de Dios. El la guardará como bien propio, a su lado hará las veces de su divino Amigo; la amará como a su propia madre; y será amado por ella como un hijo.

La gloria de San Juan. — Rodeado de tanta luz, inflamado con tanto amor; ¿nos extrañaremos que Juan haya llegado a ser el ornato de la tierra y la gloria de la Iglesia? Contad si podéis sus títulos; enumerad sus cualidades. Consanguíneo de Cristo por María, Apóstol, Virgen, Amigo del Esposo; Aguila divina, Teólogo sagrado, Doctor de la Caridad, Hijo de María; es además Evangelista, por el relato que nos ha dejado de la vida de su Maestro y Amigo. Escritor sagrado, por sus tres Epístolas inspiradas por el Espíritu Santo; Profeta, por su misterioso Apocalipsis, que encierra los secretos del tiempo y de la eternidad. ¿Qué es lo que le ha faltado? ¿la palma del martirio? No se podría afirmar, porque aunque no consumó su sacrificio, llegó a beber, con todo, el cáliz de su Maestro, cuando después de una cruel flagelación fué sumergido en una olla de aceite hirviendo, en Roma, en el año 95 ante la Puerta Latina. Fué, pues, tam-

bién mártir con el deseo y en la intención, si no efectivamente; y si el Señor, que quería conservarle en su Iglesia como un monumento de su aprecio a la castidad y de los honores que a esta virtud reserva, si el Señor suspendió milagrosamente el efecto de tan atroz suplicio, el corazón de Juan había ya aceptado el martirio con todas sus consecuencias [1].

Este es el compañero de Esteban junto a la cuna en que honramos al divino Infante. Si el Protomártir brilla por la púrpura de su sangre, la blancura virginal del hijo adoptivo de María ¿no es más deslumbradora que la de la misma nieve? ¿Los lirios de Juan no pueden mezclar sus inocentes destellos con el rojizo esplendor de las rosas de la corona de Esteban? Ensalcemos, pues, al Rey recién nacido, cuya corte brilla con tan alegres y puros colores. Ese celeste cortejo se ha formado a nuestra propia vista. Hemos contemplado primeramente a María y a José solos en el establo junto al pesebre; apareció luego el ejército de los Angeles con sus melodiosas legiones; en seguida llegaron los pastores de corazón sencillo y humilde; después, Esteban el Coronado, Juan el Discípulo predilecto; en espera de los Magos, van a venir otros todavía a aumentar el esplendor de la fiesta y a alegrar más y más nuestros corazones. ¿Qué Nacimiento

[1] Murió probablemente en Efeso, en el reinado de Trajano (98-117.)

el de nuestro Dios? Por humilde que parezca ¡qué divino! ¡Qué rey de la tierra! ¿Qué Emperador recibió nunca junto a su espléndida cuna honores semejantes a los de este Niño de Belén? Unamos nuestros homenajes a los que recibe de todos esos bienaventurados miembros de su corte; y, si ayer reavivamos nuestra fe ante la vista de la palma sangrienta de Esteban, despertemos hoy en nosotros el amor de la castidad, con el perfume de los celestiales aromas que emanan de las flores de la virginal guirnalda del Amigo de Cristo.

MISA [1]

La Santa Iglesia comienza los cantos del santo Sacrificio con unas palabras del libro del Eclesiástico aplicadas a San Juan. El Señor colocó a su discípulo amado en la cátedra de su Iglesia, para que publicara sus misterios. En sus sublimes coloquios le colmó de infinita sabiduría y le vistió de una blanca y deslumbrante vestidura, para honrar su virginidad.

---

[1] El sacramentario leoniano trae dos misas en la fiesta de San Juan. La una se celebraba sin duda en Letrán, donde había un oratorio dedicado al Apóstol; la otra en Santa María la Mayor, quizá a causa de los mosaicos de Sixto III que conmemoran el Concilio de Efeso, celebrado junto a la tumba de San Juan. Hoy día se celebra la Estación en esta última basílica, que es el santuario más insigne levantado en honor de la Madre de Dios.

INTROITO

En medio de la Iglesia abrió su boca; y el Señor le llenó del espíritu de sabiduría y de inteligencia: le vistió una túnica de gloria. *Salmo:* Es bueno alabar al Señor, y salmodiar a tu nombre, oh Altísimo. — ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, la Iglesia pide el don de la Luz, o sea, el Verbo divino, don de que fué distribuidor San Juan en sus divinos escritos. Aspira a gozar por siempre de la posesión de ese Emmanuel que vino a la tierra para iluminarla, y que reveló a su discípulo los secretos celestiales.

ORACION

Ilustra, Señor, benigno a tu Iglesia: para que, iluminada con las doctrinas de tu bienaventurado Apóstol y Evangelista Juan, alcance los dones sempiternos. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro de la Sabiduría. (Ecles., XV, 1-6.)

El que teme a Dios hará el bien; y el que está firme en la justicia, alcanzará la sabiduría, y ella saldrá a su encuentro, como una madre honrada. Le alimentará con pan de vida y de inteligencia, y le abrevará con el agua de la saludable sabiduría: y se afirmará en él, y no se doblegará: y le sostendrá y no será confundido: y le exaltará ante sus prójimos, y le abrirá la boca en medio de la asamblea, y le llenará del espíritu de sabiduría y de inteligencia y le vestirá una túnica de gloria. Atesorará sobre él jocundidad y exultación, y el Señor nuestro Dios le dará en herencia un nombre eterno.

Esta suprema Sabiduría es el Verbo divino que apareció delante de San Juan, llamándole al Apostolado. Ese Pan de vida con que le alimentó es el Pan inmortal de la última Cena; ese agua de saludable doctrina es la que el Salvador prometía a la Samaritana y con la que se pudo saciar Juan en su misma fuente, cuando le fué dado descansar sobre el Corazón de Cristo. Esa fortaleza inquebrantable es la que le mantuvo en la guarda vigilante y valerosa de la castidad y en la confesión del Hijo de Dios antes los esbirros de Domiciano. El tesoro que para él recogió la divina Sabiduría, es todo ese conjunto de gloriosos privilegios que hemos señalado. Por fin, ese nombre eterno es el de *Discípulo amado.*

GRADUAL

Corrió entre los discípulos la voz de que aquel discípulo no moriría; pero no dijo Jesús: No morirá: — ℣. Sino: Quiero que permanezca así, hasta que yo venga: tú sígueme.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas: y sabemos que su testimonio es verdadero. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Juan. (XXI, 19-24.)

En aquel tiempo dijo Jesús a Pedro: Sígueme. Y, volviéndose Pedro, vió venir detrás a aquel discípulo a quien amaba Jesús, el que en la cena descansó so-

bre su pecho y le preguntó: Señor ¿quién es el que te entregará? Al ver pues, a éste Pedro, le dijo a Jesús: Señor, ¿qué será de éste? Díjole Jesús: Quiero que permanezca así hasta que yo venga: ¿qué te importa? Tú sígueme. Corrió, pues, entre los hermanos la voz de que aquel discípulo no moriría. Y no dijo Jesús: No morirá: sino: Quiero que permanezca así hasta que yo venga: ¿qué te importa? Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas: y las ha escrito y sabemos que su testimonio es verdadero.

Este trozo del Evangelio ha fatigado mucho a los Padres y conmentadores. Se ha creído ver en él la confirmación del parecer de los que opinaron que San Juan fué eximido de la muerte corporal, y que espera todavía en carne mortal la venida del Juez de vivos y muertos. Mas, no es necesario ver en él, con la mayor parte de los santos Doctores, sino la diferencia de las dos vocaciones de San Pedro y de San Juan. El primero seguirá a su Maestro, muriendo como El en la cruz; el segundo deberá aguardar; alcanzará una dichosa ancianidad; y verá llegar hasta él a su Maestro, que le sacará de este mundo con una muerte tranquila.

En el Ofertorio, la Iglesia recuerda las palmas floridas del discípulo amado; nos muestra a su alrededor las generaciones de fieles que llevó a la luz de la verdad, las Iglesias que fundó y que se multiplicaban en torno suyo como los jóvenes cedros a la sombra de sus majestuosos antepasados que se yerguen en el Líbano.

OFERTORIO

El justo florecerá como la palmera: se multiplicará como el cedro que hay en el Líbano.

SECRETA

Recibe, Señor, los dones que te ofrecemos en la solemnidad de aquel con cuyo patrocinio esperamos ser libertados. Por el Señor.

Las misteriosas palabras que hemos leído en el Evangelio hace unos momentos, vuelven ahora en el instante en que el sacerdote y el pueblo comulgan con la Víctima de la salvación, como una garantía de que quien come este Pan, aunque muera en el cuerpo, seguirá viviendo en espera de la venida del juez y remunerador supremo.

COMUNION

Corrió entre los hermanos la voz de que aquel discípulo no moriría: y no dijo Jesús: No morirá: sino: Quiero que permanezca así hasta que yo venga.

POSCOMUNION

Alimentados con manjar y bebida celestiales, suplicámoste. Señor, humildemente, seamos protegidos con la intercesión de aquel en cuya conmemoración los hemos recibido. Por el Señor.

¡Oh Discípulo amado del Niño que nos ha nacido! ¡cuán grande es tu felicidad! ¡qué admirable el galardón de tu amor y de tu virginidad! En ti se ha realizado la palabra del Maestro: *Fe-*

lices los limpios de corazón porque ellos verán a Dios. No sólo has visto a este Dios-Hombre, sino que has sido su Amigo y has descansado en su corazón. Juan Bautista tiembla al extender su mano para bautizarle en el Jordán; Magdalena, asegurada por El mismo de un perdón inmenso como su amor, no se atreve a levantar su cabeza y se arroja a sus pies; Tomás espera su mandato para introducir su dedo en las cicatrices de sus llagas: y tú, en presencia de todo el Colegio Apostólico, tomas el sitio de honor a su lado y apoyas tu mortal cabeza sobre su pecho. Y no sólo gozas de la vista y posesión del Hijo de Dios en la carne, sino que, gracias a la pureza de tu corazón vuelas con la agilidad del águila y fijas tu mirada en el Sol de Justicia, en el seno mismo de esa Luz inaccesible, donde habita eternamente con el Padre y el Espíritu Santo.

Ese es el precio de la fidelidad que le demostraste al conservar para él, libre de toda mancha, el precioso tesoro de la castidad. ¡Acuérdate de nosotros tú que eres el favorito del gran Rey! Hoy confesamos la divinidad de este Verbo inmortal, que tú nos has dado a conocer; pero quisiéramos acercarnos a El en estos días en que se muestra tan accesible, tan humilde, tan amoroso, bajo la capa de la infancia y la pobreza. ¡Ay! nuestros pecados nos contienen; nuestro corazón no es puro como el tuyo; necesitamos un

protector que nos presente ante el *pesebre de nuestro Señor. (Is.,* I, 3.)

En ti confiamos, oh predilecto del Emmanuel, para gozar de esta dicha. Tú nos descorriste el velo de la divinidad del Verbo en el seno mismo del Padre; llévanos a la presencia del Verbo hecho carne. Haz que por tu medio podamos entrar en el establo, detenernos junto al pesebre, ver con nuestros ojos y tocar con nuestras manos al dulce fruto de la vida eterna. Haz que podamos contemplar los rasgos tan encantadores de Aquel que es nuestro Salvador y Amigo tuyo, y oír los latidos de ese corazón que te amó y nos ama; de ese corazón, que ante tus propios ojos fué abierto en la Cruz por el hierro de la lanza. Haz que permanezcamos junto a esta cuna, que participemos de los dones de este celestial Niño y que imitemos como tú su sencillez.

Finalmente tú, que eres el hijo y guardián de María, preséntanos a tu Madre, que lo es también nuestra. Dígnese ella, por tus ruegos, comunicarnos algo de esa ternura con la que vela junto a la cuna de su divino Hijo; vea en nosotros a los hermanos de ese Jesús que llevó en su seno, y asócienos al maternal afecto que para ti sintió ¡oh feliz tesorero de los secretos y de los cariños del Hombre-Dios!

También te recomendamos, oh santo Apóstol, a la Iglesia de Dios. Tú la plantaste, la regaste, la embalsamaste con el suave aroma de tus vir-

tudes, y la iluminaste con tu divina doctrina; logra ahora que todas estas gracias, que por ti nos han venido, fructifiquen hasta el último día; que brille la fe con un nuevo esplendor, que se avive en los corazones el amor de Cristo, que se purifiquen y florezcan las costumbres cristianas y que el Salvador de los hombres, al decirnos por las palabras de tu Evangelio: *Ya no sois mis siervos, sino mis amigos;* oiga salir de nuestros labios y de nuestros corazones una respuesta de amor y de entusiasmo, que le dé la seguridad de que le seguiremos por todas partes como tú le seguiste.

* * *

Consideremos el sueño del Niño Jesús en este tercer día de su Nacimiento. Admiremos al Dios de bondad bajado del cielo para invitar a todos los hombres a buscar entre sus brazos el descanso de sus almas; al Dios, que se somete a tomar descanso en su morada terrestre, santificando con su divino sueño esa necesidad que la naturaleza nos impone. Acabamos de contemplar con placer cómo ofrece en su pecho un lugar de descanso a S. Juan; y a todas las almas que quieran imitarle en su amor y en su pureza; ahora le contemplamos a él mismo dulcemente dormido en su humilde cunita o en el regazo de su Madre.

San Alfonso M.ª de Ligorio, en uno de sus deliciosos cánticos, describe de la siguiente manera el sueño del divino Niño y la ternura de la

Virgen Madre: "Los cielos suspendieron su dulce armonía cuando María cantaba para dormir a Jesús. — Con su voz divina, la Virgen pura, brillante como una estrella, decía así: — Hijo mío, Dios mío y mi tesoro, tú duermes y yo muero de amor por tu belleza. En tu sueño, oh bien mío, no miras a tu Madre; mas el aire que respiras es fuego para mí; tus ojos cerrados me penetran con sus rayos; ¿qué será de mí cuando los abras? — Tus mejillas de rosa me roban el corazón ¡Oh Dios, mi alma desfallece por ti! — Tus labios encantadores me piden un beso; perdona, querido, no tengo ya más. — Se calla y, apretando al Niño contra su regazo, deposita un beso en su rostro divino. — Pero el Niño adorado se despierta y con sus bellos ojos amorosos mira a su Madre—. ¡Oh Dios! ¡qué dardo de amor para la Madre esos ojos, esas miradas que traspasan su corazón! — Y tú, alma mía, tan dura ¿no te derrites a tu vez al ver a María desfallecer de ternura ante su Jesús? — Divinas beldades, tarde os he amado, mas en adelante sólo para vosotras serán las llamas de mi corazón. — El Hijo y la Madre, la Madre con el Hijo, la rosa con el lirio, se llevarán para siempre todos mis amores."

Honremos, pues, el sueño del Niño Jesús; adoremos al recién nacido en ese su voluntario reposo, y pensemos en los trabajos que le aguardan al despertar. Este Niño crecerá, se hará hom-

bre e irá, a través de toda clase de fatigas, en busca de nuestras almas, pobres ovejas perdidas. No turbemos, pues, su sueño, en estas primeras horas de su vida mortal; no inquietemos su corazón con el pensamiento de nuestros pecados, y dejemos que goce María en paz de la dicha de contemplar el descanso de ese Niño, que más tarde le causará tantas lágrimas. Día vendrá y muy pronto, en que diga: "Las raposas tienen sus guaridas, las aves del cielo sus nidos; mas el Hijo del hombre no tiene dónde reposar su cabeza."

Pedro de Celles dice admirablemente en su sermón cuarto sobre el Nacimiento del Salvador: "Cristo tuvo tres lugares en donde reposar su cabeza. Primero el seno de su eterno Padre. Dice El: *Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí.* ¿Hay algún descanso más deleitoso que esta complacencia del Padre en el Hijo y del Hijo en el Padre? Unidos en mutuo e inefable amor son felices. Pero sin dejar este lugar de descanso eterno, el Hijo de Dios buscó otro en el seno de la Virgen. La cubrió con la sombra del Espíritu Santo y descansó en ella largamente mientras se formaba su cuerpo humano. La Virgen purísima no turbó el sueño de su Hijo; supo mantener en un silencio digno del cielo todas las potencias de su alma, y extasiada en sí misma, descubrió misterios que no es dado al hombre repetir. El tercer lugar del descanso de Cristo está en el

hombre, en un corazón purificado por la fe, dilatado por la caridad, elevado por la contemplación y renovado por el Espíritu Santo. Un corazón semejante ofrecerá a Cristo, no una morada terrestre, sino una habitación completamente celestial, en la que el Niño que nos ha nacido no rehusará tomar su descanso.

28 DE DICIEMBRE

LOS SANTOS INOCENTES

Después de la festividad del Discípulo amado viene la de los santos Inocentes: la cuna del Emmanuel, junto a la que hemos venerado al Príncipe de los Mártires y al Aguila de Patmos, aparece hoy ante nuestra vista, rodeada de una graciosa cohorte de niñitos vestidos de túnicas blancas como la nieve y con verdes palmas en sus manos. El Niño divino les sonríe; es su Rey, y toda esa pequeña corte sonríe también a la Iglesia de Dios. La fortaleza y la fidelidad nos han llevado ya ante el Redentor; la inocencia nos invita hoy a quedarnos junto al pesebre.

Herodes quiso envolver al Hijo de Dios en una matanza de niños; Belén oyó los lamentos de las madres; la sangre de los recién nacidos inundó la región entera; pero todos estos conatos de la tiranía no lograron afectar al Emmanuel; sólo

consiguieron enviar al ejército celeste una nueva leva de Mártires [1]. Estos niños tuvieron el insigne honor de ser inmolados por el Salvador del mundo; pero, momentos después de su sacrificio, les fueron reveladas repentinamente alegrías próximas y futuras muy superiores a las de un mundo que pasaron sin conocerle, Dios, copioso en misericordia, no exigió de ellos más que el sufrimiento de algunos minutos; y se despertaron en el seno de Abrahán libres y exentos de toda otra prueba, puros de toda mancha mundana, llamados al triunfo como el guerrero que da su vida para salvar la de su jefe.

Su muerte es, pues, un verdadero Martirio, y por eso la Iglesia los honra con el bello título de *Flores de los Mártires,* a causa de su tierna edad y de su inocencia. Tienen, por tanto, derecho a figurar hoy en el ciclo, a continuación de los dos esforzados campeones de Cristo que ya hemos celebrado. San Bernardo, en su sermón sobre esta fiesta, explica admirablemente la conexión de estas tres solemnidades: "En el bienaventurado Esteban, dice, tenemos reacción y la voluntad del martirio; en San Juan, solamente la voluntad, y en los santo Inocentes sólo el hecho del martirio. Pero ¿quién dudará de la corona alcanzada por estos niños? Preguntaréis

[1] Se calcula en unos veinte el número de víctimas. (*P. Lagrange, Ev. de S. Mateo,* p. 33.)

¿dónde están los méritos para esta corona? Preguntad más bien a Herodes qué crimen cometieron para ser así asesinados. ¿Habrá de vencer la crueldad de Herodes a la bondad de Cristo? Ese rey impío pudo matar a estos inocentes niños; ¿y Cristo no habría de poder coronar a los que sólo por su causa murieron?

Esteban fué, Mártir a los ojos de los hombres que fueron testigos de su Pasión voluntariamente padecida, hasta el punto de rogar por sus mismos enemigos, mostrándose más sensible al crimen de ellos que a sus propias heridas. Juan fué mártir a los ojos de los Angeles, que siendo criaturas espirituales, vieron las disposiciones de su alma. En verdad, también fueron Mártires tuyos, oh Dios, aquellos cuyo mérito no fué visto, ciertamente, por los hombres ni por los Angeles, pero a quienes un favor especial de tu gracia, se encargó de enriquecer. *De la boca de los recién nacidos y de los niños de pecho te has complacido en hacer brotar tus alabanzas.* ¿Cuáles? Los Angeles cantaron: *¡Gloria a Dios en las alturas; y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!* Alabanza sublime sin duda, pero que no será completa hasta que Aquel que ha de venir diga: *Dejad que los niños se acerquen a mí, porque el reino de los cielos es de quien a ellos se parece; paz a los hombres,* aun a aquellos que todavía no tienen el uso de la razón: ése es el misterio de mi misericordia."

Dios se dignó hacer, con los Inocentes sacrificados por causa de su Hijo, lo que hace diariamente en el sacramento del bautismo, aplicado con frecuencia a niños a quienes arrebata la muerte en las primeras horas de su vida; y nostros bautizados en el agua debemos glorificar a estos recién nacidos, bautizados en su sangre y asociados a todos los misterios de la infancia de Jesucristo. Debemos, también, felicitarlos con la Iglesia de la inocencia que conservaron gracias a su gloriosa y prematura muerte. Purificados primeramente por el rito sagrado que, antes de la institución del bautismo borraba la mancha original, visitados con anterioridad por una gracia especial que los preparó al sacrificio glorioso para el que estaban destinados, pasaron por esta tierra sin mancillarse en ella. ¡Vivan, pues, por siempre estos tiernos corderos en compañía del Cordero inmaculado! y merezca misericordia este mundo envejecido en el pecado, asociando sus voces al triunfo de estos escogidos de la tierra que, semejantes a la paloma del arca, no encontraron sitio donde posar sus plantas.

Mas, en esta alegría del cielo y de la tierra, la Santa Iglesia romana no pierde de vista el llanto de las madres que vieron arrancar de su regazo e inmolar con la espada de los soldados a aquellas prendas queridas de su corazón. Y así ha recogido el clamor de Raquel y no trata de consolarla sino más bien de compartir su pena.

Para honrar este maternal dolor, consiente en suspender hoy en parte las manifestaciones del gozo que inunda su corazón en la Octava de Cristo recién nacido. No se atreve a revestirse del purpúreo color de los Mártires para no recordar con demasiada viveza la sangre que corre hasta el mismo regazo de las madres; tampoco usa el color blanco, que es señal de alegría y no dice bien con tan acerbos dolores. Reviste el color morado, propio del duelo y de las añoranzas. Si la fiesta no cae en Domingo, llega hasta a suprimir el canto del *Gloria in excelsis,* a pesar de serle tan querido en estos días, en que los Angeles le entonaron en la tierra; renuncia al jubiloso *Aleluya* en la celebración del Sacrificio; en una palabra, se muestra, como siempre, inspirada por esa delicadeza sublime y cristiana de la que la santa Liturgia es escuela tan admirable.

Pero, después de este homenaje debido a la maternal ternura de Raquel, y que derrama por todo el oficio de los santos Inocentes una tan conmovedora melancolía, no pierde de vista tampoco la gloria de que gozan estos bienaventurados niños; a su solemne recuerdo consagra toda una semana, como lo ha hecho con San Esteban y San Juan. En las Catedrales y Colegiatas honra también en este día a los niños que unen sus inocentes voces a las del sacerdote y de los demás ministros sagrados. Les otorga graciosas dis-

tinciones hasta en el mismo coro y goza con la inocente alegría de estos tiernos cooperadores, que emplea para dar realce a sus solemnidades; en ellos, da gloria a Cristo Niño y a la inocente cohorte de los tiernos retoños de Raquel.

En Roma, la Estación se celebra en la Basílica de San Pablo extra Muros, cuyo relicario se precia de poseer algunos de los cuerpos de los santos Inocentes. En el siglo XVI, Sixto V sacó parte de ellos para colocarlos en la Basílica de Santa María la Mayor, junto al pesebre del Salvador.

MISA

La Santa Iglesia ensalza la sabiduría de Dios, que supo burlar los cálculos de la política de Herodes y sacar gloria de la cruel inmolación de los niños de Belén, elevándolos a la dignidad de Mártires de Cristo, cuyas grandezas celebran ellos con gratitud eterna.

INTROITO

De la boca de los niños y de los lactantes sacaste. oh Dios, alabanza contra tus enemigos. *Salmo:* Señor, Señor nuestro: cuán admirable es tu nombre en toda la tierra. — ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, la Iglesia pide que sus fieles confiesen con sus obras la fe de Jesucristo. Es distinto el testimonio de los niños que no hablan más que con sus sufrimientos, y el testimonio

del cristiano llegado al uso de la razón, al cual se le ha dado la fe para que la confiese delante de los tiranos si es preciso, pero siempre delante del mundo y de las pasiones. Nadie es llamado al carácter sagrado de cristiano para guardarlo en secreto.

ORACION

Oh Dios, cuya gloria confesaron hoy los Inocentes Mártires no hablando sino muriendo: mata en nosotros todas nuestras pasiones; para que confesemos también, con nuestras vidas y costumbres, la fe que pregona nuestra lengua. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección del libro del Apocalipsis del Apóstol San Juan. (XIV, 1-5.)

En aquellos días vi al Cordero que estaba sobre el monte Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían su nombre y el de su Padre escrito en sus frentes. Y oí una voz del cielo, como ruido de muchas aguas, y como el sonido de un gran trueno: y la voz que oí, era como de tañedores de arpas, tañendo sus arpas. Y cantaban como un cántico nuevo ante el trono, y delante de los cuatro animales, y de los ancianos: y nadie podía cantar el cántico más que aquellos ciento cuarenta y cuatro mil, los cuales fueron comprados de entre los de la tierra. Estos son los que no se mancharon con mujeres: porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero por donde quiera que va. Estos fueron comprados de entre los hombres, como primicias para Dios y para el Cordero; y en su boca no ha sido hallado engaño: porque están sin mancha ante el trono de Dios.

Al escoger este misterioso paso del Apocalipsis, la Iglesia nos quiere mostrar el aprecio que hace de la inocencia, y la idea que nosotros debemos tener de ella. Los Inocentes siguen al Cordero porque son puros. Sus obras personales en la tierra no llamaron la atención, pero atravesaron rápidamente el camino de este mundo sin contaminarse. Su pureza, menos probada que la de Juan, pero enrojecida en su sangre, atrajo las miradas del Cordero, y los tomó en su compañía. Suspire, pues, el cristiano por esta inocencia, pues tales distinciones merece. Si la ha conservado, guárdela y defiéndala con el celo con que se guarda un tesoro; si la ha perdido, repárela por los trabajos de la penitencia: y una vez recuperada, realice la palabra del Maestro que dice: *El que ha sido lavado sea puro en adelante (S. Juan,* VIII, 12).

En el Gradual, los santos Inocentes bendicen al Señor que les quebró el lazo con que el mundo quería sujetarlos. Han volado como el pájaro; y su vuelo rápido, que nada ha parado, los ha llevado hasta el cielo.

El Tracto respira la indignación de Raquel ante la crueldad de Herodes y sus satélites. Reclama la celestial venganza, que luego se desató contra esa inhumana familia de tiranos.

GRADUAL

Nuestra alma, como un pájaro, ha sido libertada del lazo de los cazadores. — ℣. El lazo fué quebranta-

do y nosotros fuimos libertados. Nuestra ayuda está en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

TRACTO

Derramaron la sangre de los Santos como agua en torno de Jerusalén. — ℣. Y no había quien los sepultara. — ℣. Venga, Señor, la sangre de tus Santos, que ha sido derramada sobre la tierra.

Si la fiesta de los santos Inocentes cae en Domingo, la Iglesia, para atenuar un poco la tristeza de sus cantos, entona el Aleluya.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Alabad, niños, al Señor; alabad el nombre del Señor. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Mateo (II, 13-18.)

En aquel tiempo, el Angel del Señor se apareció en sueños a José, diciendo: Levántate, y toma al Niño y a su Madre, y huye a Egipto, y permanece allí hasta que yo te diga. Porque sucederá que Herodes busque al Niño para perderle. Y él, levantándose, tomó al Niño y a su Madre, de noche, y se fué a Egipto: y estuvo allí hasta la muerte de Herodes: para que se cumpliese lo que dijo el Señor, por el Profeta: De Egipto llamé a mi Hijo. Herodes entonces, al verse burlado de los Magos, se irritó mucho, y dió orden de matar a todos los niños que había en Belén y en todos sus alrededores, de los dos años abajo, conforme al tiempo que había averiguado de los Magos. Entonces se cumplió lo que había sido dicho el Profeta Jere-

mías: En Ramá se oyeron voces y muchos lloros y gemidos: es Raquel, que llora a sus hijos; y no quiere ser consolada porque ya no existen.

El santo Evangelio cuenta con su sublime sencillez el Martirio de los Inocentes. *Herodes envió a matar a todos los niños.* Fué segada para el cielo esta abundante mies y la tierra no se conmovió. Unicamente los lamentos de Raquel subieron hasta el cielo, haciéndose enseguida silencio en Belén. Mas no por eso dejó el Señor de agregar a estas felices víctimas a la corte de su Hijo. Desde el fondo de su cuna, Jesús los contemplaba y bendecía; María compadecía sus breves sufrimientos y el dolor de sus madres; la Iglesia, que iba a nacer pronto, glorificaría a través de los siglos la inmolación de estos tiernos corderos, fundando sus mayores esperanzas en el patrocinio de estos niños, que de repente se hicieron tan poderosos ante el corazón de su divino Esposo.

Durante el Ofertorio se deja oír todavía la voz de los Inocentes que repiten su emocionante cántico; como candorosas avecillas, vueltas a la libertad, agradecen la mano que les ha roto los lazos que los amenazaban de muerte.

OFERTORIO

Nuestra alma como un pájaro ha sido libertada del lazo de los cazadores: el lazo fué quebrantado, y nosotros fuimos libertados.

SECRETA

No nos falte, oh Señor, la piadosa oración de tus Santos, la cual te haga gratos nuestros dones, y nos alcance siempre tu perdón. Por el Señor.

En la Antífona de la Comunión oímos de nuevo la voz de Raquel. La Iglesia, alimentada en el divino misterio del amor, no puede olvidarse del llanto de las madres. Con ellas comparte su dolor hasta el fin; pero, en el fondo de su corazón, se eleva hasta Aquel que es el único capaz de consolar tan grandes penas.

COMUNION

En Ramá se oyeron voces, y muchos lloros y gemidos: es Raquel, que llora a sus hijos, y no quiere ser consolada, porque ya no existen.

POSCOMUNION

Hemos recibido, Señor, los dones que te hemos ofrecido: Suplicámoste hagas que, por intercesión de los Santos, nos aprovechen para esta vida y para la eterna. Por el Señor.

¡Bienaventurados Inocentes, celebramos vuestro triunfo, y os felicitamos por haber sido elegidos para ser compañeros de Cristo junto a su cuna! ¡Qué glorioso despertar el vuestro cuando, después de haber sido pasados por la espada, conocistéis que la luz deslumbradora de la gloria iba a constituir vuestra herencia! ¡Qué gratitud la que demostrasteis al Señor, por haberos es-

cogido entre tantos miles de niños, para honrar con vuestro sacrificio la cuna de su Hijo. Antes del combate, la corona ciñó vuestra frente; la palma vino por sí misma a vuestras débiles manos, antes de que pudiérais realizar esfuerzo alguno para recogerla: así de espléndido se mostró el Señor con vosotros, probándonos que es dueño de sus dones. ¿No era justo que el Nacimiento del Hijo de este soberano Rey fuera señalado por algún magnífico presente? No tenemos envidia ¡oh Inocentes Mártires! Damos gloria a Dios, que os ha elegido, y proclamamos con toda la Iglesia, vuestra dicha inenarrable.

¡Oh flores de los Mártires! permitid que depositemos en vosotros nuestra confianza y que nos atrevamos a suplicaros, por la gracia gratuita que os fué otorgada, no os olvidéis de vuestros hermanos que luchan en medio de los azares de este mundo pecador. Esas palmas y guirnaldas con que juega vuestra inocencia, también nosotros las deseamos. Trabajamos penosamente para hacernos con ellas y a veces nos parece que las vamos a perder para siempre. Ese Dios, que a vosotros os ha glorificado, es también nuestro fin; sólo en El encontraremos nuestro descanso; rogad para que lo alcancemos.

Pedid para nosotros la sencillez, la infancia de corazón, esa ingenua confianza en Dios, que llega hasta el fin en el cumplimiento de su voluntad. Lograd que llevemos con paz su cruz si

nos la envía y que sólo deseemos complacerle. Vuestra boca infantil sonreía a los verdugos cuando, en medio de sangriento tumulto, vinieron a interrumpir vuestro sueño; vuestras manos parecían jugar con la espada que iba a traspasar vuestro corazón; eráis graciosos hasta en presencia de la muerte. Conseguid que también nosotros seamos pacientes en las tribulaciones cuando el Señor nos las envíe. Haced que constituyan para nosotros un verdadero martirio por la serenidad de nuestro ánimo, por la unión de nuestra voluntad con la de nuestro soberano Maestro, que sólo prueba para dar el galardón. No nos sean odiosos los instrumentos de que se sirve; no se apague el amor en nuestros corazones; y nada altere esa paz sin la cual el alma cristiana no puede agradar a Dios.

Finalmente, ¡oh tiernos corderos inmolados por Jesús! vosotros que le seguís por todas partes por ser puros, conceded que también nosotros nos acerquemos al celestial Cordero que a vosotros os conduce. Fijadnos en Belén con vosotros para que no salgamos más de esa mansión de amor y de inocencia. Presentadnos a María vuestra Madre, más tierna aún que Raquel; decidla que también nosotros somos hijos suyos, que somos hermanos vuestros, y que así como Ella se apiadó de vuestros momentáneos dolores, se apiade también de nuestras *constantes miserias.*

* * *

Visitemos el establo y adoremos al Emmanuel en este cuarto día de su Nacimiento. Meditemos en la misericordia que le ha movido a hacerse niño para acercarse a nosotros y pasmémonos de ver a un Dios tan cerca de su criatura. "Aquel, dice el piadoso Abad Guerrico en su sermón quinto sobre el Nacimiento de Cristo, Aquel que es incomprensible aun para la sutil inteligencia de los Angeles, se ha dignado hacerse sensible a los groseros sentidos del hombre. Siendo nosotros carnales, Dios no podía hablarnos como a seres espirituales; el Verbo se hizo carne, para que toda carne pudiese no sólo oírle sino también verle; no pudiendo el mundo llegar a conocer la Sabiduría de Dios, esa Sabiduría se dignó hacerse locura. ¡Oh Señor del cielo y de la tierra!, habéis ocultado vuestra sabiduría a los sabios y prudentes de este mundo, para revelarla a los pequeñuelos. La altanería del orgullo sienten horror de la humildad de este Niño; mas lo excelso a los ojos de los hombres es abominable ante Dios. Este Niño sólo con niños se complace; sólo descansa en corazones humildes y pacíficos. Gloríense, pues, en El los pequeñitos y canten: *Un Niño nos ha nacido,* como por su parte El se felicita, diciendo con Isaías: *Aquí estamos, Yo y los niños que el Señor me ha dado.* En efecto, para proporcionarle una compañía conforme a su edad, quiso el Padre que la gloria de los Mártires comenzase por la inocencia de los niños,

queriendo por ahí demostrar el Espíritu Santo que el reino de los cielos es sólo para aquellos que se les parecen."

DOMINGO DE LA INFRAOCTAVA DE NAVIDAD

Sólo se dice el Oficio, si cae el 29, 30 o 31 de diciembre.

Este es el único de todos los días de la Octava de Navidad que no está ocupado con una fiesta. En las Octavas de Epifanía, Pascua y Pentecostés, la Iglesia se halla de tal manera embebida en la grandeza del misterio, que aleja de sí todo recuerdo que pudiera distraerla; en la de Navidad, por el contrario, abundan las fiestas, apareciendo el Emmanuel rodeado siempre del cortejo de sus siervos. De este modo la Iglesia, o más bien Dios mismo, primer autor del ciclo, nos ha querido mostrar cuán accesible se presenta en su Nacimiento el divino Niño, el Verbo hecho carne, a la humanidad a la que va a salvar.

MISA

Fué en medio de la noche, cuando el Señor libertó a su pueblo de la cautividad en la tierra de los Egipcios, por medio de su Angel armado de la espada; de modo semejante, en medio del silencio de la noche, el Angel del Gran Consejo

bajó de su real trono para traer la misericordia a la tierra. Es justo que la Iglesia, al celebrar esta última venida, cante al Emmanuel, revestido de fortaleza y hermosura, el cual viene a tomar posesión de su Imperio.

INTROITO

Cuando todas las cosas dormían en profundo sueño, y la noche llegaba a la mitad de su carrera, tu omnipotente Verbo, Señor, vino del cielo, desde su trono real. *Salmo:* El Señor reinó, se vistió de hermosura: el Señor se vistió y ciñó de fortaleza. — ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, pide la Iglesia ser dirigida conforme a la excelsa regla que nos ha sido dada en nuestro divino Sol de justicia, con el fin de iluminar y conducir todos nuestros pasos por el camino de las buenas obras.

ORACION

Omnipotente y sempiterno Dios, dirige nuestros actos conforme a tu beneplácito: para que, en nombre de tu amado Hijo, merezcamos abundar en buenas obras. El cual vive y reina contigo.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a los Gálatas. (IV, 1-7.)

Hermanos: Mientras el heredero es niño, en nada difiere del siervo, aunque es el señor de todo, sino que está bajo tutores y celadores, hasta el tiempo señalado por el Padre. Así también nosotros cuando éramos ni-

ños, servíamos bajo los rudimentos del mundo. Mas, cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, hecho de mujer, sujeto a la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Mas, porque sois hijos, envió Dios el Espíritu de su Hijo a vuestros corazones, el cual clama: ¡Abba, Padre! Ya no hay, pues, siervo sino hijo; y, si hijo, también heredero por Dios.

El Niño, nacido de María, recostado en el pesebre de Belén, eleva su débil voz hacia el Padre de los siglos, y le llama *¡Padre mío!* Se vuelve a nosotros y nos dice *¡Hermanos míos!* Por consiguiente, también nosotros podemos decir *Padre nuestro,* al dirigirnos a su eterno Padre. Este es el misterio de la adopción divina que se nos revela estos días. Todo ha cambiado en el cielo y en la tierra: Dios no tiene solamente un Hijo, sino muchos; en adelante, no somos en su presencia simples criaturas sacadas de la nada, sino hijos de su amor. El cielo no es sólo el trono de su gloria; sino también herencia nuestra; tenemos allí nuestra parte asegurada junto a la de Jesús, nuestro hermano, hijo de María, hijo de Eva, hijo de Adán por su naturaleza humana, como es al mismo tiempo en unidad de persona, Hijo de Dios por su naturaleza divina. Pensemos sucesivamente en el bendito Niño que nos ha merecido todos estos bienes, y la herencia a que nos ha dado derecho. Maravíllese nuestro espíritu de tan alta distinción concedida a simples criaturas, y demos gracias a Dios por tan incomprensible beneficio.

GRADUAL

Eres el más hermoso de los hijos de los hombres: la gracia está pintada en tus labios. — ℣. Mi corazón rebosa palabras buenas, dedico mis obras al Rey: mi lengua es como la pluma de un escribiente veloz.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. El Señor reinó, se vistió de hermosura: el Señor se vistió de fortaleza y se ciñó de poder. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Lucas. (II, 33-40.)

En aquel tiempo, José y María, la Madre de Jesús, estaban admirados de las cosas que se decían de El. Y les bendijo Simeón, y dijo a su Madre María. He aquí que éste ha sido puesto para ruina y para resurrección de muchos en Israel, y para señal a la que se contradecirá; y una espada traspasará tu misma alma, para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones. Y estaba (allí) Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, la cual era de edad avanzada, y había vivido siete años con su marido desde su virginidad. Y era ya viuda de ochenta y cuatro años, y no se apartaba del templo, sirviendo en él día y noche con ayunos y oraciones. También ella, llegando a la misma hora, alababa al Señor, y hablaba de El a todos los que esperaban la redención de Israel. Y, cuando cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. Y el Niño crecía, y se fortalecía, lleno de sabiduría: y la gracia de Dios estaba con él.

El curso de los relatos evangélicos obliga a la Iglesia a presentarnos ya al divino Niño en brazos de Simeón, quien profetiza a María la suerte futura del hijo que ha dado al mundo. Aquel cocorazón de madre, completamente sumergido en las alegrías de tan maravilloso nacimiento, siente ya la espada que la anuncia el anciano del templo. El hijo de sus entrañas habrá de ser, por tanto, una señal de contradicción en la tierra; el misterio de la adopción divina del género humano no podrá realizarse sino por medio del sacrificio de este Niño cuando llegue a hombre. Mas, nosotros, redimidos por su sangre, no debemos precipitar demasiado los acontecimientos. Tiempo tendremos de contemplar al Emmanuel en medio de los trabajos y sinsabores; hoy se nos permite todavía no ver en El más que al Niño que nos ha nacido y alegrarnos con su venida. Oigamos a Ana que nos habla de la redención de Israel. Consideremos la tierra, regenerada con el nacimiento de su Salvador; admiremos y estudiemos con humilde amor, a Jesús, lleno de sabiduría y de gracia y que acaba de nacer ante nosotros.

Durante el Ofertorio, la Iglesia canta la maravillosa renovación operada en este mundo, al que ha librado de la ruina; celebra al Dios poderoso que ha bajado al establo, sin que por eso deje su trono eterno.

OFERTORIO

Dios afirmó el orbe de la tierra, que no se conmoverá: tu asiento, oh Dios, está seguro, desde entonces; tú existes eternamente.

SECRETA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que el don ofrecido ante los ojos de tu majestad, nos obtenga la gracia de una piadosa devoción, y nos adquiera la posesión de una eternidad dichosa. Por el Señor.

Durante la distribución del sagrado manjar, a los fieles, la Iglesia canta las palabras del Angel a José. Les entrega ese Niño, para que le lleven en sus corazones, y les recomienda que le protejan contra las emboscadas que le tienden sus enemigos. Cuide, pues, el cristiano de que no se lo arrebaten; aniquile, con su vigilancia y buenas obras, al pecado que podría hacer morir a Jesús en su alma. Por eso, en la Oración siguiente, pide la Iglesia la destrucción de nuestros vicios y la realización de nuestros virtuosos deseos.

COMUNION

Toma al Niño y a su Madre, y vete a la tierra de Israel: porque ya han muerto los que buscaban la vida del Niño.

POSCOMUNION

Haz, Señor, que, por la virtud de este Misterio, sean purificados nuestros pecados y se realicen nuestros justos anhelos. Por el Señor.

En este sexto día del Nacimiento de nuestro Emmanuel, consideremos a ese divino Niño tendido en el pesebre de un establo, calentado por el aliento de dos animales. Isaías lo había predicho: "El buey conocerá a su señor, y el asno el pesebre de su amo; mas, Israel no me conocerá (I, 3). Así es la entrada, en este mundo, del Dios poderoso que hizo al mundo. Los hombres le cierran sus puertas con crueldad y menosprecio; un establo es su único refugio hospitalario, naciendo en compañía de seres irracionales.

Pero esos animales son obra suya. El los había sometido al hombre inocente. Esas criaturas inferiores debían ser vivificadas y ennoblecidas por el hombre; el pecado vino a romper esa armonía. No obstante eso, como nos enseña el Apóstol, la naturaleza no quedó insensible a esa forzosa degradación que le fué impuesta por el pecador. Sólo a la fuerza se somete a él *(Rom.*, VIII, 20); a veces le castiga justamente, y en el día del juicio se unirá a Dios para vengarse de los malvados, a los que estuvo tanto tiempo sometida. *(Sabiduría,* V, 21.)

En el día de hoy, el Hijo de Dios visita esa parcela de su obra creadora; no habiéndole recibido los hombres, se confía a esos seres irracionales; de su morada va a salir para comenzar su carrera: y los primeros hombres a quienes llama para que le reconozcan y le adoren, son pastores de ganado, corazones sencillos que no

se han inficionado respirando el aire de las ciudades.

El buey, símbolo profético que figura en el cielo junto al trono de Dios, como nos lo enseñan juntamente Ezequiel y San Juan, representa aquí los sacrificios de la Ley. La sangre de los toros corrió a raudales por el altar del Templo; víctima grosera e imperfecta que ofrecía el mundo, en espera de la auténtica. En el pesebre, Jesús se dirige a su Padre y le dice: *Los holocaustos de los toros y de los corderos no te han aplacado: héme aquí. (Hebr.,* X, 6.)

Otro Profeta, anunciando el triunfo pacífico del *Rey lleno de dulzura,* nos le presentaba haciendo su entrada en Sión, sobre un pollino, cría de asnas *(Zac.,* IX, 9). Esta profecía se realizará un día como las demás; entretanto el Padre celestial coloca a su Hijo entre el animal instrumento de su pacífico triunfo, y el símbolo de su sangriento sacrificio.

Así ha sido, pues, oh Jesús, Creador del cielo y de la tierra, tu entrada en este mundo que formaste. La creación que debiera haber salido a tu encuentro, no se ha movido; ninguna puerta se te ha abierto; los hombres han continuado su sueño con indiferencia, y cuando María te ha colocado en el pesebre, tus primeras miradas no han hallado más que animales, esclavos del hombre. Mas, este espectáculo no hirió tu corazón, porque tú no desprecias las obras de tus manos;

lo que le aflije verdaderamente es la presencia del pecado en nuestras almas, la vista de ese enemigo tuyo que tantas veces ha turbado tu reposo. ¡Oh Emmanuel!, prometemos ser fieles en seguir el ejemplo de esos insensibles animales que nos recomienda tu Profeta; queremos reconocerte siempre como Amo y Señor nuestro. A nosotros nos toca despertar a toda la naturaleza de su sueño, animarla, santificarla y dirigirla hacia ti; en adelante no dejaremos que el concierto de tus criaturas suba hacia ti, sin que a él vaya unido el homenaje de nuestra adoración y de nuestro agradecimiento.

29 de diciembre

SANTO TOMAS, ARZOBISPO DE CANTORBERY Y MARTIR

Mártir de la libertad de la Iglesia. — Un nuevo Mártir viene a reclamar su puesto junto a la cuna del Niño Dios. No pertenece a los primeros tiempos de la Iglesia; su nombre no figura en los libros del Nuevo Testamento, como los de Esteban, Juan y los Niños de Belén. No obstante eso, ocupa uno de los primeros puestos en esa legión de Mártires que no cesa de crecer en todos los siglos, y que prueba la fecundidad de la Iglesia y la inmortal pujanza que la ha comunicado su divino autor. Este glorioso Mártir no dió su sangre

por la fe; no fué llevado ante los paganos o los herejes, para confesar los dogmas revelados por Jesucristo y proclamados por la Iglesia. Le sacrificaron manos cristianas; su sentencia de muerte la dictó un rey católico; fué abandonado y maldecido por muchos de sus hermanos en su propia tierra. Pues, entonces, ¿cómo fué mártir? ¿cómo mereció la palma de Esteban? Es Mártir de la libertad de la Iglesia.

SU VOCACIÓN AL MARTIRIO. — En realidad, *todos los fieles* son llamados a la honra del martirio, y a confesar los dogmas cuya iniciación recibieron en el bautismo. Hasta ahí se extienden los derechos de Cristo que los adoptó. Cierto que, este testimonio no a todos se les exige; pero todos deben estar dispuestos a darlo, bajo pena de la misma muerte eterna de que Cristo los redimió. Con mayor razón se les impone este deber a los pastores de la Iglesia; es la garantía de la enseñanza que predican a su grey: y así los anales de la Iglesia están llenos en todas sus páginas de los nombres heroicos de innumerables santos Obispos, que abnegadamente regaron con su sangre el campo que sus manos habían fecundado, dando de este modo el mayor grado de autoridad posible a su palabra.

Pero, aunque los simples fieles estén obligados a pagar esta gran deuda de la fe, hasta con el derramamiento de su sangre; aunque deban confe-

sar, aun a costa de toda clase de peligros, los lazos sagrados que los unen a la Iglesia, y por ella a Jesucristo, *los pastores tienen además otro deber que cumplir,* el de defender la libertad de la Iglesia. Esta frase *Libertad de la Iglesia* suena mal a los oídos de los políticos. Inmediatamente ven en ella el anuncio de una conspiración; el mundo, por su parte, encuentra ahí un motivo de escándalo, y repite esas enfáticas palabras: *ambición sacerdotal;* las personas tímidas comienzan a temblar, y os dicen que mientras no se ataque a la fe, no hay nada en peligro. A pesar de todo eso, la Iglesia coloca en los altares, y pone en compañía de San Esteban, de San Juan, y de los santos Inocentes, a este Arzobispo inglés del siglo XII, degollado en su Catedral por haber defendido los derechos públicos del sacerdocio. La Iglesia se complace en esa bella frase de San Anselmo, uno de los predecesores de Santo Tomás; *Dios no ama nada tanto en este mundo como la libertad de su Iglesia;* y la Santa Sede, en el siglo XIX lo mismo que en el siglo XII, exclama por boca de Pío VIII como lo hacía por la de San Gregorio VII: "*La Iglesia,* Esposa sin mancha del Cordero inmaculado es LIBRE por intuición divina, y no está sometida a ningún poder terreno"[1].

[1] Libera est institutione divina, nullique obnoxia terrenae potestati; Ecclesia intemerata Sponsa immaculati Agni Christi Iesu. *Litterae Apost. ad Episcopos provinciae Rhenanae,* 30 junii 1830.

La libertad de la Iglesia. — Ahora bien, *esta sagrada libertad consiste en la completa independencia de la Iglesia* frente a todo poder secular, en el ministerio de la palabra divina, que debe poder predicar, como dice el Apóstol, a *tiempo y a destiempo,* y a toda clase de persona, sin distinción de naciones, de razas, de edad, ni de sexo; libertad en la administración de los Sacramentos, a los que debe llamar a todos los hombres sin excepción alguna, para salvarlos a todos: libertad en la práctica de los preceptos y también de los consejos evangélicos sin intervención alguna extraña; en sus relaciones, exentas de toda traba, con los diversos grados de su divina jerarquía; en la publicación y aplicación de sus normas disciplinares; en la conservación y desarrollo de sus instituciones; en la propiedad y administración de su patrimonio temporal; libertad, finalmente, en la defensa de los privilegios que la misma autoridad civil la ha reconocido como medio de garantizar su bienestar y el respeto debido a su ministerio de paz y de caridad entre los hombres.

Esa es la libertad de la Iglesia: y ¿quién no ve que es baluarte del mismo santuario; y que todo ataque dirigido a ella puede poner en peligro a la jerarquía y hasta al mismo dogma? *El Pastor, debe, pues, por oficio, defender esta santa Libertad:* no debe huir, como el mercenario: ni callarse, como esos canes mudos que no saben la-

drar, de los cuales habla Isaías. (LVI, 10). Es el centinela de Israel; no debe esperar a que el enemigo se introduzca en la plaza, para lanzar el grito de alarma, y para ofrecer sus manos a las cadenas y su cabeza a la espada. La obligación de dar la vida por sus ovejas comienza para él en el momento en que el enemigo asedia aquellas posiciones avanzadas de cuya seguridad depende la tranquilidad de toda la ciudad.

Y si esta tenacidad lleva consigo graves consecuencias, entonces puede acordarse de aquellas bellas palabras de Bossuet, en su sublime Panegírico de Santo Tomás de Cantorbery, que quisiéramos poder trasladar aquí todo entero: "Es una ley establecida, dice, que la Iglesia no puede gozar de ningún privilegio que no la cueste la muerte de sus hijos, y que, para mantener sus derechos, ha de derramar su sangre. Su Esposo la conquistó con la sangre que derramó por ella, y quiere que ella compre a un precio semejante las gracias que la concede. Merced a la sangre de los Mártires extendió sus conquistas más allá de los límites del imperio romano; su sangre la alcanzó la paz de que gozó bajo los emperadores cristianos, y la victoria que logró sobre los emperadores paganos. Es, pues, evidente que necesitaba sangre para el afianzamiento de su autoridad como la había necesitado para establecer su doctrina: era necesario

que la disciplina eclesiástica, lo mismo que la fe, tuviera sus Mártires".

LO ESENCIAL EN EL MARTIRIO. — En el caso presente de Santo Tomás, como en el de otros muchos Mártires de la Libertad de la Iglesia, no se trata de considerar la flaqueza de los medios de que se sirvieron para rechazar los atropellos de los derechos eclesiásticos. *Lo esencial en el martirio está en la sencillez unida a la fortaleza;* por eso pudieron recoger tan bellas palmas simples fieles, jóvenes doncellas y niños. Dios ha puesto en el corazón del cristiano un elemento de resistencia humilde sí, pero inflexible, que vence siempre a cualquier otra fuerza. ¡Qué inviolable fidelidad infunde el Espíritu Santo en el alma de sus pastores, cuando los consagra por Esposos de su Iglesia, haciéndolos muros inexpugnables de su amada Jerusalén! "Tomás, dice aún el obispo de Meaux, no cede ante la maldad, so pretexto de que está bajo el amparo de un brazo real; al contrario, viendo que sale de un lugar tan prominente, desde el cual puede desarrollarse con más fuerza, se cree más obligado a enfrentarse con ella, como un dique que se eleva tanto más, cuanto más se encrespan las olas."

Mas ¿es posible que perezca el Pastor en esta lucha? Sin duda, puede alcanzar este insigne honor. En su lucha contra el mundo, en esa victoria que Cristo alcanzó para nosotros, derramó

su sangre y murió sobre una cruz; los Mártires también murieron; y la Iglesia, regada con la sangre de Jesucristo, consolidada con la sangre de los Mártires, no puede prescindir tampoco de ese saludable baño que reanima su vigor y constituye su real púrpura. Así lo comprendió Tomás; y ese hombre, que supo mortificar sus sentidos con una continua penitencia y crucificar sus afectos en este mundo por medio de toda clase de privaciones y adversidades, tuvo en su corazón ese valor sereno, y esa extraordinaria paciencia, que disponen al martirio. En una palabra, recibió el Espíritu de fortaleza y permaneció fiel a él.

La fortaleza. — "En el lenguaje eclesiástico, continúa Bossuet, la *fortaleza* tiene otro sentido que en el lenguaje del mundo. La fortaleza, según el mundo, llega hasta el ataque; la fortaleza, según la Iglesia, se contenta con sufrirlo todo: ahí están sus límites. Oíd al Apóstol San Pablo: *Nondum usque ad sanguinem restitistis;* como si dijera: No habéis sufrido hasta el extremo, porque no habéis llegado a derramar vuestra sangre. No dice hasta el ataque, ni hasta derramar la sangre de vuestros enemigos, sino la vuestra propia.

"Por lo demás, Santo Tomás no abusa de estas enérgicas máximas. No echa mano de esas apostólicas armas, por orgullo, para sobresalir en el

mundo: las emplea como un escudo necesario en una extrema necesidad de la Iglesia. La fortaleza del santo Obispo no depende, por tanto, de la ayuda de sus amigos, ni de intrigas diplomáticas. No pretende hacer gala ante el mundo de su paciencia, para hacer a su perseguidor más odioso, ni emplea recursos secretos para soliviantar los ánimos. Sòlamente cuenta con las oraciones de los pobres y los suspiros de los huérfanos y viudas. *He ahí* decía San Ambrosio, *los defensores de los Obispos; he ahí su guardia, he ahí sus ejércitos.* Es fuerte, porque tiene un alma que no sabe temer ni murmurar. Puede decir con verdad a Enrique de Inglaterra, lo que Tertuliano decía, en nombre de toda la Iglesia a un magistrado del Imperio, gran perseguidor de los cristianos: *Non te terremus, qui nec timemus.* Aprende a conocernos y mira qué clase de hombre es el cristiano: *No tratamos de intimidarte, pero somos incapaces de temerte.* No somos ni temibles ni cobardes: no somos temibles, porque no sabemos conspirar; no somos cobardes porque sabemos morir."

MARTIRIO DE SANTO TOMÁS Y SUS CONSECUENCIAS. — Pero dejemos aún la palabra al elocuente sacerdote de la Iglesia francesa, llamado él también a la dignidad del episcopado al año siguiente de haber pronunciado este discurso;

oigamos cómo nos relata la victoria de la Iglesia, en la persona de Santo Tomás de Cantorbery:

"Prestad atención, oh cristianos: si hubo alguna vez un martirio semejante en todo a un sacrificio, fué el que os voy a presentar. Mirad los preparativos: el Obispo se halla en la iglesia con su clero; están ya revestidos. No hay que buscar muy lejos la víctima: el santo Pontífice está preparado y él es la víctima elegida por Dios. De manera que todo está dispuesto para el sacrificio; ya veo entrar en la iglesia a los que han de dar el golpe. El santo varón se dirige a su encuentro, imitando a Jesucristo, y para asemejarse más a este divino modelo, prohibe a su clero toda resistencia, contentándose con pedir seguridad para los suyos. *Si a mí me buscáis,* dijo Jesús, *dejad a estos en paz.* Después de estos preámbulos y llegada la hora del sacrificio, mirad cómo comienza Santo Tomás la ceremonia. Víctima y Pontífice al mismo tiempo, presenta su cabeza y ora. He aquí los solemnes votos y las místicas palabras de este sacrificio: *Et ego pro Deo mori paratus sum, et pro assertione justitiae, et pro Ecclesiae libertate dummodo effusione sanguinis mei pacem et libertatem consequatur.* Estoy dispuesto a morir, dice, por la causa de Dios y de su Iglesia; y lo único que deseo, es que mi sangre logre para ella la paz y la libertad que se pretende arrebatarla. Se arrodilla ante Dios; y, así como en el solemne sacrificio

invocamos a nuestros santos intercesores, tampoco él omite una parte tan importante de esta sagrada ceremonia: y así; invoca a los santos Mártires y a la santísima Virgen en amparo de la Iglesia oprimida; no habla más que de la Iglesia, la lleva en el corazón y en los labios; y derribado en el suelo por el golpe del verdugo su lengua yerta e inanimada parece todavía repetir el nombre de la Iglesia."

Así consumó su sacrificio este gran Mártir, este modelo de Pastores de la Iglesia; así consiguió la victoria que habrá de lograr la completa supresión de las malignas leyes con que se ponían trabas a la Iglesia y se la humillaba a los ojos de los pueblos. El sepulcro de Tomás llegará a ser un altar, y al pie de este altar podremos ver pronto a un rey penitente pidiéndole humildemente perdón. ¿Qué ha ocurrido? La muerte de Tomás ¿ha revolucionado a los pueblos? ¿Ha encontrado el santo vengadores? Nada de eso. Ha bastado su sangre. Entiéndase bien: los fieles no contemplarán nunca fríamente la muerte de un pastor inmolado en aras de su deber, y los gobiernos que se atreven a hacer Mártires, sufrirán siempre las consecuencias. Por haberlo comprendido instintivamente, las artimañas de la política se han refugiado en sistemas de opresión administrativa, con el fin de lograr hábilmente el secreto de la guerra emprendida contra la libertad de la Iglesia. De ahí

que hayan inventado esas cadenas, flojas al parecer pero inaguantables, que oprimen hoy día a tantas Iglesias. Ahora bien, es propio de la naturaleza de esas cadenas el no desatarse nunca; es necesario romperlas, y quien las rompiere tendrá una gran gloria en la tierra y en el cielo, porque su gloria será la del martirio. No será cuestión de pelear por medio del hierro, ni de parlamentar con la política, sino cuestión de resistir de frente y sufrir con paciencia hasta el final.

Escuchemos por última vez a nuestro gran orador, que pone de relieve ese sublime elemento que aseguró el triunfo a la causa de Santo Tomás:

"Mirad, hermanos míos, qué defensores encuentra la Iglesia en medio de su debilidad, y cuánta razón tiene en exclamar con el Apóstol: *Cum infirmor, tunc potens sum.* Precisamente, esa su afortunada debilidad es la que la procura esa ayuda invencible, y la que arma en favor suyo a los más esforzados soldados y a los más poderosos conquistadores del mundo, quiero decir, a los santos Mártires. Quien no acate la autoridad de la Iglesia, tema esta sangre preciosa de los Mártires, que la consagra y la defiende."

Pues bien, toda esa fortaleza, todos esos triunfos, tienen su origen en la cuna del Niño Dios; por eso se encuentra ahí Santo Tomás al lado de San Esteban. Era necesario que apare-

ciese un Dios anonadado, una tan excelsa manifestación de humildad, de constancia y de flaqueza a lo humano, para abrir los ojos de los hombres sobre la esencia de la verdadera fortaleza. Hasta entonces no se había imaginado otra fuerza que la de los conquistadores por la espada, otra grandeza que la del oro, otra honra que la del triunfo; ahora, todo ha cambiado de aspecto, al aparecer Dios en este mundo, pobre, perseguido y sin armas. Se han dado corazones ansiosos de amar antes que nada las humillaciones del pesebre; y allí se han abrevado en el secreto de una grandeza de alma, que el mundo, a pesar de lo que es, no ha podido menos de sentir y admirar.

Es pues justo, que la corona de Tomás y la de Esteban entrelazadas, aparezcan como doble trofeo, al lado de la cuna del Niño de Belén; y en cuanto al santo Arzobispo, la divina Providencia le señaló muy bien su lugar en el calendario, permitiendo que fuera inmolado al día siguiente de la fiesta de los santos Inocentes, para que la Santa Iglesia no tuviese duda alguna acerca del día en que convenía celebrar su memoria. Guarde, pues, ese puesto tan glorioso y tan querido de toda la Iglesia de Jesucristo; y sea su nombre, hasta el fin de los tiempos, el terror de los enemigos de la libertad de la Iglesia y la esperanza y el consuelo de los amantes de esa libertad, que Cristo alcanzó con su sangre.

VIDA: Santo Tomás Becket nació en Londres el 21 de diciembre de 1117. Archidiácono de Cantorbery, y luego canciller de Inglaterra en 1154, sucedió en 1162 al arzobispo Thibaut. Se opuso con energía a las pretensiones de Enrique II que quería legislar contra los intereses y la dignidad de la Iglesia; tuvo que huir de su país en 1164. Después de su estancia en Pontigny donde recibió el hábito cisterciense y en Sens, pudo volver a entrar en Inglaterra en 1170, gracias a la intervención del Papa Alejandro III; pero fué para recibir allí la palma del martirio en su iglesia catedral, el 29 de diciembre de 1170. Alejandro III le canonizó el 21 de febrero de 1173.

El siglo XVI vino a aumentar la gloria de Santo Tomás, cuando el enemigo de Dios y de los hombres, Enrique VIII de Inglaterra, se atrevió a perseguir con su tiranía al Mártir de la Libertad de la Iglesia hasta en la misma magnífica urna donde desde hace cuatro siglos recibía los homenajes de veneración del mundo cristiano. Las sagradas reliquias del Pontífice degollado por la justicia, fueron retiradas del altar; se incoó un monstruoso proceso contra el Padre de la patria, y una impía sentencia declaró a Tomás reo de lesa majestad. Sus preciosos restos fueron puestos sobre una pira, y en este segundo martirio, el fuego devoró los gloriosos despojos del hombre sencillo y valiente, cuya intercesión atraía sobre Inglaterra las miradas y la protección del cielo. Era justo que el país habría de perder la fe por asoladora apostasía, no guardara consigo un tesoro cuyo valor

no era ya apreciado; además la sede de Cantorbery había sido profanada. Crammer se sentaba en la cátedra de Agustín, de Dunstano, de Lanfranco, de Anselmo y de Tomás; y el santo Mártir, mirando a su alrededor no encontró entre sus hermanos más que a Juan Fischer, quien consintió en seguirle hasta el martirio. Pero este último sacrificio, por muy glorioso que fuese no salvó nada. Hacía mucho tiempo que la libertad de la Iglesia había fenecido en Inglaterra, la fe debía también extinguirse.

¡Oh glorioso Mártir Tomás, defensor invicto de la Iglesia de tu Señor! A ti acudimos en este día de tu fiesta, para honrar los dones maravillosos que el Señor depositó en tu persona. Hijos de la Iglesia, nos complacemos contemplando al que tanto la amó y que tuvo en tanta estima el honor de la Esposa de Cristo, que no temió dar su vida para asegurar su independencia. Por haber amado así a la Iglesia, aun a costa de tu tranquilidad, de tu felicidad personal, de tu misma vida; por haber sido tu sublime sacrificio el más desinteresado de todos, la lengua de los malvados y de los cobardes se desató contra ti y tu nombre fué con frecuencia blasfemado y calumniado. ¡Oh verdadero Mártir, digno de absoluto crédito en su testimonio pues sólo habla y resiste en contra de sus propios intereses terrenos! ¡Oh Pastor asociado a Cristo en el derramamiento de la sangre y en la liberación de

la grey!, queremos resarcirte del menosprecio que te prodigaban los enemigos de la Iglesia; queremos amarte más que lo que ellos, en su impotencia, te odiaron. Te pedimos perdón por los que se avergonzaron de tu nombre, mirando tu martirio como un escándalo en los Anales de la Iglesia.

¡Cuán grande es tu gloria, oh fiel Pontífice, al ser escogido con Esteban, Juan y los Inocentes para acompañar a Cristo en el momento de su entrada en este mundo! Bajado a la arena sangrienta a la hora undécima, no perdiste el galardón que recibieron tus hermanos de la primera hora; antes bien, eres grande entre los Mártires. Eres, pues, poderoso sobre el corazón del divino Niño que nace en estos mismos días para ser Rey de los Mártires. Haz que, con tu asistencia, podamos llegar hasta él. Como tú, nosotros también queremos amar a su Iglesia, a esa su querida Iglesia, cuyo amor le ha obligado a bajar del cielo, a esa Iglesia que tan dulces consuelos nos depara en la celebración de los excelsos misterios a los que se halla tan gloriosamente ligada tu memoria. Consíguenos la fortaleza necesaria para que no nos asustemos ante ningún sacrificio, cuando se trate de honrar nuestro glorioso título de Católicos.

Prométele de nuestra parte al Niño que nos ha nacido, a Aquel que ha de llevar sobre sus hombros la Cruz en señal de realeza, que, con la

ayuda de su gracia, no nos escandalizaremos nunca de su causa, ni de sus campeones; que, dentro de la sencillez de nuestra devoción a la Santa Iglesia a quien nos ha dado por Madre, pondremos siempre sus intereses sobre todos los demás; porque sólo ella tiene palabras de vida eterna, sólo ella tiene el secreto y la autoridad para llevar a los hombres hasta ese mundo mejor que es nuestro único fin, el único que no pasa, mientras que todos los intereses terrenos no son más que vanidad, ilusión, y frecuentemente obstáculos al verdadero fin del hombre y de la humanidad.

Pero, para que esta Santa Iglesia pueda realizar su misión y salir triunfante de tantos lazos como se la tienden por todos los caminos de su peregrinación, tiene ante todo necesidad de Pastores que se parezcan a ti, ¡oh Mártir de Cristo! Ruega, pues, para que el Señor de la viña envíe obreros capaces no sólo de cultivar y de regar, sino también de defenderla de las raposas y del jabalí, que según las Sagradas Escrituras, no cesan de introducirse en ella para devastarla. Vuélvase cada día más potente la voz de tu sangre en estos tiempos de anarquía, en los cuales la Iglesia de Cristo se halla esclavizada en muchos lugares de la tierra, a los que pretendía libertar. Acuérdate de la Iglesia de Inglaterra, que tan lamentablemente naufragó, hace tres siglos, con la apostasía de tantos prelados, vícti-

mas de aquellas mismas ideas que tú combatiste hasta la muerte. Tiéndela la mano, ahora que parece levantarse de sus ruinas, olvida las injurias hechas a tu memoria, al caer la Isla de los Santos en el abismo de la herejía. Finalmente acude en ayuda de la Esposa de Jesucristo, allí donde de cualquier modo se halle comprometida su libertad, asegurándola con tus oraciones y ejemplos un triunfo completo.

* * *

Consideremos en este quinto día de su Nacimiento a nuestro Rey recién nacido, sentado sobre tu trono. Nos dice la Sagrada Escritura, que el Señor se asienta sobre los Querubines en el cielo; en la tierra y en tiempo de la ley figurativa, escogió para sede el Arca de la alianza. ¡Gloria a El, por habernos revelado el misterio de su trono! Mas, el Salmista nos anunció también otro lugar donde se asienta el Señor. *Adorad,* nos dijo, *el escabel de sus pies.* (Salmo, XCVIII.) Esta adoración que se nos pide, no sólo para Dios, sino también para el lugar donde reside su Majestad, parecía contrastar con otros muchos textos de los libros sagrados en los cuales Dios se muestra celoso de guardar exclusivamente para sí nuestras adoraciones.

Según la doctrina de los Padres, estos días se nos revela ese misterio. El Hijo de Dios se dignó tomar nuestra naturaleza; la unió a la

suya divina, en unidad de persona, y quiere que nosotros adoremos a su humanidad, a ese cuerpo y a esa alma semejantes a los nuestros, trono de su gloria y escabel sublime de sus pies.

Mas, esa humanidad tiene también su trono. Mirad a la purísima María levantando del pesebre al Niño Dios; lo estrecha contra su corazón lo apoya en sus maternales rodillas, y he ahí al Emmanuel posando amorosa y majestuosamente sus pies en el Arca de la nueva alianza. ¡Cuánto sobrepasa la gloria de este trono vivo, a aquella otra que dan al Verbo eterno las trémulas alas de los Querubines! Ante la santidad y grandeza de María, Madre de Dios, ¿no es una pura sombra el Arca de Moisés, hecha de madera incorruptible, cubierta de láminas de oro, aunque encerrase el Maná, la Vara milagrosa y las mismas Tablas de la Ley?

¡Oh Jesús, cuánta es tu grandeza en ese trono! pero también ¡qué amable y accesible te muestras! Tus bracitos tendidos al pecador, la sonrisa de María, trono viviente, todo nos atrae, haciéndonos sentir la dicha de ser súbditos de un Rey a la vez tan dulce y poderoso. María es el *Trono de la Sabiduría,* porque Tú, Sabiduría del Padre, descansas en ella. ¡Oh Jesús, siéntate siempre en ese trono, sé nuestro Rey; domínanos; *reina,* como canta David, *por tu gloria, por tu beldad, por tu mansedumbre!* (Salmo XLIV.) Somos súbditos tuyos: sean para ti nuestro amor

y nuestros servicios; y para María, a quien nos has dado por Reina, nuestros homenajes y nuestra ternura.

31 DE DICIEMBRE

SAN SILVESTRE, PAPA Y CONFESOR

Hasta ahora hemos contemplado a los Mártires, junto a la cuna del Emmanuel. Esteban, que pereció bajo los guijarros del torrente; Juan, mártir de deseo, que pasó por el fuego; los Inocentes, inmolados por la espada; Tomás decapitado en su misma Catedral: esos son los campeones que montan la guardia al nuevo Rey. Pero, por muy numeroso que sea el ejército de los mártires, no todos los fieles de Cristo han sido llamados a formar parte de ese escuadrón escogido; el cuerpo del ejército celestial se compone también de los Confesores que vencieron al mundo, pero con una victoria incruenta. Aunque no sea para ellos el puesto de honor, no por eso dejan de servir a su Rey. Es verdad que no vemos la palma en sus manos; pero ciñe sus cabezas la corona de justicia. El que los coronó se precia también de verlos a su lado.

Era, pues justo que la Iglesia, reuniendo en esta triunfante Octava todas las glorias del cielo y de la tierra inscribiese estos días en el ciclo, el nombre de un santo Confesor que les repre-

sentase a todos. Este Confesor es Silvestre, Esposo de la Santa Iglesia romana, y por ella de la Iglesia universal, un Pontífice de largo y pacífico reinado, unos 22 años, un siervo de Cristo, adornado de todas las virtudes y venido al mundo al día siguiente de aquellos furiosos combates que habían durado tres siglos, en los cuales triunfaron, por el martirio, miles de cristianos, bajo la dirección de numerosos Papas Mártires, predecesores de Silvestre.

Silvestre es también nuncio de la Paz que Cristo vino a traer al mundo, y que los Angeles cantaron en Belén. Es el amigo de Constantino, confirma el Concilio de Nicea que condenó la herejía arriana, organiza la disciplina eclesiástica para la era de la paz. Sus predecesores representaron a Cristo paciente: El representa a Cristo triunfante. Viene a completar, en esta Octava, el carácter de Dios Niño que viene en la humildad de los pañales, expuesto a la persecución de Herodes, y a pesar de todo es el *Príncipe de la Paz,* y *Padre del siglo futuro.* (*Is.*, IX, 6.)

Pontífice supremo de la Iglesia de Jesucristo, fuiste elegido entre todos tus hermanos para embellecer con tus gloriosos méritos la santa Octava del Nacimiento del Emmanuel. Representas en ella dignamente al coro inmenso de Confesores, por haber llevado el timón de la Iglesia con tanta energía y fidelidad, después de la tempestad. Adorna tu frente la corona pontifical, y

el esplendor del cielo se refleja en esas piedras preciosas de que está sembrada. En tus manos están las llaves del Reino de los cielos, para abrir e introducir en él a los restos de la gentilidad que recibe la fe de Cristo; y lo cierras a los arrianos, en ese sagrado Concilio de Nicea, que presides por medio de tus legados, y al que autorizas con tu confirmación apostólica. En seguida se desencadenarán contra la Iglesia furiosas tempestades; las olas de la herejía combatirán la barquilla de Pedro; Tú estarás ya en el seno de Dios; pero velarás con Pedro, por la pureza de la fe; y, gracias a tus oraciones, la Iglesia romana será el puerto en que Atanasio hallará por fin algunas horas de paz.

Bajo tu tranquilo pontificado, la Roma cristiana recibe el premio de su largo martirio. Se le reconoce por Reina del mundo cristiano, y a su imperio como al único universal. Constantino se aleja de la ciudad de Rómulo, hoy ciudad de Pedro; la segunda majestad no quiere ser eclipsada por la primera, y, con la fundación de Bizancio, queda Roma en manos de su Pontífice. Se derrumban los templos de los falsos dioses, haciendo sitio a las basílicas cristianas que reciben los despojos triunfales de los santos Apóstoles y de los Mártires.

¡Oh Vicario de Cristo, honrado con tan maravillosos dones, acuérdate de este pueblo cristiano que es el tuyo! En estos días, te suplica le

inicies en el divino misterio de Cristo Niño. En el sublime símbolo de Nicea, y que tú confirmaste y promulgaste para toda la Iglesia, nos enseñas a reconocer al *Dios de Dios, Luz de la Luz, engendrado, no hecho, consubstancial al Padre* y Nos invitas a venir a adorar a este Niño, por *quien han sido hechas todas las cosas.* ¡Oh Confesor de Cristo! dígnate presentarnos a El, como lo han hecho los Mártires que te han precedido. Suplícale que bendiga nuestros deseos de virtud y que nos conserve en su amor, que nos conceda el triunfo sobre el mundo y sobre nuestras pasiones, y que nos guarde esa corona de justicia, a la que nos atrevemos a aspirar como premio de nuestra fe.

¡Oh Pontífice de la Paz, desde la tranquila morada donde descansas, mira a la Iglesia de Dios, agitada por las más espantosas tormentas, y pide a Jesús, el Príncipe de la Paz, que ponga fin a tan crueles revueltas. Dirige tus miradas hacia esa Roma que amas y que guarda con tanto cariño tu recuerdo; ampara y dirige a su Pontífice. Haz que triunfe de la astucia de los políticos, de la violencia de los tiranos, de las emboscadas de los herejes, de la perfidia de los cismáticos, de la indiferencia de los mundanos, de la flojedad de los cristianos. Haz que sea honrada, amada y obedecida; que resuciten las grandezas del sacerdocio; que el poder espiritual se emancipe;

que la fortaleza y la caridad se den la mano y que, por fin, comience el reino de Dios sobre la tierra para que no haya más que un solo rebaño y un solo Pastor.

Vela, oh Silvestre, por el sagrado tesoro de la fe que tú guardaste con tanta integridad; triunfe su luz de todos esos falsos y atrevidos sistemas que surgen por doquier como fantasías de la soberbia humana. Sométase toda inteligencia creada al yugo de los misterios, sin los cuales la humana sabiduría no es más que tinieblas; reine, por fin, Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, reine por medio de su Iglesia en los espíritus y en los corazones.

Ruega por Bizancio, llamada antiguamente la nueva Roma, y que fué luego capital de la herejía, triste escenario de la degradación del Cristianismo. Haz que se abrevie el tiempo de su postración; que vuelva a ver la unidad; que venere a Cristo en la persona de su Vicario; que obedezca, para que se salve. Haz que las razas extraviadas y perdidas por su influencia, recobren la dignidad humana que sólo la pureza de la fe puede mantener o regenerar.

Finalmente, amarra, oh vencedor de Satanás, al Dragón infernal en la prisión donde lo tienes encerrado; abate su orgullo y haz que fracasen sus intentos; vigila para que no seduzca a más pueblos, sino que todos los hijos de la

Iglesia, según frase de San Pedro, tu predecesor, se le opongan con la energía de su fe. *(I S. Pedro,* V, 9.)

* * *

En este séptimo día de la Octava de Navidad, miremos al Salvador que nos ha nacido, envuelto en los pañales de la infancia. Los pañales son la librea de su flaqueza; el niño envuelto en ellos no es todavía un hombre; no tiene aún vestido propio. Tiene que aguardar a que le desaten; sus movimientos no son libres sin la ayuda ajena. Así apareció en la tierra, cautivo de nuestra debilidad, Aquel que da vida y movimiento a todas las criaturas.

Contemplemos a María, enfajando en los pañales con tierno respeto, los miembros de ese Dios hijo suyo, y adorando las humillaciones que ha venido a buscar a este mundo, a fin de santificar todas las edades del hombre, sin olvidar al más débil y necesitado. Era tal la herida de nuestro orgullo que necesitaba un remedio tan extremo. ¿Cómo rehusar ahora el hacerse niños, si el que viene a darnos ese mandato, se digna unir a su palabra un tan sugestivo ejemplo? Te adoramos, oh Jesús, en los pañales de tu pobreza y aspiramos a imitarte en todo.

"Por tanto, no os escandalicéis, hermanos míos, dice el piadoso Abad Guerrico, de esa librea tan humilde: no se turbe el ojo de vuestra

fe. Lo mismo que María envuelve a su hijo en esa pobre envoltura, así la Gracia, vuestra madre, cubre con símbolos y sombras la verdad y secreta grandeza de ese divino Verbo. ¿Qué hago yo más que envolver a Cristo en humildes pañales, cuando con mis palabras os anuncio la Verdad, que es Cristo?

"¡Dichoso aquel, a cuyos ojos no parece Cristo despreciable en medio de tales harapos! Contemplad, pues, a Cristo envuelto por su Madre en los pañales, para que merezcais ver en la eterna felicidad, la gloria y el esplendor con que el Padre le ha revestido como a Hijo único suyo."

* * *

Hoy termina el año civil. A media noche comienza en este mundo un nuevo año; el pasado desaparece sin remedio en el abismo de la eternidad. Nuestra vida da un paso más, *y el fin de todas las cosas se nos aproxima (I S. Pedro,* IV, 7.) La Liturgia, que da comienzo al año eclesiástico con el domingo primero de Adviento, no ha creado en la Iglesia romana oraciones especiales para celebrar esta renovación del año, el día primero de enero; mas su espíritu, de acuerdo siempre con todas las situaciones del hombre y de la sociedad, nos advierte que no dejemos pasar este solemne momento, sin ofrecer a Dios el tributo de nuestro agradecimiento por los beneficios recibidos durante el año pasado.

1 DE ENERO

LA CIRCUNCISION DE NUESTRO SEÑOR Y LA OCTAVA DE NAVIDAD

LOS MISTERIOS DE ESTE DÍA. — Ha llegado el octavo día del Nacimiento del Salvador; los Magos se acercan a Belén; cinco días más y la estrella se detendrá sobre el lugar donde descansa el divino Niño. Hoy, el Hijo del hombre debe ser circuncidado, subrayando con este primer sacrificio de su carne inocente, el octavo día de su vida mortal. Hoy, le van a poner un nombre; y este nombre será el de *Jesús*, que quiere decir *Salvador*. En este gran día, se aglomeran los misterios; recojámoslos todos, y honrémoslos con toda la devoción y ternura de nuestros corazones.

Pero, este día no está únicamente dedicado a celebrar la Circuncisión de Jesús; el misterio de esta Circuncisión forma parte de otro mayor todavía, el de la Encarnación e Infancia del Salvador; misterio que absorbe contínuamente a la Iglesia no sólo durante esta Octava, sino en los cuarenta días del *Tiempo de Navidad*. Por otra parte, es conveniente que honremos con una fiesta especial la imposición del nombre de *Jesús*, fiesta que pronto celebraremos. Este solemne día conmemora aún otro objeto digno de excitar la piedad de los fieles. Este objeto es María, Madre

de Dios. La Iglesia celebra hoy de un modo especial ese augusto privilegio de la Maternidad divina, otorgado a una simple criatura, cooperadora en la gran obra de la salvación de los hombres.

Antiguamente, la Santa Iglesia romana celebraba dos misas el día 1.° de enero: una por la Octava de Navidad, otra en honor de María. Más tarde, las reunió en una sola, del mismo modo que unió en el Oficio de este día los testimonios de su admiración hacia el Hijo, con las expresiones de su admiración y tierna confianza para con la Madre. En su afán de rendir el tributo de sus homenajes a la que nos dió al Emmanuel, la Iglesia griega no espera al octavo día del Nacimiento del Verbo hecho carne. En su impaciencia, consagra a María el mismo día siguiente de Navidad, el 26 de diciembre, con el título de *Sinaxis de la Madre de Dios,* reuniendo esas dos fiestas en una sola, y celebrando a San Esteban el día 27 de diciembre.

La Maternidad Divina.—Por lo que toca a nosotros, hijos primogénitos de la Santa Iglesia romana, volquemos hoy en la Virgen Madre todo el amor de nuestros corazones, y unámonos a la felicidad que ella experimenta por haber dado a luz a su Señor que es también nuestro. Durante el santo Tiempo de Adviento la hemos contemplado encinta del Salvador del mundo; hemos

realzado la excelsa dignidad de esta Arca de la nueva Alianza que ofrecía su casto seno, a la Majestad del Rey de los siglos, como si fuera otro cielo. Ahora acaba de dar a luz a este Niño Dios; le adora, pero es también su Madre. Tiene derecho a llamarle Hijo suyo; y El, aun siendo verdadero Dios, le llamará de verdad Madre. No nos cause, pues, extrañeza, que la Iglesia cante con tanto entusiasmo a María y a sus glorias. Pensemos más bien, que todos los elogios que puede tributarle, todos los homenajes que en su culto puede ofrecerle, quedan siempre muy por debajo de lo que realmente es debido a la Madre del Dios encarnado. Ningún mortal llegará nunca a describir, ni aun a comprender, la gloria que encierra en sí ese sublime privilegio. Efectivamente, dimanando la dignidad de María de su cualidad de Madre de Dios, sería necesario para abarcarla en toda su extensión, que comprendiésemos previamente a la misma Divinidad. Es a Dios a quien María dió la naturaleza humana; es a Dios a quien tuvo por Hijo; es Dios quien tuvo a gala el estarla sujeto, en cuanto hombre; el valor de tan alta dignidad en una simple criatura, no puede, por tanto, ser apreciado sino es relacionándolo con la infinita perfección del soberano Señor que se digna ponerse a sus órdenes. Anonadémonos, pues, en presencia de la Majestad divina, y humillémonos ante la soberana dignidad de la que escogió por Madre.

Si nos ponemos ahora a pensar en los sentimientos que embargaban a María ante una situación semejante con respecto a su divino Hijo, quedaremos pasmados ante la sublimidad del misterio. Ella ama a ese Hijo a quien da el pecho, a quien tiene en sus brazos, a quien aprieta contra su corazón, le ama porque es el fruto de sus entrañas; le ama porque es su madre, y la madre ama a su hijo como a sí misma y más que a sí misma; pero cuando considera la infinita majestad del que así se confía a su amor y a sus caricias, tiembla y se siente desfallecer, hasta que su corazón de Madre le tranquiliza con el recuerdo de los nueve meses que ese Niño pasó en su seno, y de la filial sonrisa que tuvo para ella en el momento de darlo a luz. Estos dos sublimes sentimientos de la religión y de la maternidad, tienen en su corazón un solo y divino objeto. ¿Puede imaginarse algo más excelso que esta dignidad de Madre de Dios? ¿No teníamos razón al decir, que para comprenderla tal como es en realidad, habríamos de comprender al mismo Dios, el único que pudo concebirla en su infinita sabiduría y hacerla realidad con su poder ilimitado?

¡Una Madre de Dios! ese es el misterio cuya realización esperaba el mundo desde hace tantos siglos; la obra, que a los ojos de Dios, sobrepasaba infinitamente en importancia a la creación

de millones de mundos. Una creación no es nada para su poder; habla, y todas las cosas son hechas. Mas, para hacer a una criatura Madre de Dios, tuvo no sólo que trastornar todas las leyes de la naturaleza, haciendo fecunda la virginidad, sino sujetarse El mismo con relaciones filiales a la feliz criatura que se escogió. Le concedió derechos sobre El y aceptó deberes para con ella; en una palabra, se hizo su Hijo, e hizo de ella su Madre.

De aquí se sigue que, los beneficios de la Encarnación que debemos al amor del Verbo divino, podemos y debemos en justicia referirlos también a María en sentido verdadero, aunque secundario. Si es Madre de Dios, lo es por haber consentido en serlo. Dios se dignó no sólo aguardar ese consentimiento, sino también hacer depender de él la venida en carne de su Hijo. Así como el Verbo eterno pronunció sobre el caos la palabra FIAT, y la creación salió de la nada para obedecerle; del mismo modo, Dios estuvo esperando a que María pronunciase la palabra FIAT, *hágase en mí según tu palabra,* para que su propio Hijo bajase a su casto seno. Por consiguiente, después de Dios, a María debemos el Emmanuel. Esta necesidad ineludible, en el plan sublime de la redención, de que exista una Madre de Dios, debía desconcertar los artificios de los herejes, resueltos a privar de su gloria al Hijo de Dios. Para Nestorio, Jesús no era más que un

simple mortal; su Madre no era por tanto, más que la madre de un hombre: quedaba destruído el misterio de la Encarnación. De ahí el odio de la sociedad cristiana a tan pérfido sistema. El Oriente y el Occidente proclamaron con unanimidad la unidad de persona del Verbo hecho carne, y a María como verdadera Madre de Dios, *Deipara, Theotocos,* por haber dado a luz a Jesucristo. Era, pues, justo que en memoria de esta señalada victoria alcanzada en el concilio de Efeso, y para manifestar la tierna devoción de los pueblos cristianos hacia la Madre de Dios, se elevaran solemnes monumentos que lo atestiguaran.

Así comenzó en las Iglesias griega y latina la piadosa costumbre de unir en la fiesta de Navidad, el recuerdo de la Madre con el culto del Hijo. Fueron diversos los días dedicados a esta conmemoración; pero la intención religiosa era la misma.

En Roma, el santo Papa Sixto III hizo decorar el arco triunfal de la Iglesia de Santa María *ad Praesepe,* la admirable Basílica de Santa María la Mayor, con un inmenso mosaico en honor de la Madre de Dios. Ese precioso testimonio de la fe del siglo v ha llegado hasta nosotros; en medio del amplio conjunto en el que figuran en su misteriosa simplicidad, los sucesos narrados en la Sagrada Escritura y los sím-

bolos más venerables, se puede leer todavía la inscripción, que atestigua la veneración del santo Pontífice hacia María, Madre de Dios, y que dedica al pueblo fiel: SIXTUS EPISCOPUS PLEBI DEI.

También se compusieron en Roma cantos especiales para celebrar el gran misterio del Verbo hecho carne en María. Magníficos Responsorios y Antífonas sirvieron de expresión a la piedad de la Iglesia y de los pueblos, trasmitiéndola a todos los siglos venideros.

Entre estas piezas litúrgicas hay antífonas que la Iglesia griega canta en su lengua en estos días con nosotros, las cuales ponen de manifiesto la unidad de la fe y de sentimientos ante el gran misterio del Verbo encarnado.

MISA

La Estación se celebra en Santa María al otro lado del Tiber. Era justo honrar esta Basílica, venerable por siempre entre todas las que consagró a María la devoción de los católicos. La más antigua de las Iglesias de Roma dedicada a la Santísima Virgen, fué consagrada por San Calixto en el siglo III, en la antigua *Taberna Meritoria,* lugar famoso, aun entre los autores paganos, por la fuente de aceite que de allí brotó, bajo el reinado de Augusto, y corrió hasta el Tiber. La piedad popular vió en este suceso

un símbolo de Cristo (*unctus*) que debía pronto nacer, la Basílica lleva hoy todavía el título de *Fons olei* [1].

El Introito, como la mayor parte de las piezas que se cantan en la Misa, es el de Navidad, en su Misa Mayor. Celebra el Nacimiento del Niño Dios, que cumple hoy sus ocho días.

INTROITO

Un niño nos ha nacido, y nos ha sido dado un Hijo: en sus hombros descansa el Imperio; y se llamará su nombre: Angel del gran consejo.

En la Colecta, la Iglesia celebra la fecunda virginidad de la Madre de Dios y nos muestra a María como fuente de que Dios se ha servido para derramar sobre el género humano el bene-

---

[1] Hasta el siglo VIII, el primer día del año se conmemoraba con una fiesta pagana. La Iglesia, la reemplazó, entre (600 y 657), por una fiesta cristiana: *la Octava Domini*: era una nueva fiesta de Navidad con un recuerdo especial para María, Madre de Jesús, y la Estación se hacía en Santa María *ad Martyres*, el Panteón de Agripa. Según algunos, esta fiesta sería la primera fiesta de María en la Liturgia romana (Ephem. Liturg. t. 47, p. 430). Los calendarios bizantinos de los siglos VII y IX, y con anterioridad el canon 17 del Concilio de Tours en 567, y el Martirologio jeronimiano (fin del siglo VI) señalan para el primero de enero, la fiesta de la Circuncisión. Además, en Francia se ayunaba ese día para alejar a los fieles de las fiestas paganas del primero de enero. Solamente en el siglo IX aceptó la Iglesia romana la fiesta de la Circuncisión: hubo entonces doble Oficio y doble Estación, una de ellas en San Pedro.

ficio de la Encarnación, presentando ante el mismo Dios nuestras esperanzas fundadas en la intercesión de esta privilegiada criatura.

ORACION

Oh Dios, que, por la fecunda virginidad de la Bienaventurada María, diste al género humano los premios de la salud eterna: suplicámoste, hagas que sintamos interceder por nosotros, a aquella que nos dió al Autor de la vida, a Jesucristo, tu Hijo, N. S. El cual vive y reina contigo.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a Tito. (II, 11-15.)

Carísimo: La gracia de Dios, nuestro Salvador, se ha aparecido a todos los hombres, para enseñarnos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos debemos vivir sobria y justa y piadosamente en este siglo, aguardando la bienaventurada esperanza y el glorioso advenimiento del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo, el cual se dió a sí mismo por nosotros, para redimirnos de todo pecado y purificar para sí un pueblo grato, seguidor de las buenas obras. Predica y aconseja estas cosas en Nuestro Señor Jesucristo.

En este día en que ponemos el principio de nuestro año civil, vienen a propósito los consejos del gran Apóstol, advirtiendo a los fieles la obligación que tienen de santificar el tiempo que se les concede. Renunciemos, pues, a los deseos mundanos; vivamos con sobriedad, justicia y piedad; nada debe distraernos del ansia de esa biena-

venturanza que esperamos. El gran Dios y Salvador Jesucristo, que se nos revela estos días en su misericordia para adoctrinarnos, volverá un día en su gloria para recompensarnos. El correr del tiempo nos advierte que se acerca ese día; purifiquémonos y hagámonos un pueblo agradable a los ojos del Redentor, un pueblo dado a las buenas obras.

El Gradual celebra la venida del divino Niño, invitando a todas las naciones a ensalzarle a El y a su Padre que nos le había prometido y nos le envía.

GRADUAL

Todos los confines de la tierra vieron la salud de nuestro Dios: tierra toda, canta jubilosa a Dios. — ℣. El Señor manifestó su salud: reveló su justicia ante la faz de las gentes.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Habiendo hablado Dios muchas veces a los Padres en otro tiempo por los Profetas, en estos últimos días nos ha hablado por su Hijo. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del Evangelio según San Lucas. (II, 21.)

En aquel tiempo, pasados los ocho días para circuncidar al Niño, llamaron su nombre JESÚS, el cual le fué puesto por el Angel antes de que fuese concebido en el vientre.

Es circuncidado el Niño; no sólo pertenece ya a la naturaleza humana; por medio de este símbolo se hace miembro del pueblo elegido, y se consagra al servicio divino. Se somete a esta dolorosa ceremonia, a esta señal de servidumbre, con el fin de cumplir toda justicia. Recibe en-cambio el nombre de Jesús; y este nombre quiere decir Salvador; nos salvará, pues, mas a costa de su propia sangre. Esa es la voluntad de Dios, por El aceptada. La presencia del Verbo encarnado en la tierra tiene por finalidad llevar a cabo un Sacrificio; este Sacrificio comienza ahora.

Esta primera efusión de sangre del Hijo de Dios podría bastar para que ese sacrificio fuera pleno y perfecto; pero la insensibilidad del pecador, cuyo corazón ha venido a conquistar el Emmanuel, es tan profunda, que con frecuencia sus ojos contemplarán sin conmoverse arroyos de esa sangre divina corriendo por la cruz en abundancia. Unas pocas gotas de la sangre de la circuncisión hubieran bastado para satisfacer la justicia del Padre, pero no bastan a la miseria del hombre, y el corazón del divino Niño trata ante todo de curar esa miseria. Para eso viene; amará a los hombres hasta la locura; no en vano llevará el nombre de Jesús.

El Ofertorio celebra el poder del Emmanuel. En este momento en que aparece herido por el cuchillo de la circuncisión, cantemos con mayor fervor su poderío, su riqueza y su soberanía. Ce-

lebremos también su amor, porque si viene a compartir nuestras heridas, es por el afán de sanarlas.

OFERTORIO

Tuyos son los cielos, y tuya es la tierra: tú fundaste el orbe de las tierras y su redondez: justicia y juicio son la base de su trono.

SECRETA

Aceptadas nuestras ofrendas y nuestras preces, suplicámoste, Señor, nos purifiques con tus celestiales Misterios y nos escuches clemente. Por el Señor.

Durante la Comunión, la Iglesia se regocija en el nombre del Salvador que viene, y que llena todo el significado de este nombre, rescatando a todos los habitantes de la tierra. Suplica a continuación, por medio de María, que el divino remedio de la comunión cure nuestros corazones del pecado, para que podamos ofrecer a Dios el homenaje de esa circuncisión espiritual de que habla el Apóstol.

COMUNION

Todos los confines de la tierra vieron la salud de nuestro Dios.

POSCOMUNION

Que esta Comunión, Señor, nos purifique del pecado: y, por intercesión de la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, nos haga partícipes del celestial remedio. Por el mismo Señor.

En este octavo día del Nacimiento del divino Niño, consideremos el gran misterio de la Circuncisión que se opera en su carne. Hoy, la tierra ve correr las primicias de la sangre que la va a rescatar; hoy, el celestial Cordero que va a expiar nuestros pecados, comienza ya a sufrir por nosotros. Compadezcamos al Emmanuel, que se somete con tanta dulzura al instrumento que le imprimirá una señal de servidumbre.

María, que ha velado por El con tan tierno cuidado, ha visto venir esta hora de los primeros sufrimientos de su Hijo, con un doloroso desgarro de su corazón maternal. Sabe que la justicia de Dios podría prescindir de este primer sacrificio, o bien contentarse con el valor infinito que encierra para la salvación del mundo; y a pesar de eso, es preciso que sea lacerada la carne inocente de su Hijo y que corra su sangre por sus delicados miembros.

Contempla con dolor los preparativos de esa sangrienta ceremonia; no puede huir, ni consolar a su Hijo en la angustia de este primer sufrimiento. Tiene que oír sus suspiros, su gemido quejumbroso, y ver cómo corren las lágrimas por sus tiernas mejillas. "Y llorando El, dice San Buenaventura, ¿crees tú, que su Madre puede contener sus lágrimas? Llora, pues, también ella. Al verla así llorando, su Hijo, que estaba sobre su regazo, ponía su manecita en la boca y en el rostro de su Madre, como para pedirle por esa

señal que no llorase; pues El, que la amaba con tanta ternura, quería que no llorase. Por su parte, esta dulce Madre cuyas entrañas estaban totalmente conmovidas por el dolor y las lágrimas de su Hijo, le consolaba probablemente con sus gestos y palabras. En realidad, como era muy prudente conocía muy bien su voluntad aunque no le hablara, y así le decía: Hijo mío, si quieres que acabe de llorar, termina tú también, porque llorando tú, yo no puedo menos de llorar. Y entonces, por compasión hacia su Madre, dejaba de gemir el pequeñuelo. La Madre le enjugaba el rostro, y secábase también el suyo; luego acercaba su cara a la del niño, le daba el pecho, y le consolaba de cuantas maneras podía"[1].

¿Con qué pagaremos nosotros ahora al Salvador de nuestras almas, por la Circuncisión que se ha dignado sufrir para demostrarnos el amor que nos tiene? Debemos seguir el consejo del Apóstol *(Col.,* II, 11), y circuncidar nuestro corazón de todos sus malos afectos, estirpar el pecado y sus concupiscencias, vivir finalmente de esa nueva vida, cuyo sencillo y sublime modelo nos viene a traer Jesús desde lo alto. Procuremos consolarle en este su primer dolor, y estemos cada vez más atentos a los ejemplos que nos ofrece.

[1] Meditaciones sobre la Vida de Jesucristo, por S. Buenaventura.

DOMINGO

ENTRE LA CIRCUNCISIÓN Y LA EPIFANÍA

FIESTA DEL SANTISIMO NOMBRE DE JESUS

Para la celebración de esta fiesta fué escogido en su principio el segundo domingo después de Epifanía, que recuerda el banquete de las bodas de Caná. Es precisamente el día de la boda, cuando el nombre del Esposo pasa a ser propiedad de la Esposa; ese nombre significará que en adelante es suya. Queriendo honrar la Iglesia con un culto especial un nombre tan precioso, unió su recuerdo al de las bodas divinas. Hoy, une a la celebración de este augusto Nombre, el aniversario del día en que le fué impuesto, ocho días después del Nacimiento.

El Antiguo Testamento había rodeado el Nombre de Dios de un profundo terror; este nombre era entonces tan temible como santo, y no todos los hijos de Israel tenían el honor de pronunciarlo. Aún no había aparecido Dios en la tierra conversando con los hombres; todavía no se había hecho hombre uniéndose a nuestra débil naturaleza; no podíamos, pues, darle ese nombre amoroso y tierno que la Esposa da al Esposo. Pero, cuando llega la plenitud de los tiempos, cuando el misterio del amor está próximo a aparecer, el nombre de Jesús baja primeramente del cielo, como un anticipo de la pre-

sencia del Señor que lo ha de llevar. El Arcángel dice a María: "Le pondrás por nombre Jesús"; ahora bien, Jesús quiere decir *Salvador.* ¡Qué dulce será este nombre para el mortal perdido! y, ¡cómo acerca ese solo Nombre al cielo con la tierra! ¿Hay alguno más amable y más poderoso? Si, al sonido de ese divino Nombre, debe doblarse toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos ¿habrá algún corazón que no se conmueva de amor al oírlo? Mas, dejemos que nos describa San Bernardo el poder y la dulzura de ese bendito Nombre. He aquí cómo se expresa a este propósito en su Sermón décimoquinto sobre el Cantar de los Cantares.

"El Nombre del Esposo es luz, alimento, medicina. Ilumina, cuando se le publica; alimenta, cuando en él se piensa, y cuando en la tribulación se le invoca, proporciona lenitivo y unción. Detengámonos, si os place, en cada una de estas cualidades. ¿Cómo pensais que pudo derramarse por todo el mundo esa tan grande y súbita luz de la fe, sino es por la predicación del Nombre de Jesús? ¿No nos llamó Dios a su admirable luz, por medio de la antorcha de su bendito Nombre? Al ser iluminados por ella, y viendo en esta luz otra luz, oímos a San Pablo que acertadamente nos dice: *Erais antes tinieblas, mas ahora luz en el Señor.*

Pero, el Nombre del Jesús no es sólo luz; es también alimento. ¿No os sentís reconfortados

al recordar ese dulce Nombre? ¿Hay algo en el mundo que tanto nutra el espíritu de quien en El medita? ¿Qué hay asimismo como él que restaure la flojedad de los sentidos, que dé fortaleza a las virtudes, haga florecer las buenas costumbres y mantenga los puros y castos afectos? Todo alimento del alma es árido si no está empapado en este aceite, insípido si no está sazonado con esta sal.

Cuando me escribís, vuestro relato no tiene para mí ningún sabor si no leo allí el nombre de Jesús. Cuando conmigo hablais o disputais, la conversación no tiene para mí interés alguno si en ella no oigo resonar el nombre de Jesús. Jesús es miel para mi boca, melodía para mi oído, júbilo para mi corazón; y además de todo esto, una benéfica medicina. ¿Está triste alguno? Venga Jesús a su corazón, salga de allí a su boca, y en seguida se disipará cualquier nublado, y volverá la serenidad, en presencia de ese divino Nombre que es una verdadera luz. ¿Cae alguien en el crimen, o corre desesperado al abismo de la muerte? Que invoque el Nombre de Jesús y comenzará de nuevo a respirar y a vivir. ¿Quién, en presencia de ese nombre, permaneció nunca con el corazón endurecido, con la incuria de la pereza, el rencor o la languidez del fastidio? ¿Quién, por ventura, teniendo seca la fuente de las lágrimas, no la sintió corrér repentinamente más abundante y suave, en cuanto invocó el

nombre de Jesús? ¿Qué hombre hay, que temeroso y temblando en lo más recio del peligro, haya invocado ese Nombre, y no haya sentido inmediatamente que nacía en él la confianza, y huía el miedo? ¿Quién es, os lo pregunto, el que sacudido y agitado por las dudas, no vió brillar la certidumbre, tan pronto como invocó ese luminoso Nombre? ¿Quién es el que, habiendo dado oídos a la desconfianza en tiempo de la adversidad, no recobró el valor cuando llamó en su ayuda a ese Nombre poderoso? Efectivamente, todas esas son enfermedades del alma, y él es su medicina.

Así es, y puedo probarlo con estas palabras: *Invócame,* dice el Señor, *en el día de la tribulación, y te libraré de ella, y tú me honrarás.* Nada sujeta tanto el ímpetu de la ira, ni calma tanto la hinchazón del orgullo. Nada cura tan radicalmente las heridas de la tristeza, reprime los excesos lúbricos, extingue las llamas de las pasiones, apaga la sed de la avaricia, y ahuyenta el prurito de los apetitos deshonestos. En efecto, cuando pronuncio el nombre de Jesús, me represento un hombre manso y humilde de corazón, benigno, sobrio, casto, misericordioso, en una palabra, un hombre radiante de pureza y santidad, el cual es al mismo tiempo Dios omnipotente que me cura con sus ejemplos, y me fortalece con su ayuda. Todo esto suena en mi corazón cuando oigo el Nombre de Jesús. De esta manera, si le

considero como hombre, saco de él ejemplos para imitarlos; si le considero como Dios Todopoderoso, una ayuda segura. Me sirvo de los referidos ejemplos como de hierbas medicinales, y de su ayuda como de un instrumento para triturarlas, elaborando con ellas una mezcla cual ningún médico sabría confecionarla.

¡Oh, alma mía, tienes un maravilloso antídoto encerrado, en este Nombre de Jesús como en un vaso! Jesús, es ciertamente un Nombre saludable y un medicamento que nunca resultará ineficaz para ninguna dolencia. Tenedlo siempre en vuestro seno, siempre a la mano, de tal modo que todos vuestros actos vayan siempre dirigidos hacia Jesús."

Tal es, la virtud y la dulzura del santísimo Nombre de Jesús, nombre que fué impuesto al Emmanuel el día de su Circuncisión; pero, como el día de la Octava de Navidad está ya consagrado a celebrar la Maternidad divina, y el misterio del Nombre del Cordero exigía por sí solo una festividad propia, la Iglesia instituyó la fiesta de hoy. Su primer propulsor fué San Bernardino de Sena, en el siglo XV, el cual estableció y propagó la costumbre de representar, rodeado de rayos, el Santo Nombre de Jesús, reducido a sus tres primeras letras IHS, reunidas en monograma. Esta devoción se extendió rápidamente por Italia, favorecida por el ilustre San Juan Capistrano, de la Orden Franciscana, lo mismo que San Ber-

nardino de Sena. La Santa Sede aprobó solemnemente esta devoción al Nombre del Salvador; y en los primeros años del siglo XVI, Clemente VII, a ruego de muchos, concedió a toda la Orden de San Francisco el privilegio de celebrar una fiesta especial en honor del santísimo Nombre de Jesús.

Sucesivamente extendió Roma este privilegio a las distintas Iglesias, y llegó el momento en que fué incluída en el calendario universal. Ocurrió esto en 1721 a petición de Carlos VI Emperador de Alemania; el Papa Inocencio XIII determinó que la fiesta del santísimo Nombre de Jesús se celebrase en toda la Iglesia, fijándola primitivamente en el domingo segundo después de Epifanía.

MISA

La Iglesia celebra la gloria del Nombre de su Esposo, desde el Introito. Cielo, tierra, abismos, temblad al oír ese Nombre adorable, porque el Hijo del hombre que lo lleva, es también el Hijo de Dios.

INTROITO

En el Nombre de Jesús debe doblarse toda rodilla, en los cielos, en la tierra y en los infiernos: y toda lengua debe confesar que Jesucristo, el Señor, está en la gloria de Dios Padre. *Salmo:* Señor, Señor nuestro: ¡qué admirable es tu Nombre en toda la tierra! — ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, la Iglesia, que halla el consuelo de su destierro en el Nombre de su Esposo, pide el poder disfrutar pronto, de la visión de Aquel a quien ese Nombre querido representa.

ORACION

Oh Dios, que constituiste a tu Unigénito, Salvador del género humano, y ordenaste que se llamara Jesús: concédenos, propicio, la gracia de gozar en el cielo de la presencia de Aquel, cuyo santo Nombre veneramos en la tierra. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección de los actos de los Apóstoles. (IV, 8-12.)

En aquellos días, Pedro lleno del Espíritu Santo, dijo: Príncipes del pueblo y ancianos, oíd: Ya que en este día se nos pide razón del beneficio hecho a un hombre enfermo, de qué manera ha sido curado éste, sea notorio a todos vosotros y a todo el pueblo de Israel, que este hombre está en vuestra presencia sano en el Nombre de Jesucristo Nazareno, a quien vosotros crucificásteis y Dios resucitó de entre los muertos. Esta es la piedra que vosotros desechásteis al edificar, la cual se ha convertido en piedra angular; y no hay salud en ningún otro. Ni se ha dado a los hombres otro Nombre debajo del cielo, por el cual podamos salvarnos.

Ya lo sabemos ¡oh Jesús! ningún otro nombre sino el tuyo podía salvarnos, pues ese Nombre significa *Salvador*. Bendito seas, pues te dignaste aceptarlo: ¡bendito seas por habernos salvado! Eres del cielo y tomas un nombre de la tierra, un nombre que todos los labios mortales pueden pronunciar: unes, pues, para siempre

la naturaleza divina con la humana. ¡Oh! haznos dignos de tan sublime alianza y no consientas que jamás la rompamos.

La Santa Iglesia celebra a continuación con sus cantos, las glorias de este divino Nombre a quien bendicen todas las naciones, porque es el Nombre del Redentor del mundo.

GRADUAL

Sálvanos, Señor, Dios nuestro, y júntanos de entre las naciones: para que confesemos tu santo Nombre, y nos gloriemos en tus alabanzas. — ℣. Tú, Señor, eres nuestro Padre y nuestro Redentor: tu Nombre existe desde siempre.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Las alabanzas del Señor cantará mi boca; y bendiga toda carne su santo Nombre. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Lucas. II, 21.)

En aquel tiempo, pasados los ocho días para circuncidar al Niño, llamaron su Nombre Jesús, el cual le fué puesto por el Angel antes de que fuese concebido en el vientre.

¡Oh Jesús! recibiste el Nombre al derramar en la Circuncisión tu primera sangre; así tenía que ser, ya que ese nombre quiere decir *Salvador;* y nosotros no podemos salvarnos tampoco si no es por medio de tu sangre. Algún día, esa

feliz alianza que has venido a contraer con nosotros, te ha de costar la vida; el anillo nupcial que colocarás en nuestro dedo, estará templado en tu sangre, y nuestra vida inmortal será el precio de tu cruel muerte. Todas estas cosas nos las dice ya tu sagrado Nombre ¡oh Jesús, oh Salvador! Tú eres la Viña que nos invita a libar de su vino generoso; mas, todavía el celeste racimo ha de ser duramente pisado en el lagar de la justicia del Padre de los cielos, de manera que sólo después de haber sido violentamente arrancado de la cepa y desmenuzado, podremos nosotros embriagarnos con su divino jugo. Recuérdenos siempre este misterio, tu divino Nombre, oh Emmanuel, y guárdenos del pecado su memoria, conservándonos siempre fieles a Ti.

Durante el Ofertorio canta la Iglesia todavía al Nombre divino, objeto de la presente festividad, ensalzando las gracias reservadas a los que le invocan.

OFERTORIO

Te alabaré, Señor, Dios mío, con todo mi corazón y glorificaré tu Nombre para siempre: porque Tú, Señor, eres suave y manso: y muy misericordioso con todos los que te invocan, aleluya.

SECRETA

Suplicámoste, clementísimo Dios, hagas que tu bendición, con la que vive toda criatura, santifique este sacrificio nuestro, que te ofrecemos para gloria del Nombre de tu Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, a fin

de que tribute a tu Majestad una alabanza agradable, y a nosotros nos aproveche para la salud. Por el mismo Señor.

Después de haber recibido los fieles el alimento celestial del Cuerpo y sangre de Jesucristo, la Iglesia en agradecimiento, invita a todas las naciones a cantar y glorificar el Nombre de quien las creó y redimió.

COMUNION

Todas las gentes que hiciste vendrán a ti, y se humillarán delante de ti, Señor, y glorificarán tu Nombre: porque Tú eres grande y haces maravillas: Tú sólo eres Dios, aleluya.

Sólo queda ya a la Iglesia por expresar un deseo: que los nombres de todos sus hijos sean inscritos, a continuación del glorioso Nombre de Jesús, en el libro de la predestinación eterna. Tendremos esta dicha asegurada, si sabemos estimar siempre este Nombre salvador, conformando nuestra vida con las obligaciones que impone.

POSCOMUNION

Omnipotente y eterno Dios, que nos has creado y redimido: contempla propicio nuestros votos, y dígnate aceptar, con rostro plácido y benigno, el sacrificio de la saludable Hostia que hemos ofrecido a tu Majestad, en honor del Nombre de tu Hijo, Nuestro Señor Jesucristo: para que, infundida en nosotros tu gracia, nos alegremos de ver escritos en el cielo nuestros nombres, bajo el glorioso Nombre de Jesús, con el título de la predestinación eterna. Por el mismo Señor.

2 de enero

OCTAVA DE SAN ESTEBAN PROTOMATIR

Terminamos ayer la Octava de la Natividad de Nuestro Señor; hoy cerraremos la Octava de San Esteban; pero, no debemos perder de vista ni un solo momento al divino Niño cuya corte forman Esteban, el Discípulo Amado y los santos Inocentes. Pronto veremos llegar a los Magos ante la cuna del Rey recién nacido. Glorifiquemos al Emmanuel, en estas horas de espera, proclamando las glorias de sus favoritos predilectos, admirando una vez más a Esteban en este último día de su Octava. Le volveremos a encontrar en otra parte del año; el 2 de agosto aparecerá radiante en la Iglesia, con la milagrosa Invención de sus reliquias, derramando sobre nosotros nuevas gracias.

Un antiguo Sermón atribuído durante mucho tiempo a San Agustín, nos enseña que Esteban estaba *en la flor de su brillante juventud,* cuando fué llamado por los Apóstoles a recibir, por la imposición de manos, el sagrado carácter del Diaconado. Se le dieron seis compañeros; Esteban era el jefe de todos ellos; San Ireneo, en el siglo II le da ya el título de *Archidiácono.*

La fidelidad. — Ahora bien, la virtud característica del Diácono es la fidelidad; de ahí que

le sean confiados los tesoros de la Iglesia, tesoros consistentes no sólo en el dinero destinado al alivio de los pobres, sino en lo más precioso que existe en el cielo y en la tierra: el mismo Cuerpo del Redentor, cuyo distribuidor es el Diácono, por la Ordenación que ha recibido. Por eso el Apóstol, en su primera Epístola a Timoteo, recomienda a los Diáconos, que *guarden el Misterio de la Fe en una conciencia pura.*

Siendo el Diaconado un ministerio de fidelidad, era conveniente que el primer Mártir perteneciese al Orden del Diaconado, puesto que el martirio es una prueba de fidelidad; declara esta maravilla en la Iglesia universal la gloriosa Pasión de esos tres héroes de Cristo, que revestidos de la triunfal dalmática, acaudillan al ejército de los Mártires: Esteban, gloria de Jerusalén; Lorenzo, prez de Roma, y Vicente, honra de la católica España.

Con el fin de honrar el Diaconado en su primer representante, es costumbre en muchas Iglesias, el dejar cumplir a los Diáconos, en la fiesta de San Esteban, todos los cargos que son compatibles con su carácter. Así, en muchas Catedrales, el Chantre cede su báculo a un Diácono, otros diáconos asisten con dalmáticas, como coristas; y un Diácono canta también la Epístola de la Misa, porque contiene el relato del martirio de San Esteban.

ANTIGÜEDAD DE ESTA FIESTA. — La institución de la fiesta del primer Mártir, y su asignación al día siguiente de Navidad, se pierde en la más sagrada y remota antigüedad. Las Constituciones Apostólicas, recopilación siria del siglo IV, nos la dan ya como establecida y fija en ese día. San Gregorio de Nisa y San Asterio de Amasea, anteriores uno y otro a la época del maravilloso hallazgo de las reliquias del santo Diácono (en 415) celebran su fiesta con Homilías especiales, poniento de relieve la circunstancia de ser festejada precisamente el mismo día siguiente a la Natividad de Cristo. Su Octava es ya más reciente; con todo eso, no se puede precisar la fecha de su institución. Amalario, en el siglo IX, la menciona ya como establecida, y el Martirologio de Notker en el siglo X, la trae expresamente.

No hay que extrañar que haya recibido tantos honores la fiesta de un simple Diácono, mientras que las de la mayoría de los Apóstoles carecen de Octava. La norma de la Iglesia en la Liturgia es, distinguir con su culto a los Santos, en proporción a los servicios que le han prestado. Así, a San Jerónimo, simple sacerdote, le honra con un culto superior al que otorga a los santos Pontífices. El lugar y grado de superioridad que concede en el ciclo, se halla en relación con su agradecimiento a los amigos de Dios que en él admite; de esta manera es como regula los

afectos del pueblo fiel hacia los celestes bienhechores que habrá de venerar un día en las filas de la Iglesia triunfante. Esteban, al abrir el camino a los Mártires, dió la pauta de ese sublime testimonio de la sangre, que constituye la fortaleza de la Iglesia, cuando confirma las verdades de que es tesorera y las eternas esperanzas que descansan sobre esas verdades. ¡Gloria, pues, y honor a Esteban hasta el fin de los siglos, en esta tierra fecundada con su sangre que él supo unir a la de Cristo!

San Esteban y San Pablo. — Hemos subrayado ya el perdón que este primer Mártir otorgó a sus verdugos, siguiendo el ejemplo de Cristo; y hemos visto cómo la Iglesia sacaba de este gran hecho, la materia de su principal elogio a San Esteban. Hoy, haremos hincapié en una circunstancia del drama tan emotivo que se desarrolló a las puertas de Jerusalén. Entre los cómplices de la muerte sangrienta de Esteban, había un joven llamado Saulo. Fogoso y amenazador, guardaba los vestidos de los que lapidaban al santo Diácono; y como observan los santos Padres, le apedreaba por mano de todos. Poco después, el mismo Saulo era derribado por una fuerza divina en el camino de Damasco, y se levantaba convertido en discípulo de aquel Jesús a quien la voz valerosa de Esteban, había proclamado Hijo del Padre celestial, aun en medio de

los golpes de sus verdugos. No había sido estéril la oración de Esteban; semejante conquista anunciaba nada menos que la de la gentilidad, cuando nacía el Apóstol, de la sangre de Esteban. "Sublime cuadro, exclama San Agustín. Veis allí a Esteban lapidado, veis a Saulo guardando los vestidos de los que le lapidan. Pues bien, he aquí que Saulo se hace Apóstol de Cristo, mientras que Esteban es siervo de Cristo. ¡Oh Saulo! fuiste derribado por el suelo y te levantaste predicador de Aquel a quien perseguías. Tus Epístolas se leen por todas partes; por doquier conviertes a Cristo los corazones rebeldes; por doquier formas como buen Pastor, grandes rediles. Ahora reinas con Cristo en compañía de aquel a quien apedreaste. Ambos a dos nos contemplais; ambos a dos oís lo que decimos; rogad los dos por nosotros. Sin duda os atenderá El que os dió la corona. Al principio, uno era cordero y el otro lobo; ahora los dos son corderos. ¡Protegednos, pues, con vuestras miradas, recomendadnos con vuestras oraciones! obtened para la Iglesia una vida pacífica y tranquila." Antes de que termine el tiempo de Navidad volveremos honrar en el culto a Esteban y a Pablo; el 25 de enero celebraremos la Conversión del Apóstol de los Gentiles; pero convenía que su víctima gloriosa le presentase ante la cuna de su común Salvador,

Finalmente, la piedad católica conmovida por la muerte del primer Mártir, muerte que el escritor sagrado califica de *sueño,* y que tan rudo contraste forma con la dureza de su suplicio, la piedad católica, decimos, señaló a San Esteban como intercesor nuestro para la gracia de una dichosa muerte. Imploremos, pues, la ayuda del santo Diácono para el momento en que tengamos que entregar a nuestro Criador el alma que un día nos confió; preparemos desde ahora nuestro corazón para ofrecerle, cuando el Señor nos lo pida, el sacrificio completo de esta vida frágil, que nos ha sido dada en depósito, para que se la devolvamos en el momento en que lo disponga.

Gracias te sean dadas, oh glorioso Esteban, por la ayuda que nos has prestado en la celebración del Nacimiento de nuestro Salvador. A ti te correspondía iniciarnos en el excelso y conmovedor misterio de un Hombre-Dios. El Niño celestial se nos mostró en tu compañía, y la Iglesia te encargó revelárselo a los fieles, como en otro tiempo lo hiciste a los Judíos.

Tu misión ha terminado: nosotros adoramos a ese Niño, como a Verbo divino; le saludamos como a Rey nuestro; nos ofrecemos a El para servirle como tú le serviste, reconociendo que el compromiso debe llegar hasta dar por El la sangre si así lo exige. Haz, pues oh fiel Diácono, que le entreguemos desde hoy todo nuestro corazón, que busquemos todos los medios de complacerle

y de poner toda nuestra vida y todos nuestros afectos de acuerdo con su voluntad. Así mereceremos pelear sus batallas, si no, en la sangrienta arena, al menos en la lucha con nuestras pasiones. Somos hijos de Mártires, y los Mártires vencieron al mundo como el Niño de Belén; por consiguiente, el mundo no debe triunfar sobre nosotros. Alcanza para nuestro corazón ese amor fraterno que todo lo perdona, que ruega por los enemigos y obtiene la conversión de las almas más rebeldes. ¡Oh Mártir de Dios! vela por nosotros en la hora de nuestra muerte; asístenos cuando nuestra vida esté para apagarse; muéstranos entonces a ese Jesús que nos has hecho ver de Niño: muéstranosle glorioso, triunfador, y sobre todo misericordioso, llevando en sus manos divinas la corona que para nosotros tienen destinada; en esa hora suprema sean nuestras últimas palabras las mismas que tú pronunciaste: *Señor Jesús, recibe mi espíritu.*

3 DE ENERO

OCTAVA DE SAN JUAN, APOSTOL Y EVANGELISTA

Hoy termina la Octava de San Juan: es el último tributo de homenaje que rendimos al Discípulo amado. El sagrado ciclo nos traerá toda-

vía su gloriosa memoria, el día seis de mayo, cuando celebremos en medio de las alegrías de la Resurrección de su Maestro, su valiente Confesión en Roma, ante la Puerta Latina; agradezcámosle hoy los dones que nos ha alcanzado de la misericordia del divino Niño, y recordemos algunos de los favores que recibió del Emmanuel.

El Apóstol. — El Apostolado de Juan fué fecundo en obras de salvación, para los pueblos a los que fué enviado. Recibió de él el Evangelio la nación de los Partos, y por él fueron fundadas la mayor parte de las Iglesias del Asia Menor, el mismo Jesucristo eligió siete de entre ellas para representar en el sagrado Apocalipsis, las diversas clases de pastores, y tal vez, las siete épocas de la Iglesia, como muchos han pensado. No debemos olvidar que estas Iglesias del Asia Menor, imbuídas en la doctrina de San Juan, enviaron Apóstoles a las Galias, siendo la ilustre Iglesia de Lyon una de sus pacíficas conquistas. Pronto, también en el santo tiempo de Navidad, celebraremos al heroico Policarpo, obispo de Esmirna, discípulo de San Juan, y cuyo discípulo a su vez, fué el mismo San Potino, primer obispo de Lyon.

El Hijo de María. — Los trabajos apostólicos de San Juan no le distrajeron de los cuidados que su filial ternura y la recomendación del Salvador le imponían con respecto a la purí-

sima María. Mientras Jesucristo lo consideró nenecesario para el afianzamiento de su Iglesia, tuvo San Juan el insigne honor de gozar de su compañía, de poder rodearla con sus demostraciones de ternura, hasta que, después de haber vivido en Efeso a su lado, volvió con Ella a Jerusalén, desde donde, como canta la Iglesia la Sma. Virgen, *se elevó hasta el cielo desde el desierto de este mundo, semejante a una tenue nube de mirra e incienso.* Juan sobrevivió todavía a esta segunda separación, y esperó en medio de los trabajos del apostolado el día en que a él también le sería dado escalar la afortunada región donde le esperaban el divino Amigo y su incomparable Madre.

El Doctor. — Los Apóstoles, aquellas brillantes lumbreras puestas en el candelero por el mismo Cristo, se iban apagando poco a poco por la muerte del martirio; sólo él quedaba de pie en la Iglesia de Dios; las Iglesias recogían las palabras inspiradas de su boca, como regla de su fe; su profecía de Patmos demostraba que conocía bien los secretos del futuro de la Iglesia. En medio de tanta gloria, Juan permanecía sencillo y humilde como el Niño de Belén; y uno se siente enternecido ante el relato de los antiguos, que nos le muestran acariciando con dulzura a una avecilla posada en sus sagradas manos.

Este anciano que en sus años juveniles había descansado sobre el pecho de *Aquel cuyas delicias son el estar con los hijos de los hombres;* él, el único de los Apóstoles que le había seguido hasta la Cruz, y que había visto traspasar con la lanza aquel corazón que tanto amó al mundo, gustaba sobre todo hablar del amor fraterno. Su misericordia para con los pecadores era digna del amigo del Redentor, y es conocida aquella evangélica persecución que llevó a cabo contra un joven, a quien había amado con amor de padre, y que, en ausencia del santo Apóstol, se había entregado a toda clase de desórdenes. A pesar de su ancianidad, Juan le siguió hasta los montes, trayéndole de nuevo arrepentido al redil.

Mas, el hombre de tan insigne caridad, era inflexible contra la herejía la cual destruyendo la fe, destruye la caridad en su misma fuente. De él tomó la Iglesia su máxima de huir del hereje como de un apestado: No le *saludéis siquiera,* escribe el amigo de Cristo en su segunda Epístola; *porque el que le saluda, comulga con sus perversas obras.* Habiendo entrado cierto día en un baño público, supo que allí se hallaba el heresiarca Cerinto, y salió inmediatamente como de un lugar maldito. Por eso, los discípulos de Cerinto trataron de envenenarle con una copa que estaba a su uso; pero, al hacer el santo Apóstol la señal de la Cruz sobre la bebida, salió

de allí una serpiente, lo cual puso de manifiesto la maldad de los sectarios y la santidad del discípulo de Cristo. Esta apostólica energía en la guarda del tesoro de la fe, le hizo temible a los herejes del Asia, justificando su profético apellido de *Hijo del trueno* que el mismo Salvador le había dado, lo mismo que a su hermano Santiago el Mayor, el Apóstol de España.

En recuerdo de este milagro que acabamos de contar, la tradición de los artistas católicos, dió al santo como emblema un cáliz, del cual sale una serpiente, y en muchas regiones de la cristiandad, sobre todo en Alemania, el día de la fiesta de este Apóstol, se bendice solemnemente el vino con una oración que recuerda este episodio. Es también costumbre en esas tierras, beber al fin de la comida una copa, llamada *la copa de San Juan,* como para poner bajo su amparo la refección tomada.

Nos falta lugar para contar detalladamente otras tradiciones sobre el Apóstol: se puede consultar a la leyenda; nos limitaremos a decir algo sobre su muerte.

El trozo del Evangelio que se lee en la Misa de San Juan fué con frecuencia interpretado en el sentido de que el Discípulo amado no había de morir; mas, hay que reconocer que se puede explicar el texto sin necesidad de recurrir a esa interpretación. La Iglesia griega, cree en el privilegio de la exención de la muerte concedido a

San Juan, y esta opinión de muchos Padres antiguos se halla reproducida en algunas Secuencias e Himnos de las Iglesias de Occidente. Se diría que también la Iglesia romana favorece ese sentimiento al escoger esas palabras para una de las Antífonas de los Laudes de la fiesta; pero, hay que reconocer que jamás se inclinó abiertamente por esa opinión, aunque tampoco la desaprobase. Por otra parte, en Efeso existió el sepulcro del santo Apóstol; los monumentos de la tradición hacen mención de él, así como del prodigio de un maravilloso maná que fluyó de allí durante varios siglos.

Con todo eso, no deja de sorprender que el cuerpo de este santo no haya sido objeto de ninguna traslación; ninguna iglesia se ha gloriado de poseerle; y por lo que se refiere a las reliquias particulares de este Apóstol, son muy escasas en la Iglesia y de una naturaleza muy poco definida. En Roma, cuando se piden reliquias de San Juan, sólo se logran algunas de su sepulcro. Después de todos estos datos, hay que reconocer que exite algún misterio en la desaparición total del cuerpo de un personaje tan querido por toda la Iglesia, en tanto que el cuerpo de todos sus demás compañeros en el Apostolado tienen su historia más o menos definida, disputándoselos muchas Iglesias, total o parcialmente. ¿Quiso el Salvador glorificar antes del día del juicio el cuerpo de su amigo? En los de-

signios impenetrables de su sabiduría, ¿lo sustrajo quizás a todas las miradas como el cuerpo de Moisés? Son cuestiones, que no serán nunca probablemente resueltas en la tierra; pero no hay inconveniente en reconocer, con muchos santos doctores, el misterio de que el Señor ha querido rodear el cuerpo virginal de San Juan, como una nueva señal de la admirable castidad de este gran Apóstol.

¡Oh bienaventurado Juan! te saludamos en este día con el corazón rebosante de gratitud, por habernos acompañado con tan tierno amor en la celebración del Nacimiento de tu divino Rey. Al destacar tus inefables privilegios, glorificamos a Aquel que te distinguió con ellos. Sé, pues, bendito, tú que eres el amigo de Jesús e Hijo de la Virgen. Pero, antes de abandonarnos atiende nuestras plegarias.

¡Apóstol de la caridad fraterna! haz que todos nuestros corazones se fundan en una santa unión; que renazca en el corazón del cristiano de hoy día esa sencillez de la paloma de que fuistes un ejemplo conmovedor. Haz que la fe sin la cual no podría existir la caridad, se mantenga pura en nuestras Iglesias; que sea aplastada la serpiente de la herejía, y que sus pestilentes pócimas no sean más servidas a lo labios de un pueblo cómplice o indiferente; que la adhesión a la doctrina de la Iglesia sea firme y valerosa en el corazón de los católicos; que las

procacidades profanas o la débil tolerancia de los errores no llegue a empañar las costumbres religiosas de nuestros padres; y que los hijos de la luz no se unan a los hijos de las tinieblas.

Acuérdate, oh santo Profeta, de la sublime visión en la que te fué dado ver el estado de las Iglesias del Asia Menor; alcanza para los Angeles que guardan las nuestras, esa inviolable fidelidad que es la única merecedora de la corona y del premio. Ruega también por las regiones que evangelizaste y claudicaron en la fe. Durante mucho tiempo han padecido la degradación y la esclavitud; hora es ya de que vuelvan a la fe de Jesucristo y de su Iglesia. Envía la paz, desde lo alto del cielo, a tu Iglesia de Efeso y a sus hermanas de Esmirna, de Pérgamo, de Tiatira, de Sardes, de Filadelfia y de Loadicea, para que se despierten de su letargo y salgan de sus tumbas; pon pronto fin a los tristes destinos del Islamismo, y haz que desaparezcan el cisma y la herejía que degradan al Oriente, para que todo el rebaño se reúna en un solo aprisco. Protege a la Santa Iglesia romana, que fué testigo de tu gloriosa Confesión, y guardó su memoria entre sus más bellos títulos de gloria, al lado de la de Pedro y Pablo. Envía para ella una nueva efusión de luz y caridad, en estos días en que la cosecha comienza a blanquear por todas partes. Finalmente, ¡oh discípulo predilecto del Salvador de los hombres! alcánzanos el ser ad-

mitidos un día a la contemplación de la gloria de tu cuerpo virginal, para que después de habernos presentado en esta tierra a Jesús y a María en Belén, nos les muestres también, en los esplendores de la eternidad.

EL MISMO DÍA

SANTA GENOVEVA VIRGEN, PATRONA DE PARIS

El Martirologio de la Iglesia Romana nos presenta hoy el nombre de una santa Virgen, cuya memoria es demasiado estimada en la Iglesia parisiense y en todas las iglesias de Francia, para que podamos pasar por alto el recuento de sus gloriosos méritos. En compañía de los Mártires y del Confesor y Pontífice San Silvestre, Santa Genoveva brilla con suave resplandor al lado de Santa Anastasia. Como ella hace también guardia amorosa ante la cuna del divino Niño cuya sencillez imitó, y del cual mereció ser Esposa. Es justo que, al celebrar el misterio del virginal alumbramiento, celebremos también con solemnes honores a las vírgenes fieles que siguieron a María. Si nos fuera dado agotar los Anales de la Santa Iglesia, ¡qué magnífica pléyade de Esposas de Cristo deberían ser honradas en estos cuarenta días, del tiempo de Navidad!

Genoveva fué célebre en todo el mundo. Viviendo aún en carne mortal, el Oriente conocía ya su nombre y sus virtudes; Simeón el estilista, desde lo alto de su columna, la saludaba ya como a hermana suya en la perfección del cristianismo. La capital de Francia está bajo su amparo; una sencilla pastora protege los destinos de París, como un pobre labrador S. Isidro vela por la capital de España.

Uno de los mayores obispos de la Galia del siglo v fué el encargado por Dios de revelar la elección que Jesucristo había hecho de la jovencita de Nanterre para Esposa suya. Acudía San Germán de Auxerre a la Gran Bretaña a donde le envíaba el Papa San Bonifacio I para combatir la herejía pelagiana (hacia el año 430). Acompañado de San Lupo, obispo de Troyes, que debía compartir con él sus trabajos, se detuvo en la aldea de Nanterre; al dirigirse los dos prelados a la iglesia para orar por el buen éxito de su viaje, todo el pueblo fiel los rodeó con piadosa curiosidad. Ilustrado por luz divina, Germán advirtió en medio de la multitud a una jovencita de siete años, y conoció interiormente que el Señor se la había escogido para sí. Preguntó el nombre de aquella niña, e hizo que la condujeran a su presencia. Acercáronse sus padres, llamados Severo y Geruncia. Ambos se enternecieron a la vista de las caricias que a su hija prodigaba el santo obispo. "¿Es vuestra esta ni-

ña?" les dijo Germán. — "Sí, señor," respondieron ellos. — "Felices padres de tal hija" repuso el obispo. "Sabed que los Angeles hicieron gran fiesta en el cielo cuando nació esta niña. Esta niña será grande ante el Señor; por la santidad de su vida, arrebatará muchas almas al yugo del pecado." Luego, dirigiéndose a ella le dijo: "Genoveva, hija mía." — "Padre santo, respondió ella, vuestra sierva escucha." Entonces Germán le dijo: "Dime sin miedo, ¿te gustaría consagrarte a Cristo como Esposa con una pureza inmaculada?". — "¡Bendito seáis, Padre mío! exclamó la niña, ese es el deseo más querido de mi corazón. Es todo lo que yo anhelo; dignáos rogar para que el Señor me lo conceda". — "Ten confianza, hija mía, repuso Germán, sé constante en tu determinación, conforma tus obras con tu fe, y el Señor añadirá su virtud a tu belleza."

Entraron en la iglesia los dos obispos acompañados por el pueblo y se cantó el Oficio de Nona y Vísperas. Germán había hecho que le llevaran a su lado a Genoveva, y durante toda la salmodia tuvo impuestas sus manos sobre la cabeza de la niña. Al día siguiente, temprano, antes de emprender el viaje, hizo que su mismo padre le presentara a Genoveva. "Dios te salve, hija mía Genoveva, le dijo; ¿te acuerdas de la promesa de ayer?". — "¡Oh padre santo, repuso la niña, no puedo olvidar lo que pro-

metí a vos y a Dios!; mi deseo es guardar siempre con la ayuda del cielo la pureza de mi alma y de mi cuerpo." En aquel momento Germán vió en tierra una medalla de cobre con la imagen de la Cruz grabada en ella. La levantó, y entregándosela a Genoveva la dijo: "Abre en ella un agujero, cuélgatela al cuello y guárdala en memoria mía. No lleves nunca collares ni sortijas de oro o plata, ni piedras preciosas; porque si el atractivo de las bellezas terrenas prendiese en tu corazón, perderías bien pronto tu ornato celestial que debe ser eterno." Después de estas palabras, Germán le rogó que se acordase de él con frecuencia en Cristo, y recomendándosela a Severo como un tesoro doblemente precioso, continuó su camino hacia la Gran Bretaña, con su piadoso compañero.

Hemos querido trasladar aquí esta sugestiva escena, tal como nos la describen las *Actas de los Santos*, para demostrar el poder del Niño de Belén, que con tanta libertad obra en la elección de las almas, cuando quiere unirlas a sí con un lazo más estrecho. Obra como señor; ningún obstáculo le resiste, pues su acción no es menos visible en este siglo de decadencia y tibieza espiritual, que en los días de San Germán y de Santa Genoveva. Algunos, por desgracia se irritan; otros se sorprenden; la mayoría no reflexionan; pero, unos y otros han de

hallarse en presencia de las señales más maravillosas de la divinidad de la Iglesia.

Vida: Genoveva nació en Nanterre hacia el año 419. A la edad de siete años fué consagrada virgen por el obispo san Germán de Auxerre. Con su oración y milagros protegió contra los ataques de los Normandos y alimentó durante su asedio a la ciudad de París, que la tiene por patrona. Después de una vida rica en las más eminentes virtudes, se durmió en la paz, el 3 de enero de 512. Su sepulcro, ilustrado con numerosos milagros, llegó a ser un centro de peregrinación nacional.

¡Oh virgen fiel, Genoveva! te ensalzamos por los méritos que quiso el divino Niño florecieran en ti. Apareciste en nuestra patria como un ángel tutelar; en tus plegarias confiaron los franceses durante mucho tiempo; y has tenido a gala en el cielo y en la tierra el proteger a la capital de Clodoveo, de Carlomagno y de San Luis. Han llegado tiempos nefandos, en los cuales ha sido abolido sacrílegamente tu culto, cerrados tus templos y tus preciosas reliquias profanadas. Con todo, no nos has abandonado; más bien, has implorado para nosotros días mejores, y a pesar de las profanaciones recientes añadidas a las antiguas, podemos respirar nuevamente, al ver otra vez florecer tu culto entre nosotros.

En esta época del año, embellecida y consagrada por tu nombre, bendice al pueblo cristiano. Ayúdanos a comprender el misterio del

pesebre. Da nuevo temple en las puras fuentes de la fe, a esta nación tan querida por ti, y alcánzanos del Emmanuel, que su Nacimiento, renovado todos los años, sea verdaderamente un tiempo de salvación y de auténtica renovación. Somos enfermos, a punto de perecer, porque las verdades han disminuído entre nosotros, según frase de David; la verdad se halla oscurecida, porque el orgullo ha reemplazado a la fe y la indiferencia al amor. Unicamente Jesús, conocido y amado en el misterio de su inefable Encarnación, puede devolvernos la vida y la luz. Tú que le recibiste y le amaste a través de tu larga e inocente vida, llévanos a su cuna.

Guarda ¡oh poderosa pastora! a la ciudad que te está confiada. Líbrala de los pecados que la asemejan a veces a una gran ciudad pagana. Deshaz las tempestades que se fraguan en su seno, para que llegue a ser discípula de la verdad, en lugar de apóstol de los errores. Alimenta también a su población que desfallece de hambre; pero ante todo alivia sus miserias morales. Apaga esa ardiente fiebre que devora a las almas, fiebre que es más funesta aún que el fuego que sólo atormenta a los cuerpos. Desde tu tumba vacía, desde lo alto del monte que domina al grandioso templo que a tu nombre levantaron nuestros padres, y que continúa siendo tuyo a pesar de las vanas tentativas de la fuerza bruta, ten cuidado de esa juventud de Francia, api-

ñada junto a las cátedras de la ciencia humana, juventud tantas veces traicionada por las enseñanzas que debieran guiarla; procura para nuestra patria generaciones cristianas. Haz que, a despecho del infierno, brille siempre la cruz sobre la cúpula de tu profanado santuario; no permitas que sea de allí derribada. Haz que cuanto antes reine plenamente sobre nosotros esa cruz inmortal, y que desde lo más alto de tu templo domine sobre todas las moradas de la ciudad señora, devuelta a su antigua fe, a tu culto y a tu antiguo patronato.

4 DE ENERO

OCTAVA DE LOS SANTOS INOCENTES

Hoy terminamos los ocho días dedicados a honrar la memoria de los bienaventurados Niños de Belén. Demos gracias a Dios, que nos los dió por intercesores y modelos. Su nombre no aparecerá ya en el ciclo hasta que vuelvan las fiestas del Nacimiento del Emmanuel: sea hoy, pues, para ellos nuestro último homenaje.

La Santa Iglesia que vistió color de duelo en el día de su fiesta, en consideración a los llantos de Raquel, vuelve a vestir en este día de la Octava, la púrpura de los Mártires, con la cual pretende honrar a los que tienen la gloria de ser sus primicias. Mas, no por eso deja la Igle-

sia de conmoverse ante el desconsuelo de las madres que vieron degollar en sus mismos brazos a los hijos que amamantaban.

En el Oficio de Maitines, lee este dramático trozo de un antiguo Sermón atribuido algún tiempo a San Agustín:

"En cuanto nace el Señor comienza el llanto, no en el cielo sino en la tierra. Lloran las madres, los Angeles triunfan, los niños son arrebatados. Un Dios ha nacido; necesita víctimas inocentes quien viene a condenar la malicia del mundo. Hay que sacrificar corderos, puesto que ha venido el Cordero que borrará los pecados y será crucificado. Mas, las ovejas, sus madres, lanzan grandes balidos, porque pierden a sus corderitos antes de haberles oído balar. ¡Cruel martirio! Se desenvaina la espada y sin motivo; la envidia es la única causa, pero el recién nacido no hace violencia a nadie.

"Consideremos ahora a las madres llorando a sus corderuelos. Una voz se ha oído en Ramá; llantos y alaridos; es que las arrebatan el tesoro que no sólo han recibido, sino engendrado. La naturaleza que se oponía a su martirio en la misma presencia del verdugo, manifestaba bien toda su fuerza. La madre mesaba y arrancaba los cabellos de su cabeza por haber perdido el ornato de sus hijos. ¡Cuántos esfuerzos por ocultarlos y ellos mismos se delataban! Como no habían aprendido todavía a temer, tampoco sa-

bían contener su voz. Luchaban juntos la madre y el verdugo; el uno tiraba del niño, la otra le retenía. La madre gritaba al sayón: "¿Por qué quieres quitarme lo que de mí ha salido"?

"Mi seno le engendró: ¿En vano le di mi pecho? ¡Tantos cuidados como prodigué al que tu cruel brazo me sustrae con violencia! A penas ha salido de mis entrañas y ya me lo aplastan contra la tierra."

Otra madre a quien el soldado se negaba a inmolar junto con su hijo, exclamaba: "¿Por qué me quitan a mi hijo? Si se ha cometido algún crimen, yo debo ser la culpable; mátame también a mí y librarás a una pobre madre." Otra decía: "¿Qué buscáis? No queréis mas que uno y matáis a tantos, sin lograr dar con el único que buscáis." Y otra exclamaba: "¡Ven, oh Salvador del mundo! Tú no temes a nadie; véate el soldado y perdone la vida a nuestros hijos." De esta manera se mezclaban los lamentos de las madres, y subía hasta el cielo el sacrificio de sus hijos.

Algunos de los niños menores de dos años tan cruelmente sacrificados, pertenecían sin duda a los pastores de Belén que por mandato de los Angeles habían acudido a reconocer y adorar en la gruta al recién nacido. De esta suerte, estos primeros adoradores del Verbo Encarnado después de María y José, ofrecieron en sacrificio al Señor que les había elegido, lo que más

querían. Conocían muy bien al Niño por cuya causa eran sus hijos inmolados, y estaban santamente orgullosos de la nueva distinción de que eran objeto en medio de su pueblo.

Con todo eso, Herodes, como todos los políticos que combaten a Cristo y a su Iglesia, había fracasado en sus proyectos. Su criminal edicto comprendía a Belén y a todos sus alrededores y a todos los niños de la región, menores de dos años; mas, a pesar de esta atroz medida, el Niño tan solícitamente buscado, escapaba a la espada y huía a Egipto: por tanto, el golpe había fallado como de ordinario; más aún, y contra la voluntad del tirano, la Iglesia de la tierra alcanzaría nuevos protectores, recibidos en triunfo en la Iglesia del cielo.

Aquel Rey de los Judíos recién nacido, perseguido por la envidia de Herodes, era un simple Niño sin ejércitos ni soldados; pero Herodes se estremecía ante El. Un instinto interior, le descubría como a todos los perseguidores de la Iglesia, que aquella aparente debilidad ocultaba una fuerza invencible; pero se engañaba como todos sus secuaces, al querer combatir con la espada contra el poder del Espíritu. El Niño de Belén no ha llegado todavía al extremo de su aparente debilidad: huye en presencia del tirano; día vendrá, cuando sea ya hombre, en que se expondrá a los golpes enemigos, en que se dejará atar a una infame cruz entre dos ladro-

nes; pero entonces será precisamente cuando un gobernador romano proclame en una inscripción escrita por su propio puño: *Este es el Rey de los Judíos*. De una manera oficial, dará Pilatos a Cristo este título que hace palidecer a Herodes, y a pesar de las protestas de los enemigos del Salvador, exclamará: *Lo que he escrito, escrito está*. Jesús, en el árbol de la Cruz, unirá a su triunfo a uno de sus compañeros en el suplicio; hoy, llama desde su cuna a los niños a compartir su gloria.

Os dejamos ya, oh primicias de los Mártires, mas, seguid vosotros amparándonos: Velad por nosotros durante todo el curso de este Año litúrgico; interceded ante el Cordero de quien fuisteis fieles amigos. Bajo vuestra custodia colocamos los frutos que han producido nuestra almas en estos días de gracia.

Nos hemos hecho niños con Jesús; con El volvemos a comenzar nuestra vida: rogad para que crezcamos como El en edad y en sabiduría delante de Dios y de los hombres. Aseguradnos por vuestra intercesión la perseverancia; y para lograrlo, conservad en nosotros la sencillez cristiana que es la virtud de los hijos de Cristo: Vosotros sois inocentes, nosotros culpables; amadnos, no obstante eso, con amor de hermanos. Vuestras vidas fueron segadas en la aurora de la Ley de gracia; nosotros somos hijos de esos últimos tiempos en que el mundo

envejecido ha dejado resfriarse la Caridad. Tended sobre nosotros vuestras palmas victoriosas, compadecéos de nuestras luchas; lograd que nuestro arrepentimiento obtenga cuanto antes una corona como la que os fué otorgada con tan soberana largueza.

¡Oh Niños Mártires! acordáos de las nuevas generaciones que pueblan hoy la tierra. En posesión de la gloria a que llegásteis antes de la edad madura, no olvidéis a los niños. Esos tiernos renuevos de la raza humana duermen también en la inocencia. En ellos la gracia bautismal está intacta; sus almas puras reflejan como un espejo la santidad del Dios que habita en ellas por su gracia. Desgraciadamente, terribles peligros amenazan a los nuevos retoños; muchos de ellos perderán su inocencia, sus blancas vestiduras dejarán pronto tal vez su inmaculado brillo. Se verán infectados por la corrupción del corazón y del espíritu; ¿quién podrá librarles de tan pernicioso influjo? La voz de las madres resuena todavía en Ramá: la Raquel cristiana llora aún a sus hijos inmolados, y nada es capaz de consolarla de la pérdida de sus almas. ¡Víctimas inocentes de Cristo! rogad por los niños: alcanzad para ellos tiempos mejores, para que puedan en su día entrar en la vida, sin miedo a hallar la muerte desde sus primeros pasos.

5 DE ENERO

LA VIGILIA DE EPIFANIA

Ha terminado la fiesta de Navidad; han concluído las cuatro Octavas; estamos ya ante la solemnidad de la Epifanía del Salvador. Sólo un día nos queda para prepararnos a la plena *Manifestación* que del misterio de su gloria nos ha de hacer, el Angel del gran Consejo. Unas horas más y la estrella se detendrá, y los Magos llamarán a la puerta de la casa de Belén.

Esta Vigilia no es de penitencia como la de Navidad. Ha llegado ya el Niño que esperábamos entonces con corazón compungido, y ansias de nuestra alma; lo tenemos entre nosotros, y ahora nos prepara nuevas gracias. Como los que le han precedido, este día víspera de la nueva fiesta, es un día de gozo. Por tanto, nada de ayunos en la Vigilia; la Santa Iglesia tampoco se reviste de ornamentos de duelo. Hoy luce los blancos colores, lo mismo que lo hará mañana. Este día es el duodécimo del Nacimiento del Salvador.

Si la Vigilia de la Epifanía cae en Domingo, no es anticipada como las demás Vigilias, participando en esto del mismo privilegio que la de Navidad. Goza de todas las prerrogativas de los Domingos; la Misa es la del Domingo infraoctava de Navidad. Celebremos, pues, esta Vigilia en

íntima alegría, preparando nuestras almas para recibir las gracias que le están reservadas [1].

La Iglesia griega guarda hoy ayuno en memoria de la preparación al Bautismo, que en otros tiempos y sobre todo en el Oriente se administraba durante la noche anterior al día de la Epifanía. Todavía, en esta fiesta bendice con toda solemnidad las aguas bautismales; de esta ceremonia cuyos vestigios no han desaparecido aún completamente entre nosotros, hablaremos en otro lugar más detenidamente.

La Santa Iglesia romana hace memoria en este día de uno de sus Papas Mártires, San Telesforo. Este Pontífice subió a la Sede Apostólica el año 127. Sufrió un glorioso martirio, según la expresión de San Ireneo, y fué coronado con la gloria celestial el año 138. El *Liber Pontificalis* indica que fué sepultado junto a San Pedro, en el Vaticano .

Nuestras últimas palabras en el Adviento, fueron las de la Esposa, en la profecía del Discí-

[1] Esta Vigilia, única en su género en todo el Año litúrgico, es de rito semidoble; tiene primeras Vísperas y un Oficio de nueve Lecciones. Por otra parte, no se hace mención en ella de el misterio de Epifanía. La Misa es la de la Octava de Navidad. El Evangelio y la Homilía nos habla de la vuelta de la Sagrada Familia a Galilea. En realidad no es pues, una Vigilia, en el sentido en que ordinariamente se toma esta palabra, sino una prolongación de la fiesta de Navidad, una especie de festiva transición a la solemnidad de Epifanía. Esta Vigilia sustituye también al Oficio del Domingo entre la Circuncisión y la Epifanía, y tiene todos sus privilegios.

pulo amado: ¡Ven, Señor Jesús, ven! Terminaremos la primera parte del *Tiempo de Navidad* con una frase de Isaías que la Santa Iglesia ha repetido en son de triunfo: *¡Un Niño nos ha nacido!* Los cielos han destilado su rocío, el justo ha bajado del cielo, la tierra ha engendrado al Salvador, EL VERBO SE HA HECHO CARNE, la Virgen ha dado a luz su fruto, al Emmanuel, es decir al *Dios con nosotros*. El Sol de justicia brilla ahora entre nosotros, las tinieblas han huído; ¡Gloria a Dios, en las alturas, en la tierra Paz a los hombres! Estos son los bienes que hemos alcanzado gracias a la humilde y gloriosa venida de este Niño. Adorémosle en su cuna; amémosle por tanto amor; preparemos los presentes que mañana hemos de ofrecerle con los Magos. La alegría de la Santa Iglesia continúa: los Angeles siguen admirados, la creación entera está rebosante de dicha: *¡Un Niño nos ha nacido!*

EPIFANIA DEL SEÑOR

NOMBRE DE LA FIESTA. —La fiesta de Epifanía es continuación del misterio de Navidad; pero se presenta en el ciclo litúrgico con una grandeza. Su nombre, que significa *Manifestación,* indica bien claramente que su objeto es honrar la aparición de un Dios en medio de los hombres.

Efectivamente, durante muchos siglos se dedicó este día a la celebración del Nacimiento del Salvador; y cuando los decretos de la Santa Sede obligaron a todas las Iglesias a celebrar en lo sucesivo con Roma, el misterio de Navidad el día 25 de diciembre, el 6 de enero no quedó del todo privado de su antigua gloria. Conservó el nombre de *Epifanía* con el glorioso recuerdo del Bautismo de Jesucristo, cuyo aniversario fija una tradición en este día.

La Iglesia griega da a esta fiesta el misterioso y venerable nombre de *Teofanía,* nombre célebre en la antigüedad para significar una Aparición divina. Se halla este vocablo en Eusebio, en San Gregorio de Nacianzo, en San Isidoro de Pelusa; es el nombre propio de esta fiesta en los libros litúrgicos de la Iglesia griega.

Los Orientales la llaman aún *las Santas Luces,* a causa del Bautismo que se administraba antiguamente en este día, en memoria del Bautismo de Jesucristo en el Jordán. Es sabido que los Padres llamaban al Bautismo, *Iluminación* y a los que lo recibían, *iluminados.*

Nosotros la llamamos familiarmente, *Fiesta de Reyes,* en recuerdo de los Magos, cuya llegada a Belén se conmemora de un modo particular en este día.

La Epifanía participa con las fiestas de Navidad, Pascua, la Ascensión y Pentecostés del honor de ser calificada de *día santísimo,* en el canon de la Misa; se la considera como una de las fiestas *cardinales,* es decir, una de las fiestas sobre las que descansa la economía del Año litúrgico. De ella toma su nombre una serie de seis Domingos, lo mismo que otras toman el título de *Domingos de Pascua o Domingos de Pentecostés.*

A consecuencia del Concordato hecho en 1801 entre Pío VII y el Gobierno francés, el legado Caprara, llegó a una reducción de fiestas, y la piedad de los fieles vió con gran pena suprimidas muchas de ellas. Fueron numerosas las que, sin ser suprimidas, se trasladaron al Domingo siguiente. Epifanía fué una de ellas, de manera que cuando el 6 de enero no cae en Domingo, nuestras Iglesias (el autor habla de Francia) aplazan hasta el próximo domingo el esplendor

de un día tan celebrado en todo el mundo católico. Esperemos que luzcan días mejores para nuestra Iglesia, y que un futuro más afortunado nos devuelva el gozo de que nos privó durante un tiempo la prudente condescendencia de la Santa Sede.

Es, pues, un gran día la fiesta de la Epifanía del Señor; la alegría causada por la Natividad del Niño Dios, debe seguir aumentando en esta fiesta. En efecto, los nuevos destellos de Navidad nos muestran con un nuevo esplendor; la gloria del Verbo Encarnado; y sin hacernos perder de vista los inefables encantos del divino Niño, *manifiestan* en todo el brillo de su divinidad, al Salvador que amorosamente se nos ha mostrado. Los pastores no son los únicos llamados por los Angeles a reconocer al VERBO HECHO CARNE; también el género humano, y la naturaleza entera son invitados por la misma voz de Dios a *adorarle* y *escucharle.*

MISTERIOS DE ESTA FIESTA. — Ahora bien, en medio de los misterios de su divina Epifanía, tres rayos del Sol de justicia descienden hasta nosotros. En el ciclo de la Roma pagana, este día, 6 de enero, estuvo dedicado a celebrar el triple triunfo de Augusto, autor y pacificador del Imperio; pero cuando nuestro Rey pacífico cuyo imperio es eterno y no tiene límites, decidió la victoria de su Iglesia por medio de la

sangre de sus mártires, la Iglesia juzgó con la divina Sabiduría que la asiste, que un triple triunfo del Emperador inmortal, debía sustituir en el nuevo ciclo, a las tres victorias del hijo adoptivo de César. Así pues, la memoria del Nacimiento del Hijo de Dios quedó asignada al día 25 de diciembre; pero, en cambio, en la fiesta de Epifanía vinieron a juntarse tres manifestaciones de la gloria de Cristo: el misterio de los Magos venidos de Oriente, guiados por la estrella, para honrar la realeza divina del Niño de Belén; el misterio del Bautismo de Cristo, proclamado Hijo de Dios en las aguas del Jordán, por la voz del mismo Padre celestial; y, por fin, el misterio del divino poder de Cristo, que convirtió el agua en vino en el banquete simbólico de las bodas de Caná.

¿Es también el aniversario de su realización, el día dedicado a la memoria de estos tres prodigios? Es cuestión debatida. Pero, bástales a los hijos de la Iglesia el que ella haya fijado en el día de hoy la conmemoración de estas tres *manifestaciones* para que sus corazones celebren con entusiasmo los triunfos del Hijo divino de María.

Si pasamos ahora a considerar en particular las varias facetas que ofrece el objeto de esta fiesta, observaremos al instante que, de los tres misterios que honra la Iglesia en este día, la adoración de los Magos es el subrayado con

mayor complacencia. La mayoría de los cantos del Oficio y de la Misa están destinados a celebrarlo, y los dos grandes Doctores de la Sede Apostólica, San León y San Gregorio, en sus Homilías sobre esta fiesta, parece que han querido insistir únicamente en ese punto, aunque no dejen de reconocer con San Agustín, San Paulino de Nola, San Máximo de Turín, San Pedro Crisólogo, San Hilario de Arlés y San Isidoro de Sevilla, el triple misterio de Epifanía. El motivo de esta preferencia de la Iglesia Romana por el misterio de la vocación de los Gentiles, se funda en que es sumamente glorioso para Roma, la cual, de cabeza de la gentilidad, había pasado a ser Cabeza de la Iglesia cristiana y de la humanidad, gracias a la celestial vocación que hoy, y en la persona de los Magos, llama a todos los pueblos a la admirable luz de la fe.

La Iglesia griega no hace hoy mención especial de la adoración de los Magos, sino que une este misterio al del Nacimiento del Salvador en sus Oficios de Navidad. Todas sus alabanzas, en la fiesta de hoy, tienen por objeto único el Bautismo de Jesucristo.

La Iglesia latina celebra el segundo misterio de la Epifanía junto con los dos restantes, el 6 de enero. En el Oficio de hoy se le menciona con frecuencia; pero, lo que más llama la atención de la Roma cristiana es la llegada de los Magos ante la cuna del nuevo Rey; por eso, era

necesario dedicar otro día al misterio de la santificación de las aguas, para que fuese su memoria dignamente honrada. El día escogido por la Iglesia de Occidente para honrar de un modo especial el Bautismo del Salvador, fué la Octava de Epifanía.

Lo mismo ocurrió con el tercer misterio de Epifanía, un tanto eclipsado por el esplendor del primero, aunque recordado repetidas veces en los cantos de esta fiesta; su celebración particular, fué trasladada a otro día, es decir al segundo domingo después de Epifanía.

Muchas Iglesias asociaron al misterio de la conversión del agua en vino, el de la multiplicación de los panes, que tiene muchas analogías con el primero, y en el que el Salvador *manifestó* también su poder divino; pero la Iglesia Romana, aunque toleró esa costumbre en los ritos Ambrosiano y Mozárabe, no lo admitió nunca en el suyo, con el fin de conservar el día 6 de enero, el número de tres que debe señalar en el ciclo los triunfos de Cristo; y también porque San Juan nos enseña en su Evangelio que el milagro de la multiplicación de los panes se realizó en la proximidad de la Pascua, lo que de ningún modo podría convenir a la época del año en que se celebra la Epifanía. Démonos, pues, de lleno al regocijo en tan bello día, y en esta fiesta de la *Teofanía*, de las *santas Luces*, de los *Reyes Magos*, consideremos con

amor el brillo deslumbrante de nuestro Sol divino que sube con pasos de gigante, como dice el Salmista (Salmo XVIII), y que derrama sobre nosotros sus oleadas de luz, dulce y esplendorosa. Los pastores que acudieron a la voz del Angel han visto ya reforzado su fiel grupito; el príncipe de los Mártires, el Discípulo amado, la virginal cohorte de los Inocentes, el glorioso Santo Tomás, San Silvestre, el patriarca de la paz, no son ya los únicos en velar ante la cuna del Emmanuel; sus filas se abren ahora para dar paso a los Reyes de Oriente, portadores de los votos y adoraciones de toda la humanidad. El humilde establo es ya estrecho para tan gran concurrencia; Belén aparece amplio como el universo. María, trono de la divina Sabiduría, acoge con su graciosa sonrisa de Madre y Reina a todos los miembros de esta corte; presenta a su Hijo a la adoración de la tierra y a las complacencias del cielo. Dios se *manifiesta* a los hombres porque es grande; mas se *manifiesta* por medio de María porque es misericordiosa.

Recuerdos históricos. — En los primeros siglos de la Iglesia, hallamos dos notables sucesos ocurridos en esta fecha memorable que nos reúne al rededor del Rey pacífico. El 6 de enero de 361, el César Juliano, apóstata ya en su corazón, se encontraba en Viena de las Galias, la víspera de subir al trono imperial que pronto

iba a dejar vacante la muerte de Constancio. Necesitaba todavía del apoyo de aquella Iglesia cristiana, en la que se decía, había incluso recibido el grado de Lector, y a la que a pesar de todo se disponía a atacar con la astucia y ferocidad del tigre. Nuevo Herodes, astuto como el antiguo, quiso también en este día de Epifanía acudir a adorar al Rey recién nacido. Según el relato de su panegirista Amiano Marcelino, se vió al coronado filósofo salir del impío santuario donde consultaba secretamente a los arúspices, y entrar luego en los pórticos de la Iglesia, y en medio de la asamblea de los fieles ofrecer al Dios de los cristianos un homenaje tan solemne como sacrílego.

Once años más tarde, en 372, otro emperador penetraba también en la Iglesia, en esta misma fiesta de Epifanía. Era Valente, cristiano por el bautismo como Juliano, pero perseguidor, en nombre del arrianismo, de aquella misma Iglesia que Juliano atacaba en nombre de sus dioses impotentes y de su vana filosofía. La evangélica libertad de un santo Obispo derribó a Valente a los pies de Cristo Rey, el mismo día en que la diplomacia había obligado a Juliano a inclinarse ante la divinidad del *Galileo*.

Acababa de salir San Basilio de su célebre entrevista con el prefecto Modesto, en la cual había logrado salir vencedor de la violencia del mundo, gracias a la libertad de su temple de

Obispo. Llega Valente a Cesarea, rebosando impiedad arriana su corazón y se dirige a la basílica donde el Pontífice está celebrando con su pueblo la gloriosa Teofanía. "Pero, como dice elocuentemente San Gregorio Nacianceno, a penas hubo pasado el emperador el umbral del sagrado recinto, cuando el canto de los salmos resonó en sus oídos como un trueno. Contempla con estremecimiento a la muchedumbre de los fieles semejantes a un mar. El orden y la belleza del santuario brillan a su vista con una majestad más angélica que humana. Pero lo que mayor impresión le causa, es aquel Arzobispo, de pie en presencia de su pueblo, con el cuerpo, los ojos y el alma tan serenos como si nada hubiera pasado, entregado por entero a Dios y al altar. Valente contempla también a los ministros sagrados, inmóviles en su recogimiento, invadidos por el santo respeto de los Misterios. Nunca había asistido el Emperador a un espectáculo tan augusto; su vista se nubla, se le inclina la cabeza y su alma se halla embargada de admiración y espanto."

El Rey de los siglos, Hijo de Dios e Hijo de María, había vencido. Valente observa que se desvanecen sus proyectos de violencia contra el santo Obispo; y si en aquel momento no adoró al Verbo consusbtancial al Padre, al menos unió su homenaje externo al de la grey de Basilio. Al Ofertorio, se adelantó hacia el altar y presentó

sus dones a Cristo en la persona de su Pontífice. Y estaba tan visiblemente nervioso ante el temor de que Basilio no los quisiese aceptar, que los ministros del templo tuvieron que sostenerle con sus brazos para que, en su azoramiento, no cayera al pie mismo del altar.

De este modo fué honrada en esta gran solemnidad la Realeza del Salvador recién nacido por los poderosos de este mundo a quienes se vió, conforme a la profecía del salmo, derribados y lamiendo la tierra a sus pies. (Salmo LXXI.)

No obstante, debían venir nuevas generaciones de emperadores y reyes que doblarían su rodilla y ofrecerían a Cristo Rey el homenaje de un corazón rendido y ortodoxo. Teodosio, Carlomagno, Alfredo el Grande, Esteban de Hungría, Eduardo el Confesor, Enrique II el Emperador, Fernando de Castilla, Luis IX de Francia fueron grandes devotos de este día; y tuvieron a gala presentarse con los Reyes Magos a los pies del divino Niño, para ofrecerle como ellos sus tesoros.

En la corte de Francia (según testimonio del continuador de Guillermo de Nangis) se conservó hasta el año 1378 y más adelante, la costumbre de que el Rey cristianísimo, al llegar el ofertorio, ofreciese como tributo al Emmanuel, oro, incienso y mirra.

Costumbres. — Mas la presentación de los tres místicos dones de los Magos no era cos-

tumbre exclusiva de la corte de los reyes; en la edad media la piedad de los fieles ofrecía también al sacerdote para que los bendijese en la fiesta de Epifanía, oro, incienso y mirra, conservándose en honor de los tres Reyes estas señales sensibles de su devoción para con el Hijo de María como prenda de bendición para las casas y familias. En algunas diócesis de Alemania se ha conservado esta costumbre.

Otra práctica inspirada también en la ingenua piedad de los tiempos de fe, ha subsistido durante más tiempo. Con el fin de honrar la realeza de los Magos llegados de Oriente para ver al Niño de Belén, se elegía un Rey a suertes en cada familia, al llegar esta fiesta de Epifanía. En un banquete animado de la más sana alegría y que recordaba el de las bodas de Galilea, se partía un pastel; una de sus partes servía para señalar al invitado sobre el que debía recaer la pasajera realeza. Las otras dos partes del pastel eran separadas para ofrecérselas al Niño Jesús y a María, en la persona de los pobres, los cuales de esta manera participaban también del triunfo del Rey pobre y humilde. Una vez más las alegrías familiares se mezclaban con las religiosas; los lazos naturales, de la amistad del vecindario, se estrechaban en torno a esta mesa de los Reyes; mas si algunas veces no se celebraba tal festín, con todo eso, la idea cristiana, permanecía viva en el fondo de los corazones.

Dichosas aún hoy las familias en cuyo seno se celebra la fiesta de Reyes con un sentido cristiano. Durante mucho tiempo, un falso celo clamó contra estas prácticas ingenuas en las que la seriedad de los pensamientos de la fe, iba unida a las expansiones de la vida doméstica; bajo pretexto de peligro de excesos se atacó a estas tradiciones de familia, como si los banquetes ajenos a toda idea religiosa estuvieran más libres de intemperancias. Merced a un descubrimiento, difícil tal vez de justificar, se llegó a pretender que el pastel de Epifanía y la inocente realeza que le acompaña, no eran más que una imitación de las Saturnales paganas, como si fuera la primera vez que las antiguas fiestas paganas sufrían una transformación cristiana. El resultado de esta imprudente táctica debía ser y fué en este punto, lo mismo que en otros muchos, el alejar de la Iglesia las costumbres familiares el desterrar de nuestras tradiciones las manifestaciones religiosas, y el contribuir a la llamada secularización de la sociedad.

Mas, volvamos ya a contemplar el triunfo del Real Niño, cuya gloria brilla en este día con tanto esplendor. La Santa Iglesia va a iniciarnos por sí misma en los misterios que vamos a celebrar. Revistámonos de la fe y de la obediencia de los Magos; adoremos con el Precursor al Divino Cordero sobre el cual se abren los cielos; tomemos asiento en el místico convite de Caná,

presidido por nuestro Rey, tres veces *manifestado,* y tres veces glorioso. Mas, no perdamos de vista al Niño de Belén en los dos últimos prodigios; y no dejemos tampoco de ver en El al gran Dios del Jordán, y al Señor de los elementos.

MISA

En Roma, la Estación se celebra en San Pedro del Vaticano, junto a la tumba del Príncipe de los Apóstoles, a quien fueron dadas en Cristo y en herencia, todas las naciones de la tierra.

La Iglesia comienza los cantos de la Misa solemne proclamando la llegada del gran Rey esperado por la tierra, y sobre cuyo nacimiento vinieron los Magos a Jerusalén a consultar los oráculos de los Profetas.

INTROITO

Aquí viene el Señor Dominador: y en su mano están el reino y la potestad, y el imperio. *Salmo:* Oh Dios, da tu juicio al Rey: y tu justicia al Hijo del Rey. — ℣. Gloria al Padre.

Después del cántico angélico, la Santa Iglesia, animada por el resplandor de la estrella que conduce a la Gentilidad a la cuna del Divino Rey, pide en la Colecta, la gracia de contemplar aquella luz viviente, a la que dispone la fe, y cuyos destellos nos han de iluminar eternamente.

ORACION

Oh Dios, que por medio de una estrella, revelaste en este día tu Unigénito a las gentes: haz propicio que, los que ya te hemos conocido por la fe, seamos elevados hasta la contemplación de la imagen de tu alteza. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías. (LX, 1-6.)

Levántate, ilumínate, Jerusalén: porque ha llegado tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti. Porque he aquí que las tinieblas cubrirán la tierra, y la oscuridad los pueblos: mas, sobre ti nacerá el Señor, y su gloria será vista en ti. Y caminarán las gentes en tu luz, y los reyes al resplandor de tu astro. Alza tus ojos en torno, y mira: todos estos se han reunido, han venido a ti: tus hijos vendrán de lejos, y tus hijas surgirán de todas partes. Entonces verás y brillarás y se admirará y se dilatará tu corazón, cuando se hubiere vuelto a ti la multitud del mar y hubiere acudido a ti la fortaleza de las gentes. Te cubrirá una inundación de camellos y dromedarios de Madián y Efa: vendrán todos los de Sabá, trayendo oro e incienso, y tributando alabanza al Señor.

¡Oh inefable gloria de este gran día, en el cual comienzan su marcha las naciones hacia la verdadera *Jerusalén,* hacia la Iglesia! ¡Oh misericordia del Padre celestial que ha tenido a bien acordarse de todos esos pueblos sepultados en las sombras de la muerte y del pecado! He ahí que ha surgido la gloria del Señor sobre la ciudad santa, y los Reyes se ponen en camino para contemplarla. La angostura de Jerusalén no

es capaz ya de albergar las oleadas de naciones; pero otra santa ciudad se ha levantado; y hacia ella se va a dirigir esa inundación de pueblos gentiles de Madián y de Efa. ¡Oh Roma, ensancha tu seno, con maternal alegría! Tus armas te habían conquistado esclavos; hoy son hijos los que llegan en tropel a tus puertas; levanta la vista y mira: todo es tuyo; toda la humanidad va a renacer en tu seno. Abre tus brazos de madre; acógenos a todos los que venimos del Aquilón y del Mediodía, llevando el incienso y el oro a Aquel que es Rey tuyo y nuestro.

GRADUAL

Vendrán todos los de Sabá, trayendo oro e incienso, y tributando alabanzas al Señor. — ℣. Levántate e ilumínate, Jerusalén: porque la gloria del Señor ha nacido sobre ti.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Vimos su estrella en Oriente, y venimos con dones a adorar al Señor. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Mateo. (II, 1-12.)

Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá, en los días del Rey Herodes, he aquí que unos Magos vinieron del Oriente a Jerusalén, diciendo: ¿Dónde está el Rey de los judíos, que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en Oriente, y venimos a adorarle. Y, oyendo esto el rey Herodes, se turbó y toda Jerusalén con él. Y, convocando a todos los príncipes de los sacerdotes,

y a los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Y ellos le dijeron: En Belén de Judá: porque así está escrito por el Profeta: Y tú, Belén, de la tierra de Judá, no eres la más pequeña entre los príncipes de Judá: porque de ti saldrá el Caudillo que regirá a mi pueblo Israel. Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, se enteró bien por ellos de la aparición de la estrella: y, enviándolos a Belén, dijo: Id, y preguntad con diligencia por el Niño; y, después que le halléis, decídmelo a mí, para que, yendo yo también le adore. Y ellos, habiendo oído al rey se fueron. Y he aquí que la estrella, que habían visto en Oriente, los precedía hasta que, llegando, se paró sobre donde estaba el Niño. Y, al ver la estrella, se regocijaron con grande gozo. Y, entrando en la casa, encontraron al Niño con su Madre María *(aquí se arrodilla):* y, postrándose le adoraron. Y, abriendo sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra. Y, avisados en sueños, para que no tornasen a Herodes, regresaron a su patria por otro camino.

Los Magos, primicias de la gentilidad, han sido presentados al gran Rey a quien buscaban, y nosotros los hemos seguido. Como a ellos, el Niño nos ha sonreído. Con esa sonrisa hemos olvidado todas las fatigas del largo camino que conduce a Dios; el Emmanuel permanece con nosotros, y nosotros con El. Belén que nos ha recibido, nos guarda ya para siempre; porque en Belén tenemos *al Niño y a María su Madre.* ¿En qué lugar del mundo podríamos hallar bienes tan preciosos? Supliquemos a la incomparable Madre que nos presente Ella misma a ese Hijo que es nuestra luz, nuestro amor, nuestro Pan

de vida, cuando nos acerquemos al altar a donde nos dirige la estrella de la fe. Abramos nuestros tesoros en ese instante; llevemos en la mano el oro, el incienso y la mirra para el recién nacido. Seguramente que aceptará de buen grado nuestros dones, y no se hará esperar. Como los Magos, también nosotros entregaremos nuestros corazones al divino Rey, cuando nos retiremos; y también nosotros volveremos a entrar por otro camino, por una senda completamente nueva, en esta patria terrena, que nos albergará hasta el día, en que la vida y la luz eterna vengan a absorber en nosotros todo lo que tengamos de mortal y caduco.

En las Iglesias catedrales y otras de importancia, después del canto del Evangelio, se anuncia al pueblo el día de la celebración de la próxima fiesta de Pascua. Esta costumbre, que remonta a los primeros siglos de la Iglesia, nos recuerda el misterioso lazo que une a todas las grandes solemnidades del Año litúrgico y también la importancia que los fieles deben dar a la celebración de la fiesta de Pascua, que es la mayor de todas ellas y centro de la religión cristiana. Quédanos después de haber honrado al Rey de las naciones en Epifanía, honrar a su debido tiempo, al triunfador de la muerte. He aquí cómo se hace el solemne anuncio:

ANUNCIO DE LA PASCUA

Sabed, carísimos hermanos, que como por la misericordia de Dios, hemos saboreado las alegrías del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, así os anunciamos hoy el próximo gozo de la Resurrección de este mismo Dios y Salvador nuestro. El día... será Domingo de Septuagésima. El día... será el miércoles de Ceniza y el comienzo del ayuno de la santa Cuaresma. El día... celebraremos con entusiasmo la santa Pascua de Nuestro Señor Jesucristo. El segundo domingo después de Pascua tendremos el Sínodo diocesano. El día... se celebrará la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo. El día... la fiesta de Pentecostés. El día... la fiesta de Corpus Christi. El día... será el primer Domingo del Adviento de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea dado honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Al presentar a Dios en el Ofertorio los dones del pan y vino, la Santa Iglesia toma las palabras del Salmista y celebra a los Reyes de Tarsis, de Arabia y de Sabá, a todos los reyes de la tierra y a todos los pueblos que acuden con sus presentes ante el recién nacido.

OFERTORIO

Los reyes de Tarsis y de las islas ofrecerán dones: los reyes de Arabia y de Sabá llevarán presentes: y le adorarán todos los reyes de la tierra: todas las gentes le servirán.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, mires propicios los dones de tu Iglesia, en los cuales se te ofrece, no oro, incienso

y mirra, sino lo que con dichos dones se declara, se inmola y se consume: Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que contigo vive.

El Prefacio de la Misa de Epifanía es propio de esta fiesta y de su Octava.

La Iglesia canta en él la luz inmortal que aparece a través de los velos de la humanidad, bajo cuya envoltura amorosa ocultó su gloria el Verbo divino.

PREFACIO

Realmente es algo digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todas partes, te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, eterno Dios: porque cuando tu Unigénito apareció en la sustancia de nuestra mortalidad, nos reparó con la nueva luz de su inmortalidad. Y, por eso, con los Angeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con toda la milicia del ejército celeste, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: ¡Santo, Santo, Santo!

En la Comunión, la Santa Iglesia unida a su Rey y Esposo, canta a la Estrella, mensajera de tan gran dicha, felicitándose de haberse servido de su luz para hallar a quien buscaba.

COMUNION

Vimos su estrella en Oriente, y venimos con dones a adorar al Señor.

Gracias tan insignes exigen de nosotros una extrema fidelidad; la Iglesia la pide en Poscumunión, implorando el don de inteligencia y la pureza que reclama un misterio tan inefable.

POSCOMUNION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, lo que celebramos con solemne culto, lo consigamos con pura inteligencia. Por el Señor.

También nosotros venimos a adorarte, oh Cristo, en esta regia Epifanía que reúne hoy a tus pies a todas las naciones. Nosotros seguimos la huella de los Magos; porque hemos visto también la estrella y hemos acudido. ¡Gloria a ti, Rey nuestro!, a ti que dices en el Cántico de tu abuelo David: "He sido entronizado Rey sobre Sión, sobre el monte santo, para anunciar la ley del Señor. El Señor me dijo que me daría los pueblos por herencia, y un imperio hasta los confines de la tierra. Comprended, pues, ahora ¡oh reyes! ¡Enteraos los que gobernáis el mundo"! (Salmo II.)

Pronto dirás, oh Emmanuel por tu propia boca: "Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra" *(San Mateo* XXVIII); y algunos años más tarde, todo el universo te estará sujeto. Jerusalén se estremece ya; tiembla en su trono Herodes; y se acerca el momento en que los heraldos de tu venida, van a anunciar a toda la tierra, que acaba de llegar el que era esperado. La palabra que ha de someterte al mundo está ya para salir; como un vasto incendio se propagará por todas partes. En vano tratarán de detener su curso los poderosos de la tierra. Un Emperador, propondrá al Senado, como último

recurso, colocarte con toda solemnidad entre los dioses que vienes a derribar; otros pensarán que es posible abatir tu dominio, asesinando a tus soldados. ¡Inútiles empeños! Día vendrá en que la señal de tu poderío adornará las banderas pretorianas, en que los Emperadores vencidos pondrán a tus pies sus diademas, en que la orgullosa Roma dejará de ser la capital del imperio de la fuerza, para convertise para siempre en el centro de tu imperio pacífico y universal.

Hoy vemos ya despuntar la aurora de este día maravilloso; tus conquistas comienzan hoy; ¡oh Rey de los siglos! Desde el fondo del Oriente descreído llamas a las primicias de esa gentilidad que tenías abandonada, y que en adelante va a formar parte de tu herencia. No habrá ya distinción entre el Judío y el griego, entre el Escita y el bárbaro. Durante muchos siglos, la raza de Abrahán fué tu predilecta; en adelante lo seremos nosotros, los Gentiles; Israel fué sólo un pueblo, y nosotros en cambio somos numerosos como la arena del mar y como las estrellas del cielo. Israel vivió bajo la ley del temor; la ley del amor fué reservada para nosotros.

Desde el presente día comienzas, oh divino Rey, a desechar a la Sinagoga que desprecia tu amor; hoy, en la persona de los Magos aceptas como Esposa a la Gentilidad. Pronto esta unión será proclamada en la cruz, desde la cual ex-

tenderás los brazos hacia la multitud de los pueblos, volviendo la espalda a la ingrata Jerusalén. ¡Oh alegría inefable la de tu Nacimiento, pero más inefable aún la de tu Epifanía, en la que nos es dado, a nosotros los hasta aquí desheredados, acercarnos a ti y ofrecerte nuestros dones, viéndolos aceptados, oh Emmanuel, por tu clemencia!

¡Gracias sean, pues, dadas a ti, oh Niño omnipotente, "por el inefable don de la fe" *(II Cor.,* IX, 15) que nos traslada de la muerte a la vida, de las tinieblas a la luz! Mas, haz que comprendamos siempre la magnitud de tan magnífico presente, y la santidad de este gran día en que has hecho alianza con toda la raza humana, para llegar con ella a ese sublime matrimonio de que habla tu elocuente Vicario, Inocencio III: "matrimonio, dice, que fué prometido al patriarca Abrahán, jurado al rey David, realizado en María al hacerse Madre, y en el día de hoy, consumado, confirmado y publicado: consumado en la adoración de los Magos, confirmado en el Bautismo del Jordán, y publicado en el milagro de la conversión del agua en vino." En esta fiesta nupcial, en que tu Esposa la Iglesia a penas nacida, recibe ya los honores de Reina, cantaremos, oh Cristo, con el entusiasmo de nuestros corazones, esa sublime Antífona de Laudes, en donde los tres misterios se funden tan

maravillosamente en uno solo, el de tu Alianza con nosotros:

Ant. Hoy se une la Iglesia al celestial Esposo: son lavados sus pecados por Cristo en el Jordán; acuden los Magos a las regias bodas, llevando consigo presentes; se cambia el agua en vino y se alegran los convidados. Aleluya.

DOMINGO

DENTRO DE LA OCTAVA DE EPIFANÍA

FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESUS, MARIA Y JOSE

Objeto de esta fiesta. — En la Liturgia de de este Domingo la Iglesia cantaba antiguamente la realeza de Cristo y su imperio eterno, uniendo sus cánticos a los de los coros angélicos en la adoración del Dios humanado[1]. Pero, guiada por el Espíritu Santo y maternalmente previsora, juzgó que podía ser útil *invitar a los hombres de nuestros días a considerar hoy las mutuas relaciones de Jesús, de María y de José para recoger las lecciones que se desprenden de ellas y aprovechar la ayuda tan eficaz que ofrece su ejemplo*[2].

---

[1] Introito de la Misa del Domingo dentro de la Octava de Epifanía.

[2] Martirologio romano.

Podemos creer que, en la elección del lugar que ocupa ahora en el calendario esta nueva fiesta, ha influído bastante el evangelio asignado en el Misal al Domingo Infraoctava de Epifanía que es el mismo de la actual fiesta de la Sagrada Familia.

Por lo demás, esta fiesta tampoco nos aparta de la contemplación de los misterios de Navidad y Epifanía: ¿no nació la devoción a la Sagrada Familia en Belén, donde María y José recibieron el homenaje de los pastores y de los Magos? Y aunque es verdad que el objeto de la presente festividad va más allá de los primeros momentos de la existencia terrena del Salvador, extendiéndose hasta los treinta años de su vida oculta, ¿no encontramos ya en el pesebre algunos de sus más significativos aspectos? En la voluntaria debilidad en que le sitúa su infantil estado, se abandona Jesús a aquellos a quienes los designios de su Padre han encargado de su guarda; María y José cumplen en espíritu de adoración todas las obligaciones que su misión sagrada les impone con respecto a Aquel de quien deriva su autoridad.

MODELO DE HOGAR CRISTIANO. — Hablando el Evangelio más tarde de la vida de Jesús en Nazaret al lado de María y de José, la describe con estas sencillas palabras: "Estaba sumiso a ellos. Y su madre conservaba todas estas cosas en su

corazón, y Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres [1]." A pesar de su concisión, este sagrado texto contiene una luminosa visión de orden y de paz que revela a nuestra mirada, la autoridad, sumisión, dependencia y mutuas relaciones de la Sagrada Familia. La santa casa de Nazaret se presenta a nuestra vista como el modelo perfecto del hogar cristiano. José manda allí con tranquila serenidad, como el que tiene conciencia de que al obrar así hace la voluntad de Dios y habla en nombre suyo. Comprende que, al lado de su virginal Esposa y de su divino Hijo él es el más pequeño; y con todo eso, su humildad hace que, sin temor ni turbación, acepte su papel de jefe de la Sagrada Familia que Dios le ha encomendado, y como un buen superior, no piensa en hacer uso de su autoridad sino para cumplir de un modo más perfecto su oficio de servidor, de súbito y de instrumento. María, como conviene a la mujer, se somete humildemente a José, y adorando al mismo tiempo a quien manda, da sin vacilar sus órdenes a Jesús en las múltiples ocasiones que se presentan en la vida de familia, llamándole, pidiendo su ayuda, señalándole tal o cual trabajo, como lo hace una madre con su hijo. Y Jesús acepta humildemente sus indicaciones: se muestra atento a los menores deseos de sus

[1] *S. Lucas,* II, 51-52.

padres, dócil a sus más leves órdenes. El más hábil, más sabio que María y que José, se somete a ellos en todos los detalles de la vida ordinaria y así continuará obrando hasta su vida pública, porque es la condición de la humanidad que ha asumido, y la voluntad de su Padre. "En efecto, exclama San Bernardo entusiasmado ante un espectáculo tan sublime, el Dios a quien están sujetos los Angeles, a quien obedecen los Principados y Potestades, estaba sometido a María; y no sólo a María, sino también a José por causa de María. Admirad, por tanto, a ambos, y ved cuál es más admirable, si la liberalísima condescencia del Hijo o la gloriosísima dignidad de la Madre. De los dos lados hay motivo de asombro; por ambas partes, prodigio. Un Dios obedeciendo a una criatura humana, he ahí una humildad nunca vista; una criatura humana mandando a un Dios, he ahí una grandeza sin igual"[1].

Lección saludable la que aquí se nos ofrece. Dios quiere que se obedezca y que se mande conforme al papel y al cargo de cada uno, no conforme a sus méritos o sus virtudes. En Nazaret, el orden de la autoridad y de la dependencia no es precisamente el mismo que el de la perfección y de la santidad. Lo mismo ocurre de ordinario en la sociedad humana y en la misma Iglesia: si el superior debe a veces respetar en el inferior

[1] Homilía I sobre el Missus est.

una virtud mayor que la suya, el inferior tiene siempre la obligación de acatar en el superior una autoridad derivada de la autoridad misma de Dios.

La Sagrada Familia vivía del trabajo de sus manos. La oración en común, los santos coloquios por medio de los cuales formaba y educaba Jesús de manera progresiva las almas de María y de José, tenían su tiempo señalado, debiendo cesar ante la necesidad de proveer a los menesteres de la vida cotidiana. La pobreza y el trabajo son medios aptísimos de santificación para que Dios dejara de imponerlos al grupo bendito de Nazaret. José ejercía, pues, con asiduidad, su oficio de carpintero, y Jesús compartirá su trabajo, en cuanto esté en edad propicia. Todavía en el siglo II, la tradición conservaba el recuerdo de yugos y arados... fabricados por sus divinas manos [1]. Entretanto, María cumplía con sus deberes de señora de una humilde casa. Preparaba la comida que José y Jesús debían hallar al final de su trabajo, cuidaba del orden y la limpieza de la casa, y, sin duda, conforme a la costumbre de entonces, hacía también casi todos sus propios vestidos y los de su familia, o bien trabajaba para los de fuera, con el fin de aumentar el jornal y el bienestar de todos. De esta manera, con su vida obscura y laboriosa en el taller de José, elevó y

[1] *S. Justino.* Diálogo con Trifón, 88.

ennobleció Jesús el trabajo manual, condición de la mayoría de los hombres. Al elegir para sí y para sus padres el oficio de simple artesano elevó y santificó de un modo maravilloso la condición de las clases trabajadoras, que en adelante pueden ya buscar en tan augustos ejemplos el estímulo para la práctica de las más nobles virtudes, y un motivo constante de alegría y contento [1].

Así se nos presenta la Sagrada Familia bajo el techo de Nazaret, verdadero modelo de la vida doméstica en sus mutuas relaciones de amor y en sus inefables bellezas, vida que constituye la esfera de acción de millares de fieles de todo el mundo; donde el marido gobierna como José y la mujer obedece como María; donde los padres atienden a la educación de los hijos, y éstos imitan a Jesús con su obediencia, sus progresos, su alegría y la luz que esparcen a su alrededor. Según la expresión de un piadoso autor que nos complacemos en citar aquí, el hogar cristiano es "el vestíbulo del paraíso" por las gracias que todos los días y en cada momento derrama el cielo sobre él, por las numerosas virtudes que ejercita, y, finalmente, por las alegrías que atesora [2]. Por eso, no hay que extrañar que sea objeto de los contínuos ataques por parte de los enemigos

---

[1] *León XIII*. Breve *Neminem fugit* del 14 de julio de 1892.
[2] Coleridge. *La vie de notre vie ou Histoire de Notre Seigneur. J. C.*, III, c. 16.

del género humano; y si éstos logran con frecuencia destacadas victorias sobre el reino fundado aquí abajo por Nuestro Señor Jesucristo "es porque han conseguido mancillar la santidad del matrimonio, destruir la autoridad de los padres o resfriar los afectos y deberes de los hijos para con sus progenitores." A los ojos del cielo, no es tan detestable una invasión de hordas salvajes avanzando por una región floreciente y arrasándola a sangre y fuego, como una ley que sanciona la disolución del vínculo matrimonial, o que arrebata los niños al cuidado y educación de los padres. Gracias a Dios, la familia cristiana es una institución universal, defendida por la Iglesia como su más bella creación y como el mayor beneficio que ha podido prestar a la sociedad. Ahora bien, la luz, la paz, la pureza y la felicidad que irradia el hogar cristiano, todo ello dimana de la vida que llevaron en la santa casa de Nazaret, Jesús María y José.

HISTORIA DE ESTE CULTO. — El culto de la Sagrada Familia se desarrolló de un modo especial en el siglo XVII, por medio de piadosas asociaciones que se proponían la santificación de las familias cristianas, imitando a la del Verbo Encarnado. Esta devoción, introducida en el Canadá por los Padres de la Compañía de Jesús, se propagó allí rápidamente gracias al celo de Francisco de Montmorency-Laval, primer obispo de

Quebec. Este virtuoso prelado, por sugerencias, y con la ayuda del P. Chaumonot y de Bárbara de Boulogne, viuda de Luis de Aillebout de Coulonges, antiguo gobernador de Canadá, fundó en 1665 una Cofradía cuyos estatutos determinó él mismo, instituyendo poco después canónicamente en su diócesis la fiesta de la Sagrada Familia de Jesús, María y José, y ordenando que se hiciese uso de la misa y del oficio que había hecho componer con tal motivo [1].

Dos siglos más tarde, ante las crecientes manifestaciones de la piedad de los fieles hacia el misterio de Nazaret, el Papa León XIII, por el Breve "Neminem fugit" del 14 de junio de 1892, establecía en Roma la asociación de la Sagrada Familia, con el fin de unificar todas las cofradías instituídas bajo este mismo título. Al año siguiente, el mismo soberano Pontífice decretaba que la fiesta de la Sagrada Familia fuera celebrada en todas partes donde estaba permitida, el domingo tercero después de Epifanía, asignándole una Misa nueva y un oficio cuyos himnos él mismo había compuesto. Finalmente, Benedicto XV, en 1921, extendía esta fiesta a la Iglesa universal, fijándola en el domingo dentro de la Octava de Epifanía.

---

[1] Gosselin. *Vie de Mgr. de Laval,* I ch. 27.

MISA

INTROITO

Gócese mucho el padre del Justo, alégrense tu Padre y tu Madre; regocíjese la que te engendró. *Salmo:* ¡Qué amables son tus tiendas, oh Señor de los ejércitos! Mi alma codicia y ansía los atrios del Señor. — ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, lo mismo que en la secreta y en la Poscomunión, la Iglesia trata de resumir las enseñanzas que propone a los fieles en esta fiesta, y les indica los frutos que desea verles sacar de la contemplación de este misterio.

ORACION

Señor Jesucristo, que, sometido a María y a José, consagraste la vida doméstica con inefables virtudes: haz que nosotros, con el auxilio de ambos, nos instruyamos con los ejemplos de tu santa Familia, y alcancemos su eterna compañía. Tú que vives y reinas.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apostol S. Pablo a los Colosenses. (III, 12-17.)

Hermanos: Revestíos como elegidos de Dios, como santos y amados (suyos), de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia y de paciencia, soportándoos mutuamente y perdonándoos los unos a los otros, si alguien tuviese queja contra otro. Como el Señor os perdonó a vosotros, así debéis hacer vosotros. Más, sobre todas estas cosas, tened caridad, porque ella es el vínculo de la perfección. Y la paz de Cristo salte gozosa en vuestros corazones, pues por ella habéis sido llamados a formar un solo Cuerpo. Y

sed agradecidos. La Palabra de Cristo habite copiosa en vosotros en toda sabiduría, enseñándoos y exhortándoos los unos a los otros con salmos, e himnos, y cánticos espirituales, cantando con gracias a Dios en vuestros corazones. Todo cuanto hagáis, de palabra o de obra, hacedlo en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, dando gracias a Dios y al Padre por El.

En este trozo del Apóstol San Pablo hallamos enumeradas las virtudes domésticas que deben adornar al hogar cristiano: dulzura, humildad, paciencia, virtudes que templan al alma contra el choque de los defectos y diferencias de carácter y temperamento; el amor mutuo que hace que cada uno se ingenie por aliviar las cargas de los demás, que sólo conoce las desgracias y flaquezas para dulcificar su amargura; la benévola indulgencia que sabe olvidar los roces inevitables, y predispone los corazones heridos al perdón, por imitar al Señor que todo lo perdonó. Todas estas disposiciones morales tienen su raíz en la caridad, de la que son como reflejos: merced a ella se perfeccionan las relaciones domésticas, se sobrenaturalizan y se desarrollan dentro de un amor profundo, de respeto, de mutuas atenciones, de sumisión y de obediencia. La práctica de estas virtudes, unida a los actos de religión que santifican todas las alegrías y las penas naturalmente anejas a la vida de familia, garantiza a los hombres la mayor participación posible en la felicidad de que pueden gozar aquí

abajo, buscando su perfecto dechado en las figuras de Jesús, de María y de José.

GRADUAL

Una cosa he pedido al Señor y esta buscaré: morar en la Casa del Señor todos los días de mi vida. — ℣. Dichosos los que habitan en tu Casa, Señor: te alabarán por los siglos de los siglos.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Verdaderamente tú eres un Rey escondido, eres el Dios de Israel, el Salvador. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Lucas. (II, 42, 52.)

Cuando Jesús fué de doce años, subieron ellos a Jerusalén, conforme a la costumbre del día de fiesta. Y, pasados los días, volviendo ellos, se quedó el Niño Jesús en Jerusalén; y no lo advirtieron sus padres. Pensando que estaría en la caravana, anduvieron el camino de un día, y le buscaron entre los parientes y conocidos. Y, no encontrándole, volvieron a Jerusalén, buscándole. Y aconteció que, tres días después, le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles. Y, todos los que le oían, se admiraban de su prudencia, y de sus respuestas. Y, cuando le vieron se pasmaron. Y le dijo su Madre: Hijo ¿por qué nos has hecho esto? He aquí que tu padre y yo te hemos buscado con dolor. Y El les dijo: ¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que me conviene atender a las cosas de mi Padre? Pero ellos no entendieron lo que les dijo. Y bajó con ellos y vino a Nazaret: y estaba sujeto a ellos. Y su Madre conservaba en su corazón todas estas palabras. Y Jesús crecía en sa-

biduría, y en edad y en gracia, delante de Dios y de los hombres.

¡Oh Jesús! has bajado del cielo para enseñarnos. La flaqueza de la infancia que te oculta a nuestras miradas, no impide que tu celo nos haga conocer al único Dios que lo ha creado todo, y a ti, su Hijo a quien envió.

Recostado en el pesebre y con una simple mirada has instruído a los pastores; bajo tus humildes pañales y en tu voluntario silencio has revelado a los Magos la luz que buscaban siguiendo a la estrella. A los doce años, explicas a los doctores de Israel las Escrituras que dan testimonio de ti; poco a poco disipas las tinieblas de la Ley con tu presencia y con tus palabras. En trueque de cumplir la voluntad de tu Padre celestial, no dudas en dejar intranquilo el corazón de tu Madre, buscando almas para iluminarlas.

Tu amor hacia los hombres ha de herir todavía con mayor dureza ese tierno corazón el día en que, por la salvación de esos mismos hombres, te haya de contemplar clavado en el madero de la cruz, expirando en medio de inmensos dolores. Sé, bendito, oh Emmanuel, en los primeros misterios de tu infancia, en los cuales apareces preocupado exclusivamente de nosotros, prefiriendo la compañía de estos hombres pecadores que un día han de conspirar contra ti, a la de tu misma Madre.

OFERTORIO

Llevaron sus padres a Jesús a Jerusalén, para presentarle al Señor.

SECRETA

Ofrecémoste, Señor, esta Hostia de placación, y suplicámoste humildemente que, por intercesión de la Virgen, Madre de Dios, y del bienaventurado José, consolides firmemente nuestras familias en tu paz y gracia. Por el mismo Señor.

COMUNION

Bajó Jesús con ellos, y fué a Nazaret, y estaba sujeto a ellos.

POSCOMUNION

A los que alimentas con estos celestes Sacramentos, hazlos, Señor, imitar siempre los ejemplos de tu santa Familia: para que en la hora de nuestra muerte, acompañados de la gloriosa Virgen, tu Madre, y del bienaventurado José, merezcamos ser recibidos por ti en las eternas moradas. Tú que vives y reinas.

DOMINGO INFRAOCTAVA DE EPIFANIA

MISA

INTROITO

Vi sentarse en alto trono un varón al que adora la multitud de los Angeles, salmodiando a un tiempo: He aquí el nombre de Aquel cuyo imperio es eterno. *Salmo:* Tierra toda, canta jubilosa a Dios: servid al Señor con alegría. — ℣. Gloria al Padre.

La Iglesia suplica al Padre celestial en la Colecta, el poder participar de la luz de nuestro Sol divino, único que puede revelarnos el camino por el que debemos marchar, y le pide también que con su calor vivificante nos infunda las fuerzas para llegar hasta El.

ORACION

Suplicámoste, Señor, aceptes con celestial piedad los votos de este pueblo suplicante, para que vean lo que han de obrar, y puedan obrar lo que hayan visto. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Romanos. (XII, 1-5.)

Hermanos: Os suplico, por la misericordia de Dios, presentéis vuestros cuerpos como una hostia viva, santa, agradable a Dios, como vuestro racional obsequio. Y no os conforméis con este siglo, sino reformáos por la renovación de vuestro espíritu, para que experimentéis cuál sea la buena y agradable y perfecta voluntad de Dios. Digo, pues, por la gracia que me ha sido dada, a todos los que están entre vosotros: No queráis saber más de lo que conviene saber, sino pensad de vosotros con sobriedad, conforme a la medida de la fe que Dios ha repartido a cada cual. Porque, del mismo modo que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero todos los miembros no tienen idéntica función, así en Cristo somos muchos un solo cuerpo, pero los unos son miembros de los otros: en Nuestro Señor Jesucristo.

Nos invita el Apóstol a hacer nuestra ofrenda al Dios recién nacido, a imitación de los Magos; pero el don que desea el Dueño universal de to-

do, no es un don inerte y sin vida. Siendo El la vida, se nos ha entregado por completo; presentémosle en pago, nuestro corazón, como hostia viviente, santa, agradable a Dios, con una obediencia razonable a la gracia divina, es decir, una obediencia basada en la intención expresa de ofrecerse. A semejanza de los Magos que volvieron a su patria por otro camino, evitemos todo contacto con la ideas mundanas, que son contrarias a nuestro Rey divino. Cambiemos nuestra vana prudencia por la sabiduría divina del que, siendo la Sabiduría eterna del Padre, puede también ser sin duda la nuestra. Entendamos que nadie fué nunca verdaderamente *sabio* sin la *fe,* la cual nos revela el amor que debe unirnos a todos para no formar más que un solo cuerpo en Jesucristo, participando de su vida, de su sabiduría, de su luz y de su realeza.

En los cantos siguientes, la Iglesia continúa celebrando el inefable prodigio del *Dios con nosotros,* la *paz* y la *justicia* bajadas del cielo sobre nuestros humildes *collados.*

GRADUAL

Bendito sea el Señor, Dios de Israel, que hace solo grandes maravillas eternamente. — ℣. Los montes llevarán paz a tu pueblo, y los collados justicia.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Tierra toda, canta jubilosa a Dios: servid al Señor con alegría. Aleluya.

Evangelio *Cum factus esset Jesus,* de la fiesta de la Sagrada Familia.

Al Ofertorio continúa la Iglesia entonando cánticos de alegría inspirados por la presencia del divino Niño.

OFERTORIO

Tierra toda, canta jubilosa a Dios: servid al Señor con alegría, presentáos ante El con regocijo: porque el Señor es el mismo Dios.

SECRETA

Haz, Señor, que este sacrificio, a ti ofrecido, nos vivifique siempre, y nos defienda. Por el Señor.

Al distribuir el Pan de vida bajado del cielo, la Iglesia repite las palabras de María a su divino Hijo: *¿Qué nos has hecho? Tu Padre y yo te buscábamos.* El buen Pastor, que alimenta a sus ovejas con su propia carne, responde diciendo, que se debe a la voluntad de su Padre celestial. Ha venido para ser nuestra vida, nuestra luz, nuestro alimento; he ahí la razón de que lo abandone todo para darse a nosotros. Los doctores del templo no hicieron más que verle y oírle; mas a nosotros nos es dado poseerle y gozar de su dulzura en este pan vivo.

COMUNION

Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? He aquí que tu padre y yo te hemos buscado con dolor. Y, ¿por qué me buscábais? ¿No sabíais que me conviene atender a las cosas de mi Padre?

La Santa Iglesia que acaba de ver a sus hijos reanimados por un manjar de tan alto valor, pide para ellos la gracia de ser siempre agradables a quien les da pruebas de amor tan grande.

POSCOMUNION

Rogámoste humildemente, oh Dios omnipotente, hagas que, los que alimentas con tus Sacramentos, te sirvan alegremente con sus buenas costumbres. Por el Señor.

7 DE ENERO

SEGUNDO DIA DE LA OCTAVA DE EPIFANIA

LOS MAGOS

Una fiesta tan importante como la de Epifanía no podía carecer de una Octava. Esta Octava sólo es inferior en dignidad a la de Pascua y de Pentecostés; y es más privilegiada que la de Navidad, la cual admite fiestas de rito *doble y semidoble,* mientras que la Octava de Epifanía sólo cede ante una fiesta Patronal de primera clase. De los antiguos Sacramentarios se desprende también, que en la antigüedad, los dos días posteriores a Epifanía, eran fiestas de precepto lo mismo que los dos días siguientes a las fiestas de Pascua y Pentecostés. Todavía son conocidas las Iglesias estacionales donde clero y fieles se reunían en estos dos días.

Con el fin de entrar más de lleno en el espíritu de la Iglesia, durante esta gloriosa Octava, contemplaremos diariamente el Misterio de la Vocación de los Magos, acudiendo con ellos al sagrado retiro de Belén, para ofrecer allí nuestros dones al divino Niño, al que hemos sido conducidos por la estrella.

Y ¿quiénes son estos Magos, sino los precursores de la conversión de todos los pueblos al Señor su Dios, los padres de las naciones en la fe del Redentor venido, los patriarcas del género humano renovado? Súbitamente hacen su aparición en Belén, en número de tres, según la tradición de la Iglesia, conservada por San León, por San Máximo de Turín, San Cesáreo de Arlés y por las pinturas cristianas que, desde la era de las persecuciones, adornan las catacumbas de la ciudad santa.

De esta manera se continúa en ellos el Misterio señalado ya desde los primeros días del mundo por tres hombres justos: Abel, sacrificado, como figura de Cristo; Seth, padre de los hijos de Dios, separados de la raza de Caín; Enoch, que tuvo la honra de reglamentar el culto del Señor.

Y también ese segundo Misterio de otros tres antepasados del género humano, de los cuales salieron todas las razas después del diluvio: Sem, Cam y Jafet, hijos de Noé.

Finalmente, el tercer Misterio de los tres abuelos del pueblo escogido: Abraham, padre de los creyentes; Isaac, nueva figura de Cristo inmolado; Jacob, fuerte en su lucha con Dios y Padre de los doce Patriarcas de Israel.

Mas, todos esos hombres sobre quienes se cifraba la esperanza del género humano, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia, fueron simples depositarios de la promesa; y sólo de lejos, como dice el Apóstol, saludaron su afortunada realización (*Hebr.*, XI, 13). Los pueblos no marcharon hacia Dios en pos de ellos; cuanto más luminosa brillaba la luz sobre Israel, tanto más profunda se hacía la ceguera de las naciones. Muy al contrario los Magos no llegan a Belén sino como nuncios y precursores de las generaciones venideras. En ellos, la figura pasa a la más completa realidad por la misericordia del Señor, que habiendo venido a buscar al perdido, se dignó tender los brazos a todo el género humano porque todo él había perecido.

Contemplemos también a esos felices Magos figurados por aquellos tres fieles reyes, gloria del trono de Judá, mantenedores en el pueblo escogido de las tradiciones relativas a la espera del Libertador, y enemigos de la idolatría: David, tipo sublime del Mesías; Ecequías, cuyo valeroso brazo aleja a los falsos dioses; Josías, restablecedor de la ley del Señor, olvidada por su pueblo.

Los sagrados libros nos presentan todavía otro tipo de esos piadosos viajeros que, desde la remota Gentilidad acuden a saludar al *Rey pacífico* y ofrecerle sus presentes; es la reina de Sabá, figura de la Gentilidad, y que, atraída por la fama de la profunda sabiduría de Salomón, llamado el *Pacífico,* llega a Jerusalén con sus camellos cargados de oro, aromas y piedras preciosas, y venera la realeza del Mesías en uno de sus más significados prototipos.

De esta suerte, oh Cristo, es como, en esa tenebrosa noche, que consintiéndolo la justicia de tu Padre, se había esparcido por todo el mundo pecador, iluminan el cielo algunos rayos de gracia, prometiendo días más serenos, cuando el Sol de tu justicia aparezca por fin sobre las tinieblas de la muerte. Para nosotros pasó ya el tiempo de esas funestas tinieblas; no tenemos ya que contemplarte bajo las pálidas figuras de vacilantes luces. Te poseemos a ti mismo y para siempre ¡oh Emmanuel! Es cierto, que sobre nuestra frente no brilla la diadema de la reina de Sabá; pero no por eso somos peor recibidos ante tu cuna. Has invitado a unos pastores a recibir las primeras lecciones de tu doctrina: todos los hijos de los hombres son llamados a formar parte de tu corte; haciéndote niño, has puesto al alcance de todos, los tesoros de tu sabiduría infinita. ¡Cuán grande debe ser nuestra gratitud por este beneficio de la luz de la Fe,

sin la cual lo ignoraríamos todo, aun creyendo saberlo todo! ¡Cuán menguada, incierta y falaz es la ciencia humana comparada con la tuya, cuya fuente tenemos a nuestro lado! Guárdanos siempre ¡oh Cristo! No permitas que despreciemos nunca esa luz que haces brillar ante nuestros ojos, tamizándola con el velo de tu humilde infancia. Líbranos del orgullo que todo lo obscurece, endureciendo el corazón; confíanos a los cuidados de tu Madre, María, para que nuestro amor nos mantenga siempre junto a ti, bajo su maternal mirada.

8 DE ENERO

TERCER DIA DE LA OCTAVA DE EPIFANIA

ALIANZA DE CRISTO Y DE LA IGLESIA

El gran Misterio de la Alianza del Hijo de Dios con su Iglesia universal representada por los tres Reyes Magos en la Epifanía, fué ya presentido por los siglos que precedieron a la venida del Emmanuel. Lo publicó anticipadamente la voz de los Patriarcas y Profetas; y la misma Gentilidad se hizo a veces fiel eco del mismo.

Ya en el paraíso terrenal, exclamaba Adán inocente a la vista de la Madre de los vivientes salida de su costado: "He aquí carne de mi carne y hueso de mis huesos; dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa; y

serán dos en una misma carne." La luz del Espíritu Santo iluminaba entonces el alma de nuestro primer padre; y, según el parecer de los más profundos intérpretes de los misterios de la Sagrada Escritura, Tertuliano, San Agustín, San Jerónimo, se celebraba ya la Alianza del Hijo de Dios con la Iglesia, salida con el agua y la sangre de su costado abierto en la cruz; con la Iglesia por cuyo amor dejó la diestra de su Padre, para rebajarse hasta la forma de siervo, y abandonó la Jerusalén celestial para compartir con nosotros esta morada terrena.

El segundo padre de la humanidad, Noé, después de haber contemplado en el cielo el arco de la misericordia, como anuncio de nuevos favores del cielo, profetizó en sus tres hijos el porvenir del mundo. Cam había merecido la maldición de su padre; por un momento pareció Sem el preferido: estaba destinado al honor de ver salir de su raza al Salvador del mundo; con todo eso, leyendo el Patriarca en el futuro exclamó: "Dios extenderá la herencia de Jafet; y habitará en las tiendas de Sem." Y poco a poco vemos en el correr de los tiempos, que se va debilitando y llega casi a romperse la antigua alianza contraída con el pueblo de Israel; las razas semíticas vacilan y caen pronto en el paganismo; por fin, el Señor se une cada vez más estrechamente con la familia de Jafet, con la gentilidad del Occidente por tanto tiempo abandonada, hasta

que en su seno coloca para siempre la Sede de la religión poniéndola a la cabeza de toda la especie humana.

Más tarde, es el mismo Dios, quien se dirige a Abraham y le predice las innumerables generaciones que saldrán de él. "Mira al cielo, le dice; cuenta las estrellas, si puedes: así será el número de tus hijos." Efectivamente, como nos lo enseña el Apóstol, la familia salida de la fe del Padre de los creyentes había de ser más numerosa, que aquella de que era origen por Sara; y todos los que recibieron la fe del Mediador, todos los que guiados por la Estrella acudieron a El como a su Señor, todos esos son hijos de Abraham.

El Misterio vuelve a aparecer en el seno mismo de la esposa de Isaac. Siente ésta con temor que sus dos hijos luchan en sus entrañas. Rebeca se dirige al Señor, quien le responde: "Dos pueblos hay en tu seno; ambos se combatirán mutuamente; el segundo vencerá al primero y el mayor servirá al más joven." Ahora bien, este más joven, este hijo indomable ¿quién es, según la doctrina de San León y del obispo de Hipona, sino ese pueblo gentil que lucha con Judá por obtener la luz, y que simple hijo de la promesa, acaba por sobreponerse al hijo de la carne?

Luego, es Jacob, en su lecho de muerte, quien teniendo a su alrededor a sus doce hijos, padres de las doce tribus de Israel, señala a cada

uno de una manera profética el papel que han de desempeñar en el futuro. Judá es el preferido; porque será el rey de sus hermanos, y de su gloriosa sangre nacerá el Mesías. Mas, la profecía acaba siendo para Israel tan alarmante cuanto consoladora para todo el género humano. "Judá, tú conservarás el cetro: tu raza será una raza de reyes, pero sólo hasta que venga El que ha de ser enviado; El será el *esperado de las naciones*."

Después de la salida de Egipto, al entrar el pueblo de Israel en posesión de la tierra prometida, exclamaba Balaam con el rostro vuelto hacia el desierto completamente invadido por tiendas y pabellones de Jacob: "Lo veré, mas aún no; lo contemplaré, pero más tarde. Una *Estrella* saldrá de Jacob; un cetro regio surgirá de su seno." Y Preguntado por el rey idólatra, añadió Balaam: "¡Oh, quién pudiera vivir cuando Dios obre todo esto! Vendrán de Italia en galeras; los Asirios serán sojuzgados; los Hebreos devastados, y por fin, también perecerán ellos." ¿Cuál será el imperio que reemplace a ese de hierro y muerte? El de Cristo, que es la *Estrella*, y que sará el único *Rey* eterno.

David abunda en presentimientos de este gran día. En cada página celebra la realeza de su hijo según la carne; nos le muestra investido de cetro, ceñido con la espada, ungido por el Padre de los siglos, llevando sus dominios de un extremo a otro de los mares; luego, conduce a sus plantas

a los *Reyes de Tarsis y de las islas* lejanas, a los *Reyes de Arabia y de Sabá,* a *los Príncipes de Etiopía.* Canta también sus presentes de oro y sus adoraciones.

En su maravilloso epitalamio, el autor del Cantar de los Cantares, describe las delicias de la celeste unión del divino Esposo con la Iglesia; ésta afortunada Esposa no es la Sinagoga. Llámala Cristo con delicadeza para coronarla; mas su voz se dirige a la que mora más allá de las fronteras del pueblo escogido. "Ven, dice, prometida mía, ven del Líbano, baja de las cumbres de Amana, de las alturas del Sanir y del Hermón; sal de las negras cavernas de dragones, deja los montes habitados por leopardos." Mas, la hija del Faraón replica: "Soy negra"; mas no se turba en sus palabras porque sabe muy bien que la gracia de su Esposo la ha vuelto *bella.*

A continuación se levanta el profeta Oseas, quien dice en nombre del Señor: "He elegido un hombre, que no me dará el nombre de Baal en adelante. Quitaré de su boca ese nombre y no se volverá a acordar de él. Y me uniré a ti para siempre *¡oh hombre nuevo!* Esparciré tu raza por toda la tierra; tendré compasión de quien no conoció la misericordia; a quien no era mi pueblo, le diré: *¡Pueblo mío!* Y él me responderá: *¡Dios mío!*"

Tobías a su vez, desde el fondo de la cautividad, pronunció una magnífica profecía; a sus

ojos desaparece la Jerusalén que ha de recibir a los judíos libertados por Ciro, ante la presencia de otra Jerusalén más brillante y hermosa. "Nuestros hermanos dispersos, dice, volverán a la tierra de Israel; la casa de Dios será nuevamente edificada. Todos los temerosos de Dios acudirán allí; los Gentiles dejarán sus ídolos y vendrán a Jerusalén y morarán en ella; todos los reyes de la tierra fijarán su domicilio en ella en medio de la alegría, llegados para adorar al Rey de Israel."

Y si las naciones deben ser despedazadas por la justicia de Dios a causa de sus pecados, será para llegar luego a la dicha de una alianza eterna con Dios. Porque, El mismo dice por su Profeta Sofonías: "Mi justicia es reunir a las naciones, juntar en un haz a los reinos; sobre ellos derramaré mi indignación y todo el ardor de mi ira; toda la tierra será consumida. Pero enseguida daré a los pueblos un lenguaje selecto, para que todos invoquen el nombre del Señor, y lleven juntos mi yugo. Desde más allá de los ríos de Etiopía me invocarán; los hijos de los pueblos dispersos me traerán presentes."

El Señor había ya anunciado sus misericordiosos designios por boca de Ezequiel: "Un Rey único mandará a todos, dice el Señor; no habrá ya dos naciones, ni dos reinos. No se mancillarán más con sus ídolos; les salvaré, allí mismo donde pecaron, ellos serán mi pueblo y yo seré su

Dios. Habrá un solo pastor para todos. Haré con ellos una alianza de paz, un pacto eterno; los multiplicaré y mi santuario estará en medio de ellos por siempre."

Por eso Daniel, después de haber profetizado los Imperios que habían de suceder al Romano, añade: "Mas el Dios del cielo suscitará a su vez un Imperio que no será nunca destruído, y cuyo cetro no pasará a otro pueblo. Este imperio rebasará los límites de todos los que le han precedido, y durará eternamente."

Sobre los cataclismos que habrán de preceder a la llegada de ese Pastor único y al establecimiento de ese santuario eterno que se ha de levantar en medio de los Gentiles, el profeta Ageo, habla de la siguiente manera: "Todavía un poco más de tiempo, y destruiré el cielo, la tierra y el mar; confundiré a todos los pueblos y entonces vendrá el Deseado de las naciones."

Habría que citar a todos los Profetas para señalar bien todos los rasgos de ese gran espectáculo prometido al mundo por el Señor para el día en que acordándose de las naciones, las llame a los pies del Emmanuel. La Iglesia nos ha hecho oír la voz de Isaías en la Epístola de esta Fiesta, y el hijo de Amós es ciertamente el más elocuente de todos.

Si prestamos oído ahora a las voces que suben hacia nosotros del seno de la Gentilidad, oiremos ese clamor de ansia, expresión del deseo univer-

sal que habían anunciado los Profetas hebreos. La voz de las Sibilas despertó la esperanza en el corazón de los pueblos; el Cisne de Mantua, en el seno mismo de Roma, consagra sus más bellos versos a reproducir sus consoladores vaticinios: "La última edad, dice, la edad predicha por la Virgen de Cumas ha llegado; una nueva era va a comenzar; una raza nueva desciende del cielo. La edad de hierro termina al nacer ese Niño; un pueblo de oro se dispone a invadir la tierra. Las huellas de nuestros crímenes serán borradas; y desaparecerá el terror que dominaba al mundo."

Como respondiendo a los vanos escrúpulos de quienes temían reconocer, con San Agustín y otros muchos santos Doctores, la voz de las antiguas tradiciones expresándose por boca de las Sibilas; Cicerón, Tácito, Suetonio, filósofos e historiadores gentiles, acuden también a confirmar, que el género humano esperaba en su tiempo a un Libertador, que este Libertador debía salir no sólo del Oriente, sino de Judea; y que los tiempos del Imperio que debía abarcar al mundo entero estaban para comenzar.

Compartían esa universal espera de tu llegada oh Emmanuel los Magos, a cuyos ojos hiciste aparecer la Estrella; por eso no perdieron un solo momento, poniéndose inmediatamente en camino en busca del Rey de los Judíos, cuyo nacimiento se les había anunciado. Eran muchas

las profecías que en ellos se realizaban; pero si ellos recibían las primicias, nosotros poseemos la plenitud de su efecto. La alianza está firmada, y te pertenecen nuestras almas por cuyo amor descendiste del cielo; la Iglesia ha brotado de tu divino costado, junto con el agua y la sangre; cuanto hiciste por la Esposa predestinada, lo realizas también en cada uno de sus fieles hijos. Descendientes de Jafet, hemos desheredado a la raza de Sem que nos cerraba sus tiendas; y el derecho de primogenitura de que gozaba Judá ha pasado a nosotros. Nuestro número tiende, de siglo en siglo, a igualar el número de las estrellas. Lejos ya de nosotros la ansiedad de la espera; ha aparecido la estrella, y el Rey que anunciaba no cesará ya nunca de derramar sobre nosotros sus beneficios. Los Reyes de Tarsis y de las Islas, los Reyes de Arabia y de Sabá, los Príncipes de Etiopía han llegado con sus presentes, y todas las generaciones los han seguido. La Esposa, entronizada con todos los honores, no se vuelve ya a acordar de los montes de Amana ni de las alturas de Sanir y del Hermón, donde suspiraba en compañía de los leopardos; ha dejado de ser negra, y es bella, sin manchas ni arrugas, digna del divino Esposo. Ha olvidado a Baal para siempre; y habla con amor el lenguaje que Dios mismo la ha enseñado. Un solo Pastor apacienta al único redil; el último Imperio prosigue sus destinos hasta la eternidad.

Tú eres, oh divino Niño, el que veniste a traernos todos estos bienes y a recibir todos esos homenajes. Crece pues, oh Rey de Reyes, sal pronto de tu silencio. Después que hayamos saboreado las lecciones de tu humildad, háblanos como Maestro; desde hace tiempo reina César Augusto y la Roma pagana se cree eterna. Tiempo es ya de que el trono de la fuerza ceda su lugar al trono de la caridad, y que la nueva Roma se levante sobre la antigua. Las naciones llaman a la puerta y buscan a su Rey; acelera el día en que no tengan necesidad de venir a ti, sino que tu misericordia los vaya a buscar por medio de la predicación evangélica.

Muéstrales a Aquel a quien ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; muéstrales a la Reina que has elegido para ellos. Elévese pronto María en alas de los Angeles, desde la humilde morada de Nazaret, desde el pobre establo de Belén, hasta el trono de la misericordia, desde cuya altura protegerá a todos los pueblos y a todas las generaciones.

9 DE ENERO

CUARTO DIA DE LA OCTAVA DE EPIFANIA

VOCACIÓN Y DIGNIDAD DE LOS MAGOS

Aparecida en Oriente la estrella anunciada por Balaam, los tres Magos, cuyos corazones per-

manecían abiertos a la esperanza del Mesías Libertador, sintieron repentinamente el aguijón del amor que les espoleaba. A diferencia de los pastores de Belén, a quienes la voz de un Angel invitó hacia el pesebre, reciben ellos la noticia de la gozosa llegada del Rey de los Judíos de una manera mística y silenciosa. Pero, en sus corazones recibía una explicación el lenguaje mudo de la Estrella por obra del mismo Padre celestial, que les revelaba a su Hijo. Aquí su vocación sobrepasó en dignidad a la de los pastores, los cuales no supieron nada sino por ministerio de los Angeles conforme a la divina disposición de la antigua Ley.

Mas, si es cierto que la gracia de Dios se dirigió directamente a sus corazones, también puede decirse que los halló fieles. Los pastores *acudieron presurosos* a Belén, nos dice San Lucas. Los Magos, hablando con Herodes expresan con no menor contento la sencillez de su presteza: "Vimos, dicen, su Estrella, y hemos venido a adorarle."

Abrahán mereció llegar a ser Padre de los Creyentes, gracias a su fidelidad en seguir el mandato que Dios le daba de salir de Caldea, tierra de sus antepasados, y trasladarse a una región para él desconocida; los Magos por la docilidad de su fe, no menos admirable, merecieron ser los predecesores de la Iglesia de los Gentiles.

También ellos salieron de Caldea, según refiere San Justino y Tertuliano; al menos era la

patria de algunos. También esos autores, cuyo testimonio confirman otros Padres, señalan a la Arabia como lugar nativo de alguno de los otros piadosos viajeros. Una tradición popular, admitida siglos más tarde en la iconografía cristiana, hace natural de Etiopía al tercero de ellos. De todos modos, no se puede negar que David y los Profetas señalaron ya a los negros habitantes de Africa como unos de los primeros que debían ser objeto de la predilección divina. Por la condición de Magos, debemos entender la profesión de estos hombres, que no era otra que el estudio del curso de los astros, en el cielo en el que espiaban el próximo aparecer de la profética Estrella por la que suspiraban; porque eran sin duda de aquellos Gentiles temerosos de Dios, como el centurión Cornelio, y no se habían mancillado con el contacto idolátrico, conservando, en medio de tantas tinieblas, las puras tradiciones de Abrahán y de los Patriarcas.

El Evangelio no dice que fueran reyes; pero, no sin motivo, les aplica la Iglesia los versículos en que habla David de los Reyes de Arabia y de Sabá que llegan a los pies del Mesías con sus ofrendas de oro. Se apoya esta tradición en el testimonio de San Hilario de Poitiers, de San Jerónimo, del poeta Juvenco, de San León y de otros muchos. Indudablemente, no debemos figurarnos a los Magos como grandes potentados, cuyo imperio pudiera compararse en extensión

e importancia con el poderío romano; pero ya sabemos que la Sagrada Escritura atribuye con frecuencia el nombre de reyes a pequeños príncipes, a simples gobernadores de provincia. Basta, pues, que los Magos ejercieran alguna autoridad sobre los pueblos; por lo demás, las consideraciones que Herodes se cree obligado a tener con extranjeros que llegan hasta su palacio para anunciar el nacimiento de un Rey de los Judíos, al cual tratan de rendir homenaje con tanto celo, demuestran suficientemente la importancia de estos personajes, así como el movimiento que su llegada despierta en la ciudad de Jerusalén, indica bien a las claras que su presencia venía acompañada de un exterior majestuoso.

Estos dóciles reyes dejan de repente su patria, sus riquezas, y su tranquilidad, para seguir a la Estrella; el poder de Dios que les había llamado los reune en un mismo viaje y en una misma fe. Ni los peligros y los trabajos del camino cuyo final ignoran, ni el temor de despertar contra sí las sospechas del Imperio Romano, logran detenerlos.

Su primer descanso es Jerusalén. Llegan estos Gentiles a la ciudad santa, que pronto será maldita, para anunciar a Jesucristo y manifestar su venida. Con todo el aplomo y la tranquilidad de los Apóstoles y de los Mártires declaran su firme intención de ir a adorarle. Obligan a

Israel, depositaria de las divinas profecías, a confesar uno de los principales datos del Mesías, su nacimiento en Belén. El Sacerdocio judío, cumple, sin darse cuenta, su sagrado ministerio; Herodes se revuelve en su lecho, y planea ya sus proyectos asesinos. Mas, es ya hora de que abandonen los Magos, la ciudad infiel, que ha recibido con su presencia el anuncio de su repudio. Vuelve a aparecer la Estrella en el cielo, animándolos a continuar su marcha; unos pasos más y se hallarán en Belén a los pies del Rey que venían buscando.

También nosotros; ¡oh Emmanuel! te seguimos y caminamos a tu luz; por que Tú has dicho en la Profecía de tu Discípulo amado: "Yo soy la estrella brillante de la mañana." (XXII, 16). El astro que conduce a los Magos es simplemente un símbolo de esa inmortal Estrella. Tú eres el *lucero matutino;* porque tu nacimiento anuncia el fin de las tinieblas, del error y del pecado. Tú eres el *lucero matutino;* porque, después de haber sufrido la prueba de la muerte y del sepulcro, sales de repente de las sombras a la luz matinal el día de tu Resurrección gloriosa. Tú eres el *lucero matutino;* porque, con tu Nacimiento y los Misterios que van a seguirle, nos anuncias el día sin nubes de la eternidad. ¡Oh! acompáñenos tu luz constantemente y seamos siempre dóciles para abandonarlo todo por seguirla como los Magos: ¡Cuán espesas eran las tinieblas que

nos rodeaban cuando nos llamaste a tu gracia! ¡Nosotros amábamos esas tinieblas, y a pesar de eso nos hiciste amar la luz! ¡Oh Cristo! conserva en nosotros ese amor. No se nos acerque el pecado, que no es más que tinieblas. No nos seduzcan los pérfidos espejismos de la falsa conciencia. Aleja de nosotros la ceguedad de Jerusalén y de su Rey, para quienes no luce la Estrella; guíenos ella en todo momento y condúzcanos a Ti, nuestro Rey, nuestra paz y nuestro amor.

También a ti te saludamos ¡oh María! *estrella de los mares,* que brillas sobre las olas de este mundo para calmarlas y para proteger a los que claman a ti en la tempestad. Tu favoreciste a los Magos a través del desierto; guía también nuestros pasos y dirígenos hasta Aquel que descansa en tus brazos y te ilumina con su luz eterna.

10 DE ENERO

QUINTO DIA DE LA OCTAVA DE EPIFANIA

LOS MAGOS ANTE JESÚS

Los Magos han llegado a Belén; el humilde albergue del Rey de los Judíos se ha abierto para ellos. "Encontraron allí, dice San Lucas, al Niño y a María, su Madre." Arrójanse a tierra y adoran

al divino Rey a quien con tanto ardor han buscado y por quien la tierra suspira.

En ese instante, comienza a aparecer la Iglesia cristiana. En aquel humilde retiro, el Hijo de Dios hecho hombre preside como Jefe de su Cuerpo místico; María asiste, como Cooperadora de la salvación, y Madre de la gracia; Judá está representando por ella y por su Esposo José; la Gentilidad adora en la persona de los Magos, porque su fe lo ha comprendido todo en presencia de este Niño. No es un Profeta a quien honran, ni un rey terreno a quien abren sus tesoros; es un Dios ante quien se humillan y anonadan. "¡Mirad, dice San Bernardo, en su segundo Sermón sobre Epifanía, mirad cuán penetrantes son los ojos de la fe! La fe reconoce al Hijo de Dios, colgado del pecho materno, le reconoce atado al madero, le reconoce hasta en la muerte. El ladrón le adora en el patíbulo, los Magos en el establo: aquel, a pesar de los clavos que le sujetan; estos a través de los pañales que le envuelven."

Todo está, pues, consumado. Belén no es ya sólo el lugar del Nacimiento del Redentor, es también la cuna de la Iglesia; ¡con cuánta razón exclamaba el Profeta: "Oh Belén, de ningún modo eres la menor entre las ciudades de Judá!" ¡Qué bien comprendemos el hechizo que indujo a San Jerónimo a hurtar su vida a los honores y delicias de Roma, a los aplausos del mundo y de

la Iglesia, para venir a encerrarse en esta gruta, testigo de tantos y tan maravillosos prodigios! ¿Quién es el que no desearía vivir y morir en ese sagrado y celestial recinto, completamente santificado por la presencia del Emmanuel, embalsamado con los aromas de la Reina de los Angeles, que guarda todavía el eco de los celestes conciertos, y el recuerdo de los Magos, nuestros piadosos antepasados?

Al entrar en la humilde morada, nada les extraña a los afortunados Magnates. Ni la flaqueza del Niño, ni la pobreza de la Madre, ni la desnudez de las paredes, nada los perturba. Antes bien, comprenden en seguida, que el eterno Dios, queriendo visitar a los hombres y demostrarles su amor, debía abajarse a ellos, hasta el punto de que no quedara ningún grado de la humana miseria que no fuera por El sondeado y conocido. Advertidos por su propio corazón de la profundidad de la llaga del orgullo que nos roe, comprendieron que el remedio debía ser tan extremo como el mal, reconociendo en esta inaudita humillación, el pensamiento y la obra de un verdadero Dios. Israel espera un Mesías glorioso, resplandeciente de gloria mundana; los Magos, al contrario, reconocen al Mesías en la humildad y en la pobreza que le rodea; subyugados por la gracia divina, caen en tierra y adoran, agradecidos y admirados.

¿Quién sería capaz de expresar la dulzura de las conversaciones que tuvieron con la purísima María? Porque el Rey que habían venido a buscar, no dejó por su causa el silencio de su voluntaria infancia. Aceptó sus homenajes, les sonrió con ternura, les bendijo; pero sólo María pudo satisfacer con sus celestiales coloquios, la santa curiosidad de aquellos tres peregrinos del mundo. Y ¡cómo debió Ella recompensar su fe y su amor, declarándoles el misterio del Virginal alumbramiento que iba a salvar al mundo, las alegrías de su maternal corazón, los encantos del divino Niño! Y ¡con qué tierno respeto la considerarían ellos y la escucharían! ¡Con qué regusto penetraría la gracia en sus corazones, junto con las palabras de la que Dios escogió para aleccionarnos con ternura de madre en la verdad y en el amor! La estrella que para ellos había brillado hasta ahora en el cielo, había dejado lugar a otra Estrella, de una luz más suave, de una potencia mucho más esplendorosa todavía; este astro tan puro preparaba su vista para contemplar sin velos de ningún género a Aquel que se llama a sí mismo *Estrella brillante de la mañana*. El resto del mundo no significaba nada para ellos; el establo de Belén encerraba, en cambio, todas las riquezas del cielo y de la tierra. Los largos siglos de espera compartidos por ellos con el género humano, les parecían ahora un momento: tan plena y perfecta era la alegría de haber por

fin hallado al Dios que con su sola presencia satisface todos los anhelos de su criatura.

Uníanse a los designios misericordiosos del Emmanuel; aceptaban con profunda humildad la alianza que Aquel contraía con la humanidad por su medio; adoraban la temible justicia que pronto iba a repudiar a un pueblo incrédulo; saludaban los destinos de la Iglesia cristiana que comenzaba ya con ellos; y rogaban por su innumerable descendencia.

Correspóndenos a nosotros, Gentiles regenerados, unirnos a estos cristianos, los primeros elegidos, y adorarte ¡oh divino Niño! después de tantos siglos en que venimos contemplando la marcha de las naciones hacia Belén, bajo el amparo de la Estrella. A nosotros nos corresponde el adorarte con los Magos; más afortunados que estos primogénitos de la Iglesia, hemos llegado a oír tus palabras, hemos contemplado tus sufrimientos y tu cruz, hemos sido testigos de tu Resurrección; y si te saludamos como a Rey del universo, ahí está ese universo a nuestra vista, repitiendo tu Nombre excelso y glorioso desde el Oriente al Occidente. El Sacrificio que renueva todos tus misterios se ofrece hoy en todos los lugares de la tierra; la voz de tu Iglesia resuena en todo mortal oído; y sentimos con gozo que toda esa luz brilla para nosotros, que todas esas gracias son herencia nuestra. Por eso, te adoramos ¡oh Cristo! los que te gozamos en

la Iglesia, la Belén eterna, la casa del Pan de vida.

Ilústranos ¡oh María! como ilustraste a los Magos. Decláranos más y más el dulce Misterio de tu Hijo; haz que nuestro corazón se someta enteramente a su adorable imperio. Vela, con tu maternal solicitud, por que no perdamos una sola de sus lecciones, y para que esa morada de Belén en la que hemos entrado en pos de los peregrinos de Oriente, realice en nosotros una completa renovación de toda nuestra vida.

11 DE ENERO

SEXTO DIA DE LA OCTAVA DE EPIFANIA

LOS DONES DE LOS MAGOS

No se contentaron los Magos con adorar al gran Rey que María presentaba a su veneración. Como la Reina de Sabá que vino a honrar al Rey pacífico en la persona del sabio y opulento hijo de David, los tres Reyes de Oriente abrieron sus tesoros y sacaron ricos presentes. El Emmanuel se dignó aceptar sus misteriosos dones; pero, lo mismo que Salomón, su abuelo, no dejó marchar a los Príncipes vacíos, sino que les colmó de presentes infinitamente más ricos que los que él había aceptado. Los Magos le presentaron ofrendas terrenas; Jesús les colmó de celestiales dones. Ro-

busteció en ellos la fe, la esperanza y la caridad; en sus personas enriqueció a toda su Iglesia a quien representaban; en ellos asi como en la Sinagoga que los había dejado marchar solos en busca del Rey de Israel. Se cumplieron las palabras del Cántico sagrado de María: "A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos dejó en la miseria."

Mas consideremos los presentes de los Magos y reconozcamos con la Iglesia y los Padres los Misterios que en ellos se encierran. Tres fueron los dones, con el fin de honrar el sagrado número de las Personas en la unidad de la Esencia divina; pero este inspirado número alcanzaba una nueva aplicación en un triple carácter del Emmanuel. El hijo de Dios venía a reinar en el mundo: convenía ofrecerle el ORO que indica el poder supremo. Venía a ejercer el Supremo Sacerdocio, y a reconciliar por su medio, el cielo con la tierra: era conveniente ofrecerle el INCIENSO que debe quemarse en manos del sacerdote. Sólo su muerte podía darle posesión del trono preparado para su humanidad gloriosa; esa muerte debía inaugurar el eterno Sacrificio del divino Cordero; allí estaba la MIRRA para representar la muerte y la sepultura de una víctima inmortal. El Espíritu Santo, inspirador de los Profetas, había por tanto, inspirado a los Magos en la elección de estos misteriosos dones; nos lo dice San León con toda

su elocuencia, en uno de sus Sermones sobre Epifanía: "¡Oh fe admirable que conduce a la perfecta ciencia, y que no ha sido ilustrada en la escuela de una sabiduría terrena, sino en la del mismo Espíritu Santo! Porque ¿dónde habían descubierto la naturaleza inspirada de estos presentes, aquellos hombres que salieron de su patria, sin haber visto aún a Jesús, sin haber hallado en sus miradas la luz que con tanta seguridad dirigió la elección de sus ofrendas? Al mismo tiempo que la Estrella iluminaba sus ojos corporales, los rayos de la verdad penetraban en sus corazones con mayor viveza. Antes de emprender los trabajos de un largo camino habían conocido ya a Aquel a quien con el Oro debían rendir honores de Rey; con el Incienso, culto divino; y con la Mirra, fe en su mortalidad."

Si bien es cierto que estos presentes representan maravillosamente las características del Hombre-Dios, no lo es menos que están llenos de enseñanzas, por las virtudes que significan, y que el divino Niño reconocía y confirmaba en el alma de los Magos. *El Oro* significa para nosotros como para ellos, el amor que une a Dios; *el Incienso,* la oración que atrae y conserva a Dios en el corazón del hombre; *la Mirra,* la renuncia, el dolor, la mortificación, medios por los que nos sustraemos a la esclavitud de la naturaleza corrompida. Hallad un corazón amante

de Dios, que se eleve a El por la oración, que comprenda y sepa gustar la virtud de la cruz; y tendréis en ese corazón el don más digno de Dios, el que siempre le será agradable.

Abrímoste, pues, nuestros cofres ¡oh Jesús! poniendo a tus pies nuestros dones. Después de haber confesado tu triple gloria, de Dios, Sacerdote y Hombre, te suplicamos aceptes el deseo que tenemos de responder con amor al amor que nos manifiestas; hasta nos atrevemos a decirte que te amamos; ¡oh Dios, oh Sacerdote, oh Hombre! Aumenta este amor nacido al calor de tu gracia. Atiende también nuestra oración, tibia e imperfecta, pero unida a la de tu Iglesia. Enséñanos a hacerla de manera digna de Ti y proporcionada a los efectos que quieres que produzca; créala en nosotros, para que se eleve continuamente de nuestro corazón, como una nube de aromas. Recibe, finalmente el homenaje de nuestros corazones contritos y arrepentidos, y la voluntad que tenemos de imponer a nuestros sentidos el freno que les domine y la expiación que les purifique.

Iluminados por los excelsos misterios que nos revelan la grandeza de nuestra miseria y la inmensidad de tu amor, sentimos la necesidad que, ahora más que nunca tenemos de alejarnos del mundo y de sus concupiscencias, para darnos a Ti. No en vano habrá brillado la Estrella sobre nosotros; no en vano nos habrá conducido hasta

Belén, donde Tú eres el Rey de los corazones. Pues, cuando Tú mismo te entregas a nosotros ¡oh Emmanuel! ¿Tendremos nosotros algún tesoro que no queramos depositar a tus plantas?

¡Oh María, protege nuestra ofrenda! La de los Magos fué agradable a tu Hijo porque fué hecha por tu medio; la nuestra, presentada por ti, será grata a pesar de su imperfección. Ven en ayuda de nuestro amor con el tuyo; apoya nuestras plegarias por medio de tu maternal, Corazón; fortalécenos en la lucha con el mundo y con la carne. Haz que, para asegurar nuestra perseverancia no olvidemos nunca los dulces misterios que ahora celebramos, y que como tú, los guardemos siempre grabados en nuestro corazón. ¿Quién sería capaz de ofender a Jesús en Belén, o de rehusar algo a su amor, en el momento en que, sobre tus rodillas, aguarda nuestros presentes? ¡Oh María, haz que nunca echemos en olvido que somos los hijos de los Magos, y que Belén está para nosotros siempre abierto!

12 DE ENERO

SEPTIMO DIA DE LA OCTAVA DE EPIFANIA

VUELTA Y MISIÓN DE LOS MAGOS

Después de depositar sus dones a los pies del Emmanuel, como señal de la alianza que con El contraen en nombre de la humanidad, se des-

piden los Magos del divino Niño, colmados de sus mejores bendiciones; esa es su voluntad. Por fin se van de Belén; en adelante toda la tierra les parecerá vacía y desierta. ¡Si les fuera dado fijar su morada junto al nuevo Rey, en compañía de su Madre inefable! Pero el plan salvífico del mundo exige que todo lo que de algún modo respira esplendor y gloria humana, esté lejos de Aquel que ha venido en busca de humillaciones.

Además, es necesario que sean ellos los primeros mensajeros de la palabra evangélica; que vayan a anunciar a la Gentilidad, que el Misterio de la salvación ha dado principio, que la tierra posee ya su Salvador, y la salvación está en puertas. Ya no va delante de ellos la Estrella, porque no es necesaria para conducirlos hasta Jesús; la llevan y para siempre dentro de su corazón. Son, pues, introducidos en el seno de la Gentilidad, como la misteriosa levadura del Evangelio, que a pesar de su pequeñez, logra la fermentación de toda la masa. Por medio de ellos bendice Dios a todas las naciones de la tierra; desde este día, comienzan a disminuir los infieles y aumentan insensiblemente los fieles; y cuando se haya derramado la sangre del Cordero, cuando el bautismo haya sido promulgado, los Magos iniciados en todos los misterios, no serán sólo varones de deseos, sino cristianos perfectos.

Una antigua tradición cristiana, que vemos ya recogida por el autor de la "*Obra imperfecta sobre San Mateo*" que figura en todas las ediciones de San Juan Crisóstomo, y que parece haber sido escrita a fines del siglo VI; una antigua tradición, decimos, refiere que los tres Magos fueron bautizados por el Apóstol Santo Tomás, y se entregaron a la predicación del Evangelio. Y, aunque no existiera esa tradición se comprende muy bien que la vocación de estos tres Príncipes no debía limitarse a visitar como primicias de la Gentilidad, al Rey eterno aparecido en la tierra: una nueva misión, la del apostolado, se derivaba naturalmente de la primera.

Sobre la vida y hechos de los Magos han llegado hasta nosotros numerosos pormenores; pero nos abstenemos de referirlos aquí, por no ser ni suficientemente antiguos, ni bastante serios, para que la Iglesia haya juzgado oportuno introducirlos en la Liturgia. Lo mismo se puede decir acerca de sus nombres, Melchor, Gaspar y Baltasar: su empleo es muy reciente, y si nos parece temerario atacarlo directamente, tampoco nos atreveríamos a asumir la responsabilidad de su defensa.

Por lo que se refiere a los cuerpos de estos insignes y santos adoradores del Dios recién nacido, fueron transportados de Persia a Constantinopla en tiempo de los Emperadores cristianos y descansaron durante mucho tiempo en la Igle-

sia de Santa Sofía. Más tarde, bajo el obispo Eustorgio, fueron trasladados a Milán, permaneciendo allí hasta el siglo xii, en que Reinoldo, arzobispo de Colonia, patrocinado por Federico Barbarroja, los colocó en la Iglesia catedral de aquella egregia Metrópoli. Allí descansan hoy todavía en una magnífica urna el monumento más bello tal vez de la orfebrería medieval, bajo las bóvedas de esa sublime Catedral, que por su amplitud, osadía y esbeltez de su arquitectura, es uno de los primeros templos de la cristiandad.

De esta manera, ¡Oh Padres de los pueblos!, os hemos seguido desde el lejano Oriente hasta Belén; luego os hemos devuelto a vuestra patria, para conduciros finalmente al sagrado recinto de vuestro descanso, bajo nuestro cielo de Occidente. Un amor filial nos hacía seguir vuestras huellas; y además, ¿no buscábamos también nosotros en pos vuestro, al Rey de gloria junto al cual nos representásteis? ¡Bendita sea vuestra espera, bendita vuestra docilidad a la Estrella, bendita vuestra devoción a los pies del celestial Infante, benditos vuestros piadosos dones que nos ofrecen norma para los nuestros! ¡Oh Profetas, que al escoger vuestros presentes anunciásteis en toda su verdad los caracteres del Mesías!; ¡oh Apóstoles, que predicásteis hasta en Jerusalén, el Nacimiento de Cristo envuelto en humildes pañales, del Cristo que los Discípulos sólo anunciaron después del triunfo

de su Resurrección!; Flores de la Gentilidad, que habéis producido tan numerosos y exquisitos frutos; dando al Rey de la gloria pueblos enteros, innumerables naciones! velad por nosotros, proteged a la Iglesia. Acordáos del Oriente, de cuyo seno salísteis, como la luz; bendecid al Occidente sumergido aún en tan densas tinieblas cuando vosotros fuísteis en pos de la Estrella, y más tarde objeto de la predilección del Sol divino. Reanimad la fe que languidece; lograd de la misericordia divina, que el Occidente envíe siempre y cada vez en mayor número, misioneros de la buena nueva, al mediodía, al norte y hasta el infiel Oriente, hasta las tiendas de Sem, despreciador de la luz que vuestras manos le llevaron. Rogad por la Iglesia de Colonia, esa ilustre hermana de las más santas Iglesias de Occidente, para que guarde la fe, conserve su santa libertad, y sea el baluarte de la Alemania católica, apoyada siempre en la protección de sus tres Reyes, de Santa Ursula y de su legión de Vírgenes. Finalmente ¡favoritos del gran Rey Jesús! ponednos a sus pies, ofrecednos a María; y concedednos la gracia de terminar, en el amor del celestial Infante, los cuarenta días dedicados a su Nacimiento, y nuestra vida entera.

13 DE ENERO

OCTAVA DE LA EPIFANIA

EL BAUTISMO DE CRISTO

Hoy ocupa de una manera especial la atención de la Iglesia, el segundo Misterio de la Epifanía, el Misterio del Bautismo de Cristo, en el Jordán. El Emmanuel se ha *manifestado* a los Magos después de haberse mostrado a los pastores; pero esta manifestación ha ocurrido en el angosto recinto de un establo de Belén, y los hombres de este mundo no han podido conocerla. En el Misterio del Jordán Cristo se manifiesta con mayor aparato. Su venida es anunciada por el Precursor; la multitud que se agolpa en torno al Bautismo de agua, es testigo del hecho; Jesús va a comenzar su vida pública. Mas ¿quién será capaz de describir la grandeza de los detalles que acompañan esta segunda Epifanía?

EL MISTERIO DEL AGUA. — La segunda Epifanía tiene por objeto, lo mismo que la primera, el bien y la salvación del género humano; pero sigamos el curso de los Misterios. La Estrella condujo a los Magos a Cristo; antes, aguardaban, esperaban; ahora creen. Comienza en el seno de la Gentilidad la fe en el Mesías. Pero

no basta creer para salvarse; hay que lavar en el agua las manchas del pecado. "El que creyere y fuere bautizado, será salvo"[1]: es, por tanto, tiempo de que ocurra una nueva *manifestación* del Hijo de Dios, con el fin de inaugurar el gran remedio que debe dar a la Fe, el poder de causar la vida eterna.

Ahora bien, los designios de la divina Sabiduría habían escogido el agua como instrumento de esa sublime regeneración de la raza humana. Por eso, al principio del mundo, se nos muestra al Espíritu divino caminando sobre las aguas, para que la naturaleza de estas concibiese ya en su seno un germen de santificación, como canta la Iglesia en el Sábado Santo. Pero las aguas debían servir a la justicia castigando a un mundo culpable, antes de ser llamadas a cumplir los designios de su misericordia. Todo el género humano, a excepción de una sola familia, desapareció, por un terrible decreto, bajo las olas del diluvio.

Sin embargo de eso, al fin de aquella espantosa escena apareció un nuevo indicio de la futura fecundidad de este predestinado elemento. La paloma que salió un momento del arca de salvación, volvió a entrar en ella, trayendo un ramo de olivo, símbolo de la paz devuelta a la tierra, después del diluvio. Pero la

[1] *S. Marcos*, XVI, 16.

realización del misterio anunciado estaba todavía lejano.

En espera del día en que se había de manifestar este misterio, Dios multiplicó las figuras destinadas a mantener la esperanza de su pueblo. Así, hizo que este pueblo no llegara a la Tierra prometida, sin haber atravesado las olas del Mar Rojo; durante el misterioso paso, una columna de humo cubría a la vez la marcha de Israel y las benditas olas a las que debía la salvación.

Pero, sólo el contacto con los miembros humanos de un Dios encarnado podía comunicar a las aguas la virtud purificadora por la que suspiraba el hombre culpable. Dios había dado su Hijo al mundo, no sólo como Legislador, Redentor y Víctima de salvación, sino para ser Santificador de las aguas; en el seno, pues, de este sagrado elemento debía darle un testimonio divino y *manifestarle* por segunda vez.

El Bautismo de Jesús.—Se adelanta, pues, Jesús de treinta años de edad, hacia el Jordán, río célebre ya por los prodigios proféticos operados en sus aguas. El pueblo judío, reanimado por la predicación de Juan Bautista, acudía en tropel a recibir aquel Bautismo, que si podía excitar al arrepentimiento del pecado, no conseguía borrarlo. También nuestro divino Rey se dirige hacia el río, no para buscar la santifica-

no basta creer para salvarse; hay que lavar en el agua las manchas del pecado. "El que creyere y fuere bautizado, será salvo"[1]: es, por tanto, tiempo de que ocurra una nueva *manifestación* del Hijo de Dios, con el fin de inaugurar el gran remedio que debe dar a la Fe, el poder de causar la vida eterna.

Ahora bien, los designios de la divina Sabiduría habían escogido el agua como instrumento de esa sublime regeneración de la raza humana. Por eso, al principio del mundo, se nos muestra al Espíritu divino caminando sobre las aguas, para que la naturaleza de estas concibiese ya en su seno un germen de santificación, como canta la Iglesia en el Sábado Santo. Pero las aguas debían servir a la justicia castigando a un mundo culpable, antes de ser llamadas a cumplir los designios de su misericordia. Todo el género humano, a excepción de una sola familia, desapareció, por un terrible decreto, bajo las olas del diluvio.

Sin embargo de eso, al fin de aquella espantosa escena apareció un nuevo indicio de la futura fecundidad de este predestinado elemento. La paloma que salió un momento del arca de salvación, volvió a entrar en ella, trayendo un ramo de olivo, símbolo de la paz devuelta a la tierra, después del diluvio. Pero la

---

[1] *S. Marcos*, XVI, 16.

realización del misterio anunciado estaba todavía lejano.

En espera del día en que se había de manifestar este misterio, Dios multiplicó las figuras destinadas a mantener la esperanza de su pueblo. Así, hizo que este pueblo no llegara a la Tierra prometida, sin haber atravesado las olas del Mar Rojo; durante el misterioso paso, una columna de humo cubría a la vez la marcha de Israel y las benditas olas a las que debía la salvación.

Pero, sólo el contacto con los miembros humanos de un Dios encarnado podía comunicar a las aguas la virtud purificadora por la que suspiraba el hombre culpable. Dios había dado su Hijo al mundo, no sólo como Legislador, Redentor y Víctima de salvación, sino para ser Santificador de las aguas; en el seno, pues, de este sagrado elemento debía darle un testimonio divino y *manifestarle* por segunda vez.

El Bautismo de Jesús. — Se adelanta, pues, Jesús de treinta años de edad, hacia el Jordán, río célebre ya por los prodigios proféticos operados en sus aguas. El pueblo judío, reanimado por la predicación de Juan Bautista, acudía en tropel a recibir aquel Bautismo, que si podía excitar al arrepentimiento del pecado, no conseguía borrarlo. También nuestro divino Rey se dirige hacia el río, no para buscar la santifica-

ción, pues es principio de toda santidad, sino para comunicar a las aguas la virtud de engendrar una raza nueva y santa, como canta la Iglesia. Desciende al lecho del Jordán, no como Josué para atravesarlo a pie enjuto, sino para que el Jordán le envuelva con sus olas y reciba de El, para luego comunicarla a todo el elemento, esa virtud santificadora que ya no volverá a perder nunca. Animadas por los rayos divinos del Sol de justicia, se hacen fecundas las aguas, cuando la cabeza augusta del Redentor se sumerge en su seno, ayudada por la mano temblorosa del Precursor.

Mas, es necesario que intervenga toda la Trinidad en este preludio de la nueva creación. Abrénse los cielos; baja la Paloma, no ya simbólica y figurativa, sino anunciadora de la presencia del Espíritu de amor que da la paz y transforma los corazones. Detiénese y descansa en la cabeza del Emmanuel, cerniéndose a la vez sobre la humanidad del Verbo y sobre las aguas que bañaban sus sagrados miembros.

El testimonio del Padre.—Pero, aún no había sido manifestado con suficiente realce el Dios humanado; era preciso que la voz del Padre resonase sobre las aguas y removiese hasta lo más profundo de sus abismos. Entonces, se dejó oír aquella Voz que había cantado David: *Voz del Señor que retumba sobre las aguas,*

trueno del Dios majestuoso que derrumba los cedros del Líbano, (orgullo de los demonios) *que apaga el fuego* de la ira divina, *que conmueve el desierto y anuncia un nuevo diluvio* (Salmo XXVIII), un diluvio de misericordia; esta voz clamaba ahora: "*Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias.*"

De este modo se manifestó la Santidad del Emmanuel con la presencia de la celestial Paloma y con la voz del Padre, como lo había sido su realeza con el mudo testimonio de la Estrella. Realizado el misterio, dotado el elemento del agua de su nueva virtud purificadora, sale Jesús del Jordán, y sube a la orilla, llevando tras de sí, según opinión de los Padres, a la humanidad regenerada y santificada y dejando allí sumergidos todos sus crímenes y pecados.

Costumbres. — Sin duda es importante la fiesta de Epifanía, cuyo objeto es honrar tan altos misterios; no debemos admirarnos, que la Iglesia de Oriente hiciera de este día una de las fechas para la solemne administración del Bautismo. Los antiguos monumentos de la Iglesia de las Galias indican que esta era también la costumbre entre nuestros antepasados; más de una vez, en Oriente, según cuenta Juan Mosch, se vió llenarse el sagrado Baptisterio, con un agua milagrosa, el día de esta festividad, y vaciarse por sí mismo después de la administración

del Bautismo. La Iglesia Romana, desde tiempos de San León, insistió en que se reservase a las fiestas de Pascua y Pentecostés el honor de ser los únicos días consagrados a la solemne administración del primero de los Sacramentos; pero, en muchos lugares de Occidente, se conservó y conserva aún la práctica de bendecir el agua con una solemnidad especial, el día de Epifanía.

La Iglesia de Oriente guardó celosamente esta costumbre. La función se desarrolla ordinariamente en la Iglesia; pero, a veces, el Pontífice se traslada a orillas de un río, acompañado de los sacerdotes y ministros revestidos de sus más ricos ornamentos, y seguido de todo el pueblo. Después de recitar oraciones de una gran belleza, que sentimos no poder citar, el Pontífice sumerge en las aguas una cruz engastada en pedrería que representa a Cristo, imitando de esta suerte la acción del Precursor. En San Petersburgo, la ceremonia se realizaba en otros tiempos sobre el Neva, introduciendo el Metropolitano la cruz en las aguas, a través de una abertura practicada en el hielo. Este rito se observa de manera parecida en las Iglesias de Occidente que han conservado la costumbre de bendecir el agua en la fiesta de Epifanía.

Los fieles se apresuran a extraer del río el agua santificada, y San Juan Crisóstomo, en su Homilía venticuatro sobre el Bautismo de Cristo

afirma, poniendo por testigos a sus oyentes, que esta agua no se corrompía. Idéntico prodigio fué muchas veces observado en Occidente.

Demos, pues, gloria a Cristo por la segunda *manifestación* de su carácter divino, y agradezcámosle con la Iglesia el habernos dado junto con la Estrella de la Fe que nos ilumina, el Agua capaz de borrar nuestras culpas. Admiremos, agradecidos, la humildad del Salvador que se inclina bajo la mano de un mortal, para *realizar toda justicia,* como El mismo dice: porque, habiendo tomado consigo la forma de pecador, era necesario que asumiese también las humillaciones para levantarnos de nuestra postración. Agradezcámosle la gracia del Bautismo que nos ha abierto las puertas de la Iglesia de la tierra y de la Iglesia del cielo. Finalmente, renovemos los compromisos contraídos en la sagrada fuente, y que fueron condición del nuevo nacimiento.

MISA DE LA OCTAVA DE EPIFANIA

Introito, Epístola, Gradual, Verso del Aleluya, Ofertorio y Comunión son los mismos del día de Epifanía.

INTROITO

Aquí viene el Señor Dominador: y en su mano están el reino, y la potestad y el imperio. *Salmo:* Oh Dios, da tu juicio al Rey: y tu justicia al Hijo del Rey.

En la Colecta, la Iglesia pide para sus hijos la gracia de hacerse semejantes a Jesucristo

aparecido en el Jordán, lleno del Espíritu Santo, objeto de las complacencias del Padre Celestial, pero revestido de nuestra naturaleza y fiel en el cumplimiento de toda justicia.

ORACION

Oh Dios, cuyo Unigénito apareció en la sustancia de nuestra carne: suplicámoste hagas que, por Aquel, a quien hemos conocido semejante a nosotros en lo exterior, seamos reformados interiormente. El cual vive y reina contigo.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías. (LX, 1-6.)

Levántate, ilumínate, Jerusalén: porque ha llegado tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre tí. Porque he aquí que las tinieblas cubrirán la tierra, y la obscuridad los pueblos: mas, sobre ti nacerá el Señor, y su gloria será vista en ti. Y caminarán las gentes a tu luz, y los reyes al resplandor de tu astro. Alza tus ojos en torno y mira: todos estos se han reunido, han venido a ti: tus hijos vendrán de lejos, y tus hijas surgirán de todas partes. Entonces verás y brillarás, y se admirará y se dilatará tu corazón, cuando se hubiere vuelto a ti la multitud del mar y hubiere acudido a ti la fortaleza de las gentes. Te cubrirá una inundación de camellos y dromedarios de Madián y Efa; vendrán todos los de Sabá, trayendo oro e incienso y tributando alabanzas al Señor.

GRADUAL

Vendrán todos los de Sabá, trayendo oro e incienso y tributando alabanzas al Señor. — ℣. Levántate, e ilumínate Jerusalén: porque la gloria del Señor ha nacido sobre ti.

ALELUYA

Aleluya aleluya. — ℣. Vimos su estrella en Oriente y venimos con dones a adorar al Señor. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Juan (I, 29-34.)

En aquel tiempo vió Juan a Jesús, que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo. Este es del que dije: En pos de mí viene un Varón que fué hecho antes que yo, pues existía antes de mí. Y yo no le conocía: mas, para que fuese manifestado a Israel, para eso vine yo bautizando con agua. Y Juan dió testimonio diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como una paloma, y reposó sobre él. Y yo no le conocía; pero, el que me envió a bautizar con agua, me dijo: Sobre el que vieres descender el Espíritu y reposar sobre El, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo le vi, y di testimonio de que ese es el Hijo de Dios.

¡Oh celestial Cordero! bajaste al río para purificarle; la divina Paloma vino desde el cielo a unir su dulzura a la tuya y luego saliste a la orilla. Mas ¡oh prodigio de tu misericordia! los lobos han bajado después de ti a las aguas santificadas y han salido transformados en corderos. Todos nosotros, manchados con el pecado, nos volvemos al salir de la fuente sagrada, tan blancos como las ovejas de tu divino Cántico, que *ascienden del baño fecundas todas y ni una sola estéril;* como *esas puras palomas que parecen bañadas en leche, y que han puesto su*

nido junto a las cristalinas fuentes. ¡Tal es la poderosa virtud purificadora dada por tu divino contacto a estas aguas! Conserva en nosotros, oh Jesús, esa blancura que de ti viene, y si la hemos perdido, devuélvenosla por el Bautismo de la Penitencia, único que puede restituírnos el candor de nuestra primera vestidura. ¡Ensancha aún más este río de amor, oh Emmanuel! Vayan sus olas a buscar, hasta el fondo de sus salvajes desiertos, a los que todavía no han gozado de su contacto; inunda la tierra como lo prometiste. Acuérdate de la gloria con la que fuiste manifestado en el Jordán; olvida los pecados que desde hace mucho tiempo impiden la predicación de tu Evangelio en esas regiones desoladas; el Padre de los cielos manda a todas las criaturas que te escuchen: ¡Habla, pues, a todos, oh Emmanuel!

OFERTORIO

Los reyes de Tarsis y las Islas ofrecerán dones: los reyes de Arabia y de Sabá llevarán presentes: y le adorarán todos los reyes de la tierra: todas las gentes le servirán.

En la Secreta, la Iglesia proclama aún la divina Manifestación, y suplica al Cordero, que nos ha procurado por su Sacrificio el poder ofrecer a Dios una Hostia pura, que acepte también esta Hostia, en su misericordiosa clemencia.

SECRETA

Ofrecémoste, Señor, estas hostias, por la aparición de tu Hijo, suplicándote humildemente que, así como es El, nuestro Señor Jesucristo el autor de nuestros dones, así sea también su misericordioso aceptador. El cual vive y reina contigo.

COMUNION

Vimos su estrella en Oriente, y venimos con dones a adorar al Señor.

Al dar gracias por el celestial manjar que acaba de recibir, la Santa Iglesia implora la protección contínua de esta Luz divina que *ha aparecido* sobre ella y que la hará capaz de contemplar la pureza del Cordero, y amarle como su dulzura lo merece.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, nos prevengas siempre y en todas partes con tu celeste luz: para que veamos con puros ojos y percibamos con digno afecto el Misterio del que has querido hacernos participantes. Por el Señor.

SEGUNDO DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

EL MILAGRO DE CANÁ

El tercer Misterio de Epifanía nos muestra la consumación de los planes de la misericordia divina sobre el mundo, y nos *manifiesta* por tercera vez la gloria del Emmanuel. La Estrella ha llevado al alma hasta la fe, el Agua santi-

ficada del Jordán la ha purificado, el Banquete nupcial la une a su Dios. Hemos cantado al Esposo cuando salía radiante al encuentro de la Esposa; hemos oído llamarla desde las cumbres del Líbano; después de haberla ilustrado y purificado, quiere embriagarla con el vino de su amor.

Han preparado un banquete, un banquete nupcial; a él asiste la Madre de Jesús, porque es conveniente que, después de haber cooperado al misterio de la Encarnación del Verbo, sea asociada a todas las obras de su Hijo, a todas las gracias que prodiga a sus elegidos. En medio del banquete, llega a faltar el vino: Hasta entonces la Gentilidad no había conocido el dulce vino de la Caridad; la Sinagoga sólo había producido racimos silvestres. Cristo es la *verdadera Viña*, como El mismo dice. Sólo El podía dar *el vino que alegra el corazón del hombre* (Salmo CIII) e invitarnos a beber de ese *cáliz embriagador* que David había cantado. (Salmo XXII.)

Dice María al Salvador: "No tienen vino." Corresponde a la Madre de Dios hacerle presente las necesidades de los hombres, de quienes es también madre. Respóndele Jesús con aparente sequedad: "¿Mujer, qué nos importa a ti a mi? Mi hora no ha llegado todavía." Iba a obrar en este gran Misterio, no como Hijo de María, sino como Hijo de Dios. Más tarde, en una hora que tendrá que llegar, aparecerá a los ojos de la

misma Madre, muriendo en la cruz, con aquella naturaleza humana recibida de ella. María comprendió inmediatamente la divina intención de su hijo y pronunció aquellas palabras que repite sin cesar a todos sus hijos: *"Haced lo que El os diga."*

Ahora bien, había allí seis grandes ánforas de piedra, que estaban vacías. El mundo efectivamente, había llegado a su sexta edad, según explica San Agustín y otros doctores que en esto le siguen. Durante esas seis edades la tierra había esperado al Salvador que debía enseñarla y salvarla. Jesús manda llenar de agua esas ánforas; mas, el agua no es a propósito para un banquete nupcial. Esta agua eran las profecías y figuras del mundo antiguo, y ningún mortal hasta el comienzo de la séptima edad en que Cristo que es la Viña debía comunicarse, había contraído alianza con el Verbo divino.

Pero cuando llega el Emmanuel, no hay ya mas que una palabra posible: *"Sacad ahora."* El vino de la nueva Alianza, *el vino* que *había sido guardado para el fin* llena ya todas las tinajas. Al tomar nuestra naturaleza humana, naturaleza débil como el agua, operó El una transformación; elevóla hasta sí mismo, haciéndonos *participantes de la naturaleza divina (II S. Pedro,* I, 4); nos hizo capaces de unirnos a él, de formar ese Cuerpo de que es Cabeza, esa Iglesia de quien es Esposo, y a la

que amó desde toda la eternidad con un amor tan ardiente, que bajó desde el cielo para desposarse con ella.

San Mateo, Evangelista del Hombre-Dios, recibió del Espíritu Santo la misión de anunciarnos el misterio de la fe por medio de la Estrella; San Lucas, Evangelista del Sacerdocio, fué elegido para enseñarnos el Misterio de la Purificación por el Agua; correspondía al Discípulo amado revelarnos el misterio de las Bodas divinas. Por eso, al sugerir a la Iglesia la idea de este tercer misterio, se sirve de la siguiente expresión: *Este fué el primero de los milagros de Jesús y con él manifestó su gloria.* En Belén, el Oro y el Incienso de los Magos declararon la divinidad y la realeza ocultas en el Niño; en el Jordán, la bajada del Espíritu Santo y la voz del Padre proclamaron hijo de Dios al artesano de Nazaret; en Caná, Jesús obra por sí mismo y obra como Dios: "Porque, como dice San Agustín, el que en las tinajas cambió el agua en vino, no podía ser otro que El que anualmente realiza el mismo prodigio en la viña." Además, desde este momento, según nota San Juan, "sus discípulos creyeron en El" y comenzó la formación del colegio apostólico.

MISA

El Introito celebra el gozo de este día que nos muestra a la humanidad unida como Esposa al

Hijo del Padre eterno. Imposible pensar que la tierra no se dedique en lo sucesivo a adorar y ensalzar ese sagrado Nombre, del cual se han hecho partícipes, en el banquete nupcial, todos los hijos de Adán.

INTROITO

Adórete, oh Dios, toda la tierra, y salmodie en tu honor: diga un salmo a tu nombre, ¡oh, Altísimo! *Salmo:* Tierra toda, canta jubilosa a Dios, di un salmo a su nombre: dale gloria y alabanza. — ℣. Gloria al Padre.

El Nombre de Hijo de Dios hecho nuestro por el derecho del contrato nupcial, es la paz, nos dirá el mismo Jesús en sus biaventuranzas, la paz de Dios que nos hemos apropiado con el auxilio de la gracia justificante. Por eso la paz aparece en la Colecta como el objetivo final del gobierno divino en el cielo y en la tierra, y también como el supremo deseo de la Iglesia.

ORACION

Omnipotente y eterno Dios, que gobiernas a un tiempo las cosas celestes y las terrenas: escucha clemente las súplicas de tu pueblo, y concede tu paz a nuestros tiempos. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a los Romanos. (XII, 6-16.)

Hermanos: Poseemos dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada: bien (el don) de profecía, conforme a la fe; bien el de ministerio, para ejercerlo en

el ministerio; el de enseñanza para el que enseña: el de exhortación para el que exhorta; el de simplicidad para el que distribuye; el de solicitud para el que preside; el de alegría para el que ejerce la misericordia. Sea vuestro amor sin disimulo; odiad el mal, apegáos al bien; amáos mutuamente con fraternal caridad; preveníos con mutuo honor; no seais perezosos en el cuidado; sed fervorosos de espíritu; servid al Señor; gozaos en la esperanza; sed sufridos en la tribulación; perseverad en la oración; asociaos a las necesidades de los santos; seguid la hospitalidad. Bendecid a los que os persigan; bendecid y no maldigáis. Alegráos con los que se alegren, llorad con los que lloren. Sentid todos lo mismo; no ambicioneis cosas altas, sino acomodáos a las humildes.

La paz que en el mundo de los santos es la característica de los hijos de Dios, es la que crea de igual modo la unidad de la Iglesia ya desde este mundo, pues sólo gracias a ella forma un solo cuerpo cuyos diversos miembros mantienen su multiplicidad bajo el influjo de la cabeza y de su jefe único, y cuyas funciones tan distintas, son todas ellas dirigidas, dentro de su variedad, por el amor de Cristo-Esposo. La Epístola que se nos acaba de leer no tiene más objeto que mostrarnos sometidas al imperio de la caridad, reina de las virtudes, muchas de las aplicaciones de esa paz esencial al cristianismo, especificar detalladamente sus formas y condiciones y adaptar su práctica a todos los estados sociales y a todas las circunstancias de la vida. Es tal para nuestra Santa Madre la Iglesia, la importancia

de estas consideraciones, que volverá a tomar este tema, dentro de ocho días, el Domingo tercero después de Epifanía, continuando el texto del Apóstol en el lugar en que hoy lo deja.

Ahora bien, antes de estas sagradas bodas, lejos de la vida divina y de la paz de Dios, que ellas traen al mundo, no había en él más que división y muerte.

Cantemos en el Gradual, el prodigio obrado, y ensalcemos al Señor con los Angeles que no cesan de admirarse.

GRADUAL

El Señor envió su Verbo y los sanó: y los libró de la muerte. — ℣. Alaben al Señor sus misericordias: y sus maravillas con los hijos de los hombres.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Alabad al Señor todos sus Angeles: alabadle todos sus ejércitos. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Juan. (II, 1-11.)

En aquel tiempo se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la Madre de Jesús estaba allí. Y fué llamado también Jesús y sus discípulos a las bodas. Y, faltando el vino, le dijo la Madre de Jesús: No tienen vino. Y le dijo Jesús: ¿Qué nos importa a ti y a mí, mujer? Aún no ha llegado mi hora. Dijo su Madre a los servidores: Haced cuanto El os diga. Y había allí seis tinajas de piedra, dispuestas para el lavado de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros. Díjoles Jesús: Llenad de agua las tinajas. Y las llenaron hasta el borde. Y díjoles Jesús: Sacad ahora y

llevad al maestresala. Y llevaron. Y, cuando el maestresala saboreó el agua hecha vino, que no sabía de dónde procedía (pero sí lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), llamó al esposo el maestresala, y le dijo: Todo hombre pone primero el vino bueno: y cuando se han saciado, entonces presenta el peor: mas, tú has guardado el buen vino hasta ahora. Este primer milagro hizo Jesús en Caná de Galilea: y manifestó su gloria, y creyeron en El sus discípulos.

¡Oh suerte admirable la nuestra! Dios se ha dignado, como dice el Apóstol *mostrar las riquezas de su gloria en vasos de misericordia (Rom.,* IX, 23.) Las tinajas de Caná, símbolos de nuestras almas, eran cosas inanimadas y de ningún modo merecían tal honor. Jesús manda a los criados que las llenen de agua; y el agua sirve para purificarlas; pero no cree haber concluído hasta que las ve *llenas hasta arriba* de aquel vino nuevo y celestial, que sólo en el reino de su Padre debía beberse. De modo semejante se nos comunica a nosotros la caridad divina, que reside en el Sacramento del amor; para no defraudar a su gloria, antes de desposarse con ellas, el divino Emmanuel eleva hasta sí nuestras almas. Dispongámonos, pues, para esta unión y según el consejo del Apóstol, hagámosnos semejantes a la Virgen pura que está destinada a un Esposo inmaculado. *(II, Cor.,* XI.)

Al Ofertorio, la Iglesia vuelve a entonar sus cánticos de alegría, dando libre curso a su santo gozo, e invitando a todas las almas fieles a ce-

lebrar con ella el misterio adorable de la unión íntima del hombre con Dios.

OFERTORIO

Tierra toda, canta jubilosa al Señor: cantad un salmo a su nombre: venid y escuchad todos los que teméis a Dios, y os contaré cuán grandes cosas ha hecho el Señor a mi alma, aleluya.

SECRETA

Santifica, Señor, estos dones ofrecidos: y purifícanos de las manchas de nuestros pecados. Por el Señor.

El milagro de la mutación del agua en vino que la Iglesia recuerda una vez más en la antífona de la Comunión, no era más que una lejana figura de la maravillosa trasformación que acaba de realizarse en el altar, un símbolo del divino Sacramento, manjar de nuestras almas, en el cual se opera de un modo inefable nuestra unión con Dios.

COMUNION

Dice el Señor: Llenad de agua las tinajas, y llevad al maestresala. Cuando el maestresala saboreó el agua hecha vino, dijo al esposo: Has guardado el buen vino hasta ahora. Este primer milagro hizo Jesús delante de sus discípulos.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, se acreciente en nosotros la obra de tu poder, para que, alimentados con los divinos Sacramentos, nos preparemos, con tu favor, a conseguir sus promesas. Por el Señor,

TERCER DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

La movilidad de la fiesta de Pascua ocasiona casi todos los años un cambio en el orden de los domingos que siguen. Septuagésima puede llegar a caer en enero, y a veces sucede que Quincuagésima se anticipa a la fiesta de la Purificación. Como consecuencia, el Oficio de los cuatro últimos domingos después de Epifanía puede ser trasladado a otro tiempo del ciclo litúrgico.

MISA

El Introito nos presenta a los Angeles del Señor adorándole, en el momento de su entrada en el mundo, como lo explica San Pablo en su Epístola a los Hebreos. La Iglesia celebra con David la alegría de Sión y el gozo de las hijas de Judá.

INTROITO

Adorad a Dios todos sus Angeles: lo oyó y se alegró Sión: y se gozaron las hijas de Judá. *Salmo:* El Señor reinó, regocíjese la tierra: alégrense todas las Islas. ℣. Gloria al Padre.

ORACION

Omnipotente y sempiterno Dios, mira propicio nuestra flaqueza: y extiende, para protegernos, la diestra de tu Majestad. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a los Romanos (XII, 16-21.)

Hermanos: No os tengáis vosotros mismos por sabios: no devolváis a nadie mal por mal; haced el bien, no sólo ante Dios, sino también ante los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, tened paz con todos los hombres; no os defendáis a vosotros mismos, carísimos, sino dad lugar a la ira. Porque escrito está: Mía es la venganza; yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. Porque obrando así, amontonarás sobre su cabeza carbones de fuego. No te dejes vencer por el mal, sino vence el mal con el bien.

La caridad para con el prójimo que nos recomienda el Apóstol, tiene su raíz en la fraternidad universal que el Salvador vino a traernos del cielo con su nacimiento. Vino a hacer paces entre el cielo y la tierra; deben, por tanto, los hombres vivir en paz unos con otros. Si nos recomienda el Señor, *no dejarnos vencer por el mal, sino vencer el mal con el bien* es porque El mismo lo practicó descendiendo hasta los *hijos de ira* para hacer *hijos de adopción,* por medio de sus humillaciones y sufrimientos.

En el Gradual, continúa la Santa Iglesia celebrando la venida del Emmanuel, invitando a todas las naciones y a todos los reyes de la tierra a acudir a celebrar su Nombre.

GRADUAL

Señor, las gentes temerán tu nombre, y todos los reyes de la tierra tu gloria. — ℣. Porque el Señor ha edificado a Sión: y será visto en su majestad.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. El Señor reinó, regocíjese la tierra: alégrense todas las Islas. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Mateo. (VIII, 1-13.)

En aquel tiempo, habiendo bajado Jesús del monte, le siguieron grandes multitudes: y he aquí que un leproso, acercándose, le adoró, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Y Jesús, extendiendo su mano, le tocó, diciendo: Quiero, sé limpio, Y al punto se limpió su lepra. Y le dijo Jesús: Mira, no se lo digas a nadie; antes, vete, muéstrate al sacerdote, y ofrece tu sacrificio, el que estableció Moisés, para testimonio ante ellos. Y, habiendo entrado en Cafarnaún se acercó a él un Centurión, rogándole y diciéndole: Señor, mi siervo yace en casa paralítico, y es muy atormentado. Y le dijo Jesús: Iré yo y le curaré. Y, respondiendo el centurión, dijo: Señor, yo no soy digno de que entres bajo mi techo: dílo sólo de palabra y sanará mi siervo. Porque también yo soy un hombre, constituído bajo potestad, que tengo soldados a mis órdenes. Y le digo a este: Vete, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. Al oírle Jesús, se admiró, y dijo a los que le seguían: En verdad os digo: No he hallado una fe tan grande en Israel. Y también os digo que vendrán muchos de Oriente y de Occidente, y se sentarán con Abrahán e Isaac y Jacob en el reino de los cielos: mas, los hijos del reino serán arrojados en las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir

de dientes. Y dijo Jesús al centurión: Vete; y, como has creído, te suceda. Y sanó su siervo en aquel instante.

El género humano padecía la lepra del pecado: el Hijo de Dios se ha dignado tocarle en el misterio de la Encarnación, devolviéndole la salud; pero, exige que el enfermo curado vaya a ver al sacerdote, y realice las ceremonias prescritas por la Ley, para demostrar que asocia al sacerdocio humano a la obra de nuestra redención. En la fe del Centurión aparece también la vocación de los Gentiles, cuyas primicias fueron los Magos. Un soldado romano y muchos millones semejantes a él, serán considerados como verdaderos hijos de Abrahán, de Isaac y de Jacob, mientras que hijos directos de estos Patriarcas serán arrojados fuera de la sala del banquete, a las tinieblas de la obcecación; su castigo será ejemplar para todos los pueblos.

En el Ofertorio, el hombre, salvado por la venida del Emmanuel canta el poder de Dios, que ha desplegado en nuestra redención la fortaleza de su brazo. El hombre estaba condenado a muerte eterna; pero, no morirá, pues tiene a un Dios por hermano; vivirá, a fin de poder publicar las maravillas del Dios que le ha salvado.

OFERTORIO

La diestra del Señor ejerció su poder: la diestra del Señor me ha exaltado: no moriré, antes viviré, y contaré las obras del Señor.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que esta Hostia purifique nuestros pecados y santifique los cuerpos y las almas de tus siervos, para poder celebrar este Sacrificio. Por el Señor.

Mientras se distribuye el Pan de vida, la Santa Iglesia nos recuerda la admiración que despertaron en los pueblos las palabras de Jesús. Los hijos de la Iglesia, iniciados en todos los misterios, saborean en estos momentos el efecto de esa inefable Palabra, por medio de la cual el Redentor cambió el pan en su cuerpo y el vino en su sangre.

COMUNION

Se admiraban todos de las palabras que salían de la boca de Dios.

POSCOMUNION

A los que nos haces, Señor, gozar de tan grandes Misterios, dígnate, te los suplicamos, adaptarnos realmente a sus efectos. Por el Señor.

CUARTO DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

MISA

INTROITO

Adorad a Dios, todos sus Angeles: lo oyó y se alegró Sión: y se gozaron las hijas de Judá. *Salmo:* El Señor reinó, regocíjese la tierra: alégrense todas las Islas. — ℣. Gloria al Padre.

ORACION

Oh Dios, que sabes que, a causa de la flaqueza humana, no podemos subsistir entre tantos peligros como nos rodean: danos la salud del alma y del cuerpo; para que, con tu ayuda, venzamos lo que padecemos por nuestros pecados. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo, a los Romanos. (XIII, 8-10.)

Hermanos: No debáis nada a nadie, sino es el amaros mutuamente; pues, el que ama al prójimo, cumple la Ley. Porque: No adulterarás, no matarás, no robarás, no levantarás falso testimonio, no codiciarás, y todo otro cualquier mandamiento se encierra en esta sola palabra: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor del prójimo no obra el mal. Por eso, la plenitud de la Ley es el amor.

No deja la Santa Iglesia de exhortar a los fieles, por boca del Apóstol a la práctica de la caridad mutua, en este tiempo en que el mismo Hijo de Dios ha dado tan manifiestas pruebas de su amor para con los hombres, tomando su propia naturaleza. El Emmanuel viene a nosotros como Legislador; ahora bien, toda su ley la ha resumido en el amor; ha venido a unir lo que el pecado había desunido. Sintamos como El, y cumplamos de corazón la ley que nos impone.

GRADUAL

Señor, las gentes temerán tu nombre, y todos los reyes de la tierra tu gloria. — ℣. Porque el Señor ha edificado a Sión: y será visto en su majestad.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. El Señor reinó, regocíjese la tierra: alégrense todas las Islas. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Mateo. (VIII, 23-27.)

En aquel tiempo, subiendo Jesús a la barca, le siguieron sus discípulos. Y he aquí que un gran movimiento se apoderó del mar; tanto, que la barquilla era cubierta por las olas. El, sin embargo, dormía. Y se acercaron a El sus discípulos, y le despertaron, diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos. Y les dijo Jesús: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Levantándose entonces, imperó a los vientos y al mar, y se hizo una gran tranquilidad. Y los hombres se admiraron diciendo: ¿Quién es este que hasta los vientos y el mar le obedecen?

Adoremos el poder del Emmanuel que ha venido a calmar la tempestad en la que iba a perecer el género humano. Todas las generaciones habían clamado a él en su angustia, gritando: *¡Sálvanos, Señor; que perecemos!* Cuando *llegó la plenitud de los tiempos,* salió El de su quietud, y no tuvo más que mandar, para aniquilar la fuerza de nuestros enemigos. La malicia de los demonios, las tinieblas de la idolatría, la corrupción pagana, todo cedió ante su presencia. Unos tras otros se fueron convirtiendo a El todos los pueblos: desde el fondo de su ceguera y de sus miserias, dijeron: ¿Quién es ese ante quien ninguna fuerza resiste? Y abrazaron su ley. Con

frecuencia aparece en los Anales de la Iglesia, esa fortaleza del Emmanuel que hace desaparecer los obstáculos, aun en momentos en que los hombres se alarman por su aparente tranquilidad. ¡Cuántas voces escogió, para salvarlo todo, el momento en que los hombres lo creían todo perdido! Lo mismo ocurre en la vida del cristiano. A veces no perturban las tentaciones, se diría que quieren anegarnos las olas y a pesar de todo, nuestra voluntad permanece unida fuertemente a Dios. Es que Jesús duerme en el fondo de nuestra barquilla, y nos protege con su sueño. Cuando le despiertan nuestras súplicas, es ya para proclamar su triunfo y el nuestro, porque para entonces ha vencido y nosotros con El.

OFERTORIO

La diestra del Señor ejerció su poder: la diestra del Señor me ha exaltado: no moriré, antes viviré, y contaré las obras del Señor.

SECRETA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que el don ofrecido de este Sacrificio, purifique siempre y defienda de todo mal a nuestra fragilidad. Por el Señor.

COMUNION

Se admiraban todos de las palabras que salían de la boca de Dios.

POSCOMUNION

Haz, Señor, que tus dones nos liberten de los deleites terrenos, y nos restauren siempre con alimentos celestiales. Por el Señor.

QUINTO DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

MISA

INTROITO

Adorad a Dios todos sus Angeles: lo oyó, y se alegró Sión: y se gozaron las hijas de Judá. *Salmo:* El Señor reinó, regocíjese la tierra: alégrense todas las Islas. — ℣. Gloria al Padre.

ORACION

Suplicámoste, Señor, custodies, a tu familia con tu contínua piedad: para que, pues que sólo se apoya en la esperanza de la gracia celestial, sea siempre defendida con tu protección. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a los Colosenses. (III, 12-17.)

Hermanos: Revestíos, como elegidos de Dios, como santos y amados (suyos), de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia y de paciencia, soportándoos mutuamente, y perdonándoos los unos a los otros, si alguien tuviere queja contra otro. Como el Señor os perdonó a vosotros, así debéis hacer vosotros. Mas, sobre todas estas cosas, tened caridad, porque ella es el vínculo de la perfección. Y la paz de Cristo salte gozosa en vuestros corazones, pues por ella habéis sido llamados a formar un solo Cuerpo. Y sed agradecidos. La palabra de Cristo habite copiosa en vosotros con toda sabiduría, enseñándoos y exhortándoos los unos a los otros con salmos, e himnos, y cánticos espirituales, cantando con gracia a Dios en vuestros corazones. Todo cuanto hagáis, de palabra o de

obra, hacedlo en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, dando gracias a Dios y al Padre por Nuestro Señor Jesucristo.

Educado en la escuela del Hombre-Dios, que se ha dignado morar en nuestra tierra, el cristiano debe ejercitar la misericordia para con sus hermanos. El mundo, purificado por la presencia del Verbo Humanado, será para nosotros un asilo de paz, si es que sabemos merecer los títulos que nos da el Apóstol de *elegidos de Dios, santos y amados suyos*. Esta paz debe llenar el corazón del cristiano y hacerle vivir en continua alegría, deseosa de manifestarse en el canto de las alabanzas divinas. Es sobre todo el Domingo, cuando los fieles realizan este deber tan grato a su corazón, uniéndose a la Santa Iglesia con sus *salmos y cánticos*. Acordémonos también, en la práctica ordinaria de la vida, del consejo que nos da el Apóstol al final de esta Epístola, y pensemos en hacer todos nuestros actos en nombre de Jesucristo, con el fin de ser agradables en todo a nuestro Padre celestial.

GRADUAL

Señor, todas las naciones temerán tu nombre, y todos los reyes de la tierra tu gloria. — ℣. Porque el Señor ha edificado a Sión: y será visto en su majestad.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. El Señor reinó, regocíjese la tierra: alégrense todas las Islas. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Mateo. (XIII, 24-30.)

En aquel tiempo dijo Jesús a las turbas esta parábola: El reino de los cielos es comparable a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Mas, cuando dormían sus hombres, vino su enemigo y sembró cizaña encima, en medio del trigo y se fué. Y, cuando creció la semilla y produjo fruto, apareció también la cizaña. Acercándose entonces los siervos al padre de familias, le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo, pues, tiene cizaña? Y les dijo: El enemigo hizo eso. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres que vayamos y la recojamos? Y les dijo: No, no sea que, al recoger la cizaña, arranquéis también el trigo. Dejad que crezcan ambas simientes hasta el tiempo de la siega, y entonces diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos, para quemarla: el trigo, en cambio, congregadlo en mi granero.

El reino de los cielos de que habla aquí el Salvador es su Iglesia militante, la sociedad de los que creen en El. Con todo eso, el campo que con tanto esmero ha cultivado, está plagado de cizaña; las herejías se han infiltrado en él; multiplícanse los escándalos: ¿es esto motivo para dudar de la providencia de quien todo lo conoce, y sin cuyo consentimiento no sucede nada? Lejos de nosotros el creerlo, El mismo Maestro nos previene que debe ocurrir así. El hombre ha recibido libertad para el bien y para el mal; a él le corresponde, pues, usar de ella, y a Dios el dirigir todo a su mayor gloria. Por tanto, aun-

que crezca la herejía como planta maldita, sabemos que llegará el día en que sea arrancada; en más de una ocasión la veremos también secarse en su mismo tallo, sin esperar al día en que ha de ser arrancada y arrojada al fuego. ¿Dónde están hoy las herejías que asolaron a la Iglesia en sus primeros tiempos? Lo mismo sucederá con los escándalos que se dan en el seno de la Iglesia. La cizaña es una plaga; pero nos conviene ser probados. No quiere el Padre de familias que se arranque esa hierba parásita, por miedo a dañar al trigo verdadero. ¿Por qué? porque la mezcla de buenos y malos es una prueba útil para los primeros, pues les enseña a no confiar en el hombre sino a elevarse más arriba. ¿Por qué también? porque es tan grande la misericordia del Señor, que a veces, con su gracia, lo que era cizaña se puede convertir en trigo. Tengamos, pues, paciencia; pero ya que sabemos que el enemigo sólo siembra la cizaña mientras duermen los guardianes del campo, roguemos por los pastores, pidiendo para ellos a su divino Jefe, la vigilancia que es la primera garantía de la salud del rebaño, y su cualidad más importante, significada en el nombre que la Iglesia les ha impuesto.

OFERTORIO

La diestra del Señor ejerció su poder: la diestra del Señor me ha exaltado; no moriré, antes viviré, y contaré las obras del Señor.

SECRETA

Ofrecémoste, Señor, estas hostias de placación, para que perdones compasivo nuestras culpas y dirijas nuestros vacilantes corazones. Por el Señor.

COMUNION

Se admiraban todos de las palabras que salían de la boca de Dios.

POSCOMUNION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que percibamos el objeto de aquella salud, cuya garantía acabamos de recibir en estos Misterios. Por el Señor.

SEXTO DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

MISA

INTROITO

Adorad a Dios, todos sus Angeles: lo oyó y se alegró Sión: y se gozaron las hijas de Judá. *Salmo:* El Señor reinó, regocíjese la tierra: alégrense todas las Islas. — ℣. Gloria al Padre.

ORACION

Suplicamoste, oh Dios omnipotente, hagas que, meditando siempre lo que es razonable, practiquemos con palabras y obras lo que a ti agrada. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a los Tesalonicenses. (I, I, 2-10.)

Hermanos: Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo sin cesar memoria de vosotros en nuestras oraciones, acordándonos delante de Dios y de nuestro Padre de la obra de vuestra fe, y del trabajo, y de la caridad, y de la firmeza de vuestra esperanza en Nuestro Señor Jesucristo, sabiendo, hermanos, queridos de Dios, vuestra elección: porque nuestro Evangelio no os fué predicado sólo con palabras, sino también con poder y con el Espíritu Santo, y con plena convicción. Vosotros sabéis, en efecto, lo que fuimos entre vosotros, por amor vuestro. Y vosotros os hicísteis imitadores nuestros, y del Señor, recibiendo la palabra, en medio de muchas tribulaciones, con la alegría del Espíritu Santo: de tal modo, que os habéis convertido en modelo para todos los fieles de Macedonia y de Acaya. Porque no sólo ha sido divulgada por vosotros la palabra del Señor en Macedonia y en Acaya, sino que también vuestra fe en Dios se ha hecho conocer en todo lugar, de suerte que no tenemos necesidad de hablaros de esto, pues ellos mismos nos refieren la acogida que tuvimos entre vosotros, y cómo os habéis convertido de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y para esperar la vuelta, desde los cielos, de su Hijo Jesús (a quien El resucitó de entre los muertos), el cual nos libró de la ira venidera.

El elogio que aquí hace San Pablo de la fidelidad de los cristianos de Tesalónica en guardar la fe que habían abrazado, elogio que la Iglesia nos pone hoy ante la vista, parecería más bien un reproche para los cristianos de hoy día. Entregados hasta entonces al culto de los ídolos, habían comenzado con todo fervor la carrera del cristianismo, hasta el punto de merecer la admiración del Apóstol. Numerosas generaciones

cristianas nos han precedido a nosotros; hemos sido regenerados desde el momento de nuestra entrada en el mundo; hemos mamado, por decirlo así, con la leche, la doctrina de Jesucristo: y con todo eso, nuestra fe está lejos de ser tan ardiente, y nuestras costumbres tan puras como las de aquellos primeros fieles. Su única ocupación era servir al Dios vivo y verdadero, y esperar el advenimiento de Jesucristo; nuestra esperanza es idéntica a la que hacía palpitar sus corazones; ¿por qué no imitamos la fe generosa de nuestros antepasados? Nos cautiva el hechizo de lo presente. ¿Es que queremos desconocer lc inestable de este mundo transitorio, y no tememos transmitir a las generaciones venideras, un cristianismo menguado e infecundo, completamente distinto del que fundó Jesucristo, del que predicaron los Apóstoles, del que abrazaron los paganos de los siglos primeros al precio de toda clase de sacrificios?

GRADUAL

Señor, las gentes temerán tu nombre, y todos los reyes de la tierra tu gloria. — ℣. Porque el Señor ha edificado a Sión: y será visto en su majestad.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. El Señor reinó, regocíjese la tierra: alégrense todas las Islas. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Mateo. (XIII, 31-35.)

En aquel tiempo dijo Jesús a las turbas esta parábola: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza que toma un hombre y lo siembra en su campo. El cual grano es ciertamente la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es mayor que todas las legumbres, y se hace árbol, de modo que los pájaros del cielo vienen y anidan en sus ramas. Les dijo esta otra parábola: El reino de los cielos es semejante al fermento que toma una mujer y lo esconde en tres celemines de harina, hasta que la hace fermentar toda. Todo esto se lo dijo Jesús a las turbas en parábolas: y no les hablaba sin parábolas: para que se cumpliera lo dicho por el Profeta: *Abriré mi boca en parábolas, diré cosas ocultas desde la creación del mundo.*

Nos da aquí Nuestro Señor dos símbolos bien expresivos de su Iglesia, que es su Reino, y que comienza en la tierra y termina en el cielo. ¿Cuál es ese grano de mostaza, oculto en la oscuridad del surco, invisible a todas las miradas, que aparece luego como un germen a penas perceptible, y va creciendo hasta hacerse un árbol, cuál es sino la Palabra divina, obscuramente sembrada en la tierra de Judea, sofocada durante un tiempo por la malicia de los hombres hasta ser enterrada en un sepulcro, surgiendo luego victoriosa hasta extenderse por el mundo entero? No había transcurrido aún un siglo desde la muerte del Salvador, y ya su Iglesia contaba con miembros fieles, más allá de las fronteras del

Imperio romano. Desde entonces se ensayaron todos los métodos para desarraigar aquel árbol gigantesco: la violencia, la política, la falsa ciencia perdieron el tiempo en ello. Lo único que lograron fué desgajar algunas ramas; pero la sabia vigorosa del árbol las reemplazó al momento. Las aves del cielo que vienen a buscar cobijo y sombra en sus ramas, son, según interpretan los Padres, las almas que, ansiosas de lo eterno, aspiran a un mundo mejor. Si somos dignos del nombre de cristianos, no podremos menos de amar ese árbol, y sólo bajo su sombra protectora hallaremos seguridad y reposo.

La mujer de que se trata en la segunda parábola, es nuestra Madre la Iglesia. Fué ella, la que ocultó al principio del cristianismo, la divina enseñanza en la masa de la humanidad, como levadura secreta y saludable.

Las tres medidas de harina que empleó para hacer un pan agradable, son las tres grandes familias de la especie humana, salidas de los tres hijos de Noé, de quien descienden todos los habitantes de la tierra. Amemos a esa Madre, y bendigamos la celestial levadura, a la que debemos el ser hijos de Dios por serlo de la Iglesia.

OFERTORIO

La diestra del Señor ejerció su poder: la diestra del Señor me ha exaltado: no moriré, antes viviré, y contaré las obras del Señor.

SECRETA

Suplicámoste, oh Dios, hagas que esta oblación nos purifique y renueve, nos gobierne y proteja. Por el Señor.

COMUNION

Se admiraban todos de las palabras que salían de la boca de Dios.

POSCOMUNION

Apacentados, Señor, con estas celestiales delicias, suplicámoste hagas que apetezcamos siempre aquellas cosas que nos dan la verdadera vida. Por el Señor.

PROPIO DE LOS SANTOS

Damos en esta obra el título de *Propio de Santos* a la parte que contiene las fiestas de los mismos, y en general a todo lo que, dentro del tiempo de Adviento o Navidad, cae en día fijo, como las Antífonas O, etc. Esta división de *Propio de Tiempo* y *Propio de Santos,* la ha adoptado la Iglesia en el Breviario y en el Misal, y es ya familiar a cuantos frecuentan los Oficios divinos.

En el *Propio de Tiempo,* nuestros lectores han podido observar el celo con que la Santa Iglesia se ocupa de la preparación y celebración de la gran fiesta de La Natividad del Salvador; en el *Propio de Santos,* verán cómo la misma Iglesia emplea todos los recursos de su devoción para honrar a los Amigos de Dios de que hace memoria en este tiempo. El protestantismo afirma, que el culto de los Santos usurpa, en la Liturgia católica un lugar que sólo Dios debía ocupar; pero

padece un lamentable error; en primer lugar, porque no se dan cuenta que el honor rendido a Dios en sus Santos, cede en último término en gloria de Aquel de quien reciben la santidad; en segundo lugar, porque no considera que, además del culto que la Iglesia católica tributa a los Santos, tributa ella, en el curso de una sola semana, más actos de religión a la soberana e incomunicable majestad de Dios, que el Protestantismo en un año entero.

Estimemos, pues, como hijos de la Iglesia, el culto de los Santos, y comprendamos que si Dios reclama nuestros homenajes, quiere también que le honremos en la persona de aquellos a quienes ha coronado. Ahora bien, el primer homenaje que podemos tributar a Dios en sus Santos, es trabajar por conocerlos; uno de los grandes males de nuestro tiempo es que no conocemos bastante a los Santos. El racionalismo protestante, disfrazado con el nombre de *Crítica* combatió acerbamente la fe de los fieles a este respecto a partir del siglo XVI; de manera que un católico sincero se ve a veces sorprendido y admirado, de la ignorancia y de los prejuicios que sobre este particular reinan entre personas por otra parte celosas de los intereses de la fe. Con todo, viendo el favor dispensado a numerosas monografías de Santos recientemente publicadas, podríamos creer que estos prejuicios están próximos a desaparecer, y que ha llegado el mo-

mento en que va a renacer entre nosotros la Hagiografía y, por lo mismo, la antigua devoción a los Santos.

Con el fin de contribuir a este movimiento renovador, hemos resuelto marchar, en esta obra, sobre las huellas de la Santa Iglesia, dando una gran amplitud a todo lo que se refiere al culto de los Santos. Primeramente, tratábase de darlos a conocer. Nada mejor para ello, que adoptar el método de la Iglesia; porque también ella se preocupa por hacer conocer a sus hijos los héroes que Dios la ha dado, y que constituyen, con la incomparable Madre de Dios y los Espíritus bienaventurados, el objeto de su esperanza, después de Jesucristo, Salvador, Rey y Jefe de todos los Santos. Es preciso saber, pues, que la Iglesia posee un registro oficial, de los hechos, máximas y virtudes de los Santos que la han ilustrado; en él ha consignado, siglo por siglo, los prodigios que Dios ha obrado en ellos y por medio de ellos, y la ayuda que de su protección ha recibido. Es conocido este admirable conjunto con el nombre de *Leyendas del Breviario;* de ellas daremos siempre un resumen por lo menos.

Después de haber aprendido de la Iglesia a conocer a los Santos, aprenderemos también de ella la manera de honrarlos.

Para unir en un armonioso conjunto todas estas diferentes partes, conservaremos el método seguido en el *Propio de Tiempo.* Haremos siem-

pre un breve y oportuno comentario, dando cuenta de las diversas miras de la Iglesia tanto en las oraciones como en las prácticas que hayamos de referir.

Dejaremos a un lado todo lo que sea del dominio puramente científico y arqueológico, porque estos detalles convienen más a una obra especial.

Para sacar verdadero fruto de la devoción a los Santos, en las distintas épocas del año, es necesario no separar su culto del que se tributa, según el curso del Año Litúrgico, a los Misterios de nuestra Redención, que son la base del *Propio de Tiempo*. Y esto no será difícil de practicar, porque si miramos con los ojos de la fe el Calendario Católico, observaremos fácilmente la íntima relación que liga a las fiestas de los Santos con los diversos períodos espirituales, en los cuales se hallan, por decirlo así, encuadrados. Las fiestas de los Santos se celebran ordinariamente el día de su muerte, o sea, el día de su entrada en la gloria. Ahora bien, parece que este día ha sido escogido de suerte que pueda armonizarse bien en el conjunto sobrenatural, habiéndola hecho así la divina Sabiduría que nos ha revelado que *ni un solo cabello cae de nuestras cabezas sin permisión divina. (S. Lucas,* XXI, 18.)

Trataremos, pues, de buscar en todo el *Año Litúrgico* las relaciones que existen entre los

Santos, cuyas fiestas nos presenta la Iglesia, y el tiempo en el que honra su memoria.

Como en el Adviento, el Oficio no nos ofrece fiestas de Santos para todos los días, nos ha parecido oportuno llenar esos vacíos, poniendo cada día, a partir del 1.° de diciembre hasta la Vigilia de Navidad, algunas consideraciones sobre los hechos que preceden al Misterio divino del Nacimiento de Jesucristo, con el fin de ayudar a la piedad de los fieles, por medio de la meditación siempre tan útil de la historia sagrada, y piadosas consideraciones relacionadas con ella.

30 DE NOVIEMBRE

SAN ANDRES, APOSTOL

Colocamos a San Andrés al principio del *Propio de Santos* de Adviento, porque, aunque su fiesta cae con frecuencia antes del comienzo del mismo; a veces ocurre que, al celebrar la Iglesia la memoria de este gran Apóstol, ya ha comenzado este santo tiempo. Está, pues, destinada esta fiesta a cerrar anualmente con toda solemnidad el ciclo litúrgico que se extingue, o bien a brillar a la cabeza del nuevo que comienza. En efecto, convenía que el Año cristiano comenzase y terminase por la Cruz; ella nos merece el nuevo año que la misericordia divina tiene a bien

otorgarnos; y ella aparecerá el último día sobre las nubes del cielo, como un sello puesto al tiempo.

Decimos esto, porque deben saber todos los fieles que San Andrés es el Apóstol de la Cruz. A Pedro dió Jesucristo la firmeza en la Fe; a Juan, la ternura del Amor; Andrés es el encargado de representar la Cruz del divino Maestro. Pues bien, la Iglesia se hace digna de su Esposo, con ayuda de estas tres cosas, Fe, Amor y Cruz: todo en ella respira este triple carácter. Es la razón de que San Andrés, después de los dos Apóstoles que acabamos de nombrar, sea objeto de una especial veneración en la Liturgia.

Pero, examinemos la vida de este heroico pescador del lago de Genesaret, destinado a ser más tarde sucesor del mismo Cristo, y compañero de Pedro en el madero de la Cruz. La Iglesia la ha tomado de las antiguas Actas del Martirio del santo Apóstol[1].

VIDA.— Andrés, Apóstol, natural de Betsaida, villa de Galilea, era hermano de Pedro, y discípulo de San Juan. Habiendo oído a éste decir de Cristo: ¡He

---

[1] La mayoría de los historiadores modernos consideran apócrifa la célebre carta de los sacedotes y diáconos de Acaya, que refiere el martirio de San Andrés, y de la cual toma sus más bellos pasos el Oficio del 30 de Noviembre. Mas todos admiten, que es un documento de la más alta antigüedad.

Los Protestantes la han rechazado principalmente porque en ella se encuentra una explícita profesión de fe en la realidad del Sacrificio de la Misa y del sacramento de la Eucaristía.

ahí el Cordero de Dios!, siguió a Jesús y le llevó a su hermano. Más tarde, cuando pescaba con su hermano en el mar de Galilea, fueron llamados los dos, antes que los demás Apóstoles, por el Señor, el cual al pasar a su lado les dijo: Seguidme: yo os haré pescadores de hombres. Y ellos, dejando inmediatamente sus redes, le siguieron.

Después de la Pasión y de la Resurrección, Andrés predicó la fe de Cristo en la provincia que le había caído en suerte, la Escitia de Europa: luego recorrió el Epiro y Tracia, y con su predicación y milagros convirtió a una inmensa muchedumbre. En Patras, ciudad de Acaya, hizo abrazar la fe del Evangelio a mucha gente y no temió reprender con valentía al procónsul Egeas, que resistía a la predicación evangélica, echándole en cara que pretendía ser juez de los hombres, mientras los demonios se burlaban de él, hasta el extremo de hacerle despreciar a Cristo Dios, Juez de todos los hombres.

Irritado Egeas le dijo: Cesa de alabar a ese tu Cristo, que no supo librarse de ser crucificado por los Judíos. Mas, como Andrés continuase predicando valientemente que, Jesucristo se había ofrecido espontáneamente a la Cruz por la salvación del género humano, Egeas le interrumpe con un impío discurso, advirtiéndole que mire por su vida, sacrificando a los dioses. Andrés le contesta: Existe para mí un Dios omnipotente, al cual sacrifico todos los días, no carne de toros, ni sangre de machos cabríos, sino el Cordero inmaculado, sobre el altar verdadero; y todo el pueblo participa de su carne, y el Cordero sacrificado queda entero y lleno de vida. Entonces Egeas, rojo de ira, le hace arrojar a la prisión. Fácilmente le hubiera sacado de allí el pueblo, si él no hubiera apaciguado a las turbas, suplicándolas ardientemente que no le estorbasen conseguir la corona del martirio.

Habiendo sido conducido poco después ante el tribunal y ensalzando todavía el misterio de la Cruz y reprendiendo al Procónsul su impiedad. Egeas, exacerbado, mandó que se le crucificase, para que imitara la muerte de Cristo. Fué entonces, cuando al llegar al lugar de su martirio, y al ver la cruz, exclamó desde lejos: ¡Oh buena Cruz!, que has derivado tu gloria de los miembros del Salvador. Cruz durante mucho tiempo deseada, ardientemente amada, buscada sin descanso, y preparada por fin a mis ardientes deseos, apártame de los hombres y devuélveme a mi Señor, para que por ti me reciba el que por ti me redimió. Fué, pués, atado a la cruz, en la que permaneció dos días, sin cesar de predicar la fe de Jesucristo, pasando luego a unirse con Aquel a quien había deseado imitar en la muerte. Los sacerdotes y diáconos de Acaya, que escribieron su Pasión, dan testimonio de que vieron y oyeron todas estas cosas tal como las cuentan. Sus restos fueron transportados primeramente a Constantinopla en tiempo del emperador Constancio y luego a Amalfi. Su cabeza, llevada a Roma en el pontificado de Pío II, fué colocada en la Basílica de San Pedro.

Dirijámonos ahora en unión con la Iglesia a este santo Apóstol, cuyo nombre y memoria son la gloria de este día; honrémosle, y pidámosle la ayuda que necesitamos.

Eres tú ¡oh bienaventurado Andrés! el primero que encontramos en este místico camino del Adviento por el que vamos buscando a nuestro divino Salvador Jesucristo; damos gracias a Dios por habernos proporcionado este encuentro. Para cuando nuestro Mesías, Jesús, se reveló al mundo, habías tú ya oído con docilidad al

santo Precursor que anunciaba su próxima venida, siendo tú uno de los primeros en reconocer en el hijo de María, al Mesías prometido por la Ley y los Profetas. Mas, no supiste quedar confidente único de tan maravilloso secreto, e inmediatamente participaste la Buena Nueva a tu hermano Pedro, y le llevaste a Jesús.

¡Oh santo Apóstol! también nosotros suspiramos por el Mesías, Salvador de nuestras almas; dígnate conducirnos a él, pues tú le has hallado. Bajo tu amparo nos colocamos, en este santo tiempo de espera y preparación, que nos queda por recorrer, hasta el día en que aparezca ese tan ansiado Salvador en el misterio de su maravilloso Nacimiento. El bautismo de penitencia te preparó a ti para recibir la insigne gracia de llegar a conocer al Verbo de vida; alcanza para nosotros el don de una verdadera penitencia y pureza de corazón, durante este santo tiempo, para que podamos contemplar con nuestros ojos a Aquel que dijo: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.*

¡Oh glorioso Andrés! eres poderoso para llevar las almas a Jesús, pues por ti fué presentado al Mesías, aquel a quien el Señor iba a confiar el cuidado de todo su rebaño. No hay duda que, al llamarte a sí el Señor en este día, quiso asegurar tu intercesión a los cristianos que buscan de nuevo todos los años, a Aquel en el que tu vives ya para siempre; a los fieles que acu-

den a preguntarte por el camino que a él conduce.

Tú nos enseñas ese camino, que no es otro que el de la fidelidad, el de la fidelidad hasta la Cruz. Por él marchaste tú valerosamente; y como la Cruz conduce a Jesucristo, amaste la Cruz con verdadera pasión. Ruega ¡oh santo Apóstol! para que comprendamos ese amor, y para que después de haberlo comprendido lo pongamos por obra. Tu hermano nos dice en su Epístola: *Puesto que Cristo sufrió en su carne armáos, hermanos míos, con ese pensamiento. (I S. Pedro,* IV, 1.) En el día de hoy nos ofreces oh bienaventurado Andrés, el comentario vivo de esa máxima. Por haber sido crucificado tu Maestro, tú también quisiste serlo. Ruega, pues, desde lo alto del trono a que has sido elevado por la Cruz, ruega para que ella sea para nosotros expiación de los pecados que nos cubren, extinción de las llamas mundanas que nos sofocan, y finalmente, el medio de unirnos por amor, a Aquel que sólo por amor se clavó en ella.

Pero, por muy importantes y preciosas que sean para nosotros las lecciones de la Cruz, acuérdate oh gran Apóstol que la cruz es la consumación, no el principio. Antes debemos conocer y amar al Dios niño, al Dios del pesebre; es al Cordero de Dios, señalado por San Juan, es a ese Cordero a quien deseamos contemplar. Estamos en el tiempo de Adviento, no en el de la

acerba Pasión del Redentor. Fortifica, pues, nuestro corazón para el día de la lucha; pero, ahora despiértalo a la compunción y a la ternura. Bajo tu amparo colocamos la gran obra de nuestra preparación a la venida de Cristo a nuestros corazones.

Acuérdate también, bienaventurado Andrés, de la Santa Iglesia de la que fuiste una de sus columnas, y que regaste con tu sangre; eleva, en su favor, tus poderosos brazos ante Aquel por quien ella pelea sin descanso. Pide para que se le alivie la Cruz que lleva consigo a través de este mundo, ruega también para que la ame, y sepa sacar de ella su fortaleza y su verdadero honor.

Acuérdate, sobre todo de la Santa Iglesia Romana, Madre y Señora de todas las demás, obtén para ella la victoria y la paz por medio de la Cruz, en pago del tierno amor que te demuestra. Visita de nuevo como Apóstol a la Iglesia de Constantinopla, que ha perdido con la unidad la luz verdadera, por no haber querido someterse a Pedro, tu hermano, a quien tú reconociste como Jefe por amor de vuestro común Maestro. Finalmente, ruega por el reino de Escocia que desde hace cuatro siglos ha olvidado tu dulce tutela; haz que se abrevien los días del error, y que esa mitad de la Isla de los Santos, vuelva cuanto antes, con la otra, a someterse al cayado del único Pastor.

1 DE DICIEMBRE

La Iglesia Romana no celebra hoy la fiesta de ningún Santo en particular; reza simplemente el Oficio de Feria, a no ser que caiga hoy precisamente el primer Domingo de Adviento. En este caso, habrá que acudir al *Propio del Tiempo,* donde se halla por extenso el Oficio de este Domingo.

Pero, si el primero de Diciembre es una simple Feria de Adviento, se podrán comenzar a considerar desde este día, en espíritu de fe, los preludios de la misericordiosa venida del Salvador de los hombres.

Miles de años de espera precedieron a esta venida; los hallamos representados en las cuatro semanas que tenemos que recorrer hasta llegar a la Natividad gloriosa de nuestro Salvador. Consideremos la religiosa impaciencia en que vivieron todos los Santos del Antiguo Testamento, que de generación en generación se trasmitieron una esperanza cuya divina realidad sólo de lejos vislumbraban. Repasemos mentalmente esa larga serie de testigos de la promesa: Adán y los primeros Patriarcas anteriores al diluvio; Noé, Abrahán, Isaac, Jacob y los doce Patriarcas del pueblo hebreo: Moisés, Samuel, David y Salomón; luego los Profetas y los Macabeos; y llegamos a Juan Bautista y a sus discípulos. Son los santos

antepasados de que nos habla el libro del Eclesiástico: *Alabemos a nuestros padres, esos hombres llenos de gloria, de los cuales descendemos. (Ecl., XLIV., I)*; y de los que el Apóstol dice a los Hebreos: *Esos son aquellos cuya fe fué probada, y que no alcanzaron el objeto de las promesas, por haber reservado Dios para nosotros su excelente don, y no haber querido que llegasen sin nosotros al objeto de sus deseos. (Hebr.,* XI, 39, 40.)

Celebremos su fe, glorifiquémoslos como a nuestros verdaderos Padres en la fe, por la que merecieron ellos, que el Señor que los probó, se acordase por fin de sus promesas; honrémoslos también como antepasados del Mesías según la carne. Oigamos el último clamor suyo en el lecho de la muerte, aquella solemne llamada que hacían al Unico que podía destruir la muerte: *¡Oh Señor, esperaré tu salvación! Salutare tuum exspectabo Domine.* Jacob, en su última hora, suspende durante un momento sus proféticas bendiciones sobre sus hijos, para dirigir a Dios esa misma exclamación. *(Gen.,* XLIX, 18.)

Todos estos santos varones, al salir de su vida, iban a esperar, lejos de la Luz eterna, a Aquel que debía aparecer en el tiempo y abrir las puertas del cielo. Contemplémoslos en ese lugar de espera, y demos gloria y gracias a Dios, que nos ha traído a su admirable luz, sin hacernos pasar por esas tinieblas; pero, pidamos ardiente-

mente la venida del Libertador, que abrirá para siempre con su cruz las puertas de la prisión, iluminándola con los rayos de su gloria; y, ya que durante este santo tiempo, la Iglesia pone en nuestros labios con tanta frecuencia expresiones de estos Padres del pueblo cristiano para llamar al Mesías, dirijámonos también a ellos para que nos ayuden con su intercesión, en la gran obra de preparar nuestros corazones al recibimiento de Aquel que ha de venir.

2 DE DICIEMBRE

SANTA BIBIANA, VIRGEN Y MARTIR

Celebra la Iglesia, en el Adviento, la memoria de cinco ilustres Vírgenes, entre otras. La primera, que celebramos hoy, es Santa Bibiana, virgen romana; la segunda, Santa Bárbara, gloria de las Iglesias de Oriente; la tercera, Santa Eulalia de Mérida, una de las principales perlas de la Iglesia española; la cuarta, Santa Lucía, corresponde a Sicilia; finalmente, la quinta, Santa Otilia, de la que se honra Francia. Estas cinco *Vírgenes prudentes* atizaron su lámpara, y estuvieron en vela aguardando la llegada del Esposo; y fué tan grande su constancia y fidelidad, que cuatro de ellas derramaron su sangre por el amor de Aquel a quien esperaban. Afiancémonos en la fe con ayuda de tan grandes ejemplos; y,

puesto que, como dice el Apóstol, *no hemos resistido todavía hasta derramar la sangre,* no nos lamentemos de nuestras fatigas y trabajos en estas vigilias del Señor, después de las cuales esperamos verle: ilustrémonos hoy con los gloriosos ejemplos de la casta y valerosa Santa Bibiana.

VIDA. — Su nombre no figura en el martirologio jeronimiano. Sus *Actas* conocidas también con el nombre de *Actas de S. Pimenio,* son legendarias. Según ellas, habría pertenecido a una familia de mártires, cuyos miembros dieron todos su vida por Cristo. Prefirió esta santa ser azotada hasta la muerte antes de perder su fe y su pureza. El Papa Simplicio (468-483) consagró en su honor una basílica sobre el Esquilino, y el *Liber Pontificalis* nos dice que su cuerpo descansa, allí. Santa Bibiana es patrona de Sevilla y es invocada contra los dolores de cabeza y la epilepsia.

¡Oh Virgen prudente, Bibiana! pasaste sin desmayos la larga vigilia de esta vida; cuando llegó el Esposo de improviso, el aceite no faltaba en tu lámpara. Ahí estás ahora, por toda la eternidad, en la mansión de las bodas eternas, donde el Amado se recrea en medio de los lirios. Desde ese lugar de tu descanso, acuérdate de los que viven aún en espera de ese mismo Esposo de cuyos eternos abrazos gozas tú por los siglos de los siglos. Estamos aguardando el Nacimiento del Salvador del mundo, que debe poner fin al pecado y dar comienzo a la santidad; esperamos la llegada de ese Salvador a nuestras almas, para

que las dé su vida y las una a sí por amor; esperamos también al Juez de vivos y muertos. ¡Virgen prudente! inclina a nuestro favor, con tus tiernas oraciones a ese Salvador, Esposo y Juez; para que su triple visita, realizada sucesivamente en nosotros, sea el principio y la consumación de esa unión divina a la que todos debemos aspirar. Ruega también, Virgen fidelísima, por la Iglesia de la tierra que te engendró para la del cielo, y que con tanta devoción guarda tus preciosas reliquias. Obtén para ella esa fidelidad perfecta que la hace siempre digna del que es su Esposo y tuyo, y que después de haberla enriquecido con sus mejores dones, y fortalecido con inviolables promesas, quiere que pida, y que pidamos nosotros para ella, las gracias que han de conducirla al término glorioso por el que suspira.

* * *

Consideremos hoy el estado de la naturaleza en la estación del año en que nos hallamos. La tierra privada de su acostumbrado ornato, las flores han muerto, los frutos no cuelgan ya de los árboles, el follaje de los bosques ha sido dispersado por el viento, el frío penetra por todas partes; diríase que la muerte está asomada a la puerta. Si al menos conservase el sol su fuerza, y siguiera en el cielo su radiante carrera... Pero, de día en día abrevia su camino. Después de una larga noche, apenas le ven los hombres, cuando

cae nuevamente en el ocaso, a la hora en que antes brillaba todavía con vivos resplandores; cada día que pasa ve cómo se adelantan las tinieblas.

¿Va a ver el mundo apagarse para siempre su antorcha? ¿Está condenado el género humano a morir en medio de la noche? Temiéronlo los paganos; y, por eso, contando con terror los días de esta espantosa lucha de la luz con las tinieblas, consagraron al culto del Sol el día veinticinco de diciembre, que es el solsticio de invierno, día en que este astro, rompiendo los lazos que le amarraban, comienza a subir y volver a esa línea triunfante desde la que antes dividía el cielo en dos partes.

Nosotros, cristianos, iluminados con el resplandor de la fe, no nos detendremos ante estos humanos terrores: buscamos un Sol, a cuyo lado el sol visible es oscuro. Con El, podríamos desafiar a todas las sombras materiales; sin El, lo que creeríamos ser luz, no haría más que apartarnos y perdernos.

¡Oh Jesús, *luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo!* escogiste para nacer en medio de nosotros, el momento en que el sol visible está próximo a extinguirse, para hacernos comprender por medio de tan admirable símbolo, el estado en que nos encontrábamos cuando viniste a salvarnos e iluminarnos. "Iba disminuyendo la luz del día, dice San Bernardo

en su primer Sermón de Adviento; el Sol de justicia estaba próximo a desaparecer; a penas quedaba en la tierra un débil resplandor y una lánguida llama. Se había casi extinguido la luz del conocimiento de Dios; y se había resfriado el fervor de la caridad, por la abundancia de la maldad. Los Angeles no se aparecían ya; los Profetas no dejaban oír su voz. Unos y otros estaban desalentados ante la dureza y obstinación de los hombres; *pero,* (habla el Hijo de Dios) *entonces Yo dije: "Héme aquí."* ¡Oh Cristo, Sol de justicia! haz que lleguemos a comprender bien lo que es el mundo sin ti; lo que son nuestras inteligencias sin tu luz, y nuestros corazones sin tu calor divino. Abre los ojos de nuestra fe, y mientras ellos contemplan diariamente la disminución de la luz visible, pensemos en las tinieblas del alma, que sólo tú puedes disipar. Entonces, desde el fondo del abismo, se elevará nuestro clamor hacia ti que has de aparecer el día señalado, para ahuyentar con tus rayos vencedores aun las más espesas tinieblas.

3 DE DICIEMBRE

SAN FRANCISCO JAVIER, CONFESOR Y APOSTOL DE LAS INDIAS

Habiendo sido los Apóstoles los heraldos del Advenimiento de Cristo, era muy conveniente

que el tiempo de Adviento nos recordara a alguno de ellos. A ello acudió la divina Providencia; porque, sin hablar de San Andrés, cuya fiesta cae con frecuencia antes del comienzo de Adviento, Santo Tomás se encuentra infaliblemente todos los años en las proximidades de Navidad. Más tarde diremos la razón por la que ha obtenido ese puesto preferente entre los demás Apóstoles; ahora insistiremos únicamente en la conveniencia que parecía exigir que el Colegio Apostólico contribuyese al menos con uno de sus miembros, a anunciar en esta parte del ciclo litúrgico, la venida del Redentor. Pero no quiso Dios que sólo los primeros Apóstoles estuvieran representados a la cabeza del Calendario litúrgico; es también grande, aunque inferior, la gloria de ese segundo Apostolado por medio del cual la Esposa de Jesucristo continúa multiplicando sus hijos en *su fecunda vejez,* como diría el Salmista. (Salmo XCI, 15.) Aún hay Gentiles que evangelizar; la venida del Mesías no ha sido todavía anunciada a todos los pueblos; pues bien, entre los valientes mensajeros del Verbo divino, que en estos últimos tiempos han hecho resonar su voz entre la naciones infieles, ninguno que haya brillado con tan vivo resplandor, que haya obrado tantos prodigios, que se haya mostrado tan semejante a los primeros Apóstoles, como el reciente Apóstol de las Indias, San Francisco Javier.

Ciertamente, la vida y el apostolado de este hombre maravilloso, constituyeron un gran triunfo para la Iglesia, nuestra Madre, en el tiempo en que brillaron. La herejía, amparada bajo todas las formas por la falsa ciencia, por la política, por la avaricia y por todas las pasiones perversas del corazón humano, parecía anunciar el momento de su victoria. En su atrevido lenguaje, no tenía más que profundo desprecio por la antigua Iglesia, que se apoya en las promesas de Jesucristo; denunciábala al mundo, calificándola de *prostituta de Babilonia,* como si los vicios de los hijos pudiesen empañar la pureza de su madre. Dios se manifestó, por fin, y el suelo de la Iglesia se vió de repente cubierto con los más admirables frutos de santidad. Multiplicáronse los héroes y las heroínas en el seno mismo de aquella esterilidad que sólo era aparente, y mientras los falsos reformadores aparecían como los hombres más viciosos, Italia y España brillaban por sí solas con un resplandor incomparable, mostrando los dechados de santidad que salieron de su seno.

Es hoy Francisco de Javier; pero más de una vez en el Año hemos de celebrar otros nobles e ilustres compañeros suyos, suscitados por la gracia de Dios: de suerte que el siglo XVI no tuvo nada que envidiar en prodigios de santidad a los siglos más favorecidos. Ciertamente, no se preocupaban gran cosa de la salvación de los infieles

aquellos pretendidos reformadores que sólo soñaban con destruir el verdadero Cristianismo arruinando sus templos; era el momento en que una sociedad de apóstoles se ofrecía al soberano Pontífice para ir a plantar la fe entre los pueblos más hundidos en las sombras de la muerte. Pero, como acabamos de observar, entre todos esos apostóles, ninguno ha realizado tan perfectamente el tipo primitivo, como este discípulo de Ignacio. Nada le faltó, ni la amplia extensión de países roturados por su celo, ni los miles de infieles bautizados por su brazo infatigable, ni los milagros de toda clase que le presentaron a los infieles como marcado con el sello de que nos habla la Sagrada Liturgia: "*Estos son los que, durante su vida, plantaron la Iglesia.*" El Oriente contempló, en el siglo XVI, a un apóstol llegado de la Roma siempre santa, un apóstol cuyo carácter y hechos recordaban a los enviados por el mismo Jesucristo. Gloria, pues, al divino Esposo, que supo salir por la honra de su Esposa, suscitando a Francisco Javier, y dándonos con él una idea de lo que fueron, en medio del mundo pagano, aquellos hombres a quienes El encargó la predicación de su Evangelio.

VIDA. — San Francisco nació en Navarra, en 1506. En París conoció a San Ignacio de Loyola, con quien trabó una santa amistad. Después de fundar la Compañía de Jesús, envióle Ignacio a las Indias, en 1542. Fué célebre por su espíritu de oración, su gran morti-

ficación, por el don de milagros y las innumerables conversiones que obró con su predicación entre los infieles. Murió en la isla de Sanchón el 2 de diciembre de 1552. Su cuerpo descansa en Goa (India) y su brazo derecho se venera en la Iglesia del Jesús, de Roma. San Francisco Javier es patrón de la Propagación de la Fe.

Apóstol glorioso de Jesucristo, que iluminastes con su luz a los pueblos que yacían sentados en las sombras de la muerte, a ti nos dirigimos, nosotros, indignos cristianos, para que, por aquella caridad que te movió a sacrificarlo todo en aras de la evangelización de las naciones, te dignes disponer nuestros corazones para la visita del Salvador que nuestra fe espera y nuestro amor desea. Fuiste padre de los pueblos infieles, sé ahora protector del pueblo creyente. Antes de haber contemplado con tus ojos a Jesús, le diste a conocer a innumerables naciones; ahora que le contemplas cara a cara, haz que le podamos ver nosotros cuando aparezca, con la fe sencilla y ardorosa de los Magos de Oriente, primicias gloriosas de los pueblos que tú fuiste a iniciar en la *luz admirable (I S. Pedro,* II, 9).

Acuérdate también, oh gran apóstol, de las naciones que evangelizaste, en las que la palabra de vida, por un tremendo juicio divino, ha quedado estéril. Ruega por el vasto imperio de China, hacia el que se dirigían tus miradas al morir, y que no pudo oír tu palabra. Ruega por el Japón, heredad querida, pero horriblemente de-

vastada por el jabalí de que habla el Salmista. Haz, que la sangre de los mártires allí derramada, fecundice por fin esa tierra. Bendice, también, oh Javier, a todas las Misiones emprendidas por nuestra Santa Madre Iglesia en las regiones a donde el triunfo de la Cruz no ha llegado todavía. Haz que se abran a la radiante sencillez de la fe, los corazones de los infieles; que la semilla dé el ciento por uno de fruto; que crezca de día en día el número de nuevos apóstoles, sucesores tuyos; que su celo y caridad no desfallezcan nunca, que sus sudores sean fecundos, que la corona del martirio sea no sólo la recompensa, sino el complemento y victoria final de su apostolado. Acuérdate ante el Señor, de los innumerables miembros de esa asociación por la que Jesucristo es anunciado en todo el mundo, y que se halla colocada bajo tu amparo. Ruega finalmente con cariño filial por la Santa Compañía de la que eres gloria y esperanza, para que florezca más y más bajo el viento de la tribulación que nunca le ha faltado, y se multiplique, multiplicando al mismo tiempo por su medio los hijos de Dios; ruega para que tenga siempre al servicio del pueblo cristiano numerosos Apóstoles y vigilantes Doctores, y para que no lleve en vano el nombre de Jesús.

* * *

Consideremos la precaria situación del género humano en el momento de la aparición de Cristo. La disminución de la verdad en la tierra está representada de una manera gráfica y terrible en la disminución de la luz material durante estos días. Las antiguas tradiciones se van perdiendo por doquier; el Creador universal es desconocido por la misma obra de sus manos; todo ha llegado a ser Dios, menos Dios Creador de todo. Un horroroso panteísmo invade la moral pública y privada. Caen en el olvido todos los derechos menos el del más fuerte; el placer, la avaricia, el robo suben a los altares para recibir adoración. La familia se halla destrozada por el divorcio y el infanticidio; la especie humana está degradada en masa por la esclavitud, y las mismas naciones perecen en guerras de exterminio. El género humano no puede ya sufrir más; y si la mano creadora no viene de nuevo en su ayuda, debe sucumbir infaliblemente en una sangrienta y vergonzosa descomposición. Los justos que aún quedan y que luchan contra el torrente de la universal degradación, no podrán salvarle, porque son ignorados por todos, y sus méritos no podrían, a los ojos de Dios, cubrir la horrible lepra que consume a la tierra. *Toda la carne ha corrompido sus caminos* con mayor maldad aún que en los días del diluvio; con todo, un segundo exterminio sólo serviría para manifestar la justicia divina; es hora de que un

misericordioso diluvio se extienda sobre la tierra, y que el creador del género humano descienda a la tierra para sanarle. Baja, pues ya, ¡oh Hijo eterno de Dios! Ven a reanimar este cadáver, a curar tantas llagas, a lavar tantas inmundicias, a poner la Gracia superabundante allí donde el pecado abunda; y así, después de haber convertido al mundo a tu santa Ley, demostrarás a todos los siglos venideros, que eres tú mismo ¡oh Verbo del Padre! quien bajaste: porque si sólo un Dios pudo crear el mundo, sólo la Omnipotencia de un Dios podía devolverle a la justicia y a la santidad, después de arrancarle a las garras de Satán y del pecado.

4 DE DICIEMBRE

SAN PEDRO CRISOLOGO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

La Providencia divina que, en el santo tiempo de Adviento, no consintió que se viera privada la Iglesia del consuelo de celebrar la fiesta de algunos de sus Apóstoles, quiso también que los santos Doctores que defendieron la verdadera Fe contra los herejes, estuviesen representados en esta importante parte del ciclo litúrgico. Dos de ellos, San Ambrosio y San Pedro Crisólogo, brillan en este período como dos as-

tros esplendorosos, en el cielo de la Santa Iglesia. Es digno de notar que ambos fueron defensores del Hijo de Dios a quien esperamos. El primero luchó valerosamente contra los Arrianos, que querían hacer de Cristo, objeto de nuestras esperanzas, una simple criatura; el segundo combatió a Eutiques, cuya sacrílega doctrina destruye toda la gloria de la Encarnación, al enseñar que, en este misterio, la naturaleza humana fué absorbida por la divinidad.

A este segundo Doctor, y piadoso Obispo de Ravena, honramos en este día. Su elocuencia sagrada le conquistó mucha fama; aún conservamos muchos de sus sermones. En ellos podemos admirar infinitos rasgos de la más exquisita belleza, aunque a veces se deje sentir ya la decadencia literaria del siglo v. Trata con frecuencia el Misterio de la Encarnación y siempre con una precisión y un entusiasmo que nos revelan la ciencia y la piedad del Santo Obispo. Su amor y admiración hacia María Madre de Dios, que en este siglo había triunfado de sus enemigos con el decreto del concilio de Efeso, le inspiran los más bellos párrafos y las más felices ideas. Citaremos algunas líneas sobre la Anunciación:

"Envía Dios a la Virgen un alado mensajero. El será el portador de la gracia; presentará las arras, y recibirá la contestación. Volverá a llevar la fe dada, y después de haber entregado el premio a una virtud tan excelsa, volverá presu-

roso llevando la promesa virginal. El celoso mensajero se dirige con rápido vuelo hacia la Virgen; va a suspender los derechos de la unión humana; sin quitarle a José la Virgen, va a restituírsela a Cristo, con quien se desposó en el momento mismo de su creación [1]. No hace, pues, Cristo otra cosa que volver a tomar su Esposa, no la ajena; no viene a obrar una separación, sino a darse a su criatura, encarnándose en ella. Pero, escuchemos lo que del Angel nos dice el relato. *Habiendo entrado hasta ella, le dijo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo.* Estas palabras indican ya el don celestial; no son un saludo corriente. *Dios te salve;* es decir: recibe la gracia, no temas, no pienses en la naturaleza. *Llena de gracia,* o sea: en los demás reside la gracia, pero en ti residirá la plenitud de la gracia. *El Señor es contigo:* ¿Qué significa esto, sino que el Señor no sólo va a visitarte, sino que va a descender hasta ti y nacer de ti por un misterio inefable? Continúa el Angel: *Bendita tú eres entre todas las mujeres:* ¿Por qué? Porque las que antes tenían a Eva, la maldita, que desgarraba sus entrañas, tienen ahora a María, la bendita que se alegra con ellas, que las honra, y se hace su modelo. Eva, por natu-

[1] Nótese cómo S. Pedro Crisólogo proclama aquí el misterio de la Inmaculada Concepción. Si María estaba unida al Hijo de Dios desde el primer instante de su creación ¿cómo pudo caber en ella el pecado original?

raleza era simplemente madre de los mortales; María, es por gracia, Madre de los vivientes"[1].

En el sermón siguiente, nos habla el Santo Doctor del profundo respeto con que debemos contemplar a María en estos días en que Dios habita en ella. "Tratándose de la habitación íntima de un rey, dice, ¡cómo se rodea a ese lugar de misterio, de reverencia y profunda consideción! Se prohibe el acceso a toda persona extraña, a todo impuro, a todo infiel. La etiqueta de la corte habla bien alto de la dignidad y lealtad de los servicios que en ella se prestan; ¿permitiríase estar simplemente a las puertas de palacio a hombres viles e indignos? Pues bien, se trata aquí nada menos que del santuario íntimo del divino Esposo; ¿quién, por consiguiente, podrá ser admitido en él, si no es amigo, si su conciencia no es pura, si no es honrada su fama, si su vida no es virtuosa? Sólo la virginidad inmaculada tiene derecho a penetrar en ese sagrado recinto, donde un Dios posee a la Virgen. Mira pues, oh hombre, lo que tienes, lo que vales y pregúntate si serías capaz de sondear el misterio de la Encarnación del Señor, si has merecido acercarte al augusto refugio donde mora en este momento toda la majestad del Rey supremo, de la Divinidad en persona."

[1] Sermón CXI.

VIDA. — San Pedro nació en Imola, provincia de Emilia. Educóle en la ciencia y santidad el obispo del lugar. En 443, el Papa Cornelio, le promovió, por inspiración divina, al obispado de Ravena. Defendió la fe católica contra Eutiques, por medio de una carta dirigida al Concilio de Calcedonia; su célebre elocuencia le valió el título de Crisólogo, o lengua de oro. Después de haber gobernado la Iglesia de Ravena durante diediocho años, murió en su ciudad natal el 4 de diciembre del 450. Sus reliquias se veneran en la basílica Ursiana de Ravena.

¡Oh santo Pontífice, cuya boca de oro se abrió para anunciar a los fieles a Jesucristo! dígnate contemplar con paternal mirada al pueblo cristiano que vela en espera del Hombre-Dios, cuya doble naturaleza defendiste con tanta elocuencia. Alcánzanos la gracia de recibirle con el soberano respeto debido a un Dios que baja hasta su criatura, y con la tierna confianza debida a un hermano que va a ofrecerse en sacrificio por sus indignos hermanos. Fortifica nuestra fe, oh Santo Doctor, porque de la fe procede el amor que necesitamos. Destruye las herejías que asolan el campo del Padre de familias; abate sobre todo ese odioso Panteísmo, que es una de las más funestas consecuencias del error de Eutiques. Extingue ese error en todas esas cristiandades de Oriente que no conocen el misterio de la Encarnación más que para blasfemar de él, y persigue también entre nosotros ese monstruoso sistema que amenaza invadirlo todo en

una forma más repugnante todavía. Infunde en los hijos fieles de la Iglesia, esa perfecta obediencia a los juicios de la Santa Sede, obediencia de que diste una tan bella y provechosa lección al heresiarca Eutiques, cuando le decías en tu inmortal Epístola: "Ante todo, te exhortamos, venerable hermano, a que recibas con sumisión cuanto ha sido escrito por el bienaventurado Papa de la ciudad de Roma; porque San Pedro, que vive y preside siempre en su propia Sede, manifiesta en ella la verdad de la fe a cuantos se lo piden."

EL MISMO DÍA

SANTA BARBARA, VIRGEN Y MARTIR

La Iglesia Romana, no ha dedicado más que una simple conmemoración a Santa Bárbara en el Oficio de San Pedro Crisólogo. Mas ha aprobado un Oficio entero para uso de las Iglesias que honran de un modo especial la memoria de esa insigne virgen. Tributemos fervientes alabanzas a esta Mártir gloriosa, celebérrima en todo el Oriente, cuyo culto fué introducido en la Iglesia Romana desde hace mucho tiempo [1]. Sus Actas, sin ser de la más remota antigüe-

[1] Este culto era muy popular y universalmente extendido en Oriente y Occidente, a fines del siglo IX.

dad [1], son muy gloriosas para Dios y honrosas para la Santa. Celebremos la fidelidad con que esta Virgen esperó al Esposo, que no faltó a la cita, y que, por haber reconocido en ella un amor fuerte, quiso ser para ella *un Esposo de sangre,* como dice la Escritura.

Queremos ofrecerte, Virgen fiel, nuestras alabanzas junto con nuestras plegarias. El Señor viene, y nosotros estamos en tinieblas; dígnate dar a nuestra lámpara la luz que guíe nuestros pasos, y el aceite que alimente la llama. Tú sabes que se acerca para visitarnos, Aquel que vino también para ti, y con el cual estás ahora eternamente; haz que ningún obstáculo nos impida salirle al encuentro. Sea nuestro vuelo hacia él, valiente y rápido como fué el tuyo, para que reunidos con El, no nos volvamos ya a separar, ya que El es el verdadero centro de toda criatura. Ruega también, oh gloriosa Mártir, para que brille en este mundo, con un resplandor siempre en aumento, la fe en la santísima Trinidad. Haz que sea confundido nuestro enemigo Satanás, cuando toda lengua confiese la triple Luz representada en las ventanas de tu torre, y la cruz victoriosa que santificó las aguas. Acuérdate, Virgen amada del Esposo, que en tus manos pacíficas ha sido puesto el poder, no de lanzar el rayo, sino de contenerle y des-

[1] Introducidas en el Menologio de Simeón Metafrastes, datan del siglo VII.

viarle. Protege nuestras naves contra el fuego del cielo y de la guerra. Guarda los arsenales que encierran la defensa de la patria. Escucha la voz de cuantos te invocan, bien suba hacia ti desde el seno de la tormenta, o salga de las entrañas de la tierra; sálvanos también del terrible castigo de la muerte repentina.

* * *

Pensemos en las naciones desparramadas por el haz de la tierra, divididas por costumbres, lenguaje e intereses diferentes, pero unidas en la común espera del Salvador que ha de venir. Ni la corrupción profunda de los pueblos, ni tantos siglos transcurridos desde los tiempos de las tradiciones, han podido borrar en ellos esa esperanza. En el momento mismo en que el mundo está a punto de morir, se revela en él una señal de vida: se oye un clamor en toda la tierra: el Rey universal va a aparecer; un nuevo Imperio, santo y eterno, va a unir para siempre a las naciones. Así lo había anunciado, oh Salvador, Jacob sobre su lecho de muerte, cuando refiriéndose a ti, dijo: *El será el ansia de las naciones.* Los hombres han podido hundirse degradados: pero no han podido desmentir este vaticinio. Ahí están, obligados a confesar sus incurables miserias, manifestando esas ansias proféticas por un mejor estado. Ven pues, Hijo de Dios, a recoger esa chispita de esperanza; es el

último tributo que, al morir te ofrece el mundo antiguo. La espera de un Libertador es el lazo que une las dos grandes divisiones de la vida de la humanidad, antes y después de tu Nacimiento. Pues, si el mundo pagano, oh Jesús, suspiró por ti en medio de sus crímenes y errores ¿qué haremos nosotros, herederos de las promesas, en estos días en que te dispones a venir para tomar posesión de nuestras almas?

Haz, oh Jesús, que te amen nuestros corazones cuando vengas a visitarlos. Sostén su esperanza, alimenta su fe, y ven.

5 DE DICIEMBRE

MEMORIA DE SAN SABAS, ABAD

La Iglesia Romana se contenta hoy con el Oficio de Feria, pero añade una Conmemoración de San Sabas, abad de la célebre Laura[1] de Palestina, que todavía lleva hoy su nombre. Este santo, que murió en Jerusalén el 5 de diciembre de 532, es la única figura del Orden monástico, de quien la Iglesia hace mención durante el Adviento; se podría, incluso decir que, entre los simples confesores, es el único cuyo nombre aparece en el Calendario litúrgico en esta parte del año, ya que a San Francisco Ja-

[1] Monasterio situado cerca de Jerusalén.

vier le coloca en otro apartado su glorioso título de Apóstol de las Indias. Debemos ver en esto la intención de la divina Providencia que, con el fin de causar en el pueblo cristiano una más saludable impresión, ha procurado escoger de un modo característico, los Santos que quería proponer a nuestra imitación en los días que preparan la venida del Salvador. Hallamos ahora Apóstoles, Pontífices, Doctores, Vírgenes, como glorioso cortejo del Cristo Dios, Rey y Esposo; los simples Confesores están representados por un solo hombre, el Anacoreta y Cenobitas Sabas, personaje que, al menos por su profesión monástica, es descendiente de Elías, y de los demás solitarios del Antiguo Testamento, cuya mística cadena termina con Juan el Precursor. Honremos, pues, a este gran Abad, tenido en filial veneración por la Iglesia griega, y, bajo cuya invocación, Roma ha colocado una de sus Iglesias; apoyémonos en su amparo ante Dios, diciendo con la sagrada Liturgia:

"Te rogamos, Señor, nos recomiendes ante Ti, la intercesión del bienaventurado Sabas; para que logremos, gracias a su amparo, lo que por nuestros méritos no alcanzamos." Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

¡Oh glorioso San Sabas, varón de deseos, que en espera del que ordenó a sus siervos la vigilancia hasta su llegada, te retiraste al desierto, por miedo a que el tumulto mundano viniera a distraerte de tus esperanzas! ten piedad de nos-

otros, que, en medio del mundo y sujetos a toda clase de preocupaciones, hemos recibido el mismo aviso que tú, para disponernos a la llegada de Aquel que amaste como Salvador y temiste como Juez. Ruega para que seamos dignos de salirle al encuentro cuando aparezca. Acuérdate también del Orden monástico, del que eres bello ornamento; restaura sus ruinas que nos rodean; suscita hombres de fe y oración como los de los tiempos antiguos: repose tu espíritu en ellos, para que la Iglesia, privada de una parte de su gloria, la vuelva a recuperar gracias a tu intercesión.

* * *

Consideremos una vez más la profecía del Patriarca Jacob, que anuncia al Mesías no sólo como *esperado por las naciones,* sino que indica también que *será quitado el cetro a Judá,* cuando vaya a aparecer el Libertador prometido. La profecía se ha cumplido ya. Los estandartes de César Augusto ondean sobre los muros de Jerusalén, y aunque el templo permanece todavía en pie, aunque la abominación de la desolación no se ha establecido aún sobre el lugar santo, aunque los sacrificios no se han interrumpido todavía, es porque el verdadero Templo de Dios, el Verbo Encarnado, no ha sido aún inaugurado: aún no ha renegado la Sinagoga de Aquel a quien esperaba; aún no ha sido sacrificada la Hostia que ha de reemplazar a todas las demás.

Pero Judá no tiene Jefe para su pueblo, la moneda de César circula por toda Palestina, y se acerca el día en que los directores del pueblo judío proclamarán ante el gobernador romano, *que no les está permitido ajusticiar a nadie.* No hay, por consiguiente, Rey en el trono de David, en ese trono que había de permanecer para siempre. ¡Oh Cristo, Hijo de David, Rey Pacífico! hora es ya de que aparezcas, y vengas a tomar en tus manos ese cetro arrebatado a las de Judá, y puesto transitoriamente en las de un Emperador. Ven; pues eres Rey, y de ti dijo el Salmista, tu abuelo: "¡Cíñete la espada sobre el muslo, oh valerosísimo! Muestra tu gloria y tu belleza; avanza y reina, porque contigo están la verdad, la justicia y la dulzura, y el poder de tu brazo te llevará a cosas grandes. Agudas son tus saetas, y atravesarán el corazón de los enemigos de tu Realeza, y harán caer a tus pies a todos los pueblos. Tu trono será eterno; el cetro de tu Imperio será un cetro de equidad; Dios, Dios mismo, te ha consagrado con un óleo de alegría que sobre ti, oh Cristo (de ahí deriva tu nombre), corre con mayor abundancia, que sobre todos los que alguna vez se honraron con el nombre de Rey." (Salmo XLIV) ¡Oh Mesías! cuando Tú vengas, los hombres dejarán de andar errantes como ovejas sin pastor; sólo habrá un redil, en el que reinarás con amor y justicia porque te será dado todo el poder en el

cielo y en la tierra; y, cuando tus enemigos te pregunten el día de tu Pasión: *¿Eres Rey?* responderás conforme a verdad: *Sí, soy Rey.* ¡Oh Rey! ven a reinar en nuestros corazones; ven a reinar en este mundo que es tuyo, porque Tú lo has hecho, y que pronto será tuyo con un nuevo título, el de tu conquista. Reina, pues, sobre el mundo; mas para desplegar tu realeza, no aguardes al día del que está escrito: "Aplastarás contra la tierra la cabeza de los Reyes" (Salmo CIX); reina, pues, desde ahora, y haz que todos los pueblos caigan a tus pies en homenaje universal de amor y obediencia.

6 DE DICIEMBRE

SAN NICOLAS, OBISPO DE MIRA Y CONFESOR

Con objeto de honrar al Mesías Pontífice, la divina Sabiduría ha prodigado el número de los Pontífices, en el camino que lleva a El. Dos Papas, San Melquiades y San Dámaso; dos Doctores, San Pedro Crisólogo y San Ambrosio; dos Obispos, amor de su grey, San Nicolás y San Eusebio: tales son los gloriosos Pontífices encargados de preparar con su intercesión, el camino que ha de recorrer el pueblo fiel, hacia el soberano Sacerdote, según el orden de Melquisedec. Sucesivamente iremos aduciendo los títulos que ostentan para formar parte de ese noble cortejo.

Hoy, celebra la Iglesia con gozo la memoria del insigne taumaturgo San Nicolás, tan célebre en Oriente como lo es San Martín en Occidente, y venerado en la Iglesia latina desde hace más de mil años. Honremos el poder extraordinario que Dios le concedió sobre la naturaleza; pero, ante todo, felicitémosle por haber sido del número de los trescientos dieciocho obispos que, en Nicea, proclamaron al Verbo, consubstancial al Padre. No se escandalizó de las humillaciones del Hijo Dios, ni la bajeza de la carne que tomó en el seno de la Virgen, ni la pobreza del pesebre fueron obstáculo para que declarase al Hijo de María, Hijo de Dios e igual a El, de ahí su gloria y la misión que tiene de procurar anualmente al pueblo cristiano la gracia de salir al encuentro del Verbo divino con una fe sencilla y un amor ardiente.

VIDA. — La fama de San Nicolás, extendida ya entre los griegos en el siglo VI, fué luego en aumento por Oriente y Occidente. La "Vida" más antigua que de él conocemos, lleva el título de "*Praxis de Stratelate*"; pero no tenemos ninguna contemporánea, y las más recientes merecen poco crédito. Al contrario, se ha atribuído a San Nicolás de Mira, gran parte de la vida de otro Nicolás, llamado el Sionita, el cual fundó en el siglo VI el monasterio de Sión, cerca de Mira, y llegó a ser obispo de Pinara en Licia (hoy Minara). De suerte que no conocemos nada cierto sobre el santo taumaturgo. Su culto apareció en Occidente en el siglo IX y aumentó, sobre todo después de la traslación de sus reliquias a Bari en 1087.

¡Oh santo Pontífice Nicolás, cuán grande es tu gloria en la Iglesia de Dios! Confesaste a Jesucristo ante los Procónsules, y sufriste persecución por su Nombre; fuiste luego testigo de los prodigios que obró el Señor cuando dió la paz a su Iglesia; y poco después, abrías tu boca en el concilio de los trescientos dieciocho Padres, para confesar con autoridad incontestable, la divinidad de Nuestro Salvador Jesucristo, por el que habían derramado su sangre tantos miles de Mártires. Recibe los parabienes del pueblo cristiano que por doquier se alegran con tu dulce recuerdo; sénos propicio, en estos días en que esperamos la venida de Aquel a quien tú proclamaste Consubstancial al Padre. Dígnate ayudar nuestra fe y encender nuestro amor. Ahora contemplas cara a cara al Verbo por quien fueron hechas y restauradas todas las cosas; pídele que tenga a bien permitirnos que aunque indignos nos acerquemos a El. Sé nuestro mediador entre El y nosotros. Pues le diste a conocer a nuestra inteligencia como sumo y eterno Dios; revélale a nuestro corazón como supremo bienhechor de los hijos de Adán. En él aprendiste, ¡oh caritativo Pontífice! esa tierna compasión por todas las miserias, que hace que todos tus milagros sean otros tantos beneficios; continúa, pues, ayudando al pueblo cristiano, desde lo alto del cielo.

Reanima y aumenta la fe de los pueblos en el Salvador enviado por Dios. Cese, gracias a tus plegarias, de ser desconocido y olvidado ese Verbo divino, que rescató al mundo con su sangre. Pide para los Pastores de la Iglesia, el espíritu de caridad que en ti brilló en tan alto grado, ese espíritu que los hace imitadores de Jesucristo, y les gana el corazón de sus ovejas.

Acuérdate también ¡oh Santo Pontífice! de esa Iglesia de Oriente, que te guarda aún un afecto tan vivo. Tu poder en la tierra llegó a resucitar a los muertos; ruega para que la verdadera vida que está en la Fe y en la Unidad, venga a reanimar ese inmenso cadáver. Haz, que por tu mediación, el Sacrificio del Cordero que esperamos, pueda ser nuevamente y cuanto antes, ofrecido bajo la Cúpula de Santa Sofía. Vuelve a la unidad los Santuarios de Kiev y de Moscú, para que no haya ya ni Bárbaro, ni Escita, sino un solo Pastor.

* * *

Meditemos aún en el estado del mundo en los días que precedieron a la venida del Mesías. Todo parece indicar que se han cumplido ya las profecías que le anunciaban. No sólo ha sido arrebatado el cetro a Judá, sino que tocan ya a su fin las Semanas de Daniel. Sucesivamente se han ido verificando los demás oráculos, concernientes al porvenir del mundo. Uno tras otro han ido derrumbándose los Imperios de los Asi-

rios, Medos, Persas y Griegos; el de los Romanos ha llegado a su apogeo: tiempo es ya de que ceda el puesto al Imperio eterno del Mesías. Toda esta serie de Imperios había sido ya predicha, y va a sonar la hora en que se dé el último toque. El Señor había dicho por uno de sus Profetas: "Un poco más de tiempo, y removeré el cielo y la tierra, y destruiré todas las naciones; después vendrá el Deseado de los pueblos." *(Ageo,* II, 7.) Baja, pues, ¡oh Verbo eterno! *Todo está consumado.* Han llegado a su colmo las miserias del mundo; los pecados de la humanidad claman al cielo; el género humano está desquiciado y jadeante; sólo esperaran en Ti, a quien llama sin conocerte. Ven, pues; todas las profecías que debían señalar a los hombres las características del Redentor, han sido ya anunciadas y promulgadas. Ya no hay profetas en Israel; los oráculos de los Paganos se callan. Ven a dar realidad a todo, porque ya ha llegado la plenitud de los tiempos.

7 DE DICIEMBRE

SAN AMBROSIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Figura este santo Pontífice dignamente al lado del gran Obispo de Mira. Aquel confesó en Nicea, la divinidad del Redentor de los hombres;

éste fué, en Milán, el blanco del furor de los Arrianos, y con su indomable valor venció a los enemigos de Cristo. El puede unir su voz de Doctor a la de San Pedro Crisólogo, y anunciarnos las grandezas y humillaciones del Mesías. Es tan grande la gloria de Ambrosio como Doctor, que, entre las cuatro brillantes lumbreras de la Iglesia latina que van como ilustres Doctores al frente del cortejo de los sagrados intérpretes de la Fe, figura este glorioso Obispo de Milán, completando con Gregorio, Agustín y Jerónimo ese místico número.

El honor de ocupar Ambrosio tan noble lugar en estos días, lo debe a la antigua costumbre de la Iglesia, que en los primeros siglos excluía de la Cuaresma las fiestas de los Santos. El día de su salida de este mundo y de su entrada en el cielo fué el 4 de abril; ahora bien, ese aniversario se halla casi siempre dentro de la santa Cuaresma: hubo, pues, que escoger otro día del año, y era el siete de diciembre el que por sí mismo se recomendaba para celebrar dicha fiesta, por ser el Aniversario de su Ordenación episcopal.

Por lo demás, el recuerdo de Ambrosio es uno de los más dulces aromas que embalsaman el camino que conduce a Belén. Porque ¿cuál más glorioso y encantador, que el de este santo y amable Obispo que supo unir la fuerza del león a la dulzura de la paloma? En vano pasaron los si-

glos sobre su memoria; sólo consiguieron hacerla más viva y añorada. ¿Cómo podríamos olvidar al joven gobernador de Liguria y Emilia, tan prudente, tan culto, que hace su entrada en Milán, todavía simple catécumeno, y de repente se ve elevado por aclamación del pueblo fiel, a la silla episcopal de aquella gran urbe? Y aquel bello presagio de su encantadora elocuencia, el enjambre de abejas que según la leyenda, le rodeó y penetró en su boca cuando todavía niño dormía un día sobre el césped del jardín paterno, como queriendo indicar la dulzura que había de tener su palabra; o aquella profética seriedad con la que el amable joven ofrecía a besar su mano a su madre y hermana, porque según él, aquella mano sería un día la de un Obispo.

Pero ¡cuántas luchas aguardaban al neófito de Milán, una vez regenerado en las aguas del bautismo y consagrado sacerdote y obispo! Debía dedicarse inmediatamente al estudio de la ciencia sagrada, para acudir en defensa de la Iglesia atacada en su dogma fundamental, por la falsa doctrina de los Arrianos; en poco tiempo fué tan grande la plenitud y seguridad de su saber, que no sólo se opuso como muro de bronce al avance de aquel error, sino que mereció que sus libros hayan sido considerados por la Iglesia como uno de los arsenales de la verdad, hasta el fin de los siglos.

Pero, no sólo en el terreno de la controversia debía pelear el nuevo doctor; los sectarios de la herejía que había combatido amenazaron más de una vez su propia vida. ¡Qué sublime espectáculo el de este Obispo, sitiado en su iglesia por las tropas de la emperatriz Justina, y custodiado en su interior día y noche por su pueblo! ¡Qué pastor, y qué redil! Una vida entera consagrada al bien de la ciudad y de la provincia le valieron a Ambrosio aquella fidelidad y aquella confianza por parte de su pueblo. Por su celo, abnegación y constante olvido de sí mismo era fiel retrato de Cristo a quien predicaba.

En medio de los peligros que le rodeaban, permanecía su noble alma tranquila e imperturbable. Incluso fué el momento que escogió para introducir en la Iglesia de Milán el canto alternado de los Salmos. Hasta entonces sólo se dejaba oír la voz del lector entonando desde lo alto del ambón los cánticos sagrados; bastó un momento para organizar en dos coros a la asamblea, encantada de poder en adelante tomar parte activa en los inspirados cantos del real Profeta. Nacida de esta suerte en medio de la tormenta y de un heroico asedio, la salmodia alternada fué ya una conquista para los pueblos fieles de Occidente. Roma adoptará aquella institución ambrosiana, y de esta manera seguirá en la Iglesia hasta el fin de los siglos. Durante aquellas horas de lucha, el santo Obispo hace

todavía otro obsequio a aquellos fieles católicos que hicieron para él un muro con sus cuerpos. Es poeta, y más de una vez ha cantado en versos llenos de dulzura y majestad las grandezas del Dios de los cristianos y los misterios de la redención del hombre. Ahora entrega a su devoto pueblo aquellos himnos sagrados, que de suyo no estaban destinados a un uso público; pero en seguida resuena su melodía, en todas las basílicas de Milán. Más tarde se oirá en toda la Iglesia latina el canto de los Himnos durante mucho tiempo llamados *Ambrosianos*, en honor del santo Obispo que (inició así) una de las más ricas fuentes de la sagrada Liturgia.

La Iglesia Romana aceptará en sus Oficios ese nuevo modo de cantar las divinas alabanzas, que proporciona a la Esposa de Cristo un medio más de expresar sus sentimientos.

Así pues, nuestro canto alterno de los Salmos y nuestros Himnos, son otros tantos trofeos de la victoria de Ambrosio. Sin duda fué suscitado por Dios no sólo para bien de su tiempo sino para el del futuro. Por eso el Espíritu Santo le infundió el sentido del derecho cristiano, junto con la misión de defenderlo, en aquella época en que el paganismo, aunque debilitado respiraba todavía, y en que el cesarismo decadente conservaba aún muchos resabios del pasado. Ambrosio vigilaba apoyado en el Evangelio. No comprendía que la autoridad imperial pudiese entregar a capricho

a los Arrianos por el bien de la paz, una basílica en la que se habían reunido los católicos. Estaba dispuesto a derramar su sangre en defensa de la herencia de la Iglesia. Cortesanos del emperador se atrevieron a acusarle de tiranía ante el príncipe. Su respuesta fué: "No; los obispos no son tiranos, pero con frecuencia son víctimas de ellos." El eunuco Calígono, camarero de Valentiniano II, le dijo en cierta ocasión: "¿Cómo te atreves delante de mí a despreciar a Valentiniano? Te voy a cortar la cabeza." — "Ojalá te lo permita Dios, respondió Ambrosio: de esa manera podré sufrir lo que sufren los obispos; y tú no habrás hecho más que lo que saben hacer los eunucos."

Esta valentía en la defensa de los derechos de la Iglesia apareció todavía con mayor evidencia, cuando el Senado romano, o más bien la minoría del Senado, pagana aún, probó por instigación del Prefecto de Roma Símaco, conseguir el restablecimiento del altar de la Victoria en el Capitolio, con el vano pretexto de poner un remedio a los desastres del imperio. Ambrosio se opuso como un león a esta última pretensión del politeísmo, diciendo: "Detesto la religión de los Nerones." Protestó, en elocuentes memorias dirigidas a Valentiniano, contra una tentativa que pretendía hacer reconocer a un príncipe cristiano los derechos del error, y frustrar las conquistas de Cristo, único señor de las naciones. Rin-

dióse Valentiniano a las enérgicas advertencias del Obispo, el cual le había hecho saber "que un emperador cristiano no debe tener respeto más que por el altar de Cristo"; y así, este príncipe respondió a los senadores paganos que amaba a Roma como a madre, pero que debía obedecer a Dios como al autor de su salvación.

Es lícito creer que, si los decretos divinos no hubiesen ordenado irrevocablemente la ruina del imperio, influencias como las de Ambrosio, ejercidas sobre príncipes de recto corazón, hubieran podido evitar aquella ruina. Sus máximas eran enérgicas; pero sólo podían aplicarse a las nuevas sociedades que se establecerían después de la caída del imperio, y que el cristianismo modeló a su gusto. Decía él: "No hay para un Emperador título más honroso que el de Hijo de la Iglesia. El Emperador está dentro de la Iglesia, no por encima de ella."

¿Hay algo más emocionante que la protección que con tanta solicitud ejerció Ambrosio sobre el joven Emperador Graciano, cuya muerte le hizo derramar copiosas lágrimas? Y Teodosio, ese sublime dechado del príncipe cristiano, Teodosio, en cuyo favor retrasó Dios la caída del imperio, dando siempre a sus armas la victoria, ¿con qué ternura no fué amado por el obispo de Milán?

Es verdad que un día quiso reaparecer en este hijo de la Iglesia el César pagano; pero Ambrosio, con una severidad tan inflexible como

profundo había sido su cariño al culpable, hizo que Teodosio volviese en sí mismo y a Dios. "Cierto, dijo el santo Obispo en el elogio fúnebre de tan gran príncipe, he amado a este hombre que estimaba más a quien le reprendía que a sus aduladores. Supo arrojar por tierra todas las insignias de su dignidad imperial, lloró públicamente en la Iglesia el pecado al que se le había pérfidamente instigado, e imploró el perdón con lágrimas y gemidos. Simples particulares ceden ante la vergüenza, todo un Emperador no se sonrojó cumpliendo la penitencia pública; y en adelante no pasó un sólo día que no llorase su pecado."

¡Cuán bellos aparecen este César y este Obispo, en su amor por la justicia! El César sostiene al imperio vacilante y el Obispo sostiene al César.

Pero no se crea que sólo se cuida Ambrosio de obras de categoría y resonancia. Sabe ser también pastor cuidadoso de las más pequeñas necesidades de sus ovejas. Poseemos su vida íntima escrita por su diácono Paulino. Nos declara este testigo que, cuando Ambrosio oía la confesión de los pecadores, derramaba tan copiosas lágrimas que hacía llorar también al que iba a descubrir sus faltas. "Parecía, dice el biógrafo, que había caído él también con el delincuente." Es conocido el interés paternal con que acogió a San Agustín, cautivo aún en las cadenas del error y de las pa-

siones; quien quiera conocer a Ambrosio no tiene más que leer en las *Confesiones* del Obispo de Hipona, sus expansiones de gratitud y admiración. Anteriormente había recibido Ambrosio a Mónica, la afligida madre de Agustín; la había consolado y fortalecido con la esperanza de la vuelta de su hijo. Llegó el día tan ardientemente deseado; y fué la mano de Ambrosio la que le infundió las aguas purificadoras del Bautismo a aquel que debía de ser el príncipe de los Doctores.

Un corazón tan fiel en sus afectos, no podía dejar de derramarse sobre sus propios familiares. Conocido es el cariño que le unió a su hermano Sátiro; él mismo publicó sus virtudes en el doble elogio fúnebre que le dedicó con acentos de conmovedora ternura. No fué para él menos querida su hermana Marcelina. La noble patricia había despreciado el mundo y sus placeres desde la más tierna edad. Vivía en Roma en el seno de su familia, bajo el velo de las vírgenes, que había recibido de manos del papa Liberio. Pero el cariño de Ambrosio no conocía distancias; sus cartas iban a buscar a la sierva de Dios en su misterioso retiro. No ignoraba él su celo por la Iglesia, y el ardor con que se asociaba a todas las obras de su hermano; conservamos todavía muchas de las cartas que le dirigía. Es ya emocionante el sólo encabezamiento de ellas: "El hermano a la hermana", o también: "A mi her-

mana Marcelina, para mí más querida que mis ojos y mi vida."

Viene luego el texto de la carta, rápido, animado, como las luchas que describe. Una de ellas la escribió en los momentos en que bramaba la tempestad, cuando el valeroso obispo se hallaba sitiado en la basílica por las tropas de la emperatriz Justina. Sus discursos al pueblo milanés, sus éxitos como sus desgracias, los sentimientos heroicos de su temple de obispo, todo se halla retratado en estas fraternales comunicaciones, todo revela en ellas la fuerza y la santidad del lazo que une a Ambrosio y Marcelina. La basílica Ambrosiana conserva todavía el sepulcro de ambos hermanos; sobre uno y otro se ofrece diariamente el santo Sacrificio de la Misa.

Así fué Ambrosio; de él dijo Teodosio un día: "No hay más que un obispo en el mundo." Alabemos al Espíritu Santo que quiso ofrecernos tan sublime modelo, y pidamos al santo Pontífice se digne hacernos partícipes de aquella fe viva y ferviente amor hacia el misterio de la Encarnación divina, que se manifiesta en sus dulces y elocuentes escritos. Ambrosio debe ser uno de nuestros más poderosos abogados en los días de preparación a la venida del Verbo.

Su devoción a María, nos enseña también cuál debe ser nuestro amor y admiración para con la Virgen bendita. El Obispo de Milán es, con San Efrén, uno de los Padres del siglo IV que más

fervientemente han expresado las grandezas del ministerio y de la persona de María. Todo lo conoció, lo sintió y lo declaró. La exención de María de toda mancha de pecado, la unión con su Hijo al pie de la Cruz, para la salvación del género humano, la primera aparición de Jesús resucitado a su Madre, y otros muchos puntos en los que Ambrosio se hace eco de una creencia anterior, y que le colocan en primera fila entre los testigos de la tradición sobre los Misterios de la Madre de Dios.

Esta tierna predilección por María explica su entusiasmo por la virginidad cristiana, de la que es especial Doctor. Ninguno, entre los Padres, le igualó en la gracia y elocuencia con que supo ensalzar la dignidad y dicha de las Vírgenes. Dedicó cuatro de sus obras a glorificar este sublime estado cuya imitación trataba de ensayar nuevamente el paganismo en su ocaso, con la institución de las vestales, que en número de siete y colmadas de honores y riquezas, eran declaradas libres después de cierto tiempo. Opóneles Ambrosio el innumerable enjambre de vírgenes cristianas, que embalsaman el mundo entero con el perfume de su humildad, constancia y abnegación. Pero, sobre este tema, su palabra era aún más sugestiva que sus escritos, pues sábese, por relatos contemporáneos, que en las ciudades que visitaba o donde dejaba oír su voz, las madres retenían a sus hijas en su casa, por mie-

do a que la palabra de tan santo e irresistible seductor las convenciera a no aspirar más que a las bodas eternas.

VIDA. — Nació Ambrosio en la primera mitad del siglo IV. Su padre era prefecto de la Galia Cisalpina, Educóse en Roma en las artes liberales, y se le encomendó el gobierno de las provincias de Liguria y Emilia. Hallándose en la basílica de Milán, con el objeto de salvaguardar el orden en la elección del obispo, un niño gritó: ¡"Ambrosio Obispo"! El grito fué repetido por toda la muchedumbre, y el emperador, halagado al ver elegido para obispo a uno de sus prefectos, le animó a aceptar. Obispo ya, fué campeón intrépido de la fe y de la disciplina eclesiástica; convirtió a muchos arrianos a la verdad y bautizó a San Agustín. Consejero y amigo del emperador Teodosio, no dudó en imponerle una pública penitencia con motivo de la matanza de Tesalónica. Murió en Milán el 4 de abril del 397. San Ambrosio es uno de los cuatro grandes doctores de la Iglesia latina.

Aunque indignos, te alabamos ¡oh inmortal Ambrosio! Proclamamos los dones maravillosos con que te dotó el Señor. Por tu celestial doctrina eres Luz de la Iglesia y Sal de la tierra; eres Pastor vigilante, Padre afectuoso, invicto Pontífice: ¡cómo supo amar tu corazón a Jesús a quien esperamos! ¡Con qué indomable valor y exposición de tu vida te opusiste a los blasfemos del Verbo divino! Con razón mereciste que la Iglesia te escojiera para iniciar todos los años al pueblo cristiano en el conocimiento del que es

su Salvador y Jefe. Haz, pues, que penetren en nuestros ojos los rayos de la verdad que aquí abajo esclareciste; haz que guste nuestro paladar el melífluo sabor de tu palabra; infunde en nuestros corazones el verdadero amor de Jesús que se aproxima por momentos. Haz que, como tú, sepamos defender su causa con energía, contra los enemigos de la fe, contra los espíritus de las tinieblas, contra nosotros mismos. Haz que ceda todo, que desaparezcan todos los obstáculos que toda rodilla se doble y todo corazón se declare vencido ante Jesucristo, Verbo eterno del Padre, Hijo de Dios e Hijo de María, nuestro Redentor, nuestro Juez, nuestro soberano bien.

¡Oh glorioso Ambrosio! humíllanos como humillaste a Teodosio; levántanos contritos y arrepentidos, como a él le levantaste con tu pastoral caridad.

Ruega por el Sacerdocio católico, del que eres gloria eterna. Pide a Dios para los Sacerdotes y Obispos de la Iglesia, esa humilde e inflexible fortaleza con la que deben resistir a los poderes seculares, cuando abusan de la autoridad que Dios ha puesto en sus manos. Haz *que sea su frente,* como dice el Señor, *dura como el diamante;* que sepan *oponerse como un muro para la casa de Israel;* que consideren como el mayor honor y su mejor suerte, el poder exponer sus bienes, su tranquilidad y su vida, en favor de la libertad de la Esposa de Cristo.

¡Campeón esforzado de la verdad! ármate de ese látigo vengador que te ha dado la Iglesia como atributo, y arroja fuera del redil de Jesucristo a esos restos inmundos del arrianismo que aparecen aún en nuestros días con diversos nombres. Haz que no sean más atormentados nuestros oídos por las blasfemias de esos hombres soberbios que se atreven a medir por su talla, a juzgar, absolver y condenar como a un semejante suyo al Dios temible que les creó y que sólo por amor a su criatura se dignó descender y acercarse al hombre, aun a trueque de ser por él despreciado.

Aleja de nuestras almas, oh Ambrosio, esas cobardes e imprudentes teorías que hacen olvidar a muchos cristianos que Jesús es Rey de este mundo, induciéndolos a creer que una ley humana que reconociese iguales derechos al error y a la verdad podría ser lo más perfecto para las sociedades. Haz que comprendan como tú, que si los derechos del Hijo de Dios y de su Iglesia pueden ser a veces atropellados, no por eso dejan de existir; que la convivencia de todas las religiones con unos mismos derechos, es el insulto más cruel para Aquel "a quien ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra"; que las sucesivas catástrofes de la sociedad son la respuesta que Dios da desde lo alto del cielo, a los que desprecian el Derecho cristiano, ese Derecho que El conquistó muriendo en la Cruz por los hombres;

finalmente, que, si no depende de nosotros el restaurar ese sagrado Derecho en las naciones que han tenido la desgracia de rechazarlo, tenemos con todo eso la obligación de confesarlo con valentía, so pena de ser cómplices de los que no quisieron que Jesús reinara sobre ellos.

Consuela también oh Ambrosio en medio de las tinieblas que invaden el mundo, consuela a la Santa Iglesia que aparece como extraña y peregrina en medio de esas naciones de que fué madre y que han renegado de ella; haz que, en su camino, recoja aún entre los fieles las flores de la virginidad; que sea como el imán de las almas puras que saben apreciar la dignidad de las Esposas de Cristo. Así fué en los días gloriosos de las persecuciones, que señalaron el comienzo de su ministerio; séale dado también ahora consagrar a su Esposo una numerosa selección de corazones puros y generosos, para que su fecundidad sea vista por todos los que la abandonaron como a madre estéril, y que algún día sentirán cruelmente su ausencia.

* * *

Consideremos el último preparativo para la venida del Mesías al mundo: la paz universal. El silencio ha sucedido de repente al estruendo de las armas, y el mundo se reconcentra en sí mismo, esperando. "Ahora bien, nos dice San Buenaventura en uno de sus Sermones de Adviento,

debemos señalar tres silencios: el primero, en tiempo de Noé cuando perecieron todos los pecadores en el diluvio; el segundo, en tiempo de César Augusto, cuando quedaron sometidas todas las naciones; finalmente el tercero que se hará a la muerte del Anticristo, cuando se conviertan todos los Judíos." ¡Oh Jesús, Rey pacífico, es tu deseo que, al bajar a la tierra, esté en paz todo el mundo! Lo anunciaste ya por el Salmista, tu abuelo según la carne, cuando, hablando de ti dijo: "Hará cesar la guerra en todo el mundo; quebrará el arco, destruirá las armas, y arrojará al fuego los escudos." (Salmo XLV, 10.) ¿Qué quiere decir todo esto, oh Jesús, sino que al hacer tu visita te gusta hallar corazones atentos y silenciosos? Antes de acercarte a un alma, tienes por costumbre conmoverla misericordiosamente, como hiciste con el mundo antes de aquella paz universal; luego le concedes la paz y por fin tomas posesión de ella. Ven, pues, a someter cuanto antes a nuestras rebeldes potencias, a humillar el orgullo de nuestra alma, a crucificar nuestra carne, y animar la flojera de nuestra voluntad, para que tu entrada en nosotros sea solemne, como la de un conquistador en una plaza fuerte rendida tras largo asedio. ¡Oh Jesús!, Príncipe de la Paz, concédenos esa Paz; establece tu morada en nuestros corazones de una manera fija, como la estableciste en la creación, para reinar en ella eternamente.

EL MISMO DÍA

VIGILIA DE LA INMACULADA CONCEPCION

La devoción que Pío IX tuvo al dogma de la Inmaculada Concepción, hizo que señalara una Vigilia para su fiesta del 8 de diciembre. Su objeto es, como nos lo indican las oraciones de la Misa, prepararnos a su fiesta "por medio de la huída del pecado y la pureza del corazón". Los textos de esta Misa se encuentran en el Misal; la asistencia al Santo Sacrificio en honor del gran privilegio de María será para nuestras almas el mejor medio de demostrar a Nuestra Señora nuestro filial cariño, y de honrarla con las disposiciones que la Iglesia nos recomienda.

8 DE DICIEMBRE

LA INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTISIMA VIRGEN

La fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen es la más solemne de todas las que celebra la Iglesia en el Santo tiempo de Adviento; ninguno de los Misterios de María más a propósito, y conforme con las piadosas preocupaciones de la Iglesia durante este místico pe-

ríodo de expectación. Celebremos, pues, esta fiesta con alegría, porque la Concepción de María anuncia ya el próximo Nacimiento de Jesús.

Es intención de la Iglesia en esta fiesta, no sólo el celebrar el aniversario del momento en que comenzó la vida de la gloriosa Virgen María en el seno de la piadosa Ana, sino también honrar el sublime privilegio en virtud del cual fué preservada María del pecado original, al que se hallan sujetos, por decreto supremo y universal, todos los hijos de Adán, desde el instante en que son concebidos en el seno de sus madres. La fe de la Iglesia católica, solemnemente reconocida como revelada por el mismo Dios, el día para siempre memorable del 8 de diciembre de 1854, esa fe que proclamó el oráculo apostólico por boca de Pío IX, con aclamaciones de toda la cristiandad, nos enseña que el alma bendita de María no sólo no contrajo la mancha original, en el momento en que Dios la infundió en el cuerpo al que debía animar sino que fué llena de una inmensa gracia, que la hizo desde ese momento, espejo de la santidad divina, en la medida que puede serlo una criatura.

Semejante suspensión de la ley dictada por la justicia divina contra toda la descendencia de nuestros primeros padres, fué motivada por el respeto que tiene Dios a su propia santidad. Las relaciones que debían unir a María con la divinidad, relaciones no sólo como Hija del Padre

celestial, sino como verdadera madre de su Hijo, y Santuario inefable del Espíritu Santo; todas esas relaciones, decimos, exigían que no se hallase ninguna mancha ni siquiera momentánea en la criatura que tan estrechos vínculos había de tener con la Santísima Trinidad, y que ninguna sombra hubiese empañado nunca en María, la perfecta pureza que el Dios tres veces santo quiere hallar aun en los seres a los que llama a gozar en el cielo de su simple visión; en una palabra, como dice el gran Doctor San Anselmo: "Era justo que estuviese adornada de tal pureza que no se pudiera concebir otra mayor, sino la del mismo Dios", porque a ella habíala de entregar el Padre a su Hijo, de tal manera, que ese Hijo habría de ser por naturaleza, Hijo común y único de Dios y de la Virgen; era esta Virgen la elegida por el Hijo para hacer de ella substancialmente su Madre, y en su seno quería obrar el Espíritu Santo la concepción y Nacimiento de Aquel de quien El mismo procedía." *(De Conceptu Virginali,* CXVIII.)

Del mismo modo, presentes al pensamiento del Hijo de Dios las relaciones que habían de ligarle a María, relaciones inefables de cariño y respeto filial, nos obligan a concluir que el Verbo divino sintió por la Madre que había de tener en el tiempo, un amor infinitamente mayor al que podía sentir por los demás seres creados por su poder. Sobre todo quiso la honra de Ma-

ría, que había de ser su Madre, y que lo era ya en sus eternos y misericordiosos designios. El amor del Hijo guardó, por consiguiente a la Madre; y aunque ella en su sublime humildad no rechazó la sumisión a todas las condiciones impuestas por Dios a las demás criaturas, ni el sujetarse a las exigencias de la ley mosaica que no había sido dictada para ella; con todo, la mano de su divino Hijo derribó en su favor la humillante barrera que detiene a todos los hijos de Adán que vienen a este mundo, cerrándoles el camino de la luz y de la gracia, hasta que son regenerados en un nuevo nacimiento.

No debía hacer el Padre celestial por la segunda Eva, menos de lo que había hecho por la primera, creada lo mismo que el primer hombre, en estado de justicia original que no supo conservar. El Hijo de Dios no podía consentir que la mujer de la que iba a tomar su naturaleza humana, tuviese nada que envidiar a la que fué madre de la prevaricación. El Espíritu Santo que debía cubrirla con su sombra y fecundarla con su acción divina, no podía permitir que su Amada estuviese un solo momento afeada con la vergonzosa mancha con que todos somos concebidos. La sentencia es universal: pero la Madre de Dios debía quedar libre. Dios autor de la ley, Dios que libremente la dictó ¿no había de ser dueño de exceptuar de ella a la criatura a la que había

determinado unirse con tantos lazos? Lo podía, lo debía: luego lo hizo.

¿No era esta la gloriosa excepción que él mismo anunciaba cuando comparecieron ante su divina majestad ofendida, los dos prevaricadores de los que todos descendemos? La misericordiosa promesa descendía sobre nosotros, al caer la maldición sobre la serpiente. "Pondré enemistad, decía Dios, entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya; ella aplastará tu cabeza." De esta forma anunciaba al género humano la redención, como una victoria sobre Satanás; y la mujer era la encargada de conseguir esta victoria para todos nosotros. Y no se diga, que este triunfo ha de lograrlo sólo el hijo de la mujer; nos dice el Señor que *la enemistad de la mujer contra la serpiente será personal,* y que *aplastará la cabeza* del odioso reptil con su pie vencedor; en una palabra, que la segunda Eva será digna del segundo Adán, y triunfadora como él; que el género humano será un día vengado, no sólo por el Dios hecho hombre, sino también por la Mujer exenta milagrosamente de toda mancha de pecado, de manera que vuelva a aparecer la creación primitiva en *justicia y santidad. (Efes.,* IV 24) como si no hubiese sido cometido un primer pecado.

Alzad, pues, la cabeza, hijos de Adán, y sacudid vuestras cadenas. Hoy ha quedado aniquilada la humillación que sobre vosotros pesaba.

Ahí tenéis a María, de vuestra carne y de vuestra sangre, que ha visto retroceder ante si el torrente del pecado que inunda a todas las generaciones: el hálito del infernal dragón ha sido desviado para que no la manche: en ella ha sido restaurada la dignidad primera de vuestro origen. Saludad, pues, el bendito día en que fué renovada la pureza original de vuestra sangre; ha sido creada la segunda Eva, y dentro de poco tiempo, de su sangre, que es igual que la vuestra, fuera del pecado, os va a dar al Dios-Hombre que procede de ella según la carne, y de Dios por generación eterna.

Y ¿cómo no admirar la pureza incomparable de María en su concepción inmaculada, cuando oímos en el Cántico sagrado, que el mismo Dios que la preparó para ser Madre suya, la dice con acento impregnado de amor: "Toda hermosa eres, Amada mía, no hay en ti mancha alguna." *(Cant.,* IV, 7)? Es la santidad de Dios quien habla; el ojo que todo lo penetra, no encuentra en María rastro alguno, ni cicatriz de pecado; por eso se regocija con ella y la felicita por el don que la ha otorgado. ¿Nos extrañaremos después de eso, que Gabriel, bajado del cielo para comunicarla el divino mensaje, quedase admirado ante el espectáculo de aquella pureza cuyo punto de partida había sido tan glorioso como infinito su perfeccionamiento; nos extrañaremos de que se inclinara profundamente ante semejante mara-

villa, y exclamase: "DIOS TE SALVE MARÍA, LLENA ERES DE GRACIA?" Gabriel vive vida inmortal en medio de las magnificencias de la creación y de todos los tesoros celestiales; es hermano de los Querubines y de los Serafines, Tronos y Dominaciones; su mirada se pasea de contínuo por las nueve jerarquías de los Angeles donde la luz y la santidad resplandecen con soberanos destellos, y crecen de grado en grado; mas, he aquí que en la tierra, y en una criatura de condición inferior a los Angeles, ha encontrado *la plenitud de la gracia,* de esa gracia que aun a los Espíritus celestiales les ha sido dada con medida, y de la que goza María desde el primer instante de su creación, por ser la futura Madre de Dios, siempre santa, siempre pura, siempre inmaculada.

Esta verdad, revelada a los Apóstoles por el Hijo divino de María, recogida por la Iglesia, enseñada por los santos Doctores, y creída por el pueblo cristiano con una fidelidad constante, estaba de suyo contenida en la misma noción de Madre de Dios. Confesar a María Madre de Dios, era ya creer implícitamente que la mujer destinada a llevar ese título, no había tenido nunca nada de común con el pecado, y que había hecho Dios una excepción con ella preservándola. Pero, en lo sucesivo el honor de María se apoya ya en el fallo explícito dictado por el Espíritu Santo. Pedro ha hablado por boca de Pío IX;

y cuando Pedro habla, todos los fieles deben creer; porque el Hijo de Dios afirmó: "He rogado por ti, Pedro, para que tu fe no decaiga." *(S. Lucas,* XXII, 32); y también: "Yo os enviaré el Espíritu de la verdad, que permanecerá siempre con vosotros, y os recordará todo lo que yo os he enseñado." *(S. Juan,* XIV, 26.)

Por consiguiente, nuestro símbolo posee, no una nueva verdad, sino una nueva luz sobre una verdad que ya era objeto de universal creencia. La infernal serpiente sintió de nuevo en ese día la planta triunfante de la Virgen Madre, y el Señor se dignó concedernos la mejor prenda de su misericordia. Señal es de que aún ama a la tierra, pues tuvo a bien iluminarla con uno de los más bellos rayos de la gloria de su Madre. Y ¡cómo se estremeció de gozo el mundo! Fué un verdadero acontecimiento lo sucedido a mitad del siglo XIX; en adelante, podremos vivir más confiados, pues si el Espíritu Santo nos previene que debemos temer los tiempos en que *disminuyen las verdades* entre los hijos de los hombres, parece decirnos también con eso, que podemos considerar como días felices aquellos en que veamos que las verdades *aumentan* entre nosotros en luz y autoridad. Antes de la solemne proclamación de este dogma, confesábalo ya la Santa Iglesia con la celebración de su fiesta en este día. Es verdad que no se la llamaba *inmaculada Concepción,* sino simplemente la *Concep-*

ción de María. Con todo, el hecho de su institución y celebración demostraba ya suficientemente la creencia del pueblo cristiano. San Bernardo y el Doctor Angélico Santo Tomás, están de acuerdo en enseñar que la Iglesia no puede celebrar la fiesta de lo que no es santo; por eso, la Concepción de María, celebrada por la Iglesia desde tiempo inmemorial, debió ser santa e inmaculada. Si la Natividad de María es objeto de una fiesta en la Iglesia, es porque María nació llena de gracia; por consiguiente, si el primer instante de su existencia hubiese sido afeado por la mancha original, su Concepción no hubiera podido ser objeto de culto. Ahora bien, hay pocas fiestas tan generales y más firmemente establecidas en la Iglesia que la que hoy celebramos.

¿No habían de poner los hombres toda su dicha en honrarte, oh divina aurora del Sol de justicia? ¿No eres tú en estos días, la mensajera de su redención? ¿No eres tú, oh María, la radiante esperanza que va a brillar de repente hasta en el centro del abismo de la muerte? ¿Qué sería de nosotros sin Cristo que viene a salvarnos?, pues tú eres su Madre queridísima, la más santa de las criaturas, la más pura de las vírgenes, la más amorosa de las Madres.

¡Oh María, cuán deliciosamente recreas con tus suaves destellos nuestros ojos fatigados! Pasan los hombres de generación en generación sobre la tierra; miran al cielo inquietos, esperando

en cada momento ver apuntar en el horizonte el astro que ha de librarles del horror de las tinieblas; pero la muerte viene a cerrar sus ojos antes de que puedan siquiera entrever el objeto de sus deseos. Estaba reservado a nosotros el contemplar tu radiante salida ¡oh esplendoroso lucero matutino, tus rayos benditos se reflejan en las olas del mar y le devuelven la calma después de las noches tormentosas! Prepara nuestra vista para que pueda contemplar el potente resplandor del Sol divino que viene detrás de ti. Dispón nuestros corazones, ya que quieres revelarte a ellos. Pero, para que podamos contemplarte, es necesario que sean puros nuestros corazones; purifícalos, pues ¡oh purísima Inmaculada! Quiso la divina Sabiduría que, entre todas las fiestas que dedica la Iglesia a honrarte, se celebrase la de tu Inmaculada Concepción en el tiempo de Adviento, para que, conociendo los hijos de la Iglesia el celo con que te alejó el Señor de todo contacto con el pecado, en consideración a Aquel de quien debías ser Madre, se preparasen también ellos a recibirle, por medio de la renuncia absoluta a todo cuanto significa pecado o afecto al pecado. Ayúdanos oh María, a realizar este gran cambio. Destruye en nosotros, por tu Concepción Inmaculada, las raíces de la concupiscencia y apaga sus llamas, humilla las altiveces de nuestro orgullo. Acuérdate que si

Dios te eligió para morada suya, fué únicamente como medio para venir luego a morar en nosotros.

¡Oh María, Arca de la alianza, hecha de madera incorruptible, revestida de oro purísimo! ayúdanos a corresponder a los inefables designios de Dios, que después de haberse honrado en tu pureza incomparable, quiere también serlo en nuestra miseria; pues sólo para hacer de nosotros su templo y su más grata morada nos ha arrebatado al demonio. Ven en ayuda nuestra, tú que, por la misericordia de tu Hijo, jamás conociste el pecado. Recibe en este día nuestras alabanzas. Tú eres el Arca de salvación que flota sobre las aguas del diluvio universal; el blanco vellón, humedecido por el rocío del cielo, mientras toda la tierra está seca; la Llama que no pudieron apagar las grandes olas; el Lirio que florece entre espinas; el Jardín cerrado a la infernal serpiente; la Fuente sellada, cuya limpidez jamás fué turbada; la casa del Señor, sobre la que tuvo siempre puestos sus ojos, y en la que jamás entró nada con mancilla; la mística Ciudad, *de la que se cuentan tantos prodigios*. (Salmo. LXXXVI.) ¡Oh María! nos es grato repetir tus títulos de gloria, porque te amamos, y la gloria de la Madre pertenece también a los hijos. Sigue bendiciendo y protegiendo a cuantos te honran en este augusto privilegio, tú que fuis-

te concebida en este día; y nace cuanto antes, concibe al Emmanuel, dale a luz y muéstrale a los que le amamos.

MISA

El Introito es un canto de acción de gracias, tomado de Isaías y David. Celebra en él María los excelsos dones con que el Señor la honró, y la victoria que alcanzó sobre el infierno.

INTROITO

Gozosa me regocijo en el Señor, y mi alma se alegra en mi Dios: porque me vistió con vestidos de salud: y me cubrió con manto de justicia, como a una Esposa adornada con sus joyas. *Salmo:* Te exaltaré, Señor, porque me recibiste: y no alegraste a mis enemigos sobre mí. — ℣. Gloria al Padre.

La Colecta nos ofrece la aplicación moral del misterio. María fué preservada de la mancha del pecado original porque iba a ser la morada del Dios tres veces Santo. Este pensamiento debe animarnos a acudir a la divina bondad, para conseguir la purificación de nuestras almas.

ORACION

Oh Dios, que por la inmaculada Concepción de la Virgen, preparaste a tu Hijo una digna morada: suplicámoste que, así como la preservaste a ella de toda mancha, por la muerte prevista de tu mismo Hijo, hagas que también nosotros, por su intercesión, lleguemos a ti puros. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección del libro de la Sabiduría. (Prov. VIII, 22-35.)

El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos, antes que hiciera nada en el comienzo. Fuí decretada eternamente, y desde el principio, antes que fuera hecha la tierra. Aún no existían los abismos, y yo había sido ya concebida: aún no habían brotado las fuentes de las aguas: aún no habían sido asentados los montes con su pesada mole: yo fuí engendrada antes que los collados: aún no había hecho la tierra, ni los ríos, ni los quicios del orbe de la tierra. Cuando preparaba los cielos, allí estaba yo: cuando ceñía los abismos con valla y ley inmutable: cuando afirmaba los astros arriba, y nivelaba las fuentes de las aguas: cuando ponía sus términos al mar y dictaba la ley a las aguas, para que no pasaran de sus límites: cuando pesaba los fundamentos de la tierra. Con El estaba yo ordenándolo todo: y me deleitaba todos los días jugando delante de El todo el tiempo: jugando en el orbe de las tierras: y mis delicias eran estar con los hijos de los hombres. Ahora, pues, hijos, oídme: Bienaventurados los que guardan mis caminos. Escuchad el consejo y sed sabios,y no lo despreciéis. Bienaventurado el varón que me oye, y que vela todos los días a mi puerta, y que guarda los umbrales de mi casa. El que me encontrare a mí, encontrará la vida, y beberá la salud en el Señor.

Enséñanos el Apóstol, que Jesús, nuestro Emmanuel, es *el primogénito de toda criatura. (Col.,* I, 15.) Este profundo vocablo significa que el Verbo que, como Dios, es engendrado por el Padre desde toda la eternidad, en cuanto hom-

bre, es anterior a todos los seres creados. Con todo, habiendo salido el mundo de la nada, cuando el Hijo de Dios se unió a la naturaleza creada, hacía ya muchos siglos que el género humano habitaba la tierra. Se trata, pues, del pensamiento divino, y no del orden temporal, al hablar aquí de la anterioridad del Hombre-Dios a toda criatura. Primeramente determinó el Todopoderoso dar a su eterno Hijo una naturaleza creada, la naturaleza humana, y como consecuencia de esta determinación, resolvió crear todos los demás seres espirituales y corporales, para que estuvieran bajo su dominio. He ahí la razón por la cual, la divina Sabiduría, el Hijo de Dios, insiste tanto en el trozo de la sagrada Escritura que la Iglesia nos propone hoy, y que acabamos de leer, sobre su existencia, anterior a todas las criaturas que forman parte del universo. En cuanto Dios, es engendrado en el seno del Padre desde toda la eternidad; en cuanto hombre, estaba en la mente de Dios como modelo de todas las criaturas, antes de que estas salieran de la nada. Pero para ser un hombre como nosotros, según lo reclamaba el decreto divino, debía el Hijo de Dios nacer en el tiempo y nacer de una Madre: esta Madre, por tanto, estuvo presente en el pensamiento de Dios desde toda la eternidad, como el medio de que se había de servir el Verbo para tomar la naturaleza humana; Madre e Hijo están, pues, unidos en el

mismo plan de la Encarnación; María estuvo, por tanto, presente lo mismo que Jesús, en el decreto divino, antes de que la creación saliese de la nada. He ahí por qué, desde los primeros siglos del cristianismo, reconoció la Santa Iglesia en este sublime trozo del sagrado texto, la voz de la Madre unida a la del Hijo, queriendo que fuera leído en las reuniones de los fieles y fiestas de la madre de Dios lo mismo que otros pasos análogos de la sagrada Escritura. Pues, si María participa así en los planes eternos, si en cierto sentido es como su Hijo, anterior a toda criatura ¿podía Dios permitir que estuviese sujeta al pecado original como toda la raza humana? Cierto, que no había de nacer hasta determinado tiempo, lo mismo que su Hijo; pero la gracia se encargaría de desviar el curso del torrente que anega a todos los hombres, para que no fuera tocada en lo más mínimo, y pudiese transmitir a su hijo que debía ser también el Hijo de Dios, el ser humano primitivo, *creado en santidad y justicia*.

El Gradual está compuesto de los elogios que dirigieron a Judit los ancianos de Betulia, cuando aquella mató al enemigo de su pueblo. Judit es una de las figuras de María, que aplastó la cabeza de la serpiente.

El Verso del Aleluya aplica a María las palabras del Cantar de los Cantares, donde se declara a la Esposa, hermosísima y sin mancha.

GRADUAL

Bendita eres tú, oh Virgen María, del Señor Dios excelso, sobre todas las mujeres en la tierra. — ℣. Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú el honor de nuestro pueblo.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Toda hermosa eres, María; y no está en ti la mancha original. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas. (I, 26-28.)

En aquel tiempo fué enviado por Dios el Angel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una Virgen desposada con un varón llamado José, de la casa de David, y el nombre de la Virgen era María. Y, habiendo entrado el Angel a ella, dijo: Salve, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú entre las mujeres.

Este es el saludo que trae a María el Arcángel bajado del cielo. Todo en él respira admiración y el más profundo respeto. Nos dice el santo Evangelio que la Virgen se turbó al oír estas palabras, y que se preguntaba a sí misma el significado de aquel saludo. Las sagradas Escrituras nos dan cuenta de otros muchos saludos y ninguno contiene tales alabanzas, como hacen notar los Padres, entre otros San Ambrosio, y San Andrés de Creta, siguiendo a Orígenes. Debióle, pues, extrañar a la prudentísima Vigen un

lenguaje tan halagador, y sin duda pensó, como observan los autores antiguos, en el diálogo de Eva con la serpiente en el paraíso. Quedóse, pues, en silencio, y esperó para contestar a que el Angel hablase por segunda vez.

No obstante eso, Gabriel se había expresado no sólo con elocuencia, sino con toda la profundidad de un Espíritu celestial iniciado en los divinos designios; en su lenguaje sobrehumano anunciaba que había llegado el momento en que Eva debía trasformarse en María. Tenía ante él a una mujer, destinada a la más sublime grandeza, a ser la futura Madre de Dios; pero, en aquel solemne momento era todavía una simple hija de los hombres. Calculad ahora la santidad de María en ese primer estado tal como la describe Gabriel; fácilmente comprenderéis que ya se ha realizado la profecía hecha por Dios en el paraíso terrenal.

Declárala el Arcángel, *llena de gracia*. ¿Qué significa eso sino que esta segunda mujer posee en sí aquello de que el pecado privó a la primera? Y notad que no dice solamente que en ella obra la gracia divina, sino que está repleta de ella. "En los demás reside la gracia, dice San Pedro Crisólogo, pero en María habita la plenitud de la gracia." Todo en ella resplandece con pureza divina y ninguna sombra de pecado ha empañado nunca su hermosura. ¿Queréis penetrar el alcance de la expresión angélica? Preguntádselo

a la lengua de que se sirvió el narrador de esa escena. Según los gramáticos, la palabra que emplea va aún más lejos de lo que nosotros indicamos con la expresión "llena de gracia". No sólo se refiere al estado presente, sino también al pasado; es una asimilación nativa de la gracia, un don pleno y perfecto, una permanencia total. El término perdió necesariamente su energía al traducirlo.

Si tratamos de buscar un texto análogo en la Escritura, para penetrar mejor en el sentido de la expresión por medio de una confrontación, podemos encontrarlo en el Evangelista San Juan. Al hablar de la humanidad del Verbo encarnado, la describe con una sola palabra: dice, que está "*llena de gracia y de verdad*". ¿Sería real esa plenitud, si hubiera existido un solo instante, en que el pecado hubiera ocupado el lugar de la gracia? ¿Podríase llamar *lleno* de gracia quien hubiera tenido necesidad de ser purificado? Naturalmente hay que considerar respetuosamente la distancia que separa a la humanidad del Verbo encarnado, de la persona de María, en cuyo seno tomó el Hijo de Dios esa humanidad; pero el sagrado texto nos fuerza a confesar que en la una y en el otro reinó la plenitud de la gracia, proporcionalmente.

Continúa Gabriel enumerando los tesoros sobrenaturales de María. "El Señor es contigo", la dice. ¿Qué significa eso sino que antes de con-

cebirle en su casto seno, ya le posee en su alma? Ahora bien, podrían subsistir esas palabras si hubiéramos de entender, que su unión con Dios no fué perpetua, y que sólo se efectuó después de la expulsión del pecado. ¿Quién osaría afirmarlo? ¿Quién osaría pensarlo, siendo el lenguaje del Angel tan majestuoso? ¿No se siente aquí con evidencia el contraste entre Eva, donde el Señor no mora, y la segunda mujer, la cual le recibió en si como Eva desde el primer momento de su existencia, y le conservó con fidelidad, permaneciendo siempre en su estado primitivo?

Para captar aún mejor el propósito de las palabras de Gabriel con las que acaba de anunciar la realización de la profecía divina, señalando aquí a la mujer prometida, como instrumento de la victoria sobre Satanás, escuchemos las últimas palabras del saludo. "Bendita tú eres entre las mujeres": ¿qué quiere decir esa frase sino que, hallándose todas las mujeres comprendidas en la maldición lanzada sobre Eva, y condenadas a dar a luz con dolor, es ésta la única que fué siempre bendita, que fué siempre enemiga de la serpiente, y que dará a luz sin dolor el fruto de sus entrañas?

La Concepción inmaculada está, pues, implícita en el saludo de Gabriel, y ahora comprendemos por qué ha elegido la Santa Iglesia este trozo del Evangelio para leérselo hoy a los fieles.

Después del canto triunfal del Símbolo de la fe, entona el coro el Ofertorio, compuesto con palabras del saludo angélico. Digamos a María con Gabriel: Verdaderamente eres llena de gracia.

OFERTORIO

Salve, María, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú entre las mujeres, aleluya.

SECRETA

Acepta, Señor, la saludable hostia que te ofrecemos en la fiesta de la inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, y haz que, así como confesamos que, con tu gracia preveniente la preservaste a ella inmune de toda mancha, así, por su intercesión, seamos libertados de todas las culpas. Por el Señor.

Para demostrar su entusiasmo, no se contenta la Iglesia con la acción de gracias ordinaria en su Prefacio; tiene que unir a sus alegres acentos el recuerdo de la Virgen gloriosa y Madre de Dios, cuya Concepción es principio de su esperanza y anuncio de la próxima aparición de la *Luz eterna*.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todas partes, te demos gracias a ti, Señor Santo, Padre Omnipotente, eterno Dios. Y que te alabemos, bendigamos y prediquemos en la Concepción inmaculada de la Bienaventurada siempre Virgen María. La cual concibió a tu Unigénito por virtud del Espíritu Santo, y permaneciendo (en ella) la gloria

de la virginidad, dió al mundo la Luz eterna, a Jesucristo, Nuestro Señor. Por quien a tu majestad alaban los Angeles, le adoran las Dominaciones, la temen las Potestades. Los cielos y las Virtudes de los cielos, y los santos Serafines la celebran con igual exultación. Con los cuales, te suplicamos, admitas también nuestras voces, diciendo con humilde confesión: ¡Santo, Santo, Santo!

Durante la Comunión, se une la Iglesia a David para proclamar con él, las grandezas de la mística Ciudad de Dios.

COMUNION

Gloriosas cosas se han dicho de ti, María; porque te hizo grandes cosas el que es poderoso.

POSCOMUNION

Haz, Señor Dios nuestro, que los Sacramentos, que hemos recibido, reparen en nosotros las heridas de aquella culpa, de la cual preservaste inmaculada de un modo singular la Concepción de la Bienaventurada María. Por el Señor.

9 DE DICIEMBRE

SEGUNDO DIA DE LA OCTAVA DE LA INMACULADA CONCEPCION

Meditemos en María Inmaculada que viene al mundo nueve meses después de su Concepción, alentando más cada día las esperanzas de los

hombres. Admiremos la *plenitud de la gracia* que Dios puso en ella, y contemplemos a los santos Angeles envolviéndola en amoroso respeto como a futura Madre de quien ha de ser jefe de la naturaleza angélica lo mismo que de la humana. Vayamos con esta augusta Reina al templo de Jerusalén, donde es presentada por sus padres, San Joaquín y Santa Ana. A los tres años comienza ya a conocer los secretos del amor divino. "Levantábame siempre a media noche, dijo ella a Santa Isabel de Hungría en una revelación, e iba ante el Altar del Templo para pedir a Dios la gracia de poder observar todos sus mandamientos y de hacer en todo su beneplácito. Pedíale sobre todo, que me concediese ver el tiempo en que había de vivir la Virgen Santísima que debía dar a luz al Hijo de Dios. Rogábale me conservase los ojos para verla, mi lengua para ensalzarla, mis pies para obedecer sus mandatos y mis rodillas para adorar al Hijo de Dios entre sus brazos."

Tú misma eras, oh María, esa Virgen digna por siempre de alabanza. Pero el Señor te lo ocultaba aún; y tu celestial humildad no podía permitir que tu pensamiento se detuviera un instante en la idea de que tan alta dignidad pudiera estar reservada para ti. Además, no eras ya libre ante el Señor; la primera y única entre las hijas de Israel, habías renunciado para siempre a la honra de pretender un favor tan excelso,

por temor de que tan feliz privilegio de ser Madre del Mesías, perjudicase, aunque fuera ligeramente, al voto de virginidad que te ligaba a Dios. Tu matrimonio con el casto José, fué por tanto, un triunfo más de tu incomparable virginidad siendo al mismo tiempo conforme a los decretos de la Sabiduría divina, un medio inefable de proporcionarte apoyo en las sublimes necesidades que bien pronto iban a sobrevenirte. Seguímoste ¡oh Esposa de José! hasta tu casa de Nazaret, donde se va a deslizar tu humilde vida; te contemplamos allí como *la Mujer fuerte* de la Escritura, dedicándote a tus quehaceres, y siendo objeto de las complacencias del Padre y de los Angeles. Recogemos tus oraciones en favor de la venida del Mesías, tus homenajes a su futura Madre; y, suplicándote nos asocies al mérito de tus deseos del divino Libertador, nos atrevemos a saludarte como a la Virgen anunciada por Isaías, a la que únicamente pertenece la alabanza y el amor de la *Ciudad redimida*.

EL MISMO DÍA

SANTA LEOCADIA, VIRGEN Y MARTIR
(† 304-345)

Distínguese en Toledo a principios del siglo IV, por su gentileza y gracia singular, la no-

ble doncella Leocadia, del número de las *vírgenes consagradas;* llamábanse así las que hacían profesión de virginidad y vivían con sus familias, edificando a los suyos y vecinos con la práctica de la virtudes cristianas. No era entonces común que las doncellas vivieran a parte en asceterios sujetas a regla y superiora que las custodiara y gobernara.

Las actas del martirio de Leocadia dicen que sus padres eran cristianos, y de noble linaje. Es natural que educaran a la niña con mucho esmero en el santo temor de Dios. Creció en sabiduría y gracia ante Dios y los hombres de manera que toda la ciudad de Toledo la tenía por un prodigio de santidad, y hasta los mismos paganos la miraban como la doncella más cabal de toda la comarca. Su modestia infundía veneración en todos y sentimientos de gran respeto. Su gracioso donaire, su caridad y compasión hacia los menesterosos y su diferencia para con todos, cuyas prendas realzaba una hermosura incomparable, convertíanla en el encanto universal de todos cuantos la veían u oían relatar sus virtudes.

Llegó a principios del siglo IV a Toledo, el pretor Daciano, gobernador de la Tarraconense, hombre crudelísimo y enemigo encarnizado de la religión cristiana, gran adulador de los emperadores. Por congraciarse con ellos, a la vez que satisfacía los feroces instintos propios de fiera

sanguinaria, se ensañó contra los cristianos españoles con todo género de tormentos inauditos que inventó su satánica vesania, pasando de diecisiete mil los mártires que individualmente comparecieron ante su monstruoso tribunal.

Pronto llegó a sus oídos la fama de la virgen Leocadia; dijéronle que era una joven hermosísima, cuyos antepasados habían desempeñado hasta entonces los primeros cargos públicos; que poseía muy agudo ingenio, muchas y raras prendas que la hacían extremadamente amable y agraciada. "Pero es cristiana, añadieron, y como tiene embelesado al pueblo con su virtud modestia y pureza de costumbres, predica su religión, y con sus palabras y ejemplo desacredita grandemente el culto de los dioses."

Pensó Daciano lograr instantáneamente la apostasía de los fieles toledanos si conseguía persuadir a aquella joven cristiana que en opinión de todos era la más celosa y popular, y mandó que al punto se la trajesen.

Cuando Leocadia supo que la llamaba el gobernador pensó en prepararse para el martirio. Renovó con amor supremo la consagración de su virginidad al Señor y le ofreció generosa con fervor su vida en sacrificio. Fué luego al palacio, e intrépida se presentó a Daciano, radiante de virtud y de hermosura. Al verla entrar tan noble y digna, quedó el tirano como suspenso y ad-

mirado, y la recibió con muestras de honor y deferencia.

"Informado estoy, le dijo, de la nobleza de tu linaje, y de los grandes servicios prestados a la República por tus antepasados, y de las raras prendas que adornan tu propia persona; se quedaron cortos los que me las ponderaron. Yo mismo daré parte al emperador del tesoro que se oculta en la ciudad de Toledo. Sigue, pues, mi consejo; deja ya de una vez esa religión que profesas; con esto te favoreceré cuanto pueda, te llevaré a la corte de nuestros augustísimos emperadores y serás de ellos y de todos los patricios romanos muy honrada. Añadió otras razones para apartarla de la fe, y a todo, después de escuchar atenta y sosegada el alegato del juez, contestó Leocadia con tal aplomo, gracia y elocuencia, que todos los presentes quedaron admirados y dieron a entender que aprobaban cuanto había dicho, incluso Daciano mismo. Pero... temió el impío desagradar al emperador y perder su gracia si se mostraba benévolo con los cristianos, y juzgó era vergonzosa cobardía ceder a las razones de una doncellita cristiana; el odio y la soberbia ahogaron la voz de su conciencia."

"Anda, vil esclava, gritó con voz atronadora, eres indigna de pertenecer a la noble familia de que desciendes." Vuélvese luego a los soldados que le rodeaban y les dijo: "Puesto que esa mu-

jerzuela dice gloriarse de ser esclava de un galileo muerto en una cruz, tratadla como a esclava, azotadla sin piedad." Tomáronla por su cuenta los soldados, la desnudaron y de tal manera la trataron, que su cuerpo quedó terriblemente llagado y afeado. La virgen no exhalaba la menor queja, antes se mostraba alegre, rogaba por los verdugos y daba gracias al Señor que la escogía para dar testimonio de su gloria.

No era intento de Daciano acabar con la santa doncella con aquel tormento, y mandó la encerraran en lóbrego y hediondo calabozo, esperando triunfar de su constancia. Regocijóse Leocadia al oír el nuevo mandato del presidente y con paso decidido caminó hacia la cárcel, ufana de padecer nuevos tormentos por amor de Jesucristo.

Advirtió al pasar, que algunos cristianos y no pocos gentiles lloraban al ver tan lastimado su cuerpo virginal por los azotes. Ea soldados de Cristo, les gritó con rostro alegre, no os aflijáis por mi pena, antes dadme el parabién, pues el Señor me juzgó digna de padecer algo por la confesión de su nombre.

Entró en la cárcel como en la antecámara del cielo, dando gracias a su divino Esposo. Sufría con indecible amor a Jesucristo las incomodidades, los malos tratos de los crueles carceleros, y rogaba por la libertad de los cristianos. Oyó referir los inauditos suplicios de que eran víc-

timas en toda la extensión de España y los pormenores, en particular del martirio heroico de la prodigiosa niña Santa Eulalia de Mérida, y enternecida rogó al Señor se dignase sacarla de este mundo para no presenciar la mengua de nuestra santa religión. Dios la oyó, y haciendo ella con los dedos la señal de la Cruz en la roca de la cárcel, milagrosamente quedó grabada; la besó con inefables trasportes de amor a Jesucristo, y en vivas ansias de llegar a Cristo, exhaló su último suspiro. Era el 9 de diciembre del año 305.

Arrojaron al campo los soldados los restos mortales de la heroína, pero los cristianos se dieron maña para recogerlos con respeto y les dieron honrosa sepultura. Sobre el sepulcro de la Santa, levantó el rey Sisebuto suntuoso templo a honra de Leocadia y en él se celebraron los famosos Concilios de Toledo.

¡Oh graciosa virgen, tiernamente amada y distinguida del celestial Esposo de las almas virginales y castas! ¡ruega por España sobre la que irradió en los primeros siglos, desde tu sepulcro, la luz esplendorosa de la fe cristiana que la hizo inmortal! Bien patente se vió el día en que el glorioso arzobispo toledano S. Idelfonso, rogando devotísimo ante tu sarcófago, levantaste milagrosamente la pesada lápida que le cubría, y apareciste radiante ante el rey y el pueblo entero allí presente, y tocando la orla prelaticia,

exclamaste: "¡Oh Idelfonso! por ti vive la gloria de mi Señora." Conjúrate el santo ruegues por Toledo, y al retirarte de nuevo al lugar de tu reposo, con la daga que ceñía Recesvinto rey de España, cortó un pedazo del velo que cubría tu cabeza y guardó ambos objetos en el Relicario de la iglesia primarcial. Apasionadamente te interesas por el bienestar de nuestra Patria; háznos recordar que incesantemente suplicas a tu Esposo Jesucristo no desfallezca la fe católica en nuestro suelo. Tres templos tienes dedicados a tu nombre en la imperial Toledo, que halles tantos altares erigidos a tu honra en las Españas, cuantos son los corazones españoles que laten al unísono de la misma fe en sus ámbitos.

10 DE DICIEMBRE

TERCER DIA DE LA OCTAVA DE LA INMACULADA CONCEPCION

Contemplemos a la castísima María visitada por el Angel Gabriel, al concebir en sus purísimas entrañas al Creador del mundo y Redentor del género humano.

Pero para mejor gustar el fruto de tan inefable Misterio, escuchemos al seráfico San Buenaventura, quien en sus sabrosísimas *Meditaciones sobre la vida de Nuestro Señor,* nos cuenta

con unción inimitable las sublimes escenas del Evangelio, a las que parece haberle hecho asistir el Espíritu Santo.

"Cuando llegó la plenitud de los tiempos en que la Santísima Trinidad había determinado salvar al género humano, del cual se había perdidamente encariñado mediante la Encarnación del Verbo, cuando la Bienaventurada Virgen María volvió a Nazaret, Dios Omnipotente, movido por su misericordia, y oyendo las apremiantes súplicas del Espíritu Santo, llamó al Angel Gabriel y le dijo: "Véte a buscar a nuestra amadísima hija María, desposada con José, para mi más querida que todas las criaturas, y dila que mi Hijo se ha prendado de su belleza y la ha escogido por Madre, y ruégala que acepte con alegría, pues he determinado obrar por su medio la redención del género humano, y quiero olvidar las injurias recibidas.

Levantóse Gabriel, alegre y presuroso, y bajando de las alturas, disfrazado de humana apariencia, en un momento presentóse ante la Virgen María en la alcoba de su casita. Pero no fué tan rápida su bajada que no acudiese Dios antes; allí encontró a la Santísima Trinidad, que se había anticipado a su embajada. Ya ante la Virgen María, la dijo Gabriel, su fiel Paraninfo: "*Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres.*" Pero ella turbada, nada respondió: no por

una turbación culpable, ni por la visión del Angel, a la que ya debía estar habituada; sino, como parece indicar el Evangelio, por la novedad del saludo, pues no acostumbraba a recibirlos de aquel estilo. Ahora bien, como en aquel saludo, se la felicitaba por tres cosas, no podía dejar de turbarse la humilde señora. Comenzó a temer y a pensar si todo aquello sería verdad: no porque creyese al Angel capaz de engañarla; sino porque es propio de los humildes no examinar sus virtudes, sino considerar sus defectos para poder siempre sacar provecho, juzgando pequeñas sus grandes virtudes, y dando mucha importancia a sus más insignificantes defectos. Así pues, como mujer prudente y avisada, nada respondió Nuestra Señora. En realidad ¿qué iba a responder? Aprende tú también a guardar silencio y amar el recogimiento, que son virtudes muy útiles y elevadas. Dos veces escuchó, antes de responder; abominable cosa es para una virgen, ser habladora.

Así pues, conociendo el Angel el motivo de sus dudas, le dijo: "No temas María, no te sonrojen mis alabanzas, porque son verdaderas, pues no sólo eres llena de gracia, sino que la has hallado y alcanzado también para todo el género humano. Porque, he aquí que concebirás y darás a luz al Hijo del Altísimo. El que te eligió por Madre, salvará a todos los pueblos que esperen en El." Entonces respondió ella, aunque sin con-

fesar ni negar todavía la verdad de tales felicitaciones: había aún un punto sobre el que quería asegurarse, el relativo a su virginidad, que amaba por encima de todo y temía perder; por eso, preguntó al Angel la manera cómo se había de realizar tal concepción, diciendo: "¿Cómo se hará eso, pues he hecho voto firme de virginidad ante el Señor, para no conocer a varón durante mi vida?" Y el Angel contestó: "El Espíritu Santo realizará esa obra, cubriéndote de singular manera; por su virtud concebirás sin detrimento de tu virginidad; por eso tu hijo será llamado Hijo de Dios; porque nada hay para El imposible. Y he aquí que tu prima Isabel, a pesar de su estirilidad y de sus muchos años, hace ya seis meses que concibió un hijo por virtud divina.

Considera ahora y medita en la Trinidad allí presente en espera de la respuesta, y del consentimiento de aquella Hija suya sin igual; considera a la Trinidad que contempla con amor y complacencia su modestia, sus modales y palabras. Mira a Gabriel, inclinado con respeto ante su Señora, con el rostro tranquilo y sereno, observando atentamente las palabras de su queridísima Reina; para poderla responder adecuadamente y cumplir la voluntad del Señor en aquella maravillosa obra. Considera la tímida y humilde actitud de Nuestra Señora, su rostro cubierto de pudor, al ser así saludada por el

Angel de improviso. Las palabras de este no le producen vanidad, ni orgullo. Más bien, al oír decir de sí cosas que nunca jamás fueron dichas de nadie, atribúyelo todo a la gracia divina. Aprende, pues, a ser modesto y humilde como ella, pues, sin eso poco valor tiene la virginidad. Regocíjase la prudentísima Virgen y da su consentimiento a las palabras oídas de labios del Angel. Entonces, según refieren sus Revelaciones, se puso de rodillas, y con las manos juntas y en actitud de profunda adoración dijo: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra." Y el Hijo de Dios entró de lleno e inmediatamente en el seno de la Virgen, y tomó en ella carne, sin dejar por eso el seno de su Padre.

Púsose luego Gabriel de rodillas junto a su Reina y Señora; levantóse poco después con ella, inclinóse hasta el suelo, díjole adiós, y desapareció; de vuelta a su patria contó todo lo que le había sucedido; nueva alegría allá arriba, nueva fiesta, regocijo sin precedentes. Por su parte la Señora, enardecida y abrasada en llamas de amor de Dios de manera extraordinaria, y dándose cuenta de haber concebido, dió gracias de rodillas por tan excelso beneficio, suplicando devota y humildemente al mismo Dios y Señor, se dignase iluminarla, de suerte que pudiera realizar puntualmente todos sus deberes para con su hijo."

Así se expresa el Doctor Seráfico. Adoremos respetuosamente a nuestro Creador, en el estado a que le ha reducido su amor por nosotros y su deseo de remediar nuestros males; saludemos también a María, Madre de Dios y Madre nuestra.

EL MISMO DÍA

SAN MELQUIADES, PAPA Y MARTIR

Conmemora la Iglesia en este día al Papa San Melquiades. Este ilustre Pontífice, llamado por San Agustín *verdadero hijo de la paz de Cristo, digno Padre del pueblo cristiano,* subió a la Sede Apostólica el año 311, cuando se hallaba todavía en plena actividad el fuego de la persecución: de ahí que sea honrado como Mártir como algunos de sus predecesores, que, si bien no derramaron su sangre por Cristo, participaron, con todo, de la gloria de los Mártires, por las grandes contrariedades y persecuciones que tuvieron que sufrir con la Iglesia de su tiempo. Mas, el Pontificado de San Melquiades tiene la particularidad de haber echado sus raíces en medio de la tormenta, y haberse desarrollado durante la paz. El año 312, daba Constantino la paz a la Iglesia, y Melquiades tenía la dicha de ver abrirse la era de la prosperidad temporal para los hijos de Dios. Murió en 314.

Su nombre brilla ahora en el ciclo litúrgico, y nos anuncia la Paz que va a bajar pronto del cielo.

Dígnate, pues, oh Padre del pueblo cristiano, pedir al Príncipe de la Paz que al venir a nosotros, destruya toda resistencia y pacifique cualquier insurrección; que reine como Señor en nuestros corazones, inteligencias y sentidos. Pide también la paz para la Santa Iglesia Romana, cuyo esposo fuiste y que ha conservado fielmente tu memoria hasta el día de hoy; dirígela siempre desde lo alto del cielo y atiende a sus deseos.

ORACION

Mira, oh Pastor eterno, favorablemente a tu rebaño y guárdale siempre bajo tu amparo por la intercesión del Bienaventurado Melquiades, Mártir y soberano Pontífice, a quien Tú colocaste como Pastor de toda la Iglesia. Por nuestro Señor Jesucristo.

EL MISMO DÍA

SANTA EULALIA DE MERIDA, VIRGEN Y MARTIR

La Iglesia de España, perla del catolicismo, celebra hoy la memoria de la ilustre mártir que inmortaliza a Mérida, honra de toda la Península Ibérica, alegría de la Iglesia Universal, exclama enajenado de entusiasmo Dom Guéranger. Es la tercera de esas "Vírgenes sabias" cuyo

culto se celebra con más pompa en la Iglesia en tiempo de Adviento; digna compañera de Bibiana, de Bárbara, y de la heroica Lucía que pronto recibirá el homenaje de nuestro culto.

No insertamos aquí el estupendo poema que copia y traduce el Abad de Solesmes; es muy extenso, aunque esa consideración no estorbó a los Padres de nuestra liturgia mozárabe incluirle por entero en el Oficio de la Santa. Consta de cuarenta y cinco estrofas el delicioso cántico, desarrollado en forma descriptiva, histórica.

Sobrehumano es el valor, increíble la audacia con que esa niña de doce años desafía al tirano y se lanza a los suplicios, más pronta y animosa a abrazarse con ellos, que los feroces verdugos a aplicárselos sin miramiento ni asomo de piedad y duelo al cuerpecillo delicado de Eulalia. Es que, bajo las apariencias de niña tierna latía un corazón gigante. Para describirnos y cantar dignamente la lucha inaudita más que homérica de esa heroína contra todo el poder del averno, era menester nada menos que el prócer de la lírica cristiana; a la abanderada del espléndido escuadrón de vírgenes mártires invencibles ha de corresponder el vate más ilustre, el rey de los poetas del cristianismo, el gran Prudencio. Prudencio se dió cuenta cabal del papel glorioso que le deparaba la Providencia de ensalzar a esa niña prodigio que superaba en fortaleza y coraje a los corifeos mismos del mar-

tirio. Se superó a sí mismo el poeta en dulzura, suavidad y gracia, cantando a su heroína, y esculpiendo a la par en sus versos la entereza broncínea de Eulalia, que con delirio santamente loco, andaba a caza de torturas para su cuerpo, asaltándolas con el afán con que los niños golosos se lanzan a los dulces y frutas apetecidas.

Es Eulalia en los anales del heroísmo cristiano una figura desconcertante por su grandeza legendaria; nos cuesta de buenas a primeras dar asenso a la vívida descripción de su martirio, si no paramos mientes en que Cristo mismo por obra y gracia del Espíritu divino forjó de intento ese modelo insuperable de Esposa suya que se lanza desolada a los brazos de su Amado a través de sangre y fuego, y para lograrlo se abreva, degusta y saborea con fruición incontenible los tormentos más atroces.

Y no andan en zaga, en entusiasmo y elocuencia el Breviario y Misal Mozárabes al ensalzar a Santa Eulalia. No se halla cosa tan soberbiamente magnífica, dice Dom Guéranger, como los elogios consagrados a su memoria por la antigua Iglesia de España. Citamos casi al azar, añade, en el Misal, las dos hermosas composiciones escogidas entre otras veinte que pudieran ser preferidas:

ORACIÓN — Regocíjese en Vos, Señor, la virginidad, y codeándose con ella la continencia tome parte en la alegría. He aquí una guerra, en que no figura el sexo

sino el valor. No estriba la defensa en la espada sino en el pudor. No se entabla la lucha entre personas sino entre causas. Una conciencia inocente atraviesa sin heridas los batallones armados; la que triunfó del asalto de los sentidos, triunfará del hierro. Vencerá fácilmente a los demás el que se vence a sí mismo; y si la virtud es loable en el hombre, la virgen que despliega viril fortaleza es digna de mayores elogios. Una virgen sagrada entra en una asamblea profana, y llevando en su pecho a solo Dios triunfa de los suplicios. No falta allí un lictor tan imprudente como cruel que lanzando las saetas impúdicas de sus miradas, tortura con infame suplicio a quien podemos apellidar Esposa de Cristo, de manera que la ajena al adulterio tiene que soportar castigo adúltero. Luego, el verdugo, para someterla a más ruda prueba, expone el cuerpo de la Virgen ante los ojos de los espectadores, y a lo largo de sus caderas desgarradas corre en arroyuelos la sangre más rápidamente que la mano del lictor, lo es para abrir nuevas llagas en las entrañas surcadas de crueles azotes. La sacrílega intención del verdugo queda confundida, y no aparece aquí otro vergonzoso espectáculo que el de los fieros tormentos. Desnuda está nuestra Virgen, pero es desnudez pudorosa. Uno y otro sexo aprenda pues, de esta Virgen a ambicionar no la hermosura sino la virtud, a amar la fe, no los encantos del cuerpo. El que quiere agradar al Señor, entienda ha de ser juzgado, no por los atractivos del rostro, sino por su pudor. Y ahora, oh Cristo, ya que por ti mereció esta Virgen, por ti también llevó felizmente a cabo su glorioso papel, (pues no acertaríamos a rehuir las dudas del enemigo sino el apoyo de tu divinidad) dígnate otorgarnos que, así como esta bienhadada Mártir ganó por su lucha varonil el premio de la castidad, alcancemos el perdón de nuestros desmanes, la recompensa prometida.

Ilación. — Digno y justo es, Señor Dios, que te demos gracias a Ti que colocaste en el pavés de la gloria a esta Virgen prudente fiel discípula de la fe; a Ti que haciendo fuese María madre, hiciste también que Eulalia fuese mártir, la una feliz en dar a luz la otra feliz muriendo; la una llevando a cabo el ministerio de la Encarnación del Verbo, la otra apropiándose la imitación de sus padecimientos; la una creyó al Angel, la otra resistió al enemigo; la una elegida para que Cristo naciera de ella, la otra escogida para que el diablo fuera vencido por ella. Eulalia Mártir y Virgen fué en verdad digna de agradar a su Señor; protegida por el Espíritu Santo aguantó rudo combate a la delicadeza de su sexo. Viósela por encima de toda fuerza humana ofrecerse a las torturas en alas del celo de tu amor; cuando a honra de tu precioso Unigénito derramó su sangre en testimonio de generosa confesión, y entregó a las llamas sus castas entrañas en olor de suave incienso. Va sin ser llamada al tribunal de un gobernador sanguinario. Allí se manifiesta su alma tan incapaz de disimulo, como el lugar mismo convidaba a señalado triunfo. Quiere conquistar un reino, menospreciar los suplicios, encontrar al que busca y ver, finalmente, al que habrá confesado. No le asusta la pena, no duda de su triunfal corona, el potro no la ha rendido, no desconfía del premio. La preguntan, confiesa; la arrancan la vida y es coronada. Por estupendo prodigio subiendo el espíritu de la Virgen hacia ti por la llama al exhalar el postrer suspiro, tu Majestad soberana le recibe en figura de paloma; de modo que la Mártir escala los cielos con el símbolo maravilloso con que ¡oh Padre celestial! mostraste tu Hijo a la tierra. Pero los mismos elementos no sufren que el cuerpecillo de la Mártir permanezca sin honra; nieve del cielo a guisa de vellocino gracioso viene a cubrir y discretamente velar aquellos restos que pre-

gonan la austeridad de la virtud, el candor de la virginidad. El cielo mismo aporta la pompa de espléndida sericordia del Redentor, el alma de la Virgen es entronizada en la celestial mansión en desquite de la mortaja aérea en tan augustos funerales, y por la misepultura terrestre.

Ten a bien, Mártir gloriosa, unamos nuestra admiración a los sublimes cánticos que la Iglesia entona a honra tuya. Habiendo enajenado tu corazón Virgen heroica el amor de Cristo, no sentías los tormentos, o, mejor dicho, el dolor era sustento y cebo de tu amor en ausencia de ese Esposo que podía él solo colmar tus deseos. Con ese ardor invencible con esa tu audacia magnánima que te impedía a desafiar a los tiranos y el furor de la plebe, nada había tan inefablemente dulce como tu sonrisa, nada tan tierno como tus palabras. Alcánzanos, Esposa de Cristo, siquiera un poquito de esa valentía que jamás se abate delante del enemigo, de ese tierno amor a nuestro Señor Jesucristo que, solo, libra a las almas de tibieza y orgullo.

¡Oh tú, gloria de Iberia, paloma de paz, ten piedad de esa tierra católica que te crió para el cielo! No sufras palidezca la antigua fe en una Iglesia que brilló entre todas las otras con esplendor sin igual durante tantos siglos. Ruega, Eulalia, para que los días de la tribulación en tiempo de borrasca se abrevien, y Dios, cediendo a tus ruegos, confunda la sacrílega audacia de los impíos resueltos a aniquilar el reino de Dios en la tierra; inspire al clero la fortaleza y energía de tiempos pasados, haga fecunda la sangre de los mártires que ha sido ya derramada, pare en seco el escándalo de que son tan fácilmente víctimas el pueblo sencillo y los débiles, que se digne, por fin, no borrar

a España del número de las naciones católicas, y perdone a hijos degenerados en atención a sus padres [1].

* * *

Las reliquias de esta mártir incomparable, enriquecen hoy la sede y región ovetense donde fueron trasladadas hace ya muchos siglos, para sustraerlas a la profanación de las hordas agarenas invasoras. Es Patrona ilustre de la diócesis. Hubiéramos deseado que en vez de los himnos de la festividad, de mediocre inspiración lírica, se usaran las viriles estrofas del inmortal Prudencio. Algo más acertados estuvieron en las encomias tributadas a Santa Eulalia, nuestros antiguos Padres de la Iglesia mozárabe.

11 DE DICIEMBRE

SAN DAMASO, PAPA Y CONFESOR

Aparece este gran Pontífice en el ciclo, no para anunciar la paz como San Melquiades, sino como uno de los más ilustres defensores del gran Misterio de la Encarnación. Sale por los fueros de la divinidad del Verbo, condenando como su

---

1 Así hablaba D. Guéranguer en el primer tercio del siglo pasado, y los apuros y pruebas por que pasó entonces la Iglesia en nuestra patria, acaban de verse reproducidas en proporciones mayores en nuestros días, y también gracias al favor del cielo, superadas.

predecesor Liberio los actos del famoso concilio de Rimini, y a sus fautores; afirma con su soberana autoridad la perfecta Humanidad del Hijo de Dios encarnado, condenando la herejía de Apolinar. Finalmente, el encargo que dió a San Jerónimo de trabajar en una nueva versión del Nuevo Testamento sobre el original griego para uso de la Iglesia Romana, podemos considerarlo como un nuevo y evidente testimonio de su fe y amor para con el Hombre-Dios. Honremos a tan gran Pontífice llamado por el concilio de Calcedonia, *ornamento y fortaleza de Roma por su piedad,* y a quien su ilustre amigo y protegido San Jerónimo califica de *hombre excelente, incomparable, sabio en las Escrituras, Doctor virgen, de una Iglesia virgen.*

VIDA. — San Dámaso, de sangre romana, sucedió en la silla de Roma al Papa Liberio, el año 366. No sólo veló por la pureza de la fe, sino que conservó los antiguos monumentos cristianos; restauró las Catacumbas, adornó los sepulcros de los Mártires con elegantes epitafios, hizo prevalecer la primacía de la sede romana, haciéndola reconocer por todo el Oriente y Occidente. Reglamentó la oración pública con el canto de los Salmos, a dos coros; encargó a San Jerónimo la traducción del Salterio y murió en el año 384. Sus restos fueron transportados a la Iglesia de San Lorenzo que lleva su nombre: *in Damaso.*

Fuiste durante tu vida, oh Santo Pontífice Dámaso, lumbrera de los hijos de la Iglesia, pues

les distes a conocer al Verbo encarnado, protegiéndolos contra las nefastas doctrinas por medio de las cuales trata siempre el infierno de destruir el glorioso Símbolo, donde se nos revela la infinita misericordia de un Dios para con la obra de sus manos, y la sublime dignidad del hombre redimido. Desde lo alto de la Cátedra de Pedro supiste fortalecer la fe de tus hermanos; la tuya jamás desfalleció, porque Cristo había rogado por ti. Nos congratulamos, oh Doctor virgen de la Iglesia virgen, del galardón eterno concedido a tu integridad por el Príncipe de los Pastores. Haz descender sobre nosotros desde lo alto del cielo, un rayo de esa luz que te manifiesta a Jesús en su gloria, para que podamos verle, reconocerle, y gustarle en medio de la humildad bajo cuya capa va a mostrársenos bien pronto. Consíguenos el entendimiento de las sagradas Escrituras en cuya ciencia sobresaliste como Doctor, y la docilidad a las enseñanzas del soberano Pontífice, a quien se dijo en la persona del Príncipe de los Apóstoles: *Duc in altum Conduce a la alta mar.*

¡Oh poderoso sucesor de aquel pescador de hombres! haz que todos los cristianos se sientan animados de los mismos sentimientos que animaban a Jerónimo, cuando dirigiéndose a tu Autoridad en una célebre Epístola, decía: Quiero consultar a la Cátedra de Pedro, quiero que de ella me venga la fe, alimento de mi alma. Ni la

amplia planicie de los mares, ni la lejanía de las tierras, me podrán detener en la búsqueda de esta preciosa perla: donde se halla el cuerpo, es natural que se reúnan las águilas. El Sol de justicia se levanta ahora en Occidente: por eso pido al Pontífice la Víctima de salvación y al Pastor la ayuda para su oveja. La Iglesia está edificada sobre la Cátedra de Pedro; el que come el Cordero fuera de esta Casa es un extraño; el que no se hallare dentro del Arca de Noé, perecerá en las aguas del diluvio. No conozco a Vidal; nada tengo que ver con Melecio; ignoro a Paulino: el que contigo no recoge, oh Dámaso, esparce lo recogido; porque el que no está con Cristo, está con el Anticristo.

* * *

Pensemos en el Salvador divino que se encuentra en el seno de su Madre, la purísima María, y adoremos con los santos Angeles, el profundo anonadamiento a que se ha reducido por amor nuestro. Contemplémosle ofreciéndose a su Padre por la redención del género humano, comenzando ya a cumplir con su oficio de Mediador que se ha dignado aceptar. Admiremos con emoción ese amor infinito que no se ha contentado con el primer acto de humildad, cuyo mérito es tan grande que pudiera haber bastado para rescate de millones de mundos. El Hijo de Dios quiere pasar nueve meses en el seno de su Madre,

como los demás niños, nacer después en la pobreza, vivir en medio de trabajos y sufrimientos, y hacerse obediente hasta la muerte y muerte de Cruz. ¡Sé bendito y amado, oh Jesús, por tan gran amor! Ahí estás ya, bajado del cielo, para ser la Hostia que ha de reemplazar a todas las demás víctimas inútiles, que no han sido capaces de borrar el pecado de los hombres. La tierra posee ya a su Salvador, aunque no le ha contemplado todavía. Dios no la maldecirá ya, gracias a ese tesoro que la enriquece. Mas, descansa aún, oh Jesús, en las castas entrañas de María, en esa Arca viviente, de la que eres verdadero Maná, destinado a ser manjar de los hijos de Dios. Con todo, se acerca la hora, oh Salvador, en que tendrás que salir de ese santuario. En vez de la ternura de María te encontrarás con la malicia de los hombres; no obstante eso, te suplicamos y osamos recordarte, que debes nacer, en el día señalado: es la voluntad de tu Padre; es el deseo del mundo, y así lo esperan todos los que te aman.

12 DE DICIEMBRE

QUINTO DIA DE LA OCTAVA DE LA INMACULADA CONCEPCION

Consideremos hoy a la purísima María después de haber concebido en su seno al Verbo de Vida, rebosando los sentimientos que le inspiran

su profunda piedad para con su soberano Señor, y su inefable ternura de Madre para con semejante Hijo. Admiremos tan alta dignidad, tributémosla nuestros homenajes, y gorifiquemos a la Madre de Dios. Cúmplese en ella la profecía de Isaías: *Una Virgen concebirá y dará a luz un Hijo;* profecía de que se hacían misterioso eco, los mismos Gentiles; no hay por qué quitar a la ciudad de Chartres, como lo hizo un siglo que fué más ignorante que racionalista, la gloria de haber dedicado un altar a la Virgen que debía dar a luz, *Virgini pariturae;* antes bien, habría que atribuir esa gloria a otras muchas ciudades de Occidente. Pero, ¿cómo expresar la dignidad de esta Virgen que lleva en su bendito seno al Salvador del mundo? Si Moisés, al salir de su coloquio con Dios, apareció a la vista del pueblo de Israel, con la cabeza iluminada por los rayos de la majestad de Yahvé [1] ¿qué aureola rodearía a María, pues llevaba consigo, como un cielo vivo, al mismo soberano Señor? Pero, la divina Sabiduría se encargó de ocultar esos destellos a los ojos de los hombres, para que, por la gloria anticipada de su Madre, no se menoscabase la humildad que el Hijo de Dios había escogido como medio de manifestarse a ellos.

El Cantar de los Cantares nos da alguna idea de los sentimientos que embargaron al Corazón

---

[1] *Exodo,* XXXIV, 29-35.

de María durante los nueve meses de inefable unión con el Verbo divino, al poner estas palabras de amor en boca de la Esposa: "Héme aquí sentada a la sombra de quien yo deseaba, su fruto es sabroso a mi paladar; cuando yo duermo, mi corazón vigila. Derrítese mi alma a la voz del Amado; mío es El y Yo soy suya, aquel que se apacienta entre las azucenas de mi virginidad, hasta que se levante el día de su Nacimiento, y desaparezcan por fin las tinieblas del pecado." A veces también, incapaz de contener, en la flaqueza de su carne mortal, el amor que la abrasa, dirige esta llamada a sus amigas, las almas piadosas: "¡Hijas de Jerusalén! cubridme con flores, rodeadme de embalsamados frutos, porque desfallezco de amor." Esa dulcísima frase, dice Pedro de Celles en su Sermón de la Vigilia de Navidad, esa dulcísima frase es propia de la Esposa que *habita en los jardines,* y que ve aproximarse el día de su divino alumbramiento. ¿Hay algo más amable entre todas las criaturas, que esta Virgen, amante del Señor, pero antes por El amada? Llamásela en el Cántico *cervatilla eternamente querida.* ¿Qué cosa más amable que el Hijo de Dios, nacido en la eternidad y eternamente amado; formado, como dice el Apóstol, al final de los tiempos en el seno de la amada, y siguiendo la expresión del Cántico, hecho *un cervatillo,* objeto de su ternura? Recojamos, pues, y preparemos nuestros ramilletes

para ofrecérselos al Hijo y a la Madre. He aquí las flores que de un modo especial podemos presentar a Nuestra Señora: "Purifiquemos y renovemos nuestros cuerpos por medio de Jesús, que se llama a sí mismo *Flor de los campos y Lirio de los valles*, y esforcémonos por acercarnos a Él por la castidad. Defendamos de todo extraño contacto, la flor de la pureza, porque se aja y marchita en un momento, si se la expone al menor soplo insano. Lavemos nuestras manos para poder ofrecerla con inocencia; recojamos flores en el jardín del Señor para el Nacimiento del nuevo Rey, con un corazón puro, un cuerpo casto, unos labios santificados y un alma intacta; envolvamos en estas flores a la Santa de las Santas, a la Virgen de las Vírgenes, a la Reina de las Reinas, a la Señora de las Señoras, para que merezcamos participar de las gracias de su Alumbramiento."

13 DE DICIEMBRE

SANTA LUCIA, VIRGEN Y MARTIR

El nombre de Lucía se halla junto a los de Agueda, Inés y Cecilia en el Canon de la Misa. En estos días de Adviento su nombre nos anuncia la *Luz* que se acerca, y proporciona un maravilloso consuelo a la Iglesia. Lucía es también una de las tres grandes glorias de la Sicilia cris-

tiana; triunfa en Siracusa, así como Agueda brilla en Catania y Rosalía embalsama a Palermo con sus aromas. Festejémosla, pues, con amor, para que nos ayude en este santo tiempo, y nos introduzca junto a Aquel cuyo amor la dió la victoria sobre el mundo. Pensemos también, que el Señor quiso rodear la cuna de su Hijo de Vírgenes escogidas, no contentándose con la aparición de Apóstoles, Mártires y Pontífices, para que, en medio de las alegrías de esa venida, no olvidasen los hijos de la Iglesia llevar al pesebre del Mesías y al lado de la fe que le honra como a soberano Señor, la pureza del corazón y de los sentidos, que nada puede reemplazar en aquellos que quieren acercarse a Dios.

Vida. — Aunque nada dice de su martirio el Martirologio jeronimiano, los Sacramentarios gregoriano y gelasiano señalan su fiesta, y su nombre es pronunciado en el canon romano y ambrosiano. Son innumerables los monumentos que hablan de la veneración que los fieles la tributaron. San Gregorio, en 597, menciona un Monasterio de santa Lucía, en Siracusa. En todo el mundo consagráronse numerosos templos en su honor. Según opinión de muchos, sus Actas son de carácter legendario. Aparece su nombre en las Letanías de los Santos y en las de los agonizantes. Se la invoca como abogada contra la ceguera y mal de ojos.

A ti nos dirigimos, Virgen Lucía, para obtener la gracia de ver en su humildad al que tú contemplas ya en la gloria; dígnate recibirnos bajo tu poderoso amparo. Tu nombre significa

Luz: sé nuestro faro en la noche que nos rodea. ¡Oh lámpara siempre brillante con los destellos de la virginidad! ilumina nuestros ojos; cura las heridas que en ellos ha hecho la concupiscencia, para que, por encima de las criaturas, se eleven hasta la Luz verdadera que luce en las tinieblas, y que las tinieblas no comprenden. Haz que, purificados nuestros ojos, vean y reconozcan en el Niño que va a nacer, al Hombre nuevo, al segundo Adán, modelo de nuestra nueva vida. Acuérdate también, Virgen Lucía, de la Santa Iglesia Romana, y de todas las que guardan su mismo rito en el Sacrificio, y diariamente pronuncian tu dulce nombre en el altar, en presencia de tu Esposo, el Cordero, a quien sin duda le agrada oírlo. Derrama especiales bendiciones sobre la isla que te dió la luz terrena y la palma de la eternidad. Mantén en ella la integridad de la fe, la pureza de las costumbres, la prosperidad material, y cura todos los males que conoces.

EL MISMO DÍA

SANTA OTILIA, VIRGEN Y ABADESA

Otilia es la quinta de las Vírgenes prudentes que nos han de conducir, al fulgor de sus lámparas, hasta la cuna del Cordero, su Esposo. No dió ésta por El su sangre como Bibiana, Bárbara, Eulalia y Lucía; únicamente le ofreció sus lá-

grimas y su amor; pero la blancura de azucena de su corona forma muy agradable combinación con la púrpura de rosas que ciñe la frente de sus compañeras. Su nombre es venerado en el Este de Francia: al otro lado del Rhin su memoria es todavía popular y querida; los doce siglos que han pasado sobre su glorioso sepulcro no han podido entibiar la tierna veneración que la profesan, ni disminuir el número de peregrinos que todos los años acuden en tropel a la cumbre de la sagrada montaña donde reposa su cuerpo. La sangre de esta ilustre virgen es la misma de los Capetos y de la familia imperial de los Habsburgos; tantos son los reyes y emperadores que descienden del valiente duque de Alsacia Adalrico, o Euticón, padre de la dulce Otilia.

Vino al mundo el año 660, privada de la luz de sus ojos. Al nacer rechazó el padre a aquella niña, que parecía abandonada por la naturaleza para que resaltara más en ella el poder de la divina gracia. Un claustro fué el refugio que acogió a la pequeña desterrada, quien había sido arrancada a los brazos de su madre; y Dios, que quería probar en ella la virtud del sacramento de la regeneración, permitió que la fuera diferido el bautismo hasta la edad de trece años. Llegó por fin el momento en que debía Otilia recibir el sello de los hijos de Dios. Y ¡oh prodigioso! al salir de la fuente bautismal, la joven

alcanzó repentinamente la vista; semejante don no era mas que una débil imagen de la luz de la fe que en aquel momento se había encendido en su alma. Este milagro devolvió a Otilia a su padre y al mundo; tuvo entonces que sostener mil combates en defensa de su virginidad, que había consagrado al celestial Esposo. Las gracias de su persona y el poderío de su padre la atrajeron los más ilustres pretendientes. Pero ella triunfó; y el mismo Adalrico construyó sobre las rocas de Hohenburg el monasterio en que Otilia había de servir al Señor, presidiendo un numeroso enjambre de sagradas vírgenes, y sirviendo de consuelo a todas las humanas miserias.

Después de una larga vida, enteramente dedicada a la oración, a la penitencia y a las obras de misericordia, llegó por fin para la virgen el momento de recoger la palma. Era el 13 de diciembre del año 720, fiesta de Santa Lucía. Las hermanas de Hohenburg se aglomeraban en torno a su Santa Abadesa, ansiosas de recoger sus últimas palabras. Un éxtasis le había privado del sentido de lo terreno. Temerosas de que se fuese al celestial Esposo sin haber recibido el Santo Viático, que debe conducirnos a la posesión de nuestro último fin, sus hijas se creyeron en la obligación de despertar a su madre de aquel místico sueño que parecía hacerla insensible a los deberes de aquel momento. Volvió en

sí Otilia, diciéndolas con ternura: "Queridas madres y hermanas, ¿por qué me habéis molestado? ¿por qué imponer a mi alma nuevamente la carga del cuerpo que ya había abandonado? Por gracia de Dios, me hallaba en compañía de la virgen Lucía, y eran tan grandes las delicias de que gozaba que ni la lengua sabría referirlas, ni el oído oírlas, ni el ojo humano contemplarlas." Apresuraronse a dar a la compañera de Lucía el pan de vida y el cáliz sagrado. Una vez recibidos, volóse con su celestial hermana, y el trece de diciembre unió para siempre la memoria de la Abadesa de Hohenburg a la de la Mártir de Siracusa.

¡Oh Otilia! admirables fueron en ti los caminos del Señor, pues se dignó mostrar en tu persona todos los tesoros de su gracia. Al privarte de la vista corporal, que más tarde había de devolverte, acostumbró a los ojos de tu alma a no mirar mas que las bellezas divinas, de suerte que cuando la luz sensible volvió a ellos, ya habías escogido la mejor parte. La dureza del padre te privó de las inocentes dulzuras de la familia; pero estabas llamada a ser madre espiritual de muchas nobles hijas, que como tú, supieron despreciar el mundo y sus grandezas.

Tu vida fué humilde, porque supiste comprender las humillaciones de tu celestial Esposo; tu amor a los pobres y enfermos te hizo semejante a nuestro divino Salvador que vino a to-

mar sobre sí todas nuestras miserias. ¿No le imitaste en los rasgos con que nos va a mostrar su persona, cuando con tierna compasión acogiste a un pobre leproso rechazado por todos? Estrecháistele entre tus brazos, con valor de madre y llevaste el alimento a su boca desfigurada; ¿no viene a hacer eso mismo con nosotros nuestro Emmanuel, descendido del cielo para curar nuestras llagas con fraternales abrazos, y para darnos el alimento divino que en Belén nos prepara? Sintió el leproso que mientras recibía las caricias de tu caridad, le desaparecía de repente aquella espantosa enfermedad que le alejaba de los hombres. En lugar de aquella horrible fetidez que exhalaban sus carnes, se desprendía ahora un suavísimo aroma de sus miembros renovados: ¿no es también eso mismo lo que Jesús va a realizar en nosotros? También a nosotros nos cubría la lepra del pecado; su divina gracia la hace desaparecer, y el hombre regenerado esparce alrededor de sí el buen olor de Cristo.

Oh Otilia, en medio de las alegrías que compartes con Lucía, no te olvides de nosotros. Ya conocemos tu compasivo corazón. No hemos echado en olvido el poder de tus lágrimas que sacaron a tu padre del purgatorio, abriendo las puertas de la patria celestial al que te desterró un día de tu familia terrena. Ahora no puedes ya derramar lágrimas; tus ojos, abiertos a la luz del cielo contemplan al Esposo en su gloria, y

ejerces un poderoso influjo sobre su corazón. Acuérdate que también nosotros somos pobres y enfermos, y cura nuestras enfermedades. El Emmanuel que va a venir, se presenta a nosotros como médico de las almas. Nos asegura que "no viene para los sanos, sino para los enfermos". Suplícale, pues, que nos libre de la lepra del pecado, y que nos haga semejantes a él. No olvides tampoco a Francia, y ampárala, tú que llevaste en tus venas la misma sangre que muchos de sus reyes y emperadores; ayúdala a recuperar su antigua fe y su prístina grandeza. Cuida de los últimos restos del Sacro Imperio Romano; los miembros de este gran cuerpo han sido disgregados por la herejía; pero, sin duda volverán a la vida, si se digna el Señor, movido por tus oraciones, devolver a Alemania a la unidad de la fe, y a la obediencia de su Santa Iglesia. Ruega para que todo esto se realice en honor de tu Esposo, y para que las naciones hartas ya del error y de las disensiones, se unan unas con otras para proclamar el reino de Dios sobre la tierra.

* * *

Pensemos hoy en la santísima Virgen que sale de su humilde retiro para visitar a su prima Santa Isabel. Celebra la Iglesia este Misterio el viernes de las Cuatro Témporas de Adviento, como puede verse ese día, en el *Propio del Tiempo*. Una vez más, tomaremos de San Buenaven-

tura el relato de esta sublime escena, convencidos de que nada será tan agradable a nuestros lectores, como oír de nuevo la voz de este Seráfico Doctor, quien mucho mejor que nosotros, revelará a las almas piadosas los admirables preludios del Nacimiento del Salvador.

"Luego, repasando Nuestra Señora las palabras que oyó al Angel sobre su prima Isabel, se determina a visitarla para darla el parabién, y al mismo tiempo ponerse a su servicio. Sale, pues, de Nazaret en compañía de su esposo José, hacia la casa de aquella piadosa Señora, que vivía a unas catorce o quince millas de Jerusalén. Ni la aspereza ni la largura del camino la detienen; acude presurosa, porque es poco amiga de permanecer en público, y porque tampoco se lo estorba el embarazo de su Hijo, como acontece a las demás mujeres, pues jamás fué Jesús una carga para su madre. Considerad cómo la Reina del cielo y de la tierra va sola con su esposo, y no a caballo sino a pie. Nada de escoltas de soldados o nobles; nada de camareras ni damas de honor; con ella van la pobreza, la humildad, la modestia y la suma de todas las virtudes. Lleva más todavía, lleva al Señor, el cual tiene por cortejo una excelsa y honrosa compañía, pero no la vana y pomposa del mundo.

Así pues, al entrar en la casa de Isabel, salúdala la santa Señora, con estas palabras: "¡Dios

te salve, hermana Isabel!" Entonces ella saltando de gozo, fuera de sí de alegría, y repleta del Espíritu Santo, se levanta y abraza con toda ternura a Nuestra Señora; luego, sin poder contener su regocijo exclama: *Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde a mí tanto bien, que venga hasta mí la Madre de mi Señor?* Y, en cuanto hubo la Virgen saludado a Isabel, fué repleto Juan del Espíritu Santo en el seno de su madre, y al mismo tiempo lo fué también ella. No recibió la Madre el Espíritu Santo antes que el hijo, sino que enriquecido este con aquel don celestial, trasmitió de su plenitud a la madre, no obrando directamente en su alma, sino mereciendo que el Espíritu Santo obrase en ella; pudo hacerlo así por estar llena de la gracia de aquel Espíritu, pues había sido el primero en sentirla. Del mismo modo que sintió la prima la llegada de María, notó el pequeño la venida del Señor. Y por eso retozó él, y habló ella inspirada. Considera la gran virtud que tedrán las palabras de Nuestra Señora, cuando con sólo pronunciarlas, conmunicóseles el Espíritu Santo. Verdaderamente estaba tan llena de este divino Espíritu, que por su medio llenaba a los demás. Respondió, pues, María a Isabel: *Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu salta de gozo en Dios mi Salvador."*

14 DE DICIEMBRE

SEPTIMO DIA DE LA OCTAVA DE LA INMACULADA CONCEPCION

Consideremos a la Virgen Santísima en casa de Santa Isabel, prestando toda clase de servicios con inefable caridad a su afortunada prima, favoreciéndola con sus dulces coloquios, asistiendo al glorioso Nacimiento de San Juan Bautista, y volviendo luego, después de cumplir su ministerio, a su humilde casita de Nazaret. Mas, para mejor saborear estos divinos misterios, acudamos una vez más al Seráfico Doctor:

"Así pues, llegada su hora, dió Isabel a luz un hijo; levantóle Nuestra Señora del suelo, y dispuso con cuidado todo lo oportuno. Mirábala el pequeño como si tuviera ya inteligencia, y cuando aquella se lo ofrecía a su madre, volvía él la cabeza hacia Nuestra Señora, y sólo con ella se complacía; ella por su parte gozábase con él, abrazábale y le besaba con alegría. Considerad la dicha de Juan: jamás un infante tuvo tal niñera. Otros muchos privilegios podría citar que ahora callo.

Pues bien, al octavo día fué circuncidado el niño, y le pusieron por nombre Juan. Recobró entonces el habla Zacarías, y profetizó diciendo: *¡Bendito sea el Señor Dios de Israel!* de manera

que de aquella casa salieron esos dos bellísimos cánticos que son el *Magnificat* y el *Benedictus*. Nuestra Señora, detrás de una cortina para no ser vista por los hombres que se habían reunido para la circuncisión de Juan, escuchaba con atención el referido cántico en el que se mencionaba a su Hijo, guardando con gran prudencia todas aquellas cosas en su corazón. Por fin, despidiéndose de Isabel y de Zacarías y bendiciendo a Juan, volvióse con su Esposo a su casa de Nazaret. Represéntate en tu imaginación la pobreza de esta vuelta. Regresa en efecto, a una casa donde no encuentra ni pan, ni vino, ni otras cosas necesarias; y además sin recursos, ni dinero. Durante tres meses había convivido con las personas que acabamos de señalar, que seguramente estaban en buena posición; mas, ahora vuelve a su pobreza, y para procurarse el sustento tiene que trabajar con sus propias manos. Compadécela, e inflámate en amor de la pobreza."

15 DE DICIEMBRE

OCTAVA DE LA INMACULA CONCEPCION DE LA SANTISIMA VIRGEN

Este día que es el octavo después de la celebración de la fiesta de la Inmaculada Concepción llámase propiamente *Octava*, para distinguirlo

de los días precedentes designados simplemente con el nombre de *días de la Octava*. La costumbre de celebrar las fiestas principales durante una semana entera, es de las que pasaron de la Sinagoga a la Iglesia cristiana. El Señor había dicho en el Levítico: "El primer día de la fiesta será el más solemne y santo; no ejecutaréis en él ninguna obra servil. El octavo día será también santísimo y solemne; en él ofreceréis un holocausto al Señor; será día de asamblea, y tampoco haréis obra alguna servil." Del mismo modo leemos en el libro de los Reyes, que convocando Salomón a todo Israel en Jerusalén para la Dedicación del Templo, sólo al octavo día le dejó libre.

Los libros del Nuevo Testamento nos enseñan que esa era la costumbre en tiempo de Nuestro Señor, costumbre autorizada con su propio ejemplo. Se dice efectivamente en San Juan, que en cierta ocasión llegó Jesús a celebrar una de las fiestas de la Ley, en *medio de la Octava*, y, en otro lugar observa el mismo Evangelista, que cuando el Salvador se dirigió al pueblo en la fiesta de la Pascua, diciendo: "*Si alguien tuviere sed venga a mi y beba*", aquel día era el último de la fiesta, es decir el día de la *Octava*.

Las *Octavas* que celebra la Iglesia cristiana son de varias clases. Unas tan solemnes en sus *privilegios* que en ellas no se permite celebrar las fiestas de los Santos que podrían ocurrir; se

hace de ellas una simple memoria o se las traslada después de la *Octava.* Se prohiben también las Misas de Difuntos a no ser que sean de cuerpo presente. Otras *Octavas, menos privilegiadas,* admiten fiestas de los Santos que concurran, con tal de que sean de *rito semidoble* para arriba; pero, en este caso se hace siempre memoria de la Octava en el Oficio y en la Misa de la Fiesta, a no ser que se trate de una fiesta de rito muy superior.

A esta clase de Octavas pertenece la de la Inmaculada Concepción, la primera que hallamos en el ciclo. Cede, no sólo ante el Domingo, sino ante las fiestas de San Dámaso y Santa Lucía, y ante otras fiestas locales del mismo rito.

Saludemos una vez más el excelso misterio de la Concepción Inmaculada de María; nada desea tanto el Emmanuel como ver glorificada a su Madre. Para El fué creada; para El fué preparado, desde toda la eternidad, aquel radiante despertar de tan brillante estrella. Al ensalzar a la Inmaculada Concepción de María honramos también la Encarnación divina. Jesús y María son inseparables; nos lo dijo Isaías: ella es el tallo, El la flor.

Gracias, pues, a ti, oh Emmanuel, que te has dignado traernos a la vida en los tiempos posteriores a la proclamación del privilegio con que quisiste adornar desde el primer momento de su vida a aquella de quien debías tomar tu natura-

leza humana. Tu santidad infinita brilla con un nuevo resplandor ante nuestra vista, y ahora comprendemos mejor la armonía de tus misterios. Al mismo tiempo nos damos cuenta de que, llamados también nosotros a unirnos a ti por los más íntimos lazos en esta vida, y a contemplarte en la otra cara a cara, debemos tratar de purificarnos más y más de todas nuestras manchas. Tú dijiste: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios"; la Concepción inmaculada de tu Madre nos revela también las exigencias de tu santidad infinita. Dígnate, oh Emmanuel, por el amor que te llevó a preservarla de la ponzoña del enemigo, dígnate, apiádate, también de todos los que son hijos suyos. Mira que vas a venir a ellos; dentro de unos días se acercarán a tu cuna. Aún están visibles en ellos las consecuencias del pecado original, y para colmo de desgracias han añadido sus propias faltas a la prevaricación de su primer padre; purifica, oh Jesús, sus corazones y sus sentidos para que puedan comparecer en tu presencia. Ya saben que como criaturas que son, no llegarán a la santidad de tu Madre; pero te piden perdón, la vuelta a tu gracia, el odio al mundo y a sus máximas y la perseverancia en tu amor.

En pago de los homenajes que te fueron ofrecidos el día en que fué proclamado el privilegio de tu Concepción inmaculada en medio de los aplausos de toda la tierra, dígnate derramar sobre

nosotros los tesoros de tu ternura y de tu amparo, pues eres *Espejo* creado *de la Justicia divina* y más pura que los Querubines y Serafines. El mundo desquiciado implora la ayuda de tu mano maternal, para reafirmarse. El infierno parece que ha soltado por el mundo esos temibles espíritus del mal que no respiran más que odio y destrucción; pero al mismo tiempo la Iglesia de tu Hijo siente en sí una nueva juventud, y la semilla de la divina palabra se siembra y germina por doquier. Ha comenzado una lucha terrible; y con frecuencia nos viene la tentación de preguntarnos quién habrá de vencer, y si no está ya próximo el último día del mundo.

¡Oh Reina de los hombres! ¿sólo iluminará ruinas la estrella de tu Concepción Inmaculada que brilla ahora en el cielo? ¿No es justo que la señal anunciada por el Discípulo amado, la Mujer que aparece en el cielo, vestida del sol, ceñida su frente con corona de doce estrellas y pisando la luna con sus plantas, no es justo que esa señal tenga más brillo y poder que el arco que apareció en el cielo para anunciar el fin de la ira divina en los tiempos del diluvio? Es una Madre la que nos ilumina y desciende hasta nosotros para consolarnos y curarnos. Es la sonrisa del cielo piadoso a la tierra desgraciada y culpable. Hemos merecido el castigo; la justicia de Dios nos ha puesto a prueba, tiene derecho a exigirnos todavía más expiaciones, pero por fin

se dejará vencer. La nueva lluvia de gracias que ha derramado el Señor sobre el mundo con motivo del día cuya memoria celebramos, no puede quedar estéril; desde esa fecha ha entrado el mundo en un nuevo período. María, calumniada en los tres últimos siglos por la herejía, ha bajado hasta nosotros como Reina; ella dará el golpe de gracia a los errores que han embaucado durante mucho tiempo a las naciones; ella hará sentir su planta victoriosa al dragón que se revuelve con furor, y el divino Sol de justicia de que se halla revestida, volverá a lanzar sobre el mundo renovado, los rayos de una luz más brillante y más pura que nunca. Quizá no lleguen a ver ese día nuestros ojos, pero ya podemos saludar su aurora.

Oh María, en el siglo XVII, un siervo de Dios elevado después por la Iglesia a los Altares, tu devoto siervo, Leonardo de Puerto Mauricio, señaló ya el tiempo de tu futuro triunfo, tiempo en que debía alcanzar la paz el mundo. Las revueltas en medio de las cuales vivimos, podrían muy bien ser el preludio de esa paz tan deseada, en cuyo ambiente la divina palabra podrá esparcirse por el mundo sin traba alguna, y la Iglesia de la tierra recogerá su cosecha para la del cielo. ¡Oh Madre de Dios! también el mundo estuvo agitado en los días que precedieron a tu divino alumbramiento. Pero cuando le diste a luz en Belén, toda la tierra estaba en paz. En espera

del momento en que has de demostrar la fuerza de tu brazo, no nos abandones en los siguientes aniversarios; en esa gloriosa noche en que va a nacer de ti Jesucristo, Hijo de Dios y Luz eterna, haznos también a nosotros puros e inmaculados.

16 DE DICIEMBRE

SAN EUSEBIO, OBISPO DE VERCELLI Y MARTIR

El nombre del intrépido Eusebio de Vercelli viene a unirse a la memoria de los defensores de la divinidad del Verbo, que la Iglesia honra en el tiempo de Adviento. La fe católica, conmovida hasta sus fundamentos en el siglo IV por la herejía arriana, se mantuvo firme gracias a los trabajos de cuatro ilustres Pontífices: Silvestre, que confirmó el Concilio de Nicea: Julio, que apoyó a San Atanasio; Liverio, cuya fe no flaqueó y que vuelto a la libertad supo confundir a los Arrianos; y Dámaso que les asestó los últimos golpes. Celebra la Iglesia en el tiempo de Adviento la memoria de uno de estos cuatro Papas, llamado Dámaso. Al lado de los Pontífices Romanos, luchan por la divinidad del Verbo cuatro grandes obispos, de los que se puede decir, que su causa estaba unida a la del mismo Hijo de Dios, de suerte que condenarles a ellos era con-

denar al mismo Cristo; los cuatro fueron poderosos en obras y palabras, lumbrera de las Iglesias, amados por sus fieles, e invictos confesores de Cristo. El mayor de los cuatro es San Atanasio, obispo de la segunda Sede de la Iglesia, Patriarca de Alejandría; el segundo es San Ambrosio de Milán, que hemos celebrado hace pocos días; el tercero es San Hilario, obispo de Poitiers, gloria de las Galias; el cuarto San Eusebio, a quien hoy honramos; vendrán en seguida Hilario, para confesar al Verbo eterno junto a su cuna; y Atanasio aparecerá también a su tiempo, proclamando la triunfante Resurrección de Aquel a quien defendió con generosa valentía, en aquellos días tenebrosos en que la humana prudencia hubiera podido prever la ruina del reino de Cristo, que después de haber triunfado de tres siglos de persecuciones parecía no iba a poder sobrevivir a cincuenta años de paz. San Eusebio ha sido, pues, escogido para conducir a los fieles hasta el pesebre, y revelarles allí al Verbo divino bajo las apariencias de nuestra frágil humanidad. Tan grandes fueron los trabajos que tuvo que sufrir por la defensa de la divinidad de Cristo, que la Iglesia le ha concedido los honores del Martirio, aunque no haya derramado su sangre en el tormento.

VIDA. — Nació en Cerdeña, fué Lector de la Iglesia romana, y luego obispo de Vercelli. Fué el primero de los Obispos de Occidente que introdujo en su Iglesia

monjes, para ejercer las funciones clericales. Luchó contra el arrianismo, y en nombre del papa Liberio acudió al emperador para solicitar la celebración de un concilio. Reunióse éste en Milán; asistió a él Eusebio, pero se negó a unirse a los obispos arrianos, siendo por estos desterrado. Enviado a Escitópolis, y deportado luego a Capadocia y Tebaida, tuvo que sufrir indeciblemente por la fe. A la muerte del emperador Constancio pudo regresar, no sin antes haber asistido al Concilio de Alejandría. Publicó entonces los Comentarios de Orígenes y de Eusebio sobre los Salmos, traducidos por él del griego al latín. Murió el primero de agosto del año 371.

¡Oh Eusebio, Pontífice y Mártir, atleta invencible de Cristo a quien esperamos, cuán grandes fueron tus trabajos y sufrimientos en pro de la causa de ese divino Mesías! Con todo, pareciéronte a ti muy llevaderos, en comparación de la deuda que tenías contraída con el Verbo eterno del Padre a quien su amor llevó hasta hacerse siervo de su criatura por su Encarnación. También nosotros hemos contraído idénticas obligaciones con el Salvador divino. Por nosotros como por ti va a nacer de una Virgen; ruega, pues, para que nuestro corazón le sea fiel lo mismo en la paz que en la guerra, lo mismo frente a nuestros malos instintos y tentaciones, que frente a los poderes mundanos. Da fortaleza a los Prelados de la Santa Iglesia, para que ningún error logre burlar su vigilancia, ni persecución alguna derrocar su valor. Haz que sean fieles imitadores

del buen Pastor que da la vida por sus ovejas, y que apacienten siempre a su rebaño dentro de la unidad y el amor de Cristo.

17 DE DICIEMBRE

COMIENZO DE LAS ANTIFONAS "O"

La Iglesia abre hoy el septenario que precede a la Vigilia de Navidad, días célebres en la Liturgia, con el nombre de *Ferias mayores.* El Oficio ordinario de Adviento vuélvese más solemne; en Laudes y en las Horas del día las Antífonas son propias del tiempo y relacionadas directamente con el gran acontecimiento. En Vísperas, se canta todos los días una solemne Antífona que es un suspiro por el Mesías, en la cual se le da diariamente uno de los títulos que le atribuye la sagrada Escritura.

En la Iglesia Romana, estas Antífonas, a las que vulgarmente se les da el nombre de Antífonas O, porque así comienzan, son siete, una para cada día de las *Ferias mayores,* y se dirigen todas a Jesucristo. En la Edad Media, algunas Iglesias añadieron otras dos, una a la Santísima Virgen, *¡O Virgo Virginum!* y otra al Arcángel Gabriel, *¡O Gabriel!* o también a Santo Tomás, cuya fiesta cae durante estas *Ferias mayores,* y

que comienza así: *O Thomas Didyme* [1]. Hubo Iglesias que tuvieron hasta doce grandes Antífonas, añadiendo otras tres a las ya mencionadas, es decir: una a Cristo, *O Rex pacifice!* otra a la Santísima Virgen, *O mundi Domina!* y finalmente la última, dirigida a modo de apóstrofe, a Jerusalén, *O Jerusalem!*

El momento escogido para dirigir esta sublime llamada a la caridad del Hijo de Dios, son las Vísperas, porque fué al atardecer del mundo, *vergente mundi vespere* cuando vino el Mesías. Son cantadas antes del *Magnificat,* para indicar que el Salvador esperado nos ha de llegar por María. Se las repite dos veces, una antes y otra después del Cántico, para mayor solemnidad, lo mismo que en las fiestas *Dobles;* algunas antiguas Iglesias las cantaban incluso tres veces, a saber: antes del Cántico, antes del *Gloria Patri,* y después del *Sicut erat.* Finalmente, estas admirables Antífonas, que contienen toda la médula de la Liturgia de Adviento, llevan un canto armonioso y solemne; y todas las Iglesias las acompañaron de particular pompa, cuyas demostraciones, siempre expresivas, variaron según los lugares. Entremos en el espíritu de la Iglesia, y recojámonos a fin de unirnos a ella con todo nuestro corazón, cuando dirija a su Esposo esas

---

[1] Es ésta más moderna, pero desde el siglo XIII substituyó en casi todas partes a la anterior.

últimas y tiernas invitaciones a las que habrá de ceder finalmente.

PRIMERA ANTIFONA

Oh Sabiduría, que saliste de la boca del Altísimo, que tocas de una extremidad a la otra y dispones todas las cosas con fuerza y dulzura al mismo tiempo: ven a enseñarnos los caminos de la prudencia.

¡Oh Sabiduría increada, que vais a haceros pronto visible al mundo, cuán bien aparece en estos momentos que todo lo gobiernas! He aquí que por tu permisión divina, va a salir un edicto del emperador Augusto, para empadronar al mundo. Todos los ciudadanos del Imperio deberán acudir a su ciudad de origen. En su orgullo, creerá el emperador haber conmovido en favor suyo a todo el género humano. Agítanse los hombres por todas partes a millones, y atraviesan en todos los sentidos el inmenso imperio romano; piensan que obedecen a un hombre y es a Dios a quien obedecen. Todo ese gran movimiento no tiene más que una finalidad: la de llevar a Belén a un hombre y a una mujer que tienen su humilde morada en Nazaret de Galilea; para que la mujer desconocida de los hombres y amada del cielo, al concluir el mes noveno de la concepción de su hijo, le diese a luz en Belén, según lo anunciado por el Profeta: "Es su salida de los días de la eternidad: ¡O Belén, de ningún modo eres la más pequeña entre las mil ciuda-

des de Judá, porque El saldrá de ti!" ¡Oh Sabiduría divina, cuán *fuerte* eres para conseguir tus fines de manera infalible aunque oculta la mirada de los hombres! ¡cuán *suave* para no forzar su libertad y cuán paternal previendo nuestras necesidades! Escogiste Belén para nacer en ella, porque Belén significa *Casa de Pan.* Con esto nos quieres demostrar que eres nuestro *Pan*, nuestro manjar, nuestro alimento de vida. Nutridos por un Dios, no podremos ya morir. ¡Oh Sabiduría del Padre, Pan vivo bajado del cielo! ven pronto a nosotros, para que nos *acerquemos a ti, y seamos iluminados* por tus destellos; concédenos esa *prudencia* que conduce a la salvación.

18 DE DICIEMBRE

SEGUNDA ANTIFONA

Oh Adonai, *Señor*, jefe de la casa de Israel, que te apareciste a Moisés en la llama de la zarza que ardía, y le diste la ley en el monte Sinaí; ven a redimirnos con la fuerza de tu brazo.

¡Oh soberano Señor, Adonai! ven a rescatarnos, no con tu poder, sino con tu humildad. Antiguamente te apareciste a tu siervo Moisés en medio de una santa llama; diste la ley a tu pueblo entre rayos y truenos: ahora no se trata de amedrentar sino de salvar. Por eso, conocedores tu purísima Madre María y su esposo José del

edicto del Emperador que les obliga a emprender el camino de Belén, ocúpanse de los preparativos de tu próximo Nacimiento. Dispone ella, oh Sol divino, los humildes pañales que han de cubrir tu desnudez, y que en este mundo creado por ti te protegerán contra el frío, cuando aparezcas en medio de la noche y del silencio. Así es como nos has de librar de la servidumbre del orgullo, así como se dejará sentir tu brazo poderoso aunque parezca débil inútil a los ojos de los hombres. Todo está dispuesto, oh Jesús, tus pañales te esperan: sal pues cuanto antes y ven a Belén, para rescatarnos del poder de nuestros enemigos.

EL MISMO DÍA

LA EXPECTACION DEL PARTO DE LA SANTISIMA VIRGEN, O: NTRA. SÑA. DE LA O.

Esta fiesta que hoy se celebra no solamente en toda España sino en casi todas las Iglesias del orbe católico, al menos hasta hace pocos años, fué instituída por los Obispos del Concilio décimo de Toledo, en 656. Estos Prelados hallando algunas anomalías en la costumbre antigua de celebrar la fiesta de la Anunciación de la Virgen Santísima el 25 de marzo, toda vez que esta alegre solemnidad cae con bastante frecuencia en días en que la Iglesia vive absorta en

la consideración de los dolores de la Pasión, y que es menester trasladarla a veces al tiempo Pascual en que choca a su vez con otra contradicción, decretaron que en adelante se celebraría en la Iglesia española ocho días antes de Navidad, Fiesta solemne con Octava en memoria de la Anunciación y como anticipo preparatorio de la gran solemnidad del Nacimiento de Jesucristo. En el curso de los siglos sintió España la necesidad de volver a la práctica de la Iglesia romana y de todas las del mundo entero que solemnizan el 25 de Marzo como día para siempre consagrado de la Anunciación de la SS.ª Virgen y Encarnación del Hijo de Dios; mas tal había sido durante varios siglos la devoción de los pueblos a la Fiesta del 18 de diciembre, que se juzgó menester guardar un recuerdo. Cesó, pues, de celebrarse en el día susodicho la Anunciación de María, pero fijóse la atención devota de los fieles al pensamiento de esa divina Madre durante los ocho días que preceden a su maravilloso alumbramiento. Se instituyó, pues, una nueva Fiesta con el título de: *Expectación del Parto de la Santísima Virgen.*

Esta Fiesta apellidada: *Ntra. Sra. de la O*, o: *Fiesta de la O* con ocasión de las grandes Antífonas que se cantan estos días, y, sobre todo, de la que empieza: *O Virgo Virginum* (conservada en las Vísperas del Oficio de la *Expectación*, sin omitir por ello la del día: *O Adonai!)* se celebra-

ba siempre en España con gran devoción. Durante los ocho días que duraba, se cantaba Misa solemne de madrugada a la que se juzgaban obligadas de asistir todas las mujeres encinta, de cualquier clase a que pertenecieran, para honrar a María en su divino embarazo y solicitar para sí mismas su amparo maternal. No extraña, pues, que devoción tan tierna se haya extendido con aprobación de la Sede Apostólica a la mayor parte de las demás Provincias Católicas. Pero antes ya de las concesiones hechas sobre el asunto que nos ocupa, la Iglesia de Milán celebraba el Domingo sexto y último de Adviento el Oficio de la *Anunciación de la Santísima Virgen,* y daba a la última semana de este santo tiempo el nombre de "*Hebdómada de Exceptato*", corrupción de *Expectato.* Pero estos detalles pertenecen a la arqueología litúrgica en especial, y exceden la índole de este trabajo, y así volvemos a la fiesta de la *Expectación de la Santísima Virgen,* que la Iglesia ha establecido y refrendado como medio de llamar poderosamente la atención de los fieles en estos últimos días del Adviento.

Justo es, ¡oh Virgen Madre! nos unamos al encendido deseo que tienes de ver con tus ojos al que tu casto seno encierra hace ya casi nueve meses, contemplar los rasgos de ese Hijo del Padre celestial y también tuyo, de ver finalmente, realizarse el bienhadado Nacimiento que acarreará Gloria a Dios en los altos cielos y Paz a

los hombres de buena voluntad en la tierra. ¡Oh María! contadas están las horas, y rápidamente pasan aunque lentas todavía para tus ansias y las nuestras. Haz estén atentos nuestros corazones con mayor ahínco, acaba de purificarlos con tus maternales sufragios, a fin de que si nada pone trabas en el solemne instante a la carrera del Emmanuel al salir de tu seno virginal, nada retrase, así mismo, la entrada en nuestros corazones preparados por diligente espera.

Gran Antífona a la Virgen Santísima

¡Oh Virgen de las vírgenes! ¿Cómo podrá realizarse esto? Porque no ha habido antes otra semejante a ti, ni la habrá en lo sucesivo. ¿Por qué os admiráis de mí, hijas de Jerusalén? Misterio divino es lo que contempláis.

Señalamos como anécdota curiosa en este día festivo la costumbre introducida por los estudiantes madrileños de la Universidad Central de recorrer las calles de la capital estampando en las puertas con variados colores la letra O en gran tamaño, para expresar ingeniosamente los vivos deseos que todos tenían de que se les adelantaran a esta fiesta las vacaciones de Navidad. Y, por regla general, daba el "placet" el Rector de la Universidad y la refrendaba el Gobierno.

19 DE DICIEMBRE

TERCERA ANTIFONA

Oh tallo de Jesé, que eres cual estandarte de los pueblos, ante el que los reyes guardarán silencio, a quien las naciones dirigirán sus plegarias; ven a librarnos; no tardes ya.

Ya estás, pues, en marcha hacia la ciudad de tus abuelos, oh Hijo de Jesé. El Arca del Señor se ha levantado ya y se dirige con su Señor dentro, al lugar de su descanso. "¡Cuán bellos son tus pasos, oh Hija del Rey, en el esplendor de tu calzado", *(Cant.,* VII, 1) cuando caminas llevando la salvación a las ciudades de Judá! Los Angeles te dan escolta; rodéate tu fiel esposo con toda su ternura, el cielo se complace contigo y la tierra se estremece de júbilo, sosteniendo a su Creador y a su augusta Reina. Sigue, pues, oh Madre de Dios y de los hombres, Propiciatorio omnipotente donde se contiene el divino Maná que guarda al hombre de la muerte. Nuestros corazones marchan en tu compañía; juramos como tu real abuelo "no entrar en casa, no subir a nuestro lecho, no cerrar nuestros párpados, ni descansar nuestra cabeza hasta que hayamos hallado para tu Señor una morada *en nuestros corazones* una tienda para el Dios de Jacob". Ven, pues, oh tallo de Jesé, oculto en el seno purísimo del Arca Santa, hasta que llegue el momento de

revelarte a los pueblos como estandarte victorioso. Entonces los reyes vencidos se callarán en tu presencia, y las naciones se dirigirán a ti con sus ruegos. Date prisa, oh Mesías, ven a vencer a todos tus enemigos, ven a libertarnos.

20 DE DICIEMBRE

CUARTA ANTIFONA

Oh llave de David, y cetro de la casa de Israel, que abres y nadie puede cerrar; cierras y nadie puede abrir: ven y saca de la cárcel al cautivo que está sentado en las tinieblas y en la sombra de la muerte.

¡Oh Hijo de David, heredero de su trono y de su poderío! en tu triunfal marcha vas recorriendo una tierra sometida en otros tiempos a tu abuelo, y hoy esclavizada por los Gentiles. Por todas partes reconoces a tu paso los lugares que fueron testigos de los prodigios de la justicia y de la misericordia de Dios Padre para con su pueblo, en tiempos del Antiguo Testamento que ya termina. Pronto, libre ya del velo virginal que te envuelve volverás a recorrer todas esas tierras; pasarás por ellas *haciendo el bien, curando toda suerte de miserias y enfermedades,* y *sin tener, donde descansar tu cabeza.* Al menos hoy te ofrece el seno materno un dulce y tranquilo refugio, donde recibes las demostraciones del

más tierno y respetuoso amor. Pero, debes salir, Señor, de ese feliz retiro; es necesario, oh Luz eterna, que brilles en medio de las tinieblas, porque el *cautivo* a quien vas a libertar yace sumido en las mazmorras. Sentado en las sombras de la muerte va a perecer en ellas si no vienes pronto a abrir sus puertas con tu *Llave* omnipotente. Oh Jesús, ese *Cautivo* es el género humano esclavo de sus vicios y errores; ven a romper el yugo que le abruma y degrada; ese *cautivo* es nuestro propio corazón, esclavizado con frecuencia por sus malas inclinaciones: ven, oh divino Libertador, a liberar todo lo que gratuitamente creaste libre, y a hacernos dignos de ser hermanos tuyos.

ANTIFONA AL ARCANGEL GABRIEL

Oh Gabriel, celestial embajador; entraste hasta mi con las puertas cerradas y me dirigiste aquellas palabras: *Concebirás y darás a luz un hijo al que se le llamará Emmanuel.*

EL MISMO DÍA

LA VIGILIA DE SANTO TOMAS

"Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que la veneranda solemnidad de tu santo Apóstol que prevenimos, nos acreciente la devoción

y la salud." Así reza la oración que recitamos en casi todas las Vigilias de los Apóstoles, celebradas durante el Año-litúrgico. "El hecho de anticiparse, dice el Cardenal Schuster, indica siempre solicitud y diligencia; también la Iglesia como amante que es, previene constantemente con la oración las fiestas litúrgicas. En el ciclo ordinario se anticipa también con su oración al astro del día. Un ejemplo típico de esta solicitud, la encontramos en la vida de muchos santos de la antigüedad, San Nicolás de Mira, San Benito, San Mauro etc., que se anticipaban como oración a las mismas vigilias litúrgicas.

En su origen, la palabra *Vigilia* designaba las reuniones que tenían los cristianos en la iglesia en la noche del sábado al domingo. Estas reuniones datan probablemente de los tiempos apostólicos. Pronto se introdujo la costumbre de anticiparse a las grandes solemnidades con una noche entera de oración: por ejemplo, las noches que precedían a la fiesta de Pascua, o al aniversario de los Mártires. Reuníanse por la tarde y pasaban la noche cantando Salmos o leyendo la Sagrada Escritura o las Pasiones de los Mártires. Ciertos abusos obligaron a la Iglesia a suprimir en parte aquellas Vigilias, ya desde el siglo XIII. No obstante eso, existían aún en el siglo XVI. Algunas iglesias de las Galias conservaban todavía en el siglo XVIII su vigilia para las grandes solemnidades como San Martín de Tours,

San Julián de Mans etc. — Al amanecer, se cantaba la Misa con la que terminaba la Vigilia. Poco a poco fuese anticipando esta Misa, y ahora la celebramos en la mañana del día que precede a la fiesta.

Algunas fiestas, como Navidad, Epifanía, Pascua, la Ascensión, Pentecostés, tienen una Vigilia muy solemne: también tienen su Vigilia dos fiestas de Nuestra Señora: la Inmaculada Concepción y la Asunción, así como las fiestas de los Apóstoles, la de San Juan Bautista, San Lorenzo y Todos Santos.

Antiguamente la mayoría de estas Vigilias llevaban consigo ayuno y abstinencia, que ahora sólo se observan en las Ordenes religiosas. La intención de la Iglesia sigue siendo la misma, es decir, prepararnos a la fiesta por la oración y la penitencia para poder recibir con mayor plenitud la gracia del misterio, o aprovecharse mejor de la intercesión del santo cuya fiesta celebramos al día siguiente.

Pidamos hoy, por los méritos de Santo Tomás, la gracia de la fe que nos hará reconocer en el Niño de Belén, lo mismo que en el Resucitado de Pascua, "a nuestro Señor y a nuestro Dios".

EL MISMO DÍA

SANTO DOMINGO DE SILOS, ABAD

¡Qué triste la tarde aquella del viernes, 20 de diciembre de 1073! Perdía al mundo Silos todo su encanto y vida, muriendo el Santo Abad Domingo que había trocado aquellos ásperos eriales de Castilla en verdadero edén envidiado de todos los castellanos, leoneses y navarros. Domingo, padre universal de la comarca, amparo de desvalidos, *lumbre de las Españas,* como a voz en cuello lo pregona Berceos, su biógrafo poeta.

Con todo, no puede quedar sin cumplirse el anhelo manifestado varias veces por Santo Domingo, antes de emprender el vuelo a la gloria. Quiere seguir siendo desde el cielo con la presencia de sus mortales restos, el Abad perpetuo de Silos, y providencia universal de cuantos a él acuden; es cosa que confirman formalmente muchos y muy abonados testigos a través de las edades. Todo en el recinto del cenobio silense y su comarca nos habla de su grandeza de alma, de su talento, de su inexhausta caridad, de su santidad incomparable. Hácela el cielo ilustre en milagros en grado tal, que, a porfía es aclamado: "*El Taumaturgo de las Españas.*" No descansaba Santo Domingo, mientras hubiera en su Monasterio, en el pueblo de Silos, en todos los

lugares a la redonda un ser menesteroso de cuerpo o alma, o de ambas cosas a la vez, cosa harto frecuente, sin que se le derritieran las entrañas en caridad y se ingeniara por mil modos en remediarla. Y Dios N. S., que se complace en galardonar a las almas generosas para demostrar palpablemente la incomparable caridad que en vida mortal abrasaba el pecho de Domingo, quiso la ejercitara a manos llenas, desde el cielo, y así resarciera la sed divina que le devoraba de sacrificarse por sus hijos y menesterosos, sin lograrlo en vida a la medida de sus deseos.

"Una de las cosas, dice el P. Yepes, que más han tenido en pie este Monasterio (de Silos), fué el particular cuidado que tuvo siempre el glorioso Santo Domingo de mirar por su casa. Y si bien todos los Santos se interesan por sus respectivas Iglesias y lugares donde descansan sus restos, pero, de ninguno he leído—y han sido muchas las vidas de bienaventurados que recorrieran mis ojos, ninguno que tan a ojos vistas esté velando y teniendo cuidado por su casa como Santo Domingo por la suya"... ¡Qué diría el P. Yepes si hoy se levantara de la tumba!

Muchas veces oímos decir en su ancianidad al venerable restaurador y primer abad silense de nuestros tiempos, D. Idelfonso Guepín, que la restauración de Silos en el siglo XIX era uno de los mayores milagros de Sto. Domingo. Huma-

namente hablando, era Silos una de las Abadías peor acondionadas de cuantas le ofrecieron a su llegada a España, y, eso no obstante, Santo Domingo le atrajo con fuerza irresistible, porque Santo Domingo quiere continuar siendo el Abad del Monasterio, Padre y Protector del pueblo y su comarca y se precia en la gloria de que la más espléndida y rica corona que ciñe sus sienes, se la ganó en Silos, y ambiciona enriquecerla todavía con nuevos florones en Silos también ganados—. Y no sólo en el santuario que cobija sus restos venerandos, y fué antes escenario de sus virtudes hazañosa vida y muerte gloriosa, sino en otros santuarios a su memoria y honra levantados se hace como tangible su presencia y valimiento poderoso. Baste recordar un caso sorprendente acaecido en Toledo los días álgidos de los desmanes rojos durante el dominio izquierdista. Veíase circular por las noches una figura de imponente majestad ante el convento cisterciense de Santo Domingo el Antiguo (de Silos) —"Alto, ¿quién va?" pregunta un centinela; — "Soy Domingo de Silos que guardo mis hijas."

Son harto comunes los casos de señoras que en ansias de tener sucesión acuden suplicantes al Santo Confesor y en repetidas ocasiones las atiende de manera sorprendente con atisbos de milagrosa. No entro en detalles por no asustar la modestia de algunas personas; pero conste, que

son muchos los favorecidos, no sólo en España, sino en varias naciones extranjeras donde Sto. Domingo es conocido.

Llaman poderosamente la atención las crónicas antiguas sobre el importante papel desempeñado por Santo Domingo de Silos en la cultura hispana. Ya advierte el R. P. Pérez de Urbel que en siglo XI sobresalen entre los españoles ilustrados, dos egregios varones: el obispo Oliva, Abad de Sta. María de Ripoll y fundador de Montocorato y Santo Domingo de Silos que llenó de gloria la abadía castellana, levantando el soberbio claustro, taller de miniaturistas y copistas apellidado *Scriptorium,* taller de fina orfebrería; de todas se han conservado en Silos, en Londres y París alhajas preciadísimas, algunas de valor incalculable en el Museo Provincial de Burgos y en la biblioteca del Escorial y en otras partes.

Causa verdadero asombro hacer el recuento de códices y alhajas originarias de Silos gracias al impulso genial, a la industria y sagacidad de Santo Domingo. No nos explicamos como el "Rey de los códices visigóticos" "*El Liber Ordinum*" reclamado por el Papa Alejandro II con otros tres de la Liturgia mozárabe para examinar la ortodoxia de su doctrina, códice que el Pontífice en persona revisó: *tenuit,* dicen los cronistas, *et bene laudavit,* volvió de Roma, no a Albelda de donde procedía, ni a S. Millán de la Cogolla, sino

a manos del sagaz Abad de Silos Santo Domingo, y en Silos se conserva.

ORACIÓN. — Oh Dios que esclareciste tu Iglesia con los merecimientos de la vida maravillosa de Santo Domingo de Silos, y la alegraste con prodigiosos milagros, libertando por su mediación a los cautivos cristianos, otorga a tus fieles ser adoctrinados con sus admirables ejemplos y verse libres, por su intercesión poderosa, de la esclavitud del pecado. Por Cristo Señor nuestro. Amén.

21 DE DICIEMBRE

La voz de la Iglesia nos hace oír hoy en el Oficio de Laudes el siguiente solemne aviso:

No temáis: nuestro Señor vendrá dentro de cinco días.

SANTO TOMAS, APOSTOL

Es la última fiesta que va a celebrar la Iglesia antes del Nacimiento de su Señor y Esposo. *Las Ferias mayores* son interrumpidas para honrar a Santo Tomás, Apóstol de Cristo, cuyo glorioso martirio, consagró este día para siempre, procurando al pueblo cristiano un poderoso introductor ante el divino Mesías. Era muy conveniente la aparición de este gran Apóstol en el ciclo en estos días, para que su intercesión ayudase a los fieles a creer y esperar en ese Dios a

quien no ven todavía, y que va a venir a ellos sin ruido ni esplendor, para probar su Fe. También Santo Tomás dudó un día, y sólo comprendió la necesidad de la fe después de haber pasado por las sombras de la incredulidad: justo es que acuda ahora en ayuda de los hijos de la Iglesia y que les haga fuertes contra las tentaciones que les podrían sobrevenir por parte de la orgullosa razón. Dirijámonos, pues, a él confiadamente; y desde el trono refulgente en que se ha colocado con su arrepentimiento y su amor, pedirá seguramente para nosotros la docilidad de la inteligencia y del corazón que necesitamos, para ver y reconocer a Aquel que es el Deseado de las naciones, y que a pesar de estar destinado a reinar sobre ellas sólo anunciará su llegada por unos débiles vagidos de niño, y no por la voz potente de un amo. Mas, leamos ya el relato de los Hechos del santo Apóstol. Nos lo presenta la Iglesia en forma abreviada.

VIDA. — El Apóstol Tomás, llamado también Dídimo, era natural de Galilea. Después de recibir el Espíritu Santo, predicó el Evangelio en diversas provincias. Enseñó los mandamientos de la fe y de la vida cristiana a los Partos, Medos, Persas, Hircanianos y Bactrienos. Llegó hasta la India, a cuyos pueblos predicó también la religión cristiana. En este país logróse captar la admiración de todos por la santidad de su vida y doctrina, y por la fama de sus milagros; consiguiendo encender en los corazones un vivo amor de Jesucristo. Irritóse el rey de la región, pues era un fa-

nático idólatra; por orden suya fué condenado a muerte el santo Apóstol y traspasado con saetas en Calamina, añadiendo al honor del apostolado la corona del martirio [1].

¡Oh Apóstol glorioso, evangelizador de tantas naciones infieles! a ti se dirigen ahora las almas fieles, para que las acerques a ese mismo Cristo, que dentro de cinco días va a revelarse a la Iglesia. Ante todo, para merecer presentarnos ante su divina presencia necesitamos una luz que nos conduzca hasta El. Esa luz es la Fe: pídela para nosotros. El Señor se dignó condescender un día con tu flaqueza, asegurándote en las dudas que tenías sobre la realidad de su Resurrección; ruega para que se digne sostener también nuestra poca fe, haciéndose sensible a nuestro corazón. Con esto, no queremos pedir, oh santo Apóstol, una visión clara, sino sólo una Fe sencilla y dócil, pues el que viene a nosotros, dijo también cuando se te apareció: *Felices los*

[1] A falta de las *Acta Thomae* rechazadas por los Padres del siglo IV, hay otros testimonios, entre ellos el de Orígenes que nos permiten localizar el campo de apostolado de Sto. Tomás en las regiones orientales vecinas de Mesopotamia. La tradición de su misión en la India tiene al menos en su favor el hecho de que ésta recibió el Evangelio en tiempo de los Apóstoles. Pero los Indos de rito siro-malabar fueron evangelizados probablemente por un misionero nestoriano, homónimo del Apóstol. Sabemos que sus reliquias se hallaban en el siglo III en Edesa, donde el autor de la *Peregrinatio Egeriae* las veneró hacia el año 400; desde 1258 están en Ortona (Italia) y un brazo suyo se conserva en la Colegiata de San Nicolás de Bari.

que no vieron y creyeron. Queremos ser de este número. Alcánzanos, pues, esa Fe que nace del corazón y de la voluntad, para que, en presencia del divino Niño envuelto en pañales y recostado en el pesebre, podamos también exclamar contigo: *¡Señor mío y Dios mío!* Ruega, oh santo Apóstol, por las naciones que evangelizaste y que han vuelto a sumirse en las sombras de la muerte. Haz que llegue pronto el día en que el Sol de justicia vuelva a iluminarlas. Bendice las fatigas de los hombres apostólicos que consagran sus sudores y su sangre a la obra de las Misiones; logra que se abrevien los días de las tinieblas, y que las regiones regadas con tu sangre, vean por fin comenzar el reino de Dios que tú las anunciaste y nosotros esperamos.

EL MISMO DÍA

QUINTA ANTIFONA

Oh Oriente, esplendor de la luz eterna y Sol de justicia, ven e ilumina a los que están sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte.

¡Oh Jesús, Sol divino, vienes a sacarnos de la eterna noche: sé por siempre bendito! Mas, ¡cuánto pruebas nuestra fe antes de brillar ante nuestra vista en todo tu esplendor! ¡Cómo te complaces en ocultar tus destellos hasta el mo-

mento señalado por tu Padre celestial para que aparezcas en la plenitud de tu brillo! He aquí que vas atravesando la Judea, y te acercas a Jerusalén; el viaje de María y de José toca a su fin. Por el camino, una gran muchedumbre que llega de todas las direcciones y para cumplir el Edicto de empadronamiento, cada cual en su ciudad de origen. Ninguno de todos esos hombres ha adivinado que estuvieras tan cerca de ellos *¡oh divino Oriente!* A María, tu Madre, la toman por una mujer ordinaria; a lo sumo, reconocen la dignidad e incomparable modestia de tan augusta Reina, sienten vagamente el rudo contraste que existe entre tan soberana majestad y un exterior tan humilde, pero en seguida olvidan el feliz encuentro. Pues, si a la Madre miran con tanta indiferencia ¿tienen acaso un solo pensamiento para el hijo que lleva encerrado en su seno? Y sin embargo de eso, ese Hijo eres tú mismo ¡oh Sol de justicia! Aumenta en nosotros la fe, y el amor. Si esos hombres te amaran ¡oh libertador del género humano! te harías sentir de ellos; tal vez no te verían sus ojos, pero al menos ardería su corazón dentro de su pecho; suspirarían por ti, y con sus ansias y oraciones anticiparían el momento de tu llegada. ¡Oh Jesús, que atraviesas el mundo creado por ti, sin forzar a ninguna de tus criaturas! queremos acompañarte durante el resto de tu viaje; queremos besar en la tierra las huellas benditas de la que

te lleva en su seno; no te abandonaremos hasta que contigo lleguemos a la afortunada Belén, a esa casa del Pan, donde por fin te verán nuestros ojos ¡oh Esplendor eterno, *Señor y Dios nuestro!*

22 DE DICIEMRE

SEXTA ANTIFONA

Oh Rey de las naciones, objeto de sus deseos, piedra angular que juntas en ti los dos pueblos, ven y salva al hombre a quien formaste del limo de la tierra.

¡Oh Rey de las naciones! cada día te vas aproximando más a Belén donde habrás de nacer. Va a concluir el viaje, y tu augusta Madre, animada y fortalecida con tal dulce carga, camina en constante coloquio contigo. Adora a tu divina majestad, y da gracias por tu misericordia; alégrase de haber sido elegida para la sublime misión de ser Madre de Dios. Desea y goza ya del momento en que te verá por sus propios ojos. ¿Podrá servir dignamente a tu soberana grandeza, la que se considera como la última de las criaturas? ¿Osará levantarte en sus brazos, estrecharte contra su corazón, amamantarte en su humano regazo? Y con todo eso, al pensar que se avecina la hora, en que sin dejar de ser su hijo vas a salir de ella y reclamar todos los cuidados de su ternura, su corazón desfallece, y

al unirse su amor materno con el amor de Dios, está a punto de expirar en aquella desigual lucha de la naturaleza humana con los más fuertes y poderosos afectos reunidos en un mismo corazón. Pero tú la sostienes *¡oh Deseado de las naciones!* porque quieres que llegue a ese momento feliz en que dé a la tierra el Salvador, y a los hombres la *Piedra angular* que los ha de unir en una sola familia. ¡Bendito seas, oh divino Rey, en los prodigios de tu poder y de tu bondad! Ven cuanto antes a *salvarnos,* acordándote del amor que tienes al hombre por haber salido de tus manos. Ven, pues tu obra ha degenerado y está perdida y condenada a muerte: tómala en tus poderosas manos y rehazla; *sálvala;* pues la continúas amando y no te avergüenzas de ella.

SOLEMNE ANTIFONA EN HONOR DE CRISTO

Oh Rey Pacífico, que naciste antes de los siglos, date prisa a salir por la puerta de oro: visita a los que vas a rescatar y haz que suban al lugar de donde les arrojó el pecado.

23 DE DICIEMBRE

La Iglesia canta hoy esta Antífona, en su Oficio de Laudes:

He aquí que ya se ha realizado todo cuanto había dicho el Angel a propósito de la Virgen María.

SEPTIMA ANTIFONA

Oh Emmanuel, Rey y Legislador nuestro, esperanza y salvador de las naciones, ven a salvarnos, Señor Dios nuestro.

¡Oh Emmanuel, Rey de Paz! hoy es tu entrada en Jerusalén, tu ciudad escogida, pues allí tienes el Templo. Pronto hallarás también en ella tu Cruz y tu Sepulcro; y día vendrá en que establezcas allí tu tremendo tribunal. Ahora penetras humilde y callado en la ciudad de David y de Salomón. Es simplemente un lugar de paso para Belén. Pero tu Madre María y su esposo José, no dejan por eso de entrar en el Templo para ofrecer al Señor sus votos y homenajes: entonces se realiza por vez primera la profecía del Profeta Ageo, que había anunciado que, *la gloria del segundo Templo había de ser mayor que la del primero*. Efectivamente, este Templo posee ahora un *Arca de la Alianza* mucho más preciosa que la de Moisés, e incomparablemente superior a cualquier otro santuario, por la dignidad de Aquel a quien encierra. Es el mismo *Legislador* quien está aquí y no simplemente unas tablas de piedra donde está grabada la Ley. Pero en seguida el Arca viva del Señor desciende las gradas del Templo y se dispone a continuar su camino hacia Belén, adonde le llaman otras profecías. Adoramos, oh Emmanuel, todos tus pasos por la tierra, admirando la fidelidad con que cumples

todo lo que de ti está escrito, para que nada falte de las señales que deben manifestarte, oh Mesías, a tu pueblo. Acuérdate que va a sonar la hora; haz que todo esté dispuesto para tu Nacimiento; ven a *salvarnos;* ven, para que podamos llamarte no sólo *Emmanuel,* sino *Jesús,* es decir, *Salvador.*

SOLEMNE ANTIFONA A JERUSALEN

Oh Jerusalén, ciudad de Dios, mira alrededor tuyo y contempla a tu Señor, porque en seguida va a venir a librarte de tus cadenas.

24 DE DICIEMBRE

Consideremos a la Santísima Virgen acompañada siempre por su fiel esposo José, saliendo de Jerusalén y camino de Belén. Llegan allí después de algunas horas, y, obedeciendo a la voluntad del cielo, dirígense al lugar donde conforme al edicto del Emperador, habrán de empadronarse. En el registro público toman nota de un carpintero llamado José, natural de Nazaret de Galilea; seguramente añaden también el nombre de María, su esposa, que le ha acompañado en su viaje; tal vez la califican de mujer encinta, en su mes noveno: eso es todo. Oh Verbo encarnado; a los ojos de los hombres no eres aún ni si-

quiera un hombre; visitas la tierra, y eres en ella ignorado; y sin embargo de ello, todo ese movimiento, toda esa agitación que lleva consigo el censo del Imperio no tienen más finalidad que la de llevar a tu Madre María a Belén, para que te dé a luz al mundo.

¡Oh inefable Misterio! ¡Qué sublimidad en esta aparente bajeza! ¡cuánto poder en esa humildad! Pero aún no se ha humillado bastante el soberano Señor. Ha recorrido las moradas de los hombres y los hombres no han querido recibirle. Y se va a buscar una cuna al establo de unos animales irracionales: allí, en espera de los cantos angélicos, de los homenajes de los Pastores y de la adoración de los Magos, encuentra al "buey que reconoce a su amo y al asno atado al pesebre de su Señor". ¡Oh Salvador de los hombres, Jesús, Emmanuel! también nosotros nos dirigimos al establo; no consentiremos que el Nacimiento de esta próxima noche se realice en la soledad y en el abandono. Ahora vas llamando a las puertas, y los hombres no quieren abrirte; por la voz del Cantar de los Cantares vas diciendo a las almas: "Abreme, hermana mía, amiga mía, porque mi cabeza está llena de escarcha y mis cabellos impregnados del rocío de la noche." No queremos que traspases nuestra morada: te rogamos que entres; estamos vigilando a la puerta. "Ven, pues, Señor Jesús, ven."

14 DE ENERO

SAN HILARIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Después de haber dedicado la Octava de la Epifanía al Emmanuel *manifestado*, la Santa Iglesia que se emplea constantemente en servicio del divino Infante y de su Madre hasta el día en que ésta acuda al Templo para presentar y ofrecer el fruto bendito de sus entrañas; la Santa Iglesia, decimos, celebra la fiesta de muchos amigos de Dios, que nos señalan en el cielo el camino que conduce de las alegrías de la Natividad al misterio de la Purificación.

Y ya desde el día siguiente al dedicado a celebrar el Bautismo de Cristo, se nos presenta Hilario, honra de la Iglesia de las Galias, hermano de Atanasio y de Eusebio de Vercelli en las luchas que sostuvo por la divinidad del Emmanuel. Apenas han terminado las persecuciones sangrientas del paganismo, cuando comienza la herejía de Arrio. Había éste jurado arrebatar a Cristo la gloria y los honores de la divinidad, después que Aquel había vencido por sus Mártires la violencia y la política de los Césares. Tampoco flaqueó la Iglesia en este nuevo campo de batalla; numerosos mártires sellaron con su sangre, derramada por príncipes cristianos pero he-

rejes, la divinidad del que se dignó *aparecer* en la flaqueza de la carne; y al lado de estos generosos atletas brillaron otros mártires de deseo, grandes Doctores que defendieron con su saber y elocuencia aquella fe de Nicea que había sido la de los Apóstoles. En primera fila aparece Hilario, *educado,* como dice Jerónimo, *sobre el coturno galo, adornado con las galas de Grecia, Ródano de la elocuencia latina, e insigne Doctor de la Iglesia,* según San Agustín.

De genio sublime, y profunda doctrina, Hilario es más grande aún por su amor al Verbo encarnado y su celo por la libertad de la Iglesia; devorado siempre por la sed del martirio, y siempre invencible, en una época en que la fe, vencedora de los tiranos apareció por un momento que iba a extinguirse, víctima de la astucia de los príncipes y de la cobarde defección de muchos pastores.

VIDA.—Nació San Hilario en Aquitania, entre el año 310 y 320. Ligado primeramente por el matrimonio, fué luego electo obispo de Poitiers, en 353. Perseguía entonces a los católicos el emperador Constancio: opúsose Hilario con todas sus fuerzas a la herejía arriana, lo que le valió, en 356, el destierro a Frigia. Allí escribió sus doce libros sobre la Trinidad. En 360 se halla en Constantinopla pidiendo permiso al emperador para tener una disputa sobre la fe con los herejes. Estos, para desembarazarse de él, consiguen que se le envíe de nuevo a Poitiers. Gracias a sus desvelos, toda la Galia, condena en el concilio nacional de París, la

herejía arriana el año 361. Muere en 368. El 29 de Marzo de 1851, Pío IX le declaró Doctor de la Iglesia.

SU LUCHA POR LA LIBERTAD DE LA IGLESIA. — De esta manera mereció ser honrado el santo Obispo Hilario, por haber conservado gracias a sus heroicos esfuerzos y hasta exponiendo su cabeza, la fe en el más importante misterio. Otra de sus glorias es el haber defendido el gran principio de la Libertad de la Iglesia, sin el cual la Esposa de Cristo se halla amenazada de perder su fecundidad y su vida. Ya hemos honrado días atrás la memoria del Santo Mártir de Cantorbery; hoy celebramos la fiesta de uno de los más ilustres confesores cuyo ejemplo ilustró y animó a aquel en su lucha. Ambos dos se inspiraron en las lecciones dadas por los mismos Apóstoles a los ministros de Cristo, cuando ellos se presentaron por vez primera ante los tribunales de este mundo y pronunciaron aquella gran sentencia es *menester obedecer a Dios antes que a los hombres (Hechos,* V, 29.) Pero si unos y otros se manifestaron enérgicos contra la carne y la sangre, fué, porque estaban desasidos de los bienes terrenos, y porque habían comprendido que la verdadera riqueza del cristiano y del Obispo están en la humildad y en la desnudez del pesebre, la única fuerza victoriosa que acompaña a la sencillez y flaqueza del Niño que nos ha nacido. Habían saboreado las lecciones de la escuela de Belén, y esa es la razón de que no pudieran ser

seducidos por promesas de paz, honores y riquezas. ¡Cuán digna surge en el seno de la Iglesia esta nueva familia de héroes de Cristo! Y aunque la diplomacia de los tiranos que quieren aparecer como cristianos a pesar del cristianismo, les prive obstinadamente de la gloria del martirio ¡cuán potente resuena su voz, proclamando la libertad que se debe al Emmanuel y a sus ministros! Saben decir a los príncipes, con nuestro gran Obispo de Poitiers, en su *primera Memoria a Constancio*: "Augusto glorioso, tu singular inteligencia sabe más bien que no conviene, que no es posible obligar por la fuerza a que hombres que se oponen con todas sus fuerzas a ellos, se sometan y unan a los que continuamente esparcen la semilla corrompida de una doctrina espúrea. La única finalidad de tus trabajos, de tus proyectos, de tu gobierno, de tus vigilias debe ser el hacer gozar a todos tus súbditos de las dulzuras de la libertad. Ningún medio mejor de apaciguar las revueltas, de unir a los que violentamente se habían separado, y librar a todos de la esclavitud haciéndolos dueños de su vida. Deja, pues, que lleguen a tus piadosos oídos todas esas voces que gritan: "Soy católico, no quiero ser hereje; soy cristiano, no soy arriano: prefiero morir en este mundo, antes de consentir que la fuerza de un hombre corrompa la pureza virginal de la verdad"[1].

[1] P. L., X. c. 557-558.

Supremacía de la ley divina. — Cuando a los oídos de Hilario llegó el nombre de la Ley profanada, para justificar la traición de que era víctima la Iglesia por parte de los que preferían los favores del César al servicio de Jesucristo, entonces el santo Pontífice, lanzó su *Libro contra Auxencio,* recordando valerosamente a sus colegas el origen de la Iglesia que sólo pudo establecerse oponiéndose a muchas leyes humanas y que se gloría de no obedecer a todas aquellas que impiden su conservación, desarrollo y actividades.

"¡Cuánta compasión nos inspiran todos esos trabajos que algunos se toman en nuestro tiempo, y cuánto nos lamentamos al considerar las falsas opiniones del mundo, cuando nos encontramos con hombres que piensan que las cosas humanas pueden acudir en auxilio de Dios, y que trabajan en defender a la Iglesia de Cristo por medio de la ambición mundana! Decidme, vosotros Obispos ¿qué apoyo tuvieron los Apóstoles en la predicación del Evangelio? ¿Qué poderes les ayudaron a predicar a Cristo, a convertir a casi todas las naciones del culto de los ídolos al del Dios verdadero? ¿Acaso obtenían dignidades de la corte, aquellos que entonaban himnos a Dios en las cárceles y en las cadenas, después de haber sido azotados? ¿Acaso organizaba Pablo a la Iglesia de Cristo por medio de edictos imperiales? ¿No era más bien bajo el imperio de un

Nerón, de un Vespasiano, o de un Decio, y con el odio de estos príncipes cuando floreció la predicación de la palabra divina? Aquellos Apóstoles que vivían del trabajo de sus manos, que celebraban sus reuniones en lugares ocultos, que recorrían los pueblos, ciudades y naciones por mar y tierra, desafiando los Senados-Consultos y los edictos imperiales ¿acaso no tenían las llaves del Reino de los cielos? Más bien era el poder de Dios quien triunfaba de las pasiones humanas, en aquellos tiempos en que la predicación de Cristo se extendía tanto más cuanto mayores obstáculos encontraban"[1].

PERSECUCIÓN SIN MARTIRIO. — Pero cuando llega el momento de dirigirse al mismo Emperador y protestar de la esclavitud de la Iglesia, Hilario, el más dulce de los hombres se apodera de aquella santa ira que el mismo Cristo empleó contra los profanadores del Templo; y su apostólico celo desafía todas las amenazas, señalando los peligros del sistema inventado por Constancio para acabar con la Iglesia de Cristo después de haberla deshonrado.

"Ha llegado la hora de hablar; porque se ha pasado el tiempo del silencio: Debemos esperar a Cristo, pues el reino del Anticristo ha comenzado. Lancen gritos los pastores, porque los mercenarios se han dado a la fuga. Demos la vida por nuestras ovejas, pues los ladrones han en-

[1] P. L., X. c, 610-611.

trado y el león furioso da vueltas a nuestro alrededor. Vayamos al encuentro del martirio; pues el ángel de Satán se ha transformado en ángel de luz.

¡Oh Dios omnipotente! ¿por qué no hiciste que naciera y en tiempo de Nerón o de Decio para ejercer mi ministerio? Repleto del Espíritu Santo y acordándome de Isaías serrado por medio, no hubiera temido el ecúleo, ni me hubiera asustado del fuego pensando en los Jóvenes Hebreos que cantaban en medio de las llamas; ni me hubieran infundido pavor la cruz, ni el desgarro de los miembros, con la memoria del buen ladrón trasladado al Paraíso después de semejante suplicio; ni los abismos del mar o el furor de las olas me hubieran desanimado, porque allí hubiera acudido el ejemplo de Jonás y de Pablo para recordarme que tus fieles pueden vivir bajo las aguas.

Hubiera luchado feliz contra todos tus enemigos declarados, porque no me hubiera cabido la menor duda de que eran verdaderos perseguidores, los que con el hierro, el fuego, y los tormentos pretendían obligarme a negar tu Nombre; mi muerte hubiera bastado para darte testimonio. Hubiera luchado abierta y confiadamente contra los renegados, verdugos y asesinos; y el pueblo, ante una pública persecución, me hubiera seguido como a su jefe, en el sacrificio del martirio.

Pero hoy día tenemos que combatir contra un perseguidor disfrazado, contra un enemigo que nos halaga, contra el anticristo Constancio, que no emplea golpes sino caricias, que no destierra a sus víctimas para darles la vida verdadera, sino que las colma de riquezas para luego entregarlas a la muerte, que no les concede la libertad de las mazmorras, sino que les otorga la esclavitud de los honores en sus palacios; que no desgarra sus costados, pero profana sus corazones; que no corta la cabeza con la espada, pero mata el alma con el oro; que no publica edictos para condenar a la hoguera, pero enciende para cada uno el fuego del infierno. No disputa por temor a ser vencido, pero halaga para vencer; confiesa a Cristo para renegarle; procura una falsa unidad para evitar la paz; persigue ciertos errores, para mejor destruir la doctrina de Cristo; honra a los Obispos para que dejen de ser Obispos; construye iglesias y al mismo tiempo echa por tierra la fe.

Y no se me acuse de maledicencia o calumnia; deber de los ministros de la verdad es, no decir más que lo verdadero. Si algo falso decimos, consentimos que nuestras palabras sean consideradas como infames, pero si probamos que todo esto es cierto, no habremos hecho más que imitar la libertad y modestia de los Apóstoles, pues sólo hablamos después de un largo silencio.

Públicamente te digo, oh Constancio, lo que hubiera dicho a Nerón, lo que Decio y Maximiano hubieran oído de mis labios: Peleas contra Dios, persigues a la Iglesia y a los santos, odias a los predicadores de Cristo, destruyes la religión, eres un tirano, si no en el terreno de lo humano, al menos en el de lo divino. Esto es lo que os hubiera dicho a ti y a ellos; ahora escucha lo que guardo para ti sólo. Bajo el disfraz de cristiano, eres un nuevo enemigo de Cristo; precursor del Anticristo, ejecutas ya sus odiosos misterios. Como tu vida es contraria a la fe, te atreves a crear nuevas fórmulas; distribuyes los obispados a los tuyos, substituyendo a los buenos con los malos. Con un nuevo método de astucia, hallas el medio de perseguir sin hacer mártires.

¡Cuánto más deudores somos a vuestra crueldad, Nerón, Decio y Maximiano! Gracias a vosotros vencimos al diablo. La piedad recogió en todas partes la sangre de los mártires, y sus venerandos restos dan testimonio de Cristo por doquier. Pero tú, más cruel que todos los tiranos, nos atacas con mucho mayor peligro nuestro, dejándonos apenas la esperanza del perdón. A los que tuvieron la desgracia de flaquear no les queda ya la excusa de poder enseñar al Juez eterno las huellas del tormento o las cicatrices de sus cuerpos desgarrados, para que se les perdone su debilidad a causa de la violencia. ¡Oh el más criminal de los mortales!, de tal modo

sabes mezclar los males de la persecución, que no das lugar al perdón en la falta, ni al martirio en la confesión.

Bien te reconocemos ¡oh lobo de rapiña, bajo tus vestidos de oveja! Con el oro del Estado adornas el santuario de Dios; ofrécesle a El lo que arrebatas a los templos de los Gentiles, lo que sacas por la fuerza con tus edictos y tributos. Recibes a los Obispos con el mismo beso traidor con que Cristo fué entregado. Bajas la cabeza cuando te bendicen, y pisoteas la fe por el suelo; perdonas los impuestos a los clérigos para hacer cristianos renegados; pierdes tus derechos para que Dios pierda los suyos"[1].

LUCHA CONTRA EL NATURALISMO. — Tal era la fortaleza de este santo obispo ante un príncipe que terminó haciendo también mártires; pero no tuvo Hilario que luchar solamente contra el César. La Iglesia ha llevado en todo tiempo en su seno cristianos a medias a quienes la educación, cierto bienestar, el éxito de la influencia o del talento, retienen entre los católicos, pero cuyo espíritu se halla pervertido por el mundo. Se han creado una Iglesia a lo humano, pues bajo el influjo de su naturalismo, su espíritu es incapaz de captar la esencia sobrenatural de la verdadera Iglesia. Hechos a las vicisitudes de la política, a los hábiles giros por medio de los

[1] Libro contra Constancio, P. L. X. c. 577-587.

cuales los hombres de Estado logran mantener un equilibrio pasajero a través de las crisis, les parece que la Iglesia debe contar con sus enemigos, aun en la declaración de sus dogmas; que puede equivocarse sobre la conveniencia de sus decisiones; en una palabra, que su precipitación puede acarrearle perjuicios lamentables a ella y a aquellos a quiénes compromete. *Arboles desraizados,* dice un apóstol, porque efectivamente sus raíces no tocan ya con el suelo que les podría haber alimentado y dado fecundidad. Las promesas formales de Jesucristo, el gobierno directo del Espíritu Santo en la Iglesia, las ansias del verdadero cristiano de oír proclamar hasta en sus detalles las verdades que son el alimento de la fe en espera de la visión, la obediencia ciega que de antemano se debe a toda definición salida o que ha de salir de la Iglesia hasta la consumación del mundo, todo eso no pertenece para ellos al orden práctico. En la embriaguez de su política mundana y del aliento que reciben de parte de los enemigos de la Iglesia, hacerse responsables delante de Dios y de la historia por sus esfuerzos desesperados, para evitar la promulgación de una verdad revelada.

La paz en la unidad y la verdad. — También Hilario había de encontrar en su camino hombres a quiénes asustaba la palabra *consubstancial,* como a otros les ha asustado la de *tran-*

substanciación o la de *infalibilidad*. Como muro de bronce opúsose a su cobardía y a sus cálculos vulgares. Escuchémosle a él, comentado por el más elocuente de sus sucesores: "La paz, me decís, vais a turbar la paz, vais a estorbar la unión."... "Bello nombre ese de la paz; bella cosa también la unidad; pero ¿quién ignora que para la Iglesia y para el Evangelio no existe otra paz y otra unidad que la paz y unidad de Jesucristo?" — Pero, no sabéis, dicen todavía, no sabéis con quién tenéis que mediros, y ¿no tenéis miedo? — "Sí, tengo miedo ciertamente; tengo miedo de los peligros que corre el mundo: tengo miedo de la terrible responsabilidad que pesaría sobre mí por la connivencia y complicidad de mi silencio. Tengo miedo, finalmente, del juicio divino, tengo miedo por mis hermanos salidos de la senda de la verdad, tengo miedo por mí, cuyo deber es volverles al buen camino." Y añaden: "¿Es que no existen lícitas reticencias, miramientos necesarios?" Hilario respondía a esto, que la Iglesia no necesita recibir lecciones, ni puede olvidar su misión esencial. Ahora bien, esta misión es la siguiente: "*Ministros veritatis decet vera proferre*. Conviene que los ministros de la verdad declaremos lo que es verdadero" [1].

* * *

[1] Obras del Cardenal Pie, obispo de Potiers, tomo VI. Discurso pronunciado en Roma en la iglesia de S. Andrés della Valle, el 14 de enero de 1870.

Razón tenía, pues, oh glorioso Hilario, la Iglesia de Poitiers, para dirigirte desde tiempos antiguos, ese magnífico elogio que dedica la Iglesia Romana a tu insigne discípulo Martín: "¡Oh bienaventurado Pontífice, que amaba a Cristo Rey con todas sus entrañas y no se doblegaba ante el peso del deber!" "¡Oh alma santísima a quien la espada del perseguidor no separó del cuerpo, sin que por eso dejase de alcanzar la palma del martirio!" Si te faltó la palma, al menos tú no faltaste a la palma; a tu cabeza rodeada ya de la aureola de Doctor, le sienta perfectamente la corona de Mártir que ciñe la frente de tu hermano Eusebio. Tal es la gloria debida a tu valerosa confesión de ese Verbo divino cuyas humillaciones en la cuna honramos durante estos días. Como los Magos, tampoco tú temblaste en presencia de Herodes; y cuando fuiste desterrado a tierras extrañas por las órdenes del César, tu corazón se consolaba pensando en el destierro de Jesús en tierra de Egipto. Alcánzanos la gracia de que también nosotros comprendamos esos divinos misterios.

Vela por la fe de la Iglesia, y con tu poderosa intercesión conserva en ella el conocimiento y el amor del Emmanuel. Acuérdate de la Iglesia que gobernaste; aún se gloría de ser tu hija. Y ya que el ardor de tu celo se extendía a toda la Galia para defenderla contra sus enemigos, protege también a toda esa Francia cristiana.

Haz que conserve siempre el don de la fe; que sean sus obispos esforzados paladines de las libertades de la Iglesia; crea en su seno prelados, poderosos en palabras y obras, como Martín y como tú, profundos en su doctrina y fieles en la guarda del sagrado depósito.

EL MISMO DÍA

SAN FELIX, PRESBITERO Y MARTIR

Quiere hoy el Emmanuel asociar a los esplendores de su Epifanía y a la memoria de Hilario de Poitiers, el recuerdo de un humilde amante de las virtudes del pesebre. Liberado por el mismo Dios del furor de los perseguidores, no por eso dejó Félix de alcanzar el título de mártir, gracias a su valor invencible en los tormentos y al cautiverio que debiera haber terminado con su vida. Inscrito ya en el ejército celeste entre los soldados del Señor, tenía que alegrar y sostener a la Iglesia durante mucho tiempo con el ejemplo de aquella admirable pobreza, amor y humildad que le hacen merecedor de ocupar un lugar junto al pesebre del *Rey pacífico*.

Amó e imitó al Niño Dios en su voluntario retiro; por eso ahora el Rey de los Angeles y de los hombres, *manifestado* al mundo y adorado por los reyes, comparte con él la gloria de su

Epifanía. *Al que venciere, le concederé que se siente junto a mí en el trono. (Apoc.*, III, 21.)

En nadie mejor que en Félix de Nola se realizó jamás en la tierra, la promesa que el divino jefe hizo a sus miembros.

Una sencilla tumba acaba de recibir los despojos mortales del humilde presbítero de Campania, que, al parecer debía aguardar allí, en la obscuridad y el silencio tan amados por él en vida, la señal del Angel en el día de la Resurrección. Mas de pronto, numerosos y estupendos milagros señalan el lugar de su sepulcro; el nombre de Félix, llevado de boca en boca, opera prodigios sin cuento; a penas vuelve la paz a la Iglesia y al mundo, con el advenimiento de Constantino, y todos los pueblos se ponen en movimiento; grandes multitudes acuden al sepulcro del mártir; la misma Roma se despuebla en ciertos días, y la antigua vía Apia parece que no ha sido construída con otro objeto que el de llevar a los pies de Félix, los homenajes, el reconocimiento y el amor del mundo entero. No bastan cinco basílicas para albergar a las innumerables muchedumbres; edifícase una sexta, y una nueva ciudad surge en el campo desierto, donde antes descansaban los preciosos restos del mártir. Durante todo el siglo IV, que a otras muchas grandezas une la de haber promovido las grandes peregrinaciones, la ciudad de Nola en Campania, constitúyese en el Occidente en cen-

tro principal, después de Roma, de esas católicas manifestaciones de la fe cristiana. "Afortunada ciudad de Nola" exclama un contemporáneo, testigo ocular de los prodigios, "afortunada ciudad, que gracias al bienaventurado Félix, has llegado a ser la segunda después de Roma, de esa Roma, primera antiguamente por su imperio y sus armas victoriosas, y primera hoy también, por la tumba de los Apóstoles". (Paulini, *De S. Felice natalitium carmen II).*

Acabamos de citar a Paulino, cuyo nombre es inseparable ya del de Félix; le volveremos a encontrar, en el tiempo de Pentecostés, dando también al mundo admirables ejemplos de abnegación, movido por el Espíritu Santo. En lo más florido de su brillante juventud, gozando ya de gloria y honores, llegó Paulino un día ante la tumba de Félix; comprendió allí dónde se halla la verdadera grandeza y la vaciedad de las glorias humanas, y el senador romano, el cónsul, el descendiente de Pablo-Emilio y de los escipiones, se consagra al servicio de su vencedor; sacrifícalo todo, riquezas, honores, y patria, al deseo de vivir junto a aquella tumba; Roma admiraba su genio poético; en adelante no tendrá inspiración más que para cantar todos los años la grandeza del bienaventurado Félix el día de su fiesta, y para proclamarse esclavo, y humilde portero del siervo de Cristo. Así triunfa el Emmanuel en sus santos; así es la gloria de sus

miembros en estos días en que el divino jefe parece que no quiere *manifestarse* a sí mismo sino para mostrarles a ellos, según su promesa, sentados en su mismo trono, recibiendo a su lado y como El los homenajes de los pueblos y de los reyes [1].

¡Oh Félix! este día, repetiremos con el cantor de tus grandezas, es el vigésimo después que el Emmanuel, nacido en carne, nuevo sol vencedor de los hielos, nos devolvió la luz e hizo desaparecer las tinieblas. Su brillo es también el tuyo. Haz que, animados por el calor de sus rayos fecundantes, crezcamos en El como tú. Por habernos hecho niños junto al pesebre, la semilla del Verbo está en nosotros; haz, pues que fructifique en medio de la inocencia de un nuevo corazón. Por tu intercesión, el yugo de Cristo se vuelve leve para los débiles, y el Niño Dios se compadece y acaricia a las almas arrepentidas.

Por tanto, también nosotros debemos celebrar este día, que te vió nacer a la vida del cielo, pues gracias a ti lograremos morir al mundo y empezar una nueva vida con el Emmanuel.

---

[1] Atribúyese a S. Félix de Nola las Actas completamente legendarias de otro Félix, que habría sido hermano del santo del mismo nombre, cuya fiesta se celebra el 30 de abril (Anal. Bol. XVI, 19-20).

15 DE ENERO

SAN PABLO, PRIMER ERMITAÑO

Honra hoy la Iglesia la memoria de uno de los hombres que están mejor escogidos para representar la idea de ese despego heroico, revelado al mundo por el Hijo de Dios nacido en la gruta de Belén. Pablo el ermitaño amó tanto la pobreza de Jesucristo, que huyó al desierto para estar alejado de las riquezas y de toda humana codicia. Una cueva por vivienda, una palmera para alimentarse y vestirse, una fuente para calmar su sed, y un pan diario que del cielo le traía un cuervo para prolongar tan maravillosa vida, ese es el método de vida que, durante sesenta años, empleó Pablo en servicio de Aquel que no encontró posada entre los hombres, viéndose obligado a nacer en un solitario establo.

Pablo vivió con Dios en su gruta; con él comienza aquel género de Anacoretas que renunciaron a la sociedad y aun a la vista de los hombres para mejor hablar con Dios: ángeles terrenos, en los cuales brilló para enseñanza de los siglos venideros, el poder y la riqueza de Dios, que basta por sí solo para satisfacer todas las necesidades de su criatura. Admiremos una tal maravilla, y consideremos con agradecimiento la altura a que se elevó por el misterio de un Dios encarnado, la naturaleza humana caída en

la esclavitud de los sentidos, y absorbida por el amor de los bienes de la tierra.

Con todo, no debemos creer que aquella vida del desierto, aquella celestial contemplación de la felicidad eterna, despreocuparon a Pablo de los asuntos de la Iglesia y de sus gloriosas luchas. Nadie está seguro en el camino que conduce a la visión y a la posesión de Dios, sino está unido a la Esposa que El se escogió y colocó en la tierra como columna y amparo de la verdad. *(II Tim.,* III, 15.)

Ahora bien, los contemplativos son, entre los hijos de la Iglesia, los que más estrechamente unidos deben estar a su regazo materno, porque tienen que recorrer caminos difíciles y sublimes, donde muchos zozobraron. Iluminado Pablo por luz divina, estaba atento a las luchas de la Iglesia contra el arrianismo; manteníase unido a los defensores del Verbo consubstancial al Padre: y, para mostrar su simpatía por el valiente campeón de la fe San Atanasio, rogó a San Antonio a quien dejaba en herencia su túnica de hojas de palmera, le enterrase envuelto en un manto que le había regalado el Patriarca de Alejandría, gran admirador del Santo Abad.

El nombre de Pablo, padre de los Anacoretas va, pues, unido al de Antonio padre de los Cenobitas; las familias fundadas por los dos apóstoles de la soledad son hermanas; las dos tienen su origen en una fuente común, que es

Belén. El mismo tiempo litúrgico reúne, con intervalo de un día, a los dos fieles discípulos del pesebre del Salvador.

VIDA. — San Pablo, fundador y padre de los Ermitaños, nació en 234 en la baja Tebaida. A la edad de 15 años huyó al desierto para servir a Dios sin trabas de ninguna clase, viviendo allí hasta la edad de 113 años. Su cuerpo fué trasladado a Constantinopla en el reinado del emperador Manuel Comneno, (1143-1180), luego a Venecia y finalmente lo recibieron los Ermitaños húngaros de Buda, en 1830 *(Revue de l'Orient chrétien,* 1905, *p.* 387. — *Anal. Boll.* II, 121.) Su vida la escribió San Jerónimo en 376.

Ahora contemplas ya en su gloria al Dios cuya flaqueza y voluntarias humillaciones meditaste durante toda tu vida; ahora hablas con él eternamente. En vez de la cueva, teatro de tus penitencias, tienes la inmensidad de los cielos; en vez del pan material, el Pan eterno de Vida, en vez de la humilde fuente, el venero de aquellas aguas que saltan hasta la vida eterna. En tu soledad imitaste el silencio del Hijo de Dios en Belén; ahora las divinas alabanzas no caen un momento de tus labios. Pero, no olvides a la tierra, tu que sólo conociste el desierto. Recuérdale al Emmanuel que un día la visitó con todo su amor, y haz que desciendan sus bendiciones sobre nosotros. Alcánzanos la gracia de un perfecto desasimiento de todo lo perecedero, el amor de la pobreza y de la oración, y un contínuo deseo de nuestra patria celestial.

EL MISMO DÍA

SAN MAURO, ABAD

Con Pablo el ermitaño comparte los honores de este día Mauro, uno de los más grandes maestros de la vida cenobítica, el más célebre de los discípulos del Patriarca de los monjes de Occidente. Fiel como Pablo a las lecciones de Belén, viene a ocupar un puesto en este santo tiempo de cuarenta días dedicados al divino Infante. Ahí está atestiguando también, el poder de la humildad de Cristo. Porque ¿quién osará poner en duda la potencia victoriosa de la obediencia y de la pobreza del pesebre, al ver los efectos producidos por esas virtudes en los claustros de Francia?

Debe nuestra patria a San Mauro la introducción de la Regla admirable que produjo los santos y personajes a quienes Francia es deudora de la mayor parte de su grandeza. Gracias a San Mauro, los hijos de San Benito pudieron combatir la barbarie de los francos, en tiempo de nuestros primeros reyes; bajo la segunda dinastía enseñaron las letras sagradas y profanas a un pueblo, cuya civilización habían contribuído a formar; en tiempos de la tercera dinastía, y hasta el siglo XVIII en que la Orden monástica, avasallada por las Encomiendas y diez-

mada por los atropellos de una política sectaria, expiraba en medio de las más atroces angustias, hasta entonces, decimos, fueron la providencia de los pueblos por el uso caritativo de sus grandes posesiones, y la honra de la ciencia por sus inmensos trabajos sobre la antigüedad eclesiástica y sobre la historia nacional.

El monasterio de Glanfeuil comunicó su legislación a los centros principales de nuestra influencia monástica: San Germán de París, San Dionisio, Marmoutiers, San Víctor de Marsella, Luxeuil, Jumièges, Fleury, Corbeya, Saint Vannes, Moyen-Moutier, Saint Wandrille, Saint Vaast, la Chaise-Dieu, Tiron, Chezal Benoit, le Bec, y otras muchas abadías de Francia se gloriaron de ser hijas de Montecasino por medio del discípulo preferido del gran Patriarca. Cluny que entre otros dió a la Sede Apostólica a San Gregorio VII y a Urbano II, se reconoció deudora a San Mauro de la Regla que la hizo gloriosa y potente. Cuéntense los Apóstoles, Mártires, Pontífices, Doctores, Ascetas y Vírgenes que durante doce siglos cobijaron los claustros benedictinos de Francia; enumérense los servicios prestados por los monjes en nuestra tierra en el orden de la vida presente y en el orden de la vida futura, a través de todo ese período, y se tendrá una idea del éxito de la misión de San Mauro, éxito cuya gloria recae enteramente sobre el Salvador de los hombres y sobre los misterios de su hu-

mildad, que son la causa de la institución monástica. Reconocer por tanto, la fecundidad de los santos, y celebrar los prodigios obrados por medio de ellos, es también glorificar al Emmanuel.

VIDA. — Nos dice la vida de San Benito por San Gregorio Magno, que San Mauro era hijo del senador romano Eutiquio. Sus virtudes monásticas eran tan relevantes, que San Benito le eligió, a pesar de sus pocos años, para gobernar a monjes y monasterios. Las lecciones del Breviario nos dicen que fué enviado a las Galias por el patriarca de los monjes, para plantar allí la vida monástica. Según eso, hubiera venido a Glanfeuil, hoy San Mauro sur Loire, en la diócesis de Angers, muriendo allí el 15 de enero del 584. Estas Lecciones están sacadas de la "*Vita Mauri*" atribuída durante mucho tiempo a Fausto, compañero suyo, pero que en realidad fué escrita en el siglo IX, por Odón de Glanfeuil. — El 12 de marzo de 845 se descubrieron unos sagrados restos, que un pergamino atestiguaba ser los de San Mauro, llegado a las Galias en tiempo del rey Teodoberto. — La "*Vita Mauri*" es objeto de vivas disputas desde el siglo XVII. Parece que hay que escoger entre dos tesis: o bien todos los detalles dados por Odón son exactos, y si no nos lo parecen, es por falta de conocimientos completos sobre la época; o bien debemos rechazarlo todo, y en este caso habría que considerar a Odón como un falsario. — Las excavaciones practicadas en Glanfeuil en 1898, permitieron identificar los fundamentos de una villa galo-romana y tres oratorios señalados por Odón, un sarcófago merovingio y los cimientos de la celda de San Mauro. Parece seguro que Glanfeuil poseyó un monasterio desde el tiempo merovingio. Este hecho ha

dado pie a otra hipótesis: según ella, el fundador del monasterio habría sido un diácono, llamado Mauro, contemporáneo de Teodeberto, fallecido un 15 de enero. Más tarde, los monjes de Glanfeuil identificaron a su fundador con el discípulo de San Benito.

¡Oh digno discípulo del insigne Benito! ¡Cuán fecundo fué tu apostolado! El ejército de santos salidos de ti y de tu Padre es innumerable. La Regla que diste a conocer fué verdaderamente la salvación de los pueblos de Occidente; los sudores que derramaste sobre la herencia del Señor no fueron estériles. Pero cuando, desde la gloria contemplas a Francia cubierta en otro tiempo de innumerables monasterios, que de día y de noche cantaban las divinas alabanzas, y no ves ahora mas que las ruinas de sus últimos refugios ¿no es verdad que te vuelves al Señor para pedirle que florezca de nuevo la soledad? ¿Qué ha sido de esos claustros donde se educaban los apóstoles de los pueblos, los Obispos de maravillosa doctrina, los intrépidos defensores de la libertad de la Iglesia, los Doctores de todas las ciencias, los héroes de la santidad que te consideran como a segundo padre? ¿Quién nos dará en adelante las santas normas de la pobreza, de la obediencia, del trabajo y de la penitencia que conquistaron la admiración y el amor de tantas generaciones, empujando hacia la vida monástica a todas las clases de la sociedad? En vez de ese divino entusiasmo no nos

queda ya más que pusilanimidad, el amor de una vida terrena, ansia de placeres, horror a la cruz, y, a lo sumo, la práctica de una piedad muelle y estéril. Ruega, oh San Mauro, para que se acorten estos días; haz que se restauren las costumbres cristianas de nuestro tiempo con la práctica de la santidad, y que vuelva a renacer la energía en nuestros tibios corazones. De esta manera volverán a aparecer los grandes días de la Iglesia que sólo esperan hombres esforzados, días tan grandes y bellos como los soñamos con nuestra imaginación impotente. Dígnese el Señor, por tu intercesión, devolvernos el monacato en todo su vigor y pureza, y seremos salvos; y detendrá su curso y la decadencia moral que nos invade aún en medio de los avances de nuestra fe.

Oh Mauro, dános a conocer al divino Infante, su doctrina y sus ejemplos, para que podamos comprender que somos raza de santos, y como su Jefe debemos lanzarnos a la conquista del mundo por los medios por El empleados.

16 DE ENERO

SAN MARCELO, PAPA Y MARTIR

Gobernó San Marcelo la Iglesia en vísperas de los días en que iba a hacerse la paz. Unos meses más y caía Majencio, derribado por Cons-

tantino, y la cruz triunfadora brillaba en lo más alto del Labarum de las legiones. Quedaban ya poco tiempo para los mártires; pero Marcelo será uno de ellos, y merecerá ser asociado a Esteban, y llevar como él la palma junto a la cuna del divino Infante. Sabrá mantener firme la soberanía del supremo Pontificado frente al tirano, en medio de aquella Roma que ha de ver pronto traspasada su corte a Bizancio, para dar lugar a Cristo en la persona de su Vicario. Han transcurrido tres siglos desde el día en que el emperador Augusto ordenó el empadronamiento universal que condujo a María a Belén, donde dió a luz un humilde niño; hoy, el imperio de ese niño ha sobrepasado las fronteras del imperio de los Césares, y su triunfo está ya próximo. Después de Marcelo vendrá Eusebio; después de Eusebio Melquiades, quién verá ya el fin de las persecuciones [1].

---

[1] San Marcelo sucedió al Papa Marcelino († 304) el 27 de mayo o el 26 de junio del 308. Construyó muchas iglesias y las proveyó de sacerdotes, con el fin de favorecer la instrucción y el bautismo de los paganos y la vuelta de los apóstatas a la Iglesia. Sobre su muerte existen dos versiones: la del *Liber Pontificalis,* y la de la *Passio Marcelli* en que se inspiran la *Leyenda* del breviario y los datos de don Guéranger, y también la inscripción que San Dámaso hizo grabar sobre su tumba. Algunos apóstatas que pretendían volver a entrar en el seno de la Iglesia sin someterse a las penitencias canónicas que con energía les exigía el Papa. Provocaron contra él una revuelta en que corrió la sangre. Intervino la autoridad pública, que engañada por los rebeldes, desautorizó a San Marcelo y le condenó al destierro. Murió en el año 309 y es venerado como Mártir.

¡Oh Marcelo, tu triunfo fué debido como el del Niño de Belén, a tus humillaciones! Acuérdate de tu querida Iglesia; bendice a esa Roma que visita con tanto cariño el lugar de tus combates. Bendice a todos los fieles cristianos que en estos días solicitan les alcances la gracia de ser admitidos a formar parte de la corte del nuevo Rey. Pide para ellos la obediencia a tus ejemplos, la victoria sobre su orgullo, el amor de la cruz, y el valor para permanecer fieles en medio de toda clase de pruebas.

EL MISMO DÍA

SAN FULGENCIO, OBISPO DE ECIJA Y CONFESOR

Los forasteros que viajan por las provincias andaluzas se sorprenden al ver en las plazas de cierta importancia cuatro estatuas, una a cada ángulo; representan a cuatro insignes hermanos santos que en el siglo VI de nuestra era ilustraron a España y a la Iglesia. Son estos: S. Leandro arzobispo de Sevilla y Padre de la Patria e Iglesia españolas, S. Fulgencio, obispo de Ecija, sede hoy suprimida, Sta. Florentina, monja observantísima, y S. Isidoro el más joven y el más ilustre de los cuatro. S. Fulgencio, el segundo de la familia, era de agudo ingenio e índole bondadosísima, como atestigua S. Isidoro. Informó a

Florentina e Isidoro en los preceptos y máximas del Evangelio, como mayorcito que era. Gran patriota, le llegaban al alma las exacciones de los bizantinos adueñados del levante de España, y no menos le dolían el fanatismo y desafueros de los visigodos inficionados de la herejía arriana. Seguía con firmeza y convicción profunda defendiendo las miras elevadas y dirección de su santísimo hermano Leandro en comunicación íntima con el Papa San Gregorio Magno, trabajaba con ahinco y atinado acierto en ilustrar al pueblo en la verdadera fe, y moviéronse los metropolitanos a ensalzarle a la dignidad episcopal, confiándole el régimen de la Iglesia de Ecija en la provincia hispalense.

San Isidoro atestigua que San Fulgencio escribió varias obras elocuentes para el buen régimen de la grey que se le había encomendado, pero ninguna de ellas ha llegado a la posteridad. No sería extraño ande alguna entre las atribuídas a otros escritores como ha ocurrido con otros escritores eclesiásticos a quienes la depurada crítica actual hace justicia devolviéndoles opúsculos asignados hasta la fecha a los doctores más renombrados. Como a Doctor se honra a San Fulgencio en España y se celebra su fiesta el 16 de enero con todos los privilegios reservados a los Doctores de la Iglesia.

17 DE ENERO

SAN ANTONIO, ABAD

Oriente y Occidente se unen hoy para celebrar al Patriarca de los Cenobitas, al gran Antonio. La institución monástica existía ya antes de él, como lo demuestran irrecusables monumentos; pero Antonio aparece como el primer Abad, porque fué el primero que dió forma estable a las distintas familias de monjes dedicados al servicio divino, bajo el cayado de un solo pastor.

Huésped primeramente de la soledad, y famoso por sus luchas con los demonios, consintió que se juntasen a su alrededor algunos discípulos atraídos por la fama de sus obras prodigiosas, y por el atractivo de la perfección; fué el comienzo de la vida monástica en el desierto. Toca a su fin la era de los mártires; la persecución de Diocleciano va a ser la última; es la hora en que la Providencia que vela por la Iglesia, va a inaugurar en ella una nueva milicia. La institución monacal va a darse a conocer públicamente a la sociedad cristiana; no bastan ya los Ascetas, aun consagrados. Por todas partes van a surgir los monasterios, lo mismo en el desierto que en las ciudades, de manera que los fieles van a tener en adelante ante la vista un contínuo

acicate para la guarda de los mandamientos de Cristo, con la práctica fervorosa y literal de los consejos. Las tradiciones apostólicas de la oración continua y de la penitencia se mantendrán vivas; se cultivará la ciencia sagrada con amor, y no tardará la Iglesia en ir a buscar a estas ciudadelas del espíritu, sus más valientes defensores, sus más santos Obispos, sus Apóstoles más generosos.

El ejemplo de Antonio será un modelo para los siglos venideros; se tendrá presente que no bastaron a retenerle en el desierto ni los encantos de la soledad ni las dulzuras de la contemplación, y que en lo más duro de la persecución pagana, se trasladó a Alejandría para animar a los cristianos al martirio. Tampoco se olvidará que en otra lucha más encarnizada todavía, la del arrianismo, volvió a aparecer en la populosa ciudad, para predicar al Verbo consubstancial al Padre, confesar la fe de Nicea, y sostener el valor de los ortodoxos. ¿Quién olvidará nunca los lazos que unieron a Antonio con el gran Atanasio? ¿Quién no se acordará de la visita que el ilustre campeón del Hijo de Dios, hizo al Patriarca del desierto, y que procuró por todos sus medios promover el desenvolvimiento de la institución monástica, colocando la esperanza de la salvación de la Iglesia en la fidelidad de los monjes, y que quiso escribir por su propia mano la vida de su amigo?

En este admirable relato es donde podemos aprender a conocer a Antonio; en él se revelan la grandeza y sencillez del hombre que estuvo siempre tan cerca de Dios. A la edad de diez y ocho años, heredero ya de una cuantiosa fortuna, oye en la Iglesia la lectura de un paso del Evangelio en que el Señor aconseja deshacerse de todos los bienes terrenos para poder tender a la vida perfecta. Esto le basta; abandona inmediatamente todo cuanto posee y se abraza con la pobreza voluntaria durante el resto de su vida.

Empújale el Espíritu Santo hacia el desierto, donde los poderes del infierno han emplazado todas sus baterías para hacer retroceder al soldado de Dios; diríase que Satanás se ha dado cuenta de que el Señor ha determinado construir una ciudad en el desierto, y que ha enviado allí a Antonio para levantar los planos. Comienza entonces una lucha cuerpo a cuerpo con los espíritus del mal, pero el joven egipcio sale vencedor aun a costa de sufrimientos. Ha logrado conquistar la nueva palestra en la que se consumará la victoria del cristianismo sobre el Príncipe del mundo.

Después de veinte años de combate que le han dado temple de acero, su alma ha quedado fija en Dios; entonces es cuando se revela al mundo. A pesar de sus esfuerzos por permanener oculto, tiene que responder a los que acuden

a consultarle y a pedirle sus oraciones; a su alrededor agrúpanse los discípulos, y así llega a ser el primer Abad. Sus lecciones sobre la perfección cristiana son oídas con avidez; su enseñanza es al mismo tiempo sencilla y profunda, y sólo baja de las alturas de la contemplación para animar a las almas.

Cuando sus discípulos le preguntan por la virtud más propia para combatir las asechanzas de los demonios y conducir con seguridad al alma a la perfección, responde que esa virtud no es otra que la discreción.

Cristianos de todas las esferas de la sociedad acuden al anacoreta cuya fama de santidad y milagros corre por todo el Oriente. Muchos van por gozar de la emoción de un verdadero espectáculo, y no ven más que a un hombre sencillo, de carácter dulce y agradable. La placidez de sus facciones es un reflejo de su alma. No le causa turbación el verse rodeado de gente, ni vana complacencia las señales de consideración y respeto que le prodigan, porque en su alma, libre de pasiones humanas, habita Dios.

Tampoco faltan los filósofos, entre los que quieren contemplar al prodigio del desierto. Al verles llegar, les dirige Antonio la palabra: "¿Por qué os habéis molestado, oh filósofos, en venir a ver a un loco?" Desconcertados por tal recibimiento, contestáronle que no le tenían por tal, sino que estaban convencidos de su gran cordu-

ra. "En ese caso, repuso Antonio, si me consideráis sabio, imitadme." No nos dice San Atanasio si el resultado de esta visita fué la conversión de aquellos hombres. Otros llegaban atacando, en nombre de la razón, el misterio de un Dios encarnado y cruficado. Antonio sonríe al oírles proponer sus sofismas, y termina por decirles: "Ya que estáis tan bien impuestos en dialéctica, respondedme, por favor:" "Tratándose del conocimiento de Dios ¿a quién se debe de hacer más caso, a la acción eficaz de la fe o los argumentos de la razón?" — "A la acción eficaz de la fe", respondieron. — "Pues bien, repuso Antonio, para probar el poder de nuestra fe, ahí tenéis unos posesos, curadles con vuestros silogismos; y si no lo conseguís, y yo logro hacerlo por medio de la fe y en nombre de Jesucristo, confesaréis la impotencia de vuestros razonamientos y daréis gloria a la cruz que os habéis atrevido a despreciar." Acto seguido hizo tres veces la señal de la cruz sobre los posesos, invocando el nombre de Jesús: y al punto se vieron libres.

Los filósofos estaban admirados y guardaban silencio. "No creáis, les dijo el santo Abad, que he librado por mi propia virtud a estos endemoniados; es la virtud de Jesucristo quien lo ha hecho. Creed también vosotros en él, y veréis cómo no es la filosofía quien opera estos milagros sino una fe simple y sincera." Ignórase si aquellos hombres terminaron por abrazar el cris-

tianismo; lo cierto es que, según testimonio del ilustre biógrafo, se retiraron llenos de estima y admiración por Antonio, confesando que su visita al desierto no había sido inútil.

Con esto el nombre de Antonio se hacía cada día más célebre y llegaba ya hasta la corte imperial. Constantino y los dos príncipes hijos suyos, le escribieron como a un padre, implorando el favor de la respuesta. Resistióse el santo al principio; pero como le hicieran notar sus discípulos que, en medio de todo, los emperadores eran cristianos y podían ofenderse de su silencio, escribióles diciendo, que se gozaba al saber que adoraban a Jesucristo, y exhortándolos a no fiarse tanto de su poder que llegasen a olvidar su condición humana. Les recomendó la clemencia, la práctica de una exacta justicia, que socorrieran a los pobres, y se acordasen siempre que el único Rey verdadero y eterno era Jesucristo.

De esta manera escribía aquel hombre, nacido bajo la persecución de Decio y que había desafiado la de Diocleciano: hablar de Césares cristianos era algo nuevo para él. A propósito de las cartas de la corte de Constantinopla solía decir: "Me han escrito los reyes de la tierra; pero ¿qué es eso para un cristiano? Si su dignidad los eleva por encima de los demás, su nacimiento y su muerte los hacen iguales a todos. Lo que más nos debe mover e inflamar nuestro amor de

Dios, es la idea de que este soberano Señor no sólo se dignó escribir una ley para los hombres, sino que les habló por medio de sus propio Hijo."

Con todo, la publicidad dada a su vida molestaba a Antonio, y no veía nunca la hora de volver a sepultarse en el desierto, para hallarse cara a cara con Dios. Había formado ya a sus discípulos con sus palabras y ejemplos; les dejó, pues, en secreto, y después de tres días y tres noches de camino, llegó al monte Colzim donde reconoció la morada que Dios le había preparado.

San Jerónimo nos describe aquella soledad en la vida de San Hilarión: "La roca dice, se levanta a mil pies de altura, de su base salen corrientes de agua absorbidas en parte por la arena y en parte convertidas en un arroyuelo cuyas márgenes están sembradas de numerosas palmeras que convierten el lugar en un oasis tan placentero, como agradable de aspecto." Una estrecha hendidura de la roca servía al siervo de Dios de abrigo contra las inclemencias del tiempo.

Persiguióle el amor de sus discípulos, descubriéndole también en este lejano retiro; con frecuencia acudían a visitarle y a llevarle pan. Para evitarles semejantes molestias, rogóles Antonio que le procurasen una azada, un hacha y algo de trigo para sembrar un pequeño terreno. Visitó San Hilarión estos lugares después de la muerte del gran Patriarca, acompañado de los

discípulos de Antonio, que le decían emocionados: "Aquí cantaba los salmos; allí se entretenía en oración con Dios; aquí trabajaba; allí descansaba cuando se sentía fatigado; con sus propias manos plantó aquella viña y aquellos arbustos: él hizo aquella era y cavó con gran trabajo aquel pozo para regar el huerto."

Al enseñarle este huerto, refirieron también al santo, que como vinieran cierto día unos asnos salvajes a beber al pozo, comenzaron a destrozar el plantío. Ordenó Antonio al primero que se detuviera, y dándole suavemente con su bastón en el lomo, le dijo: "¿Por qué comes lo que no has sembrado?" A su voz se detuvieron los animales inmediatamente, y no hicieron ya daño alguno.

Pero nos dejamos llevar por el encanto de estos relatos; haría falta todo un volumen para completarlos. De cuando en cuando, bajaba Antonio del monte para acudir a animar a sus discípulos en los distintos puestos que tenía en el desierto. En cierta ocasión fué también a visitar a su hermana a quien antes de abandonar el mundo, había colocado en un monasterio de vírgenes. Por fin, llegado a los ciento cinco años quiso aún ver a los monjes que habitaban en la primera montaña de la cordillera de Colzim, y les anunció su próxima salida de este mundo para la patria. Vuelto a su soledad llamó a los

dos discípulos que desde hace quince años le servían a causa de sus pocas fuerzas, y les dijo:

"Mis queridos hijos, ha llegado la hora, en que según el lenguaje de la Sagrada Escritura, voy a entrar en el camino de mis padres. Veo que me llama el Señor, y mi corazón se siente abrasado por el deseo de unirse a él en el cielo. Pero, vosotros, hijos míos, entrañas de mi alma, no vayáis a perder, por un fatal relajamiento, el fruto del trabajo al que os habéis aplicado desde hace tantos años. Pensad diariamente que acabáis de poneros al servicio de Dios y a practicar esos ejercicios; de ese modo vuestra voluntad se hará más fuerte e irá siempre creciendo. Ya conocéis las emboscadas que nos tendía el demonio. Testigos fuisteis de sus iras, y de sus fracasos. Daos siempre al amor de Cristo; confiad en El plenamente, y así triunfaréis de esos espíritus malignos. No olvidéis nunca las distintas enseñanzas que os he dado, y sobre todo os recomiendo el pensar que podéis morir cada día."

Recordóles luego la obligación que tenían de no ponerse en contacto con los herejes, pidiéndoles también que enterraran su cuerpo en un lugar secreto que sólo ellos conocieran. "En cuanto a los hábitos que dejo, añadió, este será su destino: daréis una de mis túnicas al obispo Atanasio, junto con la capa que me trajo nueva y le devuelvo usada." Era ésta, otra capa que el gran Doctor había regalado a Antonio, distinta

de la primera que ya había empleado para enterrar a Pablo el ermitaño. "La otra túnica, continuó el santo, se la daréis al obispo Serapión, y para vosotros guardaréis mi cilicio." Después, sintiendo la proximidad de su último momento, dirigióse a sus dos discípulos diciéndoles: "Adiós, mis queridos hijos; vuestro Antonio se va, ya no estará con vosotros."

Con semejante sencillez y grandeza se inauguraba la vida monástica en los desiertos de Egipto, para lanzar desde allí sus destellos sobre la Iglesia entera; pero ¿quién debe llevar la gloria de tal institución a la que se unirán en lo sucesivo los destinos de la Iglesia, fuerte siempre cuando está en auge el elemento monástico, y débil cuando éste se halla en decadencia? ¿Quién infundió a Antonio y a sus discípulos el amor de la vida oculta y pobre, pero al mismo tiempo tan fecunda, quién sino el misterio de las humillaciones del Hijo de Dios? Sea pues, toda la gloria para el Emmanuel, anonadado bajo la humildad de los pañales, pero repleto de virtud divina.

VIDA. — Nació San Antonio en Comon (Egipto) el año 251. Al oír las palabras del Evangelio: "Si quieres ser perfecto, véte, vende todo cuanto tienes y dálo a los pobres", lo puso inmediatamente por obra y se retiró al desierto. Tuvo que sufrir allí los ataques de los demonios, de los cuales triunfó por medio de la penitencia e invocando el nombre de Jesús. Murió en el año 356 en el monte Colzim, junto al mar Rojo. Es-

cribió su vida el obispo San Atanasio y sus reliquias se conservan en San Julián de Arlés.

Oh bienaventurado Antonio, nos unimos a toda la Iglesia, para ofrecerte el homenaje de nuestra veneración, y para publicar las gracias que el Emmanuel derramó sobre ti. ¡Cuán sublime fué tu vida, y fecundas tus obras! Verdaderamente eres Padre de un gran pueblo, y una de las más poderosas columnas de la Iglesia de Dios. Ruega, pues, por el Orden monástico, y haz que renazca y alcance nuevo vigor en la sociedad cristiana. Ruega también por todos los miembros de la gran familia de la Iglesia. Muchas veces fué útil tu intercesión a nuestros cuerpos, librándoles de las fiebres mortales que los abrasaban; continúa ejerciendo ese benéfico influjo. Pero, sobre todo, cura nuestras almas abrasadas con frecuencia por llamas más peligrosas todavía. Vela por nosotros en las tentaciones que no cesa de procurarnos el enemigo; haznos cautos contra sus ataques, prudentes para prevenir las ocasiones perversas, firmes en la lucha y humildes en la victoria. El ángel de las tinieblas se te aparecía en formas sensibles; a nosotros nos ataca muchas veces disfrazado; haz que no seamos víctimas de sus embustes. Dominen nuestra vida entera el temor de los juicios divinos y el pensamiento de la eternidad; sea la oración nuestro asiduo recurso, y la penitencia nuestra muralla. Finalmente y ante todo, oh Pastor de las almas, llenémosnos más

y más, según tu consejo, del amor de Jesús, de ese Jesús que se dignó nacer aquí abajo para salvarnos y merecernos las gracias para vencer, de ese Jesús que quiso sufrir tentaciones para enseñarnos el modo de combatirlas.

18 DE ENERO

LA CATEDRA DE SAN PEDRO EN ROMA [1]

El Arcángel había anunciado a María que su Hijo sería Rey y que su Reino no tendría fin; guiados por la Estrella, vinieron los Magos desde el lejano Oriente buscando a ese Rey en Belén; el nuevo Imperio necesitaba su Capital; y como el Rey que había de establecer en ella su trono, debía según los designios eternos, subir

---

[1] En el siglo III venerábase en un cementerio de Roma un recuerdo del ministerio de San Pedro, una silla de toba o madera. Más tarde, en el Bautisterio damasino del Vaticano, se veneró la *sella gestatoria apostolicae confessionis.* El 22 de febrero celebrábase una fiesta con el nombre de *Natale Petri de Cathedra;* pero a causa de la Cuaresma las iglesias de la Galia comenzaron a celebrarla el 18 de enero. Las dos costumbres se desarrollaron paralelas; finalmente, se perdió más tarde la unidad primitiva de su significado y hubo dos fiestas de la Cátedra de San Pedro, la una atribuída a Roma, la del 18 de enero, la otra atribuída a otra sede que fué en definitiva la de Antioquía, y se celebró el 22 de febrero.

Consérvase ahora la Cátedra de San Pedro en el ábside de la basílica del Vaticano, encerrada en un inmenso relicario, de suerte que no puede sentarse ya el Papa sobre la *Cathedra Apostolica* como los Pontífices de los quince primeros siglos. (Dom Schuster: *Liber Sacramentorum.*)

pronto a los cielos, era necesario que el carácter visible de esa Realeza, descansase sobre un hombre que hiciera las veces de Cristo hasta el fin de los siglos.

Para tan gloriosa representación eligió el Emmanuel a Simón, cuyo nombre cambió por el de Pedro, declarando expresamente que la Iglesia entera descansaría sobre este hombre como sobre una roca inconmovible. Mas, como también Pedro debía terminar su carrera en la cruz, comprometíase Jesucristo a darle sucesores en los que sobreviviese siempre la autoridad de Pedro.

Realeza del Vicario de Cristo. — Mas, ¿cuál será la señal para conocer al sucesor de Pedro en el hombre privilegiado sobre el que descansará el edificio de la Iglesia hasta el fin de los siglos? Entre tantos obispos ¿dónde está el que perpetúa a Pedro? El Príncipe de los Apóstoles fundó y gobernó varias Iglesias, pero sólo fué regada con su sangre, la de Roma; una sola, la Romana, guarda su sepulcro; el Obispo de Roma, es, pues, el sucesor de Pedro, y, por tanto, el Vicario de Cristo. De él y no de otro se dijo: *Sobre ti edificaré mi Iglesia.* Y también: *A ti te daré las llaves del Reino de los cielos.* Y en otro lugar: *He rogado por ti, para que no desfallezca tu fe; confirma a tus hermanos.* Y por fin: *Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas.*

De tal manera llegó a comprender esto la herejía protestante, que durante mucho tiempo se esforzó en proyectar dudas sobre la estancia de San Pedro en Roma, creyendo con razón poder destruir con esta estratagema, la autoridad del Romano Pontífice y la noción misma de un Jefe de la Iglesia. La ciencia histórica ha hecho justicia a sus pueriles objecciones; y desde tiempo atrás, los eruditos de la Reforma están de acuerdo con los católicos sobre el terreno de los hechos, y no ponen en tela de juicio ninguno de los puntos históricos bien sentados por la crítica.

El oponerse a, tan extraña pretensión de los Reformadores con la autoridad de la Liturgia fué en parte causa de que Paulo IV devolviese en 1558 la antigua fiesta de la Cátedra de San Pedro en Roma, al 18 de enero. Hacía ya muchos siglos que no celebraba la Iglesia la fiesta del Pontificado del Príncipe de los Apóstoles más que el 22 de febrero. En adelante se fijó para este día la memoria de la Cátedra de Antioquía, que fué la primera ocupada por el Apóstol.

Brilla, pues, hoy en todo su esplendor la realeza del Emmanuel, y alégranse los hijos de la Iglesia de sentirse todos hermanos y conciudadanos de un mismo Imperio, pues celebran la gloria de la Capital común a todos.

Si miran a su alrededor ven infinidad de sectas divididas y que carecen de las condiciones de perpetuidad, porque les falta un centro, y dan

gracias al Hijo de Dios por haber provisto a la conservación de su Iglesia y de la Verdad, por medio de la institución de un Jefe visible en el que se perpetúa Pedro eternamente, lo mismo que Cristo en Pedro. Ya no están los hombres como ovejas sin pastor; la palabra pronunciada al principio continúa sin interrupción a través de todos los tiempos; la misión primera no ha quedado nunca en suspenso de manera que, gracias al Romano Pontífice, el fin de los tiempos podrá enlazar con el origen de la Iglesia. "¡Qué gran consuelo para los hijos de Dios, exclama Bossuet, en su *Discurso sobre la Historia Universal,* y qué afianzamiento en la verdad, cuando se sabe, que desde Inocencio XI que rige hoy (1681) los destinos de la Iglesia, se ascienden sin interrupción hasta San Pedro, constituído Príncipe de los Apóstoles por el mismo Jesucristo!"

PRIMACÍA DE LA SEDE ROMANA. — Con la entrada de Pedro en Roma se realizan y explican los destinos de esta ciudad reina; para ella trae un imperio mucho más extenso todavía que el que posee. Pero este nuevo Imperio no se establecerá por la fuerza como el primero. De soberbia dorminadora de los pueblos como había sido hasta ahora, va a convertirse Roma en Madre de las naciones por el amor; y su imperio no será menos duradero por muy pacífico que sea. Oigamos cómo nos cuenta San León Magno en uno de sus

mejores Sermones, y con toda la dignidad de su lenguaje, la entrada obscura, pero definitiva, del Pescador de Genesaret en la capital del paganismo:

"Dios bueno, justo y omnipotente que nunca negó su misericordia al género humano, y que con sus muchos beneficios proveyó a todos los mortales de medios para llegar al conocimiento de su Nombre, ese Dios, en los secretos designios de su inmenso amor, se compadeció de la ceguera voluntaria de los hombres y de la malicia que les iba degradando poco a poco, y les envió a su Verbo, igual a El y coeterno. Pues bien, al encarnarse este Verbo unió tan íntimamente la naturaleza divina con la humana, que el acercamiento de la primera a nuestra bajeza fué para nosotros el principio de la más sublime elevación.

Y para esparcir por todo el mundo los efectos de esta gracia preparó la divina Providencia el Imperio romano, dándole tales límites que llegase a abarcar todas las naciones del mundo. Era, en efecto, algo muy conveniente para la realización de la obra proyectada, que los distintos reinos estuvieran reunidos bajo un único Imperio, para que llegase la predicación con mayor rapidez a oídos de todos los pueblos, hallándose bajo el mando de una sola ciudad.

Esta ciudad, desconocedora del autor divino de sus destinos, se había hecho esclava de los errores de todos los pueblos aunque les goberna-

ba a casi todos con sus leyes, y creía ser muy religiosa porque admitía todas las falsedades; pero cuanto más fuertemente se hallaba aherrojada por el demonio, más admirablemente fué libertada por Cristo.

En efecto, cuando los doce Apóstoles, después de recibir con el Espíritu Santo el don de hablar diversas lenguas, se distribuyeron las distintas partes del mundo, tomando posesión de las tierras en donde debían predicar el Evangelio, al bienaventurado Pedro, Príncipe del Colegio Apostólico, se le asignó la capital del imperio romano, para que la luz de la Verdad que se había revelado para la salvación de todos los pueblos, se derramase con mayor eficacia sobre el mundo entero, partiendo del centro de aquel Imperio.

Porque ¿qué nación no contaba con representantes en aquella ciudad? ¿Qué pueblos podían ignorar lo que Roma había aprendido? Allí iban a ser pulverizadas las teorías filosóficas y disipadas las vaciedades de la sabiduría terrena; allí iba a ser destruído el culto de los demonios y la impiedad de todos los sacrificios; en aquel lugar donde una hábil superstición había acumulado el producto total de todos los errores.

Y ¿no temes, bienaventurado Pedro Apóstol, venir sólo a esta ciudad? El compañero de tu gloria, el Apóstol Pablo, se encuentra todavía ocupado en fundar iglesias; y tú te adentras en ese bosque poblado de bestias feroces, caminas

sobre ese océano cargado de tempestades con mayor confianza que cuando anduviste sobre las olas. No temes a Roma, la señora del mundo, tú que temblabas en el palacio de Caifás a la voz de una criada del Pontífice. ¿Eran acaso más temibles el tribunal de Pilatos o la crueldad de los judíos que el poderío de Claudio o la ferocidad de Nerón? No; pero la fuerza de tu amor triunfaba del miedo, y no considerabas ya temibles aquellos a quienes habías recibido encargo de amar. Indudablemente sentías ya esa intrépida caridad cuando la declaración de tu amor hacia el Señor fué ratificada por el misterio de una triple interrogación. Por eso, no se te exigió, para apacentar las ovejas de Aquel a quien amabas más que la expresión plena de los sentimientos de tu corazón.

Cierto que tu confianza debía ir en aumento con el recuerdo de los milagros tan numerosos como habías obrado, de tantos inestimables dones de la gracia como habías recibido y de las contínuas manifestaciones del poder que en ti residía. Habías ya hablado a los judíos, muchos de los cuales creyeron en tu palabra; habías fundado la Iglesia de Antioquía, donde tuvo su origen el nombre cristiano; habías sometido a las leyes de la predicación evangélica el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia; y luego, seguro ya del éxito de tu obra y del día de tu muerte, acudiste a clavar sobre las murallas de Roma el

trofeo de la Cruz de Cristo, a aquella Roma donde Dios te había deparado el honor del poder supremo y la gloria del martirio"[1].

El futuro del género humano, está pues, ligado a Roma por la Iglesia; los destinos de esta ciudad son ya para siempre comunes con los del soberano Pontífice. Todos nosotros, aunque divididos por razas, lenguas e intereses, somos Romanos en el orden religioso; este título nos une por Pedro a Jesucristo, formando el vínculo de la gran fraternidad de los pueblos y de los individuos católicos.

GLORIA DE LA ROMA CRISTIANA. — En el orden del gobierno espiritual Jesucristo nos gobierna por Pedro y Pedro por su sucesor. Todo pastor cuya autoridad no venga de la Sede de Roma, es un extraño, un intruso. Del mismo modo, en el orden de la fe, Jesucristo por Pedro y Pedro por su sucesor, nos enseñan la doctrina divina y nos dan el criterio para discernir la verdad del error. Todo Símbolo de fe, todo juicio en materia de doctrina, toda enseñanza contraria al Símbolo, a los juicios y a las enseñanzas de la Sede Romana, son del hombre y no de Dios, y deben ser rechazadas con horror y anatema. En la fiesta de la Cátedra de San Pedro en Antioquía, hablaremos de la Sede Apostólica como fuente única del poder de jurisdicción de la Iglesia; hoy, honramos

[1] P. L., t. LIV, c. 423-425.

la Cátedra romana como origen y regla de nuestra fe. Tomemos aquí también la palabra elocuente de San León [1] y preguntémosle por los títulos de Pedro a la infalibilidad de su doctrina. De este gran Doctor aprenderemos a estimar el valor de las palabras pronunciadas por Cristo para que fueran la garantía suprema de nuestra adhesión a la fe por los siglos de los siglos.

"El Verbo humanado había venido a morar en medio de nosotros, y Cristo se había dado enteramente a la obra de la redención del género humano. Nada había que no estuviera ordenado por su sabiduría, nada que se hallara fuera de su poder. Obedecíanle los elementos, los Espíritus angélicos estaban a sus órdenes; el misterio de la salvación de los hombres no podía fallar en sus efectos, porque el mismo Dios, Uno y Trino, se ocupaba de él. Con todo, sólo Pedro es elegido en este mundo para presidir la vocación de todos los pueblos, para presidir a todos los Apóstoles y a todos los Padres de la Iglesia. Habrá muchos sacerdotes y muchos pastores en el pueblo de Dios; pero, Pedro gobernará con una autoridad que les es propia, a todos los que el mismo Cristo gobierna de un modo más elevado todavía. ¡Qué sublime y admirable participación de su poder se dignó dar Dios a este hombre, mis queridos hermanos! Si quiso que hubiera algo de co-

[1] Sermón IV.

mún entre él y los demás pastores fué con la condición de darles a éstos, por medio de Pedro, todo lo que no quería rehusarles.

Pregunta el Señor a los Apóstoles por la opinión que los hombres tienen de él. Los Apóstoles están de acuerdo mientras se trata simplemente de exponer las distintas opiniones de la ignorancia humana. Pero cuando el Señor pregunta a sus discípulos por su propio parecer el primero en confesarle es el que tiene la primera dignidad entre los Apóstoles. El es quien dice: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.* Respóndele Jesús: *Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás; porque ni la carne ni la sangre te han revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos.* Es decir: Sí, dichoso tú, porque mi Padre te ha iluminado, no te han inducido a error las ideas terrenas, sino que te ha ilustrado la inspiración del cielo. Si me has conocido, ha sido gracias a Aquel de quien soy Hijo único, no gracias a la carne ni a la sangre. *Y yo,* añade, *te digo:* Del mismo modo que mi Padre te ha revelado mi divinidad, yo te descubro tus privilegios. Porque, *tú eres Pedro,* es decir, así como yo soy la Piedra inamovible, la Piedra angular que une ambos muros, el Fundamento esencial e imprescindible: así tú también eres Piedra, porque descansas sobre mi base, y todo lo que yo poseo por mi propio poder, lo posees tú conmigo porque yo te lo comunico. *Y sobre esta piedra construiré mi Iglesia, y las*

puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Mi templo eterno será construído sobre la base de esta piedra; y mi Iglesia, cuya cumbre tocará en el cielo, ha de elevarse sobre la solidez de esa fe.

La víspera de su Pasión, que debía ser una prueba para la constancia de sus discípulos, dijo el Señor estas palabras: *Simón, Simón, Satanás ha solicitado cribarte como el trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Una vez convertido, confirma a tus hermanos.* Común era el peligro de tentación para todos los discípulos; todos necesitaban de la ayuda divina, porque el demonio se había propuesto zarandearles a todos y derrumbarles. Pero el Señor se cuida de un modo especial de Pedro; sus oraciones serán por la fe de Pedro, como si la salvación de los demás estuviese segura, no siendo abatida la fe de su jefe. Sobre Pedro, pues, ha de apoyarse el valor de los demás, sobre él se ordenará la ayuda de la gracia divina, para que la firmeza que Cristo concede a Pedro, sea por él comunicada a los Apóstoles"[1].

INFALIBILIDAD DEL VICARIO DE CRISTO. — En otro Sermón[2], nos hace ver el elocuente Doctor, cómo Pedro vive y enseña siempre desde la Cátedra Romana. "El orden establecido por el que es la mis-

[1] P. L., t. LIV. c. 149-152.
[2] *Serm.*, III.

ma Verdad, persevera constante, de manera que el bienaventurado Pedro, conservando la firmeza recibida, no ha abandonado nunca el timón de la Iglesia. Porque es tal la supremacía que le ha sido otorgada sobre los demás, que nos es preciso reconocer en ella los vínculos que le unían a Cristo al ser llamado Piedra, proclamado Fundamento. Por eso le llamó Piedra, le proclamó Fundamento, constituyó Portero del Reino de los cielos y le declaró Arbitro para atar y desatar con tal autoridad en sus juicios, que éstos se ratifican en el mismo cielo. Ahora ejerce con mayor poder y plenitud la misión que le fué confiada porque su oficio y cargo lo desempeña en Aquel y con Aquel por quien fué gloricado.

Por consiguiente, si algo bueno hacemos sobre esta Sede, si decretamos algo justo, si nuestras oraciones de todos los días consiguen alguna gracia ante la misericordia divina, todo ello se debe a las obras y méritos de aquel que vive en su Sede y obra en ella por medio de su autoridad. Todo esto nos lo mereció, mis queridos hermanos, por aquella confesión, que inspirada a su corazón de Apóstol por Dios Padre, sobrepasó todas las incertidumbres de las opiniones humanas, mereciendo recibir la firmeza de la Piedra que ningún ataque podría quebrantar. Todos los días repite Pedro en la Iglesia: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo;* y, gracias al magisterio de esta voz son adoctrinadas todas las naciones que

confiesan al Señor. Esa es la fe que triunfa del demonio y rompe las cadenas de sus cautivos; la que conduce a los fieles al cielo cuando salen de este mundo. Contra ella nada pueden los poderes del infierno. Tan grande es, en efecto, la virtud divina que la preserva, que nunca logró corromperla la maldad de los herejes, ni la perfidia pagana vencerla"[1].

Son palabras de San León. "No se diga, pues, exclama Bossuet, en su Sermón sobre la Unidad de la Iglesia, no se diga, ni se piense que el ministerio de San Pedro termina con él: lo que ha de ser apoyo de una Iglesia eterna, no puede tener nunca fin. Pedro continuará viviendo en sus sucesores, Pedro hablará siempre desde su Cátedra: esto es lo que nos dicen los Padres, y lo que confirmaron seiscientos treinta Obispos en el Concilio de Caldedonia." Y en otro lugar: "La Iglesia Romana es siempre Virgen: La fe Romana es siempre la fe de la Iglesia; se cree siempre lo que se creyó, por todas partes resuena la misma voz, y Pedro permanece en sus sucesores como fundamento de los fieles. Lo dijo Jesucristo; y pasarán el cielo y la tierra antes que su palabra."

San Pedro continuado en sus sucesores. — Todos los siglos cristianos profesaron la doctrina de la infalibilidad del Romano Pontífice cuando

[1] P. L., t. LIV, c. 146.

enseña a la Iglesia desde la Cátedra apostólica. La encontramos afirmada expresamente en los escritos de los santos Padres, y los Concilios ecuménicos de Lyon y de Florencia la declararon en sus más solemnes asambleas, y de una manera tan clara que no deja lugar a dudas a los cristianos de buena fe. Con todo, el espíritu del error, apoyado por contradictorios sofismas y presentando bajo una falsa luz algunos hechos separados y mal entendidos, trató durante largo tiempo de introducir la confusión entre los fieles de un país, adicto por lo demás a la Santa Sede. La causa principal de este lamentable cisma fué la influencia política, y el orgullo de escuela lo hizo más duradero. Su resultado fué la debilitación del principio de autoridad en las regiones donde se propagó, y la fijación en ellas de la secta jansenista cuyos errores habían sido condenados por la Santa Sede. Después de la asamblea de París en 1682, los herejes afirmaban que los decretos que habían condenado sus doctrinas no eran infalibles.

El Espíritu Santo que dirige a la Iglesia extirpó por fin este funesto error. En el Concilio Vaticano pronunció un solemne fallo, declarando que en adelante, los que rehusasen reconocer como infalibles los decretos solemnemente definidos por el Romano Pontífice en materia de fe y de buenas costumbres, dejaban por el hecho mismo de pertenecer a la Iglesia católica. En

vano trató el infierno de obstaculizar la acción de la augusta asamblea; si el Concilio de Calcedonia había exclamado: "Pedro habló por boca de León"; y el Concilio de Constantinopla había repetido: "Pedro habló por medio de Agatón", el Concilio Vaticano afirmó: "Pedro habló y hablará siempre por boca del Romano Pontífice."

Agradecidos al Dios de la verdad que se ha dignado sublimar y garantizar de todo error a la Cátedra romana, oiremos con ánimo y corazón sumiso las enseñanzas que de ella emanan. Reconoceremos la acción divina en la fidelidad con que ésta Cátedra inmortal ha sabido conservar sin mancilla la verdad durante diecinueve siglos, en tanto que las Sedes de Jerusalén, Antioquía, Alejandría y Constantinopla, apenas la guardaron algunos siglos, convirtiéndose una tras otra en las *cátedras de pestilencia* de que habla el Profeta.

La fe de la Iglesia. — Durante estos días dedicados a honrar la Encarnación del Hijo de Dios y su nacimiento del seno de una Virgen, recordemos que somos deudores a la Sede de Pedro de la conservación de estos dogmas, fundamento de toda nuestra Religión. No sólo nos los ha enseñado Roma por medio de sus apóstoles a quienes encomendó la predicación de la fe en las Galias; sino que fué también ella quien, con su fallo supremo, aseguró el triunfo de la ver-

dad cuando las tinieblas de la herejía trataban de ensombrecer tan altos misterios. En Efeso, al condenar a Nestorio, se declaró que la naturaleza divina y humana no forman en Cristo más que una persona, y que por consiguiente María es verdadera Madre de Dios: En Calcedonia la Iglesia definió contra Eutiques, la distinción de las dos naturalezas, la de Dios y la del hombre: en el Verbo encarnado los Padres de ambos Concilios declararon que en sus decisiones no hacían más que seguir la doctrina que les habían transmitido las Epístolas de la Sede Apostólica.

Ese es, pues, el privilegio de Roma, el gobierno en todo cuanto atañe a la vida futura, como gobernó por las armas durante siglos los intereses de la vida presente, en el mundo entonces conocido. Amemos y honremos a esa ciudad Madre y Señora, patria común de todos nosotros, y celebremos hoy su gloria con amor de hijos.

Estamos, pues, asentados sobre Jesucristo en nuestra fe y en nuestras esperanzas, oh Príncipe de los Apóstoles, puesto que estamos fundados sobre ti que eres la piedra por El colocada. Somos, ovejas del rebaño de Jesucristo, pues te obedecemos como a nuestro Pastor. Siguiéndote, oh Pedro, estamos seguros de entrar en el Reino de los cielos, porque tú guardas las llaves. Al gloriarnos de ser miembros tuyos, oh Jefe nuestro, podemos considerarnos como miembros del mismo Jesucristo, porque el Jefe invisible de la Igle-

sia no reconoce otros miembros que los del Jefe visible por El establecidos. Del mismo modo, cuando guardamos la fe en el Romano Pontífice, cuando obedecemos sus órdenes, no hacemos más que profesar tu fe, oh Pedro, y seguir tus mandatos, porque si Cristo enseña y gobierna por ti, tú enseñas y gobiernas por el Romano Pontífice.

Demos, pues, gracias al Emmanuel, que no quiso dejarnos huérfanos, sino que antes de volverse a los cielos, se dignó proporcionarnos un Padre y un Pastor, hasta la consumación de los siglos. La víspera de su Pasión, queriéndonos demostrar su amor hasta el extremo, nos dejó su cuerpo por manjar y su sangre por bebida. Después de su gloriosa Resurrección, cuando iba a subir a la diestra de su Padre, y sus Apóstoles se hallaban reunidos en torno suyo, estableció su Iglesia a manera de inmenso redil, diciendo a Pedro: *Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos*. De este modo aseguraste, oh Cristo, la perpetuidad de tu Iglesia y creaste en su seno la unidad, que es lo único que puede conservarla y defenderla contra los enemigos de dentro y fuera. ¡Gloria a ti, divino Arquitecto, que construíste tu inmortal edificio sobre Piedra firme! Soplaron los vientos, desencadenáronse tempestades, se levantaron furiosas olas, pero la casa se mantuvo en pie, porque estaba fundada sobre la roca *(S. Mateo,* VII, 25.)

Oh Roma, recibe las nuevas promesas de nuestro amor y los votos de fidelidad que te hacemos, en este día en que toda la Iglesia proclama tu gloria y se felicita de estar edificada sobre tu Piedra. Tú serás siempre nuestra Madre y Señora, nuestra guía y esperanza. Tu fe será siempre la nuestra; porque quien no está contigo, no está con Jesucristo. En ti son hermanos todos los hombres; no eres para nosotros una ciudad extraña, ni tu Pontífice un soberano extranjero. Gracias a ti gozamos de la vida de la inteligencia y del corazón; tú nos preparas para habitar un día en aquella otra ciudad de la que eres reflejo, la ciudad celestial de la que eres puerta.

Oh Príncipe de los Apóstoles, bendice a las ovejas confiadas a tu guarda; y acuérdate de las que están desgraciadamente fuera del redil. Naciones enteras instruídas y civilizadas por tus sucesores, llevan una vida lánguida lejos de ti, y ni siquiera sienten la desgracia de estar alejadas del Pastor. A unas hiela y corrompe el cisma, otras son víctimas de la herejía. Sin contacto con Cristo, visible en su Vicario, el Cristianismo se vuelve estéril y poco a poco desaparece. Durante mucho tiempo doctrinas imprudentes que tienden a aminorar los dones que el Señor confirió al que debe ser su representante hasta el fin de los tiempos, han secado los corazones de sus adeptos; apenas han hecho más que cambiar el culto de César por el servicio de Pedro. ¡Oh

Supremo Pastor, cura todos estos males! Apresura el retorno de las naciones separadas, y el fin de la herejía del siglo dieciséis; abre los brazos a tu hija, la Iglesia de Inglaterra, para que vuelva a florecer como en los tiempos pasados. Convierte a los pueblos de Alemania y a los reinos del Norte; para que todos conozcan que no hay salvación posible si no es a la sombra de tu Cátedra. Aniquila al ingente monstruo del Septentrión, que amenaza al Asia y a Europa, y que por todas partes destruye la verdadera religión. Devuelve el Oriente a su antigua fidelidad, para que, después de tan largo eclipse, vuelva a ver surgir sus Sedes Patriarcales en la unidad y obediencia a la única Sede Apostólica. Finalmente, consérvanos a nosotros en la fe de Roma, y en la obediencia a tu sucesor, ya que hasta ahora hemos permanecido fieles gracias a la misericordia divina y a tu paternal cuidado. Instrúyenos en los misterios que te han sido confiados; revélanos lo que el Padre celestial te ha revelado. Muéstranos a Jesús, tu Señor; condúcenos a su cuna, para que como tú, y sin escandalizarnos de sus humillaciones, tengamos la dicha de poder decirle contigo: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.*

EL MISMO DÍA

CONMEMORACION DE SANTA PRISCA

Existe una gran incertidumbre a propósito de esta joven mártir romana, pues una tradición nos asegura que fué bautizada por el Apóstol San Pedro a la edad de trece años, y que fué la primera mártir de la Iglesia de Occidente, decapitada entre el año 45 y el 54 bajo Claudio Tiberio; mientras que otra tradición la refiere al siglo III y afirma que fué decapitada bajo Claudio II el Godo, hacia el año 250. Sea lo que fuere, hay que reconocer su existencia, y la realidad de su martirio y de su culto, en los tiempos más remotos.

Recitemos en su honor la Colecta de la Misa:

"Te suplicamos, oh Dios omnipotente, a quien honramos en el día natalicio de tu Mártir, nos concedas alegrarnos con esta anual solemnidad y aprovecharnos del ejemplo de tan gran fe. Por Nuestro Señor." Amén.

19 DE ENERO

SAN MARIO, MARTA, AUDIFAZ Y ABACUC, MARTIRES

Del mismo modo que la misteriosa estrella condujo a los Magos hasta la cuna del rey recién

nacido, así el resplandor que irradia de Roma enrojecida con la sangre de los Mártires, nos lleva irresistiblemente a venerar a los santos que nos propone la Iglesia en este día. Mario, su esposa Marta y sus hijos Audifaz y Abacuc, llegados de las lejanas regiones de Persia en tiempo del Emperador Claudio, el Godo, para visitar las tumbas de los Apóstoles y de los valientes confesores de Cristo, van a merecer ser asociados a su triunfo. Van a confesar al divino Niño en medio de los más crueles tormentos, añadiendo con su victoria un nuevo florón a la corona de la ciudad madre y señora, cuyas grandezas celebrábamos ayer. En efecto, la tregua concedida a los cristianos por el edicto de Galieno no fué duradera para los fieles de Roma, y la sangre de los mártires volvió a correr en la ciudad imperial, bajo el breve reinado de Claudio II [1]. La Pasión de estos santos peregrinos nos los presenta, poniendo, desde su llegada, al servicio de los perseguidos sus personas y sus riquezas. Buscaban y visitaban en las cárceles a los que habían sufrido por la fe, y era tan grande su devoción hacia ellos, que no contentándose con lavar sus heridas, se complacían en derramar sobre sus propias cabezas el agua que había servido a tan piadosos menes-

[1] P. Allard. *Les dernières persécutions du troisième siècle*, 3.ª Ed.

teres [1]. Con religioso celo se dedicaban a recoger los cuerpos de los valientes confesores, y a enterrar respetuosamente sus sagrados restos. Semejante celo no podía pasar mucho tiempo inadvertido: detenidos junto con otros cristianos, Mario, Marta y sus hijos obtuvieron la palma del martirio que tan ardientemente deseaban.

Según la tradición, fueron martirizados el 20 de enero del año 270. Pero la Iglesia los celebra el 19, por estar el día siguiente totalmente dedicado a la memoria de San Fabián y San Sebastián [2].

"Verdaderamente son hermanos, los que vencieron los crímenes del mundo; siguieron a Cristo y ahora poseen con gloria el reino de los cielos" [3]. Así canta la Iglesia un día del año al asociar al triunfo de Cristo resucitado, nuevos grupos de mártires. Pero ¿qué alabanza cuadra mejor a los ilustres soldados cuya victoria celebramos? Si es digno de admiración el espectáculo de los miembros de una misma familia bien hermanados ¿cuánto más, si esta buena armonía persevera en medio de las obras más

---

[1] Acta SS. Enero, t. II.

[2] Las actas de estos Mártires persas parece que han sufrido algunas interpolaciones; se señala su fiesta por primera vez en un calendario vaticano del siglo XII. Es dudoso que fueran sus cuerpos trasladados a S. Medardo de Soissons en 828. Actualmente se veneran sus reliquias en las iglesias de S. Adrián y Sta. Práxedes de Roma.

[3] Verso del Aleluya de la Misa de los santos Nereo y Aquileo (12 de mayo) y de otras muchas misas de Mártires.

heroicas de caridad y de las más nobles aspiraciones hacia la patria de los cielos? Haced, oh gloriosos mártires, que como vosotros alcancemos esa unión de corazones, en el amor y servicio del Verbo encarnado.

En medio de los más crueles tormentos, vuestra voluntad, ansiosa de seguir hasta el fin al maestro, hacía que os animáseis mutuamente a la perseverancia y que glorificáseis a Cristo por haberos permitido con el martirio, formar parte de sus siervos privilegiados. Pedid para nosotros aumento de la virtud de la fe, y una completa entrega a Aquel que vino a la tierra a rescatarnos, y las generosas disposiciones que nos permitan arriesgar y sufrirlo todo por su gloria.

EL MISMO DÍA

SAN CANUTO, REY Y MARTIR

Como hemos dicho ya, a los Reyes Magos siguieron en la cueva del Señor otros santos Reyes cristianos; es, pues justo que aparezcan en este tiempo dedicado al misterio de su Nacimiento. Entre los muchos que dió a la Iglesia y a la sociedad europea el siglo XI, tan fecundo en toda clase de maravillas de la religión católica, Canuto IV en el trono de Dinamarca se destaca sobre los demás, por la aureola del marti-

rio [1]. Apóstol fervoroso de la religión cristiana, legislador prudente, intrépido guerrero, piadoso y caritativo, tuvo todas las virtudes que deben adornar a un príncipe cristiano. El pretexto que le ocasionó la muerte violenta, fué su celo por la Iglesia, cuyos derechos se confundían entonces con los del pueblo; murió en una revuelta, con el sublime carácter de víctima sacrificada en aras de su nación. Su tributo al nuevo Rey nacido fué el tributo de la sangre, trocando la corona pasajera por la otra con que adorna la Iglesia la frente de sus mártires, y que jamás se marchita. La historia de Dinamarca en el siglo XI no es muy conocida de la mayoría de los habitantes de la tierra, pero en cambio el honor que tuvo este país dando un Rey mártir, es conocido en toda la Iglesia, y la Iglesia abarca al mundo entero. Uno de los mayores espectáculos que se observan debajo de la capa del cielo, es sin duda este poder que tiene la Esposa de Jesucristo para honrar el nombre y los méritos de los siervos y amigos de Dios; pues los nombres que proclama llegan a hacerse inmortales entre los hombres, bien hayan sido llevados por reyes, bien servido para distinguir a los últimos de sus hijos.

El Sol de justicia había aparecido ya sobre tu tierra, oh santo Rey, y tu más completa dicha consistía en verlo brillar sobre tu pueblo. Como

---

[1] Fué inmolado en la iglesia de S. Albano, en Odense, el 10 de julio de 1086.

los Magos de Oriente, te complacías en poner tu corona a los pies del Emmanuel, y un día llegaste hasta ofrecer tu propia vida en su servicio y en aras de la Iglesia. Pero tu pueblo no era digno de ti; derramó tu sangre como el ingrato Israel derramará la sangre del Justo que nos ha nacido y cuya tierna infancia honramos estos días. Ofrece una vez más por el reino que ennobleciste, aquella muerte violenta que sufriste por tu pueblo, aplicándola por sus pecados. Hace tiempo que Dinamarca olvidó la fe verdadera; ruega para que la recobre cuanto antes. Alcanza para los príncipes que gobiernan los Estados cristianos, la fidelidad a sus deberes, el celo por la justicia, y el respeto por la libertad de la Iglesia. Pide también al divino Niño para nosotros, el celo que tuviste por su gloria; y si no podemos poner como tú una corona a sus pies, ayúdanos a dejarle nuestros corazones.

20 DE ENERO

SAN FABIAN, PAPA Y MARTIR Y SAN SEBASTIAN, MARTIR

Los honores de este día recaen sobre dos grandes Mártires: el uno, Pontífice de la Iglesia de Roma; el otro, hijo de esta Iglesia Madre. Fabián recibió la corona del martirio el año 250

bajo la persecución de Decio; Sebastián en la de Diocleciano el año 288. Consideraremos por separado los méritos de ambos atletas de Cristo.

Imitando a sus predecesores San Clemente y San Antero, el Papa Fabián tuvo especial empeño en hacer redactar las Actas de los Mártires; pero la persecución de Diocleciano que hizo desaparecer un gran número de estos preciosos monumentos, nos privó del relato de sus sufrimientos y de su martirio. Sólo han llegado hasta nosotros algunos rasgos de su vida pastoral; pero podemos hacernos una idea de sus virtudes por el elogio que de él hace San Cipriano, llamándole *varón incomparable,* en una carta que escribió al Papa San Cornelio, sucesor de Fabián. El Obispo de Cartago alaba también la pureza y santidad de vida del Pontífice que supo dominar con frente serena las tempestades que agitaron a la Iglesia de su tiempo. Nos complacemos contemplando aquella cabeza digna y venerable, sobre la que se posó una paloma para señalar al sucesor de Pedro, el día en que se reunió el pueblo y el clero de Roma para la elección de Papa, después del martirio de Antero. Esta semejanza con el hecho de la manifestación de Cristo en el Jordán por medio de la divina paloma, hace todavía más sagrado el carácter de Fabián. Depositario del poder de regeneración que existe en las aguas después del bautismo de Cristo, fué celoso propagador del cristianismo, y la Iglesia de las

Galias tiene que reconocer en muchos de sus principales fundadores, a los Obispos que el consagró para anunciar la fe en distintos países.

De esta manera transcurrieron, oh Fabián, los días de tu Pontificado, largos y tempestuosos. Presintiendo la futura paz que Dios reservaba a su Iglesia, no consentiste que se perdieran para los siglos venideros los grandes ejemplos de la era de los mártires, y por eso trató, tu solicitud de conservarlos. Gran parte de los tesoros por ti reunidos para nosotros, fueron pasto de las llamas; a penas si nos es dado reunir algunos detalles de tu propia vida; pero sabemos lo suficiente para alabar a Dios por haberte escogido en tan difíciles tiempos, y para celebrar hoy el triunfo glorioso logrado por tu constancia. La paloma que te señaló como elegido del cielo al posarse sobre tu cabeza, te eligió por Cristo visible de la tierra, preparándote para las solicitudes y el martirio, e indicando a toda la Iglesia que debía reconocerte y escucharte. ¡Oh Santo Pontífice, ya que en esto fuiste semejante al Emmanuel en su Epifanía, ruégale por nosotros para que se digne *manifestarse* más y más a nuestras almas y corazones!

* * *

Coloca Roma a la cabeza de sus glorias y después de los Apóstoles Pedro y Pablo, a dos de sus valientes mártires, Lorenzo y Sebastián, y

a dos de sus más ilustres vírgenes, Cecilia e Inés. Pues bien, el tiempo de Navidad reclama una parte de esta noble corte para hacer los honores a Cristo recién nacido. Lorenzo y Cecilia aparecerán a su vez acompañando a otros misterios; el día de hoy, Sebastián, el jefe de la guardia pretoriana es llamado a prestar servicio junto al Emmanuel; mañana será admitida Inés al lado del Esposo a quien dedicó todas sus preferencias.

Imaginémonos a un joven, rompiendo todos los lazos que le ataban a Milán su patria, por el único motivo de que allí no arreciaba la persecución con tanta fiereza, mientras que en Roma la tempestad bramaba violentamente [1]. Teme por la constancia de los cristianos, y sabe que en distintas ocasiones los soldados de Cristo, cubiertos de la armadura de los soldados de César, se introdujeron en las prisiones y animaron el valor de los confesores. Es la misión que ambiciona, en espera del día en que él mismo pueda alcanzar la palma. Acude, pues, en ayuda de aquellos a quienes habían quebrantado las lágrimas de sus padres; los carceleros afrontan el martirio, cediendo al imperio de su fe y de sus milagros, y hasta un magistrado romano solicita ser instruído en una doctrina que comunica tanto poder a los hombres. Colmado de distinciones

[1] Cf. Discurso vigésimo de S. Ambrosio sobre el Salmo CXVIII. P. L. XV., c. 1497.

por Diocleciano y Maximiano Hércules, dispone Sebastián en Roma de una influencia tan favorable al cristianismo, que el Papa Cayo le proclama *Defensor de la Iglesia.*

Por fin, después de haber enviado innumerables mártires al cielo, el héroe consigue también la corona, objeto de sus deseos. Cae en desgracia de Diocleciano por su valiente confesión, pero prefiere la gracia del Emperador celestial a quien únicamente servía bajo el casco y la clámide. Entréganle a los arqueros de Mauritania, quienes le despojan, encadenan y traspasan con sus flechas. Y aunque le devuelven a la vida los piadosos cuidados de Irene, es sólo para expirar bajo los golpes, en un hipódromo contiguo al palacio de los Césares.

Así son los soldados de nuestro Rey recién nacido; pero, ¡con qué esplendidez son por El recompensados! La Roma cristiana, capital de la Iglesia, se levanta sobre siete Basílicas principales, como la antigua Roma sobre siete colinas: uno de estos siete santuarios se honra con el nombre y la tumba de Sebastián. La Basílica de Sebastián se asienta en la soledad, fuera de las murallas de la ciudad, sobre la Vía Apia; guarda también el cuerpo de San Fabián, pero el honor principal de este templo es para el soldado que quiso ser enterrado en este lugar, como fiel guardián de los cuerpos de los Santos Apóstoles, junto al pozo donde fueron ocultados durante

muchos años para sustraerlos a las pesquisas de los perseguidores.

Como recompensa al celo de San Sebastián por la salvación de las almas que con tanto cuidado trató de preservar del virus del paganismo, Dios le concedió ser abogado del pueblo cristiano contra el azote de la peste. Este poder del santo Mártir se experimentó en Roma desde el año 680, en el Pontificado de San Agatón [1].

Oh valeroso soldado del Emmanuel, ahora descansas a sus plantas. Mira desde lo alto del cielo a la cristiandad que celebra tus triunfos. En este período del año apareces como fiel guardián de la cuna del Niño divino; el cargo que ejercías en la corte de los príncipes de la tierra lo desempeñas ahora en el palacio del Rey de reyes. Dígnate elevar hasta allí y presentar nuestros votos y oraciones.

¡Con cuánto agrado acogerá el Emmanuel tus peticiones, pues con tanto fervor le amaste! En tu ardor por derramar tu sangre en su servicio, no te bastó una palestra ordinaria; necesitabas ir a Roma, aquella Babilonia ebria de la sangre de los Mártires, como diría San Juan. Y no es que quisieras solamente subir rápido al cielo; tu celo por tus hermanos te tenía preocupado por su constancia. Complaciaste penetrando en las mazmorras, donde entraban todos destrozados

[1] También en Milán en 1575 y en Lisboa en 1599. A ese poder se refieren el Evangelio y la antífona de la Comunión.

por los tormentos, y allí acudías a animar su generosidad vacilante. Diríase que tenías orden de formar la milicia del Rey celestial, y que no debías entrar en el cielo si no en compañía de los guerreros escogidos por ti para la guardia de su persona. Por fin ha llegado el momento de pensar en tu propia corona; ha sonado la hora de la confesión. Pero, para un atleta como tú, oh Sebastián, no basta un solo martirio. En vano han gastado sus flechas los arqueros en tus miembros; la vida no se va de tu cuerpo; la víctima queda dispuesta para el segundo sacrificio. Así eran los cristianos de los primeros tiempos, y nosotros somos hijos suyos. Atiende, pues, oh guerrero del Señor, a la extremada flaqueza de nuestros corazones, donde languidece el amor de Cristo; ten piedad de tus últimos descendientes. Todo nos asusta, todo nos abate, y con mucha frecuencia somos enemigos de la cruz, aun sin darnos cuenta. No debemos hechar en olvido, que no podremos habitar al lado de los Mártires si nuestros corazones no son generosos como los suyos. Somos cobardes en la lucha con el mundo y sus vanidades, con las inclinaciones de nuestro corazón, y el instinto de los sentidos, y después que hacemos con Dios una paz fácil, sellada con la garantía de su amor creemos que ya no tenemos otra cosa que hacer, sino caminar suavemente hacia el cielo, sin pruebas y sacrificios voluntarios. ¡Oh Sebastián, líbranos de se-

mejantes ilusiones! despiértanos de nuestro letargo; y para lograrlo aviva el amor que duerme en nuestros corazones.

Protégenos contra la peste del mal ejemplo y contra el influjo de las ideas mundanas que se deslizan bajo la falsa apariencia de cristianismo. Haznos celosos de nuestra santificación. Cautos contra nuestras malas inclinaciones, apóstoles de nuestros hermanos, amigos de la cruz, y despegados de nuestro propio cuerpo. En virtud de las flechas que atravesaron tus miembros, aleja de nosotros los dardos que nos lanza el enemigo en la oscuridad.

Armanos, oh soldado de Cristo, con la armadura de que nos describe el gran Apóstol en su Epístola a los Efesios (VI, 13-17); coloca sobre nuestro pecho la *coraza de la justicia,* que le protegerá contra el pecado; cubre nuestra cabeza con el *casco de la salud,* es decir, con la esperanza de los bienes futuros, esperanza que dista igualmente de la desconfianza y de la presunción; pon en nuestro brazo el *escudo de la fe,* duro como el diamante, contra el que vengan a chocar las tentaciones del enemigo, cuando trate de invadir nuestro espíritu para seducir nuestro corazón; pon, finalmente, en nuestra mano *la espada de la palabra divina,* con la que venceremos todos los errores y cortaremos todos los vicios; porque el cielo y la tierra pasan, pero la

Palabra de Dios queda como regla y esperanza nuestra.

Defensor de la Iglesia, llamado así por boca de un santo Papa mártir, levanta también ahora tu espada para defenderla. Derriba a sus enemigos, descubre sus pérfidos planes; dános la paz que tan raras veces disfruta la Iglesia, y que le sirve para prepararse a nuevos combates. Bendice a las armas cristianas cuando tengan que entrar en lucha contra enemigos externos. Ampara a Roma que venera tu sepulcro; salva a Francia que durante mucho tiempo se glorió de poseer una parte de tus sagrados restos. Aleja de nosotros el azote de la peste y las enfermedades contagiosas; escucha la voz de los que, todos los años, te solicitan la conservación de los animales que el Señor dió al hombre para que le ayuden en sus trabajos. Finalmente, asegúranos por tus oraciones, el descanso de la vida presente, pero sobre todo los bienes eternos.

21 DE ENERO

SANTA INES, VIRGEN Y MARTIR

No hemos agotado aún el magnífico cortejo de Mártires que nos sale al paso en estos días del año. Sebastián ayer; mañana Vicente, que lleva la victoria hasta en el nombre. En medio de estos grandes santos aparece hoy la jovencita

Inés. Es una niña de trece años a quien ha dado el Emmanuel la intrepidez de ser Mártir; marcha sobre la arena con paso tan firme como el oficial romano o el diácono de Zaragoza. Si aquellos son soldados de Cristo, esta es su casta esposa. Tales son las victorias del Hijo de María. Apenas se ha revelado al mundo, cuando todos los corazones nobles corren hacia El, conforme ya lo había anunciado: "Donde estuviere el cuerpo, allí se juntarán las águilas." *(S. Mateo,* XXIV, 28.)

Es el fruto admirable de la virginidad de su Madre, la cual estimó en más la fecundidad del alma que la del cuerpo, abriendo un nuevo camino por el que las almas escogidas se lanzan rápidamente hacia el Sol divino, para contemplar con mirada virginal y sin celajes, sus divinos destellos; El había dicho: "*Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*" *(S. Mat.,* V, 8.)

Gloria imperecedera de la Iglesia católica, única que posee en su seno el don de la virginidad, origen de todas las grandezas, porque nace exclusivamente del amor. Honor sublime de la Roma cristiana el haber engendrado a Inés, ángel terreno, ante cuya presencia palidecen aquellas antiguas Vestales, cuya virginidad colmada de favores y riquezas, no sufrió nunca la prueba del hierro ni del fuego.

¿Existe alguna fama que se pueda comparar con la de esta joven, cuyo nombre se leerá hasta

el fin del mundo en el Canon de la Misa? Después de tantos siglos, aún quedan en la ciudad santa, huellas de sus pasos inocentes. Aquí un templo levantado sobre el antiguo circo Agonal, que nos introduce bajo bóvedas envilecidas en otro tiempo por la prostitución, y ahora embalsamadas con el perfume de la Santa. Más allá, en la Vía Nomentana, fuera de los muros de Roma, una elegante Basílica, construída por Constantino, que guarda el casto cuerpo de la virgen, bajo un altar revestido de piedras preciosas. Alrededor de la Basílica, bajo tierra, comienzan y se extienden amplias criptas, en cuyo centro descansó Inés hasta el día de la paz, junto a muchos miles de mártires que la daban guardia de honor.

Tampoco debemos pasar por alto el gracioso homenaje que todos los años tributa a la joven virgen la Santa Iglesia Romana en el día de su fiesta. En el altar de la Basílica Nomentana son colocados dos corderos, que recuerdan a la vez la mansedumbre del Cordero divino y la dulzura de Inés. Después que los bendice el Abad de los Canónigos regulares que están al servicio de aquella Iglesia, son llevados a un monasterio de religiosas, que los crían con esmero; su lana sirve para tejer los *Pallium* que envía el Soberano Pontífice a todos los Patriarcas y Metropolitanos del mundo católico, como símbolo esencial de su jurisdicción. De esta manera con el ornamento de

lana que estos Prelados deben llevar sobre sus hombros como imagen de la oveja del buen Pastor, y que el Papa toma de la tumba de San Pedro para enviárselo, llega hasta los confines de la Iglesia el doble sentimiento de la fortaleza del Príncipe de los Apóstoles y de la virginal dulzura de Inés.

Vamos ahora a citar las páginas admirables que dedicó San Ambrosio a Santa Inés, en su libro de las Vírgenes [1]. La mayor parte de ellas las lee la Iglesia en el Oficio de hoy; no podía aspirar la virgen de Cristo a más dulce panegirista que el gran obispo de Milán, el más elocuente y el más persuasivo de los Padres por lo que se refiere a la virginidad; pues nos dice la historia que, en las ciudades en que él predicaba, las madres encerraban a sus hijas por miedo a que renunciasen al matrimonio, inflamadas de ardiente amor a Cristo por las sugestivas palabras del prelado.

"Al ponerme a escribir un libro sobre la Virginidad, dice el gran obispo, me considero feliz comenzándole por el elogio de la virgen cuya festividad nos reúne. Celebramos la fiesta de una Virgen: tratemos de ser puros. Celebramos la fiesta de una Mártir: sacrifiquemos víctimas. Celebramos la fiesta de Santa Inés: maravíllense los hombres, no pierdan ánimo los niños, pás-

[1] L. I. cap. II. P. L. XVI, c. 189-191.

mense las esposas, imiten las vírgenes. Pero ¿podríamos hablar dignamente de aquella cuyo nombre encierra ya su elogio? Fué su celo mayor que su edad, su virtud superior a su naturaleza, de manera que su nombre no parece un nombre humano, si no más bien el anuncio de su martirio." Hace aquí alusión el santo obispo a la palabra *cordero,* de donde deriva el nombre de *Inés.* Dice luego que viene del griego *agnos,* que significa *puro,* y continúa así su discurso:

"El nombre de esta virgen es también un título de pureza: la celebraré, pues, como Mártir y como Virgen. Es suficiente alabanza la que no necesita ser rebuscada, porque existe por sí misma. Retírese el rector, y cállese la elocuencia; una sola palabra, basta su nombre para alabar a Inés. Cántenla los ancianos, los jóvenes y los niños. Todos los hombres celebran a esta mártir, pues no pueden pronunciar su nombre sin alabarla.

Refiérese que tenía trece años cuando sufrió el martirio. Crueldad inaudita la de un tirano que no respeta una edad tan tierna, pero aún más maravilloso el poder de la fe, que encuentra testigos en esa edad. ¿Había lugar para heridas en un cuerpo tan pequeñito? A penas encontró la espada un sitio para herir en aquella niña; con todo eso, supo Inés vencer a la espada.

Es la edad en que la joven tiembla ante el mirar airado de su madre; un simple alfilerazo

hace brotar sus lágrimas, como si fuera una herida. Inés, encambio, intrépida entre las manos sangrientas de los verdugos, permanece inquebrantable en medio de sus pesadas cadenas; desconocedora aún de la muerte, pero dispuesta a morir, presenta todo su cuerpo a la punta de la espada de un fiero soldado. A su pesar, trasládanla a los altares: tiende su brazo a Cristo a través del fuego del sacrificio, y hasta en medio de las sacrílegas llamas, su mano hace la señal de la cruz trofeo de su Señor victorioso. Ofrece su cuello y sus dos manos a los hierros que la presentan, pero no son a propósito para apretar miembros tan pequeños.

¡Nuevo género de martirio! No tiene la Virgen aún la edad del tormento, y ya está madura para la victoria; no está madura para el combate, y ya es capaz de corona; tiene en contra suya el prejuicio de la edad y ya es maestra en virtudes. No camina la esposa con tanta prisa hacia el lecho nupcial, como avanza esta virgen gozosa y con paso ligero, hacia el lugar de su suplicio; ataviada no con una cabellera artificiosamente dispuesta, sino con el mismo Cristo; coronada, no de flores, sino de pureza.

Todos lloran; ella es la única que no lo hace; maravíllanse de que tan fácilmente desprecie una vida que no ha gustado todavía, que la sacrifique como si la hubiera ya agotado. Todos se admiran de que sea ya testigo de la divinidad, cuan-

do por su edad no dispone aún de sí misma. Su palabra no tendría valor en una causa humana; pero se la cree cuando da testimonio ante Dios. Efectivamente, una fortaleza que está muy por encima de la naturaleza, sólo podría venir del autor de la naturaleza.

¡Qué de amenazas empleó el juez para intimidarla! ¡cuántos halagos para ganarla! ¡Cuántos hombres la pidieron por esposa! Pero ella exclamaba: *La desposada injuria al esposo, si le hace esperar.* El primero que me escogió es el *único que ha de poseerme. ¿Por qué tardas, verdugo? Muera este cuerpo que puede ser amado por ojos que no me agradan.*

Preséntase, ora, dobla el cuello. Hubierais visto temblar al verdugo como si fuera él el condenado. Movíase su mano, y su rostro estaba pálido ante el peligro ajeno, mientras la doncella veía sin temor su propio peligro. Ved, pues, un doble martirio en una sola víctima: el martirio de la castidad y el de la religión. Inés permaneció Virgen y obtuvo el martirio."

Canta hoy la Iglesia Romana unos magníficos responsorios, en los cuales declara Inés de una manera encantadora su ingenuo amor, y la dicha que tiene de ser la prometida de Cristo. Están formados con frases sacadas de las antiguas Actas de la mártir, atribuídas durante mucho tiempo a San Ambrosio.

℟. Mi esposo ha adornado mi cuello y mi mano con piedras preciosas; ha puesto en mis orejas inestimables margaritas: * Y me ha embellecido con perlas finas y deslumbrantes. — ℣. Ha impreso su sello en mi rostro, para que no admita a otro amante. * Y me ha embellecido...

℟. Amo a Cristo, seré la Esposa de Aquel cuya Madre es Virgen, cuyo Padre le engendró de un modo espiritual, de Aquel que hizo ya resonar en mis oídos sus armoniosos acordes: * De Aquel a quien amando soy casta, a quien tocando soy pura, y poseyendo soy virgen. — ℣. Me dió un anillo como prenda de su amor, y me adornó con un rico collar. * De aquel a quien amando...

℟. Probé la leche y la miel de sus labios: * Y su sangre colorea mis mejillas. — ℣. Me enseñó tesoros incomparables, cuya posesión me prometió. * Y su sangre colorea mis mejillas.

℟. Su carne está ya unida a la mía por medio del manjar celestial, y su sangre colorea mis mejillas: * El es quien tiene por Madre a una Virgen y cuyo Padre le engendró de un modo espiritual. — ℣. Estoy unida a Aquel a quien sirven los Angeles, y cuya belleza es admirada por el sol y la luna. * El es quien tiene...

¡Cuán dulce y fuerte es el amor de tu Esposo Jesús, oh Inés! ¡De qué manera se apodera de los corazones inocentes, para transformarlos en corazones intrépidos! ¿Qué te importaba a ti el mundo y sus goces, el suplicio y sus tormentos? ¿Qué tenías que temer de la espantosa prueba a que te sometió la crueldad del perseguidor? La hoguera, la espada no significaban nada para ti; tu amor te decía bien alto, que ninguna violen-

cia humana sería capaz de arrebatarte el corazón de tu divino Esposo; tenías su palabra y conocías muy bien su fidelidad.

¡Oh niña, purísima en medio del cenagal de Roma, libre en medio de un pueblo esclavo! ¡qué bien se manifiestan en ti las virtudes del Emmanuel! El es Cordero, y tú eres sencilla como El; es el León de la tribu de Judá, y como El eres tú invencible. ¿Cuál es, por tanto, esa nueva raza bajada del cielo que va a poblar la tierra? ¡Oh! ¡Cuántos siglos ha de durar la vida de esa familia cristiana nacida de los Mártires y que cuenta entre sus antepasados, héroes tan valientes, vírgenes y niños al lado de pontífices y guerreros, inflamados todos de un ardor celestial y que no pretendiendo otra cosa que salir de este mundo, después de haber depositado en él la semilla de las virtudes! de esta manera ha llegado a nosotros los ejemplos de Jesucristo por la cadena de sus Mártires. De suyo eran tan frágiles como nosotros; tenían que vencer las costumbres paganas que habían viciado la sangre de la humanidad, y no obstante eso, fueron fuertes y puros.

Vuelve a nosotros tus ojos, oh Inés, y ampáranos. El amor de Cristo languidece en nuestros corazones. Tus luchas nos conmueven; hasta lloramos al oír contar tu heroísmo, pero somos débiles contra el mundo y los sentidos.

Enervados por el ansia de comodidades y por una absurda atención a eso que llamamos sen-

sibilidad, no tenemos valor frente al deber. ¿No es verdad que la santidad no es comprendida? Causa extrañeza y escandaliza; la consideramos imprudente y exagerada. Y sin embargo de eso, oh Virgen de Cristo, ahí estás tú, con tus renuncias, con tu fervor celestial, con tu sed de padecer que te lleva a Cristo. Ruega por nosotros, pecadores; crea en nosotros el sentimiento de un amor generoso y activo. Cierto que existen almas valerosas que te siguen; pero son pocas; auméntalas con tu intercesión para que el Cordero pueda tener en el cielo un cortejo numeroso.

Te presentas a nosotros, oh Virgen inocente, en los días en que nos acercamos a la cuna del divino Niño. ¿Quién sería capaz de expresar las caricias que tú le dedicas, y las que de El recibes? Deja también que se acerquen los pecadores a ese Cordero que viene a redimirles; recomiéndales tú misma a ese Jesús que tanto amaste siempre. Condúcenos a María, la tierna y pura oveja que nos dió al Salvador. Tú que eres un fiel reflejo del suave brillo de su virginidad, alcánzanos de ella una de esas miradas suyas que hacen puros los corazones.

Ruega, oh Inés, por la Santa Iglesia, que es también la Esposa de Jesús. Ella fué la que te hizo nacer a su amor; de ella tenemos también nosotros la luz y la vida. Haz que sea cada vez más fecunda en vírgenes fieles. Ampara a Roma, donde tu sepulcro es tan glorioso. Bendice a los

Prelados de la Iglesia: pide para ellos la dulzura del cordero, la solidez de la roca y el celo del buen Pastor por la oveja perdida. Ayuda, por fin, a todos cuantos te invocan; enciéndase tu amor hacia los hombres en la hoguera que abrasa al Sagrado Corazón de Jesús.

EL MISMO DÍA

SANTOS FRUCTUOSO, OBISPO, AUGURIO Y EULOGIO, DIACONOS Y MARTIRES

Llámale San Agustín en el sermón predicado a los fieles africanos el día de San Fructuoso, *anciano trémulo,* lo que nos da a entender había nacido a fines del siglo II. Distinguióse por su índole bondadosa desde joven, y por la gravedad de su continente que imponía respeto a cuantos le contemplaban. Joven era Fructuoso pero persuadido ya de la falsedad e inconsistencia de las mundanales vanidades, y despreciando el medro a que le daban derecho a aspirar sus prendas naturales y su fortuna, se creyó feliz dedicándose al Señor en el ministerio del altar. El celo de la gloria de Dios le devoraba.

Viéndose por aquel tiempo privada de Pastor la metropolitana de Tarragona, clero y pueblo de consuno pusieron los ojos en Fructuoso y tenaces persistieron en su empeño de sublimarle a la cátedra episcopal hasta conseguirlo de la mo-

destia del santo joven, que se resistió cuanto pudo a las santas pretensiones de sus conciudadanos. Hecho Obispo, se derramó con tal ímpetu el torrente de su caridad y beneficencia, que hasta los mismos gentiles sentían copiosamente sus efectos y le profesaban amor tierno y sencillo. Era reflejo exacto del cuadro que San Pablo nos pinta de lo que debe de ser un cumplido prelado. Felices vivían los fieles de Tarragona bajo tal Pastor y guía seguro, ayudado por sus dos diáconos Augurio y Eulogio encendidos en el fuego de idéntica caridad, e impulsados por los mismos ideales de perfección y sacrificio.

Habiendo estos santos diáconos sabido la suerte del español San Lorenzo que había sido quemado vivo dos años antes por ser confidente del santo Papa Sixto II, no podían ellos alentar ambiciosas esperanzas con la protección de su santo Obispo Fructuoso. Correrían la misma suerte que esperaba el prelado tarraconense y ellos, en efecto, santamente codiciosos la ansiaban.

El desventurado emperador Valeriano eligió a Emiliano, feroz perseguidor de los cristianos, por gobernador de Tarragona y su provincia; y en Tarragona quiso dar pruebas de que su elección correspondía al instinto sanguinario que ambos a dos encarnaban. — Con astucia infernal dispuso descargara en la cabeza el primer golpe, mandando apresar al santo Obispo en su misma casa, para que, herido el Pastor, se hi-

ciera más fácilmente riza en las ovejas desorientadas. Con San Fructuoso moraban sus diáconos Augurio y Eulogio, y seis soldados asaltaron la casa; era domingo, 16 de Enero del año 259. Con largas pértigas aporrearon ruidosamente el cuarto del santo obispo, que salió al punto a su encuentro. "Síguenos, le dijeron al verle; el gobernador, os manda llamar con vuestros diáconos." El diálogo entablado entre el soberbio Emiliano y San Fructuoso es de lo más sublime que registran las actas martiriales; lo propio cabe afirmar de los valientes diáconos Augurio y Eulogio y los tres fueron condenados a ser quemados vivos. —Lloraban los fieles al verlos pasar camino del anfiteatro donde estaba preparada la hoguera. —Rechaza San Fructuoso el refresco y alimento que le ofrecen piadosos cristianos. "No quiera Dios, exclama, que yo quebrante el ayuno mientras me dure la vida, (era viernes) y no ha llegado todavía la hora de Nona. Por más cierta y cercana que tenga la muerte, Jesucristo mi Redentor murió con sed; yo quiero llevarla también para imitarle." Cuando se desnudaban se acercó a San Fructuoso Augustal, su lector, y derramando lágrimas le suplicó de rodillas, tuviese a bien que le descalzara a fin de evitarle este trabajo y modestia. El Santo no lo permitió. "Yo mismo, dijo, quiero tener libres y sueltos mis pies, para andar por tan buen camino del martirio y de él a la gloria."

Narra el gran poeta Prudencio, algunas maravillas ocurridas en el martirio de estos tres valientes atletas de Cristo, que alentaron a los fieles y llenaron de confusión a los perseguidores.

Fué el aniversario de la muerte de San Fructuoso y compañeros, día de función solemnísima hasta en Africa, donde San Agustín predicó patético sermón a los fieles. Ocurrió su martirio el 21 de Enero, del año 259 que cayó en viernes. Es el primer martirio atestiguado por verídicas actas procesales en nuestra Patria, y merecen estos héroes, la alabanza entusiasta de los Españoles.

22 DE ENERO

SAN VICENTE, DIACONO Y MARTIR († 304) Y SAN ANASTASIO, MARTIR

Hoy es Vicente, *el Vencedor,* quien viene a unirse a la cuna de su jefe el Emmanuel y a su hermano Esteban, *el Coronado.* Vióle nacer España en la ciudad de Huesca; ejerció su oficio de Diácono en Zaragoza, y por la fortaleza y ardor de su fe fué ya un presagio de lo que entre los demás había de ser el Reino Católico. Pero no pertenece sólo a España; como Esteban y Lorenzo, es héroe de la Cristiandad. El Diácono Esteban predicó a Cristo a través de las piedras

que llovían sobre él como sobre un blasfemo; el Diácono Vicente confesó al Hijo de Dios sobre la parrilla candente, lo mismo que Lorenzo. Este triunvirato de Mártires son el ornato de las Letanías, y sus tres nombres simbólicos y predestinados, *Corona, Laurel* y *Victoria,* nos anuncian a los más esforzados caballeros de la Iglesia.

Triunfó Vicente del fuego, porque la llama de amor que le devoraba por dentro era más ardiente que la que consumía su cuerpo. Acompañaron a sus duros combates admirables prodigios; pero el Señor que se glorificaba en él no quiso que perdiese la corona, y en medio de los tormentos, el santo Diácono sólo tenía un pensamiento, el de agradecer con la entrega de su sangre y de su vida, el sacrificio que Dios hizo al sufrir la muerte por él y por todos los hombres. ¡Con qué fidelidad y amor hace guardia a estos días ante la cuna de su Señor! Y ¡cómo desea que todos los que le visitan amen a este Niño! ¡Cómo habría de clamar contra la tibieza de los cristianos que no llevan al recién nacido más que corazones de hielo y divididos, él que no retrocedió ante tantos sinsabores a trueque de entregarse completamente! A él se le pidió la vida por partes y la entregó sonriente; ¿nos negaremos nosotros a remover los obstáculos baladíes que nos impiden el comienzo de una nueva vida con Jesús? Sea, pues, un acicate para nuestros corazones, el espectáculo de to-

dos estos Mártires que celebramos estos días; aprendamos a ser sencillos y valerosos como ellos.

Una tradición antigua, hace a San Vicente patrón de los trabajos de la viña y de los que se emplean en ellos. Es una feliz idea y nos recuerda simbólicamente la parte que toma el Diácono en el Sacrificio divino. El es el que vierte en el cáliz el vino que se va a convertir en seguida en la sangre de Cristo. Hace pocos días asistíamos al banquete de Caná: Jesucristo nos brindaba en él con el divino licor, el vino de su amor; hoy nos lo presenta de nuevo, por mano de Vicente. El santo Diácono ha hecho sus pruebas para hacerse digno de tan alto oficio, mezclando su propia sangre como si fuera vino generoso, en la copa que contiene el precio de la salvación del mundo. De este modo se realiza la palabra del Apóstol, que nos dice que los Santos cumplen en su carne, por medio del mérito de sus sufrimientos, lo que falta, no a la eficacia, sino a la plenitud del Sacrificio de Cristo, de quien son miembros. *(Col.,* I, 24.)

Te saludamos, oh Diácono *Vencedor,* que tienes entre tus manos el Cáliz de la salud. En otro tiempo presentábaslo en el altar, para que por las palabras de la consagración fuera trocado su licor en la sangre de Cristo; ofrecíaslo a los fieles para que todos cuantos tuvieran sed de Dios se saciasen en la fuente de la vida eterna. Hoy, tú mismo lo ofreces a Cristo; está lleno hasta el

borde, de tu propia sangre. De esta manera supiste ser un Diácono fiel, llegando a dar tu propia vida en confirmación de los Misterios de que eras dispensador. Tres siglos habían transcurrido desde la inmolación de Esteban; sesenta años desde que los miembros de Lorenzo eran asados en las parrillas de Roma, levantando un perfume de incienso dulce y acre al mismo tiempo; y ahora en la última de las persecuciones, la víspera del triunfo de la Iglesia, vas a confirmar tú con tu constancia, que la fidelidad de los Diáconos no había desaparecido.

La Iglesia está orgullosa de tus triunfos, oh Vicente; acuérdate que después de Cristo, por ella luchaste. Sénos pues, propicio; y señala este día de tu fiesta con los efectos de tu protección. Ahora contemplas ya cara a cara al Rey de los siglos, cuyo Caballero fuiste: sus resplandores eternos brillan ante tu mirada, serena aunque deslumbrada. También nosotros le poseemos en este valle de lágrimas, también nosotros le vemos, porque se llama Emmanuel, es decir *Dios con nosotros*. Pero a nuestra vista se presenta como un débil niño, porque teme asustarnos con el brillo de su gloria. No obstante eso, no dejes de infundir confianza en nuestros corazones que se ven alguna vez atormentados por la idea de que ese dulce Salvador ha de ser un día juez riguroso. La vista de lo que tú hiciste y padeciste en su servicio nos emociona a quienes estamos tan vacíos

de buenas obras, y tan olvidados de los derechos de ese Señor. Haz que tus ejemplos no pasen en vano delante de nuestros ojos. Ha venido a predicarnos la sencillez infantil, esa sencillez que nace de la humildad y de la confianza, esa sencillez que a ti te hizo afrontar tantos tormentos sin flaquear, y con ánimo tranquilo.

Haznos dóciles para escuchar la voz de Dios que nos habla con sus ejemplos; haznos tranquilos y alegres en el cumplimiento de su voluntad, y entregados únicamente a su beneplácito.

Ruega por todos los cristianos, porque todos están llamados a luchar contra el mundo y las pasiones de su propio corazón. Todos somos invitados a la palma, a la corona, a la victoria. Jesús no ha de admitir sino a los vencedores, al banquete de la gloria eterna, a aquella mesa en que, según su promesa, ha de beber con nosotros el vino nuevo, en el reino de su Padre. La túnica nupcial necesaria para poder entrar allí, debe estar teñida en la sangre del Cordero; todos debemos ser mártires, si no de hecho, al menos de deseo: porque poca cosa es haber vencido a los verdugos, si no se ha vencido uno a sí mismo.

Asiste con tu ayuda a los nuevos mártires que también hoy derraman su sangre, para que sean dignos de los tiempos que te dieron a la Iglesia. Protege a España, tu patria. Pide al Emmanuel que haga nacer allí héroes esforzados y

fieles como tú, para que el reino Católico, tan celoso siempre de la pureza de la fe, continúe siendo en todo tiempo la vanguardia de las naciones cristianas. No consientas que en la Iglesia de Zaragoza, santificada por tu oficio de Diácono, se debilite el sentimiento de la fe católica, ni se quebranten los lazos de su unidad. Y ya que la piedad de los pueblos te honra como a protector de los viñedos, bendice esa parte de la creación que el Señor destinó para uso del hombre, y de la cual ha querido servirse como instrumento para el más excelso de los misterios y uno de los más emocionantes símbolos de su amor para con nosotros.

* * *

Hoy también honra la Iglesia la memoria del santo monje persa Anastasio, que padeció martirio entre el 626 y el 628. Al apoderarse Cosroes de Jerusalén, llevóse a Persia el madero de la verdadera Cruz, más tarde recuperado por Heraclio. La vista del sagrado madero despertó en Anastasio, todavía pagano, el deseo de conocer la religión, de la que era trofeo. Renunció a la superstición persa, y abrazó el cristianismo y la vida monástica. Este paso dado y su ardor de neófito, levantó contra él, el resentimiento de los paganos, los cuales, después de espantosos tormentos, cortaron la cabeza al soldado de Cristo. Su cuerpo fué trasladado a Constantinopla, y de

allí a Roma, donde descansa con honor [1]. Dos célebres iglesias de esta capital, una dentro de la ciudad y otra fuera de sus muros, están dedicadas a San Vicente y a San Anastasio, porque los dos grandes mártires padecieron el mismo día, aunque en épocas distintas. Ese es el motivo que movió a la Iglesia a juntar las dos fiestas en una sola. Roguemos a este nuevo atleta de Cristo que nos sea propicio, y que nos encomiende al Señor cuya cruz amó tanto.

23 DE ENERO

SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT, CONFESOR

Después de Hilario, Pablo, Mauro y Antonio, brilla hoy Raimundo de Peñafort, una de las glorias de la Orden de Santo Domingo y de la Iglesia en el siglo XIII.

Según los Profetas, el Mesías vino para ser nuestro Legislador; más aún, es El la misma Ley. Su palabra ha de ser norma de los hombres, y El mismo ha de dejar a su Iglesia el poder de legislar, para que conduzca a los pueblos por la santidad y la justicia, hasta los umbrales de la eternidad. La sabiduría del Emmanuel se ma-

[1] Los numerosos milagros que siguieron a esta traslación merecieron a San Anastasio el título de taumaturgo, e influyeron en la elección del trozo del evangelio de la Misa, es decir, la curación de la hemorroísa y la resurrección de la hija de Jairo. (*Marcos,* V, 21-34.)

nifiesta en la disciplina canónica, como su verdad en la enseñanza de su doctrina. Pero al hacer sus leyes, la Iglesia se ayuda de los hombres que le parecen poseer en más alto grado la ciencia del Derecho y la integridad de la moral.

San Raimundo de Peñafort tuvo el honor de manejar su pluma para la redacción del Código canónico. Por orden de Gregorio IX, fué él quien compiló en 1234 los cinco libros de las Decretales [1].

Discípulo de Aquel que descendió del cielo al seno de una virgen para salvar a los pecadores, convidándoles con el perdón, mereció Raimundo ser llamado por la Iglesia, *insigne Ministro del Sacramento de la Penitencia.*

Fué el primero que reunió en un cuerpo de doctrina, las máximas de la moral cristiana que sirven para determinar los deberes del confesor en relación con los pecadores que acuden a él a declarar sus pecados. *La Suma de Casos penitenciales* abrió la serie de esos importantes trabajos, por medio de los cuales algunos peritos y virtuosos doctores trataron de establecer los derechos de la ley y las obligaciones del hombre, con el fin de enseñar al sacerdote el arte de *discernir,* como dice la sagrada Escritura, *lepra de lepra. (Deut.,* XVII, 8.)

[1] El nombre de Raimundo va unido para siempre a la gloria de esta obra que ha sido la base de la disciplina hasta la promulgación del nuevo *Código de Derecho Canónico* por Benedicto XV, en 1918.

Finalmente, cuando la gloriosa Madre de Dios, Madre también de los hombres, suscitó para la obra de la Redención de los cautivos al generoso Pedro Nolasco, a quien dentro de pocos días veremos llegar ante la cuna del Redentor, Raimundo fué el poderoso instrumento de esta gran obra de misericordia; no sin motivo le considera la Orden de la Merced como uno de sus fundadores, y no en vano le han honrado millares de cautivos, libertados de la esclavitud de los musulmanes, como a uno de los principales autores de su libertad.

VIDA. — Nació San Raimundo en Barcelona, de la noble familia de Peñafort. Enseñó allí las Humanidades, y fué después a estudiar Derecho a Bolonia. Volvió luego a su ciudad natal, donde brilló por sus eminentes virtudes, sobre todo por su veneración hacia la Santísima Virgen María. A los 45 años profesó en la Orden de Santo Domingo. Fundó con San Pedro Nolasco la Orden de Nuestra Señora de la Merced para la Redención de los cautivos.

Llamado a Roma por Gregorio IX, fué allí su Capellán y Confesor, y redactó las Decretales. Se hizo célebre por sus milagros y murió casi centenario, el 7 de enero de 1275. Su sepulcro está en Barcelona. Canonizóle Clemente VIII.

Fiel dispensador del Sacramento de la Penitencia, supiste extraer del corazón de Dios encarnado, aquella caridad que hizo del tuyo un asilo de pecadores. Amaste a los hombres, y te

preocupaste tanto de las necesidades de sus cuerpos como de las de sus almas. Ilustrado por los rayos del Sol de justicia, nos ayudaste a discernir el bien del mal, dándonos reglas para apreciar las llagas de nuestras almas. Roma admiró tu conocimiento de las leyes; y se gloría de haber recibido de tus manos el sagrado Código que gobernó durante mucho tiempo a las distintas Iglesias.

Despierta en nuestros corazones, oh Raimundo, la compunción sincera que es una de las condiciones para el perdón en el sacramento de la Penitencia.

Haznos comprender la gravedad del pecado mortal que separa de Dios para siempre, y los peligros del pecado venial que dispone al alma tibia para el pecado mortal. Concédenos hombres llenos de caridad y ciencia, para ejercer ese sublime ministerio que cura a las almas. Protégelos contra el doble escollo de un desesperanzador rigorismo, o de una excesiva blandura. Reaviva en nosotros la verdadera ciencia del Derecho canónico, sin la cual la casa del Señor se convertiría en seguida en morada de desorden y anarquía. Consuela a todos los que languidecen en las prisiones o en el destierro, tú que tuviste un corazón tan compasivo para los cautivos; prepara su libertad; líbranos también a todos, de las cadenas del pecado que con tanta frecuencia sujetan a las almas de aquellos, cuyo cuerpo goza

de la libertad. Fuiste tú, oh Raimundo, el confidente del corazón de nuestra misericordiosa Reina María, y ella te asoció a su obra para el rescate de los cautivos. Eres, pues, poderoso ante el Corazón, que después del de Jesús es nuestra mayor esperanza. Preséntala nuestros homenajes. Pídela para nosotros a esa incomparable Madre de Dios la gracia de que amemos siempre al Niño celestial que tiene en sus brazos. Dígnese también ella, por tus oraciones, ser nuestra estrella en el mar de este mundo, más tempestuoso que aquel cuyas olas desafiaste sobre tu milagroso manto.

Acuérdate también de España, tu patria, en cuyo seno obraste tantas maravillas. Ampara a la Orden de Predicadores, cuyo hábito y regla honraste. La gobernaste sabiamente en la tierra; ámala siempre como Padre desde el cielo, para que vuelva a florecer en toda la Iglesia, y produzcan, como en los tiempos antiguos, aquellos frutos de santidad y de ciencia que hicieron de ella una de las principales glorias de la Iglesia de Cristo.

* * *

No han transcurrido aún tres días desde el martirio de Santa Inés, cuando la Liturgia, fiel en recoger todas las tradiciones, nos llama otra vez a su tumba. La Virgen Emerenciana, amiga y hermana de leche de nuestra heroína de trece

años, se fué a orar y llorar al lugar donde descansaba aquella que tan rápida y cruelmente le arrebataron. Emerenciana no había sido aún regenerada por las aguas del Bautismo; era todavía catecúmena, pero su corazón pertenecía ya a Cristo por la fe y el deseo.

Mientras la joven se desahoga ante la tumba de Inés, llegan los paganos, insultan sus lágrimas y tratan de impedir los homenajes que rinde a su víctima. Entonces Emerenciana, ardiendo en deseos de unirse a Cristo y de estar cuanto antes en brazos de su dulce compañera, vuélvese hacia aquellos bárbaros, confiesa a Jesucristo, maldice a los ídolos, y les echa en cara la atroz crueldad de que han hecho víctima a la inocente Inés.

Indígnase la ferocidad pagana en los corazones de aquellos hombres esclavizados por el culto de Satanás, y en cuanto termina de hablar la joven, cae sobre el sepulcro de su amiga, sepultada bajo las piedras mortíferas que le arrojan aquellos, a quienes se ha atrevido a desafiar. Bautizada en su propia sangre, deja Emerenciana en la tierra sus sangrientos despojos, y su alma vuela hacia el regazo del Emmanuel, para gozar eternamente de sus divinos abrazos y de la amada presencia de Inés.

EL MISMO DÍA

SAN ILDEFONSO, OBISPO Y CONFESOR

La Iglesia española envía hoy a uno de sus obispos ante la cuna del divino Niño con el encargo de honrar su nacimiento. A primera vista parece que las alabanzas que oímos de boca de Ildefonso no tienen más objeto que honrar a María; pero ¿se puede honrar a la Madre sin proclamar la gloria del Hijo, en cuyo alumbramiento radican todas las grandezas de aquella?

En medio de ese coro de ilustres Pontífices que honraron el episcopado español en el siglo VII y VIII, aparece en primer lugar Ildefonso, el *Doctor de la Virginidad de María,* como Atanasio lo fué de la Divinidad del Verbo, Basilio de la Divinidad del Espíritu Santo, y Agustín de la Gracia. El arzobispo de Toledo expuso su enseñanza con profunda doctrina y gran elocuencia, probando al mismo tiempo, contra los Judíos, que María concibió sin perder su virginidad; contra los adeptos de Joviniano, que permaneció Virgen en el parto, y contra los secuaces de Helvidios que fué Virgen después del parto. Antes que él habían tratado otros Doctores estas cuestiones separadamente; Ildefonso reunió en un haz luminoso todas esas luces, y mereció que una Virgen Mártir saliese de su sepultura para felicitarle por haber defendido el honor de la Reina

de los cielos. Finalmente, la misma María, le vistió con sus manos virginales una maravillosa casulla que anunciaba el resplandor del vestido luminoso con que brilla Ildefonso eternamente, al pie del trono de la Madre de Dios.

Vida. — San Ildefonso nació en Toledo. Fué discípulo de San Isidoro durante doce años en Sevilla, y luego Arcediano de Toledo. Poco después hizo profesión y fué elegido Abad del monasterio benedictino Agaliense. Electo arzobispo de Toledo fué muy útil a su pueblo, por su doctrina, ejemplos y milagros. Refutó a los herejes que negaban la perpetua virginidad de María, la cual se le apareció para premiar su celo. Murió en 667 y su cuerpo descansa actualmente en Zamora.

Gloria a ti, oh santo Pontífice, que te elevas con tanto honor en esta tierra de España tan fecunda en valientes caballeros de María: Véte a ocupar un puesto junto a la cuna, donde esa Madre incomparable vela amorosamente al lado de su Hijo, el cual, siendo al mismo tiempo su Dios y su Hijo, consagró su virginidad en vez de lastimarla. Encomiéndanos a su ternura; recuérdala que es también Madre nuestra. Ruégala que atienda los himnos que entonamos en su honor, y que haga aceptar al Emmanuel el homenaje de nuestros corazones. Con el fin de ser bien acogidos por ella, nos atrevemos, oh Doctor, de la Virginidad de María, a tomar tus palabras y decirlas contigo:

"A ti acudo ahora, Virgen única, Madre de Dios; a tus pies me prosterno, cooperadora única de la Encarnación de mi Dios; ante ti me humillo, Madre única de mi Señor. Suplícote, sierva sin par de tu Hijo, que obtengas el perdón de mis pecados y ordenes que sea purificado de la maldad de mis obras. Haz que ame la gloria de tu virginidad; revélame la dulzura de tu Hijo; dáme la gracia de hablar con toda sinceridad de la fe de tu Hijo, y de saber defenderla. Concédeme la gracia de unirme a Dios y a ti, de serviros a ambos: a El como a mi Creador; a ti, como a la Madre de mi Creador; a El como al Señor de los ejércitos; a ti como a la sierva del Señor de todo lo creado; a El como a Dios, a ti, como a la Madre de Dios; a El como a mi Redentor, a ti, como al instrumento de mi redención.

Si El fué precio de mi rescate, su carne fué formada de tu carne; de tu sustancia tomó el cuerpo mortal con el cual borró mis pecados; de ti se dignó tomar mi naturaleza, a la que elevó por encima de los Angeles hasta la gloria del trono de su Padre.

Debo ser por tanto tu esclavo, pues tu Hijo es mi Señor. Tú eres mi Señora porque eres la sierva de mi Señor. Soy el esclavo de la esclava de mi Señor, porque tú, que eres mi Señora, eres Madre de mi Señor. Te suplico, oh Virgen santa, hagas que posea a Jesús, por la virtud de Aquel

mismo Espíritu, por medio del cual concebiste tú a Jesús; que conozca a Jesús, por el mismo Espíritu que a ti te hizo conocer y concebir a Jesús; que hable yo de Jesús, por el mismo Espíritu por el cual tú te declaraste sierva del Señor; que ame a Jesús, por el mismo Espíritu por medio del cual tú le adoras como a tu Señor y le amas como a Hijo tuyo; que obedezca finalmente, a Jesús con la misma sinceridad con que El, siendo Dios, te obedeció a ti y a José."

24 DE ENERO

SAN TIMOTEO, OBISPO Y MARTIR

La víspera del día en que vamos a dar gracias por la Conversión del Apóstol de los Gentiles, nos trae la fiesta de su discípulo más querido. Timoteo, compañero de Pablo, el amigo a quien el gran Apóstol escribió su última carta, poco antes de derramar su sangre por Jesucristo, viene ahora a esperar a su Jefe junto a la cuna del Emmanuel. Allí encuentra ya a Juan el Discípulo Amado; con él participó de los cuidados de la Iglesia de Efeso. Saluda también allí a Esteban y a los demás Mártires que le precedieron. Finalmente, es portador ante la Virgen María de los homenajes de la cristiandad de Efeso, que ella santificó con su presencia. Comparte esta ciudad con Jerusalén la gloria de haber poseído

a la que fué no sólo testigo como los Apóstoles, sino instrumento de la salvación de los hombres, en su calidad de Madre de Dios.

Leamos ahora, en el Oficio de la Iglesia, el breve relato de sus hechos.

Timoteo, natural de Listris, en Licaonia, de padre gentil y madre judía, practicaba ya la religión cristiana, cuando llegó el Apóstol Pablo a aquella región. Llamóle a este la atención la fama de la santidad de Timoteo, y le tomó por compañero de sus viajes; condescendiendo con los judíos que se convertían a Jesucristo, los cuales sabían que el padre de Timoteo era pagano, se determinó a circuncidarle. Al llegar ambos a Efeso, ordenóle el Apóstol de Obispo, para que gobernara esta Iglesia. Escribióle Pablo dos Epístolas, la una desde Laodicea y la otra desde Roma, con el fin de darle normas para el ejercicio de su cargo pastoral. No podía sufrir Timoteo que se ofreciese a los ídolos de los demonios los sacrificios que sólo a Dios son debidos. Cierto día en que los habitantes de Efeso inmolaban víctimas a Diana en una de sus fiestas, trató de apartarles de semejante impiedad, pero fué apedreado por ellos. Retiraronle los cristianos medio muerto, llevándole a un monte próximo a la ciudad, donde durmió en el Señor, el nueve de las calendas de febrero [1].

Honramos en ti, oh santo Pontífice, a uno de los primeros eslabones de la cadena que nos une a Cristo; apareces a nuestra vista iluminado por las enseñanzas de tu maestro. Inundado ahora de luz eterna, contemplas sin celajes al Sol de

[1] Las *Actas* de S. Timoteo escritas por el pseudo Policarpo dicen que fué lapidado en Efeso el año 95 o 96. Venérase su sepulcro en la iglesia de los Apóstoles en Constantinopla.

justicia. Sénos propicio a nosotros que no podemos verle mas que a través de los velos de su humildad; haz que al menos le amemos y merezcamos verle un día en su gloria. Para aligerar la carga de tu cuerpo, sometiste tus sentidos a una rigurosa penitencia, que Pablo trataba de mitigar: ayúdanos a someter la carne al espíritu. La Iglesia lee contínuamente los consejos que te dió el Apóstol a ti, y en ti, a todos los pastores, con respecto a la elección y conducta de los miembros del clero; dános Obispos, Sacerdotes y Diáconos adornados de todas las cualidades que él exige en los administradores de los Misterios de Dios. Finalmente, tú que subiste al cielo con la aureola del martirio, tiéndenos una mano de ayuda a nosotros, obscuros luchadores, para que podamos elevarnos hasta aquella morada en que el Emmanuel recibe y corona a sus elegidos para toda la eternidad.

25 DE ENERO

LA CONVERSION DE SAN PABLO [1]

Hemos visto ya a los Gentiles, representados a los pies del Emmanuel por los Reyes Magos, ofreciendo sus místicos presentes y recibiendo

---

[1] El Martirologio jeronimiano menciona el 25 de enero una "*Translatio S. Pauli Apostoli.*" "Poco a poco fué variando la orientación histórica, y el concepto de una traslación material

en cambio los dones de la fe, esperanza y caridad. La cosecha de las naciones está ya madura; ya es hora de la siega. Mas ¿quién ha de ser el obrero de Dios? Los Apóstoles de Cristo no han abandonado aún la Judea. Todos tienen la misión de anunciar la salvación hasta las extremidades de la tierra; pero nadie ha recibido todavía un título especial para ser Apóstol de los Gentiles. Pedro, el Apóstol de la Circuncisión, está destinado en particular, como Cristo, a las *ovejas extraviadas de la casa de Israel (San Mateo,* XV, 24.)

Pero, como es Jefe y fundamento, a él le corresponde abrir la puerta de la Iglesia a los Gentiles. Y lo hace con toda solemnidad, administrando el Bautismo al centurión romano Cornelio.

Con todo eso, la Iglesia se prepara; la sangre del Mártir Esteban y su última plegaria, van a lograr un nuevo Apóstol, el Apóstol de las naciones. Saulo, ciudadano de Tarso, no ha visto a Cristo en su vida mortal, y sólo Cristo puede hacer un Apóstol. Desde los altos de los cielos don-

---

de las reliquias de San Pablo, fué sustituído por el de una traslación o cambio psicológico y espiritual, verificado en el camino de Damasco. De este modo se pasó de la *translatio* física, a la *conversio* mística del Apóstol" *(Lib. Sacram.,* t. VI). Esta fiesta parece ser de origen galicano y sólo poco a poco fué pasando a los libros romanos, a partir del siglo VIII. Los textos del Oficio y de la Misa sobrepasan el objeto histórico y determinado de esta fiesta. Se trata en ellos no sólo de la Conversión de San Pablo, sino de todo a cuanto ella dió principio, del celo y de los sufrimientos del Apóstol.

de reina impasible y glorificado, llamará Jesús a Saulo para que le siga, como llamaba durante los años de su predicación a los pescadores del lago de Genesaret para que siguieran sus pasos y escuchasen su doctrina. El Hijo de Dios arrebatará a Saulo hasta el tercer cielo y le revelará todos sus misterios; de suerte que cuando Saulo vaya a *ver a Pedro*, como él dice y a contrastar su Evangelio con el suyo, podrá decir: "No soy menos Apóstol que los demás Apóstoles."

Comienza la gran obra el día de la conversión de Saulo. Hoy resuena la *voz que quebranta los cedros del Líbano* (Salmo XXVIII, 5), cuya maravillosa potencia hace primeramente de un judío perseguidor un cristiano, en espera de poder hacer un Apóstol. El patriarca Jacob había predicho ya esta transformación, cuando en su lecho de muerte revelaba a cada uno de sus hijos su futuro con el de la tribu que debía salir de ellos. Judá fué el más honrado; de su raza real debía nacer el Redentor, el ansiado de las naciones. También Benjamín fué anunciado, en frases más humildes, pero con todo, elogiosas: él será el abuelo de Pablo, y Pablo, el Apóstol de las naciones.

El anciano había dicho: "Benjamín, lobo rapaz: por la mañana cogerá la presa; por la tarde distribuirá el alimento." *(Gen.*, XLIX, 27.) El es como dice San Agustín: quien con la fogosidad de su adolescencia se lanza como un lobo ame-

nazador y carnívoro sobre el rebaño de Cristo. *Saulo en el camino de Damasco, es el portador y ejecutor de las órdenes de los pontífices del Templo, empapado en la sangre de Esteban a quien ha lapidado por mano de aquellos a quienes guardaba sus vestidos.* Y que por la tarde no arrebata la presa del justo, sino que con mano caritativa y tranquila distribuye a los hambrientos el alimento nutritivo; es el mismo Pablo, Apóstol de Jesucristo, abrasado de amor por sus hermanos, haciéndose todo a todos, hasta el punto de desear ser anatema por ellos.

Tal es la fuerza misteriosa del Emmanuel, siempre en aumento y a la que nada resiste. Cuando quiere que su primer homenaje sea la visita de los pastores, invítalos por medio de sus Angeles, cuyas dulces armonías bastan para conducir a estos corazones sencillos hasta el pesebre, donde en pobres pañales descansa la esperanza de Israel. Cuando desea el homenaje de los príncipes de la Gentilidad, hace aparecer en el cielo una estrella simbólica; su aparición, al mismo tiempo que la inspiración interior del Espíritu Santo, determina a esos hombres a ponerse en camino desde el extremo Oriente, para depositar a los pies de un niño sus presentes y sus corazones. Cuando llega el momento de formar el Colegio Apostólico, se adelanta por la orilla del mar de Tiberiades, y basta aquella sola palabra: *Seguidme,* para atraerse a los hombres

que ha escogido. Una sola mirada suya basta para cambiar el corazón del Discípulo infiel, en medio de las humillaciones de su Pasión. Hoy, desde lo alto del cielo, después de haber cumplido todos los misterios, queriendo demostrar que sólo El es el Señor de los Apóstoles, y que está consumada su alianza con los Gentiles, se aparece a este Fariseo que cree ir tras la ruina de la Iglesia; destruye aquel corazón de Judío y crea con su gracia un nuevo corazón de Apóstol, aquel vaso de elección, aquel Pablo que dirá en lo sucesivo: *Vivo yo, mas ya no yo; es Cristo quien vive en mí. (Gal.,* II, 20.)

Era justo que la conmemoración de este importante suceso fuese colocada cerca del día en que celebra la Iglesia el triunfo del primer Mártir. Pablo es la conquista de Esteban. Aunque el aniversario de su martirio se encuentra en otro período del año (29 de junio) no podía por menos de aparecer junto a la cuna del Emmanuel como el más brillante trofeo del Protomártir; también los Magos reclamaban la presencia del conquistador de la Gentilidad, de la cual fueron ellos las primicias.

Finalmente, era conveniente que, para completar la corte de nuestro gran Rey, al lado del pesebre se elevasen las dos potentes columnas de la Iglesia, el Apóstol de los Judíos y el Apóstol de los Gentiles; Pedro con sus llaves y Pablo con su espada. De este modo se nos presenta Belén co-

mo verdadero símbolo de la Iglesia, y los tesoros de la liturgia en este tiempo, nos parecen más bellos que nunca.

Te damos gracias, oh Jesús, porque con tu poder derribaste hoy por tierra a tu enemigo, y le levantaste misericordiosamente. Eres en verdad el Dios fuerte, y mereces que todas las criaturas canten tus victorias. ¡Cuán admirables son tus planes para la salvación del mundo! Te asocias hombres para la obra de la predicación de tu palabra, y para la administración de tus Misterios; y para hacer a Pablo digno de tal honor, empleas todos los recursos de tu gracia. Te complaces en hacer del asesino de Esteban un Apóstol, para que aparezca tu poder a la vista de todos, y para que tu amor por las almas brille en su más gratuita generosidad, y superabunde la gracia donde abundó el pecado. Visítanos con frecuencia, oh Emmanuel, con esa gracia que muda los corazones, porque deseamos tener una vida exuberante, pero a veces sentimos que su principio está próximo a abandonarnos. Conviértenos como convertiste al Apóstol; y asístenos, luego porque sin ti nada podemos hacer. Anticípate, acompáñanos y no nos abandones nunca; asegúranos la perseverancia final, ya que nos diste el comienzo. Haz que reconozcamos, con amor y respeto el don de la gracia que ninguna criatura puede merecer, pero al cual la voluntad humana puede poner obstáculos. Somos prisioneros: sólo Tú posees

el instrumento necesario para poder romper las cadenas. Colócale en nuestras manos animándonos a usarlo, de manera que nuestra libertad es obra tuya y no nuestra, y nuestro cautiverio, dado caso de que exista, no debe atribuirse más que a nuestra negligencia y pereza. Dános, Señor, esta gracia; y dígnate aceptar la promesa que te hacemos humildemente de unir a ella nuestra cooperación.

Ayúdanos, oh Pablo, a responder a los designios misericordiosos de Dios sobre nosotros; haz que nos sometamos al yugo suave de Jesús. Su voz no atruena; no deslumbra nuestros ojos con sus rayos; pero con frecuencia se queja de que le perseguimos. Ayúdanos a decirle como tú "¿Señor, qué quieres que haga?" Seguramente nos responderá que seamos sencillos y niños como él, que seamos agradecidos, que rompamos con el pecado y luchemos contra nuestros malos instintos, que procuremos la santidad siguiendo sus ejemplos. Tú dijiste, oh Apóstol: "¡Sea anatema, quien no ame a Nuestro Señor Jesucristo!" Haz que le conozcamos más y más, para poder amarle, y que misterios tan amables no sean por nuestra ingratitud, causa de nuestra condenación.

Oh Vaso de elección, convierte a los pecadores que no piensan en Dios. En la tierra te diste completamente a la obra de la salvación de las almas; continúa tu ministerio en el cielo donde reinas, y pide al Señor para los que persiguen a

Jesús en sus miembros, las gracias que triunfan de las mayores rebeldías.

Como Apóstol de los Gentiles, mira a tantas naciones sentadas aún en las sombras de la muerte. En otros tiempos te abrasaron dos deseos: el de reunirte con Cristo, y el de permanecer en la tierra para trabajar en la salvación de los pueblos. Ahora estás ya para siempre con el Salvador a quien predicaste; no olvides a los que no le conocen todavía. Suscita hombres apostólicos que continúen tus trabajos. Haz fecundos sus sudores y su sangre. Atiende a la Sede de Pedro, tu hermano y jefe; protege la autoridad de la Iglesia Romana que es heredera de tus poderes, y que te considera como su segundo pilar. Sal por su honor allí donde es despreciada; destruye los cismas y las herejías; infunde tu espíritu en todos los pastores, para que a imitación tuya, no se busquen a sí mismos; sino sólo y siempre los intereses de Jesucristo.

26 DE ENERO

SAN POLICARPO, OBISPO Y MARTIR

En medio de las dulzuras que saborea en la contemplación del Verbo humanado, Juan el Discípulo Amado ve venir a su discípulo Policarpo, resplandeciente con la gloria del martirio. El anciano acaba de contestar en el anfiteatro al Pro-

cónsul que le anima a renegar de Cristo: "Hace ochenta y seis años que le sirvo, y nunca me hizo mal alguno; ¿qué digo mal? antes me colmó de bienes. ¿Cómo podría yo maldecir a mi Rey que me ha salvado?" Después de pasar por el fuego y la espada llegó a los pies del Salvador, para gozar eternamente de la dicha de su presencia, en pago de los trabajos sufridos por conservar en su redil la fe y la caridad, y en recompensa de su muerte sangrienta.

Como su maestro San Juan, se opuso con energía a los intentos de los herejes. Fiel a sus consignas, no quiso que el corruptor de la fe de Cristo recibiese el saludo de sus labios; al heresiarca Marción díjole que le reconocía por primogénito de Satanás. Enérgico adversario de la orgullosa secta que se avergonzaba de la Encarnación de un Dios, escribió en su Epístola a los Filipenses: "Quien no confiese la venida de Cristo en carne, es un Anticristo."

Era, pues conveniente, que tan valeroso testigo fuera llamado al honor de permanecer junto a la cuna donde el Hijo de Dios se nos muestra en toda su ternura, y revestido de una carne semejante a la nuestra. Policarpo fué fiel hasta la muerte; por eso, aparece ahora coronado, en estos días que son el aniversario de la venida de su Rey a nosotros [1].

---

[1] S. Policarpo fué establecido por los Apóstoles, según testimonio de su discípulo S. Ireneo. Pero se duda que el

Tomemos algunos detalles sobre su vida, del libro de San Jerónimo: *De Scriptoribus ecclesiasticis*.

Policarpo, discípulo de S. Juan, que le ordenó Obispo de Esmirna, fué Jefe de toda el Asia, por haber conocido y tenido como maestros a algunos de los Apóstoles y de los que habían visto al Señor. Algunas dificultades sobre la celebración de la Pascua le trajeron a Roma (hacia el año 194) bajo el imperio de Antonino Pío, cuando gobernaba la Iglesia Aniceto. Allí devolvió la fe a muchos fieles que se habían dejado engañar por las falacias de Marción y de Valentín. Al encontrarse un día con Marción, le dijo este heresiarca: "¿Me conoces?" Respondióle Policarpo: "Te reconozco por primogénito de Satanás". Poco tiempo después, bajo el reinado de Marco Antonino y de Lucio Aurelio Cómodo, en la cuarta persecución después de la de Nerón, fué condenado ante el tribunal del Procónsul de Esmirna, y entregado al fuego entre los clamores de todo el pueblo reunido en el anfiteatro. Escribió una carta muy práctica a los de Filipo, carta que se lee todavía en las Iglesias de Asia.

Oh Policarpo, hiciste verdadero el significado de tu nombre, porque durante los largos años pasados en su servicio, produjiste *muchos frutos* para el Salvador. Estos frutos fueron las numerosas almas conquistadas por tus trabajos, las virtudes que adornaron tu existencia, y, por fin, tu misma vida que entregaste al Señor. ¡Qué di-

---

hecho ocurriera antes de la Composición del Apocalipsis y que sea el "ángel de la Iglesia de Esmirna" a quien dirige el Señor sus felicitaciones.

cha la tuya, pues recibiste las lecciones del discípulo, que descansó sobre el pecho de Jesús! En el día de hoy, después de más de sesenta años de separación vas a juntarte con el maestro que estará deseoso de volverte a ver. Juntos adoraréis al divino Niño cuya sencillez imitásteis; El fué vuestro único amor, pedidle para nosotros la gracia de serle fieles hasta la muerte.

Cultiva aún, oh Policarpo, desde lo alto del cielo, el campo de la Iglesia fecundado con tus trabajos, y regado con tu sangre. Devuelve la fe y la unidad al seno de las Iglesias del Asia, plantadas por tus manos venerables.

Apresura por tu intercesión el fin del Islamismo, cuyo éxito y permanencia sólo fué posible gracias a las lamentables consecuencias del cisma bizantino. No olvides a Francia a la que enviaste Apóstoles insignes, mártires como tú. Bendice paternalmente a la Iglesia de Lyon, que te venera como a su fundador mediante tu discípulo Potino, y que tan gloriosa parte toma en el Apostolado de los Gentiles, por su obra de la Propagación de la Fe. Vigila por la conservación de la pureza de la fe; líbranos del contacto con los seductores. También tú quisiste "*ver a Pedro*" para rendir homenaje a la Cátedra Apostólica, y para eso viniste a Roma a tratar con su Pontífice de los intereses de tu Iglesia de Esmirna. Protege los derechos de esta augusta Sede, de donde nace para nuestros pastores la única misión legítima.

Haz que podamos pasar los últimos días de este tiempo de Navidad en profundo recogimiento y en amor de nuestro Rey recién nacido. Haz que ese amor unido a la pureza de nuestros corazones nos obtenga piedad y misericordia, y que al fin de nuestra peregrinación nos alcance la corona de la gloria.

EL MISMO DÍA

SANTA PAULA, VIUDA

La noble viuda que supo sustraerse a los placeres de Roma y a las caricias de sus hijos, yendo a ocultar su vida en Belén (hacia el 386) reclama hoy un puesto junto a la cuna del divino Niño. Un poderoso imán la atrajo y fijó al lado del humilde pesebre, más precioso a sus ojos que todos los palacios; allí encontró al Dios pobre, a cuyos doloridos miembros tanto gustaba socorrer en los días de su opulencia. Gracias a sus desvelos, levantáronse dos monasterios junto a la gruta en que apareció el Verbo encarnado. De San Jerónimo aprendió a conocer las Sagradas Escrituras; pasó su vida dedicada a la oración, a las obras de penitencia, y a la meditación del sagrado Texto. En medio de la degradación de la sociedad romana, es un bello espectáculo contemplar cómo se repliega el valor cristiano de la era de los Mártires, en el corazón de aquellas señoras

y vírgenes de la capital del mundo, y cómo las lanza hacia los desiertos de Egipto, para observar allí las virtudes de los Anacoretas y Cenobitas, o hacia los santos lugares de Jerusalén, para reconocer en ellos la huella de las pisadas del Hombre- Dios. La falta de espacio impide que relatemos las peregrinaciones de Santa Paula, que con tan gran encanto refiere San Jerónimo a Eustoquio, hija de esta santa. Nos contentaremos con algún trozo de ellas donde el santo Doctor cuenta su llegada a Belén.

"Después de distribuir a los pobres y a sus siervos el poco dinero que le quedaba, salió Paula de Jerusalén y dirigióse a Belén; después de detenerse en el sepulcro de Raquel, sito a la derecha del camino, llegó a la ciudad y entró en la gruta del Salvador. Al contemplar con sus ojos el sagrado asilo de la Virgen y el establo donde el *buey reconoció a su Amo, y el asno el pesebre de su Señor;* le oí asegurarme entusiasmada, que veía con los ojos de la fe al Niño envuelto en pañales, al Señor dando vagidos en el pesebre, a los Magos adorándole, a la estrella que brillaba encima del establo, a la Virgen Madre, al padre putativo solícito por servirla, a los pastores que llegaban en medio de la noche, a los niños martirizados, a Herodes irritado, y a María y José huyendo a Egipto. Inundada en lágrimas de alegría exclamaba: "Dios te salve, Belén, *Casa del Pan;* ¡aquí nació el Pan bajado del cielo! Dios

te salve, Efrata, tierra fecunda, cuyo producto es el mismo Dios: de ti profetizó Miqueas: "Belén, casa de Efrata, de ningún modo eres la más pequeña de las ciudades de Judá. De tu seno ha de salir el que será Príncipe de Israel, y su salida es desde el principio, desde los tiempos de la eternidad." Efectivamente, en ti nació el Príncipe engendrado antes del lucero matutino, Aquel cuyo nacimiento en el seno del Padre precede al tiempo. Yo miserable, yo pecadora, he sido considerada digna de abrazar el pesebre donde el Señor hecho niño dejó oír sus primeros vagidos, y merecedora de orar en la gruta donde le dió a luz la Virgen Madre. Aquí estará en adelante mi lugar de descanso, porque aquí está la patria de mi Señor. Aquí habitaré porque el Señor eligió esta morada para sí mismo."

Vida.—Pertenecía santa Paula a una familia senatorial de Roma. Después de la muerte de su marido, en 379, consagró su vida al Señor, distribuyendo su fortuna entre los pobres y practicando desde entonces las más sublimes virtudes. En el año 385 abandonó a su familia y se embarcó en Porto para visitar y vivir en los Santos Lugares. En 386 establecióse en Belén, fundando cuatro monasterios, tres de ellos de vírgenes. Murió en 404 a los 56 años de edad, siendo enterrada junto a la gruta del Nacimiento.

Oh generosa Paula, amaste al Emmanuel en su pesebre. Preferiste la pobreza y oscuridad de la cueva de Belén a todos los esplendores de

Roma. El Emmanuel supo agradecer tal amor, y en premio de tu abnegación te asoció para siempre a su propia felicidad. Anímenos tu ejemplo a buscar a Jesús niño y a deleitarnos en los Misterios de su nacimiento. No nos detenga ningún obstáculo, cuando se trate de ir en pos de El. Tenga a bien revelarnos los derechos que adquirió sobre nosotros a costa de tantos sacrificios, para que aprendamos a no rehusarle nada. Haz que tu celo por sacrificarle tus más caros afectos para volar hacia El, nos enseñe a ordenar al menos los nuestros. Ruega para que nuestros corazones sean fieles a quien los hizo, y estén siempre dispuestos a seguirle por los caminos que les señala. Combate en ellos el espíritu mundano que pretende pactar con el Cristianismo para destruir los mandamientos del Señor, poniendo en tela de juicio sus consejos. Haz que luzca sobre nosotros la luz del Espíritu Santo, y que el amor de Jesús abrase nuestros corazones, y entonces comprenderemos las obras de los Santos. Si bien es cierto que confunden nuestra flaqueza, iluminan también nuestro espíritu y nos proporcionan el valor para cumplir humildemente los deberes que Dios nos impone.

Ruega, oh Paula, por la Iglesia de Siria santificada con tus ejemplos. Haz que recobre por fin la paz y la unidad. Atiende a los santuarios de Tierra Santa, manchados por la presencia y los sacrilegios de los herejes más que por las violen-

cias de los Gentiles. Véase libre Jerusalén gracias a tus plegarias; salva el honor de Belén; haz que la Hostia que quita los pecados del mundo no sea ya ofrecida por manos impuras y cismáticas en el lugar donde estuvo el pesebre del Emmanuel. Ampara a los peregrinos que visitan, como tú, el teatro de los Misterios de nuestra Redención. Aviva en toda la cristiandad el amor hacia esos Santos lugares que nuestros padres reconquistaron en otros tiempos con sus armas; haz que nuestra piedad renovada se reanime siguiendo las huellas divinas impresas por el Salvador a su paso por la tierra.

27 DE ENERO

SAN JUAN CRISOSTOMO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

EL DEBER DE LOS PASTORES. — Antes de la llegada del Emmanuel, los hombres estaban como ovejas sin pastor; el rebaño andaba disperso, y el género humano corría hacia su ruina. Jesús no se contentó, con ser el Cordero destinado al sacrificio por nuestros pecados; quiso revestir el carácter de Pastor para llevarnos a todos al divino aprisco. Pero, como debía subir a los cielos, proveyó a las necesidades de sus ovejas estableciendo una serie de pastores, que apacentasen

en nombre suyo a su rebaño hasta la consumación de los siglos. Ahora bien, las ovejas tienen ante todo necesidad de doctrina, que es la luz de vida; por eso quiso el Emmanuel que los Pastores fuesen también Doctores. El deber de los pastores para con sus ovejas es ante todo administrar la Palabra divina y los Sacramentos. Por sí mismos y contínuamente deben apacentar a sus ovejas con este doble alimento, y dar su vida, si es preciso, en cumplimiento de esa obligación sobre la que descansa toda la obra de la salvación del mundo.

Pero, como no está el discípulo sobre el maestro, los Pastores y Doctores del pueblo cristiano, si son fieles, serán también objeto de odio por parte de los enemigos de Dios, porque sólo con perjuicio del reino de Satanás podrán propagar el de Jesucristo. Por eso, la historia de la Iglesia, muestra en todas sus páginas los relatos de las persecuciones sufridas por los que quisieron seguir el ejemplo de celo y caridad comenzado por Cristo en la tierra. Tres clases de luchas han tenido que sostener a través de los siglos, dando ocasión a tres admirables victorias.

LUCHA CONTRA EL PAGANISMO. — Tuvieron que luchar contra la religión pagana que se oponía sangrientamente a la predicación de la ley de Cristo. Esta persecución dió la corona y llevó a la cuna del Emmanuel, durante los cuarenta días

dedicados a su Nacimiento, a Policarpo, Ignacio, Fabián y Telesforo.

Lucha con los poderes temporales. — Después de la era de las persecuciones, abrióse a los jefes del pueblo cristiano una nueva palestra no menos gloriosa. Algunos príncipes, hijos al principio de la Iglesia, quisieron pronto encadenarla. Pensaron que convenía a su política tener sujeta a aquella palabra que debía recorrer libremente el mundo en todas sus direcciones, como la luz visible de que es imagen. Quisieron ser sacerdotes y pontífices, como en tiempo del paganismo, y detener los manantiales de la vida que se agotan en cuanto les toca una mano profana. Entablóse una lucha contínua entre ambos poderes, el temporal y el espiritual; este largo período tuvo también sus soldados y sus mártires. En todos los siglos honró Dios a su Iglesia por medio de los combates y de los triunfos de numerosos y valientes campeones de la palabra y del ministerio. Tomás de Cantorbery e Hilario de Poitiers representan dignamente a estos caballeros de la Corte del Rey recién nacido.

Lucha contra el mundo. — Pero existe otra clase de combates para los Pastores y Doctores del pueblo fiel: se trata de la lucha contra el mundo y sus vicios. Comenzó con el Cristianismo y continuará ocupando a la Iglesia hasta el úl-

timo día; por haberla sostenido valerosamente merecieron el odio del mundo por el nombre de Jesucristo muchos santos prelados. Ni la caridad ni los servicios de todo género, ni la humildad, ni su mansedumbre, los libraron de la ingratitud, del odio, ni de las persecuciones, porque fueron fieles en proclamar la doctrina de su Maestro, en defender la virtud, y oponerse a los pecadores. No se vió libre Francisco de Sales de la malicia de los hombres, ni el mismo Juan Crisóstomo cuyo triunfo alegra hoy a la Iglesia y que se presenta ante la cuna del Emmanuel como el mártir más insigne de los deberes pastorales.

El Obispo perseguido. — Discípulo del Salvador de los hombres hasta en la práctica de sus consejos por la profesión monástica, este predicador de *boca de oro* no empleó su magnífica elocuencia sino en la recomendación de las virtudes traídas por Cristo a la tierra, y en la reprensión de toda clase de pecadores. Una emperatriz, cuya vanidad pagana había denunciado; hombres poderosos, a quien había señalado mala conducta; mujeres influyentes a cuyos oídos sonaba con demasiada frecuencia su voz importuna; un obispo de Alejandría, prelados de la corte, más celosos de su reputación que de su propia virtud: tales son los poderes que suscitó el infierno contra Juan. Ni el amor de su pueblo, ni la santidad de su vida bastarán a librarle, y así veremos

a este obispo marchar hacia la muerte cansado de fatiga, en medio de soldados, camino del destierro, después de haber hechizado con su palabra mágica a los habitantes de Antioquía, después de haber reunido en torno suyo a Constantinopla entera, en un entusiasmo que crecía de día en día, después de haber sido depuesto en un indigno conciliábulo [1], y haber visto su nombre borrado de los dípticos del altar, a pesar de la protesta enérgica del Pontífice romano.

VALOR DEL OBISPO. —Pero ni el Pastor, ni el Doctor se daban por vencidos. Repetía con San Pablo: "¡Desgraciado de mí, si no predico el Evangelio!" *(I Cor.,* IX, 16.)

Y también: "La palabra de Dios no se halla encadenada." *(II Tim.,* II, 9). La Iglesia triunfaba en él, más glorificada y consolidada por la constancia del Crisóstomo conducido al destierro por haber predicado la doctrina de Jesucristo, que por el éxito de aquella elocuencia que Libanio hubiera deseado para el paganismo. Escuchemos sus enérgicas frases antes de salir para su último destierro. Ya había sido desterrado otra vez, pero un terremoto, indicio de la ira divina, obligó a la misma Eudoxia a solicitar del Emperador con lágrimas su vuelta. Fórmanse nuevas tormentas contra Juan; pero él siente en sí toda la fortaleza de la Iglesia, y desafía la tem-

[1] El Conciliábulo de la Encina, agosto del 403.

pestad. Aprendamos lo que es un Obispo formado en la escuela de Jesucristo, *Pastor y Obispo de nuestras almas,* como dice San Pedro *(I. S. Pedro.,* II, 25.)

"Las olas de la tormenta vienen contra nosotros, pero no tenemos miedo a sumergirnos, porque estamos sentados sobre la roca. Ya puede el mar lanzarse con toda su ira, no quebrantará la roca; ya pueden subir las olas, que no lograrán hundir la barca de Jesús. Yo os pregunto: ¿Qué podríamos temer? ¿La muerte? Mas, *Cristo es mi vida, y el morir ganancia. (Fil.,* I, 21.) El destierro, me diréis. Pero, "*la tierra es del Señor, y todo cuanto ella encierra*". (Salmo XXIII, 1.) ¿La confiscación de los bienes? Pero, "*nada trajimos al venir al mundo, y nada podremos llevarnos*". *(I Tim.,* VI, 7.) Desprecio los temores de este mundo, y sus bienes me causan risa. No tengo miedo a la pobreza, no ansío las riquezas, no temo la muerte; si deseo vivir, es únicamente por vuestro bien, vuestro provecho es el único motivo que me induce a hablar en las presentes circunstancias.

He aquí la súplica que os hago: Tened confianza. Nadie podrá separarnos. Lo que Dios unió no lo podrá deshacer el hombre. Lo dijo Dios con respecto a la unión del hombre y de la mujer. Si no puedes, oh hombre, romper el vínculo del matrimonio ¿cómo podrías dividir a la Iglesia de Dios? Como no puedes alcanzar a Aquel a

quien persigues, la atacas a ella. Pues, el medio de hacer mi victoria más aplastante y de agotar tus fuerzas con mayor certeza, es el de combatirme; porque, *te será duro dar coces contra el aguijón. (Hech.,* IX, 5.)

No embotarás su punta, y te ensangrentarás los pies. Las olas no rompen la roca, caen sobre sí mismas en impotente espuma.

Oh hombre, nada se puede comparar con la fuerza de la Iglesia. Termina de combatirla, si no quieres ver agotadas tus fuerzas; no pelees contra el cielo. Si declaras la guerra al hombre, podrás vencer o sucumbir; pero si atacas a la Iglesia, puedes abandonar toda esperanza de victoria, porque Dios es más fuerte que todos. *¿Tendremos envidia del Señor? ¿Seremos más potentes que El?* Dios ha fundado y ha consolidado; ¿quién tratará de destruir? ¿No conoces su poder? *Mira El a la tierra y la hace temblar;* ordena, y lo que estaba quebrantado, se vuelve firme. Si, no hace mucho todavía pudo dar firmeza a vuestra ciudad combatida por un terremoto ¿cuánto mejor podrá asegurar a su Iglesia? Está más segura que el mismo cielo. *El cielo y la tierra pasarán,* dice el Señor, *pero mis palabras no pasarán.* ¿Qué palabras? *Tú eres Pedro, y sobre ésta piedra* (que es mía), *construiré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

Si a esta palabra no crees, cree a los hechos. ¡Cuántos tiranos trataron de aplastar a la Igle-

sia! ¡Cuántas hogueras, cuántas bestias feroces, cuántas espadas! Y todo para no conseguir nada. ¿Dónde están ahora esos temibles enemigos? El silencio y el olvido les hacen justicia. ¿Dónde está en cambio la Iglesia? ¡Ante nuestros propios ojos, y más resplandeciente que el mismo sol! Pues, si cuando los cristianos no eran más que un puñado, no pudieron ser vencidos, ¿cómo podrán vencerlos hoy que el mundo está lleno de esta santa religión? *El cielo y la tierra pasarán,* dice el Señor, *pero mis palabras no pasarán.* Y así tiene que ser; porque Dios ama más a la Iglesia que al mismo cielo. Fijáos que no tomó carne del cielo, su carne pertenece a la Iglesia. El cielo es para la Iglesia, no la Iglesia para el cielo.

No os alarméis por lo que ha sucedido. Hacedme la gracia de permanecer inconmovibles en vuestra fe. ¿No visteis que Pedro, al caminar sobre las aguas estuvo a punto de sumergirse no por la fuerza de las olas, sino por la flaqueza de su fe?, por haber dudado un momento. ¿Es que hemos sido elevados a esta silla con miras humanas? ¿Nos ha elevado el hombre, para que pueda el hombre derribarnos por potestad humana? Y no lo digo por arrogancia o vanagloria, no lo quiera Dios, lo digo sólo para asegurar los ánimos fluctuantes.

La ciudad estaba firme sobre sus fundamentos; pero el diablo ha querido destruir la Iglesia. ¡Oh infame y malvado espíritu no has po-

dido derribar sus murallas y con todo eso pretendes destruir a la Iglesia! ¿Es que la Iglesia consiste en murallas? No: la Iglesia es la muchedumbre de los fieles; esas son sus firmes columnas, no sujetas con hierro, sino unidas por la fe. No digo solamente que esa multitud tiene más fuerza que el fuego; digo que tu ira no podría triunfar ni siquiera de un solo cristiano. Recuerda las heridas que te hicieron los Mártires. ¿No se vió con frecuencia comparecer ante el juez a una delicada joven que, aun no era casadera? jóvenes más tiernas que la cera pero más firmes que la roca. Desgarrabas sus costados pero no le arrebatabas la fe. Cedía la carne bajo las garras del tormento, pero no su constancia en la fe. ¿No pudiste vencer a una mujer y esperas vencer a todo un pueblo? Entonces no has oído al Señor que dijo: "*Donde dos o tres estuvieren reunidos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos.*" (*Mat.*, XVIII, 20.) Y ¡no habría de estar presente en medio de un pueblo numeroso, unido por los lazos del amor!

Tengo la garantía en mis manos, tengo su promesa escrita; ese es el báculo en que me apoyo, mi seguridad, mi puerto tranquilo. Ya puede agitarse todo el mundo; yo me contento con releer ese texto sagrado: ahí está mi muro y mi fortaleza. ¿Cuál es ese texto? El siguiente: *He aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos.* Si Cristo está conmigo ¿a quién voy a

temer? Aun cuando las olas, los mares, la ira de los soberanos se levanten contra mí, todo eso me importa menos que una tela de araña. Presto estaba para marchar desde ahora al destierro, si vuestra caridad no me hubiese detenido. Esta es mi plegaria: *Hágase, Señor, tu voluntad;* no ésta u otra voluntad, sino la tuya. Suceda lo que Dios quiera; si quiere que permanezca aquí, se lo agradezco; si quiere llevarme a otro sitio, también se lo agradeceré [1]."

Así es el corazón de un ministro de Jesucristo, humilde e invencible. En todos los tiempos suscita Dios hombres de este templo, y cuando escasean, todo languidece y se apaga. La Iglesia de Oriente tuvo cuatro Doctores de este carácter: Atanasio, Gregorio de Nacianzo, Basilio y Crisóstomo: el siglo que los vió nacer conservó la fe, a pesar de los mayores peligros. Los dos primeros aparecen en la época en que la Iglesia irradia aún todo el esplendor de su Esposo resucitado; el tercero señala el tiempo en que fecundaron a la Iglesia los dones del Espíritu Santo; Crisóstomo alegra con su presencia el tiempo en que se nos aparece el Verbo de Dios bajo el manto de su flaqueza y de su infancia. Felices nosotros, los hijos de la Iglesia latina, la única que ha tenido la dicha de conservar la fe primitiva, porque está Pedro con ella; honremos a estas cuatro colum-

---

[1] Obras Completas, *Vives*, 1866, t. VI, p. 67, 70 — P. G. t. LI-LII, c. 427-430.

nas del edificio de la tradición; pero rindamos también homenaje a Crisóstomo, Doctor de todas las Iglesias, vencedor del mundo, Pastor inquebrantable, sucesor de los Mártires, predicador por antonomasia, admirador de Pablo, imitador de Cristo.

VIDA. — Nació San Juan Crisóstomo en Antioquía entre el año 344 y 347, y fué allí ordenado de sacerdote en 386. Elegido obispo de Constantinopla en 398, se opuso con energía a la corrupción de las costumbres, lo que atrajo la ira de la Emperatriz Eudoxia, quien le desterró. Habiendo el pueblo pedido su vuelta, tuvo que salir de nuevo desterrado para no volver ya, permaneciendo allí desde el 404 hasta el 407. Allí tuvo que sufrir mucho pero también ganó muchas almas a Cristo.

El Papa Inocencio I ordenó fuera restablecido en su sede de Constantinopla pero al regresar le maltrataron los soldados de tal forma que murió en Coman, en el Ponto, el 14 de setiembre de 407. Pío X declaróle patrón de los oradores sagrados y Doctor de la Iglesia universal, el 8 de julio de 1908.

¡Cuántas coronas adornan tu frente, oh Crisóstomo! ¡cuán glorioso es tu nombre en la Iglesia de la tierra y en la del cielo! Enseñaste la verdad, luchaste con constancia, sufriste por la justicia, diste tu vida por la libertad de la palabra divina. No te lograron seducir los aplausos de los hombres; el don de la elocuencia evangélica con que te dotó el Espíritu Santo no era más que una débil imagen de los destellos y del fuego que el

Verbo divino infundía en tu corazón. Amaste al Verbo y a Jesús más que a tu propia gloria, más que a tu comodidad, más que a tu vida. Sufriste persecuciones por parte de los hombres; manos sacrílegas borraron tu nombre de las listas del altar; indignas pasiones dictaron una sentencia en la que, a imitación de Jesucristo, eras equiparado a los criminales, y arrojado de la sagrada cátedra. Pero no estaba en manos de los hombres el apagar el sol, ni borrar la memoria de Crisóstomo. Roma te fué fiel; guardó con honor tu memoria, y aún hoy conserva tus restos sagrados, junto a los del Príncipe de los Apóstoles. El mundo cristiano te proclama uno de los más fieles distribuidores de la Verdad divina.

En pago de nuestros homenajes, oh Crisóstomo, considéranos desde lo alto del cielo como ovejas tuyas; instrúyenos, refórmanos, haznos cristianos. Discípulo fiel de San Pablo, sólo a Jesucristo conociste; pero en él están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. descúbrenos al Salvador que llega a nosotros lleno de encanto y dulzura; haz que le conozcamos; enséñanos la manera de serle gratos, y los medios de poderle imitar; haz que acepte nuestro amor. También nosotros somos desterrados; pero amamos excesivamente el lugar de nuestro destierro; con frecuencia estamos tentados de tomarlo por nuestra verdadera patria. Despéganos de esta morada terrestre y de sus ilusiones.

Haz que tengamos prisa por reunirnos contigo, para estar con Jesucristo, en quien te hemos de hallar para siempre.

Oh fiel Pastor, ruega por nuestros Pastores; alcanza para ellos un alma semejante a la tuya, y para sus ovejas docilidad. Bendice a los predicadores de la divina palabra, para que no se prediquen a sí mismos sino a Jesucristo. Comunícanos la elocuencia cristiana que se inspira en la Sagrada Escritura y en la oración, para que los pueblos atraídos por una oratoria celestial, se conviertan y den gloria a Dios. Protege al Romano Pontífice, cuyo predecesor fué el único que se atrevió a defenderte: haz que sea siempre su corazón un refugio para los Obispos perseguidos por la justicia. Devuelve la vida a tu Iglesia de Constantinopla que olvidó tu fe y tus ejemplos. Sácala de ese envilecimiento en que vive desde hace tiempo. Logra con tus plegarias, que Cristo, Sabiduría eterna, se acuerde de su Iglesia de Santa Sofía y se digne purificarla, y restaurar en ella el altar donde se inmoló durante tantos siglos. Ten siempre cariño a las Iglesias de Occidente, que con tanto amor procuraron tu gloria. Apresura el fin de las herejías que han devastado a muchas de nuestras cristiandades; ahuyenta las tinieblas de la incredulidad, aviva en nosotros la fe y haz que florezcan las virtudes.

28 DE ENERO

SAN PEDRO NOLASCO, CONFESOR

Pedro Nolasco, Redentor de cautivos, va a asociarse hoy a su maestro Raimundo de Peñafort; ambos presentan al Redentor universal, como homenaje, los miles de cristianos, rescatados de la esclavitud, en virtud de aquella caridad, que nacida en Belén halló asilo en sus corazones.

Natural de la provincia de Languedoc, en Francia, eligió Pedro a España por segunda patria, porque brindaba a su celo campo de abnegación y sacrificio. Como el Mediador bajado del cielo, dedicóse al rescate de sus hermanos; renunció a su libertad para procurar la de ellos, quedándose a veces en rehenes bajo las cadenas de la esclavitud para poder devolverles a su patria. Su abnegación fué fecunda; gracias a sus esfuerzos se estableció una nueva Orden religiosa en la Iglesia, compuesta enteramente de hombres generosos que durante seis siglos, sólo rogaron, trabajaron y vivieron para procurar el beneficio de la libertad a innumerables cautivos, que morían lentamente en las cadenas, con riesgo de sus almas.

¡Bendita sea María que suscitó tales Redentores humanos! ¡Gloria a la Iglesia católica que

los produjo! Pero sobre todo gloria al Emmanuel, que al entrar en este mundo dijo: "Padre, los holocaustos por los pecados de los hombres no te aplacaron; deja ya de castigarlos; héme aquí. Me has dado un cuerpo; yo voy y me inmolo." (Salmo XXXIX, 8.) El sacrificio del divino Niño no podía quedar estéril. El se dignó considerarnos como hermanos, y ofrecerse en lugar nuestro; ¿habrá en lo sucesivo algún corazón que pueda permanecer insensible a las desgracias y peligros de sus hermanos?

El Emmanuel recompensó a Pedro Nolasco, llamándole a sí, el mismo día en que, doce siglos antes nacía El en Belén. De las alegrías de la noche de Navidad fué este Redentor humano a unirse con su Redentor inmortal.

En sus últimos instantes, los trémulos labios de Pedro murmuraban su postrer cántico en la tierra, y al llegar a las palabras: *El Señor envió la Redención a su pueblo, selló con él su alianza eterna,* su alma bienaventurada voló libre al cielo.

La Santa Iglesia tuvo que señalar otro día distinto del de su muerte para celebrar la memoria de Pedro, porque aquel estaba dedicado enteramente al Emmanuel; pero era también natural, que quien fué distinguido con la gran prerrogativa de nacer para el cielo, el día en que nació Jesús en la tierra, ocupase un lugar en el

tiempo consagrado al Nacimiento del divino Redentor.

Vida. — S. Pedro Nolasco nació junto a Carcasona, y se distinguió sobre todo por su caridad para con el prójimo. Huyendo de los herejes Albigenses llegó a España, y fué a orar ante N. S. de Monserrat; vendió sus bienes y con el dinero obtenido, libertó a algunos cautivos. Aparecióseles la Santísima Virgen, y le animó a que fundase una Orden para la redención de cautivos, lo que llevó a cabo de acuerdo con san Raimundo y el rey Jaime I de Aragón. Murió el día de Navidad del año 1256.

Viniste, oh Emmanuel, a traer fuego del cielo a la tierra, y sólo deseas verla inflamada. Semejante deseo tuvo su realidad en el corazón de Pedro Nolasco y de sus hijos. De esa manera te dignas asociar a los hombres a tus designios misericordiosos de amor, y al restaurar la armonía entre Dios y nosotros, haces más estrechos los lazos primitivos que nos unían a nuestros hermanos. Es imposible que te amemos, oh divino Niño, sin amar también a todos los hombres; y si es verdad que te llegas a nosotros como víctima y rescate, también quieres que estemos dispuestos a sacrificarnos los unos por los otros.

De este amor fuiste tú, oh Pedro, apóstol y modelo; por eso quiso el Señor honrarte llamándote a la corte de su Hijo, el día del aniversario de su Nacimiento. Entonces se te reveló en todo su esplendor el dulce misterio que tantas veces

sostuvo tu valor y animó tus sacrificios; tus ojos no contemplan ya solamente al tierno Niño que sonríe en su cuna, sino que se quedan extrañados ante los divinos fulgores del Rey vencedor, del hijo de Dios. María no aparece ante tu vista pobre y humilde como ante nosotros, inclinada con reverencia ante el pesebre donde yace su amor; para ti brilla ya en su trono de Reina, y resplandece con destellos que sólo ceden ante los de la majestad divina. Tu corazón no ha extrañado esta gloria, porque estando en el cielo estás en tu patria. El cielo es templo y palacio del amor, y el amor llenaba ya tu corazón desde aquí abajo; era el móvil de todas sus operaciones.

Ruega para que conozcamos mejor ese amor verdadero de Dios y de los hombres que nos hace semejantes a Dios. Escrito está que *el que permanece en la caridad, permanece en Dios y Dios en él (I Juan,* IV, 16); haz, pues, que el misterio de caridad que celebramos nos transforme en Aquel que debe ser objeto de todas nuestras aspiraciones, en este tiempo de gracias y maravillas. Haz que amemos a nuestros hermanos como a nosotros mismos, que les suframos, que les disculpemos, y que nos olvidemos de nosotros para servirlos. Haz que sirvan nuestros ejemplos para servirles y nuestras palabras para edificarles; que sepamos ganar y consolar sus almas con nuestro afecto, y aliviar sus necesidades corporales con nuestras dádivas.

¡Oh Pedro, ruega por Francia, tu patria! Ampara a España, en cuyo seno nació tu Instituto. Cuida de los últimos restos de esa insigne Orden, por cuyo medio obraste tantos prodigios de caridad. Consuela y devuelve la libertad a los cautivos que se encuentran todavía en prisiones o en la esclavitud. Alcánzanos a todos nosotros, esa santa libertad de hijos de Dios de que habla el Apóstol, y que consiste en la obediencia a su ley. Si esa libertad llega a dominar en los corazones, hará también libres a los cuerpos. En vano busca el hombre exterior la libertad, si el interior se halla esclavizado. Oh Redentor de tus hermanos, haz que dejen de atenazar a nuestras sociedades las cadenas del error y del pecado; de esa manera conseguirás devolverles la verdadera libertad, causa y norma de todas las demás libertades.

EL MISMO DÍA

SANTA INES

(POR SEGUNDA VEZ)

Cinco días después del martirio de la virgen Emerenciana, los padres de Santa Inés acudieron por la noche a su sepulcro para hacer oración y llorar. Habían pasado ocho días desde su martirio. En su dolor meditaban las circuns-

tancias de aquella cruel muerte que le había merecido la palma, sustrayéndola a su cariño. De pronto se les aparece Inés, coronada y radiante, en medio de un cortejo de vírgenes, de belleza y luz deslumbrantes. A su lado y a la derecha, un cordero de nívea blancura, símbolo del divino Esposo de Inés.

La triunfante Virgen se vuelve con ternura hacia sus padres y les dice: "No lloréis mi muerte; felicitadme más bien, por la feliz compañía en que me encuentro. Sabed, que vivo ya en el cielo, junto a Aquel a quien de todo corazón amé en la tierra."

Recordando esta aparición, la Santa Iglesia nos trae de nuevo la memoria de la dulce Inés, y esta fiesta, se llama; Santa Inés por segunda vez: *Sanctae Agnetis secundo*[1]. Roguemos a la tierna esposa del Cordero Inmaculado, para que no nos olvide ante El, y nos presente al divino Salvador, en espera de que podamos poseerle sin celajes en la mansión de su gloria. Unámosnos a la Santa Iglesia, y cantemos con ella:

Ant. Un Cordero más blanco que la nieve, Cristo, apareció a su derecha y la consagró como a su Esposa y Mártir.

℣. En tu resplandor y belleza, oh Virgen.

℟. Avanza, marcha a la victoria y toma la corona.

---

[1] Esta fiesta parece ser la Conclusión de la Octava con que se honraba en otros tiempos a Santa Inés en Roma, lo mismo que a San Lorenzo.

ORACION

Oh Dios, que nos alegras con la anual festividad de la bienaventurada Inés, tu Virgen y Mártir; dígnate darnos la gracia de imitar con una santa vida los ejemplos de aquella a quien hoy honramos. Por Nuestro Señor.

EL MISMO DÍA

SAN JULIAN, OBISPO DE CUENCA

Es San Julián un regalo insigne que Dios hizo a Castilla ya mediado el primer tercio del siglo XII. Como muchos de los grandes héroes de la santidad, fué en parte fruto de largas y fervorosas plegarias de sus nobles padres ansiosos de tener un vástago a quien dejar heredero más que de su fortuna, del caudal de prendas espirituales y acrisoladas de sus mayores.

Nació con él incrustada en sus entrañas la misericordia, pudiendo con el autor sagrado decir de sí: *sortitus sum animam bonam,* inclinado a la piedad y derroche de caridad hacia los menesterosos, desde el seno de su madre. — Tan preclaros resplandores dió de su virtud y aplicación a los estudios con el exclusivo fin de trabajar a gloria del Señor en el bien de las almas, que muertos sus padres y empleado su amplio patrimonio en obras de beneficencia, determinó consagrarse él mismo a la obra evangélica de la

conversión de los pecadores y salvación de las almas. Recorría las poblaciones y aldeas de los alrededores de Burgos, ya ordenado sacerdote, cosechando sorprendentes frutos de su sólida predicación avalada por su vida santísima de penitente abnegado. Le rogaron sus conciudadanos predicara en las iglesias de la Capital y como hablaba derechamente al corazón a estilo de los profetas, lograba numerosas y señaladas conversiones.

Extendióse por España la fama del nuevo apóstol y muchas fueron las provincias que le oyeron y experimentaron el fruto de sus apostólicos sermones; en cuanto se enteró el Arzobispo de Toledo D. Martín López de Pisuerga, le nombró arcediano de la Catedral Primada y se mostró Julián modelo ideal de arcedianos como antes lo era de santos sacerdotes y predicadores. Trabajaba con sus manos para procurarse el sustento e invertía en los pobres todas las rentas de su prebenda.

Conquistada Cuenca por Alfonso VIII de Castilla, propuso para obispo y sucesor de D. Juan Yáñez muerto antes de la conquista, a San Julián, quien tras tenaz resistencia se vió obligado a aceptar la dignidad. Poco tuvo que hacer para arreglar su familia consistente en un solo criado fiel y santo como su amo, llamado Lesmes, y sin más aparato marchó a Cuenca entrando ambos a pie en la ciudad. Superó su celo a cuantos elo-

gios de él se hacían, y recorriendo muchas veces en plan de perpetuo peregrino la vastísima diócesis, obra prodigios de transformación universal en el país donde antes reinaba el caos y corrupción más espantosa.

Declaró que no le interesaba ni un maravedí de las rentas de su obispado, destinándolas por entero a las múltiples obras de beneficencia.— Mientras tanto el santo Obispo y su capellán sustentábanse, a imitación de San Pablo, con el trabajo de sus manos, haciendo cestillas que vendían, cuyo producto, después de cubrir sus pequeños gastos, daban a los pobres.

Nada le granjeó tanto el afecto de sus ovejas como las entrañas de misericordias con que se deshacía en favor de ellas. Esta inagotable caridad le mereció innumerables favores del cielo. Tuvo en una ocasión por convidado en la mesa de los pobres, al mismo Jesucristo, quien le agradeció lo que por ellos hacía, honrándole con el título de "*buen amigo*", y, prometiéndole en premio la eterna bienaventuranza.—En otra ocasión vió repentinamente colmada de trigo su panera, otra vez vino, sin saber de dónde, una recua cargada de grano, sin guía ni conductor, que se dirigió al palacio del obispo, dejó el grano en sus trojes y desapareció.

Su muerte fué esclarecida con singulares muestras, por parte de él, de insigne humildad, penitencia y amor desbordante al Señor y su

bendita Madre, y por parte de Cristo y María por señaladísimos favores contemplados por los que presenciaron su bienhadado tránsito, ocurrido el domingo, 28 de Enero de 1208, a los ochenta años de edad, y trece de pontificado.

Cuando se abrió la urna para dar fe de su santo cuerpo, se le encontró tan entero e incorrupto, como si entonces acabara de expirar, y las vestiduras tan flamantes como si entonces las estrenara. Esta solemne traslación es celebrada en toda España el 5 de setiembre, día en que celebra Cuenca la fiesta principal a su gran Patrono.

ORACIÓN. — ¡Oh Señor! Excita en nosotros, te lo pedimos con ahinco, el espíritu de inocencia y caridad que brilló en S. Julián con fulgores incomparables, y haz que corramos tras las huellas del santísimo Obispo cuyos méritos celebramos. Por Jesucristo, Señor nuestro. Amén.

29 DE ENERO

SAN FRANCISCO DE SALES, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Acércase ahora a la cuna del dulce Hijo de María, el angelical obispo Francisco de Sales, digno de ocupar allí un puesto distinguido, por la delicadeza de sus virtudes, la amable sencillez de su corazón y la humildad y ternura de su amor. Llégase rodeado de brillante escolta; setenta y

dos mil herejes devueltos a la Iglesia gracias a su celo; una Orden de siervas del Señor, planeada por su amor, y realizada por su genio divino; millares de almas llevadas a la vida de piedad por su doctrina tan segura como misericordiosa que le ha valido el título de Doctor.

Concedióselo Dios a su Iglesia para consolarla de las blasfemias de los herejes que iban predicando por doquier la esterilidad de la Iglesia romana en materia de caridad; frente a los rígidos secuaces de Calvino puso a este ministro verdaderamente evangélico; el ardor de la caridad de Francisco de Sales logró fundir el hielo de aquellos obstinados corazones. *Si tenéis herejes para convencer*, decía el sabio cardenal du Perron, *enviádmelos; si se trata de convertirlos, mandádselos a Monseñor de Ginebra.*

En medio de su siglo apareció, pues, Francisco de Sales, como la imagen viva de Cristo, abriendo sus brazos, y llamando a los pecadores a penitencia, a los extraviados a la verdad, a los justos a mayor perfección, y a todos a la confianza y al amor. En él descansaba el Espíritu Santo con su fortaleza y su dulzura; por eso, en estos días en que hemos celebrado la bajada de este Espíritu sobre el Verbo en aguas del Jordán, no podemos olvidar un conmovedor episodio sucedido a este admirable Obispo en relación con su divino Jefe. Ofrecía el santo sacrificio de la Misa un día de Pentecostés en Annecy; Fran-

cisco de Sales estaba de pie ante el altar; una paloma penetró en la Catedral y quedó asustada ante la aglomeración del pueblo y de sus cantos; después de haber revoloteado durante largo tiempo, fué a descansar sobre la cabeza del Santo Obispo, con gran admiración de los fieles: símbolo emocionante de la dulzura de Francisco, lo mismo que el globo de fuego que apareció, durante la celebración de los sagrados Misterios, sobre la cabeza de San Martín, significando el ardor que consumía el corazón del Apóstol de las Galias.

Otra vez, en la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, oficiaba Francisco en Vísperas, en la Colegiata de Annecy. Estaba sentado en un trono cuyos dibujos representaban el árbol profético de Jesé, que según la profecía de Isaías, produjo el *tallo virginal* del que salió la *flor divina* sobre la que se posó el Espíritu del amor. Mientras cantaban los salmos penetró en la Iglesia una paloma, por una hendidura de la vidriera del coro, del lado de la Epístola. Después de revolotear algún tanto, dice el historiador, vino a posarse en la espalda del Santo Obispo, y luego en sus rodillas, de donde la cogieron los ministros que le asistían. Después de Vísperas, subió Francisco al púlpito y deseoso de alejar de sí la aplicación que a su favor podía hacer el pueblo de la aparición de aquel símbolo, y para desterrar cualquier idea que pudiese parecer

como una gracia del cielo a su persona, cantó las glorias de María, que llena de la gracia del Espíritu Santo, mereció ser llamada, *paloma hermosísima,* en *la que no hay mancha alguna.*

Si tratamos de buscar entre los discípulos del Señor, el tipo de santidad más conforme con este santo Prelado, inmediatamente nos viene al pensamiento el nombre de Juan, el discípulo amado. Francisco de Sales es, como él, el Apóstol del amor; la sencillez del Evangelista que acariciaba en sus manos venerables una avecilla, es madre de la suave inocencia que anidaba en el corazón del Obispo de Ginebra. La presencia de Juan, el acento de su voz simplemente convidaba a amar a Jesús; los contemporáneos de Francisco decían: *Oh Dios, si tan grande es la bondad del Obispo de Ginebra ¿cuál no será la tuya?*

Esta semejanza entre el amigo de Cristo y Francisco de Sales se manifestó también en el momento supremo, cuando el día mismo de San Juan, después de haber celebrado la Santa Misa y distribuído la comunión por su propia mano a sus queridas hijas de la Visitación, sintió el primer desfallecimiento que debía traer a su alma la liberación de las ligaduras del cuerpo. Acudieron en seguida a su lado, pero su conversación estaba ya en el cielo. A la mañana siguiente voló hacia su patria, en la fiesta de los santos Inocentes, en medio de los cuales mereció descansar

eternamente por el candor y sencillez de su alma.

San Francisco de Sales, ocupa, pues, un lugar en el calendario al lado del Amigo del Salvador y de las tiernas víctimas, comparadas por la Iglesia a un gracioso ramillete de rosas; y aunque no ha sido posible colocar su memoria en el aniversario de su salida de este mundo, porque esos dos días se hallan ocupados con la festividad de San Juan y la de los Inocentes de Belén, al menos ha querido la Santa Iglesia celebrar su fiesta en el tiempo dedicado a honrar el Nacimiento del Emmanuel.

Corresponde, pues, a este amante del Rey recién nacido revelarnos los encantos del Niño del pesebre. Con el fin de aprovecharnos de su pensamiento, vamos a espigarlo en su correspondencia, donde manifiesta en toda su delicadeza los sentimientos que embargaban su corazón en presencia de los Misterios navideños.

Hacia fines del Adviento de 1619 escribía a una religiosa de la Visitación, animándola a disponer su corazón para la llegada del celestial Esposo: "He aquí, mi muy querida hija, al pequeño pero amable Jesús, que va a nacer entre nosotros durante estas próximas fiestas; y ya que va a nacer para visitarnos de parte de su eterno Padre; ya que pastores y reyes van a llegarse en visita hasta la cuna, se me hace que El es Padre

e Hijo al mismo tiempo de esta Santa María de la Visitación.

Por tanto, acaríciale bien; dále buena acogida lo mismo tú que todas tus hermanas, entónale bellos cánticos, y sobre todo adórale muy expresiva y dulcemente y en El, adora su pobreza, su humildad, su obediencia y su dulzura, imitando a su Santísima Madre y a San José; recoge alguna de sus preciosas lágrimas, dulce rocío del cielo, y colócala en tu corazón, para que nunca tenga más tristezas que las que alegran a ese dulce Infante; y cuando le encomiendes tu alma, acuérdate de recomendarle también la mía, que es al mismo tiempo tuya.

Con gran amor, saludo al grupo querido de nuestras hermanas, a quienes considero como sencillas pastorcitas que cuidan de sus ovejas, es decir, de sus afectos, y que avisadas por el Angel, acuden a adorar al divino Infante, y en prenda de su eterna servidumbre, le ofrecen el más hermoso de sus corderos, es decir, su amor, sin reservas ni excepciones."

La Víspera del Nacimiento del Señor, gustando ya de antemano las alegrías de la noche que va a traer al Redentor a la tierra, Francisco se expansiona con su hija predilecta, Juana Francisca de Chantal, invitándola a saborear con él los encantos del divino Niño y a aprovecharse de su visita.

"El gran exniñito de Belén sea siempre la delicia y el amor de nuestros corazones, queridísima madre e hija mía. ¡Ah, qué hermoso es ese pobre niñito! Se me figura que veo a Salomón en su gran trono de marfil, dorado y pulido, sin otro igual en todos los reinos, como dice la Escritura: un rey sin par en su gloria y magnificencia. Prefiero cien veces ver a este querido infantito en su pesebre, a contemplar a todos los reyes en sus tronos.

Y cuando le considero en las rodillas o en los brazos de su Santa Madre con su boquita, pequeño capullo de rosa, pegada a las azucenas de sus sagrados pechos, entonces, oh Dios, lo hallo más bello en este trono, no sólo que Salomón en el suyo de marfil, sino más bello que lo fué nunca en el cielo ese mismo Hijo del Padre eterno, porque si bien el cielo ostenta más cosas visibles, la Santísima Virgen tiene más perfecciones invisibles; y una sola gota de la leche virginal que fluye de sus sagrados pechos vale más que todo el aparato de los cielos. ¡Háganos el gran San José participar de su consuelo, la excelsa Madre de su amor, y quiera el Hijo derramar sus gracias en nuestros corazones!

Ruegoos que descanséis lo más suavemente que podáis junto al celestial Infantito: no dejará de amar vuestro querido corazón, tal como se encuentra, seco y árido. ¿No veis cómo recibe el aliento de ese gran buey y de ese asno que no

tienen sentimiento alguno? ¿No ha de recibir los suspiros de nuestro pobre corazón, que aunque sin devoción actual, con todo eso se sacrifica a sus pies con firmeza y perseverancia, para ser eternamente un siervo fiel del suyo, del de su Santa Madre, y del Vicario de este Reyecito?"

Ha pasado la santa noche, que trae consigo Paz a los hombres de buena voluntad; una vez más busca Francisco el corazón de la hija que Jesús le ha confiado, para derramar en él las dulzuras saboreadas en la contemplación de este misterio de amor.

"Oh Jesús verdadero, ¡cuán dulce es esta noche, mi queridísima hija! Los cielos, canta la Iglesia, destilan miel por doquier; en cuanto a mí, pienso que los Angeles del cielo que hacen resonar en el aire sus admirables cánticos, van a recoger esa miel celestial en las azucenas en que se halla, estás en el corazón de la dulcísima Virgen y de San José. Temo, mi querida hija, que esos divinos espíritus se equivoquen entre la leche que sale del seno virginal y la miel del cielo reunida en sus pechos ¡Qué dulce es ver la miel junto a la leche!

Por eso, yo os pregunto, querida hija ¿no soy demasiado atrevido, pensando que nuestros buenos Angeles, vos y yo, nos hallamos entre el querido cortejo de los celestes músicos que cantaron esa noche? ¡Oh Dios, si tuviesen a bien entonar una vez más al oído de nuestro corazón,

aquel canto celestial, qué alegría! ¡qué regocijo! Así se lo suplico, para que haya gloria en el cielo y paz en la tierra para los corazones de buena voluntad.

Al volver, pues, de los sagrados misterios, doy los buenos días a mi hija: porque supongo que los pastores descansaron un poco aún, después de haber adorado al celestial Infante que el cielo les había anunciado. Pero, oh Dios ¡qué dulce me figuro su descanso! Seguramente seguían oyendo todavía la melodía angélica que los había saludado con su canto, y veían al querido Niño y a la Madre a quienes habían visitado.

¿Qué podríamos dar a nuestro Reyecito que no hayamos recibido de El y de su divina largueza? Pues bien, le daré en la Misa Mayor, la única pero amadísima hija que me ha dado. Házla, oh Salvador de nuestras almas, completamente de oro en el amor, de mirra en la mortificación, de incienso en la oración; y luego recíbela en los brazos de su santo amparo, y que diga tu corazón al suyo: "Soy tu salvación por los siglos de los siglos."

Dirigiéndose otra vez a una esposa de Cristo, la exhorta a nutrirse de la dulzura del recién nacido, en los siguientes términos:

"Cual mística abeja no se separe nunca vuestra alma de este querido Reyecito, haga su panal en torno a El, en El, y para El; tómele a El, a

ese Reyecito cuyos labios rebosan de gracia, y sobre los cuales esos santos animalitos, reunidos en enjambre hacen su dulce y gracioso trabajo, mucho mejor que lo hicieron sobre los labios de San Ambrosio."

Pero, hemos de detenernos; escuchemos, con todo, una vez más, cómo nos refiere las gracias del santo Nombre de Jesús, impuesto al Salvador entre los dolores de su Circuncisión; escribe así a su santa cooperadora:

"Oh Jesús, llena nuestro corazón con el santo bálsamo de tu divino Nombre, para que la suavidad de su aroma se difunda por todos nuestros sentidos e invada todas nuestras acciones. Pero, para que este corazón sea capaz de recibir tan dulce licor, circuncídale, y corta en él todo lo que pueda desagradar a tus divinos ojos. ¡Oh glorioso Nombre, pronunciado desde toda la eternidad por boca del Padre celestial, grábate para siempre en nuestra alma, para que, pues eres su Salvador, sea ella eternamente salva! ¡Oh Virgen Santa, la primera de toda la naturaleza humana que pronunciaste ese Nombre de salvación, inspíranos la manera de pronunciarlo dignamente, para que todo en nosotros respire la salud que tus entrañas nos trajeron.

Era necesario, queridísima hija, que escribiera la primera carta de este año a Nuestro Señor y a Nuestra Señora, y esta es, hija mía, la segunda por la que os felicito el nuevo año, y

consagro nuestro corazón a la divina bondad. Ojalá podamos vivir este año de tal modo, que nos sirva de fundamento para el año de la eternidad. Esta mañana al despertar, he gritado a vuestro oído: ¡Viva Jesús! y mi deseo hubiera sido poder derramar este óleo sagrado por toda la faz de la tierra.

Cuando un perfume está bien cerrado en su redoma, nadie puede saber qué esencia contiene, si no es el que la ha puesto; pero cuando se abre el frasco y se derraman algunas gotas, cada uno dice: Es tal esencia. Mi querida hija, nuestro amado y pequeño Jesús está rebosando aromas de salvación, pero nadie le conocía hasta que el cuchillo dulcemente cruel desgarró sus carnes divinas; entonces se pudo advertir, que es pura esencia y óleo derramado, y bálsamo de salvación. Por eso, San José y Nuestra Señora y luego todos a su alrededor, comenzaron a exclamar: Jesús, que quiere decir, Salvador.

Quiera el divino Infante rociar nuestros corazones con su sangre y perfumarlos con este Santo Nombre, para que las rosas de los buenos deseos que hemos concebido sean todas purpuradas con su sangre, y aromatizadas con su ungüento."

VIDA. — Nació San Francisco en Saboya el 21 de agosto de 1567; estudió en París y luego en Padua. Ordenado de sacerdote el 18 de Octubre de 1593 y nombrado Preboste de la Iglesia de Ginebra, trabajó

con grandes fatigas y éxito en la conversión de los protestantes del Chablais. De ellos ganó para la fe católica a unos 72.000. Consagrado obispo de Ginebra el 8 de diciembre de 1602, fundó ocho años más tarde, la Orden de la Visitación de Nuestra Señora, escribió libros de celestial doctrina, derramó por todas partes los rayos de su santidad por su celo, su dulzura, su misericordia para con los pobres y todas las demás virtudes. Murió en Lyon en 1622. Canonizóle Alejandro VII el 19 de Abril de 1665 y Pío IX le declaró Doctor de la Iglesia el 19 de julio de 1877. Su cuerpo descansa en la Visitación de Annecy.

¡Oh pacífico conquistador de las almas, Pontífice amado de Dios y de los hombres, en ti celebramos la dulzura del Emmanuel! De El aprendiste a ser *manso y humilde de corazón*, y por eso, *poseíste la tierra*, conforme a su promesa. (*Mat.*, V, 4.) Nada te resistió; los más obstinados sectarios, los pecadores más endurecidos, las almas más tibias, todo cedió a tu palabra y a tus ejemplos. ¡Cómo nos complacemos contemplándote junto a la cuna del Niño que viene a amarnos, uniendo tu gloria a la de Juan y a la de los Inocentes! Apóstol como aquel y sencillo como los hijos de Raquel, haz que nuestro corazón esté siempre al lado de tan feliz compañía; y que conozca por fin, cuán *suave es el yugo* del Emmanuel y *ligera su carga.*

Enciende nuestras almas en el fuego de tu amor; alienta en ellas el deseo de la perfección. Doctor de los caminos del espíritu, *introdúcenos* en esa santa Vía cuyas leyes trazaste; aviva en

nuestros corazones el amor del prójimo, sin el cual sería inútil que pretendiéramos alcanzar, el amor de Dios; inícianos en tu celo por la salvación de las almas; enséñanos la paciencia y el perdón de las injurias, para que nos amemos todos, como dice San Juan, *no sólo de boca y de palabra, sino de obra y de verdad. (I S. Juan,* III, 18.) Bendice a la Iglesia de la tierra; tu memoria está tan fresca en ella como si acabaras de dejarla por la del cielo, porque no eres ya únicamente el Obispo de Ginebra, sino el objeto del amor y de la confianza del mundo entero.

Apresura la conversión general de los secuaces de la herejía calvinista. Tus oraciones han iniciado ya la obra del retorno, de manera que en la protestante Ginebra se ofrece ahora públicamente el sacrificio del Cordero. Realiza lo antes posible el triunfo de la Iglesia Madre. Extirpa los últimos vestigios de la herejía janseniana que quedan entre nosotros, de esa herejía que se disponía a sembrar su cizaña cuando el Señor te sacaba de este mundo. Limpia nuestras provincias de las máximas y costumbres peligrosas heredadas de los tiempos en que triunfaba esta perversa secta.

Bendice con toda la ternura de tu paternal corazón a la sagrada Orden que fundaste, y que consagraste a María, bajo el título de su Visitación. Consérvala de manera que sirva de edifi-

cación para la Iglesia; auméntala y dirígela para que se mantenga tu espíritu en esa familia de la que eres padre. Protege al Episcopado del que eres ornato y modelo; pide a Dios, para su Iglesia Pastores formados en tu escuela, abrasados de tu celo, imitadores de tu santidad. Acuérdate, finalmente de Francia, a la que te has unido con tan estrechos vínculos. Conmovióse ella con la fama de tus virtudes, codició tu apostolado y te proporcionó tu más fiel cooperadora; por tu parte enriqueciste su lengua con tus admirables escritos; de su seno saliste para marchar a Dios; considérala, pues, desde lo alto del cielo como tu propia patria.

30 DE ENERO

SANTA MARTINA, VIRGEN Y MARTIR

Una tercera Virgen romana, con la frente ceñida por la corona del martirio viene hoy a compartir los honores con Inés y Emerenciana. Es Martina, cuyo nombre recuerda al dios pagano que presidía los combates. Su cuerpo descansa al pie del monte Capitolino, en un antiguo templo de Marte, convertido hoy en la Iglesia de Santa Martina. El deseo de hacerse digna del divino Esposo elegido por su corazón, la hizo fuerte contra los tormentos y la muerte, de suerte que pudo lavar su blanca vestidura con su propia

sangre. El Emmanuel es *Dios fuerte, poderoso en los cambates* (Salmo XXIII, 8): no necesita hierro para vencer, como el falso dios Marte. Le basta la suavidad, la paciencia, la inocencia de una virgen para derrotar a sus enemigos; y así, venció Martina con un triunfo mucho más duradero que los de los mayores capitanes de Roma.

VIDA — No conocemos ningún documento antiguo que nos acredite la existencia de Santa Martina. Sólo en el siglo VII la hallamos mencionada; en esa época encontramos establecido su culto en una basílica del Foro. Sus Actas, completamente legendarias, dicen que fué martirizada en tiempo del emperador Alejandro, en 226, después de ser azotada con varas. Represéntasela de ordinario con los instrumentos de su suplicio: tenazas y espada.

Oh valerosa Virgen, la Roma cristiana continúa poniendo en tus manos el cuidado de su defensa; si tú la amparas, tendrá confianza y descansará tranquila. Atiende sus plegarias, y arroja muy lejos de la santa ciudad a los enemigos que la oprimen. Mas, acuérdate que no tiene sólo que temer a los batallones que lanzan fuego y destruyen muros; también en tiempo de paz se dirigen continuos y siniestros ataques contra su libertad.

Desbarata, oh Martina, esos pérfidos planes, y no te olvides de que fuiste hija de la Iglesia romana, antes de ser su protectora.

Pide para nosotros al divino Cordero la fortaleza necesaria para arrojar de nuestro corazón a los falsos dioses, a quienes a veces estamos tentados de ofrecer sacrificios. Ayúdanos con tu poderoso brazo, en los ataques que tenemos que sostener contra los enemigos de nuestra salvación. Fuiste capaz de destruir la idolatría en el seno de la Roma pagana; no lo has de ser menos contra este mundo que trata de invadirnos. Como premio a tus victorias, brillas ya junto a la cuna de nuestro Redentor; también a nosotros nos acogerá el *Dios fuerte*, si, como tú, sabemos luchar y vencer. El vino para someter a nuestros enemigos; pero exige de nosotros que tomemos parte en la lucha. Haznos fuertes, oh Martina, para que no retrocedamos nunca, y haz también que nuestra confianza en Dios vaya siempre acompañada de la desconfianza de nosotros mismos.

EL MISMO DÍA

SANTA BATILDE, REINA DE FRANCIA (626-680)

Al lado de Santa Paula preséntase hoy otra viuda, una piadosa reina de Francia. Dejó su puesto de honor como soberana, para seguir a Jesús en la humildad de su vida oculta. Madre de tres reyes, después de haber dado sabias leyes como regente, y haber refrenado la insumi-

sión de los grandes, abolido la esclavitud y hecho florecer la religión, sustráese al amor de su pueblo para encerrarse en la Abadía de Chelles, durante los quince últimos años de su vida. Como los Reyes Magos del Oriente ve la estrella que la llama a Belén; y tiene para ella más atractivo la contemplación del divino Infante en el pesebre, que las comodidades de aquel palacio que supo llenar con el ejemplo de su piedad y el mérito de sus virtudes.

Buscando a Dios con fidelidad hasta la muerte, acude a refugiarse en el monasterio que ella misma había fundado, pero acude no *para ser servida sino para servir*. Quiere ser en él la última de todas, y se ejercita en todos los oficios donde mejor puede imitar la humildad de su Salvador.

De este modo se pone de manifiesto una vez más el poder de Jesús; desde su cuna seduce los corazones y atrae las almas, hasta hacerlas olvidar todo lo que no es El mismo.

Felicitamos a Santa Batilde y a Santa Paula por haber sido admitidas en la compañía de las Vírgenes que rodean al recién nacido. No desdeña el Emmanuel a la esposa del hombre, cuando guarda para El su supremo amor, y aun cuando es justo que los primeros honores de su corte sean para las Vírgenes que le dedicaron todo su corazón, también se complace en colmar de fe-

licidad a los demás corazones, deseosos de agradarle.

VIDA. — Nació Santa Batilde en Inglaterra. Vendiéronla unos piratas en 641 al cortesano Erquinoaldo, cuya mano rehusó ella. Pronto, no obstante eso tuvo que contraer matrimonio con Clodoveo II. A la muerte del rey, ocurrida en 657 fué encargada de la tutela de los príncipes Clotario, Childerico y Tierry hijos suyos. Ayudáronle con sus consejos, en su regencia, San Crodbecto y San Uano. Suprimió las ordenaciones simoníacas, la esclavitud y venta de los cristianos, animó a los Obispos y a los Abades a restablecer la disciplina en los monasterios, y construyó las abadías de Corbeya y Chelles. Por fin, dejando en el gobierno a su hijo Clotario, el año 673, se hizo simple religiosa en Chelles, en donde murió en 680. Sus reliquias se guardan hoy en la iglesia parroquial de Chelles.

EL MISMO DÍA

SAN LESMES, PATRONO Y PROTECTOR DE BURGOS

Natural de Landún al norte de Poitiers (Francia) a principios del siglo XI, siguió la carrera de las armas hasta la muerte de sus padres. Entró en serias reflexiones y ambicionando aventajarse en la milicia de Cristo desprendióse de sus cuantiosos bienes en provecho de los menesterosos y voló a pasos agigantados por los senderos de la perfección evangélica. Hízose monje en *Casa Dei* de donde fué nombrado

Abad, agraciándole el Señor con el don de milagros.

Le solicitaron de varias provincias, hasta de Inglaterra, para que fuera alivio de las desahuciadas, hasta que viniendo a España como esposa de Alfonso VI, Constancia de estirpe real francesa, quiso tener como capellán asiduo suyo a su compaisano Lesmes, y en Burgos le le dió la Capilla de San Juan Evangelista y el adjunto Hospital de peregrinos santiagueses. Alfonso VI levantó al lado un Monasterio benedictino poniendo al frente de él a Lesmes, quien administraba asimismo el Hospital y se deshacía en obras benéficas de todo género, obrando señaladas maravillas.

Era muy insana y pantanosa aquella parte de la ciudad, y el santo se ingenió en sanearla por medio de acueductos, calzadas y pontones de modo que mereció ser considerado como el bienhechor más insigne de Burgos capital de Castilla.

Alfonso VI le llevó consigo a la conquista de Toledo y Lesmes entusiasmó a la caballería amedrentada ante la imponente crecida e inundación del Tajo, pasando valiente el vado montado en un asnillo. Fué enterrado ante la Capilla de San Juan de Burgos y posteriormente erigió sobre su sepulcro la esbelta Parroquia de San Lesmes, declarándole por Patrono y protector suyo la noble y leal ciudad de Burgos que festeja su memoria el 30 de enero, con grandes regocijos.

31 DE ENERO

SAN JUAN BOSCO

Al final del mes dedicado a honrar la infancia del Salvador, San Juan Bosco, conduce ante Jesús Niño, ante Jesús Obrero, a la multitud del niño y de obreros a quienes consagró su vida.

Para salvar a los hombres, el Hijo de Dios se dignó hacerse hombre y experimentar todas las miserias de nuestra naturaleza menos el pecado. Nació pobre en un establo, trabajó para ganarse el pan; luego, antes de morir predicó el Evangelio a los pobres, y si en este mundo tuvo preferencias, fueron estas para los niños: "Dejad que los niños se acerquen a mí: de ellos y de los que se les asemejan es el reino de los cielos."

San Juan Bosco no hizo más que reproducir estos aspectos de la vida de Jesús. Pobre también él de nacimiento, tuvo que trabajar para ganarse el pan y poder hacer sus estudios. Sacerdote ya, quiso predicar la buena nueva a los pobres, a los niños, a los obreros abandonados, a todos aquellos a quienes la pereza o el vicio arrastraban al mal. Creó para ellos patronatos, orfanatos, escuelas primarias, escuelas profesionales: "Amo tanto a estos pobres pequeños, que a gusto partiría con ellos también mi corazón."

En su santificación personal y en su ministerio se propuso como modelo y maestro a San Francisco de Sales. El Obispo de Ginebra le había enseñado que "no hay más que un medio de ser un buen educador, y es ser santo"; y que si pretendía hacer una obra buena y duradera, debía darse a Dios y dar a Dios. Dióse, pues, sin reservas: su tiempo, sus energías, sus talentos, su fama, su salud, su vida, su madre, todo fué para los niños recogidos en las calles. Les dió pan, trabajo y asilo; sobre todo les comunicó la alegría que habita en una conciencia pura, en un alma unida a Dios. Por medio de sus instrucciones familiares, de los sacramentos, de la Penitencia y de la Eucaristía, hizo de ellos cristianos fervorosos, y pacíficos ciudadanos. Manifestóse así al siglo XIX como un maestro en cuestiones sociales, y como uno de los mayores Apóstoles de la Acción Católica, tan recomendada por los últimos Papas.

Lo mismo que el Señor, despertó en torno suyo numerosos seguidores, discípulos que vinieron a ponerse bajo su dirección, y a compartir sus cuidados y trabajos en la salvación del mundo y su conversión a Dios. Pronto formóse la Asociación Salesiana, luego la Congregación de Hijas de María Auxiliadora, y, finalmente, la Unión de Cooperadores, Salesianos, inmenso ejército que lanzó a la conquista de las almas y que está ya difundido por el mundo entero. "El éxito de esta

obra, decía Pío X, sólo puede explicarse por la vida sobrenatural y santidad de su Fundador." El en cambio, pretendía no haber sido sino un simple instrumento: "Es Nuestra Señora Auxiliadora quien lo ha hecho todo." Pero Pío XI que le había conocido y que le elevó a los altares, ha podido decir con razón, "que su nombre es uno de los que bendecirán los siglos eternamente."

VIDA. — Juan Bosco nació el 16 de agosto de 1815 en Castelnuovo de Asti. Desde muy joven se distinguió por su piedad, su pureza, su alegría y su penetrante inteligencia. En 1835 entró en el Seminario Mayor de Turín y el 5 de junio de 1841 fué ordenado sacerdote. Desde entonces, consagró su vida a la salvación y educación de los niños pobres y de los obreros, fundó la Asociación de Salesianos, luego una Congregación de religiosas bajo el patrocinio de María Auxiliadora, y, por fin, otra de Cooperadores. Murió el 31 de enero de 1888. Pío XI le beatificó en 1929, y cinco años más tarde le canonizó.

También nosotros acudimos en pos de tantos otros para aclamarte con la Iglesia, para implorar tu ayuda, para pedir tus consejos. Agrádanos escuchar tus fervorosas exhortaciones: "¡Oh vosotros, que trabajáis y estáis cargados de sudores y fatigas! si queréis hallar una fuente inagotable de consuelos, si queréis ser felices, haceros santos. Para ser santos no necesitáis más que una cosa: quererlo. Los santos se santificaron cada cual en su propio estado. ¿De qué manera?

Haciendo bien lo que tenían que hacer." Pide al Señor para nosotros, que lleguemos a comprender una lección tan sencilla y verdadera y que la pongamos en práctica para llegar a ser santos.

¡Apóstol infatigable, y devorado por el celo! protege a los sacerdotes y misioneros. "Lo primero que te aconsejo para llegar a ser santo, decías en cierta ocasión a Domingo Savio, el afortunado niño a quien condujiste a la santidad, es que ganes almas para Dios. Porque no hay nada tan santo en el mundo, como cooperar al bien de las almas. Por ellas derramó Jesucristo hasta la última gota de su sangre." Haz que abrase ese celo a todos los fieles, ya que todos están llamados de una u otra manera a cooperar en la obra de la Redención.

Enséñanos, no sólo a los jóvenes, sino a todos nosotros, a frecuentar los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, para guardar nuestras almas libres de pecados. Enséñanos a acudir con frecuencia a María Auxiliadora, con intercesión omnipotente operaste tantos prodigios y multiplicaste tantos milagros. Ella nos ayudará a seguir tus ejemplos, a permanecer fieles a las lecciones de Belén y de Nazaret, a guardar como tú una confianza de niño en la divina Providencia, y a no vivir más que para alabar la gloria de Dios, en constante acción de gracias [1]. Ella, final-

[1] Secreta y Poscomunión de la Misa.

mente, nos presentará con su Hijo al Padre celestial en el cielo, donde a la hora de la muerte "nos darás cita a todos."

1 DE FEBRERO

SAN IGNACIO, OBISPO Y MARTIR

La víspera del día en que va a terminar el tiempo de Navidad, nos propone la Iglesia uno de los más célebres mártires de Cristo. Ignacio-Teóforo, Obispo de Antioquía. Según una antigua tradición, este anciano que con tanta generosidad confesó a Cristo delante de Trajano, era aquel niño que presentó Jesús un día a sus discípulos como el modelo de sencillez que nosotros debemos poseer si queremos entrar en el Reino de los cielos. En el día de hoy se nos presenta al lado de la cuna en que el mismo Dios nos da lecciones de humildad y sencillez.

En la corte del Emmanuel. Ignacio se apoya en Pedro, cuya Cátedra hemos celebrado, porque el Príncipe de los Apóstoles le estableció como segundo sucesor suyo en su primera Sede de Antioquía [1]. De esta misión sacó Ignacio su forta-

---

[1] Su nombre de Ignacio viene de *ignis,* porque su carácter está patente en sus Cartas con rasgos de fuego. Su segundo nombre, Teóforo, tomado en sentido pasivo (llevado por Dios) explica la leyenda según la cual el Señor lo habría presentado ante los Apóstoles como un modelo de humildad; tomado en

leza. Gracias a ella pudo resistir frente a un poderoso emperador, desafiar a las fieras del anfiteatro, y triunfar con el más glorioso martirio. Quiso también la divina Providencia que, para confirmar la dignidad intransferible de la Sede de Roma, viniese encadenado *a ver a Pedro* y terminase su vida en la santa ciudad, mezclando su sangre con la de los Apóstoles.

Habría faltado algo a Roma, si no hubiese heredado la gloria de Ignacio. El recuerdo del combate de este héroe, es el más augusto del Coliseo, bañado en la sangre de miles de mártires.

El distintivo de Ignacio es la fogosidad de su amor: sólo teme una cosa: que las súplicas de los romanos encadenen la ferocidad de los leones, y de este modo se vea frustrada su ansia de unirse a Cristo. Admiremos la fuerza sobrehumana que se revela en medio del mundo antiguo. Un amor de Dios tan ardiente, un tan fogoso deseo de verle, no pudieron nacer sino a raíz de los divinos sucesos que nos pusieron de manifiesto hasta qué exceso amó Dios al hombre. La gruta de Belén bastaría a explicarlo todo, aun cuando no hubie-

---

sentido activo (que lleva a Dios) nos recuerda que en su corazón hallaron grabado en letras de oro el nombre de Cristo.

Fué probablemente discípulo de los Apóstoles, de San Pedro o de San Pablo. San Juan Crisóstomo afirma que fué hecho obispo de Antioquía por el mismo San Pedro; pero las *Constituciones Apostólicas* dicen que por San Pablo. Eusebio señala el año 69 como principio de su episcopado, que terminó en Roma con su martirio el año 107 (F. Cayré).

se sido ofrecido el Sacrificio sangriento del Calvario. Dios baja del cielo para el hombre; se hace niño, nace en un pesebre. Semejantes prodigios de amor habrían sido suficientes para salvar al mundo culpable; ¿cómo no iban a mover al corazón del hombre a inmolarse a su vez por su Dios? Y ¿qué es una vida humana sacrificada, aunque no se tratara más que de agradecer el amor de Jesús en su Nacimiento?

La Santa Iglesia nos pone en las Lecciones del Oficio de San Ignacio, el breve relato que San Jerónimo le dedica en su obra *de Scriptoribus ecclesiasticis*. El santo Doctor tuvo la feliz idea de insertar en él algunos trozos de la admirable carta del Mártir a los fieles de Roma. A no ser por su gran extensión la hubiéramos puesto completa; pero también nos sería violento mutilarla. Por lo demás, estas citas representan los más bellos trozos que contiene:

Ignacio, tercer sucesor del Apóstol San Pedro en la Sede de Antioquía, habiendo sido condenado a las fieras, bajo la persecución de Trajano, fué enviado a Roma, cargado de cadenas. Hizo el viaje por mar, desembarcando en Esmirra, donde era Obispo Policarpo, discípulo de San Juan. Escribió una carta a los Efesios, otra a los Magnesios, otra a los Trallianos, y otra a los Romanos. A la salida de esta ciudad escribió también a los fieles de Filadelfia y a los de Esmirna, y dirigió una carta privada a Policarpo, en la que le recomendaba la Iglesia de Antioquía. En esta carta es donde refiere un testimonio del Evangelio que yo traduje hace poco, sobre la persona de Jesucristo.

Pero, ya que hablamos de este gran hombre, justo es que transcribamos aquí algunas líneas de su Epístola a los Romanos: "Desde Siria hasta Roma, dice, vengo luchando contra las fieras por mar y tierra; día y noche estoy encadenado a diez leopardos, es decir, a los soldados que me custodian, cuya crueldad se aumenta con los beneficios que les hago. Su maldad me sirve de prueba, pero no por eso estoy justificado: ¡Quiera Dios que sea entregado a las fieras que me aguardan! Ojalá me hagan sufrir cuanto antes los suplicios y la muerte; ojalá les excite a devorarme, y a desgarrar mi cuerpo, no vaya a suceder conmigo lo que con otros muchos a quienes no osaron tocar siquiera. Si ellas no se atreven, yo las provocaré y las obligaré a que me devoren. Perdonadme, hijos míos, que yo sé lo que me conviene.

Ahora empiezo a ser Discípulo de Cristo, porque no deseo nada de lo visible con tal de ganar a Cristo. Vengan sobre mi el fuego, la cruz, las fieras, la tortura de mis huesos, la mutilación de mis miembros, el magullamiento de todo mi cuerpo, y todos los tormentos del infierno, con tal que pueda gozar de Jesucristo". En su ansia de padecer, al ser expuesto a las fieras y oír los rugidos de los leones, dijo: "Trigo de Cristo soy, debo ser molido por los dientes de las fieras, para llegar a ser un pan verdaderamente limpio". Padeció en el undécimo año de Trajano. Sus restos descansan en Antioquía, en el cementerio que está fuera de la puerta de Dafné.

¡Oh Pan puro y glorioso de Cristo, tu Maestro! por fin conseguiste lo que deseabas. Toda Roma, sentada en las gradas del soberbio anfiteatro, aplaudía el desgarre de tus miembros; mientras los dientes de los leones trituraban to-

dos tus huesos, tu alma, dichosa de poder entregar a Cristo vida por vida, se lanzaba veloz hacia El. Tu suprema felicidad consistía en sufrir, porque sabías que el sufrimiento es una deuda contraída con el Crucificado; sólo deseabas llegar a su Reino después de haber experimentado en tu carne los tormentos de su Pasión. ¡Oh Mártir, ten piedad de nuestra flaqueza! Alcánzanos que seamos fieles a nuestro Salvador al menos, frente al demonio, a la carne y al mundo; que entreguemos a su amor nuestro corazón, si es que no somos llamados a ofrecerle nuestro cuerpo en sacrificio. Elegido por el Salvador en tus primeros años para ser modelo de los cristianos por la inocencia de tu infancia, supiste conservar tan precioso candor bajo tus nevados cabellos; pídele a Cristo, *Rey de los niños,* que nos acompañe siempre esa sencillez, como fruto de los misterios que celebramos.

Como sucesor de Pedro en Antioquía, ruega también por las Iglesias de tu Patriarcado; devuélvelas a la fe verdadera y a la unidad católica. Ampara a la Iglesia Romana que regaste con tu sangre, y que se halla en posesión de tus reliquias. Vela por el mantenimiento de la disciplina y de la obediencia eclesiásticas de las que diste tan excelentes normas en tus Epístolas; consolida por el sentido del deber y de la caridad, los vínculos que deben unir a todos los grados de la jeraquía, para que la Iglesia de Dios apa-

rezca bella en su unidad y terrible para los enemigos de Dios como un ejército en línea de batalla.

2 DE FEBRERO

LA PURIFICACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

Han pasado por fin los cuarenta días de la Purificación de María, y ha llegado el momento de subir al Templo del Señor para presentar en él a Jesús. Antes de seguir al Hijo y a la Madre en este viaje a Jerusalén, detengámonos todavía un momento en Belén, y meditemos con amor y docilidad los misterios que van a realizarse.

LA LEY DE MOISÉS. — La Ley del Señor mandaba que las mujeres de Israel, después de su alumbramiento, permaneciesen cuarenta días sin acercarse al templo; terminado este plazo, debían ofrecer un sacrificio para quedar purificadas. Consistía éste en un cordero, destinado a ser consumido en holocausto; a él debía juntarse una tórtola o una paloma, ofrecidas por el pecado. Y si la madre era tan pobre que no podía disponer de un cordero, había permitido el Señor que lo reemplazase por otra tórtola u otra paloma.

Otro precepto divino declaraba propiedad del Señor a todos los primogénitos, y ordenaba la

manera de rescatarlos. El precio del rescate eran cinco siclos, que en el peso del santuario, representaban cada uno veinte óbolos.

Obediencia de Jesús y de María. —María, hija de Israel, había dado a luz; Jesús era su primogénito, ¿Permitiría que cumpliese la Ley, el respeto debido a tal nacimiento y a tal primogénito?

Si consideraba María las razones que habían movido al Señor a obligar a las madres a purificarse, podía ver claramente que aquella ley no rezaba con ella. ¿qué relación podía tener con las esposas de los hombres la que era santuario purísimo del Espíritu Santo, Virgen al concebir a su Hijo, Virgen en su inefable alumbramiento, siempre pura, pero más pura aún después de haber llevado en su seno y haber dado al mundo al Dios de la santidad? Si miraba la condición de su Hijo, aquella majestad del Creador y del soberano Señor de todas las cosas, que se había dignado nacer de ella, ¿cómo había de pensar que semejante Hijo pudiera estar sujeto a la humillación del rescate, como un esclavo que no se pertenece a sí mismo?

Con todo eso, el Espíritu que moraba en María, le revela que debe cumplir con este doble precepto. Es necesario, a pesar de su dignidad de Madre de Dios, que se mezcle con la multitud de las madres ordinarias que acuden al Templo, para recobrar en él, con un sacrificio, la pureza

perdida. Además el Hijo de Dios e Hijo del hombre debe ser considerado en todo como un siervo; es preciso que sea rescatado a este título, como el título de los hijos de Israel. María adora profundamente esta soberana voluntad y se somete a ella de todo corazón.

Los designios del Altísimo habían determinado que el Hijo de Dios no se revelara a su pueblo sino por grados. Después de treinta años de vida oculta en Nazaret, donde como dice el Evangelista, *era tenido como hijo de José,* un gran Profeta debía anunciarle a los Judíos llegados al Jordán para recibir en él el bautismo de penitencia. Pronto sus obras y milagros darían testimonio de El. Después de las afrentas de su Pasión, resucitaría glorioso, confirmando de este modo la verdad de sus profecías, la eficacia de su Sacrificio, y también su propia divinidad. Hasta entonces casi todos los hombres ignoraban que la tierra poseía a su Salvador y a su Dios. Los pastores de Belén no habían recibido orden, como más tarde los pescadores de Genesaret, de llevar la Buena Nueva hasta las extremidades de la tierra; los Magos habían vuelto a Oriente, sin pasar por Jerusalén, conmovida un momento con su llegada. Semejantes prodigios, que tanta trascendencia tuvieron para la Iglesia después de realizada la misión de su Divino Jefe, no habían hallado eco, ni fiel recuerdo, sino en el corazón del algunos verdaderos Israelitas que es-

peraban la salvación por medio de un Mesías pobre y humilde; el Nacimiento de Jesús en Belén debía permanecer ignorado de la mayor parte de los Judíos, pues los Profetas habían anunciado que se le llamaría *Nazareno*.

El plan divino había exigido que María fuese la Esposa de José, como amparo de su virginidad a los ojos del pueblo; exigía también que esta purísima Madre acudiese como las demás mujeres de Israel a ofrecer el sacrificio de la purificación, por el nacimiento del Hijo, que debía ser presentado en el templo como hijo de María, la esposa de José. De este modo se complace la divina Sabiduría en manifestar que sus pensamientos no son nuestros pensamientos, y echa por tierra nuestros vanos prejuicios, en espera del día en que descorra el velo y se muestre a las claras a nuestros maravillados ojos.

María acató amorosamente la voluntad divina en ésta como en las demás circunstancias de su vida. No pensó la Santísima Virgen que obraba contra la honra de su hijo, ni contra el mérito de su propia integridad, al acudir en busca de una externa purificación que no necesitaba. En el Templo, fué la *esclava del Señor,* como lo había sido en su casita de Nazaret, cuando la visita del Angel. Obedece a la Ley, porque las apariencias la declaran sujeta a ella. Su Dios y su Hijo sometíase al rescate como el último de los hombres; había obedecido ya al edicto de

Augusto para el censo universal; debía ser "*obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*" la Madre y el Niño humilláronse al mismo tiempo; y el orgullo del hombre recibió este día una de las más grandes lecciones que se le han dado.

El viaje. — ¡Admirable viaje el de María y José, desde Belén a Jerusalén! Va el divino Niño en brazos de su Madre, quien le aprieta contra su corazón a través de todo el trayecto. El cielo, la tierra, la naturaleza entera quedan santificados por la dulce presencia de su Creador. Los hombres por entre quienes pasa aquella madre cargada con tan tierno fruto, la consideran unos con indiferencia, otros con simpatía, pero ninguno sospecha siquiera, el misterio que ha de salvarlos a todos.

José lleva el don que debe ofrecer la madre al sacerdote. Su pobreza no les ha permitido comprar un cordero; por lo demás, ¿no es Jesús el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo? La Ley señala la tórtola o la paloma para suplir la ofrenda que no podía presentar una madre pobre. Lleva también José los cinco siclos, precio del rescate del primogénito; porque realmente es el Primogénito, el Hijo único de María, el que se dignó hacernos hermanos suyos, y participantes de la naturaleza divina al asumir la nuestra.

JERUSALÉN. — Por fin entra la sagrada familia en Jerusalén. *Visión de paz* significa el nombre de esta ciudad; el Salvador va a ofrecerla *la paz* con su presencia. Admiremos qué magnífica progresión existe en los nombres de las tres ciudades que se relacionan con la vida mortal del Redentor. Es concebido en Nazaret, que significa *la flor,* porque como dice el Cantar de los Cantares, El es la *flor de los campos* y el *lirio de los valles;* su divino aroma nos encanta. Nace en Belén, la *casa del pan,* para ser alimento de nuestras almas. En Jerusalén se ofrece sobre la cruz en sacrificio, y con su sangre, restablece la *paz* entre el cielo y la tierra, la *paz* entre los hombres, *la paz* en nuestras almas. Hoy, como veremos en seguida, nos va a dar las arras de esta *paz.*

EL TEMPLO. — Prestemos atención, mientras sube María las gradas del Templo, llevando consigo cual Arca viva, su divina carga; porque va a realizarse una de las más célebres profecías, una de las que mejor manifiestan uno de los principales caracteres del Mesías. Al traspasar el umbral del Templo, Jesús, concebido de una Virgen, nacido en Belén conforme estaba anunciado, adquiere un nuevo título a nuestra adoración.

Este Templo no es ya el célebre de Salomón, que fué presa de las llamas en tiempo de la cautividad de Judá. Es el segundo Templo construí-

do a la vuelta de Babilonia; su esplendor no ha llegado a la magnificencia del antiguo. Por segunda vez será derruído antes de finalizar el siglo; y se comprometerá la palabra del Señor, para que no quede piedra sobre piedra. Ahora bien, el Profeta Ageo, para consolar a los Judíos vueltos del destierro, que se lamentaban de no poder elevar al Señor una casa semejante a la edificada por Salomón, les dijo las siguientes palabras que debían servir para fijar la época de la venida del Mesías: "Anímate, Zorobabel, dice el Señor; anímate, Jesús, hijo de Josedec Sacerdote supremo; anímate pueblo de la región, porque mira lo que dice el Señor: *Un poco más de tiempo y conmoveré el cielo y la tierra, y conmoveré todas las naciones, y vendrá el Deseado de todos los pueblos, y llenaré de gloria esta casa. Y la gloria de esta segunda casa será mayor que la de la primera, y en este lugar daré la paz, dice el Señor de los ejércitos.*"

Ha llegado ya la hora de la realización de esta profecía. El Emmanuel ha salido de su descanso de Belén, se ha manifestado en público y ha venido a tomar posesión de su casa en la tierra; con su sola presencia en el recinto del segundo Templo, ha sobrepasado con mucho la gloria del Templo de Salomón. Aún ha de visitarlo varias veces; pero, para el cumplimiento de la profecía es suficiente la entrada que hace hoy en brazos de su Madre; desde este momento comienzan a

desvanecerse las sombras y las figuras que envolvían a este templo, al calor de los rayos del Sol de la verdad y de la justicia. La sangre de las víctimas, teñirá aún algunos años, los cuernos del altar; pero el Niño que lleva en sus venas la sangre de la Redención del mundo se adelanta ya en medio de todas esas víctimas degolladas, hostias impotentes. Entre la multitud de sacrificadores, en medio de aquella turba de hijos de Israel que se aglomera en los diversos apartados del Templo, algunos aguardan al Libertador, y saben que la hora de la libertad está próxima; pero ninguno de ellos se ha dado cuenta de que en aquel preciso momento ha entrado en la casa de Dios el Mesías.

No obstante eso, no debía cumplirse un acontecimiento tan extraordinario sin que obrase el Eterno un nuevo prodigio. Los pastores habían sido llamados por el Angel, la estrella había atraído a Belén a los Magos del Oriente; ahora el mismo Espíritu Santo va a proporcionarnos un testimonio nuevo e inesperado.

El Santo anciano. — Vivía en Jerusalén un anciano, y su vida tocaba ya a su fin; mas, este varón de deseos, llamado Simeón, había sabido mantener viva en su corazón la esperanza del Mesías. Presumía que se acercaba ya su tiempo, y en premio a su esperanza, el Espíritu Santo le había hecho sentir que no se cerrarían sus

ojos sin haber visto aparecer en el mundo la luz divina. Al tiempo que María y José subían las gradas del Templo, llevando al altar al Niño de la promesa, Simeón se siente movido interiormente por la fuerza del Espíritu divino; sale de su casa y se dirige hacia el Templo. Ante el umbral de la casa de Dios, sus ojos han reconocido a la Virgen profetizada por Isaías, y su corazón vuela hacia el Niño que tiene en sus brazos.

María, advertida por el mismo Espíritu, deja acercarse al anciano; deposita en sus trémulos brazos el tierno objeto de su amor y la esperanza de la salvación de los hombres. ¡Feliz Simeón, símbolo del mundo antiguo, envejecido en la espera y próximo a fenecer! Apenas ha recibido el dulce fruto de la vida cuando se renueva su juventud como la del águila; realízase en él la transformación que debe también operarse en la raza humana. Abrese su boca, resuena su voz, y da testimonio como los pastores en la región de Belén, como los Magos del lejano Oriente. "Oh Dios, dice, mis ojos han visto ya al Salvador que tenías preparado. Por fin luce la luz que ha de iluminar a los Gentiles, y que ha de ser la gloria de tu pueblo de Israel."

La profetisa Ana. — Mas, he aquí que se acerca también la piadosa Ana, hija de Fanuel, movida por el mismo Espíritu. Los dos ancianos, reprensentantes de la antigua sociedad unen sus

voces y celebran la venida del Niño que va a renovar la faz de la tierra, y la misericordia de Dios que da por fin la paz al mundo.

En esa *paz* tan deseada va a dormirse Simeón. *Oh Señor, ya puedes dejar marchar en paz a tu siervo, según tu palabra, dice el anciano;* y en seguida su alma, libre de los lazos corporales, va a llevar a los elegidos que descansan en el seno de Abrahán la noticia de la *paz* que ha aparecido en la tierra, y que pronto les abrirá los cielos. Ana sobrevirá todavía algún tiempo a esta grandiosa escena; según el Evangelista, es necesario que anuncie la realización de las promesas a los Judíos espirituales que esperaban la Redención de Israel. Había que entregar a la tierra una semilla; arrojáronla los pastores, los Magos, Simeón y Ana; a su tiempo germinará; y cuando hayan transcurrido los años oscuros que deberá pasar el Mesías en Nazaret, y venga ya para la recolección, podrá decir a sus discípulos: *Mirad cómo blanquea en los campos el trigo ya maduro: rogad al Señor de la mies para que envíe operarios para la recolección.*

Devuelve, pues, el feliz anciano a los brazos de la purísima Madre, al Hijo que ésta va a ofrecer al Señor. Presentan las aves al sacerdote, quien las sacrifica en el altar, entregan el precio del rescate; han realizado una obediencia perfecta; después de tributar sus homenajes al Señor, baja María las gradas del Templo, estrechando

contra su corazón al divino Emmanuel, acompañada por su fiel esposo.

LITURGIA. — Este es el misterio del día cuadragésimo, que cierra el *Tiempo de Navidad* con la fiesta de la Purificación de la Santísima Virgen. La Iglesia Griega y la de Milán colocan esta fiesta entre las de Nuestro Señor; pero la Iglesia Romana la considera como de la Santísima Virgen. Indudablemente el Niño Jesús es hoy ofrecido en el Templo y rescatado, pero es con ocasión de la Purificación de María; la ofrenda y el rescate son como una consecuencia. Los más antiguos Martirologios y Calendarios del Occidente señalan esta fiesta con el título que hoy tiene; lejos de oscurecerse la gloria del Hijo por los honores que la Iglesia concede a la Madre, más bien recibe un nuevo acrecentamiento, pues El es el principio único de todas las grandezas que veneramos en ella.

LA BENDICION DE LAS CANDELAS

ORIGEN HISTÓRICO. — Después del Oficio de Tercia, realiza hoy la Iglesia la solemne bendición de las Candelas, una de las tres principales de todo el año: las otras dos son la de Ceniza y la de Ramos. Esta ceremonia tiene relación directa con el día de la Purificación de la Santísi-

ma Virgen, de manera que si en el día dos de febrero cae una de las Dominicas de Septuagésima, Sexagésima o Quincuagésima, se traslada la fiesta al día siguiente, pero la bendición de las Candelas y la Procesión que es su complemento, permanecen fijas en el dos de febrero.

Con el fin de unir bajo un mismo rito las tres grandes Bendiciones de que hablamos, ha ordenado la Iglesia el uso del color morado para la de las Candelas, el mismo que emplea en la de Ceniza y Ramos: de este modo, la función que sirve para señalar el día en que se realizó la Purificación de María, debe llevarse a cabo todos los años el día dos de febrero, sin por eso variar el color prescrito en las tres Dominicas de que hemos hablado.

La intención de la Iglesia. — Es difícil señalar el origen histórico de una manera precisa. Según Baronio, Thomassin, Baillet, etc., habría sido instituída a fines del siglo v por el Papa San Gelasio (492-496), para dar un sentido cristiano a la antigua fiesta de los Lupercales, de la que el pueblo romano conservaba aún ciertas prácticas supersticiosas [1].

[1] Parece difícil admitir hoy esta opinión, porque la fiesta de los Lupercales (15 de febrero) no existía ya en tiempo del Papa Gelasio, y la Candelaria no aparece en Roma sino a fines del siglo vii. Esta es una Procesión independiente de la Purificación, anterior a ella, y una tradición de gran autoridad la refiere a una ceremonia pagana: la amburbal. El *Liber Pontificalis* dice que la Procesión fué establecida en Roma

Al menos es cierto que San Gelasio suprimió los últimos restos de la fiesta de los Lupercales, que se celebraba en el mes de febrero. Inocencio III, en uno de sus Sermones sobre la Purificación, nos dice que la celebración de la ceremonia de las Candelas el día dos de febrero se debe a la sabiduría de los Pontífices Romanos, quienes sustituyeron con el culto de la Santísima Virgen los restos de cierta práctica religiosa de los antiguos romanos, que encendían antorchas en recuerdo de las teas, a cuyo fulgor, según cuenta la fábula, había recorrido Ceres las cumbres del Etna, buscando a su hija Proserpina, robada por Plutón; pero en el Calendario de los antiguos Romanos no se halla fiesta alguna en honor de Ceres en el mes de febrero. Nos parece, pues, más exacto adoptar la opinión de D. Hugo Menard, Rocca, Henschenius y Benedicto XIV, quienes piensan que fué la antigua fiesta, conocida en

---

por el Papa Sergio (687-707) y que se hacía de la Iglesia de San Adrián a la de Santa María la Mayor; pero es seguramente anterior a este Papa.

La bendición de las Candelas no aparece en Roma de manera cierta hasta el siglo XII. Las antífonas *Ave gratia plena* y *Adorna* de origen bizantino, fueron introducidas en Roma en el siglo VIII; el *Nunc dimittis* con la antífona *Lumen* fué añadido en el siglo XII y las oraciones son del siglo X y XI. Pero, la procesión con cirios benditos existía ya en Alejandría en el siglo V y aún antes en Jerusalén.

Al principio, la procesión tuvo en Roma un carácter penitencial: el Papa caminaba con los pies desnudos: los ornamentos eran a veces negros. Fué en el siglo XII cuando perdió ese carácter de austeridad, tomando este otro de alegría. Sin embargo de eso, los ministros guardan todavía los ornamentos de color morado, que sólo dejan para la Misa.

febrero con el nombre de *Amburbalia,* durante la cual los paganos recorrían la ciudad llevando antorchas en sus manos, y que dió ocasión a los Soberanos Pontífices para substituirla con una ceremonia cristiana, uniéndola a la celebración de la fiesta en que Cristo, Luz del mundo, es presentado en el Templo por la Virgen Madre.

El misterio. — Desde el siglo vii los liturgistas han venido dando muchas explicaciones al misterio de esta ceremonia. Para San Ivo de Chartres, en su Sermón segundo sobre la fiesta que nos ocupa, la cera de los cirios, extraída del jugo de las flores por las abejas a las que toda la antigüedad consideró como símbolo de la virginidad, significa la carne virginal del divino Infante, el cual no quebrantó la integridad de María, ni en su concepción, ni en su nacimiento. En la llama del cirio, nos hace ver el santo Obispo, la figura de Cristo, que vino a iluminar nuestras tinieblas. San Anselmo, en sus *Enarrationes* sobre San Lucas, explicando el mismo misterio, nos dice que hay que considerar tres cosas en el Cirio: la cera, la mecha, y la llama. La cera, dice, obra de la abeja virgen, es la carne de Cristo; la mecha, que es interior, es el alma; la llama que brilla en la parte superior, es la divinidad.

Las Candelas. — Antiguamente los mismos fieles llevaban sus cirios a la Iglesia el día de la Purificación, para que fuesen bendecidos con los

que llevan en la Procesión los sacerdotes y ministros, costumbre que todavía se conserva en muchos sitios. Sería de desear que los Pastores de almas recomendaran fervientemente esta práctica, y que la restableciesen o la sostuviesen donde fuera necesario. Tantos esfuerzos como se han hecho para destruir o al menos empobrecer el culto externo, han traído insensiblemente como consecuencia la más desoladora tibieza del sentimiento religioso, cuya fuente única se halla en la Liturgia de la Iglesia. Es necesario que sepan también los fieles que los cirios bendecidos en el día de la Candelaria, deben servir no sólo para la Procesión, sino también para uso de los cristianos, guardándolos con respeto en sus casas, llevándolos consigo, *lo mismo en tierra que sobre las aguas,* como dice la Iglesia, atraerán especiales bendiciones del cielo. También se deben encender estos cirios junto al lecho de los moribundos, como recuerdo de la inmortalidad que Cristo nos ha merecido, y como señal de la protección de María.

LA PROCESION

Rebosante de alegría, iluminada por esas múltiples antorchas, movida como Simeón por el Espíritu Santo, pónese en marcha la Santa Iglesia para salir al encuentro del Emmanuel. La Iglesia

Griega celebra este encuentro con el nombre de *Hypapante,* y así llama a la fiesta de este día. Se trata de representar la Procesión del Templo de Jerusalén, procesión que San Bernardo comenta así, en su Sermón primero para la Fiesta de la Purificación de Nuestra Señora:

"En el día de hoy, la Virgen Madre introduce al Señor del Templo en el Templo del Señor; presenta José al Señor, no un hijo propio, sino el Hijo amado del Señor, en el que ha puesto El todas sus complacencias. El justo reconoce al que esperaba; cántale con sus alabanzas la viuda Ana. Por vez primera celebraron estas cuatro personas la Procesión, que en adelante había de ser alegremente festejada en toda la tierra, en todos los lugares y en todas las naciones. No nos extrañe que haya sido tan pequeña esta primera Procesión; porque el que allí era recibido se había hecho también pequeño. No apareció en ella ningún pecador; todos eran justos, santos y perfectos."

Sigamos, pues, sus pasos. Vayamos al encuentro del Esposo como las Vírgenes prudentes, llevando en nuestras manos las lámparas encendidas con el fuego de la caridad. Acordémonos del consejo que nos da el Salvador: "*Estén vuestras caderas ceñidas* como las de los caminantes; *tened en vuestras manos las antorchas encendidas, y sed semejantes a los que aguardan a su Señor.*" *(S. Lucas,* XII, 35.) Guiados por la fe e

iluminados por el amor, lograremos encontrarle, le reconoceremos y El se entregará a nosotros.

Al terminar la Procesión, el Celebrante y los ministros dejan los ornamentos de color morado y se revisten de los blancos para la Misa solemne de la Purificación de Nuestra Señora. Pero si en este día cayera una de las tres Dominicas de Septuagésima, Sexagésima o Quincuagésima, la Misa de la fiesta se trasladaría, como hemos dicho, al día siguiente.

MISA

En el Introito, la Iglesia canta la gloria del Templo visitado por el Emmanuel. El Señor es hoy grande en la ciudad de David, en la montaña de Sión. Simeón, figura de la humanidad, recibe en sus brazos al que es la misma misericordia que Dios nos envía.

INTROITO

Hemos recibido, oh Dios, tu misericordia en medio de tu templo: como tu nombre, oh Dios, así ha llegado tu alabanza hasta los confines de la tierra: tu diestra está llena de justicia. *Salmo:* Grande es el Señor, y muy laudable: en la ciudad de Nuestro Dios, en su santo monte. — ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, pide la Iglesia para sus hijos la gracia de ser presentados ellos mismos al Señor, como lo fué el Emmanuel; pero, para que sean favorablemente recibidos por su Majestad soberana, pide para ellos la pureza de corazón.

ORACION

Omnipotente y sempiterno Dios, imploramos humildemente tu Majestad, para que hagas que así como tu Hijo unigénito se presentó hoy en el templo en la sustancia de nuestra carne: así también nos presentemos nosotros a ti con almas purificadas. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Malaquías (III, 1-4.)

Esto dice el Señor Dios: He aquí que yo envío a mi Angel, y preparará el camino delante de mi cara. Y en seguida vendrá a su templo el Dominador, a quien vosotros buscáis, y el Angel del testamento, a quien vosotros queréis. He aquí que viene, dice el Señor de los Ejércitos: y ¿quién podrá pensar en el día de su llegada, y quién se parará a verlo? Porque será como un fuego inflamado, y como la hierba de los bataneros: y se sentará para derretir y afinar la plata, y purificará a los hijos de Leví, y los colará como al oro y a la plata: y ofrecerán al Señor sacrificios con justicia. Y agradará al Señor el sacrificio de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados, y como en los años antiguos: lo dice el Señor omnipotente.

Todos los Misterios del Hombre Dios tienden a purificar nuestros corazones. Para que le prepare el camino, envía por delante a su Angel, a su Precursor; y Juan nos predica desde el fondo del desierto: *Humillad los collados, rellenad los valles*. Viene, por fin, El mismo, el Angel, el Enviado por antonomasia, para sellar su alianza con nosotros; se acerca a su templo; este templo es nuestro corazón. Es El semejante a un fuego

ardiente que derrite y purifica los metales. Quiere renovarnos, hacernos puros, para que seamos dignos de serle presentados, de ser ofrecidos con El en perfecto Sacrificio.

No debemos, por tanto, contentarnos con la admiración de tan altas maravillas, sino comprender, que si se nos muestran, es únicamente para que obren en nosotros la destrucción del hombre viejo, y la creación del nuevo. Hemos debido nacer con Jesucristo; ese nuevo nacimiento cumple ya su cuadragésimo día. Hoy debemos presentarnos con El por medio de María, nuestra Madre, a la Majestad divina. Se acerca el momento del Sacrificio; preparemos una vez más nuestras almas.

En el Gradual canta de nuevo la Iglesia la Misericordia que ha aparecido en el Templo de Jerusalén, y que dentro de poco se va a manifestar con más perfección aún en la ofrenda del gran Sacrificio.

GRADUAL

Hemos recibido, oh Dios, tu misericordia en medio de tu templo: como tu nombre, oh Dios, así ha llegado tu alabanza hasta los confines de la tierra. — ℣. Como lo oímos, así lo hemos visto en la ciudad de nuestro Dios, en su santo monte.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. El anciano llevaba al Niño: mas el Niño regía al anciano. Aleluya.

En Septuagésima canta la Iglesia, en lugar del Aleluya, el Tracto siguiente, compuesto todo él con palabras del anciano Simeón.

TRACTO

Ahora llévate a tu siervo, Señor, según tu palabra, en paz. — ℣. Porque han visto mis ojos tu salud. — ℣. La que preparaste ante la faz de todos los pueblos. — ℣. Luz para revelación de las gentes, y para gloria de tu pueblo Israel.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio, según San Lucas. (II, 22-32.)

En aquel tiempo, después que se cumplieron los días de la purificación de María, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén, para presentarlo al Señor, como está escrito en la Ley: Todo varón que abriere la matriz, será consagrado al Señor. Y para hacer la ofrenda, conforme a lo que está dicho en la Ley del Señor, de dos tórtolas o dos crias de palomas. Y he aquí que había en Jerusalén un hombre justo y timorato, llamado Simeón, el cual esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. Y había recibido respuesta del Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor. Y vino inspirado por el Espíritu Santo, al templo. Y, cuando presentaron al Niño sus padres, para hacer con El conforme a la costumbre de la Ley, él lo tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, y dijo: Ahora, llévate a tu siervo. Señor, según tu palabra, en paz: porque han visto mis ojos tu salud: la que preparaste ante la faz

de todos los pueblos: luz para revelación de las gentes, y para gloria de tu pueblo Israel.

El Espíritu Santo nos ha conducido al Templo como a Simeón; en él contemplamos en este instante a la Virgen Madre, que presenta ante el altar al Hijo de Dios e Hijo suyo. Nos causa admiración esta fidelidad del Hijo y de la Madre a la Ley, y en el fondo de nuestros corazones sentimos también el deseo de ser presentados al Señor para que acepte nuestro homenaje como aceptó el de su Hijo. Apresurémonos, pues, a unir nuestros sentimientos a los del Corazón de Jesús y de María. La salvación del mundo ha dado un paso más en este día; avance, pues, también la obra de nuestra santificación. En lo sucesivo no nos va a proponer ya la Iglesia a nuestra adoración el Misterio del Niño Dios de una manera particular como basta ahora; la dulce cuarentena de Navidad toca ya a su fin; ahora, hemos de seguir al Emmanuel en sus luchas con nuestros enemigos. Sigamos sus pasos; corramos en pos de El como Simeón, caminando sin desmayos sobre las huellas del que es Luz nuestra; amemos esa Luz, y logremos con nuestra solícita fidelidad que brille siempre sobre nosotros.

En el Ofertorio, canta la Iglesia la gracia que puso Dios en los labios de María, y los favores dispensados a la que el Angel llamó "*bendita entre todas las mujeres*".

OFERTORIO

La gracia está pintada en tus labios: por eso te bendijo el Señor para siempre, y por los siglos de los siglos.

SECRETA

Escucha, Señor, nuestras preces: y, para que sean dignos los dones que ofrecemos a los ojos de tu Majestad, danos el auxilio de tu piedad. Por el Señor.

Mientras se distribuye el Pan de vida el fruto de Belén que ha sido ofrecido en el altar, y ha redimido todos nuestros pecados, la Santa Iglesia recuerda una vez más a los fieles los sentimientos del piadoso anciano. En este Misterio de amor, no sólo recibimos en nuestros brazos, como Simeón, al que es consuelo de Israel, sino que El mismo nos visita en nuestro propio corazón tomando posesión de él.

COMUNION

Recibió Simeón respuesta del Espíritu Santo, que no vería la muerte hasta que viese al Ungido del Señor.

Pidamos con la Iglesia en la Poscomunión, que el celestial remedio de nuestra regeneración no produzca solamente en nuestras almas una ayuda transitoria, sino que, gracias a nuestra fidelidad, se extiendan sus frutos hasta la vida eterna.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, Dios nuestro, hagas que los sacrosantos Misterios, que nos has dado para defensa

de nuestra reparación, nos sirvan, por intercesión de la Bienaventurada siempre Virgen María, de remedio presente y futuro. Por el Señor.

Oh Emmanuel, recibe el tributo de nuestra adoración y de nuestro agradecimiento, el día de tu entrada en el Templo de tu Majestad, llevado en los brazos de María, tu Madre. Si acudes al Templo, es con el fin de ofrecerte por nosotros; si te dignas pagar el precio del primogénito, es como anticipo de nuestro rescate; si ofreces un sacrificio legal, es para abolir a continuación los sacrificios imperfectos. Apareces hoy en la ciudad que va a ser un día el final de tu carrera y el lugar de tu inmolación. No te has contentado con nacer por nosotros; tu amor nos guarda para el futuro un testimonio más elocuente todavía.

¡Oh consuelo de Israel, a quien miran complacidos los Angeles! hoy entras en el Templo, y los corazones que te esperaban se abren y dirigen hacia ti.

¡Oh, quién nos diera un poco del amor que sintió el anciano al tomarte en sus brazos, y apretarte contra su corazón! No deseaba más que verte, oh divino Niño, para morir feliz. Poco después de haberte contemplado un momento, expiraba dulcemente. ¿Cómo será, pues, la dicha de poseerte eternamente, cuando unos instantes tan breves bastaron para compensar la espera de una larga vida?

¡Oh Salvador de nuestras almas! si tan plenamente feliz se siente el anciano por haberte visto sólo una vez ¿qué sentimientos deberán ser los nuestros, después de haber sido testigos de la consumación de tu sacrificio? Día vendrá, para servirnos de la expresión de tu devoto siervo Bernardo, en que serás ofrecido, no ya en el Templo y en brazos de Simeón, sino fuera de la ciudad, en los brazos de la cruz. Entonces, no será ofrecida por ti una sangre ajena, sino que tú mismo ofrecerás la tuya propia. Hoy se realiza el sacrificio matutino: entonces se ofrecerá el vespertino. Hoy eres un niño; entonces tendrás la plenitud de la edad viril; y habiéndonos amado desde el principio, nos amarás hasta el fin.

¿Con qué te pagaremos, oh divino Niño? Desde esta primera ofrenda llevas ya contigo todo el caudal de amor que ha de consumar la segunda. ¿Qué podremos hacer, sino ofrecernos ya a ti desde este día y para siempre? Con mayor plenitud que te diste a Simeón, te das a nosotros en tu Sacramento. ¡Libértanos también a nosotros, oh Emmanuel! rompe nuestras cadenas; dános la Paz de que eres portador; inaugura para nosotros una nueva vida, como lo hiciste para el anciano. Durante esta cuarentena, y para imitar tus ejemplos y unirnos a ti, hemos tratado de crear en nosotros la humildad y la sencillez infantil que nos recomendaste; ayúdanos ahora en el desarrollo de la vida espiritual, para que como

tú, crezcamos en edad y en sabiduría, delante de Dios y de los hombres.

¡Oh María la más pura de las Vírgenes y la más dichosa de las madres! *Hija de reyes ¡cuán graciosos son tu pasos y bellos tus andares*[1] cuando subes las gradas del Templo, con tu preciosa carga! ¡cuán gozoso llevas tu maternal corazón, y cuán humilde, cuando vas a ofrecer al Eterno a su Hijo que es también tuyo! Y ¡cómo te alegras, a la vista de esas madres israelitas que llevan también ante el Señor a sus hijos, pensando que esa nueva generación ha de ver con sus ojos al Salvador que tú llevas! ¡Qué bendición para aquellos recién nacidos el poder ser ofrecidos al mismo tiempo que Jesús! ¡Qué felicidad la de esas madres, al ser purificadas en tu santa compañía! Y si se estremece el Templo al ver entrar en su recinto al Dios a cuya honra está edificado, su gozo no es menor al sentir dentro de sus muros a la más perfecta de las criaturas, a la única hija de Eva que no conoció el pecado, a la Virgen fecunda, a la Madre de Dios.

Pero, mientras guardas fielmente, oh María, los secretos del Eterno, confundida entre la multitud de hijas de Judá, se dirige hacia ti el santo anciano, y tu corazón se da cuenta de que el Espíritu Santo se lo ha revelado todo.

¡Con cuánta emoción depositas un momento entre sus brazos al Dios que sostiene a la natu-

[1] Cantar de los Cantares, VII, 1.

raleza entera, y que se digna ser el consuelo de Israel! ¡Con qué bondad acoges a la piadosa Ana! Las palabras de los dos ancianos que ensalzan la fidelidad del Señor a sus promesas, la grandeza del que ha nacido de ti, la Luz que va a difundir este Sol divino sobre todas las naciones, hacen que tu corazón se estremezca. La dicha de oír glorificar al Dios, a quien tu llamas Hijo, porque lo es realmente, te emociona de gozo y agradecimiento; pero ¿y las palabras, oh María, que pronunció el anciano al devolverte a tu Hijo? ¡qué súbito y terrible frío viene a helar repentinamente tu corazón! El filo de la espada lo ha atravesado de parte a parte. Ya no podrás contemplar sino a través de las lágrimas, a ese Hijo que ahora miras con tan dulce alegría. Porque será objeto de contradición, y las heridas que El reciba traspasarán tu alma. Oh María, un día cesará de correr la sangre de las víctimas, que ahora inunda al Templo; pero, será al ser reemplazada por la sangre de ese Niño que tienes entre tus brazos. Pecadores somos ¡oh Madre antes tan feliz, y ahora tan angustiada! Nuestros pecados son los que así han mudado tu alegría en tristeza. Perdónanos ¡oh Madre! permite que te acompañemos mientras bajas las gradas del Templo. Estamos ciertos de que no nos maldices; sabemos que nos amas, porque tu Hijo también nos ama. Amanos, pues, siempre, oh María, intercede por nosotros junto al Emmanuel. Haz que con-

servemos los frutos de esta sagrada cuarentena. Haz que no abandonemos nunca al Niño que será pronto un hombre; que seamos dóciles a la voz de este Doctor de nuestras almas, adheridos como verdaderos discípulos a este amante Maestro, fieles como tú en seguirle por todas partes, hasta el pie de esa cruz que ya ves en lontananza.

FIN DEL TIEMPO DE NAVIDAD

¡Gracias a ti, oh Emmanuel, que al venir a visitar la tierra, te has dignado aparecer bajo formas infantiles, para mejor atraernos a ti por la sencillez y dulzura de esa tierna edad! Animados por tu amable invitación hemos acudido; hemos osado acercarnos a tu cuna, y hemos fijado junto a ti nuestra morada. Pero te reclama la obra que tienes que realizar para redención nuestra; en adelante no atraerás ya nuestras miradas en cuanto niño, sino que serás para nosotros el varón de trabajos, de sufrimientos y fatigas, el que va con amor tras la oveja perdida, sin tener en este mundo que es obra de tus manos, un lugar donde reclinar tu cabeza. Oh Jesús, te seguiremos por todas partes; escuchare- mo tus enseñanzas; no queremos perder ni una sola palabra de tus lecciones; y nuestros corazones seguirán atentamente el desarrollo de la obra de nuestra salvación, que tantos trabajos va a costarte.

Oh María, con amor te hemos admirado en los días en que se ha manifestado tu divina maternidad en medio de la alegría del cielo y de la tierra; hemos participado de tu dicha ¡oh Madre de Dios! Te has dignado facilitarnos el acceso ante tu divino Hijo, y nos has acogido como a hermanos suyos

Recibe nuestro humilde agradecimiento. En adelante, no contemplaremos ya al Emmanuel descansando en tus brazos, ni dormido sobre tu seno virginal. Los designios de su eterno Padre llánmanle a la gran obra de nuestra redención, y luego al sacrificio de su vida por nosotros. Oh María, la espada ha traspasado ya tu alma; tienes ya ante la vista el porvenir del hijo bendito de tus entrañas. Ojalá que nuestra fidelidad en seguir sus huellas pueda aliviar algo las penas de tu corazón de Madre.



FLORILEGIO

ADVERTENCIA

Hemos reunido en este florilegio los textos más sugestivos que, en las primeras ediciones del *Año Litúrgico,* en sus tres primeros tomos traía Don Guéranger después de cada fiesta. Nos ha parecido más práctico presentarlos de este modo, porque permite una mirada de conjunto sobre las fuentes, y facilita el acceso a ellas. Hemos añadido algunos textos más, por ejemplo, la *Anáfora de San Basilio,* considerada con razón como una de las obras maestras de doctrina encerradas en la Liturgia, y la *Oración de Sofronio,* para la bendición de las aguas, en la fiesta de Epifanía (cf. L. BOUYER, *Le Mystère pascal,* París, 1945, p. 134-135).

Para el autor del *Año Litúrgico* estos textos tenían una importancia muy notable, porque permiten formar del "espíritu de todas las liturgias", espíritu que Don Guéranger poseía en grado eminente, la síntesis general de la oración auténtica de la Iglesia. También contribuye a que podamos ver mejor el apoyo que la oración litúrgica tiene en la sagrada Escritura, de la que a cada paso nos hallamos con citas y reminiscencias. No hemos titubeado en reproducir con frecuencia breves textos litúrgicos sacados de los salmos u otros libros: son como los jalones de otras oraciones.

Los textos citados llevan referencias a las ediciones modernas. Don Guéranger los traía en latín y francés.

Nosotros hemos suprimido el latín, lo que a veces nos ha obligado a retocar algo la traducción para acercarla más al texto original.

Las Meneas griegas, de las que nos servimos ampliamente, son citadas según la edición romana debida al Cardenal Pitra, monje de Solesmes, y discípulo de Don Guéranger. Nos es grato recordar, que "durante sus búsquedas por las bibliotecas, Don Pitra recogía con solicitud todo cuanto podía servir a los trabajos de su Abad". (D. CABROL, *Histoire du Cardinal Pitra*, París, 1893, p. 373.) Gracias a su diligencia, el gran Cardenal fué sin duda uno de los mayores proveedores del *Año Litúrgico*.

PLAN DEL FLORILEGIO

(Los números remiten a los que se hallan al margen.)

Liturgia Eucarística: *Anáfora de S. Basilio* (**1**).

Liturgia de Adviento: *Prefacio mozárabe de Adviento* (**2**).

PRIMER ADVENIMIENTO. — EL MESÍAS: Liturgia griega (**3**); Liturgia mozárabe (**4**). Himno del siglo IX (**5**).

SEGUNDO ADVENIMIENTO. — LA ESPOSA ESPERA AL ESPOSO: Liturgia mozárabe (**6**).

TERCER ADVENIMIENTO. — PARUSIA: Liturgia romana (**7**); Liturgia griega (**8**).

VIRTUDES. — PURIFICACIÓN, PENITENCIA, ESPERANZA: Liturgia romana (**9**); Liturgia mozárabe (**10**).

LOS SANTOS EN ADVIENTO. — LOS PATRIARCAS: Liturgia griega (**11**). — LA VIRGEN: Liturgia griega (**12**); Liturgia galicana (**13**); Liturgia de Cluny (**14**). — S. JUAN BAUTISTA: Liturgia galicana (**15**). — OTROS SANTOS: Liturgia mozárabe (**16**).

Liturgia de Navidad. — EL HIJO ETERNO DEL PADRE: Liturgia romana (**17**); EL HIJO DE DIOS HUMANADO: Liturgia romana (**18**); SERMÓN DE S. LEÓN (**19**): Liturgia griega (**20**); Liturgia ambrosiana (**21**); Liturgia galicana (**22**); Liturgia mozárabe (**23**); Liturgia siria (**24**); Liturgia armenia (**25**). — LA

Virgen Madre: Liturgia griega (26); Liturgia siria (27); Liturgia de Cluny (28); Himno de Herman Contracto (29).

El real cortejo. — S. Esteban: Liturgia griega (30); Liturgia mozárabe (31). — S. Juan: Liturgia griega (32); Liturgia ambrosiana (33). — Los Santos Inocentes: Liturgia romana (34); Liturgia romana (35); Liturgia ambrosiana (36).

Liturgia de Epifanía. — Las Santas Teofanías: Liturgia romana (37); Liturgia mozárabe (38); Liturgia ambrosiana (39); Iglesias de Francia (40); Liturgia griega (41). — La luz: Liturgia griega (42); Liturgia romana (43); Liturgia galicana (44). — Los Magos: Liturgia griega (45); Liturgia mozárabe (46). — Bautismo: Liturgia galicana (47); Liturgia ambrosiana (48); Liturgia griega (49); **Bendición de las aguas** (50). — **Bodas de Caná, Bodas de la Iglesia**: Liturgia romana (51); Liturgia siria (52); Homilía de S. Agustín (53); **Homilía de S. Agustín** (54); Homilía de S. Gregorio (55); Homilía de S. Máximo (56).

Fin. — Himno de Román el Cantor (57).

LITURGIA EUCARISTICA

ANAFORA DE SAN BASILIO 1

Es verdaderamente noble, justo, y conveniente a la grandeza de tu santidad, que te alabemos, cantemos, bendigamos, adoremos, demos gracias, glorifiquemos. A ti que eres el Ser, Dueño y Señor, Dios, Padre omnipotente y digno de adoración, a Ti el único Dios verdadero, y que te ofrezcamos un culto razonable con corazón contrito y espíritu humillado, porque nos has hecho merced de conocer tu verdad. Y ¿quién es capaz de expresar tu poderío, de publicar tus loores, de contar tus maravillas en todo lugar y tiempo? Dueño de todo, Señor del cielo y de la tierra, de toda criatura visible e invisible, que te asientas sobre un trono de gloria, que penetras los abismos, que eres eterno e invisible, incomprensible, indescriptible e inmutable, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Dios poderoso y Salvador de nuestras esperanzas. El es imagen de tu bondad, sello que te reproduce a la perfección y que nos muestra al Padre en el interior de sí mismo. Es el Verbo vivo, Dios verdadero, la Sabiduría anterior al tiempo; vida, santificación, poder y luz verdadera. De El procede el Espíritu Santo, el Espíritu de Verdad, el carisma de la adopción, las arras de la futura herencia, el comienzo de los bienes eternos, la fuerza vivificado-

ra, la fuente de la santidad; de El reciben el poder de tributarte culto y por El te glorifican eternamente todas las criaturas dotadas de razón e inteligencia, pues todas son siervas tuyas. A Ti te alaban los Angeles, Arcángeles, Tronos, Dominaciones, Principados, Virtudes, Potestades, y los Querubines de innumerables ojos; a Ti te rodean los Serafines con sus seis alas cada uno; con dos velan su rostro, con otras dos sus pies, y las otras les sirven para volar; unos a otros se animan con sus incesantes voces y en continua alabanza cantan y prorumpen en un himno de triunfo, diciendo: ¡Santo, santo, santo es el Señor de los Ejércitos! Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria. ¡Osana en las alturas! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Osana en las alturas!

¡Oh Señor amante de los hombres!; también nosotros pecadores exclamamos con esas bienaventuradas Potestades y decimos: Verdaderamente eres santo y santísimo, y la magnitud de tu santidad es sin medida; Santo eres en todas tus obras porque en todo te has portado con nosotros en perfecta justicia y equidad. Después de haber modelado al hombre con el limo de la tierra, y de haberle ennoblecido, oh Dios, con tu imagen, le colocaste en un paraíso de delicias prometiéndole la inmortalidad y el goce de todos los bienes, si cumplía con tus mandatos. Pero como, seducido por la astucia de la serpiente y muerto por sus propias pasiones, te desobedeció, a Ti, Dios verdadero que le habías creado, con plena justicia, oh Dios, le arrojaste del paraíso a este mundo, devolviéndole a la tierra de donde había salido, aunque ordenando al mismo tiempo que pudiera ser salvado por tu Cristo. No reprobaste para siempre a la criatura que en tu bondad habías creado, ni olvidaste la obra de tus manos, sino que con entrañas de misericordia velaste por ella de múltiples maneras. Enviaste profetas, obraste

prodigios por medio de los santos que, en todas las generaciones te agradaron; nos hablaste por boca de tus siervos los profetas, para anunciarnos la salvación futura; nos diste la Ley como ayuda y enviaste Angeles para nuestra custodia.

Cuando llegó la plenitud de los tiempos, nos hablaste por tu propio Hijo por quien hiciste el mundo. El es el esplendor de tu gloria, retrato de tu persona, el que lo encierra todo en su potente verbo, y que no creyó fuese una usurpación ser tu igual, oh Dios, Padre suyo. Mas, siendo Dios eterno apareció en la tierra y vivió entre los hombres; tomó carne de la santísima Virgen, se anonadó tomando forma de esclavo, asumiendo en su carne la forma de nuestra bajeza para hacernos imagen de su gloria. En efecto, cuando por el hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, tu Hijo único que está en tu seno de Padre, naciendo de una mujer, la santa Madre de Dios y siempre Virgen María, y sometiéndose a la Ley quiso condenar el pecado en su propia carne, para que volviesen a hallar la vida en El, tu Cristo, todos los que en Adán habían muerto. Bajó a este mundo, diónos saludables preceptos, y apartónos de los errores de los ídolos; y nos condujo a tu conocimiento, verdadero Dios y Padre, después de habernos conquistado para sí, como un numeroso pueblo, como un sacerdocio regio, como un pueblo santo. Después de habernos purificado en el agua y santificado en el Espíritu Santo El mismo se entregó como rescate a la muerte que nos avasallaba y a la que estábamos vendidos por nuestros pecados. Bajando por su cruz a los infiernos para realizarlo todo por Sí mismo, disipó las tinieblas de la muerte. Resucitado al tercer día y abierto a todo mortal el camino de la resurrección (no era posible que el principio de la vida fuera dominado por la corrupción); hízose primicia de los que se durmieron, primogénito de los muertos,

ra, la fuente de la santidad; de El reciben el poder de tributarte culto y por El te glorifican eternamente todas las criaturas dotadas de razón e inteligencia, pues todas son siervas tuyas. A Ti te alaban los Angeles, Arcángeles, Tronos, Dominaciones, Principados, Virtudes, Potestades, y los Querubines de innumerables ojos; a Ti te rodean los Serafines con sus seis alas cada uno; con dos velan su rostro, con otras dos sus pies, y las otras les sirven para volar; unos a otros se animan con sus incesantes voces y en continua alabanza cantan y prorumpen en un himno de triunfo, diciendo: ¡Santo, santo, santo es el Señor de los Ejércitos! Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria. ¡Osana en las alturas! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Osana en las alturas!

¡Oh Señor amante de los hombres!; también nosotros pecadores exclamamos con esas bienaventuradas Potestades y decimos: Verdaderamente eres santo y santísimo, y la magnitud de tu santidad es sin medida; Santo eres en todas tus obras porque en todo te has portado con nosotros en perfecta justicia y equidad. Después de haber modelado al hombre con el limo de la tierra, y de haberle ennoblecido, oh Dios, con tu imagen, le colocaste en un paraíso de delicias prometiéndole la inmortalidad y el goce de todos los bienes, si cumplía con tus mandatos. Pero como, seducido por la astucia de la serpiente y muerto por sus propias pasiones, te desobedeció, a Ti, Dios verdadero que le habías creado, con plena justicia, oh Dios, le arrojaste del paraíso a este mundo, devolviéndole a la tierra de donde había salido, aunque ordenando al mismo tiempo que pudiera ser salvado por tu Cristo. No reprobaste para siempre a la criatura que en tu bondad habías creado, ni olvidaste la obra de tus manos, sino que con entrañas de misericordia velaste por ella de múltiples maneras. Enviaste profetas, obraste

prodigios por medio de los santos que, en todas las generaciones te agradaron; nos hablaste por boca de tus siervos los profetas, para anunciarnos la salvación futura; nos diste la Ley como ayuda y enviaste Angeles para nuestra custodia.

Cuando llegó la plenitud de los tiempos, nos hablaste por tu propio Hijo por quien hiciste el mundo. El es el esplendor de tu gloria, retrato de tu persona, el que lo encierra todo en su potente verbo, y que no creyó fuese una usurpación ser tu igual, oh Dios, Padre suyo. Mas, siendo Dios eterno apareció en la tierra y vivió entre los hombres; tomó carne de la santísima Virgen, se anonadó tomando forma de esclavo, asumiendo en su carne la forma de nuestra bajeza para hacernos imagen de su gloria. En efecto, cuando por el hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, tu Hijo único que está en tu seno de Padre, naciendo de una mujer, la santa Madre de Dios y siempre Virgen María, y sometiéndose a la Ley quiso condenar el pecado en su propia carne, para que volviesen a hallar la vida en El, tu Cristo, todos los que en Adán habían muerto. Bajó a este mundo, diónos saludables preceptos, y apartónos de los errores de los ídolos; y nos condujo a tu conocimiento, verdadero Dios y Padre, después de habernos conquistado para sí, como un numeroso pueblo, como un sacerdocio regio, como un pueblo santo. Después de habernos purificado en el agua y santificado en el Espíritu Santo El mismo se entregó como rescate a la muerte que nos avasallaba y a la que estábamos vendidos por nuestros pecados. Bajando por su cruz a los infiernos para realizarlo todo por Sí mismo, disipó las tinieblas de la muerte. Resucitado al tercer día y abierto a todo mortal el camino de la resurrección (no era posible que el principio de la vida fuera dominado por la corrupción); hízose primicia de los que se durmieron, primogénito de los muertos,

para ser el primero de todos. Subió a los cielos y sentóse a la diestra de tu Majestad en lo más alto de los cielos, de donde volverá para dar a cada uno según sus obras. Dejónos también ese memorial de su salutífera Pasión que nosotros hemos preparado conforme a sus mandatos. Porque, cuando se disponía a salir para ir voluntario en busca de su muerte gloriosa y vivificadora, la noche en que se entregaba libremente por la salvación del mundo, tomó pan en sus santas e inmaculadas manos, y habiéndotelo ofrecido a Ti, Dios y Padre, y dado gracias, lo bendijo, consagró, partió y diólo a sus santos discípulos y apóstoles, diciendo: Tomad y comed, este es mi cuerpo, que es partido por vosotros, para remisión de los pecados. Tomando asimismo el cáliz del fruto de la viña, después de mezclarle con agua y dar gracias, lo bendijo, consagró y lo dió a sus santos discípulos y apostóles, diciendo: Bebed todos de él, esta es mi sangre del Nuevo Testamento que es derramada por vosotros y por muchos, para remisión de los pecados. Haced esto en memoria mía; siempre que bebieres este cáliz anunciaréis mi muerte y daréis testimonio de mi resurrección. Acordándonos pues, oh Señor, nosotros también de sus saludables sufrimientos, de su cruz vivificadora, de su resurrección de los muertos, de su ascensión a los cielos, y de su permanencia a tu diestra, oh Dios y Padre, de su glorioso y temible advenimiento, te ofrecemos lo que es tuyo de lo que es tuyo, en todo y por todo.

Por eso, santísimo Señor, nosotros también, pecadores e indignos siervos tuyos, que hemos sido hallados dignos de servir en tu santo altar, no por nuestros méritos, pues nada bueno tenemos en la tierra, sino por la piedad y misericordia que tan copiosamente has derramado sobre nosotros, nos acercamos confiados a tu santo altar, y al ofrecerte las especies del santo Cuerpo y Sangre de tu Cristo, te pedimos y

suplicamos, Santo de los Santos, por tu misericordiosa bondad, que venga tu Santo Espíritu sobre nosotros y sobre tus santos dones aquí presentes, que los bendiga, santifique y consagre, cambiando por tu Santo Espíritu este pan en el precioso Cuerpo de nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo, y este cáliz en la preciosa Sangre de nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo, sangre que ha sido derramada por la salvación del mundo; que nos una en la comunión de un solo Espíritu Santo a todos los que participamos de un solo pan y de un cáliz único; que haga que nadie de nosotros participe en el sagrado Cuerpo y Sangre de tu Cristo para su juicio y condenación, sino que hallemos piedad y gracia con todos los santos que te agradaron a través de todos los tiempos, los antiguos Padres, Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Predicadores, Evangelistas, Mártires, Confesores, Doctores, y todos los justos que murieron en la fe, y sobre todo la santísima, inmaculada, benditísima y gloriosa Señora Madre de Dios y siempre Virgen María. (Siguen los dípticos de los santos, de los muertos y de los vivos). Haz que te glorifiquemos con una sola voz y un solo corazón a tu Nombre adorable y glorioso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos Amén. *(Eucologio, Liturgia de San Basilio,* ed. rom., pp. 87-99.)

LITURGIA DE ADVIENTO

2 PREFACIO DE LA LITURGIA MOZÁRABE

Cosa digna y justa y verdaderamente provechosa para nosotros es, hacer resonar sin descanso tus alabanzas, oh Padre omnipotente, tú que, después de habernos creado en un estado de santidad y de nobleza y después que fuimos seducidos por el engaño de la antigua serpiente, te dignaste con insigne misericordia, librarnos de la muerte. Con mucho tiempo de anticipación anunciaste que el Hijo que habías de enviarnos en carne, vendría a la tierra y nacería de una virgen, y encargaste a tus Santos que proclamasen con voz potente el Advenimiento del Mesías, para que el mundo, preparado por una larga espera concibiese una mayor alegría, el día en que, llegada la plenitud de los tiempos, fuera enviado finalmente el Salvador. Te rogamos y suplicamos, pues, que así como en tu clemencia y misericordia no consentiste que tu criatura pereciese totalmente, sino que la devolviste a la vida, por el humilde Advenimiento de tu Hijo el Señor, así hoy, te dignes proteger, conservar, curar, defender, y libertar lo que ya una vez, encontraste, reparaste y devolviste a la vida; para que, el día del terrible Advenimiento en que aparecerá de nuevo para juzgar a los que aquí le juzgaron, encuentre a sus redimidos en tal estado

de fidelidad, que pueda poseerlos eternamente, pues los compró con el precio de su sangre. *(4.º Dom. D. Adv.* D. FEROTIN, *Liber Mozarabicus Sacramentorum,* París, 1912, col. 20, n.º 32.)

PRIMER ADVENIMIENTO: EL MESÍAS

En aquellos días, los montes destilarán dulzura, y de las colinas fluirá leche y miel. Aleluya. Joel 3, 18 *(Brev., rom. Primer Dom., de Adv. 1.ª Ant., de Vísperas.)*

Liturgia griega 3

Destilen las nubes el rocío de lo alto; El que creó las nubes, Dios adorable, desciende sobre esta nube que se llama la Virgen, para iluminar con su luz sin ocaso a los que hasta ahora estaban en las tinieblas y en medio de los peligros. *(Vigilia de Navidad, Oda 7.ª del Canon,* Meneas, ed, rom., t. II, p. 625.)

Prepárate, Belén; se ha abierto el Edén para todos; alégrate, Efrata, pues el árbol de la vida ha florecido de la Virgen, en la gruta. Su regazo se ha convertido en el paraíso espiritual donde se halla la planta, alimento divino que nos dará la vida: no moriremos como Adán; Cristo nace para dignificar a su imagen que había caído. *(Id., Apolytikion.* Ibíd., p. 552.)

Escuchad, cielos, aplica el oído, oh tierra; conmuévase el mundo hasta sus fundamentos, apodérese el terror de los infiernos. El Dios que formó la carne toma El también una forma, y el que sostiene a toda criatura con su mano creadora, aparece revestido de un cuerpo con misericordiosa clemencia. ¡Oh abismo de la riqueza, sabiduría, y ciencia de Dios! ¡cuán incomprensibles son tus juicios, e impenetrables tus caminos! *(Vigilia de Navidad, idiomel de Sexta.* Ibíd., p. 641.)

Escuchad, cielos, presta el oído, oh tierra, porque he aquí al Hijo de Dios, al Verbo del Padre que viene para nacer de una Virgen que no ha conocido varón y que da a luz sin dolor por virtud del Espíritu Santo. Prepárate, Belén; Edén, abre tus puertas, pues El que es, va a hacerse lo que no era, y el que da forma a todas las criaturas va a recibir una forma, trayendo al mundo su gran misericordia. *(Dom., antes de Navidad, Lit.* Ibíd., p. 524.)

Montes y colinas, valles y llanuras, pueblos, tribus, naciones de la tierra, y todo lo que respira, lanzad gritos de victoria: mirad, que viene la plenitud de la alegría divina: se aproxima la redención universal; el Verbo de Dios, que no conoce el tiempo, se ha sometido a él por piedad para con nosotros. *(Sexta Oda del Canon,* ibíd., p. 532.)

4 *Liturgia mozárabe*

Vino Dios a hacerse hombre para que el hombre viejo brille otra vez con nueva belleza, renaciendo en el Dios recién nacido. *(Brev. Himno de Vísperas; Christi caterva clamitet, Dom. I de Adv., estrofa* 5.ª *P. L.* 86, 48.)

Oh Señor, la tierra se alegra y salta de gozo, porque el Verbo hecho carne vive en el seno de la Virgen Santa. Con su venida, toda la tierra que después del pecado de Adán estaba aherrojada en sombrío calabozo ha quedado libre de su cautiverio. Agítense las olas del mar, y póngase en movimiento cuanto en él se encierra; salten de gozo los montes y alégrense todos los árboles de los bosques, porque al hacerse Dios hombre, se digna venir del cielo a este mundo, pasando por el seno de la bienaventurada Virgen María. Te suplicamos, pues, oh Dios omnipotente, que libertes de los lazos del pecado a la fragilidad de nuestra carne, y que desciendas con tu misericordia a esta familia que

es tuya. *(Misal. Dom. II de Adv. Oración después de la despedida de los catecúmenos.* D. FEROTIN, *l., c.* col. 13, n.° 11.)

Hijo único del Padre, desciendes desde El hasta nosotros por medio de la Virgen, para ungirnos con el rocío del bautismo, y regenerarnos por la fe.

Tomó la forma humana, viniendo desde lo alto del cielo, para volver en seguida vencedor de la muerte, derramando sobre nosotros las alegrías de una nueva vida.

Por eso te suplicamos, oh Redentor nuestro: Desciende en tu misericordia e ilumina nuestros corazones con las claridades de tu luz deífica. *(Brev. Himno de Vísp., de la 2.ª Sem., de Adv. P. L.* 86, 74.)

Himno del siglo IX 5

El es el que fué prometido en otro tiempo a nuestros Padres, el nacido antes que la aurora, el Hijo de Dios Poderoso dado maravillosamente a luz por una Virgen.

Es el Rey de Gloria que debía venir y reinar como Dios sobre los reyes, aplastar al enemigo eterno, y sanar a nuestro mundo enfermo.

Alégrense los Angeles y salten de gozo todos los pueblos; El, el Altísimo, viene y se humilla para salvar lo que estaba perdido.

El que aparece es a la vez Dios y hombre. ¡Reine por siempre la Trinidad Santísima! El Hijo coeterno al Padre desciende a la tierra.

Eleven sus voces los Profetas y profeticen: El Emmanuel está ya próximo; desátese la lengua de los mudos, y vosotros, cojos, corred a su encuentro. *(Extracto del Himno: Sol, astra, terra aequora.* Cf. TOMMASI, *Op., omn.,* Roma, 1747, t. II, p. 379-380.)

SEGUNDO ADVENIMIENTO: LA ESPOSA ESPERA AL ESPOSO

Vosotros todos, sedientos, acercaos a las fuentes; buscad al Señor mientras se le puede hallar. Aleluya. *Is., 55, I. (Brev., Dom. I de Adv. Ant. 4.ª.)*

Alégrate Jerusalén, salta de gozo; porque va a venir tu Señor. Aleluya. *Is.*, 52, 9. *(Ibíd., Dom. III, Ant. 2.ª)*

El Señor va a venir, salidle al encuentro y decidle: Grande es su poder y su reino no tendrá fin; El es Dios, Fuerte, Dominador, el Príncipe de la Paz. Aleluya, aleluya. *Is.*, 9, 6. *(Ibíd., Dom. IV, Ant. 4.ª.)*

6 *Liturgia mozárabe*

Oh Señor, Dios omnipotente, que para Redención del género humano, y por mensaje de un Angel, quisiste hacer descender hasta nosotros y hasta el seno de la Virgen María, a tu Hijo, eterno como Tú, e igual a Ti; concédenos, en este tiempo del Advenimiento de ese Hijo único, la misma gracia de la paz, que te dignaste otorgar a los pasados siglos, y cuéntanos entre los que salieron a su encuentro por la fe, cuando ésta comenzaba, y que lavados por Juan en las aguas de la penitencia, fueron más tarde bautizados por tu Hijo en el Espíritu Santo y en el fuego. *(Misal. Dom. I de Adv. Oratio ad Pacem,* D. FEROTIN, *l. c.*, col. 11, n.º 4.)

Oh Señor, la voz del profeta hizo oír al mundo cosas nuevas e inauditas: anunció que la salvación de las criaturas se realizaría por medio del maravilloso alumbramiento de una Virgen. Ahora, pues, que la Iglesia gozosa, se dispone a recibir con devoto corazón el admirable Misterio de la Encarnación, te rogamos le concedas la gracia de cantar las alabanzas del Verbo encarnado con un cántico nuevo que le sea grato; para que aquel cuya gloria es cantada hasta las extremi-

dades de la tierra, vea también que su voluntad es cumplida por los fieles de todo el mundo. *(Brev., Dom. IV de Adv. Orat., después de la 3.ª ant., de Mait.* P. L. 86, 89.)

TERCER ADVENIMIENTO: PARUSÍA

Liturgia romana 7

He aquí que va a venir el Señor y con El todos los Santos, y aquel día aparecerá una gran luz. Aleluya. *Zac.*, 14, 5. *(Brev., Dom. I, ant. 3.ª)*

Ilumina hoy nuestros corazones, abrásalos con tu amor, para que se despeguen de las cosas pasajeras y aprendan a estimar los goces celestiales; para que el día en que el Juez, desde lo alto de su tribunal, condene a los culpables a las llamas, y con voz amistosa invite a los justos al cielo, no seamos de aquellos que serán arrojados al negro abismo, condenados a eternas llamas, sino que, gozando de vida divina, seamos admitidos a gustar las delicias del Paraíso. *(Ibíd., Himno de Mait; Verbum Supernum.)*

He aquí que el Señor va a venir sobre las nubes del cielo con gran poder. Aleluya. *Luc.*, 21, 27, *(Ibíd., Dom. 2.º, ant. 1.ª.)*

Al mirar a lo lejos, he aquí que veo el poder de Dios que viene, y una nube que cubre toda la tierra; salidle al encuentro y decidle: Dínos si eres Tú, el que ha de reinar sobre el pueblo de Israel. Vosotros, hijos de la tierra e hijos de los hombres, pobres y ricos, todos juntos (Salmo 48, 2): Salidle al encuentro y decidle: Tú que gobiernas a Israel, atiéndenos; Tú que conduces a José como una oveja; enséñanos si eres Tú. (Salmo 79, 1). Abrid, príncipes vuestras puertas, elevaos puertas eternas, y que entre el Rey de la gloria (Salmo 23, 7): El que reinará sobre el pueblo de Israel. *(Ibíd., Dom. 1.º resp., de Maitines.)*

8 *Liturgia griega*

Cuando vengas por segunda vez, oh Cristo, pónme a tu diestra, colócame con tus ovejas, pues adoro tu Encarnación. En tu primera venida, oh Cristo salvaste a Adán; en la segunda salva a los que honran tu nacimiento. *(Vig., de Nav. Tropario de la Oda 9.ª de Completas.* Meneas, ed. rom., t. II, p. 569.)

VIRTUDES: PURIFICACIÓN, PENITENCIA, ESPERANZA

9 *Liturgia romana*

El Señor aparecerá, y no engañará; si tarda, aguárdale; porque vendrá y no tardará ya. HABAC., 2, 3 *(Brev., Dom. II, ant. 3.ª.)*

Vivamos santa y piadosamente, aguardando la bienaventurada esperanza y la Venida del Señor. TITO, 2, 12. *(Ibíd., Dom. III, Ant. 5.ª.)*

Esperamos al Salvador, Nuestro Señor Jesucristo, quien transformará el cuerpo de nuestra humildad, haciéndole conforme a su cuerpo glorioso. Vivamos en el tiempo presente con templaza, justicia y piedad, en espera de la dicha que nos aguarda, y del glorioso Advenimiento del gran Dios, que transformará el cuerpo de nuestra humildad. FIL., 3, 20 *(Ibíd., Dom. I, Resp. 5.ª de Mait.)*

Oh Cristo, ven a purificar nuestros cuerpos y nuestras almas. Para morar en ella, haz tu morada luminosa y pura. Santifícanos en el primer Adviento; libértanos en el segundo; para que el día que aparezcas en tu gloria juzgando al mundo, caminemos sobre tus pasos, adornados con el manto inmaculado *Himno de siglo XI, de los antiguos misales galo-romanos. —Prosario Lemovicense, Dom., I de Adv.* —DREVES, *Analecta hym.*, Leipzig, 1889, t. VII, p. 28.)

Lloved, cielos, vuestro rocío; y las nubes al Justo. No te irrites ya más, Señor, no te acuerdes más de nuestros pecados. He aquí que la ciudad de tu santo Nombre está desierta, Jerusalén desolada, la casa dedicada a tu culto y a tu gloria, donde nuestros padres cantaron tus alabanzas. Lloved, cielos...

Hemos pecado, y nos hemos hecho como leprosos, hemos caído todos como caen las hojas, nuestras maldades nos han arrebatado y dispersado como un viento huracanado. Has ocultado tu rostro a nuestras miradas, y nos has destrozado a causa de nuestros pecados. Lloved, cielos...

Mira, oh Señor, mira la angustia de tu pueblo y envía al que has de enviar, al Cordero Dominador de la tierra, desde las piedras del desierto, hasta el monte de la Hija de Sión, para que El nos libre del yugo del Cautiverio. Lloved, cielos...

Consuélate, consuélate, pueblo mío, porque pronto vendrá tu salvación: ¿por qué te consumes de tristeza y el dolor te ha demudado el rostro? Te salvaré, no temas, porque soy el Señor tu Dios, el Santo de Israel, tu Redentor. Lloved, cielos... *(Oración "Rorate caeli" sacada de Isaías, Iglesias de Francia.)*

Liturgia Mozárabe 10

Sabemos, oh Cristo, confesamos y creemos, que saliendo del seno del Padre habías de venir a revestirte del velo de nuestra carne, para libertar por el misterio de la Encarnación, lo que había perecido por contagio de la naturaleza viciada. Haz que recibamos con fervorosa y atenta devoción la noticia gozosa de tu Venida, para que lo mismo que Tú sales del misterioso seno de tu Padre, y apareces al exterior bajo forma humana para salvar a los hombres, así nosotros, saliendo por fin de las tinieblas del pecado, nos demos prisa a correr ya purificados, al encuentro de tu Divinidad. De este

modo al fin de nuestra vida no seremos objeto de las iras de tu juicio, y el miedo de tu justicia contribuirá a que nos justifique tu misericordia. *(Brev., Dom. 1.º Capítula de 1.ª s. Vísp.* P. L., 86, 79.)

Los Patriarcas, la Virgen y los Santos de Adviento

11 *Liturgia Griega*

Celebremos, oh fieles, en este día, la memoria de nuestros Padres, cantemos a Cristo Redentor que los ha honrado entre todos los pueblos. Cantemos al Señor fuerte y poderoso que ha obrado por medio de su fe, inauditos prodigios. Por ellos nos ha manifestado el cetro de su poderío, a la mujer única, la que no conoció varón, la Madre de Dios, la casta María, de la que brotó aquella flor, Cristo, que gratuitamente hará germinar en cada uno de nosotros la salvación eterna. *(Fiesta de los abuelos. Dom. IIº. antes de Nav. 1. Stich. Lucernario.* Meneas., ed. rom., t. II, p. 447.)

El amigo de Dios Abrahán fué considerado digno de ver el día de su Creador, y se llenó de celestial alegría; honrémosle con sincero corazón, proclamémosle bienaventurado, al fiel siervo de Dios.

Tú viste a la Trinidad en cuanto a un mortal está permitido verla; y le ofreciste hospitalidad como un verdadero amigo fuiste recompensado, llegando a ser Padre, en la fe, de inumerables pueblos.

Tú fuiste en realidad, bienaventurado Isaac, el tipo del Cristo paciente, conducido por la fe sencilla de tu padre para ser inmolado en sacrificio; por eso llegaste a ser bienaventurado y fiel amigo de Dios y mereciste sentarte entre los justos.

Jacob se manifestó el más fiel de los siervos de Dios, por eso luchó con el Angel, vió a Dios en espíritu y cambió de nombre; vió en sueños la divina es-

calera en cuya cima se sentaba el Dios que bondadosamente se ha revestido de nuestra carne. *(Id., trop. del 2.° Canon, 5.ª y 6.ª Oda.* Ed. rom., p, 455-456.)

Eres la Gloria de Jerusalén, la alegría de Israel, el honor de nuestro pueblo. JUDIT, 15, 10 *(Brev. rom., Inmac. Concep. 3.ª ant.)*

Liturgia Griega 12

Por el pecado de desobediencia introdujo Eva en el mundo la maldición; pero tú, Virgen Madre de Dios, con tu maravillosa fecundidad hiciste que floreciera en él la bendición; por eso te celebramos. *(2.° día de la Vigilia, Himnos de la Oda 9.ª del Canon 1.°* Meneas, ed. rom., t. II, p. 575.)

Liturgia Galicana 13

¡Oh Emmanuel, Dios con nosotros, Cristo, Hijo de Dios, que anunciaste tu nacimiento de una Virgen! Tú que como Señor creaste a María, la Madre de quien eres Hijo; dígnate concedernos a nosotros que como ella hemos sido sacados de la nada, que obtengamos una recompensa semejante a la que ella mereció con su fe. *(Vigilia de Nv. Col. de la misa;* P. L. 72, 461.)

Liturgia de Cluny 14

Escucha: se trata de una nueva señal; cree solamente y esto basta; no toca a nuestra flaqueza desatar los lazos de tan profundo misterio

Es una señal grandiosa y sublime; el prodigio de la zarza ardiente; nadie debe acercarse indignamente sin quitarse sus sandalias.

Es el tallo estéril, que sin rocío, de manera nueva y nunca oída ha producido flor y fruto. Así dió a luz la Virgen. Bendito sea tan dulce fruto; fruto de gozo y no de duelo; no, Adán no será seducido si lo lleva a su boca. *(Prosa del siglo XI in Annuntiatione B. M.*

V. BLUME, BANNINGSTER, *Anal. hymn.*, Leipzig, 1915, t. LIV, p. 298, n.° 192.)

15 *Liturgia Galicana*

Es verdaderamente digno y justo que te demos gracias en todo tiempo y lugar, oh Dios omnipotente, por Nuestro Señor Jesucristo, a quien Juan, el fiel amigo, precedió en su nacimiento, precedió en la predicación del desierto, precedió en la administración del bautismo, que preparaba el camino al que es Juez y Redentor al mismo tiempo. Juan llamó a los pecadores a penitencia y ganando al pueblo para el Salvador, bautizó en el Jordán a los que confesaban sus pecados. No confería la gracia que renueva al hombre plenamente; por eso advertía que esperasen la llegada del Salvador misericordioso; no perdonaba los pecados de los que acudían a él, pero prometía el perdón a los que creyesen, y a los que bajando a las aguas de la Penitencia, esperasen el perdón de Aquel que anunciaba ya próximo, y que estaría lleno del don de la Verdad y de la gracia, Nuestro Señor Jesucristo. *(Sacramentario, 2.ª Misa, in Adv. Dom. Contestatio. P. L.* 72, 461.)

16 *Liturgia Mozárabe*

Alegráos flores de los mártires: Y vosotras, familias de las naciones, ¡salve! elevad al cielo vuestros ojos, y vuestra esperanza hacia la gloriosa estrella.

Resuena la voz de los profetas, anunciando que Jesús llega; es el preludio de la redención, de la gracia que nos ha rescatado.

Ya despunta nuestra aurora, y todos los corazones se estremecen de alegría cuando por orden suya se deja oír la voz que anuncia la gloria que viene.

Inspírenos un solemne canto la venida del Redentor, la alegría de tan gran liberación como será la redención del mundo.

En la primera venida, viene Jesús no para castigar al mundo, sino para vendar sus heridas y salvar lo que estaba perdido.

La segunda venida nos muestra a Cristo en puertas, dispuesto a coronar a sus Santos, y a abrirles el reino de los cielos.

Prométese la luz eterna, brilla el astro de la salvación; con su deslumbrante resplandor nos invita a gozar ya de los bienes celestiales. A Ti solamente, oh Cristo, buscamos, a Ti oh Dios, es a quien queremos ver tal cual eres; esa encantadora visión será la que nos libre del terror del infierno.

Para que el día en que vengas, oh Redentor, escoltado por blancas legiones de Mártires, nos unas a ese ejército, a esa triunfante falange. *(Brev. Himno de Mait en la fiesta de los Santos durante el Adv. P. L.* 86, 887.)

LITURGIA DE NAVIDAD

17 EL HIJO ETERNO DEL PADRE

El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo; hoy te he engendrado eternamente. Salmo 2, 7 *(Nav. Mait. I Noct. 1.ª ant.)*

El principado brillará en ti el día de tu fortaleza en los esplendores de los santos; de mi seno te he engendrado antes que la aurora. Salmo 109, 3 *(II Vísp. 1.ª ant.)*

El me dirá, aleluya: Tú eres mi Padre, aleluya. Salmo 88, 26 *(Mait. III Noct., 1.ª ant.)*

EL HIJO DE DIOS HUMANADO

Aurora de la Redención:
El Rey de los cielos baja a la tierra.

18 *Liturgia Romana*

Alégrense los cielos, estremézcase de gozo la tierra a la vista del Señor, porque viene. Salmo 95, 12 *(Mait. II Noct. 2.ª ant.)*

El Señor ha revelado, aleluya: su salvación, aleluya. Salmo 97, 3 *(Mait. III Noct., 3.ª ant.)*

Hoy se ha levantado la verdad sobre la tierra; y la justicia ha mirado desde lo alto del cielo. Salmo 84, 11 *(Mait. II.º Noct., 3.ª ant.)*

Ha enviado la Redención a su pueblo; ha hecho su alianza eterna. Salmo 110, 9 *(II Vísp., 2.ª Ant.)*

En medio de las tinieblas ha surgido una luz para los rectos de corazón; el Señor, Dios misericordioso, clemente y justo. Salmo 111, 4 *(II Vísp. 3.ª ant.)*

Sobre tu trono colocaré un Hijo que nacerá de ti. Salmo 131, 11 *(II Vísp., Ant. 5.ª)*

El Señor ha salido de su cámara nupcial, semejante al esposo. Salmo 18, 5. *(Mait. I Noct., 2.ª ant.)*

El Rey de los cielos se ha dignado nacer hoy por nosotros de una virgen, para devolver el reino celestial al hombre que lo había perdido. Alégrase el ejército de los Angeles, porque ha aparecido la salvación eterna de los hombres. Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. *(Ibíd., I Noct., 1.º Resp.)*

La paz verdadera ha bajado hoy del cielo sobre nosotros. Hoy ha brillado sobre nosotros el día de la nueva redención, el día de la reparación antigua, de la felicidad eterna. *(Ibíd., 2.º Resp.)*

Sermón de San León, Papa 19

Hoy ha nacido, carísimos míos, nuestro Salvador; alegrémonos. No debe haber lugar para la tristeza el día en que nace la vida, la cual disipando el temor de la muerte, derrama en nuestras almas el gozo por la promesa de la eternidad. No hay nadie que no participe de esta alegría; todos tienen un mismo motivo de regocijo. Porque Nuestro Señor, vencedor del pecado y de la muerte, hallándonos a todos esclavizados, ha venido para libertarnos a todos. Salte de gozo el santo, porque se acerca a la palma de su recompensa. Alégrese el pecador, porque se le convida con el perdón. Anímese el infiel, porque se le llama a la vida. En efecto, el Hijo de Dios, en la plenitud de los tiempos fijada en los impenetrables abismos de los divinos con-

sejos, tomó la naturaleza humana para reconciliarla con su autor, con el fin de que el diablo, inventor de la muerte fuera vencido allí donde había triunfado. En esta lucha sostenida por causa nuestra, se combatió con grande y admirable lealtad, pues el Señor omnipotente peleó contra ese cruel enemigo, no en su majestad sino en la flaqueza de nuestra carne, oponiéndole la misma forma, la misma naturaleza, la de nuestra mortalidad, pero exenta de todo pecado; porque es ajeno a este nacimiento lo que se dice de los demás hombres: "Nadie está limpio de mancha, ni siquiera el niño cuya vida en el mundo es de un solo día." (JOB, 14, 4.)

En este maravilloso nacimiento no se ha hallado nada de la concupiscencia de la carne, nada en él se ha derivado de la ley del pecado. Ha sido elegida una Virgen de la raza de David, una Virgen real, que habiendo de llevar en su seno el sagrado retoño, concibió espiritualmente al Hombre Dios, antes de concebirle corporalmente. Y, para que la ignorancia de los planes del cielo no le turbasen con tan extraña nueva, se la revela en su coloquio con el Angel cuanto el Espíritu Santo debía realizar en ella, de manera que la que va a ser Madre de Dios no tenga que temer por su pureza.

Por ello, carísimos míos, demos gracias a Dios Padre, por su Hijo en el Espíritu Santo, porque habiéndonos amado con caridad infinita, se compadeció de nosotros; y cuando estábamos muertos por nuestros pecados nos vivificó en Cristo, para que fuéramos en El una nueva criatura, una nueva obra. Despojémosnos, por tanto, del hombre viejo y de sus obras, y admitidos a participar del nacimiento de Cristo, renunciemos a las obras de la carne. Reconoce, oh cristiano, tu dignidad, y hecho partícipe de la divina naturaleza, cuídate bien de no volver a caer, por una

conducta indigna de tu grandeza, en tu degradación primera: Acuérdate de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro, y no olvides nunca, que arrancado al poder de las tinieblas, has sido trasladado a la luz y al Reino de Dios. *(Brev., rom. Mait., 2.° Noct. Sermón 21, de Nat. Dom. 1.° P. L.* 54, 190-193.)

¡Oh cambio admirable! El creador del género humano, tomando cuerpo y alma, se ha dignado nacer de una Virgen, y hecho hombre, sin concurso de hombre, nos ha hecho participantes de su divinidad. *(Circuncisión, Visp. 1.ª ant.)*

Cuando de modo inefable naciste de una Virgen, entonces se cumplieron las Escrituras. Como el rocío sobre el vellón, bajaste Tú para salvar al género humano. Alabámoste, oh Dios nuestro. *(Ibíd., 2.ª ant.)*

He oído, Señor, lo que me has hecho oír, y el terror me ha invadido; he considerado tus obras y me he pasmado. (HABAC., 3, 2): yacía en el pesebre entre dos animales, y resplandecía en los cielos. *(Ibíd., Mait., 2.° Noct., Resp., 3.°.)*

La vara de Jesé ha florecido; la estrella ha salido de Jacob; la Virgen ha dado a luz al Salvador. Alabámoste, Dios nuestro. *(Ibíd., Visp., 4.ª ant.)*

He aquí que María nos ha engendrado al Salvador, a cuya vista Juan exclamó: He aquí el Cordero de Dios; he aquí El que quita los pecados del mundo, aleluya. *(Ibíd., 5.ª ant.)*

Por el amor inmenso con que Dios nos amó, envió a su Hijo en apariencia de carne de pecado. Aleluya. *(Ibíd., I Visp., Magnif.)*

¡Oh profundo misterio de la herencia divina! El seno de una Virgen se ha convertido en templo de Dios; El que tomó carne de ella, no ha contraído ninguna impureza; todas las naciones acudirán, diciendo: Gloria a Ti, Señor. *(Ibíd., II Visp., Magnif.)*

Hemos recibido, oh Dios, tu misericordia, en medio de tu templo. Salmo 47, 9 *(Nav. Mait., 2.º Noct. ant., 1.ª)*

La paz será abundante bajo el reinado del Señor, y El será Padre de todos. Salmo 71, 6. *(Ibíd., 2.ª ant.)*

20 *Liturgia Griega*

Tu reino, oh Cristo Dios, es el reino de todos los tiempos: tu poder se extiende de generación en generación. El que se hizo carne por obra del Espíritu Santo, y hombre de María siempre Virgen, ha brillado como una antorcha. Tu venida, oh Cristo Dios, luz de luz, esplendor del Padre, ha traído gozo a todas las criaturas. Todo espíritu ha glorificado al Padre; Tú que eres y has sido antes que todo, y has brillado al salir del seno de una Virgen, oh Dios, ten piedad de nosotros. *(Navidad, 3 stich. de Vísp.* Meneas, ed. rom. t. II, p. 651.)

Venid, alegrémonos en el Señor, celebrando el misterio de este día. El muro de la división ha caído por tierra, se ha alejado la espada de fuego; el querubín no prohibe ya el acceso al árbol de la vida. He sido hecho partícipe de las delicias del Paraíso, del cual había sido arrojado por mi desobediencia. La imagen inmutable del Padre, el tipo de su eternidad, toma la forma de esclavo y nace de una Virgen Madre, sin experimentar ningún cambio, pues permanece lo que era: Dios verdadero; tomó lo que no era, haciéndose hombre por amor de los hombres. Clamemos a El: Tú que has nacido de la Virgen, ten piedad de nosotros. *(Id. stich. del Lucernario, Ibíd.)*

Hoy se revela un admirable misterio; las dos naturalezas quedan unidas con un nuevo prodigio; Dios se hace hombre; permanece lo que era, y toma lo que no era sin sufrir división ni cambio. *(Vísp., de San Esteban, 27 de dic. Theotokion, Id.,* t. II, p. 695. Ibíd., *Brev. rom., ant. del Bened. de la Circunc.)*

Liturgia Ambrosiana 21

El Señor con su venida disipó las tinieblas de la noche; donde antes no existía la luz, brilla ahora el esplendor y ha aparecido el día.

Liturgia Galicana 22

Alegrémonos todos, oh fieles; nuestro Salvador ha nacido en el mundo. Hoy ha aparecido el retoño de la raza real, permaneciendo intacto el pudor de la madre.

Liturgia Mozárabe 23

Hoy ha aparecido la luz del mundo, hoy ha brillado la salvación de la tierra; hoy ha descendido de las alturas del cielo el Salvador de Israel, para libertar a todos los cautivos a quienes el voraz y antiguo enemigo tenía encadenados por el pecado del primer hombre y para devolver la luz, con su gracia, a los entendimientos ciegos, y oído a los sordos. Alegrándose del beneficio obrado por medio de este gran misterio, saltan de gozo las colinas y todos los elementos de la creación ejecutan en este día con gran gozo una sublime melodía. También nosotros con humilde plegaria imploramos la clemencia del misericordioso Redentor; envueltos en las tinieblas de nuestros pecados le suplicamos nos purifique por este entusiasmo de nuestros corazones, para que manifestándose en nuestras almas su presencia, crezca más y más en nosotros el brillo de su gloria, y la felicidad que lleva consigo, y la alegría de la salvación sea para nosotros colmada de dulzura por toda la eternidad. *(Brev., Navidad. 9.ª Or. de Mait. P. L.* 86, 118.)

Liturgia Siria 24

Ha nacido el Hijo, Belén resuena en gritos de júbilo. Los Espíritus que nunca duermen, bajados del cielo, cantan a coro; sus voces majestuosas serían

capaces de apagar los truenos. Impresionados por estos nuevos conciertos, acuden los hombres que estaban en silencio; también ellos van a interrumpir la noche con las alabanzas del recién nacido, Hijo de Dios.

"Celebremos, decían, al Niño que devuelve a Adán y Eva su juventud primera." Llegaron los pastores, con el tributo de sus rebaños, leche dulce y abundante, carne tierna y limpia, cantos armoniosos.

E hicieron el reparto de este modo: la carne para José, la leche para María, los cantos de alabanza para el Hijo. Para el Cordero Pascual, un cordero que amamantaba aún su madre, para el Primogénito un recién nacido; una víctima para la Víctima, un cordero mortal para el Cordero de la Verdad eterna.

Espectáculo admirable. Se ofrece un cordero al Cordero. Al ser presentado al Hijo único, el hijo de la oveja dejó de oír su balido. El cordero terreno daba gracias al Cordero divino, porque con su venida iba a salvar a los suyos de la inmolación sangrienta, y porque la nueva Pascua, instituída por el Hijo de Dios, reemplazaría pronto a la antigua.

Adoráronle también los pastores, y saludaron proféticamente al Príncipe de los Pastores. "La vara de Moisés, dijeron, oh Pastor universal, da gloria a tu cetro; y Moisés que llevó la vara, celebra tu grandeza; pero llora por el cambio que se ha obrado en su rebaño; se lamenta al ver a sus corderos convertidos en lobos, a sus ovejas transformadas en dragones y bestias salvajes. Ocurrió tal desgracia en la espantosa soledad del desierto cuando estas ovejas furiosas y llenas de ira atacaron a su Pastor. Niño divino, los Pastores, acuden a darte gracias a Ti que has sabido unir a lobos y corderos en un mismo aprisco. Niño más antiguo que Noé, y también más nuevo que él, Tú fuiste

quien puso la paz entre los seres que el Arca encerraba, cuando era llevada por las olas.

"Tu abuelo David toma venganza de la muerte de un cordero, matando a un león; Tú, hijo de David has exterminado al lobo agazapado, que había dado muerte a Adán, el sencillo cordero que dejaba oír sus balidos en el Paraíso". *(S. Efrén, Himno del Nacimiento de Cristo, V, Ed. Caillau, Collectio Sanctorum Patrum,* t. XXXVII, París, 1842, p. 310.)

Vinieron seguidamente los labradores de los campos betlemitas; adoraron al que venía a salvarles, y en su alegría profetizaban de esta manera: "Salve a Ti que estás llamado a cultivar nuestros campos; Tú harás fértiles los barbechos de nuestro corazón, y recogerás el trigo en el granero de la vida."

Luego se presentaron los viñadores, cantaron a la Viña salida del tronco de Jese, a la Viña que de su sagrada cepa produjo el virginal racimo:

"Divino Viñador, cantaban danos el aroma, derramándonos en vasos dignos tu nuevo vino que todo lo renueva; ven a renovar tu Viña; hasta ahora sólo ha producido agraces; injerta tus propios tallos en estas cepas silvestres."

También se llegaron los carpinteros al hijo de José, por causa de este hermano suyo: "Saludamos tu feliz nacimiento, jefe de los artesanos. Tú fuiste quien dió a Noé el plan de su arca; Tú fuiste el arquitecto del improvisado tabernáculo, que sólo debía durar temporalmente: te alabamos con nuestros trabajos. Sé gloria nuestra; haznos Tú mismo el yugo que queremos llevar, dulce y leve carga." *(S. Efrén, Himno del Nacimiento de Cristo, VI, ibíd.,* p. 312 sg.)

Liturgia Armenia 25

Una nueva flor sale hoy del tallo de Jesé, y la hija de David engendra al Hijo de Dios. El coro de los

Angeles y de la milicia celestial bajando del cielo, con su Rey, Hijo Unico del Padre, cantaban y decían: He aquí al Hijo de Dios. Digamos todos: Estremecéos, cielos; saltad de gozo, fundamentos de la tierra, porque el eterno Dios ha aparecido en la tierra y va a morar con los hombres para salvar sus almas.

(Hagiología de Navidad, Liturgias orientales, Harissa, 1941, p. 109.)

Es verdaderamente justo y razonable adorarte en todo tiempo, y glorificarte fervorosamente, oh Padre todopoderoso, que por obra de tu Verbo insondable y Creador contigo, has roto la barrera de la maldición; el cual Verbo habiendo formado su pueblo, la Iglesia, conquistó a los que creen en Ti, y por medio de la naturaleza sensible que tomó en el seno de la santísima Virgen, tuvo a bien habitar entre nosotros, y dignándose consumar de modo divino una obra maravillosa, hizo de la tierra un cielo. De esta manera Aquel en cuya presencia tiemblan las legiones de los que velan continuamente, amedrentados por el radiante e inaccesible esplendor de la divinidad, habiéndose dignado hacerse hombre por nuestra salvación, nos hizo la gracia de poder unirnos con los habitantes del cielo, en un mismo coro de espíritus. *(Prof., ibíd.* p. 122.)

La Virgen Madre

Alegráos conmigo los que amais al Señor: Porque siendo a mis ojos pequeñita he tenido la dicha de ser grata al Altísimo, y de mis entrañas, he engendrado un hijo que es Dios y hombre al mismo tiempo. *(Brev. rom., Circunc. Mait., 2.º Noct., Resp., 1.º.)*

En la zarza que se apareció a Moisés, ardiendo sin consumirse, hemos reconocido a tu virginidad, conservada por modo admirable. ¡Oh Madre de Dios, ruega por nosotros! *(Ibíd., Vísp., 3.ª ant.)*

Liturgia Griega 26

¿Qué te ofreceremos, oh Cristo, por haber aparecido en la tierra como hombre? Porque, todas las criaturas a ti sometidas te pagan el tributo de su gratitud: los ángeles un himno, los cielos una estrella, los Magos sus dones, los pastores su admiración, la tierra una gruta, nosotros una Virgen Madre. Tú que existes antes que el tiempo, ten piedad de nosotros. *(Navidad 4 stich. del Lucernario,* Meneas, ed. rom., t. II, p. 651.)

La mística viña, después de haber producido sin cultivo el celestial racimo, sosteníale en sus brazos, como si fueran ramas: Eres mi fruto, decía, eres mi vida; por ti mismo sé, oh Dios mío, que aún soy lo que era; porque no se ha roto el sello de mi virginidad; por eso te proclamo inmutable y Verbo hecho carne. No he conocido varón; pero te reconozco por libertador de la ruina universal; permanezco siempre pura, aun después de tu nacimiento. Has dejado mi seno tal como lo hallaste; por eso todas las criaturas me ensalzan y exclaman: Alégrate, llena de gracia. *(Synaxis de la Madre de Dios, 26 de dic. Ortros, Ikos. Ibíd.,* t. II, p. 678.)

Alégrate, Jerusalén, cantad sus alabanzas todos los que amais a Sión. Ha sido destruído el lugar de la condenación de Adán: el Paraíso se nos ha abierto, y la serpiente ha perdido su fuerza. A la que había seducido al principio, contémplala ahora Madre del Creador. ¡Oh abismo de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! La que había introducido en el mundo la muerte, obra del pecado, se ha convertido en Madre de Dios y principio de la salvación. Porque el niño que de ella nace, es Dios perfectísimo; en su nacimiento guarda el sello de su virginidad; por medio de sus pañales desata los lazos del pecado, y por su infancia, trae remedio a los dolores de Eva que daba a luz con tristeza. Salten, pues, de gozo y alégrense

todas las criaturas; porque Cristo ha venido a devolvernos la vida y a salvar nuestras almas. *(Navidad, Lit. apost., Doxast.,* Meneas, ed, rom., t. II, p. 660.)

27 *Liturgia Siria*

¡Oh Señor! ¿qué mortal sabrá nunca el nombre que corresponde a la que fué tu Madre? ¿acaso el de Virgen? Pero su hijo estaba a la vista de todos. ¿Esposa? Nadie celebró nunca bodas carnales con María. El entendimiento humano no puede llegar hasta tu Madre: ¿quién sería capaz de comprenderte a Ti mismo? Si considero a María única en este mundo, veo que es tu Madre; si la considero entre las demás mujeres, es tu hermana. — Sí, verdaderamente es tu Madre, y es también tu hermana y esposa en el coro de las santas mujeres; de todos modos la honraste, tú, gloria de la que te engendró. *(S. Efrén, Himno del Nacimiento de Cristo,* VIII Ed. Caillau. t. XXXVII, p. 318, sg.)

28 *Liturgia de Cluny*

Salve, Virgen bendita, que ahuyentaste la maldición.

Salve, Madre del Altísimo, Esposa del dulcísimo Cordero; venciste a al serpiente, aplastaste su cabeza, cuando Dios nacido de ti, la exterminó.

(Pedro el Venerable, In honorem Matris Domini. P. L. 189, 1018.)

29 *Himno de Hermán Contracto*

Salve, gloriosa estrella del mar; tu despertar divino, oh María, es promesa de luz para las naciones.

Salve, celestial puerta, cerrada a quien no sea Dios. Tu eres quien introduce en el mundo la Luz de la Verdad, al Sol de Justicia, revestido de nuestra carne.

Haz que con fe sincera apaguemos nuestra sed en esa dulce fuente, representada por la que brotó de la

roca en el desierto; que tengamos ceñidas nuestras caderas, que quedemos limpios al atravesar el mar, y que nos sea dado contemplar en la cruz, la serpiente de bronce. Haz que nos acerquemos con los pies descalzos, los labios puros, y el corazón santificado, al fuego sagrado, al Verbo del Padre, que tu llevaste, oh Virgen convertida en Madre, como la zarza a la llama. Por ti suspiraron en su fe viva los antiguos Padres y Profetas, bajo el símbolo de aquel tallo que debía nacer del árbol fecundo de Jesé.

Gabriel te señaló como árbol de vida, que había de producir, con el rocío del Espíritu Santo, el almendro de flor divina. Tú fuiste quien condujo al Cordero Rey, al Dominador de la tierra, desde la roca de Moab, hasta el monte de la hija de Sión.

Nosotros, resto de las naciones, queriendo honrar tu memoria, llamamos a nuestro altar para inmolarle misteriosamente, a ese Cordero propiciatorio, eterno Rey de los cielos, fruto de tu maravilloso alumbramiento.

El velo se ha descorrido; a nosotros, verdaderos israelitas, hijos dichosos del verdadero Abrahán, nos es dado contemplar admirados el maná verdadero figurado en el tipo mosaico; haz que seamos dignos, oh Virgen, del pan del cielo (P. L. 143, 443.)

El real cortejo

San Esteban

Liturgia griega 30

En este día preséntase el glorioso Esteban al Señor recién nacido: no acude resplandeciente de joyas, pero sí brillante con el resplandor de su sangre. — Venid, amigos de los mártires, tejed guirnaldas, coronemos nuestras frentes y cantemos: Tú que brillas en tu alma con los destellos de la sabiduría y del amor,

primer mártir de Cristo Dios, pide para nosotros la paz y una gran misericordia. *(27 de dic., Doxastikon del Lucernario,* Meneas, ed. rom., t. II, p. 695.)

El primer mártir ha contemplado en el cielo, de pie ante la inmutable divinidad y en la gloria del Padre, al nacido de una virgen, que vino a habitar con nosotros.

Apareciste, oh Esteban, resplandeciendo en tu alma con la gracia del Espíritu Santo y con el rostro parecido al de un ángel. El resplandor que te iluminaba por dentro se reflejó en tu cuerpo y al abrirse los cielos tu alma hizo visible a la vista, los destellos que te rodeaban, y los reflejos de tus éxtasis luminosos. *(Vísp. de S. Esteban, 1.ª stich. del Lucernario,* Meneas, ed. rom., t. II, p. 694.)

El Señor, revestido de nuestra carne vino ayer a habitar entre nosotros: hoy es apedreado el siervo, y de esta manera termina su carrera el protomártir y divino Esteban. *(Id., Kondak, Ibíd.,* t. II, p. 701.)

Una estrella resplandeciente ha brillado hoy en el Nacimiento de Cristo; Esteban, el primer mártir que ilumina con su luz al mundo entero. Ha confundido la maldad de los judíos, reprendiéndoles con sabias palabras, hablando por medio de las Escrituras, y probándoles que Jesús nacido de una Virgen, es el Hijo único de Dios; el protomártir y divino Esteban confunde su sacrílega malicia. *(Id. Orthros, Ikos, Ibíd.,* t. II, p. 702.)

Oh santísimo Esteban, fuiste el primero de los diáconos; el primero de los mártires, abriste el camino a los santos, y llevaste al Señor innumerables mártires; por eso se abrió el cielo a tu vista, y Dios se mostró a tus miradas; suplícale que salve nuestras almas. *(Id., 3.ª stich., Ibíd.,* t. II, p. 706.)

Liturgia Mozárabe 31

Oh bienaventurado Esteban, primer mártir, te daremos un nuevo nombre impuesto por boca misma del Señor; por El sufriste la muerte; de El recibirás la corona, de nombre y de hecho. Eres el primero en el martirio, el primero en el premio; el primero en este mundo, y el primero en el palacio del cielo. Triunfas apedreado en la tierra por Cristo, y coronado por El en los cielos. Aquel por quien padeciste aquí abajo cruel suplicio, te otorga la más preciosa corona. Sé, pues, protector constante de la Iglesia, de la que fuiste primicias y haz que por tus oraciones nos sea propicio Cristo, de quien fuiste mártir insigne. *(Brev., 26 de dic. Cap. de Laudes.* P. L. 86, 127.)

San Juan

Liturgia Griega 32

Celebremos con alabanzas espirituales al siervo de Cristo, al venerable Juan, al que es flor de la virginidad, mansión escogida de egregias virtudes, instrumento de la Sabiduría, templo del Espíritu Santo, voz ardiente de la Iglesia, ojo lúcido de la caridad. *(26 de setiembre, 3.ª stich., de Orthros,* Meneas, ed. rom., t. I, p. 274.)

Venid, fieles, coronemos hoy con cánticos divinos al abismo de la Sabiduría, al escritor de los dogmas de la ortodoxia, al glorioso Juan, al predilecto, porque él fué quien clamó: "Al principio era el Verbo." Por eso apareció como voz de trueno, iluminando al mundo con su Evangelio, el ilustre maestro de la Sabiduría. *(id. Pequeñas Vísp., 1.ª stich, del Lucernario, Ibíd.,* t. I, p. 256.)

Lira de celestiales melodías, por Dios mismo pulsada, místico escritor, boca de palabra divina, canta con suavidad el Cántico de los Cantares y ruega por nuestra salvación. *(Id., 2.ª stich., Ibíd.,* t. I, p. 258.)

33 *Liturgia Ambrosiana*

Verdaderamente es justo y digno, equitativo y saludable, darte gracias, oh Dios eterno, al honrar los méritos del bienaventurado Juan Evangelista. Nuestro Señor le distinguió siempre de un modo particular; estando en la cruz, le declaró sustituto suyo, para que fuese hijo de María, entregándosele en herencia. Elevóle la bondad divina hasta ese honroso grado, haciéndole de pescador, discípulo; y rebasando para él la medida de los misterios de la salvación del hombre, le hizo capaz de contemplar con su inteligencia, y de proclamar con su voz mejor que los demás apóstoles, la eterna Divinidad de tu Verbo. *(Misal, S. Juan, Prefacio,* ed. 1831, p. 30.)

Santos inocentes

34 *Liturgia Romana*

Estos que están vestidos con blancas túnicas, ¿quiénes son y de dónde han venido? Y se me respondió: Estos son los que han venido de la gran tribulación; han lavado sus túnicas y las han teñido con la sangre del Cordero.

Bajo el altar de Dios vi las almas de los que habían sido inmolados por causa del Verbo divino y por dar testimonio de El.

Son los que no mancharon sus vestiduras: me seguirán vestidos de blanco porque así lo han merecido.

Estos santos cantaban un cántico nuevo delante del trono de Dios y del Cordero, y la tierra resonaba con sus voces.

Han sido rescatados de entre los hombres, para ser primicias ofrecidas a Dios y al Cordero, y no se ha hallado mentira en su boca. *(Brev. rom., responsorio sacado del Apocalipsis.)*

Liturgia Griega 35

El malvado buscando con ira el oculto tesoro, sacrificó a los niños inocentes; y Raquel, inconsolable ante las olas de sangre de la inicua matanza, y ante la muerte prematura de sus hijos, contempla con alegría desde el seno de Abrahán, a los que lloró desde lo más hondo de sus entrañas. *(29 de dic., 1.ª stich. del Lucernario,* Meneas, ed. rom., t. II, p. 716.)

Oh Señor anterior a los siglos, en cuanto naciste de una Virgen, y te hiciste niño con gran misericordia, todo un coro de niños te fué ofrecido, brillante con la sangre del martirio, y con el alma radiante de luminosa blancura; dísteles posesión de las moradas eternas, y allí proclaman para su vergüenza la cruel ferocidad de Herodes. *(Id., 3 stich. del Lucernario. Ibid.)*

Laméntase Raquel llorando a sus hijos, conforme está escrito; pues el impío Herodes ha cumplido la Escritura asesinando a estos niños e inundando a Judea de sangre inocente. Enrojecióse la tierra con la sangre de estos niños. Con élla se purificó místicamente y se adornó como con un vestido la Iglesia de los Gentiles. Ha venido la Verdad; Dios nacido de una Virgen para salvarnos, se ha aparecido a los que estaban sentados en las sombras de la muerte. *(Id., 3 stich. de Laudes, Ibid,* p. 725.)

Liturgia Ambrosiana 36

Es digno y justo, equitativo y saludable, glorificarte, oh Padre omniptente, en la preciosa muerte de los niños, a quienes asesinó la salvaje barbarie del cruel Herodes, con ocasión del nacimiento de nuestro Señor y Salvador e Hijo tuyo; pues en esa muerte nos has manifestado la inmensidad de los dones de tu clemencia. En efecto, en ellos brilla más tu gracia que su voluntad; dan su testimonio cuando su boca no habla

todavía; su martirio es anterior al desarrollo de los miembros en que lo han sufrido; dan testimonio de Cristo antes de haberle conocido. Oh bondad infinita, que no quiere negar el mérito de la gloria a los que fueron inmolados por su Nombre, sin saberlo; de este modo, con el derramamiento de su sangre, al mismo tiempo que son regenerados, se les otorga la corona del martirio. (*Misal,* ed. 1831, p. 32.)

LITURGIA DE EPIFANIA

LAS SAGRADAS TEOFANÍAS

Liturgia Romana 37

Engendrado antes que la aurora y el tiempo, el Señor, nuestro Salvador, se manifiesta hoy al mundo. Salmo 109, 3 *(Brev., rom., Ant., 1.ª de Vísp.)*

Celebramos un día señalado con tres prodigios; hoy la estrella conduce a los Magos al pesebre; el agua se cambia en vino en el banquete nupcial; Cristo quiere ser bautizado por Juan en el Jordán para salvación nuestra. Aleluya. *(Ibíd., Ant. Magnif. II Vísp.)*

Cruel Herodes, ¿por qué temes la llegada de Cristo que viene a reinar? No quita cetros mortales, El que concede reinos celestes. — Caminaban los Magos siguiendo a la estrella precursora que habían visto; la luz los conduce a la Luz; con sus dones le proclaman Dios. — El divino Cordero tocó el baño de ondas puras, y los pecados de que estaba exento tomólos sobre sí para lavarlos. — ¡Nuevo portento del poder! Enrojece el agua de las hidrias, y dócil al cambio de naturaleza, corre en olas de vino. *(Vísp. Himno de Sedulio.)*

Liturgia Mozárabe 38

Oh Dios, que para endulzar los trabajos de esta vida, has mezclado los consuelos y las alegrías con el

recuerdo de tus beneficios, cuyo solemne aniversario celebramos anualmente; ofrecémoste en la presente fiesta, los votos y homenajes de tu Iglesia. Hemos celebrado ya el Nacimiento de nuestro Señor y Salvador, nacido por nosotros en el tiempo y nacido de Ti antes del tiempo, porque es el Creador del tiempo. Hemos honrado después, con solemnes sacrificios, el octavo día de la Circuncisión, resplandeciente con la luz de tu único Hijo, y digno de toda nuestra veneración. Hoy celebramos el día de la Epifanía, que nos ha revelado la divinidad en el hombre, y proclamamos los tres prodigios que manifiestan al mundo la venida de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo; el primero es la aparición en el cielo de la estrella que anuncia tu nacimiento y que precede y conduce a los Magos maravillados, hasta la cuna de su infancia; el segundo ocurrió cuando queriendo santificar las aguas con su bautismo para lavar las manchas de todos los pueblos, penetró en el Jordán y allí le mostraste Tú como Hijo único y amado mediante el Espíritu Santo que voló sobre El en figura de paloma, en tanto que Tú revelabas el misterio con voz de Padre; el tercer prodigio se obró en el primer milagro de Caná de Galilea, cuando en el banquete nupcial cambió el agua en vino, enseñándonos con un excelso y admirable misterio, que había llegado por fin el que había de unirse a la Iglesia, su desposada desde hacía siglos, y que la fe humilde en la verdad de las promesas iba a cambiarse en el vino de sabiduría, de espiritual dulzura. De este modo, en estos tres prodigios, objeto misterioso de la presente fiesta, nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, realiza a un tiempo las maravillas de tu omnipotencia y nos prepara para la salvación. Haz, pues, Señor, que en conformidad con estos tres grandes misterios, permanezca en nosotros la integridad de tu

gracia, se derrame en nuestros corazones la suavidad del vino de tu sabiduría, y brille en nuestras obras la estrella de tu santidad. Amén. *(Misal, Oratio alia. Ferotin, op. cit.*, col. 87, número 192.)

Liturgia Ambrosiana 39

Cristo ha atravesado la puerta virginal, la puerta llena de gracia; el Rey ha pasado, y la puerta permanece cerrada eternamente, como lo estuvo siempre. — El soberano Hijo de Dios ha salido del santuario de la Virgen; es el Esposo, el Redentor, el fundador y gigante de su Iglesia. — Gloria y alegría de su Madre, esperanza infinita de los fieles, ha sanado nuestros pecados, apurando hasta las heces el negro trago de la muerte. — Es la piedrecita desprendida del monte, y que cubre con su gracia al mundo entero, piedra que ninguna mano humana talló, anunciada por los antiguos profetas. — Estremézcanse de alegría las almas; el Dueño del mundo, el Redentor de las naciones, ha venido a redimir a sus criaturas. — Destruirá el pecado, con sus tesoros de gracia; la luz recibirá con El nuevo esplendor, y será derribado el imperio de las tinieblas. *(Himno de Nat. Dom.: A solis ortus, cardine*, v. 13-24. *P. L.* 17, 1211.)

Iglesias de Francia 40

Una estrella de maravilloso fulgor, anunciada por los Profetas, señala hoy el despertar del Sol divino. Esta estrella viene a iluminar a los Magos; Herodes se turba; la Gentilidad llégase a Jesús, puerto de paz. — La estrella anuncia al Niño creador de los astros, vengador de los crímenes, Dios poderoso. Místicos presentes proclámanle dueño del mundo, y Redentor nuestro por su muerte. — Sumérgese en las aguas para depositar en ellas la virtud de borrar el pecado de Adán. — Aparece la paloma, y la voz del Pa-

dre adopta al Hijo, cuya gloria se nos revela con estos prodigios — La voz de Juan da testimonio, y luego comienza la ley de amor. — Alégranse los comensales cuando el agua de la fuente viene a sustituir con creces al vino generoso. — El Verbo del Padre firma una alianza de amor en el seno de una Virgen, esposa inmaculada. — Dígnese lavar nuestros pecados, desatar nuestras cadenas y prestarnos siempre su ayuda, por la intercesión de su Madre. Amén. *(Misal de Fontevrault,* París 1534. *Cf. Dreves, Analect. hymn.,* t X, número 22, p. 25. *De Epiphan., inf. oct.)*

Día fecundo en milagros, día que manifiesta a Cristo en diversos momentos de su vida. — Manifiesta a Cristo, cuando su Padre declara que ha puesto en El sus complacencias; — le manifiesta, cuando el mismo Cristo manda al agua convertirse en vino, en el banquete nupcial; — le manifiesta también, en el misterio de la triple ofrenda de los Magos. — El oro proclama su realeza, el incienso su divinidad, la mirra su sepultura. *(Misal de París del siglo XVI, Seq.* Cf. *Ibíd.,* t. X., número 23, p. 25. *De Epiphan. Domini.)*

41 *Liturgia Griega*

El Señor de todo lo creado ha entrado en el seno de la Virgen para unir el mundo inferior con el superior y celeste; al aparecer en carne como la nuestra, y destruir el muro que nos separaba, hizo las paces entre Dios y el hombre, dándonos la vida y la redención divina. *(2 de enero, Orthros, 1.ª Oda,* Meneas, ed. rom. t. III, p. 31.)

La luz

Ha brillado tu luz, oh Jerusalén, y se ha levantado sobre ti la gloria del Señor; a tu luz caminarán las naciones. *Is,* 60, I *(Brev. rom. Epiphan., 2.ª ant. de Vísp.)*

Esta estrella resplandece como una antorcha, y manifiesta a Dios, Rey de reyes; viéronla los Magos y acudieron a ofrecer sus presentes al gran Rey. *(Ibíd., 5.ª ant.)*

Liturgia Griega 42

Tu nacimiento, oh Dios nuestro, ha traído al mundo la luz de la ciencia; gracias a ella, los adoradores de los astros, aprenden de un astro a adorarte a Ti, que eres el Sol de justicia, a reconocerte a Ti, celestial Oriente; Gloria a Ti, Señor. *(Navidad, Apoliptikion,* Meneas, t. II, p. 660.)

Una gran luz ha aparecido en la Galilea de los Gentiles, en el país de Zabulón, en la tierra de Nefatalí, como dice el Profeta. Los que se hallaban en tinieblas han visto una luz deslumbradora que brillaba en Belén; pero con mayor resplandor todavía ha brillado sobre el mundo entero el Señor, el Sol de justicia, hijo de María. — Acudamos, pues, todos los hijos de Adán, desnudos como estamos, acerquémonos a calentarnos. Has venido como vestidura para los que se hallan en tinieblas; te has manifestado, oh Luz inaccesible. *(Las santas Teofanías, Orthros, 6.ª oda, Ikos, Ibíd.,* t. III, p. 150.)

Liturgia Romana 43

Oh Dios, que iluminas a todos los pueblos, dáles la gracia de gozar de una paz perpetua, y derrama en nuestros corazones la luz resplandeciente que encendiste en el alma de los tres Magos. *(Sacrament. greg. P. L.* 78, 39.)

Oh Dios, omnipotente y eterno, haz que aparezca también en nuestros corazones y los renueve para siempre, el Salvador que enviaste, y que en la presente fiesta, se anuncia con una nueva estrella en el cielo, y desciende para salvar al mundo. *(Ibíd.)*

Oh Dios omnipotente y eterno, gloria de las almas fieles que has consagrado con las primicias de la Gentilidad la festividad de su elección, llena el mundo con tu gloria, y manifiéstate con los destellos de tu luz, a los pueblos que te están sujetos. *(Ibíd.)*

44 *Liturgia Galicana*

Oh Dios, misericordiosísimo en todas tus obras; Padre glorioso, que nos diste a tu Hijo para que fuera luz de las naciones, y para que anunciase la Redención a los cautivos, y la vista a los ciegos; Tú que derramas los beneficios con largueza, dígnate concedernos, con la fe, el perdón de los pecados y la herencia eterna entre los santos. *(Sacram. gallic., Epiphan. Oratio post nomina. P. L.* 72, 472.)

El nuevo Adán ha lavado las manchas del viejo; lo que por su orgullo había derribado el primero, lo levanta con su humildad el segundo. — Acaban de nacer la luz y la salvación; la noche huye, la muerte es derrotada; venid, pueblos, a visitar con fe al Dios, dado a luz por María. *(Himno de Venancio Fortunato: Agnoscat omne saeculum. P. L.* 88, 264, sg.)

Los Magos

Los Magos se dijeron, al ver la estrella: Señal es esta de un gran Rey; vayamos a su encuentro, y ofrezcámosle oro, incienso y mirra. Aleluya. *(Brev. rom., Epif. Magnif. 1.ª Visp.)*

45 *Liturgia griega*

Alegráos, justos; estremecéos, cielos; saltad de gozo, montañas; Cristo ha nacido. La Virgen está sentada, semejante a los Querubines; sobre sus rodillas descansa el Verbo de Dios humanado. Los pastores cantan al al recién nacido; los Magos ofrecen presentes al Señor;

los Angeles entonan este himno: ¡Gloria a Ti, Señor incomprensible! *(Navidad, Orthros, Laudes, 1.ª stich.*, Meneas, ed., rom., t. II, p. 671.)

Liturgia mozárabe 46

Oh Dios, Hijo de Dios, Virtud inefable del Padre, que con la aparición de una nueva estrella, te manifiestas a los Gentiles como poderoso Rey de reyes, revelando al mismo tiempo tu gloria en la afortunada ciudad: Tú, ante quien tiemblan las islas de la tierra, a quien obedecen los príncipes y los pueblos gentiles; en este día en que todos los reinos se humillan ante Ti, y caen las Coronas regias a tus plantas, dígnate por tu gracia, mostrarte misericordioso a nuestras almas, y aparecer visible en nuestros actos, para que, poseedores de las primicias del Espíritu, podamos ofrecerte los dones mediante los cuales, nuestros corazones, agradables a tus ojos, merezcan entrar en la feliz Jerusalén, en donde te presentaremos el oro purísimo de nuestras obras, y tomaremos posesión de tu reino. Amén. *(Brev., Epif. Orat. Matutin. P. L.* 86, 178.)

Detúvose la estrella frente al Niño a quien buscaban; descendió la antorcha descubriéndoles aquella sagrada cabeza. — Vénla los Magos; abren inmediatamente sus tesoros de Oriente, y prosternados ofrécenle incieso, mirra y el oro regio. — Reconoce los símbolos de tu poder y realeza, oh Niño, a quien el Padre ha destinado de antemano a una triple misión. — El oro señala al Rey, el suave aroma del incienso de Sabá proclama a Dios, la mirra anuncia la sepultura; sepultura mediante la cual, este Dios destruirá la muerte y sus prisiones, después de dejar morir su cuerpo y resucitarle del sepulcro. Himno de Prudencio, *Cathemerinon XII de Epiphania. P. L.* 58, 902, sg.)

El bautismo

Pásmanse los Querubines, y toda la naturaleza celestial se halla sobrecogida de respeto. El Hijo de Dios, a quien engendras de manera incomprensible, oh Inmaculada, se ha hecho semejante a nosotros por su inefable misericordia; ha sido bautizado en su carne, y hoy celebramos con regocijo su divina Epifanía. (*2.° día de la Vig. de las santas Teofanías,* Meneas, ed. rom., t. III, p. 56.)

47 *Liturgia galicana*

Queriendo el Salvador renovar al hombre viejo, llégase al bautismo para regenerar por el agua a la naturaleza corrompida; y nos viste con una túnica incorruptible. — Dios y Redentor nuestro, que en el fuego y el Espíritu purificas el contagio humano. — Tiembla Juan Bautista y no se atreve a tocar la sagrada cabeza de su Dios, exclamando en medio del mayor respeto: Más bien santifícame a mí, oh Salvador.

En el Jordán el Salvador ha aplastado la cabeza del dragón; nos ha rescatado a todos con su poderío. — Hoy se nos revela un gran Misterio: el Creador universal lava nuestros pecados en el Jordán. — El soldado bautiza a su Rey, el esclavo a su señor, Juan a su Salvador; el agua del Jordán se conmueve, la paloma da testimonio, óyese la voz del Padre: Este es mi Hijo. — Las aguas quedaron santificadas cuando Cristo apareció en su gloria. Tierra toda, ven a sacar agua de la fuente del Salvador, pues Cristo nuestro Dios santifica hoy a todas las criaturas. (*Brev. del Cister, ant., de la Epif.*)

48 *Liturgia Ambrosiana*

Verdaderamente es digno, justo, equitativo y saludable que te demos gracias siempre y en todas partes,

Señor santo, Padre omnipotente, Dios eterno que desde lo alto del cielo te manifestaste a nosotros con voz de trueno en las aguas del Jordán; con el fin de mostrarnos al divino Salvador, y revelarte a nosotros como Padre de la Luz eterna, rasgaste los cielos, santificaste el aire, purificaste las aguas y señalaste a tu único Hijo por medio del Espíritu Santo, apareciendo en figura de paloma. Hoy han recibido las aguas tu bendición, borrando nuestra maldición; han sido dotadas de la virtud de obrar en los fieles la purificación de todos sus pecados y la adopción de hijos de Dios con derecho a la vida eterna. Esta vida eterna ha recibido, llamándolos a la gloria del reino celestial, a los que el nacimiento carnal les había engendrado a la vida del tiempo, y a los que la muerte aprisionaba con sus garras a consecuencia de sus pecados. *(Misal, Prefacio de Epifan.*, ed. 1831, p. 46.)

Liturgia griega 49

En otro tiempo el Jordán volvió hacia sus fuentes, al contacto con el manto de Eliseo, cuando Elías fué arrebatado al cielo, y las aguas se dividieron en dos partes; bajo sus plantas convirtióse el río en senda firme, figurando en toda su verdad el bautismo merced al cual atravesamos nosotros las olas de la vida. Cristo apareció en el Jordán para santificar las aguas. *(Santas Teofanías, Prima, trp.,* Meneas, edit rom., t. III, p. 98.)

En este día, santifícase la naturaleza de las aguas; detiene el Jordán su curso, conteniendo sus propias olas al ver al Señor que se lava en ellas. *(Id. Idiom. Ibíd.,* p. 98.)

Como hombre bajaste al río, apresurándote, Cristo Rey, a recibir de manos del Precursor el bautismo de los esclavos, a causa de nuestros pecados, oh amigo de los hombres. *(Ibíd.)*

A la voz del que clama en el desierto: "Preparad los caminos del Señor" acudiste a solicitar el bau-

tismo sin haber conocido el pecado, Tú, que habías tomado la forma de esclavo. Viéronte las aguas y tuvieron miedo: Tembló el Precursor y exclamó: ¿Podrá alumbrar el pábilo a la luz y el esclavo poner la mano en su señor? Santifícame, a mí como santificaste a las aguas, oh Salvador, que quitas los pecados del mundo. *(Ibid.,* p. 99.) Al verte, oh Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, tembló la mano del Precursor, del Bautista, del Profeta más ilustre de los profetas, y angustiado exclamó: "Oh Verbo, no me atrevo a tocar tu cabeza, antes bien, santifícame e ilumíname Tú, misericordioso, pues eres vida, luz y paz del mundo." *(Idiom., de Tercia, Ibid.,* p. 104.)

La Trinidad indivisa, Dios nuestro, se ha manifestado en este día: el Padre, con el testimonio de sus palabras, manifiesta a su Hijo; el Espíritu, bajo la figura de paloma, descendía del cielo, y mientras inclinaba el Hijo su cabeza inmaculada ante el brazo del Precursor, libertaba de la esclavitud al género humano, porque es bondadoso. *(Ibid.)*

Realízase en este día la profecía del Salmista. El mar, dice, vióle y huyó; el Jordán volvióse hacia sus fuentes ante el Dios del Jacob que venía a recibir el bautismo de mano de su siervo, para que nuestras almas, lavadas de las impurezas de la idolatría, sean por El iluminadas. *(Idiom., de Sexta, Ibid.,* p. 110)

Al ver acercarse al Señor de la gloria, exclamó el Precursor: "He aquí El que liberta al hombre de la corrupción."

El nos libra de la desgracia; he aquí llegado misericordiosamente a la tierra, El que nos otorga el perdón de los pecados, nacido de la Virgen pura; en vez de esclavos nos hace hijos de Dios; en lugar de las tinieblas nos concede la luz mediante el agua de su divino bautismo. Obligación nuestra es venir a glori-

ficarle con un solo corazón, con el Padre y el Espíritu Santo. *(Idiom., de Nona, Ibid.,* p. 116.)

Oh Juan Bautista, tiende hacia El en favor nuestro esa mano que tocó la cabeza inmaculada del Señor, y nos le mostró con su dedo, porque tienes autoridad para hacerlo pues El afirmó que eras el mayor de los profetas. Vuelve hacia El tus ojos para hacérnosle favorable, esos ojos que vieron al Espíritu Santo bajo figura de paloma. Permanece a nuestro lado para apoyar nuestro canto y comenzar nuestra fiesta. *(Ibid.)*

Recibiéronte las aguas del Jordán, a ti que eres la fuente; bajó el Paráclito en figura de paloma; baja su cabeza el que dobló los cielos, el barro levanta su voz y dice a su Creador: "¿Por qué imponerme cosa que está sobre mí? Soy yo quien necesito tu bautismo?" *(Visp. Lucernario, I Stich. Ibid.,* p. 124.)

Al inclinar la cabeza ante el Precursor, aplastaste la de los demonios; bajaste a las aguas e iluminaste a todo el mundo, para que te glorifique, oh Salvador, luz de nuestras almas. *(Ibid.)*

Bendición de las aguas 50

Oh Trinidad supersubstancial, bondadosísima, enteramente divina, omnipotente, que todo lo ves, invisible e impalpable, creadora de naturalezas espirituales, y dotadas de razón, bondad increada, luz inaccesible, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, ruega también por mí, tu indigno siervo; ilumina los ojos de mi inteligencia para que me atreva a cantar tu inmensa actividad y poderío: Atiende mis súplicas en gracia al pueblo aquí presente, sin que mis pecados sean obstáculo a la venida de tu Santo Espíritu. Otórgame el don de poder orar sin incurrir en desgracia, diciéndote, oh Dios bondadosísimo: Glorificámoste, amable Señor, Omnipotente y Rey antes que existiera el tiempo. Glorificámoste, Creador del Uni-

verso, glorificámoste, Hijo único de Dios, sin padre por el lado materno y sin madre por el paterno. En la fiesta que acaba de terminar te hemos contemplado como niño, en la de ahora te vemos como hombre y Dios perfecto. Es hoy un día festivo; el coro de los santos se une a nosotros y los ángeles lo celebran al lado de los hombres. Hoy apareció sobre las aguas el Espíritu Santo en figura de paloma. Hoy apareció el sol que no tiene ocaso, y el mundo quedó iluminado por la luz del Señor. Hoy brilla la luna en el mundo con deslumbrantes fulgores. Hoy adornan espléndidamente la tierra las radiantes estrellas con su claridad y luminosos destellos. Hoy las nubes del cielo llueven rocío de santidad sobre el género humano. Hoy el Increado se ha puesto voluntariamente bajo la mano de su criatura. Hoy el Profeta y Precursor se adelanta hacia el Creador; pero se ve sobrecogido de temor al contemplar la condescendencia de un Dios para con nosotros. Hoy las aguas del Jordán, con la presencia del Señor, se convierten en medicina. Hoy la naturaleza entera es regada por las místicas olas. Hoy lávanse los pecados de los hombres en las aguas del Jordán. Hoy ábrese el paraíso a los hombres, y luce sobre nosotros el Sol de justicia. Hoy el agua que en tiempo de Moisés era amarga, ha sido transformada por la presencia del Señor en suave y dulce para los hombres. Hoy hemos sido libertados de los antiguos lamentos, y como un nuevo Israel hemos sido salvados. Hoy hemos sido arrancados a las tinieblas, y estamos resplandecientes con la ciencia divina. Hoy se han disipado las tinieblas del mundo con la aparición de nuestro Dios. Hoy brilla toda la creación, iluminada por la luz de lo alto. Hoy ha sido aniquilado el error, y la venida del Señor nos abre el camino de salvación. Hoy todos están de fiesta aquí abajo y allá arriba y todos conversan unidos. Alégrase hoy la santa y fervorosa sociedad cristiana.

Hoy el Señor se ha acercado al bautismo, para que la humanidad se eleve hacia el cielo. Hoy el Inflexible dobla su cabeza ante el propio siervo, para librarnos de nuestra servidumbre. Hoy hemos comprado el reino de los cielos; y el reino del Señor no tendrá fin.

Tierra y mar se reparten hoy la alegría del mundo, y este se inunda de regocijo. Viéronte las aguas, oh Dios, viéronte las aguas y temieron. El Jordán retrocedió al ver que venía hacia él corporalmente el fuego de la divinidad y descendía a su lecho. El Jordán retrocedió al ver al Espíritu Santo que bajaba del cielo en figura de paloma y planeaba sobre tu cabeza. El Jordán retrocedió al ver al Invisible hecho visible, al Creador encarnado, al Señor bajo la forma de esclavo. El Jordán retrocedió, y los montes saltaron de gozo al ver a Dios humanado. Pasmáronse las nubes ante la venida de la luz, del Dios vivo de Dios vivo. Contemplamos hoy la fiesta del Señor en el Jordán, y vémosle sepultando en el río la muerte que nos mereció la desobediencia, al aguijón del error, y las cadenas de Adán, y dando al mundo el bautismo de la salvación.

Por eso, oh pecadores, yo, indigno siervo vuestro, después de considerar todos estos grandes prodigios, os digo con corazón compungido: Grande eres Señor; admirable son tus obras, y no hay palabras bastantes para cantar tus maravillas.

Tú fuiste quien lo sacó todo del no ser al ser, por sola tu voluntad soberena, Tú, quien por tu poder conservas lo creado, y gobiernas al mundo con tu Providencia. Tú fuiste quien, de los cuatro elementos formó a las criaturas y de las cuatro estaciones hiciste el ciclo del año. Ante tu presencia tiemblan todos los poderes espirituales; a Ti canta el Sol, a Ti te glorifica la Luna; los astros te encuentran en su camino, y te obedece la luz. Los abismos rugen en tu presencia;

las fuentes son tus siervas. Tú extendiste el cielo como si fuera una tienda, consolidaste a la tierra sobre las aguas, diste al mar riberas, y creaste el aire como un soplo de viento. Las angélicas potestades te sirven, los coros de arcángeles te adoran. Los querubines de innumerables ojos y los serafines de seis alas que permanecen y vuelan en derredor tuyo se cubren el rostro por respeto a tu gloria inaccesible. Porque, Tú eres, oh Dios inenarrable, sin principio e inefable, Tú el que viniste a la tierra, después de haber tomado forma de esclavo y apariencia humana. Tu amor misericordioso no pudo sufrir, oh Señor, la vista del género humano tiranizado por el diablo, y por eso viniste a salvarnos. Confesamos tu bondad, proclamamos tu misericordia, y no ocultamos tus beneficios. Libraste a tus hermanos de raza; con tu nacimiento santificaste el seno de una Virgen. Cuando apareciste, todas las criaturas te cantaron, oh Dios nuestro, que te hiciste visible en la tierra y creciste en medio de los hombres. Tú fuiste también quien santificó las aguas del Jordán, enviando del cielo al Espíritu Santo, y aplastando la cabeza de los dragones que se ocultaban en las olas.

Asístenos, pues, ahora, oh Rey de los hombres, mediante la venida de tu Santo Espíritu, y bendice estas aguas.

Confiéreles la gracia redentora, la bendición del Jordán. Haz de ellas una fuente de incorrupción, un don santificador, un baño que lave los pecados, medicina contra las enfermedades, ruina de los demonios, refugio inaccesible contra los poderes del enemigo, ciudadela del poder angélico, para que, bebiendo y gustando de ellas, les sirvan a todos de medio eficaz para purificar sus almas y sus cuerpos, para curar sus pasiones y santificar sus casas y para cualquier otro buen uso. Fuiste Tú, oh Dios, en efecto, quien mediante el agua y el espíritu regeneraste nuestra naturaleza in-

veterada en el pecado; Tú que en tiempos de Noé anegaste el pecado en las aguas; fuiste Tú quien, gracias a Moisés, y por medio de las olas del mar, libraste al pueblo hebreo de la esclavitud egipcia; fuiste Tú, oh Dios nuestro, quien heriste la roca del desierto, haciendo que brotasen las aguas y corriesen a raudales para saciar al pueblo sediento; fuíste Tú, oh Dios nuestro, quien mediante el agua y el fuego y gracias a Elías, apartaste de Baal a tu pueblo escogido.

Bendice también ahora, oh Señor, estas aguas por tu Santo Espíritu. Concede a cuantos toquen, gusten y se laven con ellas, santificación, salud, pureza y bendición...

Para que por medio de los elementos, ángeles y hombres, por las cosas visibles e invisibles sea glorificado tu Nombre Santísimo, con el Padre, en el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén. *(Poema de Sofronio, patriarca de Jerusalén,* Meneas, ed. rom., t. III, p. 138-141.)

Cuando fuiste bautizado en el Jordán, oh Cristo, se nos reveló que debemos adorar a la Trinidad, pues la voz del Padre dió testimonio al nombrarte Hijo muy amado, y el Espíritu en figura de paloma, confirmó la verdad irrefutable de aquellas palabras. Gloria a ti, oh Cristo Dios, que apareciste e iluminaste al mundo. *(Apolyptikion de la fiesta, ibíd.,* p. 344.)

El que está envuelto en la luz como en un manto, se ha dignado hacerse semejante a nosotros. Hoy se sumerge en las aguas del Jordán, no por que necesite purificarse sino para nuestra regeneración. Oh maravilla: Cristo Dios y Salvador de nuestras almas, funde de nuevo sin llamas, rehace sin triturar, y salva a los que en El han sido iluminados. *(Litie, ibíd.,* p. 142.)

Juan Bautista te vió venir hacia sí, a Ti que lavas los pecados del mundo por el espíritu y el fuego, y lleno de temor y temblor exclamó: No me atrevo a tocar tu ca-

beza inmaculada. Más bien, santifícame Tú por tu Epifanía, oh Maestro, único bondadoso.

Es bautizado Cristo y sale del agua; sale con El el mundo entero, y queda abierto el cielo que había cerrado Adán para sí y para todos sus descendientes. El Espíritu da testimonio de la divinidad, acudiendo al lado de su igual, y baja una voz del cielo,pues de allí venía también el que recibía aquel testimonio, el Salvador de nuestras almas. *(Ibid.)*

Ilumínase la creación en este día; todo en él es regocijo, tanto entre los espíritus celestiales como entre las criaturas terrenas. Mézclanse ángeles y hombres, pues la presencia del rey hace de ellos un solo ejército. Corramos, pues, al Jordán; contemplemos a Juan bautizando a su Jefe inmaculado, no hecho por obra de varón. Haciéndonos eco de la voz del Apóstol, digamos con voz unánime: Apareció la gracia redentora de Dios, que resplandece y trae a los fieles la gran misericordia. *(Ibid.)*

Oh Iglesia de Cristo, tú que antes eras estéril, y por desgracia sin hijos, alégrate en este día, pues por el agua y el espíritu te han nacido hijos que exclaman llenos de fe: Sólo hay un ungido que es nuestro Dios. sólo un justo que eres Tú, Señor. *(3.ª Oda, ibid.,* p. 147.)

Limpios por la purificación del Espíritu del veneno del enemigo sucio y tenebroso, emprendamos un nuevo camino, al margen del error, y que nos lleve a la alegría inaccesible reservada a solos aquellos que se han reconciliado con Dios. *(5.ª Oda, ibid.,* p. 149.)

El último día Cristo bautizará en el fuego a los que le desobedecen y no creen en su divinidad; pero a los que la reconocen, les renueva en el Espíritu por medio de la gracia y del agua, librándolos de sus pecados. *(Oda 6.ª, ibid.,* p. 150.)

Fuiste Tú, oh Salvador, quien al ser bautizado en el Jordán, santificaste las aguas aceptando la imposi-

ción de las manos de un siervo, y curando las llagas del mundo. Excelso es el misterio de tu economía; gloria a Ti, señor bondadoso.

La luz verdadera ha brillado para todos y a todos les ilumina. Cristo es bautizado con nosotros; El que es más puro que cuanto sobresale en este mundo, confiere santidad a las aguas, para que estas puedan ser santificadoras de nuestras almas. Terreno es lo que vemos, pero más alto que los cielos lo que adivinamos; con el bautismo se nos da la salvación, con el agua el Espíritu, con la inmersión nos elevamos hacia Dios. Gloria a Ti, Señor; admirables son tus obras. *(Laudes, ibíd.,* p. 155.)

Con las olas del Jordán te cubriste, oh Salvador, Tú que te rodeas de luz como de un manto, e inclinaste la cabeza ante el Precursor, Tú que mides el cielo con el palmo de la mano; y todo para librar al mundo de sus extravíos y salvar nuestras almas. *(Ibíd.)*

BODAS DE CANÁ, BODAS DE LA IGLESIA

Liturgia romana 51

Hoy la Iglesia se une al celestial Esposo: son lavados por Cristo sus pecados en el Jordán; acuden los Magos a las regias bodas, llevando consigo presentes; se convierte el agua en vino; y regocíjanse los invitados al banquete. Aleluya. *(Brev. rom. Ant., ad Bened.)*

Liturgia siria 52

Los nuevos desposados saludaron unánimes al recién nacido, diciendo: "Salve, oh Niño, cuya Madre fué la Esposa de Dios santo. Afortunadas las bodas a las que vas a asistir. Felices los esposos que al faltar el vino, lo verán rebosar a una señal de tu poderío." *(S. Efrén. Himno in Nat. Dom.;* ed. CAILLAU t. XXXVII, p. 313.)

53 *Homilía de San Agustín*

Invitado el Señor a bodas, acude a la invitación. ¿Es de maravillar que asista a las bodas, quien vino al mundo a celebrar unas bodas completamente celestiales? Pues si no es ese el objeto de su venida a la tierra, no existe esposa aquí abajo. Y en ese caso ¿qué significan las palabras del Apóstol? "Os he desposado con el único esposo, Jesús, para presentaros a El como una virgen pura." *(2 Cor.,* 11, 2.) Y ¿qué teme el Apóstol, sino ver violada la virginidad de la Esposa de Cristo por la astucia del demonio? "Temo, dice, que así como Eva fué seducida por engaño de la serpiente, se perviertan también vuestras almas, y degeneren de la sencillez y castidad que conviene a Cristo." *(Ibíd.)* Tiene, por tanto, el Salvador una Esposa aquí abajo, rescatada con su sangre, a la que dió el Espíritu Santo como prenda de amor. Liberóia del cautiverio del demonio, murió por sus pecados y resucitó para justificarla. ¿Quién ofrecerá nunca a su esposa dones tan preciosos? Ya pueden ofrecer los hombres todos los adornos que a su disposición pone la tierra, oro, plata, piedras preciosas, caballos, esclavos, tierras, posesiones; ¿Hallaremos uno que ofrezca su sangre? ¿Y si la diera a su esposa, podría quizá casarse con ella? Al contrario, el Señor muere seguro de ello, y da su sangre por la que debía desposar después de su resurrección, y a la que se había unido ya en el seno de la Santísima Virgen. El Verbo es el esposo, la carne humana la esposa; entre estas dos naturalezas no forman más que un solo Hijo de Dios, un solo y único Hijo del hombre. El seno de la Virgen María fué el lecho nupcial donde se formó el Jefe de la Iglesia, saliendo de él como sale el esposo del lecho nupcial, conforme a lo anunciado por el Profeta-Rey: "Semejante al esposo que sale del lecho nupcial", y aceptando la

invitación que le hicieron para asistir a las bodas. *(Tract. VIII, in Joam. 4. P. L.* 35, 1452.)

Venid, imitemos a las Vírgenes prudentes; venid, salgamos al encuentro del Señor que se ha manifestado, al presentarse a Juan como Esposo. (Meneas, *Las Santas Teofanías, Litie,* ed. rom., t. III, p. 142., sg.)

Homilía de San Agustín 54

Aquellas que consagran a Dios su virginidad, aunque gocen en la Iglesia de un rango y santidad superior, no por eso dejan de estar desposadas, pues participan con toda la Iglesia de esas bodas espirituales en que Jesucristo es el Esposo. Al aceptar, por tanto, nuestro Señor la invitación que le hacen para que asista a esas bodas, es para establecer la ley de la castidad conyugal y manifestar al mismo tiempo el misterio figurado por el matrimonio. Efectivamente, el Salvador estaba representado por el Esposo a quien dijo el anfitrión: "Has guardado el buen vino hasta ahora." Jesucristo ha dejado para ahora el buen vino, es decir, el Evangelio. *(Brev., rom. 2.° Dom., después de Epif. Tract., IX in Joan. 2. P. L.* 35, 1459.)

Homilía de San Gregorio 55

Dios Padre celebró las bodas de Dios Hijo, cuando le unió a la naturaleza humana en el seno de la Virgen y cuando determinó que su Hijo, Dios eterno, se hiciese hombre en el tiempo.

El Padre celebró las bodas del Rey, su Hijo, cuando le unió la santa Iglesia en el misterio de la Encarnación. El seno de la Virgen Madre fué el lecho nupcial de este esposo. Por eso canta David: "Puso su tienda en el sol; y es como el esposo que sale de la cámara nupcial." Efectivamente, salió como un esposo de la cámara nupcial, pues para unirse a la Iglesia,

el Dios humanado salió del seno intacto de la Virgen. *(Brev. rom. Dom. 14 después de Pentec. 2.ª Noct. 38 Hom., in evang. P. L.* 76, 1283.)

56 *Homilía de San Máximo*

Varios son, carísimos, los misterios que con alegría hemos de celebrar al mismo tiempo en este solemne día, según nos enseña la tradición de nuestros padres. Pues refiérese que en este día fué adorado nuestro Señor Jesucristo por los Magos que habían sido guiados por la estrella; también en este día invitado a las bodas, mudó el agua en vino; y, finalmente consagró las aguas del Jordán, después de haber sido bautizado por Juan y purificado al que le bautizaba.

¿Cuál de estos tres prodigios se realizó realmente en este día? sólo El que los obró, lo conoce. Por lo que toca a nosotros, debemos creer sin ningún género de duda que todos estos misterios se realizaron por nosotros. En efecto, desde el momento en que los Caldeos invitados por el fulgor de una estrella resplandeciente, adoraron al Dios verdadero, los Gentiles, cobraron la esperanza de poder adorarle; al ser convertida el agua en vino de modo nuevo y maravilloso podemos ver en figura la nueva bebida del sacramento que se nos brinda. Gracias al bautismo del Cordero de Dios, recibimos la gracia de un bautismo que nos regenera y nos salva.

Es, por tanto, nuestro deber, hermanos míos, para honrar a nuestro Salvador, cuyo nacimiento hemos ya celebrado en santa alegría, festejar hoy también con gran devoción el aniversario de los prodigios que podemos considerar como primicias de sus milagros. Con razón se nos propone en un mismo día estos tres misterios a quienes confesamos que, las tres personas de la Trinidad inefable no son más que un Sólo Dios. Nuestro Señor y Redentor Jesucristo, quiso revelarse a los hombres por medio de estos milagros, para que

se manifestase en sus obras la divinidad invisible, oculta en su naturaleza humana. El tentador no descubriría en su carne al Verbo del Padre omnipotente, mientras que todo mortal que confesase la naturaleza divina y humana del Verbo, alcanzaría la salvación.

El Hijo de Dios acude a las bodas para santificar con su sagrada presencia el matrimonio que ya había sido instituído. Acude a las bodas de la antigua Ley, el que va escoger una esposa eternamente virgen en en el pueblo pagano convertido. Acude a un matrimonio el que no es producto de matrimonio. Acude a las bodas, no para tomar vino, sino para proporcionarlo; en efecto, cuando faltó el vino a los comensales, díjole la bienaventurada María: "No tienen vino." Respondióle Jesús, como molestado: "Mujer ¿qué nos va nosotros en ello?" (JUAN, II, 2 sg.) Son sin duda palabras de negación. Pero solamente, al parecer, porque la Madre le llamó la atención por la falta de vino material, a Aquel que había venido a ofrecer a todos los pueblos el nuevo caliz de la salvación eterna. Con su respuesta; "Aún no ha llegado mi hora", anunció la hora gloriosa de su Pasión en la que se había de derramar aquel vino por la salvación universal. Pidió María una gracia temporal, y Cristo preparó alegrías eternas. Con todo eso, no rehusó el Señor en su bondad complacer en las cosas pequeñas mientras llegan las grandes. Viendo María en espíritu, como Madre de Dios que era, las cosas futuras, y previendo la voluntad divina advierte con solicitud a los criados: "Haced cuanto os diga" (JUAN, II, 5.) Sabía la santísima Madre que la reconvención de su Hijo y Señor no era una repulsa de ofendido, sino que encerrábase en ella un misterio de su bondad. Y para que no tenga que avergonzarse la Madre por el reproche, el Señor abre los tesoros de su grandeza, y dice al siervo que aguardaba: Llena de agua las ánforas" (JUAN, II, 7.) El

criado obedece. Y ved, cómo de repente toman las aguas vigor, color, y olor, trocando su propia naturaleza. Este cambio de la naturaleza del agua, demuestra el poder del Creador allí presente, pues sólo puede mudar el agua en otra cosa, el que sacó de la nada sus elementos... No lo dudéis, carísimos. El que trocó en vino las aguas, es el que las solidificó en la nieve, las endureció en el hielo, las convirtió en sangre para los Egipcios, y las hizo brotar de la dura roca para aliviar la sed de los hebreos. El es quien alimenta del agua de una nueva fuente, como si fuera de un seno materno, a la muchedumbre de los pueblos.

"El que obró Jesús en Caná de Galilea, fué el primero de sus milagros, y manifestó su gloria y creyeron en El sus discípulos" (JUAN, II, 11.) Creyeron los discípulos no sólo lo que habían visto realizarse, sino lo que la vista material no podía ver. No solamente creyeron que Jesucristo era hijo de la Virgen, sino que era Hijo del Altísimo, como lo probaba el milagro.

Nosotros también queremos creer, hermanos míos, que Aquel a quien confesamos Hijo del hombre, es al mismo tiempo verdadero Hijo de Dios. Es hermano nuestro por naturaleza, e igual al Padre en su esencia. En cuanto hombre, asistió a las bodas, en cuanto Dios mudó el agua en vino. Si esa es nuestra fe, el Señor nos dará a beber el buen vino de su gracia. *(Brev. rom. 5.ª día de la Oct. de la fiesta, Homil. 7.ª de la Epif. P. L.* 57, 271-276.)

CONCLUSION

Cántico de Román el cantor para la fiesta del Nacimiento de Nuestro Señor 57

1. La Virgen nos trae hoy al mundo, al que está sobre el mundo; la tierra da al Inaccesible una gruta por albergue, Angeles y pastores prorrumpen en alabanzas; los Magos pónense en camino guiados por la estrella. Porque nos ha nacido, niño de un día, el Dios que existe antes del tiempo.

2. Belén vuelve a abrir el Edén; venid y veamos; hemos hallado ocultas dulzuras; acudamos a saborear las delicias encerradas en la gruta. Florece allí sin ser regado un tallo que hace nacer el perdón. Hay allí un pozo que no ha cavado mano humana, de cuyas aguas hubiera deseado David saciarse. Allí una Virgen que da a luz, apaga al mismo tiempo la sed de Adán y de David. Acudamos, pues, al lugar donde acaba de nacer, niño de un día, el Dios eterno.

3. El padre de la madre ha querido hacerse hijo suyo; el Salvador de los hijos descansa en un pesebre, hecho también hijo. La que le ha dado a luz, al fijar en El sus ojos, exclama: ¿Qué es esto, hijo mío; cómo has nacido Tú en mí y cómo has vivido y te has desarrollado? Te veo fruto de mis entrañas y me pasmo; mis pechos se llenan de leche, sin haber conocido va-

rón. Mientras te admiro envuelto en estos pañales, contemplo la sagrada flor de mi virginidad y a ti que has nacido sin violarla, niño de un día, Dios eterno.

4. "Altísimo Rey, ¿qué tienes tu que ver con los indigentes? Creador de los cielos ¿por qué vienes a morar con los habitantes de la tierra? En una gruta estás satisfecho, en un pesebre pones tu dicha. No hay lugar en la posada para tu sierva; no hay lugar ni en la misma gruta, pues tampoco te pertenece. Cuando Sara tuvo un hijo, recibió grandes bienes; en cuanto a mí, ni siquiera una cueva; no tengo más que esa que has querido habitar Tú, niño de un día y Dios eterno."

5. Mientras se entretiene en su corazón con estos pensamientos y dirige sus plegarias al conocedor de todos los misterios, llega a oídos de la Virgen que se hallan allí los Magos y buscan al recién nacido. Recíbeles al momento y exclama: "¿Quiénes sois?" Respondiéronle: "Mas bien, contestadnos Vos ¿cuál es vuestra nobleza, para haber dado a luz a un niño semejante? ¿Cuál vuestro padre y vuestra madre, para ser madre y nodriza de un hijo que no tiene padre? Al ver su estrella hemos acudido juntos, pues ha aparecido niño de un día, el Dios eterno."

6. "Balaam, en efecto, nos había preparado ya para comprender su profecía al anunciar la aparición de una estrella, estrella que haría inútiles la adivinación y el presagio; estrella que habría de resolver las parábolas de los sabios, sus enigmas y sentencias; estrella cuyo fulgor es más resplandeciente que el mismo sol que nos alumbra, porque ella ha creado todas las estrellas; de ella se dijo, que saldría de Jacob como niño de un día, y Dios eterno."

7. Al oír este maravilloso discurso, prosternóse, María y adoró al hijo nacido de sus entrañas, y dijo sollozando: Grandes son las cosas, hijo mío, grandes

son las cosas que has realizado en mi pobreza. Mira que los Magos te buscan afuera; los soberanos de Oriente desean ver tu rostro, contemplarte es el deseo de los potentados de tu pueblo. Porque verdaderamente pueblo tuyo es, y por él has nacido, niño de un día y Dios eterno.

8. Y pues son tuyos, hijo mío, manda que entren y vean tu rica pobreza y noble indigencia, porque tu eres mi tesoro y mi gloria, de manera que no tengo por qué avergonzarme: en ti residen la gracia y la verdad. Permite, pues, que se acerquen a este refugio; no me importa la pobreza, pues mi tesoro eres Tú, a quien desean contemplar esos príncipes; lo que buscan reyes y Magos es el lugar donde ha nacido niño de un día, el Dios eterno.

9. Jesús, Cristo y Dios verdadero habló interiormente al corazón de su Madre, y le dijo: "Que entren los que son atraídos por mi palabra, que es luz para los que me buscan, estrella para los ojos, y fortaleza para el alma intelectual." Como una esclava ha conducido hasta aquí a los Magos y ahora para terminar su oficio se detiene y señala con sus rayos el lugar donde ha nacido, niño de un día, el Dios eterno.

10. "Recibe, pues, ahora, digna Señora, recibe a los que me han recibido; pues estoy con ellos como estoy en tus brazos, y al hacerles compañía no te he abandonado." La santísima Virgen abre la puerta y acoge a los Magos. Abre, la que es puerta cerrada a todos, menos a Cristo que la ha traspasado: abre la que estuvo siempre clausurada, la que nunca perdió el tesoro de su virginidad: abre aquella por quien fué dado al mundo, puerta del cielo, niño de un día el Dios eterno.

11. Inmediatamente penetran los Magos en la habitación, y se estremecen en presencia de Cristo al ver a su madre y al esposo de ésta. Con todo respeto

exclaman: "Este niño no tiene padre. ¿Cómo, pues, oh Virgen, contemplamos aquí bajo este techo al esposo sin mancha? ¿Tu gravidez no fué inmaculada?" Ya sabemos que la presencia de José a tu lado no es reprensible, pero una turba de envidiosos buscan el lugar donde ha nacido, niño de un día, el Dios eterno.

12. Escuchad, dice María a los Magos, la razón por la que guardo a José en mi casa: es para evitar cualquier calumnia; él os podrá decir cuanto sabe de mi hijo, pues se le apareció en sueños un ángel para decirle de dónde había yo concebido. Por la noche una visión de luz tranquilizó a este hombre justo. Si está aquí José es para demostrar que el niño de un día es Dios eterno.

13. "El os podrá referir lo que ha oído, y todo aquello de que ha sido testigo, de los homenajes del cielo y de la tierra, los de los pastores, cómo se unieron en las alabanzas los ángeles a los seres mortales, mientras que una estrella os guiaba a vosotros, oh Magos, iluminándoos y señalándoos el camino. Mas, dejémonos de discursos, explicadnos ya cuanto os ha acaecido, de dónde venís y cómo habéis hecho el viaje, mientras aparecía, niño de un día, el Dios eterno."

14. Después de haberse expresado así la gloriosa Madre, respondiéronle los oráculos de Oriente: "¿Deseáis saber de dónde y cómo venimos? De la tierra de Caldea donde no se dice": "El Señor es Dios de dioses"; de Babilonia donde no se conoce al Creador de la luz, a la que se adora. De allí venimos. El resplandor de la estrella de tu infancia nos sacó del fuego de Persia; abandonando aquel fuego destructor, venimos a contemplar al fuego luminoso, al niño de un día y Dios eterno.

15. Todo es vanidad de vanidades. Y nadie saca provecho de esta verdad, ni siquiera los que la creemos. Unos engañan, otros son engañados. Por eso, oh

Virgen, damos gracias a tu hijo por quien nos hemos visto libres no sólo del error, sino de todas las emboscadas de las regiones por las que hemos pasado, regiones impías y lenguas desconocidas. Hemos recorrido la tierra paso a paso, llevando por antorcha a la estrella, para buscar el lugar donde ha nacido, niño de un día, el Dios eterno.

16. Aún nos guiaba la estrella cuando entramos en Jerusalén, recorriéndola enteramente para aclarar las profecías; porque supimos que Dios habría de venir a visitarla, y al fulgor de esta luz la recorrimos deseosos de ver la gran justificación. Pero nada encontramos, porque el arca había sido tomada y con ella los bienes que poseía. Ha concluído el pasado, todo ha sido renovado por el niño de un día y Dios eterno."

17. Sí, dijo María, sí, dijo a los Magos llenos de fe; habéis recorrido Jerusalén, la ciudad que mata a los profetas, pero ¿cómo habéis pasado por la enemiga de todos sin entristeceros? ¿No sabéis que Herodes, el zorro, no respira más que crímenes? Respondiéronla: "No lo ignoramos, oh Virgen, pero nos hemos servido de él para buscar el lugar donde ha nacido, niño de un día, el Dios eterno."

18. Al oír la madre de Dios estas palabras, les dijo: ¿"Qué os preguntaron el rey Herodes y los fariseos? — Primeramente Herodes, respondieron, y luego los notables de vuestra nación indagaron de nosotros el tiempo exacto de la aparición de la estrella, y al saberlo, como si no lo hubieran conocido, no desearon ver a Aquel de quien se trataba, pues sólo a los que le buscan se deja ver el niño de un día y Dios eterno.

19. Aquellos necios nos tomaron por locos y nos preguntaban: ¿De dónde venís, y cuándo salísteis? ¿Por qué no habéis seguido los caminos ordinarios? Les respondimos lo que ya sabían: ¿Cómo atravesásteis

vosotros en otro tiempo el gran desierto? El que a vosotros os sacó de Egipto nos ha guiado a nosotros también desde Caldea; entonces lo hizo mediante una columna de fuego, ahora por medio de una estrella, hasta llegar al niño de un día y Dios eterno.

20. La estrella iba siempre delante de nosotros, como Moisés delante de vosotros, con el bastón en la mano y la mirada en la luz del conocimiento divino: él os alimentó a vosotros en el desierto con el maná y os dió a beber de la roca; a nosotros nos nutre su esperanza, y su alegría nos sacia; no sentimos deseos de volver a Persia por un camino difícil, después de haber contemplado, adorado y glorificado al niño de un día y Dios eterno."

21. Estas son las palabras pronunciadas por los sinceros Magos; confirmólas la agusta Virgen, y el Niño sancionó los testimonios de ambas partes, al dejar a la una el seno inmaculado después de su nacimiento, y a los otros el alma y el cuerpo sin cansancio después del viaje. Como Habacuc cuando se trasladó hasta Daniel, ninguno de ellos experimentó fatiga; el que se apareció a los profetas, manisfestóse también a los Magos, niño de un día y Dios eterno.

22. Después de todas sus explicaciones, los Magos cogieron sus presentes y prosternados ante el Don de dones, Aroma de aromas, ofrecieron a Cristo oro, mirra e incienso, diciendo: "Acepta estos tres dones como el Himno tres veces santo de los serafines; no los rechaces como los de Caín, antes acógelos como la ofrenda de Abel, en atención a la que te dió a luz, de la cual para nosotros naciste, niño de un día y Dios eterno."

23. En presencia de los Magos que tenían en sus manos los nuevos y ricos presentes y que cayeron por tierra invitados por la estrella, en presencia de los pastores que entonaron himnos, la Inmaculada oró

de esta manera, al Señor que conocía todos estos prodigios: Acepta, Hijo mío, estos triples dones y concede a tu madre estas tres peticiones. Te suplico por un tiempo bueno, por los frutos de la tierra y por todos sus habitantes. Sé a todos propicio, pues de mí has nacido niño de un día y Dios eterno.

24. Porque no sólo soy tu Madre, hijo mío bondadoso, no sólo te doy mi leche a ti que me la has concedido, sino que te suplico por todas estas cosas. Me has hecho abogada y orgullo de mi raza; en mí halla el universo, una poderosa auxiliadora, una muralla, un sólido fundamento. Hacia mi se dirigen las miradas de los hombres lanzados del paraíso. Haz que comprendan un día el misterio de que fué por mí, por quien viniste al mundo, niño de un día y Dios eterno.

25. "Oh Salvador, salva al mundo; para eso has venido. Da fuerza a todo lo tuyo; para eso me manifestaste tu gloria a mí, a los Magos y a toda la creación. Los Magos, a quienes descubriste la luz de tu rostro, se prosternan en tu presencia y te ofrecen dones, útiles, bellos y muy solicitados. Me harán muy buen servicio al marchar a Egipto, huyendo contigo y por tu causa, mi Guía, mi Hijo, mi Redentor, Fuente de todas mis riquezas, niño de un día y Dios eterno." (*J. B. Pitra, Analecta Sacra,* t. I, París, 1876. p. 1-11.)



INDICE

Págs.

Prólogo de la edición española ... 5
Prólogo de la edición francesa ... 13
Introducción general ... 17

EL ADVIENTO

Capítulo I. — *Historia del Adviento* ... 43
Capítulo II. — *Mística del Adviento* ... 54
Capítulo III. — *Práctica del Adviento* ... 63

PROPIO DE TIEMPO

Primer Domingo de Adviento ... 73
Misa del Primer Domingo de Adviento ... 77
Lunes de la Primera Semana de Adviento ... 82
Martes de la Primera Semana de Adviento ... 84
Miércoles de la Primera Semana de Adviento ... 85
Jueves de la Primera Semana de Adviento ... 87
Viernes de la Primera Semana de Adviento ... 89
Sábado de la Primera Semana de Adviento ... 91

Segundo Domingo de Adviento ... 93
Misa del Segundo Domingo de Adviento ... 98
Lunes de la Segunda Semana de Adviento ... 103
Martes de la Segunda Semana de Adviento ... 105
Miércoles de la Segunda Semana de Adviento ... 109
Jueves de la Segunda Semana de Adviento ... 111
Viernes de la Segunda Semana de Adviento ... 114
Sábado de la Segunda Semana de Adviento ... 117

Págs.

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO 119
Misa del Tercer Domingo de Adviento 123
Lunes de la Tercera Semana de Adviento 128
Martes de la Tercera Semana de Adviento 130
Miércoles de las Cuatro Témporas de Adviento 133
Jueves de la Tercera Semana de Adviento 137
Viernes de las Cuatro Témporas de Adviento 140
Sábado de las Cuatro Témporas de Adviento 140

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO 142
Misa del Cuarto Domingo de Adviento 146
Lunes de la Cuarta Semana de Adviento 150
Martes de la Cuarta Semana de Adviento 152
Miércoles de la Cuarta Semana de Adviento 154
Jueves de la Cuarta Semana de Adviento 156
Viernes de la Cuarta Semana de Adviento 159
24 de Diciembre: La Vigilia de Navidad 162
Misa de la Vigilia de Navidad 170

EL TIEMPO DE NAVIDAD

CAPÍTULO I. — *Historia del Tiempo de Navidad* 175
CAPÍTULO II. — *Mística del Tiempo de Navidad* 182
CAPÍTULO III. — *Práctica del Tiempo de Navidad* 193

25 de Diciembre. — SANTO DIA DE NAVIDAD 215
Antes de los Oficios Nocturnos 226
Misa del Gallo 236
Misa de la Aurora 245
Misa del día 257
26 de Diciembre. — *San Esteban Protomártir* 266
Misa de San Esteban 272
27 de Diciembre. — *San Juan Apóstol y Evangelista* 283
Misa de San Juan Apóstol y Evangelista 291
28 de Diciembre. — *Los Santos Inocentes* 301
Misa de los Santos Inocentes 306

DOMINGO EN LA INFRAOCTAVA DE NAVIDAD 315
Misa del Domingo Infraoctava de Navidad 315
29 de Diciembre. — Santo Tomás de Cantorbery, Arzobispo y Mártir 323

Págs.

31 de Diciembre. — San Silvestre, Papa y Confesor ... 341
1 de Enero. — La Circuncisión de Nuestro Señor y La Octava de Navidad ... 348
Misa de la Circuncisión de Nuestro Señor ... 354

DOMINGO ENTRE LA CIRCUNCISIÓN Y EPIFANÍA. — *Fiesta del Santísimo Nombre de Jesús* ... 362
Misa del Santísimo Nombre de Jesús ... 367
2 de Enero. — Octava de San Esteban Protomártir ... 372
3 de Enero. — Octava de San Juan Apóstol y Evangelista ... 378
El mismo día: Santa Genoveva, Virgen ... 386
4 de Enero. — Octava de los Santos Inocentes ... 392
5 de Enero. — Vigilia de la Epifanía ... 398

6 de Enero. — EPIFANÍA DEL SEÑOR ... 401
Misa de la Fiesta de la Epifanía ... 413

DOMINGO DENTRO DE LA OCTAVA DE EPIFANÍA: *Fiesta de la Sagrada Familia* ... 423
Misa de la Sagrada Familia ... 431

DOMINGO INFRAOCTAVA DE EPIFANÍA ... 435
Misa del Domingo Infraoctava de Epifanía ... 435
7 de Enero. — Segundo día de la Octava de la Epifanía: *Los Magos* ... 439
8 de Enero. — Tercer día de la Octava de la Epifanía: *Alianza de Cristo y la Iglesia* ... 443
9 de Enero. — Cuarto día de la Octava de la Epifanía: *Vocación y dignidad de los Magos* ... 452
10 de Enero. — Quinto día de la Octava de la Epifanía: *Los Magos ante Jesús* ... 457
11 de Enero. — Sexto día de la Octava de la Epifanía: *Los dones de los Magos* ... 462
12 de Enero. — Séptimo día de la Octava de la Epifanía: *Vuelta y Misión de los Magos* ... 466
13 de Enero. — Octava de la Epifanía: *Bautismo de Cristo* ... 471

SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE EPIFANÍA ... 481
Misa del Segundo Domingo después de Epifanía ... 484

TERCER DOMINGO DESPUÉS DE EPIFANÍA ... 490
Misa del Tercer Domingo después de Epifanía ... 490

Págs.

CUARTO DOMINGO DESPUÉS DE EPIFANÍA. — Misa 494

QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE EPIFANÍA. — Misa 498

SEXTO DOMINGO DESPUÉS DE EPIFANÍA. — Misa 502

PROPIO DE LOS SANTOS

30 de Noviembre. — San Andrés Apóstol 513
1 de Diciembre 520
2 de Diciembre. — Santa Bibiana, Virgen y Mártir 522
3 de Diciembre. — San Francisco Javier, Apóstol de la India 526
4 de Diciembre. — San Pedro Crisólogo, Obispo y Doctor 533
El mismo día: Santa Bárbara, Virgen y Mártir 538
5 de Diciembre. — San Sabas, Abad 541
6 de Diciembre. — San Nicolás, Obispo de Mira y Confesor 545
7 de Diciembre. — San Ambrosio, Obispo y Doctor ... 549
El mismo día: La Vigilia de la Inmaculada Concepción 565
8 de Diciembre. — La Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen 565
9 de Diciembre. — Segundo día de la Octava de la Inmaculada Concepción 585
El mismo día: Santa Leocadia, Virgen y Mártir 587
10 de Diciembre. — Tercer día de la Octava de la Inmaculada Concepción 593
El mismo día: San Melquiades, Papa y Mártir 598
El mismo día: Santa Eulalia de Mérida, Virgen y Mártir 599
11 de Diciembre. — San Dámaso, Papa y Confesor ... 605
12 de Diciembre. — Quinto día de la Octava de la Inmaculada Concepción 609
13 de Diciembre. — Santa Lucía, Virgen y Mártir 612
El mismo día: Santa Otilia, Virgen y Abadesa 614
14 de Diciembre. — Séptimo día de la Octava de la Inmaculada Concepción 622
15 de Diciembre. — Octava de la Inmaculada Concepción 623
16 de Diciembre. — San Eusebio, Obispo de Vercelli y Mártir 629

Págs.

17 de Diciembre. — Comienzo de las Antífonas "O" ... 632
Antífona Primera 634
18 de Diciembre. — Antífona Segunda 635
El mismo día: La expectación del Parto de la Santísima Virgen 636
19 de Diciembre. — Antífona Tercera 640
20 de Diciembre. — Antífona Cuarta 641
El mismo día: La Vigilia de Santo Tomás 642
El mismo día: Santo Domingo de Silos, Abad 645
21 de Diciembre. — Santo Tomás Apóstol 649
Antífona Quinta 652
22 de Diciembre. — Antífona Sexta 654
23 de Diciembre. — Antífona Séptima 656
24 de Diciembre. — Consideraciones 657
14 de Enero. — San Hilario, Obispo y Doctor 659
El mismo día: San Félix, Presbítero y Mártir 672
15 de Enero. — San Pablo, Primer Ermitaño 676
El mismo día: San Mauro, Abad 679
16 de Enero. — San Marcelo, Papa y Mártir 683
El mismo día: San Fulgencio, Obispo de Ecija y Confesor 685
17 de Enero. — San Antonio, Abad 687
18 de Enero. — La Cátedra de San Pedro en Roma ... 698
El mismo día: Santa Prisca 717
19 de Enero. — San Mario, Marta, Audifaz y Abacuc, Mártires 717
El mismo día: San Canuto Rey y Mártir 720
20 de Enero. — San Fabián Papa y Mártir; San Sebastián, Mártir 722
21 de Enero. — Santa Inés, Virgen y Mártir 730
El mismo día: Santos Fructuoso, Obispo, Augurio y Eulogio, Diáconos y Mártires 740
22 de Enero. — San Vicente, Diácono y Mártir; San Anastasio, Mártir 743
23 de Enero. — San Raimundo de Peñafort, Confesor ... 749
El mismo día: San Ildefonso, Obispo y Confesor ... 755
24 de Enero. — San Timoteo, Obispo y Mártir 758
25 de Enero. — La Conversión de San Pablo 760
26 de Enero. — San Policarpo, Obispo y Mártir 767
El mismo día: Santa Paula, Viuda 771

Págs.

27 de Enero. — San Juan Crisóstomo, Obispo y Doctor 775
28 de Enero. — San Pedro Nolasco, Confesor 788
El mismo día: Santa Inés (por segunda vez) 792
El mismo día: San Julián, Obispo de Cuenca... 794
29 de Enero. — San Francisco de Sales, Obispo y Doctor 797
30 de Enero. — Santa Martina, Virgen y Mártir 810
El mismo día: Santa Batilde, Reina de Francia 812
El mismo día: San Lesmes, Patrono y Protector de Burgos 814
31 de Enero. — San Juan Bosco, Confesor 816
1 de Febrero. — San Ignacio, Obispo y Mártir 820
2 de Febrero. — *La Purificación de la Santísima Virgen María* 825
La Bendición de las Candelas 835
La Procesión 839
La Misa de la Purificación de la Santísima Virgen 841

Fin del Tiempo de Navidad 851

FLORILEGIO

Advertencia 855
Plan del Florilegio 857
Liturgia Eucarística 859
Liturgia de Adviento 864
Liturgia de Navidad 876
El Real Cortejo: San Esteban—SanJuan—Los Santos Inocentes 887
Liturgia de Epifanía 893
Conclusión 915